





LA FALSA FILOSOFÍA

Ó SEA

EL DEISMO REFUTADO EN TODAS SUS HIPÓTESIS

principalmente en el

MATERIALISMO, ATEISMO Y RACIONALISMO

Obra apologética escrita por el eminente teólogo, filósofo y literato,
DR. FR. FERNANDO CEBALLOS Y MIER, *General que fué de la Orden de S. Jerónimo en*
España, arreglada de la única edición lusitana por una
SOCIEDAD DE AMIGOS CATÓLICOS, *bajo la*
Censura Eclesiástica, y con
un prólogo del

SR. D. FRANCISCO JAVIER SIMONET Y BACA,

DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.

Et nunc reges intelligite: erudi-
mini qui judicatis terram.

Y ahora, Reyes, entended: sed ins-
truidos los que juzgais la tierra.

Salm. 2. v. 10.

TOMO I.

BIBLIOTECA
Facultad de Teología

Nº 149471

Compañía de Jesús
GRANADA

GRANADA

SOCIEDAD EDITORIAL DE AMIGOS CATÓLICOS

Calle del Lavadero de la Cruz, 5.

1892

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

LA publicación de esta obra en una época de tanta decadencia literaria como la que atravesamos, es un suceso altamente honroso á la SOCIEDAD DE AMIGOS CATÓLICOS, (1) que á costa de los mayores sacrificios la ha acometido y á esta católica y culta población en que vá logrando venturoso éxito. La obra titulada LA FALSA FILOSOFÍA, Ó EL ATEISMO, MATERIALISMO Y DEMÁS NUEVAS SECTAS CONVENCIDAS DE CRIMEN DE ESTADO, es una de las refutaciones más importantes que la ciencia cristiana opuso á los sofismas de la revolución religiosa y política que en el último tercio del siglo pasado asoló á Francia, invadió á nuestra España y conmovió á todo el mundo civilizado, y

(1) Cuyo gerente y administrador es el ilustrado joven D. ANTONIO ARROYO y BOTÍA.

cuyos desastrosos efectos, tan amargamente experimentamos en la actualidad. (1)

La sociedad europea había entrado en uno de los períodos más críticos de su historia. Gracias al desarrollo y progreso de la rebelión protestante del siglo XVI, habían llegado aquellos tiempos calamitosos predichos por el Apóstol de las gentes (2) en que los hombres no sufrirían la sana doctrina, sino que allegando maestros y oradores que halagasen sus malos deseos, cerrarían sus oídos á la verdad y los abrirían á todo error y fábula; la edad desdichadísima en que según La Mennais (3) los pueblos desfallecen y sucumben por el abandono de las verdades que constituían su alimento y su vida; y en que según Donoso Cortés (4), tras los sofismas vienen las revoluciones y tras los sofistas los verdugos; la época finalmente, en que la falsa filosofía, enseñada por Rousseau, Voltaire, Diderot y otros enemigos de la Iglesia Católica y del género humano, pugnó por arrancar de la sociedad europea el reinado de Jesucristo y produjo aquella infanda revolución, que según el Conde de Maistre (5) fué una verdadera insurrección contra Diós, inaudita hasta entonces en el mundo cristiano.

Entre los varones egregios y generosos que la Providen-

(1) Gran parte corresponde á la obra de que tratamos, en el notable elogio que el Sr. Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, libro VI, capítulo III, § 7 (páginas 307 y 308 del tomo III) tributa á nuestra literatura apologetica del siglo pasado.

(2) En su *Epistola II á Timoteo*, cap. IV.

(3) En su célebre *Essai sur l'indifférence en matiére de religion*.

(4) En su *Ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

(5) En su *Essai sur le principe generateur des constitutions politiques*.

cia suscitó para poner un dique á este torrente asolador, y prevenir á los hombres de buena voluntad, descolló en nuestro país el Reverendo Padre Fray Fernando de Ceballos, religioso jerónimo del Monasterio de San Isidro del Campo cerca de Sevilla y en cuyo elogio bastaría decir con el venerable Fray Diego de Cádiz: que *Diós le crió en estos miserables tiempos para dar á conocer á los herejes y reducir sus máximas á cenizas*. Dotado de gran virtud; profundo ingenio y vasto saber, así filosófico como teológico, así profano como sagrado, se consagró á combatir con la pluma los errores y vicios que á la sazón estragaban la nación francesa (1) y que desde allí invadían desastrosamente nuestra península, mereciendo ser llamado *el martillo de los incrédulos*. Durante la larga y aprovechada carrera de su vida, no hubo error religioso y político que no impugnase, ni doctrina y práctica piadosa que no defendiese y ensalzase, entre ellas la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, (2) recomendada por varios Siervos de Diós, como remedio eficaz contra los males de estos últimos tiempos é impugnada á su vez por los enemigos de la Iglesia.

La obra maestra del P. Ceballos fué la que empezó á publicar en 1774 con el título de LA FALSA FILOSOFÍA, en que esgrimiendo poderosamente la espada de su ciencia y

(1) Sobre la conspiración herética, filosófica, masónica y satánica que produjo la revolución francesa, véase á Mr. Cretineau Joly en su erudita y luminosa obra titulada *La Iglesia Romana y la Revolución*.

(2) Entre las obras publicadas del P. Ceballos, se encuentra la *Apología de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, que imprimió en Lisboa, principios de este siglo.

VI

de su lógica contra Espinosa, Hobbes, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Beccaria, Bayle, d' Alembert, Diderot, Raynal y otros sofistas de los siglos 17 y 18, pulverizó todas sus doctrinas antiracionales, antireligiosas y antisociales, compiladas á la sazón para afrenta de la edad moderna en la famosa Enciclopedia. Pero no satisfecho con refutar científica y racionalmente á los dogmatizadores de las nuevas teorías, que al par con el yugo de la fé habían sacudido el de la razón, se propuso un fin más práctico, denunciándolos como *reos de crimen de estado contra los soberanos y sus regalías*, (1) *contra los magistrados y potestades legítimas*, convenciéndolos juntamente de *lesa religión, de lesa majestad, de lesa sociedad y de lesa humanidad* y proponiendo los medios convenientes para atajar su funesta propaganda. Preveía el sábio y piadoso monje que aquella falsa y mortífera filosofía opuesta á la fé cristiana, además de destruir la sociedad francesa que no acertaba á combatirla, vendría á causar semejantes daños y ruinas en esta nación, que durante largo tiempo había sido el baluarte más firme de la Iglesia Católica; más donde la impiedad y la inmoralidad, doble plaga de la nación vecina, penetraban sin cesar por el límite no guardado de los Pirineos, apoderándose de la Côte y de la aristocracia, desde donde se propagarían fácilmente á las clases inferiores y á todo el pueblo español. Cuán fundados eran sus temores y cuán adelantado estaba el mal lo

(1) Es de notar que el P. Ceballos solo defendió las regalías racionales y legítimas, impugnando las abusivas y contrarias á la libertad y derechos de la Iglesia, por lo cual incurrió en las iras del gobierno.

demuestra á las claras un estudio reciente del P. Coloma, donde con el título de *Retratos de antaño* (1) y con los más vivos colores, ha pintado la influencia herética, inmoral y subversiva que la alta sociedad francesa ejercía á la sazón en la española. (2) Ni lo demuestra menos el gran triunfo que la falsa filosofía alcanzó en 1767 con la inicua expulsión de la Compañía de Jesús, que privó á la Iglesia Católica y á su jefe el Vicario de Cristo, del más fuerte y adicto de sus ejércitos, preparando la supresión y dispersión de las demás órdenes religiosas. (3) En vano el P. Ceballos dió la voz de alarma á los gobernantes de su tiempo, estampando en la portada de su obra aquellas palabras del Salmista: *Et nunc Reges intelligite, erudimini qui iudicatis terram.* (4) Porque desgraciadamente, ni el rey Carlos III, hombre débil y de corto entendimiento, que en la expulsión de los Jesuitas había sido instrumento inconsciente de los enciclopedistas que le rodeaban, (5) ni sus ministros que pertenecían á tan deplorable escuela, atendieron á las exhortaciones del monje jerónimo y dejaron paso franco al torrente de ideas impías y revolucionarias que, á modo de volcán, la Francia arrojaba sobre nuestra

(1) Publicados en el «Mensajero del S. Corazón de Jesús», 1892 á 1893.

(2) En estos retratos se vé como allá por los años de 1766 eran recibidos en España con aplausos y honores los que habían escupido en Francia y volvían á la madre patria, trasformados por completo, haciendo alarde de los vicios é impiedades de la sociedad francesa.

(3) Acerca de la expulsión y extinción de los Jesuitas véase al Sr. Menéndez Pelayo en su mencionada Historia, lib. VI, cap. 2, párrafos 3, 4, 5 y 6.

(4) Salmó II, v. 10.

(5) Véase al Sr. Menéndez Pelayo, libro VI, cap. 2, párrafo 2.

VIII

península. Pero permítasenos insertar aquí un pasaje de otro insigne apologista andaluz que produjo España á mitad del siglo pasado. Al trazar una excelente apología de la Inquisición y refutar los argumentos con que la combatían los sofistas de su tiempo, el P. Maestro Fr. Francisco Alvarado, titulado el Filósofo Rancio, dice así: (1)

«Vengamos á nuestra España. Desde que empezaron á
»rayar en ella las luces de la filosofía, y sus ideas liberales
»resonaron en la boca de nuestros sábios y en los decretos
»de nuestro gobierno, comenzó á acabársenos la libertad de
»pensar y escribir bien, no metiéndome por ahora en la de
»obrar. Entraron á carretadas los libros de Voltaire, Rousseau, Helvecio y otros de este jaez, sin que la Inquisición
»se atreviese á atajarlos, ó sin que pudiese conseguirlo
»cuando se atrevía. Tomó la pluma el Padre Ceballos para
»demostrar por escrito lo que todos estábamos viendo, á
»saber: que estos libros venían á subvertir el Estado. En
»vano el pobre monje trató de ganarse la protección de un
»magistrado harto conocido por *la liberalidad* de sus
»ideas, haciéndolo Mecenas de su obra. El tal Mecenas dió
»con la obra al través, ya que no era tiempo todavía de
»hacer otro tanto con el autor» (2). Más explícito aún, otro egregio apologista que floreció en la primera mitad del siglo presente y que abundó en el mismo pensamiento, el padre capuchino Fray Rafael de Vélez, Arzobispo que fué

(1) En el tomo I, páginas 102 y 103 de sus *Cartas Críticas*, edición de 1824.

(2) El Filósofo Rancio alude al famoso Conde de Campomanes, fiscal á la sazón del Consejo Real de Castilla. Véase su retrato por el Sr. Menéndez Pelayo, tomo III, páginas 135 á 137 de su mencionada Historia.

de Santiago, en su *Preservativo contra la irreligión, ó los planes de la filosofía contra la religión y el estado* (1), se expresa así: «El año setenta y cuatro el reverendo Ceballos publicó la obra maestra de LA FALSA FILOSOFÍA, convenciéndola de *crimen de estado*, avisando á nuestros reyes que los apóstoles de esta falsa doctrina minaban su trono, y á los españoles que su misión se reducía á privarlos de la religión de sus padres. El partido francés y los prosélitos de su *filosofía*, lograron del Consejo suprimir el séptimo tomo, que era el más interesante para los estados. Así se desacreditó una obra de tanto mérito; su grande trabajo fué en vano; su impresión en gran parte se halla estancada en el Convento de S. Isidro de Sevilla y en las librerías de España, y no pocos ejemplares invertidos en envolturas de drogas».

En efecto, los primeros tomos de LA FALSA FILOSOFÍA se habían publicado con gran aplauso de los católicos y del mismo Conde de Campomanes, á quien el R. P. Ceballos la había dedicado con previsora galantería; mas como en el tomo sexto empezase á impugnar el cesarismo regalista que imperaba á la sazón en todas las córtes de Europa y especialmente en la de Madrid, cayó en desgracia del Conde y del gobierno, y se le negó la licencia que había pedido para publicar el tomo séptimo. Causannos asombro la ceguedad y aberración de aquellos gobiernos que, ávidos solo de progresos materiales, á medida que dejaban perder su autoridad en el pueblo, se empeñaban en tiranizar á la Iglesia, reformándola y arreglándola á su capricho. Ni la revolución francesa que estalló algunos años después, jus-

(1) Cap. IV, pag. 69 de la cuarta edición hecha en Madrid, año 1813.

tificando con sus horrores la previsión del autor de LA FALSA FILOSOFÍA, fué parte para desarmar la constante oposición de nuestro gobierno y permitir al P. Ceballos que continuase su impresión. Desesperanzado al fin de poder terminar en Castilla la publicación de su obra predilecta, al cabo de muchos años el sabio jerónimo pasó en 1800 á Lisboa, donde logró reimprimir los seis primeros volúmenes y dió á luz el séptimo, quedando inédito el resto de la obra, que debía constar de once, por la muerte de su autor acaecida en 1.º de Marzo de 1802.

Desgracia enorme fué para la nación española el que ni Carlos III ni su sucesor Carlos IV, ni sus ministros, más sagaces que aquellos pobres monarcas, pero más poseídos de las ideas enciclopedistas, escuchasen la voz de alarma que en nombre de la religión y del estado les daba aquel eminente escritor, y no contuviesen en sus principios el torrente de tan perniciosas doctrinas. Porque afortunadamente, los errores y abominaciones de la falsa filosofía, importada del extranjero, se hallaban limitados aun á las clases elevadas y apenas habían bajado al pueblo. Gracias á la arraigada fé católica y saludable intolerancia religiosa de nuestros mayores, España no era todavía una nación degenerada y perdida; y por eso según observa un ilustre escritor francés de nuestros días, pudo resistir durante la heróica guerra de su independencia al empuje de las huestes napoleónicas. Empero creemos que nuestros lectores oirán con gusto las mismas palabras del autor á quien aludimos, ó sea del insigne Mgr. Gaume (1) que, al

(1) En el cap. XIII de su luminoso libro *¿En qué hemos parado?* escrito á raíz de las vergonzosas derrotas de Napoleón III y humillación de Francia por los alemanes.

demostrar con razones y hechos históricos que la barbarie intelectual y moral, obra directa de los sofistas, traen en pos de sí la material, como el principio lleva tras de sí la consecuencia, cita en su apoyo la miserable ruina del segundo imperio francés, derrocado por la Prusia y añade: «La historia contemporánea nos ofrece en cambio un hecho de todo punto diferente; que viene á ser un testimonio de la misma verdad. En 1808 viose España brusca y traidamente invadida por un usurpador potente. El suelo de aquella península vióse hollado por ejércitos numerosos y aguerridos. Pero España no era entónces una nación sofisticada. La religión, la patria, la libertad, eran entonces para ella cosas santas y sagradas; y por eso supo ofrecer sus brazos y su sangre á la defensa de aquellos caros objetos. Combatió, venció, y debió su libertad á su fé religiosa, madre de su fé política.» (1)

(1) A estas observaciones añade Mgr. Gaume las siguientes que interesan á su propósito y no desdicen del nuestro. Dice así: «¡Cuan diferente ¡ay! es la Francia de hoy día! No hay duda por desgracia en que ha largo tiempo la Francia está en poder de los sofistas. Sobre ella, como los buitres sobre su presa, se han lanzado bandadas de sofistas en materia de educación, sofistas en política, en historia, en literatura. Ellos le han chupado la esencia más pura de su sangre, su fé y sus costumbres; y al fin la Francia ha sido empobrecida, ha parado en ser presa de la barbarie material, porque esta toma cuerpo siempre que los bárbaros de la inteligencia y de la voluntad llegan al poder, ó cuando la justicia de Dios llama de lejanos términos á los vengadores del derecho divino ultrajado.

»La que se llamaba gran nación, ha visto en unos cuantos días desvanecerse su prestigio militar. Los ejércitos vencidos han capitulado por masas de cien mil hombres y se los han llevado prisioneros como si fueran rebaños. Sus fortalezas destruidas, sus ciudades incendiadas, sus campos assolados, su capital encerrada en un círculo de fuego y aislada del resto del mundo, su industria paralizada, su comercio aniquilado, eclipsada toda su gloria.

»Y no menos aflictivo es el espectáculo que la Francia considerada en si

Reconocen este hecho los mismos autores de la escuela liberal, con ser tan aficionados á falsificar la historia. Entre otros Ferrer del Río en su *Historia del reinado de Carlos III* (1) escribe lo siguiente: «No bien traslucen los españoles la perfidia con que se les trata, suena en Madrid el patriótico grito del 2 de Mayo, y las provincias todas lo repiten á una; todas se aunan en masa, todas ansían la pelea, todas cuentan con la victoria, todas aclaman á su Diós, su Rey y su Patria».

Pero aquella lucha hubiera sido menos larga y sangrienta, si los verdaderos patriotas no hubieran tenido que combatir juntamente contra las huestes invasoras y contra la locura y perfidia de los enciclopedistas y liberales de adentro, de los cuales unos se afrancesaron y otros se empeñaron en intentar reformas políticas tan inoportunas é imprudentes en semejantes circunstancias, cuando más convenía la unión y concordia de los españoles y la conservación de su espíritu y carácter tradicional. Entónces la falsa filosofía denunciada por el P. Ceballos, hizo su asiento en las malaventuradas Córtes de Cádiz; y mientras los buenos españoles combatían y expulsaban á los franceses, aquellos desatinados legisladores y torpes políticos continuaban la obra disolvente de los ministros de Cárlos III y Cárlos IV, y con sus discursos y decretos á cual más insensatos,

»misma ofrece hoy á la Europa y al mundo. He aquí que los hijos de los bárbaros de 1793 vuelven á levantar la cabeza, á proclamar doctrinas salvajes y desplegando su sangrienta bandera, tratan de destruir radicalmente la religión, la sociedad, la libertad y la propiedad.

»No tenemos por qué admirarnos de situación tan triste y oprobiosa. Es el resultado lógico de la ley que ya hemos recordado: al siglo de los sofistas sigue siempre el siglo de los bárbaros.»

(1) Tomo III pag. 558.

XIII

procuraban arraigar en nuestro suelo las ideas francesas (1). Entónces, frente á las huestes verdaderamente españolas y patrióticas de religiosos y caballeros que se sacrificaban por la pátria, se presentó osadamente el liberalismo para sacrificar á la pátria (2), iniciando una série de innovaciones, desafueros, despojos, persecuciones y revoluciones de carácter político y religioso, que en el momento presente se aproxima ya á los límites de la anarquía y de la disolución social.

No pretendemos al decir esto que en nuestra pátria todo esté perdido; pues gran parte de las oleadas revolucionarias se han estrellado en la arraigada fé y carácter generoso y constante del pueblo español. Que la corrupción de España no ha marchado tan aprisa como hubiera querido la sofistería política de la escuela liberal la prueban diversas reacciones que han sucedido á la del año 1808, y el fenómeno desconocido en el resto de la Europa moderna de más de cien mil hombres que se han levantado una y otra vez á derramar su sangre por *Diós, pátria y rey*. Y es muy de notar el carácter verdaderamente popular de estos alzamientos en que, á diferencia de los pronunciamientos liberales obra servil del elemento militar, el pueblo se ha constituido voluntaria y desinteresadamente en ejército para defender sus derechos y libertades atacadas por el li-

(1) Sobre este punto véase al Filósofo Rancio, en sus luminosas *Cartas Críticas*.

(2) Acerca de la conducta cobarde, interesada, torpe, ruin y antipatriótica, que á diferencia de los frailes y *serviles*, observaron los filósofos y *liberales* durante aquella guerra, se hallarán muchos y curiosos pormenores en dichas *Cartas Críticas*.

beralismo imperante (1). Pero es bien cierto que al enciclopedismo apoderado de nuestros gobiernos desde el reinado de Carlos III, se debe que gran parte de nuestro pueblo haya perdido el sentimiento religioso y nacional, alistándose en las destructoras huestes del liberalismo, el socialismo y el anarquismo.

Mucho terreno ha ganado la falsa filosofía y muchas ruinas ha causado en la sociedad europea desde que el padre Ceballos la impugnó tan enérgica y luminosamente; mas no por eso ha envejecido ni desmerecido en interés la producción del sábio y celoso hijo de San Jerónimo, y no dudamos afirmar con un crítico tan autorizado como el Sr. Menéndez Pelayo (2), que hoy mismo podemos sacar notable provecho de su lectura. Según observa el propio crítico, las cuestiones metafísicas, éticas, políticas y sociales que allí se remueven son en sustancia las mismas que hoy agitan los espíritus y que sirven de manzana de discordia entre incrédulos y apologistas. Por lo cual le alaban

(1) Popular en alto grado fué el heroico alzamiento que no pocas de nuestras provincias llevaron á cabo en favor de Carlos V, pues como confiesa un escritor de la escuela liberal, D. Fernando de Castro en su *Historia de España*, lección XXXI, «en la guerra civil dinástica estaban por el infante D. Carlos las provincias Vascongadas, el Clero secular y regular, la clase menos acomodada del pueblo y aun una buena parte de la clase media, sobre todo en las aldeas y poblaciones de segundo orden». Popular también, y nadie osará negarlo, fué el levantamiento que, hace veinte años, se realizó en las mismas provincias del Norte y en otras regiones de la Península en pos de la ominosa revolución de 1868. Por el contrario, según observa el Sr. Menéndez Pelayo, III, 113, la revolución nunca ha sido popular en nuestra patria, donde aun estamos viviendo de las heces de aquella revolución oficinesca, togada y doctoril que hicieron D. Manuel de Roda, D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, D. José Moñino y D. Pedro Rodríguez Campomanes.

(2) En el tomo III, pag. 314 de su mencionada Historia.

y citan varios autores de nuestros días, entre ellos uno de los que más han trabajado en nuestro país por la restauración de la sana filosofía y de la doctrina católica, el eximio filósofo y apologista D. Jaime Balmes, que al demostrar la saludable influencia de la religión Católica en la sociedad y la impotencia social de las escuelas conservadoras modernas (1), copia varios párrafos que califica de excelentes, donde el P. Ceballos prueba que el gobierno moderado y suave es el que más conviene al espíritu del Evangelio. (2)

El estudio de esta obra es altamente útil para volver por el honor de nuestra patria ultrajada largamente por los historiadores y críticos de la escuela heterodoxa y liberal, siempre dispuestos á acoger y repetir cuantas calumnias han propalado contra España la envidia extranjera y la saña protestante. En el tomo VI de LA FALSA FILOSOFÍA se demuestra contra las invectivas y calumnias de Sidney, Gottlob, Boulanger, y otros filosofastros que ya han caído en completo olvido, que la pasada grandeza de nuestra gran monarquía se fundó y sostuvo por la religión y no por el despotismo; que nuestra España con sus leyes é instituciones fundadas en el amor de Dios y del prójimo, realizó el feliz y bello ideal de una sociedad católica donde la autoridad es paternal y la obediencia voluntaria. Finalmente, el P. Ceballos defendió victoriosamente contra los sofistas y filibusteros de su edad la legitimidad y benignidad de nuestra dominación en América.

(1) En sus notas al cap. 52 de su inmortal obra *El protestantismo comparado con el catolicismo, en sus relaciones con la civilización europea*.

(2) Libro 2, disert. 12, art. 2.

Pero lo que más realza el mérito del autor de LA FALSA FILOSOFÍA es el admirable acierto y perspicacia con que su privilegiado entendimiento iluminado por la fé previó y anunció (1) las funestas consecuencias que debían producir los errores de su tiempo y los estragos que causarían en nuestra tierra las negras nubes que á la sazón se cernían sobre el horizonte. Acerca de este acierto que raya en profecía; leemos en la mencionada obra del Sr. Menéndez Pelayo: «El principal fin del P. Ceballos, que publicó su libro en 1774, muchos años antes de ver desencadenada la revolución francesa, fué mostrar la ruina de las sociedades, el allanamiento de los poderes legítimos, el desorden y la anarquía, como último y forzoso término de la invasión del naturalismo y del olvido del orden sobrenatural, así en la ciencia como en la vida y en el gobierno de los pueblos. Corrieron los tiempos y la revolución confirmó y sigue confirmando con usura los vaticinios del monje filósofo». Y más adelante añade: «Hemos llegado á la segunda parte de LA FALSA FILOSOFÍA: en ella el objeto del P. Ceballos es demostrar que lejos de ser los pareceres incrédulos vanas especulaciones sin consecuencia, son errores perniciosísimos para el bienestar de la república y fecundo semillero de máximas anárquicas, aun peores que el temor supersticioso y la nimia credulidad. Al ateísmo en el universo corresponde la anarquía en el

(1) En el tomo III, pag. 308 de su mencionada Historia, el Sr. Menéndez Pelayo dice así: «Si en el campo de las ciencias sociales maduraban (los innovadores) la gran conjuración contra el orden antiguo, desde lejos los atalayaba el P. Ceballos y daba la voz de alarma, anunciando proféticamente cuanto los hijos de este siglo hemos visto cumplirse y cuanto han de ver nuestros nietos».

XVII

»estado ó la obediencia forzada á una estúpida ó ilustrada
»tiranía: pestes ambas del género humano, como ya ad-
»virtió el mismo Bayle. El ateísmo es declaración de gue-
»rra contra la sociedad y la justicia; y quien la hace, queda
»en la categoría de enemigo público y de bajel armado en
»curso contra el orden social, sin distinción de imperios
»ni formas de gobierno...; Tiempos miserables aquellos del
»siglo XVIII, en (que como dice el dean Swift) habían
»llegado á tenerse por prejuicios de educación todas las
»ideas de justicia, de piedad, de amor á la patria, de divi-
»nidad, de vida futura, de cielo y de infierno! Por eso el
»P. Ceballos con profundidad de *vidente*, á vista de los
»primeros tumultos y chispazos, y de los vários motines
»que precedieron de lejos á la revolución francesa, declara
»punto por punto la calamidad inminente, y anuncia la in-
»terna descomposición que hoy vemos de la naciente de-
»mocracia americana, y tiene por ineficaz todo remedio
»que no sea volver á entrar, gobernantes y gobernados,
»por las vías del santo temor de Dios: filosofía eterna,
»aunque parezca vulgar y de viejas; porque ¿qué cosa más
»vieja y mejor que la verdad? Escribíase esto en 1775».

Y finalmente, al notar que el P. Ceballos con alguna exageración atribuye *universalmente* á los filósofos impíos la doctrina del tiranicidio y regicidio, añade: «Tuvo con todo, esta disertación del P. Ceballos profético cumplimiento en la sangre expiatoria de Luis XVI».

Mucho más podríamos decir acerca de una publicación tan interesante y tan oportuna; pero la brevedad de este prólogo hallará compensación suficiente en los documentos que van á continuación, y sobre todo en el admirable análisis y juicio crítico de LA FALSA FILOSOFÍA, que el se-

ñor Menéndez Pelayo ha insertado en el tomo III de su *Historia de los heterodoxos españoles*: obra verdaderamente magistral y monumental, donde para gloria del catolicismo español, las sombras de la incredulidad ceden y se desvanecen ante el brillo de nuestros insignes apolo-
gistas.

En los números I, II y III, se hallan hasta tres biografías más ó menos extensas del P. Ceballos publicadas por uno de sus modernos admiradores y actual poseedor de sus manuscritos (1), el Sr. D. León Carbonero y Sol, siendo la más completa é importante la tercera, escrita por el docto y conocido literato sevillano D. Juan José Bueno. (2)

En el número IV, el juicio crítico, ó más bien breve noticia de LA FALSA FILOSOFÍA, que el Sr. D. Antonio Ferrer del Río, insertó en su *Historia del reinado de Carlos III en España*. Mal pudo el entusiasta panegirista de tal monarca y adepto de la escuela progresista (3), comprender y realzar el mérito del P. Ceballos, que con tanto celo protestó contra la mala política de aquella corte; mas por lo mismo es más honroso para el insigne monje que semejante historiador le consagrarse unas cuantas páginas y,

(1) Acerca del feliz hallazgo de las obras inéditas del P. Ceballos, véase al citado Sr. Carbonero y Sol, en su Revista *La Cruz*, número del 19 de Febrero de 1856.

(2) A esta biografía sigue la curiosa noticia y acta de la solemne exhumación y traslación de los restos mortales del P. Ceballos, desde el claustro del monasterio de S. Isidro del Campo, al suntuoso templo de la Universidad literaria de Sevilla.

(3) «Grandes fueron, escribe á este propósito el Sr. Menéndez Pelayo, los pecados de Carlos III, aunque él creyera otra cosa; pero bien le castigó la Providencia, deparándole un historiador progresista».

respetando su doctrina, consagrarse algún elogio á su erudición, lenguaje y estilo.

Finalmente, en el número V se inserta íntegramente el importante juicio crítico que ya tantas veces hemos celebrado, donde el Sr. Menéndez Pelayo analiza y aprecia cumplida y exactamente los escritos del P. Ceballos, y especialmente su FALSA FILOSOFÍA, labrándole la rica y merecida corona que le debía la gratitud de la España Católica.

Réstanos dar algunas noticias sobre las ediciones de LA FALSA FILOSOFÍA, y en particular acerca de la presente. La primera edición, según los datos que hemos podido adquirir, se hizo en Madrid desde 1774 á 1776, constando de seis tomos en cuarto, y llevando el siguiente título: *LA FALSA FILOSOFÍA ó el Ateismo, Deismo, Materialismo y demás nuevas sectas convencidas de crimen de estado contra los Soberanos y sus Regalías, contra los Magistrados y Potestades legítimas. Se combaten sus máximas sediciosas y subversivas de toda Sociedad y aun de la Humanidad. Tomo primero. Aparato que contiene avisos y prevenciones para dicha obra, escrita por Fray Fernando de Zevallos, Monje Gerónimo del Monasterio de San Isidro del Campo.* Este primer tomo se reimprimió en Madrid, año de 1775. El segundo tomo se imprimió en 1774; el 3.º, 4.º y 5.º, en 1775; y el 6.º en 1776. Al frente de cada tomo se dá noticia de su contenido, como se verá en una de las primeras notas con que el Sr. Menéndez Pelayo ilustra su excelente juicio crítico. La segunda edición es la que menciona el Sr. Ferrer del Río, como hecha en Sevilla en 1775, constando igualmente de seis tomos en cuarto que reproducen la de Madrid. La tercera edición es la que el P. Ceballos

hizo en Lisboa y debía constar de once volúmenes en cuarto, que contuviesen la obra completa; mas por la muerte del autor quedó reducida á siete, que se imprimieron de 1800 á 1801. Esta edición reproducida por los ilustrados publicistas de esta novísima granadina, lleva á las anteriores la gran ventaja de no pocas adiciones (1) y correcciones, y sobre todo la de contener el tomo VII que, por la intolerancia de nuestro gobierno, falta en las dos ediciones españolas y tan raro, que un bibliógrafo tan eminente como el Sr. Menéndez Pelayo confiesa que jamás había podido verle ni sabía de ningún bibliófilo que lo poseyese. El tomo I de esta edición lleva el siguiente título: *LA FALSA FILOSOFIA ó el deísmo refutado en todas sus hipótesis y convencido de crimen de estado. I, de lesa Religión. II, de lesa Majestad. III, de lesa Sociedad. IV, de lesa Humanidad. En el libro sexto se proponen los remedios contra su mortal contagio. En esta tercera edición se dá la obra completa en once tomos. Tomo I, que sirve de aparato á toda la obra. Su autor el P. M. Zevallos, Ex-general de la Congregación de S. Gerónimo de España. Et nunc Reges intelligite, erudimini qui judicatis terram, Psalm. 2, v. 10.—En Lisboa, en la oficina de Juan Procopio Correa da Silva, anno MDCCC, com licença da Meza do Desembargo do Paço.*

En resumen, los editores de esta obra no solamente han exhumado, por decirlo así, un monumento literario de alta estima, sino que han proporcionado á los defensores de nuestra fé y de nuestras glorias nacionales una de las apo-

(1) Entre otras, contiene como suplemento al tomo II, la disertación sexta del Deísmo extático.

logías más sólidas y completas que se han escrito hasta nuestros días. Por tan señalado mérito les felicitamos cordialmente, mientras que recomendando la lectura de su publicación á la juventud estudiosa de nuestro tiempo, acosada por los lobos de tantos profesores incrédulos, racionalistas y pedantes, los exhortamos con aquellas palabras del Apóstol (1): *Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam, secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi et non secundum Christum.*

FRANCISCO JAVIER SIMONET.



(1) En su *Epistola ad Colossenses*, II, 8.

APÉNDICES

ARTÍCULOS BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS ACERCA DEL P. CEBALLOS
Y SU OBRA «LA FALSA FILOSOFÍA».

I.

Biografía del P. Ceballos, escrita por el P. Fray Juan de Oliva, Prior de Monasterio de San Isidro del Campo, (1) y publicada por el Sr. Carbonero y Sol en las ilustraciones preliminares á su edición del libro titulada *Insania, ó las demencias de los filósofos confundidas por la sabiduría de la Cruz*, obra inédita del M. R. P. Fr. Fernando de Ceballos etc., Madrid 1878.

DOCUMENTO IMPORTANTE PARA LA BIOGRAFÍA DEL P. CEVALLOS

La Diputación Arqueológica de Sevilla, no contenta con honrar la memoria y salvar los restos mortales del P. Cevallos, se propuso adquirir datos para escribir su biografía. Era, en efecto, lamentable que fuesen tan escasas las noticias que teníamos de un varón tan insigne, y de temerera que el trascurso del tiempo hiciera ineficaz toda soli-

(1) El Sr. Carbonero y Sol atribuye esta biografía al Prior del Monasterio de San Isidro del Campo, que lo era al fallecer el P. Ceballos, y por consiguiente, al P. Fray Juan de Oliva, que ejercía á la sazón este cargo, como aparece en los apuntes biográficos de D. Juan José Bueno.

cidad y esmero para indagar lo que tanto interesa á la ciencia y lustre de la pátria. No fué infecundo el loable celo de la Diputación Arqueológica; y gracias á sus acertadas disposiciones, logró adquirir algunos datos, que ampliaban los que nosotros pudimos recoger hace años, y publicamos en *La Cruz*. Alentada con éxito tan feliz la Diputación, continuó sus investigaciones, y á la actividad de sus individuos, los Sres. Gago, Ariza y Collantes, se debe el descubrimiento de un manuscrito del monasterio de San Isidro del Campo, de que fué monje el P. Cevallos, en el que el prior, que lo era al tiempo del fallecimiento, escribió el importantísimo documento siguiente:

«En 1.º de Marzo de 1802, murió en este monasterio de San Isidro del Campo, de la Orden de Nuestro Padre San Jerónimo, el Rdo. P. Mtro. Fr. Fernando de Cevallos. Nació en la villa de Espera, de este arzobispado de Sevilla, en 9 de Setiembre de 1732. Fueron sus padres D. Manuel Gonzalez de Cevallos, natural de Alzeta, en la diócesis de Búrgos, y doña Ignacia Perez de Mier, natural de dicha villa de Espera. Estudió en Sevilla, al cuidado de su hermano mayor D. Manuel de Cevallos, beneficiado de nuestra señora Santa Ana de Triana. Desde luégo manifestó su raro talento, despejado juicio y genio reflexivo, observador y constante. Formaron esperanzas; pero por un accidente creyó su familia que se agotaban en flor tan buenos principios. Fué el caso que viniendo del estudio con otros condiscípulos, por juego se daban golpes con los libros que traian atados con una correa, como se suele en todas partes; le dieron á Fernando tambien algunos golpes en las espaldas, y uno de ellos fué tan recio, que le magulló notablemente. Él calló y fué tan sufrido, que dejándose agan-

grenar, habló cuando ya no tenía cura. Sus hermanos acudieron con el socorro de los cirujanos y médicos famosos de la ciudad. Hicieron cuanto supieron, pero fué en vano; por la úlcera se le veían las entrañas, y por momentos iba á espirar; tanto, que se retiraron los facultativos, diciendo que á lo más duraría una hora. Desahuciado de los hombres, recurrió una hermana suya á Dios, y tomando un cántaro, se fué al pozo de las santas vírgenes Justa y Rufina, que está en la Iglesia de Padres Trinitarios, y llenándole de agua, se volvió á su casa; y tomando un paño y mojándolo en aquella agua, llena de fé y confianza en las Santas, se lo puso en la llaga de su agonizante hermano; éste se durmió y sanó con sola esta medicina. No es esta relación de mujeres crédulas; al mismo P. Cevallos se lo oí yo, refiriendo los motivos de su devoción á Santas Justa y Rufina. Del hecho se tomó información, y juraron los cirujanos y médicos las circunstancias de la enfermedad, y su curación milagrosa. Sano ya, siguió sus estudios de Artes y Teología en el Colegio de Santo Tomás. También estudió Derecho civil y canónico, aunque siempre le repugnó el foro. Decía que en el pido y suplico hay muchas mentiras y enredos. Su vocación era decidida por la Iglesia, y con unas capellanías que le dió el cardenal Solís, se ordenó de menores. Vacó la magistral de esta santa patriarcal, metropolitana y primada iglesia de Sevilla; hizo oposición, y aunque mereció los aplausos de todos, no tuvo los votos; que no siempre escoge Dios los más sábios. De esto tomó nuevos desengaños, y resolvió su retiro á un monasterio. Su carácter era propio para monje; abstraído, taciturno, aunque no le faltaba amenidad cuando quería, estudioso, amigo del campo, enemigo de concurrencias, espe-

cialmente de mujeres, donde se habla mucho y nãda se dice, y de una compostura y modestia singular. Entre todos le pareció mejor éste de San Isidro, y siendo prior el P. F. Juan de San Lorenzo, monje de notoria bondad, pidió el santo hábito, y fué recibido por la comunidad el 27 de Marzo de 1758. No desmintió el buen concepto que formó del nuevo monje toda la comunidad, y el Prelado que lo miraba con más cuidado, mientras mejor lo conocía más le amaba; y fué cariño que jamás se entorpeció ni resfrió hasta la muerte, para cuyo paso lo confesó y dispuso el mismo P. Cavallos. Luégo que profesó, lo envió al Colegio, de donde volvió pronto, con todos los honores y actitud de colegial; no vieron necesidad de nuevos cursos y lecciones. Antes que cumpliese diez años de hábito, fué electo prior de este monasterio por los oficios del referido Padre ex-prior Fr. Juan de San Lorenzo, que tuvo siempre mucha estimación y popularidad en el monasterio; fenómeno que jamás se había visto, ni se ha repetido en otra Comunidad. En este trienio, y en otro que fué elegido algunos años después, hizo obras en el monasterio, que si no las viéramos, no las creeríamos, sin que los empeños de la casa correspondieran á los muchos gastos. Hizo el pajar nuevo, obra costosísima y no menos útil; embaldosó la iglesia con losas de Génova, la enlució, hizo el facistol, que éste sólo costó quizás diez y ocho mil reales, el terno bordado, que llegaría su coste á cien mil reales; los dos turíbulos buenos; hizo el aljibe, que por sí sola esta obra será eterna su gloriosa memoria. Bebíamos antes el agua del río Guadalquivir, que pasaba entonces por junto al *Garrotal*, se depositaba en tinajas donde se corrompía y nacían infinitos males, después de haber hecho gastos inmensos para su acopio, y

ahora hay agua para todos, sin más gasto que el de las cadenas y calderas, que no se rompen poco; porque no hay melonero, carretero, pastor, yegüerizo, gañán, arriero, de los muchos que concurren á esta casa, que puede llamarse mesón donde se come y no se paga, que no desee el agua buena y fresca sin dinero, y aun es causa que ejercitemos más la hospitalidad, porque, á título del agua que piden, se dan otras cosas que no piden y desean.—El lienzo del claustro grande que mira al Oriente lo levantó de cimientos, hasta techar la mitad, y lo restante lo dejó en el friso, obra absolutamente necesaria por la ruina del antiguo, y magnífica por su orden dórico y por ser de sillería. Solo podía haberla emprendido un alma tan grande, que en nada se atascaba. Sus deseos por el bien espiritual y temporal de la Comunidad fueron siempre grandes y activos. Si alguna vez no tuvo suceso en sus proyectos, es porque todo hombre es hombre y no Dios, y porque estas almas grandes no se contentan con seguir los senderos antiguos, y en las novedades ó proyectos hay siempre trabajos; cuando estén bien ordenados y exactamente calculados, hay siempre oposición, y en la ejecución entorpecimientos, cuando no hay obstáculos, y porque al lado de estos hombres grandes hay otros chicos y ruines que les chismean, los adulan y los observan para sugerirles especies que los honran poco, y sólo conducen para ciertas vengancillas de los que influyen.

»Sus deseos y su celo por las observancias monásticas y por la Religión católica nadie puede dudarlo. En dos veces que fué prior de este monasterio, otra en el Colegio de Ávila, y visitador general de Castilla, manifestó muy bien su austeridad y ódio á la más pequeña relajación, y esta

XXVIII

oposición tuvo siempre en la Orden que lo honró primero, haciéndolo maestro sin haber seguido la carrera, y dándole todas las exenciones y después los honores de ex-General. Su celo por la Religión católica lo prueban bien sus obras, de que daré un índice, especialmente contra los falsos filósofos é impíos de nuestros tiempos: ninguno se atrevió á impugnarle, y él se las tuvo con todos; procuraron por algunos devotos que tenían y tienen en nuestra España, estorbarle la impresión, y lo lograron. Trabajó en esto especialmente Voltaire, á quien iba en posta el tomo que se imprimía, y aunque lo roía no podía digerirlo, y habiendo juntado en su castillo de Ferney todos sus impugnadores derribados á sus piés, del Padre Cevallos nunca habló el público ruinmente, y por medio de otros malos españoles que callo por caridad, le dieron muchas pesadumbres y suspendieron la impresión. Cuando murió Voltaire vivía el P. Cevallos, y le escribió la vida; es un poema chistoso y lleno de aventuras como el Quijote, pero de un trabajo rudísimo, y todo lo trabajó en un verano: tuvo que analizar cincuenta y dos tomos que escribió Voltaire, y manifestar sus errores dogmáticos, morales, históricos, políticos, sociales y poéticos, y lo condena con las mismas palabras y doctrina de Luciano, Sócrates, Epicuro, Virgilio y Lucrecio, que introduce en su poema para jueces: Cicerón también entra juzgando en lo que ha delinquido en las máximas de legislación y política, y en el ultraje que hizo de la verdadera elocuencia, y todo esto lo trabajó el P. Cevallos en sólo cinco meses inmediatos á la muerte del infeliz Voltaire; empresa que no podía concluirse en tan breve tiempo sin un favor particular de Dios, que le dió la saliva del Espíritu Santo para distinguir lo bueno

de lo malo, y lo verdadero de lo falso. Es verdad que el Padre comía muy poco, y de consiguiente dormía también poco; era muy recogido, y que no obstante su delicada complexión, era de hierro para el estudio, y que todo esto le haría aprovechar el tiempo; pero todo es poco para analizar cincuenta y dos tomos y componer la obra en cinco meses. Es preciso estar al dicho del P. Fr. Diego de Cádiz, que aseguraba que Dios lo había criado en estos tiempos infelices para conocer y dar á conocer á los impíos, y reducir sus máximas á cenizas. Por persuasión de este mismo P. Cádiz fué dos veces á Lisboa á ver si lograba conseguir la impresión de todas sus obras en aquel reino; y aunque al principio tuvo el favor del príncipe y princesa regentes, los discípulos de Voltaire lograron allí lo que en España, y áun el último viaje le costó la vida, que él estimaba en poco, y áun tuvo por un favor de Dios que el celo por la Religión católica le abreviase sus días. En efecto: su muerte fué apacible, disponiéndose para ella como verdadero religioso. Se confesó con el Prelado, que entónces lo era el P. Fr. Juan de Oliva, monje de notoria virtud, y recibidos los Santos Sacramentos, el referido Prelado le leyó la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que él iba meditando con la mayor devoción y ternura; conservó su entero juicio hasta la muerte, que vió venir sin asustarse, aprovechando los instantes en actos de amor á Dios, de Fé, Esperanza y Caridad, pidiendo misericordia y edificando á todos los monjes. No obstante de estar dispuesto por la Comunidad que el ajuar del monje difunto se reparta entre los monjes, señalando el Prelado las Misas que se han de decir y se aplican por el difunto y sus fundadores, el Padre dijo al Prelado que sus libros se llevasen á la libre-

ría de la Comunidad, obra que el P. Cevallos hizo, lo mismo que los estantes, y está muy aseada, y con estos nuevos libros, que bien valdrán cuatro mil pesos, queda tal cual abastecida de aquellas materias que de ordinario recorremos. No fué su proposición precipitada: quince días antes de morir, andando en pié, se confesó con el Prelado, y continuó todo el tiempo hasta la muerte en el aparejo: dispuso quién lo había de auxiliar; le previno que no le diera voces ni cansara con largos razonamientos; que lo excitara al amor de Dios, á los actos de las virtudes teologales, y á la frecuente repetición de los dulces nombres de Jesús, María y José. Así que poco á poco apoyándose este gran hombre sin inquietudes, y manifestando en sí mismo la diferencia del impío al justo en este lance, la muerte del Padre y la de Voltaire, éste murió desesperado, furioso, comiendo su *propio esccremento*, y el Padre murió sosegado, lleno de fé y esperanza, y con muy buenas señales de su vida futura. A las diez y media de la noche del día 30 de Mayo bajó Voltaire á los infiernos, y veintidos años despues, el 1.º de Marzo, á las nueve y cuarto de la noche, se llevó el Señor al P. Cevallos.—R. I. P.—Era de estatura pequeña, frente espaciosa, los ojos muy vivos y graciosos, la nariz larga y algo corva, la boca grande, pero bien hecha, muy enjuto en todo su cuerpo, cerrado de barba y de un color bastante esclarecido, y todo él representaba mucha modestia y majestad. Escribió las obras siguientes:

»1.º *La Falsa Filosofía*.—Están impresos siete tomos, y quedan inéditos cuatro; por todos son once tomos.

»2.º *Respuesta á la censura que dieron contra esta obra*.

»3.º *Análisis del libro intitulado DELITOS Y PENAS.*—Lo trabajó por orden del Inquisidor general el Ilustrísimo Beltrán, de que resultó la condenación de dicho libro.

»4.º *Juicio final de Voltaire.* Dos tomos (1).

»5.º *La insania, ó las locuras de los filósofos confundidas por la sabiduría de la Cruz.*—Un tomo en cuarto.

»6.º *Noche de la incredulidad.*—Un tomo en folio.

»7.º *Ascanio.*—Discurso de un filósofo vuelto á su razón.

»8.º *Discurso de un teólogo á los filósofos irreligiosos*

9.º *El filósofo de los Hardses, ó análisis de la educación de J. J. Rousseau.*—Un tomo.

»10. *Causas de la desigualdad entre los hombres.*

»11. *De Restituenda Religione in partibus infidelium.*—Obra latina en tres tomos en 4.º (2).

»12. *Traducción de los tres tomos primeros del Tratado de la opinión,* por el marqués de Saint-Hubin.

»13. *La Itálica,* obra incompleta.

»14. *La Sidonia Bética.*—Obra trabajada á petición del Sr. Llanes cuando el pleito con Jeréz, y se sentenció á favor del Ilmo. Arzobispo. (La publicó el Sr. Carbonero y Sol).

(1) Esta obra, que nunca se había podido publicar en España ni en Portugal, ni durante la vida del P. Cevallos ni después de su fallecimiento, á pesar de los esfuerzos que hicieron los monjes, la publicó el Director de *La Cruz* en 1856.

(2) Esta obra admirable, inédita, escrita en latín clásico, fué regalada por el Director de *La Cruz* á Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX, que la recibió con sumo aprecio.

»15. *Crisis sobre la Extrav. Ambitosæ*, en orden á la enajenación de bienes eclesiásticos.—Un tomo.

»16. *Reforma Eclesiástica*.—Dos partes (1).

»17. *Cartas al autor de los Exámenes físicos del nitro y otras misceláneas*.

»18. *Plan de Estudios para las Universidades*, hecho á petición del Sr. Desay y originalmente por el príncipe de la Paz (2).

»19. *La exposición á los Salmos*, que no concluyó.

»20. *Discurso sobre el maná que cayó en Cumbres Mayores y otros pueblos de esta serranía en 6 de Diciembre de 1764*.

»21. *La defensa del Juicio de Voltaire*.

»22. *La refutación del famoso Juicio imparcial sobre el Monitorio de Parma*, obra del conde de Campomanes.

»23. *Catálogo de los atentados de la Asamblea Constituyente de Francia*.

»24. *Disertación sobre el culto de San Gregorio, patrón de Alcalá del Río*.

»25. *La refutación del libro titulado EDUCACIÓN CLAUSTRAL*.

»26. *El informe sobre enterramiento en las iglesias*. (Publicado en *La Cruz*).

»27. Una copia autorizada del inestimable códice que regaló á la Cartuja de Sevilla el célebre Perafán de Rivera, y perteneció á la mujer del rey D. Juan el II, titulado *Traducción de las homilias de San Gregorio*, por el Venerable P. Ocaña, General de los jerónimos.

(1) La segunda parte estaba inédita: se publicó en *La Cruz*.

(2) Se publicó en *La Cruz*.

»De los sermones y respuestas á variás consultas, ño hago especial memoria, por ser infinitos. Todas estas obras las he visto; yo no sé si trabajaría otras que no han llegado á mi noticia.

»Debo añadir estas dos disertaciones ó apologías; una sobre la *Devoción del Corazón de Jesús*, que es al mismo tiempo *Impugnación á la Pastoral del obispo de Pistoya*. —Otra es la *Impugnación del libro intitulado Año de 2240*, anónimo, impreso en Lóndres, de que resultó su condenación por el Santo Tribunal y el decreto del Rey mandando quemarlo por mano del verdugo».



II.

Otra biografía del P. Ceballos, publicada por el Sr. Carbonero y Sol en su revista religiosa *La Cruz*, número del 19 de Junio de 1856.

BIOGRAFÍA

DEL PADRE FRAY FERNANDO CEBALLOS, MONGE GERÓNIMO
Y AUTOR DE «LA FALSA FILOSOFÍA
ES CRÍMEN DE ESTADO».

Fr. Fernando Gonzalez de Ceballos, monge Gerónimo del monasterio de S. Isidro del Campo, extramuros de Sevilla, fué hijo de D. Manuel, natural de Alseta, en la diócesis de Burgos y de Doña Ignacia Perez de Mier, natural de la villa de Espera, en la de Sevilla. Nació en esta última villa en 9 de diciembre de 1732. Al cuidado de su hermano mayor D. Manuel Gonzalez de Ceballos, beneficiado de la Iglesia parroquial de Santa Ana en el barrio de Triana, y juntamente al de una hermana de los dos, pasaba en Sevilla sus primeros años dedicado al estudio propio de su edad, en los que descubría ya singular talento, despejado juicio, y un genio reservado y reflexivo, apreciables dotes que daban motivo á presagiar lo que po-

día esperarse de ellos, unidos á una constante aplicación. Pero un pueril incidente, estuvo muy cerca no solo de desvanecer, sino de acabar con tan fundadas esperanzas.

Ocurrió que viniendo un día del estudio con sus condiscípulos, jugando como niños, se daban golpes con los libros, que como se acostumbra en el día, llevaban atados á una correa, los daba y recibía Fernando, pero le tocó uno tan fuerte en las espaldas, que le hizo abandonar el pesado juego, retirándose á su casa notablemente lastimado. Ó por sufrimiento de que despues dió grandes pruebas, ó por no desagradar á sus hermanos no manifestó su dolencia, dando lugar con su silencio, á que se agangrenase la parte donde recibió el golpe, en tales términos, que progresando el mal no bastaron á impedir los auxilios de los mejores médicos y cirujanos, que sus hermanos llamaron al intento; mas ya era tarde; por más que apuraron los recursos del arte, tuvieron que fallar la muerte de Fernando. En efecto, se despidieron un día asegurando que solo podría vivir como una hora. En este corto plazo, su hermana que lo amaba sobre todo encarecimiento, fué al pozo de las Santas Vírgenes Justa y Rufina que está en la Iglesia de PP. Trinitarios; trajo de él cierta porción de agua, y llena de fé y confianza en Dios y en la intercesión de las Santas, mojando un paño en ella, lo aplicó á la parte principal de la llaga de su agonizante hermano, quien quedándose á continuación dormido, cuando despertó se halló sano de su incurable úlcera. No es esta referencia vulgar. El que se ocupa de dejar esta breve noticia, como monge del citado monasterio, la oyó contar al P. Ceballos, como también de que del hecho se tomó información asegurando los facultativos ser milagrosa la curación. De

aquí la devoción que Fernando tuvo siempre á las Santas, pues llegando á ser Prior del citado monasterio *Vere Nullius*, la estendió en tal forma, que en Santiponce, pueblo de su jurisdicción, llegó á ser día de fiesta el de las Santas, al modo que lo es en Sevilla y sus arrabales. Sano ya nuestro jóven continuó sus estudios, cursando artes y teología en el colegio de Sto. Tomás de Sevilla, en cuya universidad se graduó de Doctor en 25 de octubre de 1752, habiendo merecido grandes aplausos por su ingenio vivo y doctrina. Vacó la Magistral de la Santa Iglesia Patriarcal Metropolitana y primada de Sevilla, por muerte de don Alonso Tejedor; hizo oposición á ella, y aunque mereció los aplausos de todos, no obtuvo votos, porque estos permite Dios en sus altos fines, que no siempre los alcance el que los merece. En efecto, este desengaño le movió á retirarse á un monasterio. Su carácter sin duda era el más acomodado á la vida monástica, porque era abstraído, taciturno, (aunque no le faltaba amenidad cuando quería) estudioso, amigo del retiro, y por consecuencia, enemigo de concurrencias, y finalmente de una compostura y singular modestia. Pretendió, pues, el santo hábiso en el citado monasterio de S. Isidro, siendo Prior el P. Fr. Juan de S. Lorenzo, quien estimando las estimables y bellas prendas del pretendiente, lo propuso á la comunidad, la que lo recibió en su seno el 27 de marzo de 1758. Profesó al tiempo debido y sin detención fué destinado á cursar en los colegios de la órden, condición indispensable en ella para obtener las prelacias y otros puestos vinculados á los que siguen la carrera literaria. No tardó en volver á su monasterio, con toda la aptitud y honores de colegial sin necesidad de emplear el tiempo ordinario, aunque el Pa-

dre, además de la Filosofía y Teología, estudió también derecho canónico y civil. Aquí en su monasterio, á beneficio de la soledad del claustro, fué donde dió ensanche á su incansable deseo de saber, entregándose al estudio de toda clase de letras, que poseyó con aquella maestría que se deja ver en sus escritos. Tanto el citado monasterio como la órden lo condecoraron con todos los honores á que puede optar el monge más sobresaliente, y favorecido el primero, antes que cumpliese diez años de hábito (fenómeno no visto desde su fundación) lo eligió por primera vez Prior suyo, repitiendo en otra ocasión igual elección, y la segunda lo distinguió con los honrosos puestos de Prior del colegio de Jesus de Ávila de los Caballeros; con el de Visitador General de los monasterios de Castilla, concediéndole también los honores de Maestro ex-General. Correspondió este monge sábio y virtuoso, al sagrado deber que le imponían sus destinos, siendo á la vez un Padre lleno de amabilidad para con sus súbditos, y un Prior que siendo el primero en la rigurosa observancia de la disciplina monástica, guiaba dulcemente á todos á mantenerla en su pureza.

Su celo por la religión católica y su odio á los dogmas impíos, no hay necesidad de insinuarlos, dígalos su obra LA FALSA FILOSOFÍA. Con todo no debo omitir el respetable dicho del V. P. Fr. Diego de Cádiz, quien hablando del P. Ceballos dijo, *que Dios lo habia criado en estos tiempos, para conocer y dar á conocer á los impíos, y reducir sus máximas á cenizas*. Por persuasión de dicho V. P. fué dos veces á Lisboa, con intención de ver si lo-graba continuar la impresión de su obra, y aunque al principio tuvo el favor de los príncipes, desapareció muy

en breve. Voltaire, su enemigo capital, no atreviéndose á resistir de frente, le hizo la guerra más cruda y vergonzosa por medio de sus afiliados, llegando á conseguir que especialmente en el último viaje que hizo en 1800, le produjese en España tales pesadumbres (cuyo motivo por prudencia se omite) que ciertamente fueron ocasión de su muerte. La vió venir sin duda y se preparó con la serenidad que inspira la buena conciencia. Quince días antes de morir se confesó con el prelado del monasterio, andando en pié, y en la misma forma continuaba disponiéndose. Señaló el monge que lo había de auxiliar, previniéndole que no le diese voces ni cansase con largos razonamientos, que le excitase al amor de Dios, á los actos de las virtudes teologales y que le repitiese con frecuencia los dulces nombres de Jesus, María y José: llegando este día finalmente, y un momento, en que apagándose poco á poco esta luminosa antorcha, sin inquietud, con el mayor sosiego, dando una prueba en sí mismo, si se compara su muerte con la de Voltaire, de la diferencia que hay del impío al justo en este lance. Murió Voltaire furioso, trastornado, desesperado, comiendo sus propios escrementos á las diez y media de la noche del día 30 de mayo, y veinte y dos años despues, en 1.º de marzo, á las tres y media de la noche falleció el P. Ceballos, sosegado, lleno de fé y esperanza, y con señales (al parecer) nada equívocas de su buena suerte futura. Murió de edad de setenta y dos años en 1802. Fué de estatura pequeña, frente espaciosa, ojos muy vivos y graciosos, nariz larga y algo curva, boca grande, pero bien formada, cerrado de barba y de un color bastantemente esclarecido, representando á la vez mucha modestia y magestad.

Acaso no dejará de haber quien estrañe tan minuciosa relación, pero yo diré que las memorias de los hombres insignes, solo pueden tener defecto, cuando no se elogian como merecen, pero no si posible fuera en dar á conocer hasta sus respiraciones. Tiene otro motivo más Fr. Vicente de Luna, monge del citado monasterio de San Isidro, autor de esta breve memoria para estenderse en obsequio de este varón insigne. Le mereció mucha confianza, entre otros tuvo el honor de ser su amanuense y tratándole muy de cerca, le mereció algunos favores, distinguiéndose entre todos la concesión de que trasladase los cuatro tomos inéditos de LA FALSA FILOSOFÍA, del original que conservaba el P. Ceballos.

Como este desgraciado sábio español no pudo lograr imprimirlos, quise tenerlos siquiera manuscritos para tener completa obra tan apreciable, con el designio de ver si algunas circunstancias favorables podían facilitar su impresión, y en efecto, en el presente año de 1822, la revisa un amigo para si llega á ser posible. (1)

Se dió sepultura al Rmo. P. Mtro. ex-general del órden de San Gerónimo Fr. Fernando Ceballos, en el claustro llamado de los difuntos, en su monasterio de San Isidro, en medio del lienzo que dá vista á la puerta de la iglesia por donde los monges entran al coro á cantar los divinos oficios, y sobre la losa de mármol blanco que cubre su sepultura se lee el epitafio siguiente:

(1) La defunción del P. Luna y otras causas, impidieron hasta hoy dar á luz tan importante trabajo.

XLI

HIC JACET

RR. FR. FERDINANDUS ZEBALLOS

FILIUS, ET NON SEMEL PARENS ET PRIOR

HUJUS MONAST.

VILÆ CENOBITICÆ, CULTOR INTEGERRIMUS:

VIR OMNIGENÆ ERUDITIONIS REFERITISIMUS.

IMPIORUM FILOSOPHORUM MALLEUS.

CATOLICÆ VERITATIS STRENUUS VINDEIX

ET DISCIPLINÆ, TAN ECCLESIASTICÆ, QUAM MONASTICÆ ZELATOR

INDEFESUS.

SCRIPTA LEGITO.

OBIT CALENDAS MARTIAS ANN. DOM:

MDCCCII.



III.

Otra biografía más extensa escrita por D. Juan José Bueno y publicada también por el Sr. Carbonero y Sol, al frente de su citada edición de *Insania*.

APUNTES BIOGRÁFICOS DEL R. P. M. FR. FERNANDO DE CEBALLOS

Si la religión jeronimiana en España no ha tenido abundancia de escritores, los anales literarios recuerdan con la estima y respeto debidos los nombres de Fr. Fernando Talavera, Fr. Pedro de Alcalá, Fr. Francisco de Torres, Fr. Hermenegildo de San Pablo, Fr. Diego de Yepes, y sobre todo de Fr. José de Sigüenza, docto, elegante y castizo historiador de su Orden, digno de uno de los puestos más elevados entre nuestros clásicos. Después de este insigne varón, sigue acaso en mérito literario y general nombradía el célebre filósofo del siglo décimooctavo, el enemigo acérrimo del jansenismo, adornado de varios y profundos conocimientos, el reverendo padre maestro Fr. Fernando de Cevallos, infatigable defensor de los principios católicos, martillo de los incrédulos, y azote de los propagadores de falsas doctrinas.

Nació este ilustre y venerable sacerdote en Espera, villa de la provincia de Cádiz, distante catorce leguas de la capital, en 9 de Setiembre de 1732, y en el mismo día fué bautizado en la iglesia de Santa María de Gracia, por el cura más antiguo y beneficiado don Francisco Javier Ferrere González, siendo su padrino Fernando Pérez de Mier, el que, á juzgar por sus apellidos, debía de ser deudo del privilegiado infante. Consta así de la copia autorizada de su partida bautismal, que tiene á la vista quien estos borriones escribe. Sus padres Manuel é Ignacia Pérez de Mier, pertenecían á familias honradas de humilde clase, y contrajeron matrimonio en 25 Marzo de 1713, en la villa y parroquia citadas. Ignórase quién intercaló una *D* mayúscula, muy estrecha, de novísimas tinta y mano, que revela la falta de previsión y la torpeza del suplantador, el cual sin duda creía que necesitaba ese tratamiento el distinguido anticuario, siempre respetable por su ciencia y sus virtudes, importando nada la condición de sus padres. El sencillo ó preocupado autor de aquella inocente ó pueril adición olvidó, como apunta el ilustrado párroco don Gabriel María Domínguez, que firma la copia de la partida, en el oficio adjunto á la misma, que personas muy humildes fueron por su virtud y saber notabilísimas, y que sus nombres se cuentan en el catálogo de los Romanos Pontífices, Reyes y Emperadores; como si hubiese recordado las hermosas frases que Cervantes pone en boca de D. Quijote, cuando daba consejos á su escudero, antes que fuese á gobernar la ínsula: «Haz gala, Sancho, de la »humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que »vienes de labradores, porque viendo que no te corres, »ninguno se pondrá á correrte, y préciate más de ser hu-

»milde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son
»aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido á la
»suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te
»pudiera traer tantos ejemplos, que te cansáran».

Muy niño aún, cuidaron sus padres de darle la primera enseñanza, y en breve adelantó á los demás alumnos, distinguiéndose en la forma singular de su letra, y manifestando en la aurora de su entendimiento aplicación é ingenio. Era el párvulo tan aficionado al estudio, y daba á conocer desde su tierna edad tanta circunspección, que nunca se entregó á los pasatiempos propios de sus años. Cuando sus condiscípulos se entretenían en ellos, Fernando se apartaba de su lado y buscaba lugares donde no le interrumpiesen.

Conociendo su excelente disposición, trasladáronle sus padres á Sevilla, para que siguiese la carrera literaria, y lo pusieron al cuidado de su hermano mayor D. Manuel, beneficiado de la parroquia de Santa Ana. Coursaba en el Colegio de Santo Tomás gramática latina, cuando un funesto accidente vino á infundir sérios temores de su pérdida. Un día, al salir del aula, hubo de suscitarse entre los estudiantes deshecha riña, en que menudeaban los golpes, valiéndose los luchadores como de armas ofensivas de los libros que, según costumbre, llevaban atados con correas. No salió indemne nuestro escolar de la contienda; ántes recibió numerosas contusiones, entre ellas una recísima en la espalda, que le ocasionó grave daño. Sufriólo con rara firmeza, y cuando apareció la gangrena, supieron el caso sus hermanos, quienes acudieron al auxilio de los más hábiles facultativos. En vano emplearon éstos los medios adecuados para cortar el mal; había progresado tanto, que por

la úlcera se veían las entrañas del paciente, y desesperaron de su cura, creyendo que duraría brevísimo tiempo su vida. Cuenta el religioso que extendió su partida de defunción en el libro del monasterio, de donde tomamos gran parte de estas noticias, que su hermano, viéndole ya desahuciado de los médicos y puesta en Dios su última esperanza, tomó un cántaro y se dirigió al pozo que se encuentra en las cárceles donde, según tradición, estuvieron encerradas las santas vírgenes Justa y Rufina, y que aún hoy se venera en el suprimido convento de Padres Trinitarios; llenólo de agua y volvió á su casa, aplicando enseguida un paño empapado en aquel líquido á la horrorosa llaga del niño ya agonizante. Sobrevínole un profundo sueño, y sanó con sólo este medicamento usado con la fé más íntima, «No es, añade aquel, relación de mujeres crédulas; al mismo P. Ceballos se lo oí yo, refiriendo los motivos de su devoción á las Santas Justa y Rufina. Del hecho se tomó información, y juraron los cirujanos y médicos las circunstancias de su enfermedad y su curación milagrosa.

Salvo de la mortal dolencia, continuó sus estudios de Artes y Teología, ciencia esta última en que se aventajó tanto, que, según el testimonio de un veraz contemporáneo, á poco era uno de los más notables teólogos. Ciertos sus padres de que había nacido para el estudio de las letras, procuraron darle toda la instrucción posible, y cursó en la Universidad literaria de Sevilla Derecho civil y canónico. Deseaban que hubiese seguido la carrera del foro; pero siempre le mostró invencible repugnancia, viendo en ella lo abusivo y malo, y no granjeándose su afición lo noble y generoso de su ejercicio. Tenía tan prodigiosa memoria, que, en unión de un condiscípulo, se propuso aprender de

XLVII

coro la obra que le servía de texto para el estudio del Derecho canónico, empresa que acabó sin gran fatiga, no teniendo igual suerte su compañero. A los veinte y dos años de edad era doctor en Teología, Jurisprudencia y Cánones.

Llamábale el estado eclesiástico, y á título de unas capellanías que le nombró el cardenal Solís tomó las órdenes de menores. Por fallecimiento del Dr. D. Alfonso Tejedor quedó vacante la canongía magistral de la metropolitana de Sevilla, y se convocó á concurso en 1755, para proveerla según derecho. Uno de los once opositores que firmaron fué Cevallos; y aunque sus ejercicios merecieron la aprobación del Cabildo y el aplauso de los doctos, otro se llevó la palma; el Dr. D. Marcelino Félix Doye, natural de Sevilla, en 14 de Marzo. Al saber los demás opositores que era aspirante D. Fernando, desconfiaron de la justicia, procurando ganarse la gracia de los jueces, temerosos del merecido ascendiente que la fama del saber de su contrincante había de tener en su ánimo. Algo debió de alcanzar de estos manejos el sábio opositor; asegurósele que ántes del cértamen estaba conferida la prebenda, y diólo así á entender en su argumentación, y más en sus posteriores hechos; porque saliendo del *teatro* donde había lucido sus peregrinas dotes, en vez de ir á su casa á esperar el resultado, dirigióse, más bien que á impulsos de un doloroso desengaño, movido de sobrenatural llamamiento, al monasterio de San Isidro del Campo, para solicitar que le diesen el hábito. Era este el género de vida que cuadraba á su carácter taciturno y circunspecto, á su pasión por el estudio, el recogimiento y el retiro, á la afición de contemplar á la naturaleza en el campo, libre del ruido y del tráfigo del

mundo, y á su genial modestia y compostura. Logró su deseo; y siendo prior el P. Fr. Juan de San Lorenzo, cuya benevolencia era extremadísima, fué recibido por la Comunidad en 27 de Marzo de 1758. Puso en manos de su superior los documentos que acreditaban sus títulos y grados literarios, manifestando así que se desapegaba de las vanidades mundanas, para entregarse de todo en todo á la práctica de los deberes monásticos. Durante el año de noviciado fué modelo de virtudes, y no desaprovechaba ocasión en que mostrar su ardiente deseo de perfeccionarse en las cualidades propias de un religioso. Amábalo más de día en día el prior, á medida que iba conociendo sus raras prendas. ¡Amistad ternísima que duró hasta el sepulcro, en cuyos bordes lo despidió el Dr. Cevallos, su espiritual auxiliante!

Profesó; y cumpliendo las constituciones de la Orden, le mandaron á Salamanca, no á estudiar, sino á residir allí, para obtener las preeminencias correspondientes; que mal podía aprender quien desde que pisó los umbrales del Colegio fué el maestro de los maestros, los cuales se consideraban inferiores al alumno. Así es que indicaron al General la conveniencia de que permaneciese allí con la categoría de Maestro, excusando la oposición, supuesto que nadie podía disputarle semejante honra. Movidó de tales instancias el Rmo. Fr. Juan, á la sazón General de la Orden, escribióle, permitiendo que se quedase de maestro en el Colegio; pero le contestó que en su monasterio escaseaban los predicadores, y había cercano un pueblo entero á quien asistir espiritualmente, añadiendo otras razones modestísimas, que convencieron al superior de que no debía resistirse á su intento.

Ya colegial, diéronle celda aparte del noviciado. Se ocupaba constantemente en escribir. El primer fruto de su laboriosa pluma fué la obra intitulada: *Paráfrasis de los Salmos en tres sentidos, moral, místico y literal*, que no ha parecido entre los numerosos manuscritos pertenecientes á escritor tan estimable, que por suerte han venido á poder de mi querido compañero, catedrático de árabe en la Universidad literaria de esta ciudad y fecundo y florido escritor, el Sr. D. León Carbonero y Sol, que con loable desprendimiento y celo de la buena memoria del padre Cevallos, ha presentado á la Comisión Arqueológica la obra que enseguida se imprime.

Continuo era el afan con que el venerable monje se daba al estudio, frecuente su predicación, innumerables las consultas de todo linaje á que contestaba, y diaria la correspondencia que seguía con gentes de varias clases de estudio, deseosas de saber su dictamen en materias árduas, ó de guiarse por su consejo en los casos difíciles.

Aunque las constituciones de la Orden mandaban que tuvieran veinte años de hábito los que hubiesen de ser elegidos priores, el P. Cevallos obtuvo este nombramiento á los diez, por los oficios del referido Fr. Juan de San Lorenzo: «fenómeno, dice su biógrafo, que jamás se había visto ni se ha repetido en esta Comunidad.» Cómo cumplió los deberes propios de su honroso cargo, dícenlo las obras que llevó á cabo en el monasterio, conciliando las mejoras con la economía, y dando así clara muestra del acierto de su elección. Construyó oficinas costosas y utilísimas; decoró la iglesia, compró ricos ornamentos y alhajas para el culto, é hizo el aljibe, para evitar la molestia, ocasionada á graves males, que padecía la Comunidad, la cual antes

bebía el agua del río Guadalquivir, que pasaba entorces junto al *Garrotal*, conservándola en tinajas, á riesgo de que se corrompiese, después de cuantiosas expensas para acopiarla; proporcionando al mismo tiempo líquido saludable que templase el ardor y extinguiese la sed de infinitos trajinantes y viajeros que acudían á beber al monasterio, *mesón*, según el gracioso dicho del monje ya citado, *donde se comía y no se pagaba*. Empezó importantes obras en el edificio, algunas de las cuales dan todavía testimonio de su celo y de su buen gusto, no sin vencer los numerosos obstáculos que suelen contrariar la ejecución de las grandes empresas, y sobreponiéndose á los sinsabores que siempre granjea el mando á quienes lo ejercen.

Era grande, sin embargo, su espíritu, y no detenían sus generosos impulsos rivalidades y envidias que acaso hubieran atajado los pasos de otro sujeto menos firme. ¡Pasiones miserables que suelen en todos tiempos y lugares tomar incremento, aun en los asilos de la virtud, de donde parece que debían estar desterradas!

Hermanaba con la dirección de aquellas obras infatigable constancia en el desempeño de las virtudes monásticas, y en procurar el bien de sus hermanos. Asistía al coro día y noche, entregábase sin descanso al estudio, y procuraba que no empañase la relajación más mínima el esplendor de su Orden. Era en esto rigurosísimo.

Trascurrido el trienio, nombráronlo en el Capítulo general siguiente prior del Colegio de Ávila, donde principió á escribir su conocida obra *LA FALSA FILOSOFÍA, crimen de Estado*; y obtenidas las licencias para imprimirla, marchó á la corte, donde empezó á comunicar con el conde de Campomanes, fiscal entonces del Consejo, deseoso

de aligerar el logro de su propósito. Examinó el libro el sábio jurisconsulto y magistrado, quien se prendó tanto de la originalidad de su plán y de la manera de desempeñarlo, que hubo de manifestar á vários amigos el gusto con que había leído la obra, y el que tendría en que su autor se la dedicase. Llegó éste á entenderlo y satisfizo el deseo de Campomanes, con tanta más honra para el célebre fiscal, cuanto que el P. Cevallos había elegido para su Mecenas, al mismo rey Cárlos III. Por indicación de aquel repúblico, acogida favorablemente por el autor, escribió éste un *Aparato* á dicha obra, que forma la materia del tomo primero, y algunas disertaciones sobre la necesidad de nuestra Religión, asunto de los dos siguientes. En el IV comienza la polémica con los falsos filósofos; contenía una impugnación del libro *De los delitos y de las penas*. Apasionado de su lectura era Campomanes, y esta circunstancia le desagradó hasta el punto de que se detuvo la impresión de la obra. Estampóse al fin, y siguiéronle el V y el VI, que vieron la luz pública á duras penas. Preparado el VII para darlo á la imprenta, y aprobado por la censura, no pudo, sin embargo, verificarse, porque, al decir de los amigos del P. Cevallos y de algunos de sus contemporáneos, que frecuentaban su trato, se suscitó contra él una deshecha borrasca, promovida por Voltaire y los filósofos de su escuela, mal hallados con que se sacudiesen golpes tan terribles contra las doctrinas que sustentaban, y que tenían aquende los Pirineos prosélitos y favorecedores áun de elevada jerarquía. Era el Padre Cevallos, y lo mostró en todas las épocas y sucesos de su vida, de un carácter firmísimo y valeroso; y ni se intimidaba ni cedía fácilmente de sus propósitos. Permane-

ció en la córte un año, donde escribió la obra intitulada: *Observaciones sobre la reforma eclesiástica hecha en Europa, para que sirva de advertencia á la que se trata en España*. Solicitó que continuase la impresión de LA FALSA FILOSOFÍA durante aquel espacio de tiempo; trató de remover obstáculos, de conciliar opuestos pareceres; instó hábilmente para conseguir su designio, y como último recurso avistose con el Monarca, quien le recibió benigno, mostrándose, al parecer, convencido de la justicia con que el escritor solicitaba la rotura de los lazos que impedían dar cima á su extensa obra. Pero todo fué en vano. El P. Cevallos tuvo que retirarse de Madrid y volvió á su monasterio, obedeciendo al mandato del gobierno, extensivo á que no continuase escribiendo de la manera que lo había hecho.

Convirtió entonces su atención á las melancólicas y próximas ruinas de la antigua *Sancios*, que visitaba frecuentemente; allegó noticias, estudiando con atención cuantas obras y documentos podían dar cuenta de las vicisitudes de la famosa colonia, y escribió la *Historia de Itálica, sus principios, medios y fines*. De esta obra se conserva una buena copia en la Biblioteca Colombina, hecha por don Francisco de Paula Dherbe, en dos tomos en 4.º Hé aquí cómo refiere el copista la adquisición del original y la causa de trasladarlo.

«Una rara casualidad hizo llegar á mis manos el presente manuscrito. Ya había algún tiempo que tenía noticia de que se hallaba en poder de un religioso del monasterio de San Isidro, que se había ausentado de él cuando la extinción de los monacales en la época del gobierno constitucional; y á pesar de las eficaces diligencias que practiqué

entonces para adquirirlo, no pude lograrlo hasta el presente año. Mi gran afición á esta clase de escritos hizo que emprendiese el copiarlo, sin embargo de las muchas ocupaciones que me rodeaban y de lo dilatado de su contenido; pero aun en medio de mis continuas tareas y trabajando con constancia en los ratos que debía destinar para descanso ó recreo, logré concluirlo en menos tiempo del que pensaba haberlo verificado.

»Protesto que nada he alterado en lo sustancial de esta obrita, copiándola con la posible exactitud, á excepción de alguna otra palabra que claramente se conocía estar equivocada por el que la escribió, ó que formaba mal sentido en el caso de la narración; y que á pesar de que las inscripciones romanas que se citan en ella no acompañaban al original que se me franqueó, he puesto al fin algunas de las que conservo en mi poder copiadas por las originales (que ya no existen en el monasterio de San Isidro del Campo, como se dirá en cada una) para que se juzgue de lo que alega el autor en las que señala como pruebas de su opinión.

»Por último, la particularidad de ser la única historia que hasta el presente se haya escrito de la antigua Itálica y el deseo de que se propaguen estas noticias, y que no se logren con el fin de oscurecerlas los que juzguen que su mérito consiste en hacerla rara, me ha movido también á copiarla, contribuyendo de este modo por mi parte á la aclaración de algunas dudas que pudiera haber sobre los diferentes puntos de que en ella se trata».

El P. Cevallos pretendía buscar alivio á las amarguras que obras de distinto género le habían causado entregándose á disquisiciones históricas y al estudio de las antigüe-

dades, de que fué tan benemérito. Pero oigámoslo en la introducción de esta obra inédita:

«Como hubiese yo leído muchas cosas grandiosas de la antigua y soberbia Itálica, me sentí movido á venir á verla; porque en las relaciones de la historia y en las descripciones de los lugares va tanto de lo verdadero á lo falso, como de los oídos á los ojos.

»Llegué al pequeño collado que hoy llaman *Sevilla la Vieja*, sito á las orillas del Guadalquivir, hácia el Poniente, y despues que rodeé su antiguo y grueso muro siguiendo algunas veces sus vestigios á tientas, me senté sobre las ruinas que más sobresalen, y son las de su célebre anfiteatro. Había ya observado su planta en Justo Lipsio, y su alzado y perspectiva en cuadros antiguos (que se conservaban en el monasterio de San Isidro). La vista de aquellos destrozos despertaba en mí la memoria de los horribles espectáculos que en algunos siglos se gozarían en el circo de su arena. Allí me parecía que estaba oyendo el clamor de un vasto pueblo asentado por aquellas gradas, que aún duran á la redonda; y que veía á la nobleza más augusta del mundo, á los caballeros romanos, á los venerables magistrados, llenando todos el *Podio*, que hoy está casi al nivel del campo arado; se me representaba aquella ambición por lucir y sobresalir con que cada dama y cada caballero entraba por aquel circo, y lo mostraba en la brillante pompa y en el séquito de muchos esclavos. Como si lo viera así me figuraba por una parte la bárbara ferocidad de los *gladiatores* corriendo con desesperada alegría á matarse recíprocamente; por otra, la ciega tenacidad de los *Andábatas* cayendo unos contra otros sin verse: acá los miembros humanos, chorreando sangre caliente en las bocas de los leo-

nes que salían hambrientos de la *cavea*; y allá, por todos lados, un pueblo sabio embriagado en el placer de ver la ruina de los humanos. Esto me hacía dar, sin repararlo, con la mano en la frente, y me decía: «Cesado há aquel espíritu que henchía de emulación, de gloria y de inquietud este silencioso lugar. ¡Vé aquí el fin de las antiguas y soberbias ciudades! ¡Vé aquí la cuna y sepultura de las casas augustas que por mucho tiempo mandaron al universo! ¡Vé aquí el silencio con que estas ruínas predicán la vanidad de las cosas humanas y demuestran que es un loco error el grito de la fama que llena los oídos de los hombres y los saca de sí: vanidad de vanidades son todas las solicitudes, industrias, delicias y fábricas porque se anhelan los mortales debajo del sol!» Me cogió en esta reflexión el fin de la tarde, y las aves nocturnas que salían de entre las roturas del edificio y comenzaban á llorar á coros sobre aquellos derrocados muros, me hicieron sentir más el peso de mis reflexiones.»

Segunda vez eligiéronlo prior del monasterio de San Isidro del Campo, después Visitador general de Castilla, y por último se le confirieron los honores de ex-General de su Orden.

Dícese que Voltaire recibía por la posta los libros que daba á luz el P. Cevallos, de quien, sin embargo, nunca habló indecorosamente en público, respetándolo como á su más erudito y formidable impugnador. Cuando murió aquel príncipe de los filósofos franceses escribió el P. Cevallos su vida en sólo un verano; tarea para la cual tuvo que analizar los cincuenta y dos tomos de que constaban sus obras, manifestando sus errores dogmáticos, morales, históricos, políticos, sociales y poéticos. *El juicio final de*

Voltaire es una de las obras más originales y eruditas que el lector puede imaginarse. Son jueces Luciano, Sócrates, Epicuro, Virgilio y Lucrecio, y lo condenan después de haber mostrado que gran parte de las ideas del filósofo de Chatenay, lejos de ser originales, habían aparecido muchos siglos hacía, siendo victoriosamente impugnadas.

Decía el elocuente é incansable misionero Fr. Diego José de Cádiz: «Es preciso confesar que en el P. Cevallos alentaba un espíritu superior, que dirigía todas sus operaciones.» Por indicación del mismo célebre capuchino fué dos veces á Lisboa, una en 1800, por ver si conseguía imprimir en el vecino reino todas sus obras. Al principio mostrósele propicio el gobierno; dió á la estampa LA FALSA FILOSOFÍA hasta el tomo VII, es decir, uno más de los publicados en España, pero el Consejo se opuso á que la obra continuase; y hubo de producirle sinsabores tan crueles la impresión en aquella capital del *Discurso apologético por la devoción del Corazón de Jesús*, hecha en la oficina de Antonio Rodríguez Gallardo, é introducida en España, lo cual dió motivo á que el gobierno ordenase al regente de la Audiencia de Sevilla que la recogiese á mano real é hiciese información sobre el caso, que postraron su ánimo, produciéndole tan profunda melancolía, que desde entonces pudo presagiarse seguramente su fin próximo. Conociólo el P. Cevallos, y se dispuso de un modo edificante á recibir el último golpe. Confesó con el P. Fr. Juan de Oliva, entonces Prelado del monasterio de San Isidro del Campo y religioso de eminente virtud; recibió los Santos Sacramentos inundado en lágrimas y afectos fervorosísimos que conmovieron á sus hermanos; leyósele, á ruego suyo, una y otra vez la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, según el

evangelista San Juan, que el moribundo meditaba tierná y devotamente; hizo los actos de Fé, Esperanza y Caridad, pidiendo á Dios perdón de sus culpas, y despidiéndose de los que rodeaban su lecho, al fin rindió al Criador su alma, blanda y sosegadamente el 1.º de Marzo de 1802, á las nueve y cuarto de la noche, y á los setenta y dos años de edad, dejando en todos respetuosos recuerdos, honda amargura por el sentimiento de su pérdida, y la convicción de que le había recibido el Señor en el seno de los justos.

Antes de morir encargó al Prelado que su numerosa y escogida librería se llevase á la Biblioteca de la comunidad, construida, así como sus estantes, por su cuidado; y se cumplió su voluntad, sin embargo de la disposición de que el ajuar de los monjes difuntos se repartiese entre los demás, señalando el Prelado las Misas que habían de aplicarse por su descanso eterno.

Era el P. Cevallos, según la descripción que nos ha dejado uno de los monjes de S. Isidro, de pequeña estatura, como lo acreditó á nuestros ojos la vista de su esqueleto, frente espaciosa, los ojos vivos y graciosos, nariz larga y algo corva, boca grande, pero bien hecha, enjuto de carnes, cerrado de barba y de color muy claro. Su continente era modesto y majestuoso, su vista recatada; su silencio tal, que nunca lo rompía sino cuando le preguntaban; ordinariamente colocaba sus manos debajo del escapulario, y ponía respeto, al par que ganaba el ánimo con su humildad y benevolencia. Para decir Misa diariamente se preparaba con mucha detención; después de celebrar el Santo Sacrificio daba gracias durante largo tiempo. Todos sus hermanos estaban seguros de que á sus demás virtudes acompañaba la de la penitencia; nadie, sin embargo, lo

vió en su ejercicio. Decía que de las maceraciones solo debía ser sabedor el que había de premiarlas. Leer, escribir, orar fué el continuo empleo de su vida. Muchas veces oyéronle decir: «Dios ante todo: Después de Dios, mis libros.»

Valíase para escribir, de amanuenses, y éstos aseguraban que dictando parecía otro hombre. Entusiasmábase, pronunciaba las palabras con énfasis enérgico, como animadas por un fuego celestial que encendía el corazón de los escribientes, siempre clavados los ojos en el Crucifijo que tenía sobre la mesa.

Además de las obras ya mencionadas, escribió:

Respuesta á la censura que dieron contra LA FALSA FILOSOFÍA.

Análisis del libro intitulado Delitos y penas.

La Insania.

Noche de la Incredulidad.

Ascanio.—Discurso de un filósofo vuelto á su corazón.

Discurso de un teólogo á los filósofos irreligiosos.

El filósofo, ó análisis de la educación de J. J. Rousseau.

Causas de la desigualdad entre los hombres.

De restituenda religione in partibus infidelium.—Dos tomos en 4.º, impresa en Amsterdam.

Traducción de los tres tomos primeros del tratado de la opinión por el marqués de Saint-Hubin.

Crisis sobre la enajenación de bienes eclesiásticos.

Reforma eclesiástica, primera y segunda parte.—Diólo á luz en Madrid (1812) Fr. Andrés Villagelin, del Orden de San Francisco. Consta que la obra fué escrita en 1766 y dirigida al Ilmo. Sr. D. Fr. Joaquín de Osma, confesor

de S. M., para evitar en la mayor parte la reforma proyectada en el Consejo extraordinario.

Examen físico del nitro y otras misceláneas.

Plan de estudios para las Universidades.

Discurso sobre el Maná que cayó en Cumbres Mayores y otros pueblos de esta Serranía en 6 de Diciembre de 1764.—Escribiólo hallándose de tránsito en aquella villa. Impreso por D. Jerónimo de Castilla en 1765.

Impugnación del libro intitulado: Año de 2240.

El Deísmo Estático.

Discurso sobre enterramientos en las iglesias.

Refutación al Juicio Imparcial sobre el Monitorio de Parma del Sr. Campomanes; obra voluminosa que revela gran ciencia y erudición canónica.

Defensa de LA FALSA FILOSOFÍA, crimen de Estado, con motivo de haberse opuesto el Consejo de Portugal á que continuase la impresión de esta obra.

La Sidonia Bética, publicada en Sevilla en 1864, y cuyo original, que, como todos los manuscritos del P. Cevallos, posee D. Leon Carbonero y Sol, fué cedido por éste para costear con los productos de la impresión la traslación de los restos mortales del gran filósofo.

El Sr. Carbonero y Sol ha impreso: *El juicio final de Voltaire,* la segunda parte de la *Reforma eclesiástica* y dos *Discursos sobre las reformas de las Universidades* y sobre *el enterramiento en las iglesias.* Y porción de papeles sueltos y sermones, de los cuales se imprimieron uno predicado en Bornos el 26 de Diciembre de 1761, con motivo del Patronato de Nuestra Señora, Sevilla, por D. Jerónimo de Castilla, 1762; y el otro en desagravio de las sagradas imágenes de Jesucristo crucificado, predicado en Madrid á la

Real Esclavitud del Cristo de las Injurias de San Millán, el 8 de Julio de 1770. Sevilla, Imprenta Mayor, 1771, é infinito número de respuestas á consultas de todo género.

El mismo Sr. Carbonero y Sol regaló á la Santidad de Pio IX la obra *De restituenda religione in partibus infidelium*, que el Romano Pontífice acogió con sumo aprecio.

Propio sería en estos apuntes hacer un breve análisis de tantos escritos y de materias tan diversas; pero ni el autor los ha examinado todos, ni se considera competente para emitir su juicio acerca de ciertas obras, cuyos asuntos desconoce. Las que ha ojeado ligeramente revelan que el Padre Cevallos, con cuyas opiniones no siempre está conforme, era un escritor fácil, fecundo, erudito, instruido en lenguas muertas, correcto y castizo. En su estilo campean la claridad y la llaneza; salpicaba sus obras de sarcasmos decorosos, y sabía elevarse á veces á lo sublime. Su dialéctica era sutil é ingeniosa.

El cadáver del P. Cevallos fué sepultado en el claustro cercano á la puerta de la iglesia, y en la losa de su sepulcro se grabó el epitafio copiado en el acta de la exhumación de sus restos, que más adelante se inserta,

Después de medio siglo, las vicisitudes de los tiempos han convertido el antiguo monasterio de San Isidro del Campo, fundación de los ilustres y valerosos Guzmanes, depósito de preciosas obras artísticas, algunas lastimosamente maltratadas, sepulcro del Abraham español y de su esposa, *digna corona de los Coroneles*, en casa-galera de mujeres, y no parecía decoroso que los restos de escritor y anticuario tan estimable permanecieran en aquel sitio. Por su instituto cumplía á la Diputación Arqueológica cuidar de su traslación á lugar más digno; y excitada en la sesión

de 18 de Diciembre de 1862 por su laborioso secretario don Antonio Ariza, acordó unánimemente llevar á cabo tan loable empresa. Solicitó y obtuvo la ayuda de la Excma. Diputación provincial, del Excmo. Ayuntamiento, y de otras beneméritas corporaciones, y el permiso de las autoridades civil y eclesiástica; y vió al fin cumplido su deseo, verificándose la exhumación con la solemnidad y pormenores que constan de la siguiente

«ACTA.

»En la villa de Santiponce, diócesis y provincia de Sevilla, jueves 16 de Abril de 1863, estando en la sacristía de la iglesia párroquial, antes monasterio de San Isidro del Campo, de la Orden de San Jerónimo, su cura ecónomo, el presbítero D. Agustín Martínez y Vázquez, y presente yo el infrascrito notario mayor de la curia eclesiástica, comparecieron los señores D. Juan José Bueno, doctor en Jurisprudencia, ex-decano del ilustre Colegio de Abogados, individuo de la Academia de Buenas Letras y de la de Bellas Artes de primera clase de Sevilla, correspondiente de la Real Academia de la Historia, director y socio fundador de la Diputación Arqueológica, y miembro de otras varias corporaciones científicas y literarias: el licenciado D. Eusebio Campuzano y Marentes, presbítero, dean de la Metropolitana y patriarcal de Sevilla, comendador de Isabel la Católica, académico correspondiente de la Real de la Historia, y vicedirector de la Diputación Arqueológica: D. Francisco Mateos Gago, presbítero, doctor, catedrático y decano de la facultad de Sagrada Teología de la Univer-

sidad literaria de Sevilla, socio fundador y censor de la Diputación Arqueológica: D. José María de Hoyos y Hurtado, doctor en Jurisprudencia y regidor del excelentísimo Ayuntamiento Constitucional de Sevilla, á quien representaba; D. Jorge Diez, presbítero, doctor en Letras y catedrático propietario de Historia universal de la Universidad de Sevilla, académico de la de Buenas Letras de dicha ciudad, y de la Greco-latina matritense, examinador sinodal de este arzobispado y representante de la Universidad literaria para este acto: D. José Freuller Alcalá Galiano, marqués de la Paniega, doctor en Jurisprudencia y vicepresidente de la Sociedad Filarmónica Sevillana, á quien representa: D. Francisco Díaz Parra, presbítero, licenciado en Jurisprudencia, abogado de los tribunales de la nación y del ilustre colegio de la ciudad de Sevilla, examinador sinodal del arzobispado de Santiago y otras diócesis, socio fundador de mérito y de número de varias corporaciones científicas y literarias: Excmo. Sr. D. Ignacio María Martínez de Argote y Salgado, marqués de Cabriñana del Monte, caballero gran cruz de la real y distinguida orden española de Isabel la Católica, licenciado en Jurisprudencia, individuo de la Academia sevillana de Buenas Letras y de la Diputación arqueológica: D. León Carbonero y Sol, doctor en Jurisprudencia, licenciado en Filosofía y Letras, catedrático de árabe en la Universidad de Sevilla, socio de mérito de la Academia Española de Arqueología, de número de la de Buenas Letras de Sevilla, académico de número de la de Poetas Arcades de Roma, caballero de la ínclita y militar orden de San Juan de Jerusalén y Director de la revista religiosa *La Cruz*: D. Francisco Collantes y Caaño, socio fundador y vicepresidente censor de la Dipu-

LXIII

tación Arqueológica: D. Andrés Cortés y Aguilar, de la Academia de Bellas Artes de Sevilla, socio de número, fundador de la Diputación Arqueológica y presidente de la sección de artes y monumentos: D. Antonio del Canto y Torralvo, académico de número de la de Bellas Artes de primera clase de Sevilla y de la de Quirites de Roma, socio fundador de la Diputación Arqueológica de Sevilla y de la de Amigos del País, correspondiente de la Española de Arqueología matritense y de otras varias del reino: D. Francisco M. Tubino, caballero de la real y distinguida orden española de Carlos III, director del periódico *La Andalucía* y socio de la Diputación Arqueológica: D. José Lamarque de Novoa, caballero de la ínclita y militar orden de San Juan de Jerusalén, académico de número de la de Poetas Arcades de Roma, socio de la Diputación Arqueológica, presidente de la sección de Ética y Literatura de la misma, correspondiente de la de Almería y vicecónsul de las Dos Sicilias: D. Vicente Luis Hernández, profesor de escultura é individuo de la Academia de Bellas Artes, socio de número y secretario segundo de la Diputación Arqueológica: el Dr. D. Manuel Pizarro y Jiménez, médico titular de Sevilla y socio de número de la Diputación Arqueológica: D. Joaquín González, presbítero, monje jerónimo del de Buenavista de Sevilla, abogado del colegio de la misma ciudad y regente de Geografía: D. José María Ruiz, presbítero, maestro de ceremonias de la santa metropolitana y patriarcal iglesia de Sevilla, beneficiado electo por S. M. de la misma, catedrático de Liturgia sagrada del Seminario conciliar de esta diócesis, y capellán de SS. AA. RR. los serenísimos señores infantes duques de Montpensier en el Real Santuario de Valme: D. José María Roby, doctor en

medicina y cirugía de Montpellier y Cádiz, miembro de diferentes sociedades científicas del extranjero y del reino; bachiller en ciencias físicas de la Academia de Montpellier, cirujano agregado de Beneficencia provincial, médico honorario de ejército, etc.: D. Joaquín Emilio Guichot, catedrático propietario del Instituto provincial de Sevilla, y profesor auxiliar de la Escuela superior industrial sevillana; y D. Antonio María Ariza Montero Coracho, licenciado en Jurisprudencia, socio fundador y de mérito de la Diputación Arqueológica, secretario primero de la misma, corresponsal de la Academia española de Arqueología, de las de Córdoba y Almería, de número y secretario primero de la de Amigos del País de Sevilla, y académico fundador de la sevillana de Jurisprudencia y Legislación.—El Sr. Bueno, como presidente de la Diputación Arqueológica, requirió al expresado cura para que, en cumplimiento de una orden del Sr. Gobernador eclesiástico del Arzobispado, fecha 14 del corriente, que le mostró, permitiera y autorizara la exhumación de los restos mortales del Reverendo P. Mtro. Fr. Fernando de Cevallos, firmando el acta que debía extenderse por mí el infrascrito notario. El cura se manifestó dispuesto á cumplir la orden del Sr. Gobernador eclesiástico, expresando que podía desde luego procederse al acto; pero acordado previamente por la Diputación Arqueológica y comisión mixta que entiende de esta ceremonia que ante todo se celebrase una solemne Misa de *Requiem* por el alma de Fr. Fernando de Cevallos, todos los individuos presentes, el alcalde, síndico y secretario del ayuntamiento de Santiponce se constituyeron en la iglesia, ocupando el lugar que les fué señalado, donde se verificó aquella solemnidad religiosa, á la que concurrió gran parte

del pueblo, cantándose la misma por el presbítero D. José María Legonías, de la Orden de S. Jerónimo, y de aquel monasterio, asistido de D. Joaquín González y don José Morgado, que hicieron de diácono y subdiácono. Concluida la Misa se trasladaron todos los individuos de la comisión y cura párroco al claustro contiguo á la puerta de la iglesia, y en el suelo se encontró una losa con la inscripción siguiente:

HIC JACET

RR. P. F. FERDINANDUS CEVALLOS

FILIUS, ET NON SEMEL PARENS, ET PRIOR

HUJUS MONAST.

VITÆ CŒNOBITICÆ, CULTOR INTEGERRIMUS :

VIR OMNIGENÆ ERUDITIONIS REFERTISSIMUS :

IMPIORUM PHILOSOPHORUM MALLEUS :

CATHOLICÆ VERITATIS STRENUUS VINDEXT :

ET DISCIPLINÆ, TAM ECCLESIASTICÆ, QUAM MONASTICÆ ZELATOR

INDEFESSUS.—

SCRIPTA LEGITO:—

OBIIT CALENDAS MARTIAS ANNO DOMINI

MDCCCII. HIC ETIAM JACET F. BENED. ORTEGA.

ANNO MDCCXX. R. I. P. A.

»En este acto se invitó al alcalde de Santiponce, D. José Marcelino García, para que hiciese comparecer á los vecinos más ancianos del pueblo, con objeto de dirigirles las preguntas oportunas respecto al enterramiento del P. Cevallos; y ante la comisión, cura párroco y autoridades, en la sala llamada de Capítulo, se presentaron dos, que dije-

ron llamarse Vicente y Antonio Vega, de ochenta y setenta y tres años de edad, casados, trabajadores del campo, quienes interrogados por el infrascrito notario, contestaron: que habían conocido al Rdo. P. Mtro. Fr. Fernando de Cevallos, cuya estatura era baja y enjuto de carnes, con cejas muy pobladas; que sabían fué enterrado en el año de mil ochocientos dos en el mismo sitio donde está la referida losa, la cual han visto constantemente, sin que haya vuelto á levantarse por ningún motivo. D. José María Legonías, presbítero, de edad de sesenta y seis años, exclaustro del mismo monasterio, se presentó después asegurando la segunda parte de la declaración de los hermanos Vega, que confirmaron también muchos vecinos del pueblo; dispúsose, por tanto, la exhumación, valiéndose de los trabajadores José María Álvarez, Manuel Fuentes menor, y Juan Antonio Silva.—Seguidamente fué reconocida la losa por el expresado cura y por el infrascrito, encontrándose sin fractura alguna y con manifiestas señales de no haber sido movida en muy dilatado tiempo; circunstancia que se hizo notar á todos los presentes. Levantada la losa, se procedió con el mayor cuidado á la excavación en la forma siguiente:—A flor de tierra empezaron á descubrirse huesos muy deteriorados, extraordinariamente frágiles, diseminados é incompletos, declarando los profesores D. Manuel Pizarro y D. José María Roby, que los conceptuaban de más de un siglo, y que entre todos podría reunirse escasamente un esqueleto, á excepción del cráneo. Que esto venía á confirmar su opinión, manifestada á la Sociedad, supuesto que no puede ofrecer dificultad alguna el distinguir dos esqueletos de épocas muy distantes una de otra, por la notable diferencia en la alteración de los huesos y por la circuns-

LXVII

tancia de que para colocar los restos del P. Fr. Fernando de Cevallos debieron sacarse los de Fr. Benito Ortega, poniéndolos en capas superiores de la tierra, según se advertía en aquel momento.—Siguióse la excavación, y como á medio metro de profundidad encontrase una superficie caliza y más compacta, que parecía preparada exprofeso, notándose acto continuo en el centro de la fosa un pequeño hundimiento, que se hizo advertir á los circunstantes, confirmandose entre ellos la creencia de que en aquel sitio había estado el terreno en hueco, y que debajo iban á descubrirse los restos de otro cadáver.—Los trabajadores, advertidos oportunamente, redoblaron el cuidado, y apareció á los pocos instantes la parte anterior de un cráneo, descendiendo á la fosa el facultativo D. José María Roby, quien al separar la tierra que cubría las partes laterales del referido cráneo, hizo observar á los presentes, que la base del mismo estaba muy oscura, signo de ser *humóides*, ó de contener restos orgánicos, resultado de la descomposición de las partes blandas, circunstancia que, según dijeron los citados profesores, era muy importante para comprobar que aquel sepulcro no se había removido después de la inhumación del cadáver; advirtiendo además que en la región temporal derecha existía algún cabello sin destruir, dato que hicieron constar, porque era en su sentir la prueba irrecusable para la distinción de las épocas, y por consiguiente para acreditar que el cráneo pertenecía al esqueleto que buscaban. Continuando la exploración á presencia de su comprofesor de la comisión, y de una concurrencia numerosa, descubrió el esqueleto entero, según dijo, anatómicamente colocado, y sin que ninguna mano extraña hubiese trastornado aquel sitio desde la época del

sepelio.—Recogidos todos los restos, y declarando los doctores expresados que eran del esqueleto más moderno, dedujeron, disponiendo que constase solemnemente, que, en su opinión, era el del P. Fr. Fernando de Cevallos, supuesto que hasta sus dimensiones concordaban con la estatura averiguada del mismo; dictamen que se enunció públicamente, sin que por nadie fuese contradicho, á pesar de que el Sr. D. Juan José Bueno excitó á todos para que emitiesen sus dudas, y unánimemente se manifestaron convenidos de estos juicios, siendo general entre los profesores é individuos presentes la persuasión de haber hallado los restos del referido monje, que fueron colocados con respetuoso esmero en una caja de zinc, preparada al efecto, conduciéndose á la iglesia, donde había un túmulo para recibirlos. El expresado cura y los demás ministros cantaron un solemne responso, y concluido éste, yo, el infrascrito notario mayor, ví cerrar la caja, recibiendo de mano del vicescensor de la Diputación Arqueológica las tres llaves que la aseguraban, conservando la primera para entregarla al señor gobernador del arzobispado, poniendo la segunda en manos del Sr. D. Jorge Díez, representante del señor rector de la Universidad Literaria, y la restante en poder del Sr. D. Juan José Bueno, director de la Diputación Arqueológica.—Llevada la caja por dos individuos de dicha corporación á la sala de Capítulo, inmediata á la sacristía, por los secretarios de la misma y el Sr. D. José María de Hoyos y Hurtado, se precintó con fajas de papel, y lacró, depositándola en la capilla de reserva que está en dicho aposento, bajo la custodia del referido cura, ofreciendo éste entregarla en los mismos términos que la recibía cuando fuese requerido para ello, con lo cual se dió

LXIX

por terminada esta diligencia, en la que se invirtieron desde las ocho de la mañana hasta la una y doce minutos de la tarde, firmando con el referido cura todos los señores presentes y testigos, de que doy fé.—*Joaquín Alvarez de La Miyar.*»

El día 6 de Noviembre del año de 1863 se verificó la traslación de los restos mortales del anticuario ilustre al magnífico templo de la Universidad Literaria, donde reposan los del gran polígloto Arias Montano, los del célebre poeta lírico Arguijo, los del sabio Lista y los de otros insignes varones. Erigióse un modesto y elegante túmulo de pequeña altura, y encima se colocó la caja que contenía los huesos del venerable monje, cubierta con un rico paño fúnebre, sobre el cual se divisaban un libro y una corona de laurel, dedicada á la memoria del escritor respetable, dispuestos artísticamente. Cuatro blandones brillaban en los ángulos. En el lugar preferente había sitaliales para las autoridades, y desde las gradas del presbiterio hasta cerca de las puertas de la iglesia formóse un estrado para el convite con lujosos bancos de la Universidad, forrados de terciopelo carmesí. Ricas alfombras cubrían el pavimento del presbiterio, donde se colocó el trono para SS. AA. RR. y espacio destinado á los demás concurrentes. Era el aparato sencillo, grave, majestuoso.

Autorizaban el acto con su presencia S. A. R. el Serenísimo Sr. Duque de Montpensier, el rector de la Universidad, los profesores, las corporaciones eclesiásticas, civiles y militares, científicas y literarias, el clero, escritores, artistas y personas distinguidas, que formaban un brillante y numerosísimo concurso, el cual acudió á rendir homenaje á las cenizas del famoso anticuario, y á tomar parte

en las devotas preces que se dirigían al cielo por el descanso eterno de su alma.

A las once comenzó la Misa de *Requiem*, en que ofició el señor dean, asistido de dos capitulares; y la Sociedad Filarmónica, compuesta de personas principales dedicadas al cultivo y fomento del arte encantador de la música, tocó admirablemente la gran Misa, compuesta por el célebre D. Hilarión Eslava, cuyas notas melancólicas y sublimes resonaban en el espacioso templo con solemnes y misteriosas armonías.

Concluida la ceremonia se depositaron los restos en una sepultura abierta en el centro del crucero, la cual cubrirá un mármol costado por nuestro querido compañero el Excmo. señor marqués de Cabriñana, tan ilustre por sus títulos como por sus letras y magnificencia, con la siguiente inscripción latina, de la docta pluma del S. D. Jorge Diez:

CURANTE HISPALENSI ARCHEOLOGIÆ CONSSESU
 PROVINCIÆ SENATU NECNON MUNICIPALI CURIA
 IMPENDIA SUFFRAGANTIBUS
 R. P. FERDINANDI A CEVALLOS
 ERUDITISSIMI SCRIPTORIS EXIMIÆ VIRTUTIS SACERDOTIS,
 OSSA EX ANTIQUO DIVI ISIDORI ITALICENSI MONASTERIO
 UBI VIR CLARISSIMUS SEPULTUS FUERAT
 IN HANC SACRAM ÆDEM SOLEMNI RITU TRANSLATA SUNT.
 POSTRIDIE NONAS DECEMBRIS AN. MDCCCLXIII.

La lápida que cubría el sepulcro del P. Cevallos en el claustro del monasterio de S. Isidro, y que evidentemente está formada de un enorme fragmento de algún edificio romano, se trasladará al sitio que ocupaba, agregándose esta otra leyenda:

LXXI

LA COMISIÓN ARQUEOLÓGICA DE SEVILLA,
AUXILIADA POR LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Y EL EXCMO. AYUNTAMIENTO
CUIDÓ DE EXHUMAR LOS RESTOS MORTALES
DEL RDO. P. MTRO. FR. FERNANDO DE CEVALLOS
QUE YACÍAN EN ESTE SEPULCRO
EN 16 DE ABRIL DE 1863,
TRASLADÁNDOLOS CON SOLEMNE POMPA
EN 6 DE NOVIEMBRE DEL MISMO AÑO
Á LA IGLESIA DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA
DONDE DESCANSAN LOS DE OTROS ILUSTRES VARONES.

IV.

Juicio Crítico de *La Falsa Filosofía* por D. Antonio Ferrer del Río; de la Real Academia Española, en su *Historia* del reinado de Carlos III en España, libro VII, cap. 4.

Después de referir que en el *Nuevo sistema filosófico* de D. Antonio Javier Pérez y López (1) «se patentiza el extravío de algunos autores, que toman el desorden por el orden, maquinando así sistemas falsos y perjudiciales,» continúa diciendo:

«Antes los había combatido el jeronimiano Fray Fernando de Ceballos en LA FALSA FILOSOFÍA. (2) Tras de inquirir el origen, los jefes, caracteres y progresos de los deistas, libertinos, espíritus fuertes, incrédulos y demás sectarios, enuncia lo dificultoso de rebatirlos, porque la verdad de la religión no se puede fundar sino en la Escritura y palabra divina, y ellos se burlan de todos los dog-

(1) Publicado en Madrid, año 1785.

(2) LA FALSA FILOSOFÍA, ó el ateísmo, deísmo, materialismo y demás nuevas sectas convencidas de crimen de estado contra los soberanos y sus regalías, contra los magistrados y potestades.—Seis tomos en cuarto, Sevilla, 1775.

más: porque sí se les estrecha con razones sacadas de la justicia natural y de los principios de pensar y juzgar universalmente recibidos, salen de la dificultad con un chiste y hacen parar la cuestión en risa; porque, relativamente al arte de divertir á un público liviano, llevan mucha ventaja á los teólogos más profundos; porque tampoco es medio seguro confundirlos hasta con los testimonios del paganismo, á causa de que no perseveran en ningún principio ni puesto. Fundado en tales consideraciones, varía de rumbo é intenta probar que son reos públicos de todas las leyes y de todo crimen de Estado; rebeldes á los reyes, á los magistrados y á todas las potestades; disipadores de toda sociedad y perturbadores de todos los gobiernos establecidos, y aun de la economía y paz de todas las familias, y finalmente, enemigos comunes de la humanidad, tirando á destruirla desde el nacimiento de los hombres hasta el suicidio. Para ello prueba la existencia de Dios con el sentir de todo el género humano, y la de la religión revelada por la concordancia entre profetas y evangelistas; impugna á los deistas, negadores de la Providencia; á los naturalistas, según los cuales basta la filosofía para la felicidad de los hombres; á los ateistas y materialistas, á quienes considera los más perniciosos de todos. En su concepto, negada la Providencia divina, es una quimera toda potestad humana pública ó doméstica, por falta de fin; negada la libertad de los hombres, queda destruido el sujeto de los gobiernos que son los ciudadanos libres y sumisos: los filósofos antiguos pensaron en ser admirados y no en hacer felices á sus semejantes, ni en ilustrar sus entendimientos, y los modernos tratan de cegarlos, con que crece por ellos la necesidad de la revelación: la filosofía

carece de fuerza para impulsar á la virtud, y aunque la tuviera no sería bastante: más verdades sabemos por creer en Jesucristo que por comprender á los filósofos de todos los tiempos; la filosofía, por su abuso, ha servido á la razón como un vidrio notorio y la fé le sirve de telescopio: los que niegan á Dios se declaran inmediatamente por enemigos de todos los gobiernos: al ateísmo en el universo, corresponde la anarquía en cada uno de los estados; la religión reforma, sus sectarios destruyen la autoridad del derecho y de todas las leyes, y aplauden el tiranicidio y el regicidio, cuya doctrina es más funesta para el pueblo que el mal que le puede causar un tirano: la religión cristiana perfecciona cada uno de los gobiernos: dá preferencia el Evangelio al que se encuentra establecido, y conviene más á su espíritu el templado y suave.

Por el monárquico se declara Ceballos: pero no sin reconocer que la religión se promete á cualquiera forma, y concluye rechazando los dichos de los filósofos contra el engrandecimiento de España y la legitimidad de su dominación cristiana; juzgando imposible la monarquía universal á todas las fuerzas humanas, y pareciéndole empresa fácil á la virtud de la religión: porque si todo el universo tuviera las mismas creencias, las mismas esperanzas, los mismos temores, podría estar regido por un solo monarca.

Muy á los principios de su nutrida obra, y deseoso este jeronimiano andaluz de que abrazaran su causa teólogos, médicos, jurisconsultos, metafísicos, políticos, y todos los de valer y ciencia, como agraviados y turbados en sus posesiones y términos antiguos, les dijo presurosamente: «Si viérais que me ladeo del camino, reducidme: si halláreis vacíos en mis discursos, llenadlos y suplidlos: si notáreis

vicios en mis palabras, no ha sido este mi objeto, y hay tiempos y circunstancias que no sufren este cuidado... En otros escritos reina el gusto; aquí, en su conflicto, dá voces la verdad.» Sin embargo de esta declaración ingénuá, bien se puede afirmar que prosista más abundante, y culto y castizo no lo tuvo la orden jeronimiana, si se exceptúa el Padre Sigüenza.

V.

Juicio Crítico de los escritos del P. Ceballos, y principalmente de su obra LA FALSA FILOSOFÍA, por D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Célebre más que Rodríguez y que ningún otro de aquellos apologistas, pero no tan leído como corresponde á su fama, á la grandeza de su saber y entendimiento, y al fruto que hoy mismo podemos sacar de sus obras, es el jeronimiano Fr. Fernando de Ceballos y Mier (1), gloria de la

(1) Nació en Espeja, provincia de Cádiz, el 9 de Setiembre de 1732. Era de oriundez montañesa por parte de padre y de madre. A los veintidos años se graduó de doctor en Teología, Derecho y Cánones por la Universidad de Sevilla. Al poco tiempo, como movido por sobrenatural vocación, entró monje en San Isidro del Campo (27 de Marzo de 1758). En su comunidad fué espejo de virtudes y asombro de saber; prior observantísimo y muy celoso de la pureza de la regla así como del esplendor artístico de su convento. Melancolías y disgustos ocasionados por persecuciones é intolerancias de los ministros regalistas aceleraron su muerte, acaecida en 1.º de Marzo de 1802. Allanado y profanado por el huracán revolucionario de nuestros días aquel artístico convento de Santiponce (sepulcro de Guzmán el Bueno), trataron algunos buenos patricios y literatos sevillanos de salvar de pérdida y olvido seguros los restos del P. Ceballos, y así se hizo en 16 de Abril de 1863, ex-

Universidad de Sevilla y del monasterio de San Isidro del Campo, refugio en otro tiempo de herejes, y en el siglo pasado morada del más vigoroso martillo de ellos, á quien Dios crió en estos miserables tiempos (son palabras de Fray Diego de Cádiz) para dar á conocer á los herejes y reducir sus máximas á cenizas. Su vida fué una continua y laboriosa cruzada contra el enciclopedismo en todas sus fases, bajo todas sus máscaras, así en sus principios como en sus más remotas derivaciones y consecuencias sociales, que él vió con claridad semiprofética (perdónese lo atrevido de la expresión) y denunció con generoso brío, sin que le arredrasen prohibiciones y censuras láicas, ni destierros y

humándolos solemnemente y trasladándolos con pompa fúnebre á la iglesia de la Universidad de Sevilla, donde descansan los restos de Arias Montano, de Arguijo, de Rodrigo Caro y de otros sabios varones andaluces. La *Diputación Arqueológica de Sevilla*, á la cual se debe en primer término el acto patriótico de la traslación, costeó además la edición de una obra inédita del P. Ceballos *La Sidonia Bética ó disertación acerca del sitio de la colonia Asido y cátedra episcopal Asidonense* (Sevilla, 1864) con noticias biográficas del autor, recogidas por el laboriosísimo bibliotecario de la Universidad de Sevilla, D. Juan José Bueno, cuya reciente pérdida lloran los buenos estudios.

Las obras del P. Ceballos fueron innumerables, pero casi todas yacen manuscritas en poder del Sr. Carbonero y Sol. Todas, excepto la *Sidonia*, la *Itálica* (que quedó incompleta), la *Disertación sobre el culto de San Gregorio, patrón de Alcalá del Rio*, y algún otro estudio arqueológico ó de materia piadosa, son refutaciones más ó menos analíticas y directas de las teorías heterodoxas, y por consiguiente, el autor se repite mucho. Yo creo que la mayor parte de esas obras (que luego mencionaré) entraban como otros tantos capítulos en el primitivo é inmenso plan de *La Falsa Filosofía*, aunque hoy las veamos desligadas y sueltas.

atropellos cesaristas. Guerra tenaz, sin tregua ni descanso, porque el P. Ceballos estuvo siempre en la brecha, y ni él se hartó de escribir, ni sus adversarios de perseguirle á muerte. Su obra apologética (llamemos así al conjunto de sus escritos) es de carácter enciclopédico, porque no dejó de acudir á todos los puntos amenazados, ni de cubrir y reparar con su persona, todos los portillos y brechas por donde cautelosamente pudiera deslizarse el error. LA FALSA FILOSOFÍA si estuviera acabada, sería una *antienciclopedia*. Junta en fácil nudo el P. Ceballos dos aptitudes muy diversas: el talento analítico, paciente y sagaz que no deja á vida libre de los incrédulos, y la fuerza sintética que, ordenando y trabando en un haz todos los desvaríos que venían de Francia, y mostrando sus ocultos nexos y recónditas afinidades, dando, por decirlo así, á los sistemas heterodoxos cierta lógica, consecuencia y unidad que muchas veces no sospecharon sus mismos autores, levanta enfrente de ellos otra síntesis suprema, expresión de la verdad católica en todos los órdenes y esferas del humano conocimiento, desde la ontología y la antropología hasta las últimas ramificaciones de la ética y del Derecho natural y de gentes. Todo, hasta la pedagogía, hasta la estética, entra en el inmenso *Cosmos* del P. Ceballos. ¡Cuán grande nos parece su gigantesco desarrollo de la idea del orden, cuando nos acordamos de aquella filosofía volteriana, cuyas profundidades estribaban en tal cual dicharacho soez sobre las lentejas de Esáu ó el harem de Salomón!

Por razones que luego se dirán, muchas obras del P. Ceballos quedaron inéditas, y así no gozamos hoy ni su *Análisis del Emilio ó tratado de la educación, de J. Jacobo Rousseau*, ni su *Exámen del libro de Beccaria sobre los*

delitos y las penas (que motivó la condenación inquisitorial del mismo libro), ni sus *Noches de la incredulidad*, ni sus *Causas de la desigualdad entre los hombres*, ni su impugnación de *El deísmo extático*, ni su *Ascanio ó discurso de un filósofo vuelto á su corazón*, ni sus apologías y defensas, ni lo que trabajó contra el tratado de *Educación claustral* del P. Pozzi y contra el *Juicio Imparcial* de Campomanes. Todo este tesoro es aún inédito y de propiedad particular.

Pero todo ello cede ante la obra magna del P. Ceballos, LA FALSA FILOSOFIA, *crimen de Estado*, de la cual poseemos impresos seis abultados volúmenes, que apenas componen la mitad de la obra, á juzgar por el *Aparato* del tomo primero. No es el estilo del P. Ceballos acendrado ni muy correcto, pero sí fácil y abundante, á la vez que récio y de buen temple, como de quien trata altas verdades, atento sobre todo á la sustancia de las cosas. «Una erudición criada al fresco (dice él mismo) y en lo húmedo del ocio, aunque crezca, crece como una planta regalada y tierna. Toda se vá en follaje, en gracias, en flores, pero no sabe sufrir un sol ó un cierzo..... Tropieza en una coma, pierde un mes en rodear un período ó en acabar un verso; la desconcierta una expresión fuerte: la asombra ó la escandaliza una licencia varonil, y la desmaya la vista de un objeto serio y pesado» (1).

(1) LA FALSA FILOSOFIA, ó el Ateísmo, Deísmo, Materialismo, y demás nuevas sectas, convencidas de crimen de estado contra los Soberanos y sus regalías, contra los Magistrados y Potestades legítimas. Se combaten sus máximas sediciosas, y subversivas de toda Sociedad, y aun de la Humanidad.

El principal fin del P. Ceballos, que publicó su libro en 1774, muchos años antes de ver desencadenada la revolución francesa, fué mostrar la ruina de las sociedades, el allanamiento de los poderes legítimos, el desorden y la anarquía, como último y forzoso término de la invasión del naturalismo y del olvido del orden sobrenatural, así en la ciencia como en la vida y en el gobierno de los pueblos. Corrieron los tiempos, y la revolución confirmó y sigue confirmando con usura los vaticinios del monje filósofo.

Un libro no menor que LA FALSA FILOSOFÍA fuera necesario para recorrer y examinar de nuevo las mil cuestiones metafísicas, éticas, políticas, y *sociológicas* (como ahora bárbaramente dicen) que allí se remueven, y que son en sustancia las mismas que hoy agitan los espíritus y sirven de manzana de discordia entre incrédulos y apologistas. El P. Ceballos sacó la polémica teológica de los ruines términos en que solían encerrarla los sectarios de la Enciclopedia; generalizó las proposiciones y los argumentos, y dejó prevenidas armas de buen temple y acerado corte, no sólo contra los volterianos de aquella centuria, sino contra sus hijos y nietos de ésta. Aquí baste dar sucinta idea del plan de tan grandioso libro, menos expuesto á envejecer que ningún otro de aquella edad, por lo mismo que en él se dá grande importancia á la fase política de lo

dad. *Aparato*, que contiene avisos y prevenciones para dicha obra, escrita por Fr. Fernando de Zevallos, Monje Gerónimo del Monasterio de San Isidro del Campo. Tercera impresión... Con privilegio y las licencias necesarias. En Lisboa.

que llaman ahora *problema ó crisis religiosa* sus gárrulos adeptos y sustentadores.

Comienza el P. Ceballos por indagar el origen, historia y progresos de los llamados *Deistas, Libertinos, Espiritus fuertes y Free-thinkers*. No se detiene en los socinianos, ni siquiera en el espíritu de libre examen derramado por la Reforma: vá más allá, los encuentra expresos en la Sagrada Escritura, condenados en el *Eclesiastes* y en *Job*: los sigue en Grecia, indaga las fuentes del atomismo de Demócrito y de Epicuro, y las sucesivas evoluciones del materialismo, hasta que llega á Roma y se formula en los valientes versos de Lucrecio, y muestra cómo después del cristianismo sobreviven y fermentan estas reliquias de la impiedad antigua, y cómo al través de Gnósticos, maniqueos y albigenses van descendiendo por la turbia corriente de la Edad Media hasta el siglo XVI, en que dan razón de sí por boca de Pomponazzi. Desde entonces es fácil seguir á sus secuaces, ora broten dentro del protestantismo llamándose *unitarios*, ora los engendre en Francia la perversión de las costumbres y de las ideas, con el apodo de *libertinos*.

Conviene impugnar estas sectas nunca más que en el siglo XVIII, por lo mismo que el desorden há llegado al colmo y que parecen acercarse los tiempos apocalípticos. Pero si la empresa es grande y útil, también es árdua, porque negando los adversarios la autoridad de las Sagradas Escrituras, y los fundamentos de toda racional filosofía, no es fácil hallar campo neutral en que entenderse, y por otra parte ellos esquivan todo acometimiento serio, contestando con burlas y cuchufletas á los más acerados dardos de la lógica. ¿Qué recurso queda? *Ex fructibus eorum*

cognoscetis eos: mostrar á los Príncipes y magistrados el germen de disolución social oculto en esas doctrinas, denunciarlas como sediciosas y trastornadoras del público reposo, enemigas no solo de Dios, sino del principio de autoridad en el orden humano, y de las bases en que descansan la propiedad y la familia. No se esquivá, por eso, la controversia especulativa; antes, al contrario, por ella ha de empezarse, y ella ha de ser el fundamento de todo. La religión nada tiene que temer de la filosofía, al paso que la filosofía, cuando se quiebra los dientes en el dogma, acaba por condenarse á sí misma, y muere suicidada (como hoy la mala metafísica en frente de los positivistas). *Pleniores haustus ad religionem reducere*. El ateísmo y el verdadero espíritu filosófico son incompatibles, y el mayor fruto de la sana filosofía, es hacer dócil el ánimo y fácil el acto de creer. La razón en estado de salud es *naturaliter christiana* y aspira á reducir sus ideas á una simplicidad perfecta, á una regla simple, fiel y recta, que jamás discorda ni se muda, y cuanto ella sea más una, y nosotros estemos más unidos á ella, más nos acercaremos á la verdad primera inteligible. Esta tendencia á la unidad lógica pone ya el entendimiento á las puertas de la religión, y le hace suspirar por una lumbre soberana que aclare los misterios y arcanos de la naturaleza y por la cual los mismos filósofos gentiles anhelaron.

Y si por los frutos se conoce el árbol, ¿qué pensar de esa falsa filosofía, que lejos de ser maestra de la disciplina y de las costumbres, inventora de las sabias leyes y de la vida sociable (como aquella de la cual hermosamente dijo Cicerón en las Tusculanas: *tu dissipatos homines in societatem vitae convocasti, tu eos primo inter se domiciliis, deinde*

conjugiis, tum litterarum et vocum communicatione junxisti), arruina con el principio utilitario el fundamento del deber y de la ley, llama á la rebelión á los pueblos que primero ha corrompido quitándoles la esperanza y el temor de otra vida, disuelve los lazos del matrimonio y de la familia, llega á defender por boca de oscuros sofistas franceses la poligamia, el infanticidio, la *exposición* de los hijos y hasta la antropofagia (de todo hubo ejemplos en el desbordamiento intelectual del siglo pasado), hace en el *Sistema de la Naturaleza* la apoteosis del suicidio, reduce al interés personal y al egoismo los fines y causas de las acciones virtuosas, relega á los pobres y á los siervos la humildad, la resignación, la sobriedad, el agradecimiento y otras modestas virtudes cristianas, y destierra la bendita eficacia y el escondido venero de consolaciones de la oración. Ni es menos funesta la licencia filosófica al progreso de las ciencias y de las artes, que nada ganan con ella sino tejer hilos sutiles de araña, ó ardersen en cuestiones vanas de las que agotan el entendimiento ó le distraen errante y vago de una á otra parte, sin fé, ni certeza, ni asiento en nada, hasta caer en la degradante impotencia del solitario escepticismo. ¿Ni qué esperan las ciencias de una filosofía que en lo teológico empieza por negar el objeto de la misma ciencia; que en metafísica rechaza todos los universales, toda idea abstracta, y general; que en física excluye la averiguación de las causas de la composición de los cuerpos y nada sabe de las leyes del universo? ¿Qué moral ni qué leyes caben en una secta que comienza por negar la libertad humana? Y finalmente, hasta la historia se vicia cuando al espíritu crítico sustituye el espíritu escéptico; y hasta las amenas letras languidecen y mueren con una elegancia

afectada y sin jugo, cuando les falta el calor de las grandes ideas.

Echadas así las zanjas de la obra, procede el P. Ceballos á impugnar los principios *ateológicos*, demostrando: primero, la existencia de Dios contra los ateos; 2.º, Dios creador y rector del universo, contra los deístas y materialistas; 3.º, Dios salvador y glorificador del mundo, contra los *naturalistas* de todo género y negadores de la revelación. El segundo tomo es un excelente tratado de teodicea: el tercero está sacado todo de las entrañas de la más exquisita teología positiva. No es posible dar en pocas palabras idea de tanta riqueza, y de la novedad con que están remozados argumentos en sí vulgares como el del consenso común, el de la idea del sér perfecto, el de la noción de la verdad, el de lo necesario y contingente, el de la razón suficiente. Al P. Ceballos le era familiar cuanto razonamiento se había presentado contra los ateos, desde San Anselmo, Santo Tomás y Sabunde hasta Descartes, Wolf, Samuel Clarke y un cierto *Canzio* (que ha de ser el teólogo wolfiano Israel *Canz*, más bien que el famoso filósofo de Koenisberg, autor en sus mocedades de una disertación *de existentia Dei*), pero todo sabe asimilárselo y hacerlo doctrina propia, mostrando á la vez erudición filosófica inmensa (y más de otros autores que de escolásticos) y gallardía de pensador firme y agudo. La cual brilla sobre todo en su nueva teoría del espacio, que él no llega á reducir á una categoría del entendimiento como Kant, pero que considera como cosa incorpórea é inmaterial, aunque real, como «el inmenso espíritu donde todos nos movemos, vivimos y estamos, no como partes ó modos de una sustancia infinita, sino como sustancias particulares y creadas... La idea del

espacio no indica extensión, sino sustentación de lo extenso. Este *pneuma* ó ser espiritual está fuera y dentro de nosotros, nos toca y nos penetra íntimamente: es, en fin, la misma inmensidad de Dios». Los gérmenes de esta opinión, más especiosa que sólida, están en Newton y en Clarke. No se le ocultan al P. Ceballos los inconvenientes, pero responde que, no admitiendo en el espacio cantidad ni materia, y no suponiéndole extenso sino inmenso, está salvado el resbaladero del espinosismo, ó el riesgo no menor de materializar, como lo hacía Newton, uno de los atributos divinos.

Menos original, aunque extensa y nerviosa, es su refutación de la *Ética* de Espinosa, hecha toda á la luz del principio de contradicción, y quizá erró en no ir derechamente á la raíz del árbol, es decir, á la mala definición de la sustancia y del ente, fijándose más bien en las internas contradicciones que resultan de juntar en Dios espíritu y materia, ó de suponer sus atributos infinitos por una parte, y por otra finitos y limitados. Si Dios es sufficientísimo para sí mismo de todas maneras, aun dentro de la concepción espinosista, ¿no implica también contradicción el suponer la creación necesaria y nó obra libre del poder divino?

Con no menos ingenio están desarrolladas las pruebas filosóficas de la Providencia contra los deístas: ya la del orden, fundamento de la verdad metafísica: ya la de la conservación y duración de las especies, permaneciendo en sus semillas la virtud ó fuerza de la acción de Dios, que les dió el sér primero: ya la de la necesidad del mal metafísico en el sistema del universo, como que es mera limitación ó defecto inherente al sér de toda criatura.

«Sin religión, sería el hombre una especie sin diferencia,

y hubiera quedado manca en él la Providencia sapientísima:» dice el P. Ceballos, que de buen grado le definiría *animal religioso* ó capaz de religión, aun más que animal racional, ya que Lactancio y otros conceden racionalidad á los brutos, y del conocimiento todos convienen en que es grado genérico, aplicable a la noticia de lo sensible y á la noción de lo abstracto. Sin religión, fuera el hombre mucho más infeliz que los brutos, por lo mismo que es mas perfecto, y que son altísimas é insaciadas sus aspiraciones á la verdad y al bien. Pero, ¿bastará la religión natural? Y ante todo, ¿qué cosa es la religión natural? La que los filósofos predicán dista *toto coelo* de aquella antigua ley natural en que los Patriarcas vivieron, y que se llamaba así, no porque les faltase luz de lo sobrenatural, directamente recibida de la primitiva tradición y de influjos y comunicaciones divinas, ni porque careciese de cultos, ceremonias y preceptos legales, sino porque no estaba escrita, como lo estuvo después entre los hebreos. Y como aquella fé y esperanza de los antiguos Patriarcas miraba á Cristo como á su término, ¿qué cosa más absurda que querer escurdarse con ella los adversarios de la divinidad de Cristo y de todo dogma que trasciende de lo natural?

¿Y por qué se llaman *racionalistas* (prosigue el P. Ceballos, á quien vamos compendiando á nuestro modo), cuando siendo la ciencia el fin del ejercicio de la razón, no quieren subyugar su entendimiento á la fé por algunos instantes, para merecer saber y comprender siempre? ¿En qué estudio no se comienza por el asenso al maestro y la fé humana? ¿No es siempre mayor el número de las cosas creidas que el de las sabidas? ¿No ponderan á cada paso los filósofos las flacas fuerzas de la razón, y muchos des-

confían en absoluto de ella? *Más ciencia descubre la noche de la fé que el día humano.* La fé levanta á la razón sobre su esfera natural, á la manera que el telescopio acrece el poder y el alcance de la vista. No es *antirazón*, sino *ante y sobre razón*. ¿Por las impresiones de nuestros sentidos queremos argüir al que los hizo? Quien arroje el telescopio, no verá los misterios del cielo; quien prescinda de la revelación, nunca entenderá el misterio de las cosas, ni alcanzará á rastrear las maravillas del plan divino. Además, la filosofía es insuficiente para la virtud y para la práctica de la vida; no ataca la raíz de la concupiscencia, vestigio del pecado original; carece de sanción eterna, ó no tiene en qué fundarla; á lo sumo, y prescindiendo de sus contradicciones, convencerá el entendimiento, pero no moverá la voluntad, ni sanará el corazón, ni dará á los hombres la paz que sobrepuja á todo sentido, la alegría y gozo del Espíritu Santo, el espíritu de verdad y santificación, que graciosamente se nos comunica por los Sacramentos. ¡Qué repentina y eficaz metamórfosis la que obró la Revelación en el mundo antiguo! ¡Cómo se realzó la naturaleza humana! Es digno de leerse lo que el P. Ceballos dice de las expiaciones y de los sacrificios, adelantándose á Saint-Martin y á José de Maistre, y sin extremar como ellos las cosas por amor á la paradoja. La sangre de Cristo que no se corrompe, sino que á cada instante se ofrece, vino á librar á nuestra especie del duro tributo de sangre, que debía por el primer pecado.

En el primitivo plan del P. Ceballos no entraban las pruebas de la religión revelada; pero Campomanes le aconsejó que las añadiera, y él lo hizo, viniendo á formar una especie de demostración evangélica, semejante á la de

Huet, y basada toda en argumentos históricos y morales. Los testimonios humanos no certifican la palabra divina, pero confunden la incredulidad, y no pueden sustituirse ni con el iluminismo fanático ni con la demostración geométrica y *á priori*. Redúcese toda la demostración á dos puntos: 1.º Probar que Dios habló lo que creemos, á los fieles con profecías, á los infieles con señales y milagros. 2.º Probar que es manifiesta la verdad de lo revelado. Ya lo dijo S. Agustín contra los Maniqueos: *Unum, cum dicis Spiritum sanctum esse qui loquitur; et alterum, cum dicis manifestum esse quod loquitur*. De aquí un tratado sobre los caracteres del milagro (causa, utilidad, perfección, modo, medios y fin) y sobre el silencio de los antiguos oráculos, impugnando á Van-Dale y Fontenelle, que negaron en ellos toda intervención demoniaca suponiéndolos trápala y embrollo de sacerdotes, y otro sobre el cumplimiento de las profecías, especialmente de las mesiánicas, y sobre las notas de la verdadera y falsa profecía, asunto muy bien tratado por el Dr. Horozco y Covarrubias, Obispo de Guadix, en el siglo XVI.

Hemos llegado á la segunda parte de LA FALSA FILOSOFIA: en ella el objeto del P. Ceballos es demostrar que, léjos de ser los pareceres incrédulos vanas especulaciones sin consecuencia, son errores perniciosísimos para el bienestar de la república, y fecundo semillero de máximas anárquicas, aún peores que el temor supersticioso y la nimia credulidad. Al ateísmo en el universo corresponde la anarquía en el Estado, ó la obediencia forzada á una estúpida ó ilustrada tiranía: pestes ambas del género humano, como ya advirtió el mismo Bayle. El ateísmo es declaración de guerra contra la sociedad y la justicia; y

quien la hace, queda en la categoría de enemigo público, y de bagel armado en corso contra el orden social, sin distinción de imperios ni formas de gobierno. ¿Qué pabellón amparará al pirata? Negada la Providencia divina, ¿dónde buscar la finalidad de todo poder humano, público doméstico? ¿Dónde la razón y el fundamento del derecho? ¿Acaso en el supuesto estado de la naturaleza, del cual salieron los hombres por el influjo de la fuerza ó por las blandas cadenas del soñado pacto social? Ni Hobbes, ni Rousseau, ni siquiera Montesquieu, resuelven el problema. Negada la libertad humana, se destruye el sujeto de los gobiernos, que es el ciudadano libre; ni queda en pié ley civil, que pueda llamarse vínculo obligatorio. ¿Qué sentido tienen en un sistema materialista y fatalista las palabras *conciencia moral* y *motivos* de las acciones humanas? ¡Tiempos miserables aquellos del siglo XVIII, en que (como dice el Dean Swift) habían llegado á tenerse por prejuicios de educación todas las ideas de justicia, de piedad, de amor á la pátria, de divinidad, de vida futura, de cielo y de infierno! Por eso el P. Ceballos, con profundidad de *vidente*, á vista de los primeros tumultos y chispazos y de los vários motines que precedieron de lejos á la revolución francesa, declara punto por punto la calamidad inminente, y anuncia la interna descomposición que hoy vemos, de la naciente democracia americana, y tiene por ineficaz todo remedio que no sea volver á entrar, gobernantes y gobernados, por las vías del santo temor de Dios: filosofía eterna aunque parezca vulgar y de viejas, porque ¿qué cosa más vieja y vulgar que la verdad? Escribíase esto en 1775.

¿Pero bastará cualquier especie de religión para refrenar

el contagio, bastará la religión formada ó reformada á gusto y arbitrio de los gobernantes y como ramo de policía? ¡Error insigne: la religión no es suplemento de las Bastillas y de la gendarmería! Esas religiosidades oficiales se resuelven siempre en incredulidad y en deísmo privado. Quién, transformando el orden gerárquico, somete la Iglesia al Estado, como hicieron los protestantes, deja solo un simulacro de religión estéril y vacía. Por eso todas las sectas reformadas (ya lo nota con perspicua sagacidad el P. Ceballos) van caminando á toda priesa al racionalismo, aunque la fórmula oficial permanezca íntegra como en Inglaterra y en Ginebra.

Sin Dios no hay ley; sin ley no cabe sociedad ni humanidad; una doctrina como la de Helvetius, que pone en el interés y en el deleite las fuentes de toda acción justa, niega de raíz el derecho natural y disipa el derecho positivo. Esta es la tesis de una larga disertación del P. Ceballos sobre los fundamentos de la legislación, basados en *lo justo esencial*, de quien es participación, comunicación ó mandato la ley impresa en nuestra alma por el Hacedor, la cual sirve de modelo y norma á todas las leyes humanas en lo que tienen de rectas y conformes á honestidad. Error es creer que el derecho natural se limita al fuero humano, y no se alarga más allá de los lindes de esta vida, como si, quitando á la ley la sanción de la vida futura, *no se truncase á la jurisprudencia de su parte más noble que es el sumo bien del hombre.*

Algo flaquea el P. Ceballos en las disertaciones subsiguientes, así por el método como por la sustancia, y hubiera acertado en suprimirlas, á lo menos la que trata de la cuestión de tortura en juicios criminales, y aun la del

derecho de guerra, en lo que se refiere al alquiler militar de los suizos. Además de pequeñas y secundarias, son siempre odiosas tales disquisiciones, y en una apología de la religión odiosísimas, amen de impertinentes. Para rebatir las teorías penales del abuelo de Manzoni, para defender el derecho de castigar y la pena de muerte, no era preciso extremar tanto el intento contrario. Tampoco se vé la necesidad ni la justicia de atribuir *universalmente* á los filósofos impíos la doctrina del tiranicidio y regicidio, que rechazan muchos de ellos, especialmente de los del siglo pasado, fervorosos conservadores y muy partidarios de la autoridad, cuanto más de la vida, de los reyes. Mucho se hubiera asombrado el *chambelan* Voltaire de que se tomasen por máximas políticas los apóstrofes retóricos que él puso en *Bruto* ó en *La muerte de César*. Más que los reyes (casi todos de su bando) eran los pueblos cristianos, y más que los pueblos, la Iglesia, lo que les estorbaba á los reformadores del siglo XVIII. Tuvo, con todo, esta disertación del P. Ceballos profético cumplimiento en la sangre espia-toria de Luis XVI.

Con hermosos colores describe nuestro apologista el cuadro de una sociedad católica, donde los supremos imperantes ni son tímidos ni temibles, y los pueblos ni temen ni dan que temer: ventaja independiente de cualquier forma de gobierno, cuando la *ciudad del mundo se funda en el amor de Dios y del prójimo*, y no en el torpe egoísmo y en la utilidad privada, bastantes á depravar el régimen exteriormente más perfecto, al paso que la caridad puede sanar y perfeccionar hasta el gobiernó despótico, convirtiéndole en autoridad paterna: que á tanto alcanza la santa, interna y gloriosa instauración del derecho traída por

el Cristianismo, el cual hizo libre á la misma servidumbre, sin distinción de climas, ni de razas, ni de repúblicas y monarquías. *No está ligada al Norte la libertad, ni al Sur la dependencia*, dice nuestro autor contradiciendo á Montesquieu.

El gobierno moderado y suave es el que mas conviene al espíritu del Evangelio, y por eso el P. Ceballos, que vé en las Sagradas Letras grandes ejemplos contra el despotismo fatalista y ateo, se inclina á la monarquía templada, como el gobierno de menores inconvenientes, confirmando su tesis con la historia y las leyes de España, cuyos derechos de conquista sobre el Nuevo Mundo establece y prueba en una robusta apología.

Hasta aquí llegaba el fácil y sereno curso de LA FALSA FILOSOFÍA (con universal aplauso de los católicos que agotaron en pocos meses dos ediciones del primer volumen), cuando el poder público creyó necesario detenerle como obra perjudicial al orden de cosas establecido en tiempo de Carlos III, y sobre todo á las *regalías de S. M.* Ciertamente que al P. Ceballos no le parecían bien, y en su tomo sexto procura precaver á los príncipes de la funesta manía de meterse á pontífices y reformadores, anunciando muy á las claras el propósito de tratar más de cerca la materia en tomos sucesivos.

Además, había hecho árces censuras de dos libros entonces venerados como divinos, y que todo jurisconsulto ponía sobre su cabeza: el *Espíritu de las leyes* y el *Tratado de los delitos y de las penas*. (1) Esto bastó para que, en obse-

(1) Había sido traducido al castellano por D. Juan Antonio de las Casas (Madrid, 1774). Se prohibió por edicto de 20 de Junio de 1777. También se tradujo la *Ciencia de la Legislación* de Filangieri (Madrid 1787), siendo el

quió á la libertad científica, se prohibiese al P. Ceballos seguir escribiendo, por más que él, como sintiendo acercarse el nublado, había procurado abroquelarse con una cortesana y lisonjera dedicatoria á Campomanes. Los primeros tomos parecieron bien al conde y á los suyos: nadie puso reparo mientras la pendencia fué con Espinosa, con Hobbes, ó con Bayle, pero desde el cuarto tomo, empezaron á ver muy claro (1) que la bandera que les parecía amiga ó neutral, era bandera de guerra. Nada bastó para vengar *las regalias de S. M.* Se fiscalizaron las conversaciones del P. Ceballos y las cartas que escribía á sus hermanos de religión de Guadalupe y del Escorial; se le quiso complicar en un proceso, y por fin se le negó la licencia para el sétimo tomo. Se avistó con Carlos III: todo en vano. Desesperado de imprimir el resto de la obra en Castilla, hizo muchos años después, en 1800, dos viajes á Lisboa, y allí publicó un volumen mas, pero tan raro, que jamás he podido verle ni sé de ningún bibliófilo que le posea. Pasaron algunos ejemplares la frontera, pero el regente de la Audiencia de Sevilla los recogió á mano real é hizo información sobre el caso. Tantos sinsabores aceleraron la muerte del P. Ceballos, acaecida en 1.º de Marzo de 1802. Dicen que Voltaire alcanzó á leer los primeros tomos de LA FALSA FILOSOFÍA, y que no habló del autor con la misma insolente mofa que solía emplear con sus adversarios.

intérprete D. Jayme Rubio. Fué igualmente prohibida en 7 de Marzo de 1790, aunque Llórente tomó con mucho calor su defensa (*Histoire Critique de l'Inquisition*, tomo primero, pag. 485).

(1) En un papel que corrió manuscrito contra Floridablanca, intitulado, *El Bachiller Gil Porras: cuadros históricos y morales de la España reformada* hay algunas noticias de la persecución del P. Ceballos.

En sus obras, no recuerdo que le mencione jamás. Sus discípulos de por acá encontraron más cómodo amordazar al P. Ceballos que responderle.

Dos escritos suyos han sido salvados en estos últimos años de la oscuridad en que yacían, pero ninguno de ellos iguala á LA FALSA FILOSOFÍA ni bastará á dar idea del mérito del P. Ceballos, á quien solo por ellos le conozca. Es el primero el *Juicio final de Voltaire* (1), especie de alegoría satírica, compuesta en los cinco meses que siguieron á la muerte del Patriarca de Ferney, á quien juzgan y sentencian en los infiernos Luciano, Sócrates, Epicuro, Virgilio y Lucrecio. La empresa de juzgar á Voltaire y de juzgarle entre burlas y veras, requería sobre todo talento literario y gracia de estilo precisamente las cualidades de que andaba más ayuno el ilustre pensador geronimiano. Sus chistes son chistes de refectorio, ó tienen algo de soñoliento y de forzado. Tampoco escoge bien los puntos de ataque, é insiste mucho en pueriles acusaciones de plagio. ¿Quién le inspiraría la maligna idea de lidiar irónicamente contra el rey de la ironía y de la sátira?

El otro libro es la *Insania ó demencia de los filósofos confundidas por las sabidurías de la Cruz* (2) especie de

(1) *Juicio final de Voltaire con su historia civil y literaria y el resultado de su filosofía en la funesta revolución de Europa. Escrito por el Viajero de Lemmos* (Fr. Fernando Ceballos). Le dá á luz D. Leon Carbonero y Sol (Sevilla, 1856: se publicó por primera vez en la revista titulada *La Cruz*).

(2) *Insania, ó las demencias de los filósofos confundidas por la sabiduría de la Cruz. Obra inédita del M. Rdo. P. F. Fernando de Cevallos, autor de «La Falsa Filosofía, crimen de Estado»: la publica D. León Carbonero y Sol, Director de «La Cruz».... Madrid, imp. de D. Antonio Perez Du-brull.... 1878. 4.º, XLVI más 321 págs. Preceden unos Apuntes bibliográficos, escritos por D. Juan J. Bueno, varios documentos para la vida del Padre Ceballos, y un catálogo de sus obras.*

compendio popular de LA FALSA FILOSOFÍA, escrito en forma de *cartas de Demócrito á Sofia*, como si el autor se hubiera propuesto, sobre todo, precaver á las mujeres del contagio de la impiedad y del libertinaje. Las violencias del estilo en estas obras del P. Ceballos, son extraordinarias y feroces, y á veces grotescas y de pésimo gusto. *Nequid nimis*. Sírvale de disculpa que escribió en años turbulentos, achacoso y perseguido, sobreexcitada su imaginación meridional con el espectáculo de la revolución francesa; y como no tenía la elocuencia de Jose de Maistre, y vivía en tiempos en que toda corrupción literaria había llegado á su colmo, algo se le ha de perdonar de sus resabios gerundianos y del galicismo *cursi* que afean á trechos estas últimas producciones suyas, tan lejanas de la noble austeridad de LA FALSA FILOSOFÍA.

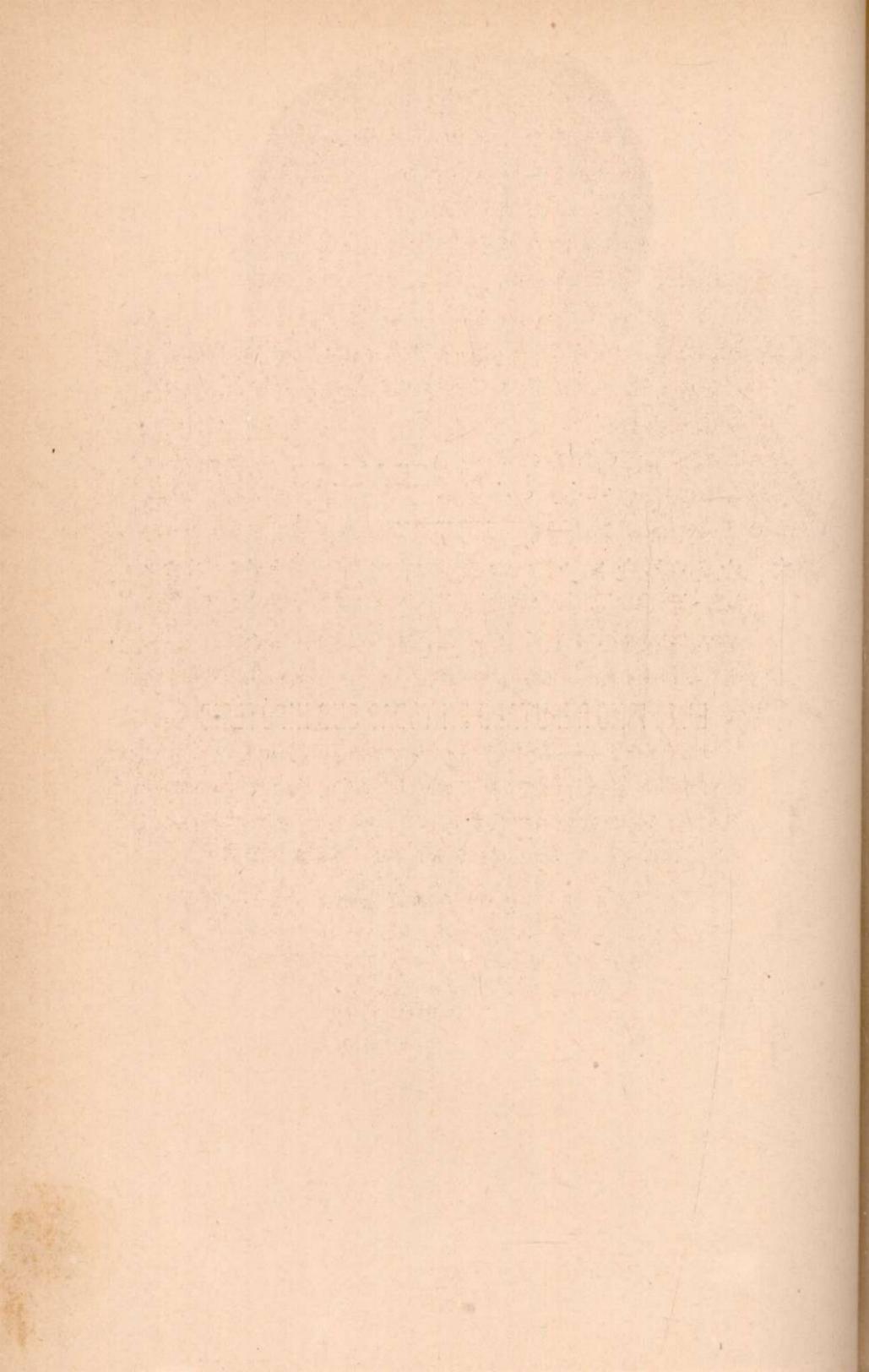
FIN DE LOS APÉNDICES

R. P. CEBALLOS

LA FALSA FILOSOFIA

Ó SEA

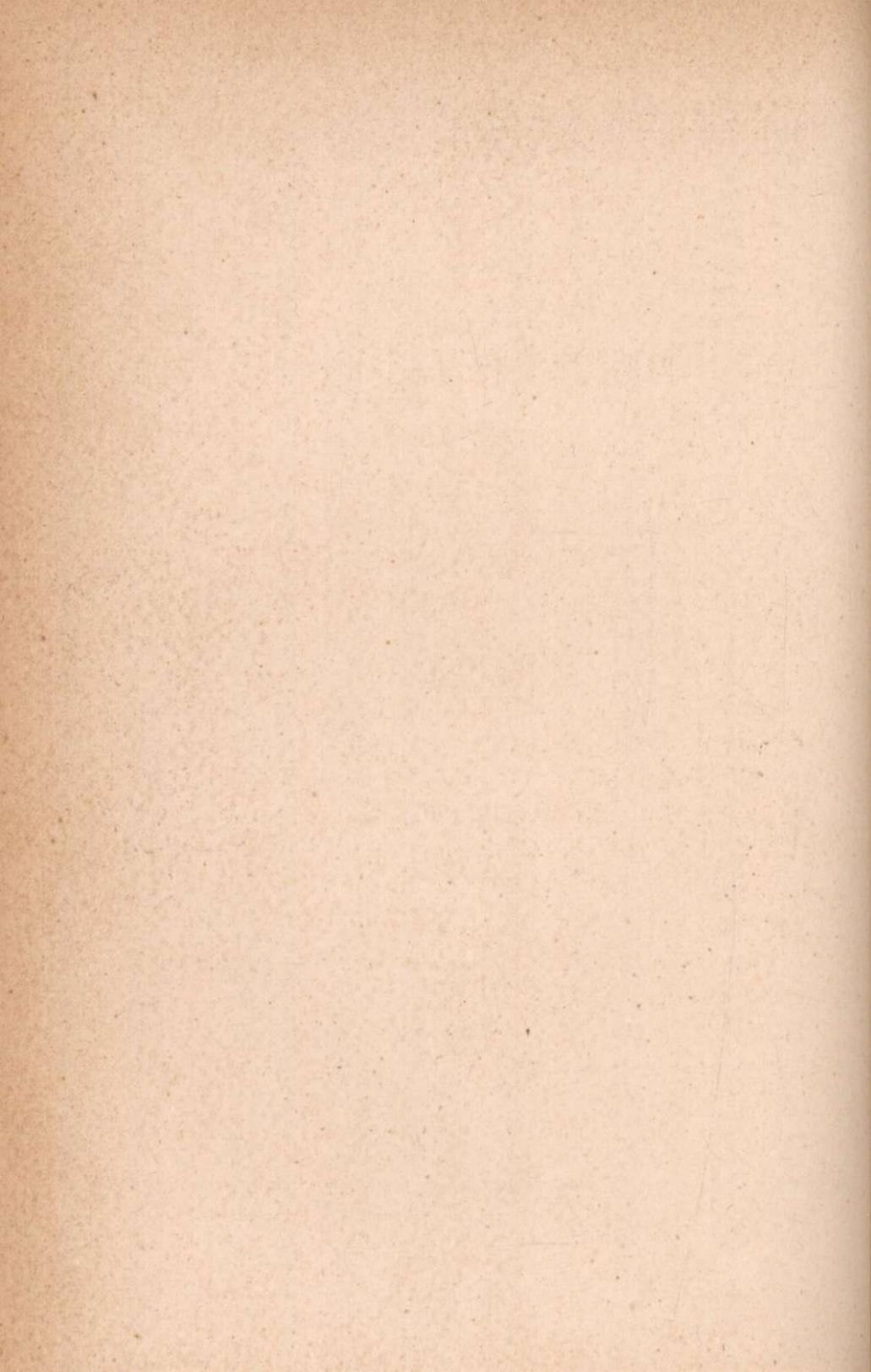
EL DEISMO REFUTADO EN TODAS SUS HIPÓTESIS

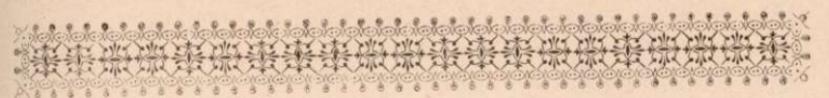




R. P. M. F. FERDIN.^S CEBALLOS

(De un retrato que se conserva en el Escorial).





PARTE PRIMERA DEL APARATO

PREÁMBULO

Los que hoy se llaman *bellos espíritus*, y ponen á sus obras fachadas magníficas y entradas risueñas. Gerardo Juan Vossio notó con Tertuliano la razón de este uso, que alude á una costumbre antigua de las naciones. Sobre las puertas de sus casas, especialmente donde se exponían al público géneros de venta, colocaban los gentiles alguno de sus génios ó lares; ó algún buitre ú otro atractivo que detuviese á los que pasaban y les excitase la curiosidad de ver lo que se vendía dentro. (1)

En las obras literarias, el juicio del lector más exigente se deja muchas veces prevenir en favor

(1) Quemadmodum antiqui fores suas exornare solent, aut aliquo é gentium diis, aut corvo, aut vulture, ita hodie quoque non immerito in usu est, ut illecebra aliqua in operis ingressu allectent lectorem ad perspectanda ulteriora, Gerard. Joann. Voss, in Art. Historic. cap. I.

de la obra, si desde que asoma á su entrada halla algunas gracias dispuestas para recibirle é irle regando el camino con las más lindas flores y las más bellas ideas que haya cultivado el autor del libro. Desde la primera vista hace juicio que entra á morar en las delicias y á gozar la suave conversación de la sabiduría.

Yo hallo otra razón para este uso en la arquitectura á quien imita la elocuencia, y con quien tiene inteligencias secretas y sabias. Unas calles de árboles bien dispuestas; á trechos compartidas fuentes bulliciosas, que á un tiempo murmuran y ríen; estátuas juntamente elegantes y mudas; eras y cuadros de yerbas y de flores, con otros agrados naturales que dan el campo y la soledad, todo derrama alegría sobre el que entra y le dice al oído que va á gozar de una casa de placer. Correspondientes encantos tiene la Retórica para preocupar al lector y decirle que entra en una obra, donde verá entrelazado lo dulce con lo útil; donde oirá á Fedro disertar de lo *bello* (1) ó de su *Pericalon* con Sócrates, y á Horacio en los jardines de Prenesto apostando á dar en sus versos mejores lecciones que Crisipo. ¡De cuantas fuerzas se rehace el espíritu con estas esperanzas para entrar á leer con curiosidad y con sed!

Por muy necesario que sea aquel artificio en una época en que se han relajado todos los nervios

(1) Plat. Diálog. de Fedro.

y todas las energías del espíritu humano, y, flojos los brazos, yace sobre el camino de la *belleza* y del *gusto*, y cuando es mayor que nunca el fastidio de la verdad, y cuando á sabiendas se beben los errores mortales, en siendo gratos, yo, á pesar de eso, tomo aquí la empresa de hacer penetrar á las interioridades de un desierto árido y lleno de horror.

Mi suerte es una tierra sin amenidad y sin agua. Por más que rodee, es preciso atravesar el país de los gigantes y condenarme desde luego á las bestias. Mejor dicho: tengo que romper el muro (1) y manifestar dentro del templo las abominaciones de los deistas, ateos é impíos contemporáneos. El atrio de esta obra debe ser conforme á su vista interior. No puedo olvidar la descripción del Profeta, y es lo primero que disgustará á muchos. Pero yo escribo contra impíos; y ¿quién los conoció mejor que Ezequiel cuando gemía los males de su Iglesia? Fué conducido á ella; entró por medio de su atrio, y vió primeramente levantado en la puerta aquilonar el ídolo del *Celo*, atravesado en la misma entrada. (2) Tras de ese espantajo, que ordinariamente sirve de pretexto á los malos para derribar lo que resta de bueno, vió en el interior las abominaciones que describe y que no son otra cosa que los proyectos de nuestros impíos.

(1) Ezech. cap. 8. v. 8.

(2) Ezech. cap. 8. vv. 3, 5.

Mi primera obligación es dar á conocer al sujeto de quien hablo. En alzando el hermoso velo de *humanidad, bien público, patriotismo* y otras voces semejantes, haré ver las asechanzas, las máximas sangrientas y sediciosas, las rebeliones, las sorpresas y todo el espíritu de facción que soplan para incendiar á la patria y reducirla á cenizas. Se les vé trabajar incesantemente para arruinar las monarquías, pisar las coronas de los príncipes, las cervices de las potestades legítimas y trastornar los principios de todos los gobiernos. En alzándoles la máscara de un exterior barnizado de *filosofía, virtud y policía*, notareis su verdadera moral y los misterios secretos en que se inician contra la vida, honra é intereses de cada ciudadano y de toda la sociedad.

Finalmente, tendremos la pena de ver lo que proyectan en la oscuridad y en el retiro de sus aposentos contra el Rey y contra el vasallo, contra el grande y contra el pequeño, y especialmente contra el débil, contra el inocente y contra el pobre que, como suelen decir y ahora mejor, *donde quiera yace*.

Unos, mientras que llaman superstición á la Religión Católica, y vuelven las espaldas al Altar, se convierten á las fábulas y hacen subir el vapor de su incienso á lo que encuentran de bello en el paganismo. (1)

(1) Ezech. cap. 8. v 11.

Otros muchos, de ambos sexos, se ven sentados en los espectáculos, y lloran allí la suerte de Adonis ó la muerte trágica de personajes fingidos. (1)

Otros, mientras dan sus espaldas contra el templo del Señor, fijan sus atenciones en el Oriente, y adoran, en todo, el ascendiente del Sol. (2)

Pero entre tanto, todos se llaman *Espiritus-fuer-*tes, porque mientras desprecian la ira divina se aplican un ramo de flores á sus narices. (3) Esta indolencia es *la mayor de las mayores abominaciones*; sin embargo todos ellos pronuncian universalmente esta sentencia: *El Señor no nos vé: el Señor abandonó la tierra.* (4)

Debiendo yo desmontar en esta obra toda esta selva y dar á conocer una por una sus espinas y máximas sangrientas ¿cómo podré engañar á nadie prometiendo desde ahora ideas de placer y de paz? Yo rompo un campo duro y cerrado aun; y es mi mayor trabajo tener que descubrir lo más pobre de mi suerte desde un principio.

Quisiera librarme de esta necesidad; pero ¿cómo podré hablar de los deistas y de la llamada filosofía, exortando á que los eviten y exterminen, sin dar antes la idea de ellos? ¿Cómo clamaré

(1) Ezech. cap. 8. v. 13.

(2) Ezech. cap. 8. v. 16.

(3) Ezech. cap. 8. v. 17.

(4) Non videt Dominus nos: dereliquit Dominus terram.

á todos los reyes y á todas las potestades legítimas y á todos los gobiernos y sociedades humanas para que se prevengan contra los crueles y horrorosos atentados de una gente que es rebelde y perturbadora por sus doctrinas, si primero no doy la idea de sus principios? Me dirían, si hiciera menos, que finjo el enemigo á quien hiero. Debo, pues, según todas las leyes del método, dar en este Aparato las ideas que se tienen y que yo he podido formar de los sugetos de quienes hablo en toda la obra.





CAPÍTULO I.

LOS DEISTAS.

EL nombre de Deista es nuevo, *insolente* y casi bárbaro en toda Europa. Aun más nuevo es en nuestra España, que era una tierra afortunada y santa, cuando ni esta ni otra mala bestia atravesaba por ella. Con todo eso, disgusta ya á sus mismos profesores; y, fastidiados de un título de cuatro días, comienzan á llamarse con el nombre de *teistas*. Una y otra voz significan lo mismo; conviene á saber: una raza de gente que concede la existencia de Diós, sea el que se fuere, negada toda otra verdad.

Los orígenes de los *deistas* no son menos tenebrosos y oscuros. No consta mejor hasta hoy cuál sea su profesión y doctrina. Si me es lícito darles desde luego la descripción] que ha de resultar de cuanto digamos después, los definiremos por una

casta de impíos, que no tienen otro espíritu ni otro Dios que el orgullo y la vana complacencia de sus almas, con el placer y los deleites del cuerpo. A este ídolo han votado sacrificar el trastorno de la Religión, la ruina de la sociedad y el incendio del gran templo. Esto les merecía que no se hiciera alguna memoria de su nombre; pero como sus principales insultos están sólo en proyecto y por ejecutar (1) es necesario dar la idea de ellos para que se les evite.

Apenas hace un siglo que empezó á oirse en el mundo este nombre; pero de sus padres aún no se ha oido cosa que pueda satisfacernos. Expondré, sin embargo, las opiniones de algunos y añadiré mis conjeturas. Los que mejor atinan con su cuna, se la dan entre los socinianos. «El Deísmo, dice un autor anónimo juicioso, no empezó hasta el siglo XVI. Aun entonces no se presentaba bajo esta idea odiosa. El Socinianismo fué quien le allanó los caminos. A los principios se tendría horror de un filósofo que osase negar á Jesucristo. Socino sin negarle, y, al parecer, sin atacar á los misterios, quitaba no obstante la clave de la Religión. Desde que quiso renovar con el Arrianismo

(1) Bastante han ejecutado ya al tiempo de esta reimpresión.

El laconismo de la nota que antecede parece indicar no ser del P. Ceballos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que se refiere á los horrores de la revolución Francesa, y que el ánimo de nuestro insigne autor era presa de angustias mortales cuando en los últimos días de su vida atendía á su tercera edición.—N. E.

una caterva de otros errores, se venía á los ojos que la Religión, convertida por él en filosofía, quedaría bien pronto reducida á una Religión puramente natural; y que por un nuevo progreso, inseparable del error, este Deismo sin principios, debía necesariamente degenerar en una secta filosófica. De ahí el verdadero Deismo, después el Materialismo y el Ateismo. A esto se reduce la historia abreviada de ese monstruo moderno».

Este juicio, aunque fundado, parecerá muy vago y general para hacer en compendio la historia de los deistas. Las razones en que se fundan son aun más generales; y prueban, que no solamente los socinianos sino también, y más que estos, los protestantes han sido los padres de los deistas. Pero de esto se tratará después.

Otros, sin salir de entre los socinianos, quieren acercarse más en particular á su origen. Los deistas, dice Sianda, (1) que también se llaman *Trinitarios* y *Neacianos*, ó nuevos *Arrianos*, nacieron en Polonia de la secta de los luteranos el año 1564. Fué su jefe un tal Gregorio Pauli, ministro luterano en Cracovia; hombre tan desenfrenado y fanático, que, elevándose sobre sus patriarcas, se jactaba de tener mejores revelaciones y más estrechos coloquios con sus ángeles ó genios, que Calvino y Lutero. Él solo, decía, estaba destinado

(1) Sianda, Lexicon Polem. verb. *Deista*.

para matar al Antecristo. Compuso un emblema donde se veía un templo en cuya cumbre estaba Lutero derribando su bóveda: Calvino se veía batiendo los muros; y el buen Gregorio se ponía á sí mismo demoliendo los cimientos. Esta medalla se explicaba con este lema: *Diós no concedió todo á Lutero: mucho le concedió á Calvino; pero mucho más á mí y á los míos.* (1) Voltaire ha querido imitar en esta impía jactancia á Gregorio Pauli. El infeliz filósofo se aplaude de que en cincuenta años que ha trabajado contra la Iglesia Romana, se aventajó á Lutero y á Calvino. (2) De modo que, según la agitada fantasía de estos fanáticos, Diós da á estas gentes los dones de disipar su Iglesia; pero habiendo dado á los patriarcas ó jefes de esos errores esas gracias con medida, á ellos los ha constituido disipadores sin medida ni respeto alguno.

Una tropa de estos, no ya *albañiles* (3) *edificadores*, se destacó para Francia dos años después, en el de 1566. Sin duda que los calvinistas y demás protestantes que ya se empleaban desde léjos en la ruína de aquella Monarquía y turbaban todas las cosas, les darían buen pasaporte. Los nuevos

(1) Non omnia Deus Lutero dedit; plura Calvino; mihi et meis majora.

(2) Véase la Epístola de Voltaire al autor de *los tres impostores* en el tomo 46 de sus obras impresas por él mismo en Ginebra, desde el año 1772 hasta el de 74.

(3) Aquí está el verdadero origen de los *masones*, que quiere decir *albañiles*; pero albañiles destructores.—N. E.

arrianos ó deistas hubieron de tomar tanto vuelo en León, que pudieron publicar unas proposiciones donde la impiedad estaba bien manifiesta; pero fuera de esto era difícil adivinar lo que en ellas afirmaban: porque se reducían á cuatro paradojas acerca del misterio de la Santísima Trinidad más difíciles de entender que este mismo inefable Misterio; porque este es incomprensible por su sublimidad, y las paradojas propuestas son ininteligibles por su repugnancia.

Hasta aquí sólo he dicho lo que se refiere á los deistas en su primer estado. Tienen otro segundo y más moderno. De estos segundos deistas se hace autor á un caballero inglés llamado Herberto. Vivió éste hácia la mitad del siglo XVII. Compuso un libro en que defendía que sólo se debía creer la existencia de un Diós, la inmortalidad del alma y, después de esta vida, los premios reservados para los buenos y los suplicios á que serán destinados los malos. Estas dos clases de deistas las distinguen el citado Sianda y los continuadores del Diccionario Histórico. (1)

El juicio de éstos, acerca del origen de los deistas, es poco diferente del que acabamos de referir. Pondremos sus palabras, pues son breves. «Deistas, llamados por otro nombre trinitarios ó arrianos nuevos, son unos ciertos hereges del siglo XVI,

(1) Moreri, Diction. Hist. art. *Deistas*.

los que decían que el Hijo y el Espíritu Santo no tenían la misma esencia que Dios Padre. Gregorio Pauli de Cracovia, fué según Genebrardo, autor de esta secta el año 1530. El día de hoy se entienden por deistas ciertos incrédulos difundidos por todas las sectas del cristianismo, que creen hay un Dios, una providencia, la inmortalidad del alma, y recompensas y penas, después de la muerte, á la virtud y al vicio; pero no creen los demás misterios de la Religión Cristiana, ni tampoco los de otra cualquiera Religión que sea. Se acusó á un señor inglés, llamado *Herberto*, Conde de Carbury, de haber defendido esta opinión en sus libros á mediados del siglo XVII».

Aunque Moreri ó sus contemporáneos viesan al deísmo reducido al estado en que acaban de describirlo, ¿cuándo se detuvieron los impíos en un grado medio habiendo otro ínfimo donde precipitarse? Una vez arrojados fuera de la firme columna de la verdad, ¿quién los podrá detener en medio del abismo por donde caen? Desde este abismo van á dar en otro por el peso de su mismo error, hasta perderse en el ateísmo, que es el caos cuya existencia se parece á la de aquel horrible vacío que se imagina antes del universo físico.

Los deistas han venido por estos derrumbaderos á un tercer estado, si puede llamarse así, en el que, á escepción del nombre, apenas se distinguen de los ateos. En este grado, se llaman deistas todos aquellos que viven sin alguna ley, sin piedad,

aun natural, y sin religión (1). Aunque no nieguen la idea de un sólo Dios, le niegan la Providencia sobre las cosas humanas; también le niegan algún culto determinado. Quieren que cada uno le honre según su capricho; sin otra regla, ni ceremonias, ni ofrendas, ni en alguna forma establecida. En este último estado son llamados *deistas* ó *libertinos* ó *indiferentes* ó *filósofos*. Todas estas voces son sinónimas (2) respecto de unos mismos sujetos, aunque á cada una corresponde su idea ó distinto significado. Mejor dicho: significan muchas impiedades diferentes que convienen á un mismo sujeto. Los deistas son aquel mónstruo á quien con mil nombres convienen también mil artes y maneras de dañar.

Son *deistas*, porque no niegan la existencia de Dios. *Libertinos*, ó sea *liberales*, porque todo les es arbitrario así respecto de Dios, como respecto á las leyes. *Indiferentes*, porque lo mismo aprecian esta secta que aquella, despreciándolas todas cuando no les convienen. *Filósofos*, porque todo lo quieren juzgar por su filosofía sin admitir otra luz soberana, ni otra esfera sobrenatural (3). Tam-

(1) Deistae vocantur illi quicumque sunt sine lege, sine pietate, sine religione viri.—Sianda, Lexic. Polemic. verb. Deist.

(2) Nonot. tom. 2. de los error. cap. 3. n. 6.

(3) Wolf. Theol. Natur. part. 2. sect. 2. P. 530.

bién se llaman por esto *naturalistas* cuando admiten la necesidad de una religión natural.

Wolfio, demasiadamente exacto en definir todas estas voces y en distinguir las ideas que les corresponden, hace diferencia propia de los deistas el conceder un Dios; pero sin providencia de las cosas humanas (1). De modo, que, considerando á los deistas constituyendo diferentes familias, las reduce á cuatro hipótesis y en todas ellas excluye el artículo de la Providencia. A estas cuatro hipótesis diferentes, con la precisión á que los reduce Wolfio, me ha parecido ajustar todas las consideraciones que expongo en el libro primero, para dar á conocer los absurdos y contradicciones de la ateología y metafísica de los deistas.

¿Quién nos dirá el origen de sus padres en ese último estado? Pregúntese á ellos mismos acerca de su historia; pídaleles razón de su alcurnia, de su establecimiento y de su doctrina. ¿Se creará que aun ellos mismos ignoran esto? Nadie podrá persuadirse á tanto. Discurriendo como discurren los sabios, cualquiera dirá que cuando los deistas han abrazado el Deísmo habrán sabido antes en lo que consiste, y cual es la profesión de fé que les exige la escuela á que pertenecen. Pues véase aquí precisamente sobre lo que no están ni estamos todavía instruidos; porque no hay dos, entre

(1) Wolfio, loc. cit.

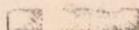
todos ellos, que convengan en la misma creencia. ¿Qué digo dos? Entre cuantos libros se han escrito para enseñar el Deísmo, no hay siquiera uno donde se dé constantemente el mismo dogma.

En efecto, sentirá un insuperable trabajo el que intente darles una historia seguida y aun tomarles las señas. Sus errores saben á cuantas sectas hubo en el mundo. Por esta causa se les puede entroncar con todas; mas por otros muchos extremos en que discordan no se les puede atar con ninguna.

Sus libros son unas colecciones ó plagios de errores comunes contra comunes; un montón de contradicciones, repugnancias y disparates sin orden ni atadura. Yo no sé si por esto dice un predicador del Deísmo «que la suya es una religión derramada y trascendental á todas las religiones. Es un metal, añade, que se incorpora con los demás, y sus venas se extienden por bajo de tierra á todo el mundo. Esta misma se vé mas al descubierto en la China: en todas las demás partes está oculta, y el secreto de su doctrina sólo se halla en poder de los *Adeptos*.» (1)

Esta idea de *una liga ó escoria que se mezcla con todos los metales* y con todo género de moneda corriente haciéndoles perder su pureza y su ley, no ha sido mal inventada para significar la naturale-

(1) Voltaire Diction. Philosof. artc. *Deist*.



za y carácter del Deísmo. Quiere decir, que este es un fermento ó levadura de impiedad que hoy amenaza corromper á todos los hombres. Conforme á esto es lo que él mismo dice ponderando los progresos de los deístas: por todas partes los imagina difundidos: «ya sea en la magistratura, ya en la Iglesia, ya junto al trono, ya sobre el trono mismo, ya en la literatura que está inundada de ellos, ya en las academias.»

Sin fijarnos mucho en esta amplificación tan exorbitante que hace Voltaire del Deísmo, y de cuya verdad nadie hará mucho caso, es de notar que entre tantos órdenes de personas no haga mención de la Milicia; y es precisamente efecto de la poca reflexión con que escribía y hablaba. La Milicia, una de las clases más nobles del Estado, es de la que con menos temeridad puede sospecharse que está manchada con el Deísmo en muchos de sus miembros. Esto no debe desacreditar ni á la profesión militar ni á innumerables dignísimos sujetos que la componen adornados de una piedad sólida y de una instrucción amenísima. El Marqués de Carraciolo es buen ejemplo. De oficiales españoles podría citar á muchos, aunque no hayan escrito como Carraciolo. Yo respeto á la ilustre profesión de la milicia; y mi conjetura procede del mismo espíritu con que el citado Coronel la había hecho antes. Muchas veces tuvo ocasión de hablar con grande celo y piedad contra el Deísmo dirigiéndose á sus camaradas y otros oficiales

petrimetros entre los que el mencionado error se había hecho de moda.

En los deistas se nota bien la ambición por reunir gente y meter á todo el mundo en su partido.

El autor del libro *de l' Esprit* tiene sus pretensiones á emparentar con los mahometanos, haciéndolos deistas. «Los turcos, dice, admiten en su creencia el dogma de la necesidad, principio destructivo de toda religión. En vista de esto, pueden ser mirados como deistas.» (1)

El piadoso autor del Espectáculo, muéstrase muy liberal en concederles esta parentela. «Los mahometanos, dice, se pueden considerar como sectarios de un deismo acomodado». (2) Mas yo creo que no se apostarían unos con otros, si los deistas se acercasen á tratar con los mahometanos en materias religiosas. La superstición mahometana no podría disimular la suma impiedad con que los deistas desprecian toda sombra de culto, de otrendas, de peregrinaciones ó caravanas por causa de religión y otras obligaciones que impone la ley de Mahoma. Esta no puede parecer tampoco á los deistas un *Deismo acomodado*. La circuncisión, la abstinencia perpétua de ciertas bebidas y manjares, y la esclavitud en que viven los de aquella ley, serían bastantes causas para que los deistas renegasen de tal *Deismo acomodado*. El li-

(1) Helvet. de l' Esprit, Discour. 2. Cap. 24.

(2) Mr. Pluche, Spectacul. de la Natur. tom. 2. convers. 2. pág. 22.

bertinaje y la independencia de toda ley y de toda potestad que profesan los deistas, son caracteres del todo contrarios á la idolatría y servidumbre en que viven los mahometanos.

Es extraño que, agradando á estos deistas ser cofrades de los mahometanos, les repugne mucho ser hermanos de los maníqueos. Esta segunda hermandad les corresponde mejor como lo haré ver en uno de los capítulos del libro primero. A lo menos, los deistas llamados dualistas porque suponen dos principios de las cosas, uno en Dios y otro en el mundo que dicen ser coeterno y conocido de Dios pero independiente de su Providencia, tienen bien marcado el sello del maniqueísmo. Pero los deistas ó maníqueos de hoy, parece que se han dejado preocupar de un cierto horror y vergüenza en admitir por Patriarca á un brujo persa. ¡Como si Mahoma fuera menos bárbaro y asqueroso que Manes! Quizá los llevará á despreciar á este segundo y á estimar al primero la diferencia de fortunas que tocó á estos dos impostores. Mahoma se hizo jefe de muchos pueblos bárbaros que le creyeron profeta: Manes jamás pudo salir de lo profundo de su miseria, y al fin murió desollado por haber perdido la apuesta en uno de sus pronósticos. Los deistas de hoy presumen mucho de sí para que no se enojen cuando se les dé una derivación tan vil y tan oscura.

Con la misma ambición de ganarse antigüedad y meter en su prosapia á grandes personajes, han

imaginado vadear el diluvio y penetrar hasta los siglos primeros. «*Por confesión de los cristianos*, dice el escritor del *Examen importante*, el Deísmo ha sido la religión del género humano desde los tiempos de Seth, de Enoch, de Noé, etc.» (1)

Ved aquí como se jactan los deístas soñando unos árboles genealógicos más pomposos que el de Nabuco. Esta ha sido la manía ordinaria de todos los hereges. Ellos se hacen los antiguos de días: el alfa y omega. Pero ¿dónde habrán tomado á los cristianos esta confesión que hace deístas á los patriarcas antediluvianos, como Seth, Enoch, Noé y los demás? ¿Hay cosa más contraria á su impiedad y corrupción que la piedad é inocencia del Santo Noé? Este fué el único de todos los hombres antediluvianos que conservó en su familia y en el Arca la centella que de la Religión verdadera había quedado en el mundo: y era el padre y el Sacerdote de una Iglesia doméstica. Siempre anduvo en la presencia de Dios y en su temor santo. Cuando salió del Arca, su primer ejercicio fué el del culto. Lo mismo se halla en los demás patriarcas que le precedieron. ¿Por donde convienen estos con los deístas?

¿No ven y saben que Abel, Seth y los demás hacían ofrendas á Dios; que le consagraban las primicias de sus frutos; que celebraban sacrificios, los que dieron ocasión á las diferencias entre Abel

(1) Examen importante, pág. 214.

y Caín? Pues todo esto que es la verdad de las Escrituras y lo que confiesan los cristianos, no puede hacer de los patriarcas unos deistas; porque estos aborrecen las ofrendas *con las que*, dicen, (1) *se arruinan las casas*. Más bien los llamarían *supersticiosos*, ó religiosos, que para los deistas viene á ser la misma cosa.

De Enós dice también la escritura que comenzó (2) á invocar el nombre de Dios; esto es, que aquel patriarca prescribió algunas santas fórmulas ó reglas para que sus hijos y demás hombres religiosos supiesen dedicar á Dios sus votos y alabanzas. Esto no puede ser aceptable por los deistas que consideran á esas alabanzas *como lisonjas indignas de la Divinidad*. Conque por lo que hace á los citados patriarcas se vé en ellos que sea del gusto y aprobación de los deistas.

Aunque mi genio no me inclina á tejer conjeturas tan delgadas como las telas de araña y subir por ellas hasta el huevo ó principio, sin embargo este último historiador de los deistas me ha traído á un puesto ventajoso donde se puede examinar todo el curso y descendencia de esta mala secta. No dirán que por hacerlos odiosos tomo yo la carrera desde tan alto. Ellos mismos me han trans-

(1) Esto mismo dicen con frecuencia los racionalistas de nuestros días.
—N. E.

(2) Genes. 4. v. 26.

plantado más allá del diluvio y me han colocado entre las primeras generaciones. No se quejen, pues, si les rompiese en los ojos los huevos de Aspidas, que hallo puestos entre los primeros impíos de donde han salido estas generaciones de víboras que hoy lo roen todo con una mordedura amarguísima.

Si es carácter de los deistas, considerados en su tercer grado, negar é impugnar la Providencia divina, no tiene mucha dificultad el creer que procedan de los primeros hombres; pero no de los que ellos señalan, sino de los que callan. Caín y su descendencia con la de los gigantes merecen muy bien ser sus patriarcas.

Caín es el primero de quien se escribe que acusó á la Providencia de Dios, disputó contra su último juicio y negó los premios y suplicios á que el Señor destinará á los buenos y á los malos. Así hablan los mas de los intérpretes fundados en la autoridad de Tago Jerosolimitano, y es la doctrina que de propósito prueba Salviano. (1) También dá fundamento para suponerlo así el verso 14 del capítulo 4.º del Génesis que dice: *Mi iniquidad es muy grande, para merecer perdón* (2); donde habla Caín con injuria de los atributos di-

(1) Salv. De Prov. LIV cap.

(2) *Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.*

vinos. Algunos intérpretes (1) dan motivo á pensar que esta es una murmuración blasfema contra la Justicia y Providencia de Dios, porque según pensaba Caín el Señor le afligía con pena mayor que merecía su culpa y que podía tolerar con sus fuerzas. Como si dijera: *mi suplicio es mayor que lo que debo llevar*. Aquí se toma la iniquidad ó el pecado, no por la culpa sino por la pena. No carece esto de fundamento, pues algunas veces se toma en la Escritura la malicia por el trabajo, como donde dice (2) *Bástale al día su malicia*.

De tal huevo nacieron tales cuervos. Caín fué su padre y juntamente maestro de sus hijos en toda impiedad. Josefo dice (3) que, cayendo de vicios en vicios, juntaba á los más delincuentes y osados de los nacidos y les daba lecciones de enriquecerse con las cosas y trabajos de los otros. Si los deistas reparasen bien en la raza de Caín, quizá se unieran á ella de mejor gana que á los otros patriarcas santos; porque en la raza de los criminales hallarían muchos genios inventores. Entre ellos parece que nacieron y florecieron las artes; pero artes que, ó nacían del vicio, ó llevaban á él como en otro lugar observaremos. En Caín tiene principio el arte de robar ó de conquistar, que muchas veces es lo mismo. De aquí nació la Tác-

(1) Pagnin. Batabl. Oleast ad vers 13 cap. 4. Genes.

(2) Joseph. Antiquit. lib. 1.º cap. 3.

(3) Suficit diei malitia sua. Math. cap. 6. v. 34.

tica. Consta que Caín edificó la primera ciudad y la llamó Hanucta por el nombre de su hijo Enoch (1). En ella se fortificó, así para huir de quien no le perseguía, como para salir á hacer sus corsos y rapiñas.

Los hijos de los santos vivían con mas simplicidad y confianza. No los juntaba el recinto de algún muro, sino el amor fraternal: cada uno dormía seguro debajo de su higuera. Después de Enoch vino Jabél su nieto. Este fué inventor de los tabernáculos ó pabellones para que los pastores habitasen con más comodidad (2). Parece que aquel dió la forma de vivir que conservan muchos pueblos de los scitas y árabes, Lamec, su padre, había inventado la poligamia á la que tan inclinados son los deistas con el pretexto de atender á la población. Por eso Tertuliano le acusa de haber sido el reformador de la forma que el mismo Criador había dado al matrimonio (3).

De Lamec nació también Tubal-Caín. Este fué el inventor de los fundidores y metalúrgicos. Enseñó á estimar los metales y á reducirlos al uso y

(1) Genes. cap. 4. v. 17

(2) Genes. cap. 4. v. 20.

(3) Numerus matrimonii á maledicto viro cœpit. Primus Lamec duabus maritatus tres in unam carnem efecit. Tertul. lib. de Monogam. cap. 5.

Primus Lamec sanguinarius et homicida unam carnem in duas divisit uxores: fratricidium et bigamiam eadem cataclismi delevit pœna. - Hieron. - Libro 1. contra Jovinian.

al lujo de la vida (1). De Jabél nació Tubal, que fué inventor de los órganos, y enseñó á los hombres á cantar al son de la cítara. En todas estas invenciones tienen los deistas mucho que les agrade. Aquí tienen la Arquitectura, la Táctica, la Física, la Música, la población. De consiguiente aquellos inventores pueden ser considerados como los primeros maestros de las delicias, del placer y del gusto.

De las hijas de ellos se dice, que fueron las inventoras de las modas y de todo lo bello (2). Tertuliano y S. Cipriano descubren allí el principio del lujo y adorno de las mujeres (3). Con estas artes aumentaron ó hicieron aquella hermosura que sirvió de escándalo á los hijos de los Santos. De aquí nacieron los gigantes, esto es, unos hombres fuertes y famosos en su siglo (4): hombres soberbios, robustos y ricos, que comenzaron á hacer guerra al cielo despreciando y provocando á Dios.

Todos los pensamientos de su corazón (5) estaban atentos á obrar lo malo en todo tiempo que se

(1) Genes. cap. 4. v. 22.

(2) Genes. cap. 6. v. 2.

(3) Tertulian. lib. 2, de cultu fœminarum, cap. 10, funda esta conjetura. Allí dá el origen del *mundo muliebre*, que consistía en los aromas y bálsamos; en los adornos de oro, plata y piedras preciosas para la pompa mujeril. S. Cipriano sigue esta sentencia. De disciplina et habitu virginum.

(4) Genes. cap. 6. v. 4.

(5) Genes. cap. 6. v. 5.

les proporcionase. Corrompieron todos los caminos de la carne é inundaron toda la tierra con su iniquidad (1). Si Dios fuera capaz de dolor (2) y penitencia, hubiera sido penetrado su corazón porque había hecho al hombre. Sin negar que esos gigantes lo fuesen en la estatura y en la prolongación de su vida, lo eran mucho más en su impiedad y soberbia. En la palabra hebrea *Nephilim* que los Setenta y la Vulgata traducen *Gigantes*, Aquila traduce *Irruentes* y Símaco *Violentos*; porque no tenían más ley ni más religión que su apetito y su fuerza. Ningún temor de Dios, ningún respeto al cielo, se burlaban completamente de la Divinidad.

Algunos opinan (3) que de ahí tomaron los poetas la idea de los Titanes, hijos robustos de la tierra, que declararon guerra á *Jove ó Jeová*, y las otras fábulas de los Centáuros hijos de las nubes. La expresión griega *Yivi Nephelou*, que significa hijos de las nubes, es poco diferente de la voz hebrea *Nephilim*.

(1) Génes. cap. 6. v. 11 12.

(2) El impío autor del Cristianismo devoil. pag. 40, extraña esta expresión como está en la Escritura; sin querer entender que Dios habla en ella á estilo de hombre ó á manera que suelen los hombres entenderse, que es en el modo que yo lo explico: no haciendo á Dios capaz de dolor ni de penitencia; pero haciendo tan digna de dolor la malicia de los hombres, que si Dios fuera capaz de esta pasión, se hubiera arrepentido mil veces de haberlos criado, atendiendo á nuestra indigna correspondencia.

(3) Euseb. Prepar. Evang. cap. 4. lib. 5. Pererius hic.

Todo esto concuerda con el texto sagrado que hace á los gigantes causa del Diluvio. (1) El libro de Job lo confirma, y señala cual fué la principal impiedad con que los gigantes precipitaron las nubes sobre la tierra. Este es el pensamiento de Elifáz en el capítulo 22 donde imaginando que Job sentía mal de la Providencia, le habla así: «Con la fuerza de tu brazo poseías la tierra, y por ser más poderoso te alzabas con ella. Por eso te han cercado los lazos, y te conturba un miedo repentino. ¿Pensabas que no verías las tinieblas y que no serías oprimido con intempestuosa inundación de aguas? ¿Eres acaso de los que dicen: ¿Qué sabe Dios de nuestras vidas? Las nubes son su escondrijo y no repara en nuestras cosas. Él se pasea por los polos del mundo, ¿Quieres acaso seguir el sendero de los siglos que pisaron los hombres inícuos, aquellos que fueron arrebatados antes de tiempo, y cuyo fundamento trastornó el Diluvio; aquellos que decían á Dios: Apártate de nosotros, é imaginaban al Omnipotente como si no pudiera cosa alguna?»

Ved aquí el impío dogma que prevaleció entre aquellos hombres soberbios y carnales antediluvianos. Y esto es muy conforme á la opinión común que no pone el principio de la idolatría antes del diluvio sino el de la impiedad y el desprecio de las cosas divinas, en una palabra, el Ateísmo de

(1) Genes. cap. 6. v. 4.

corazón, ó sea, el deseo de que no haya Dios, y el Deísmo que finge un Dios sin Providencia de las cosas humanas y sin algún cuidado de los vivos ni de los muertos. Esta impiedad volvió á nâcer después del diluvio, cuando los hombres se corrompieron de nuevo y se abandonaron á toda la codicia de su carne y de su corazón.

Por la raza de Caín suscitaron Can y Canaán su hijo, otra no menos carnal é impía. Job llamó á estos en el mismo lugar reliquias de los antediluvios. (1) Y por esto, dice merecieron un segundo diluvio de fuego que devoró á las ciudades. Bien claramente habla aquí de los sodomitas. El mismo libro nota en eso las profundísimas raíces que había echado en el corazón aquel antiguo error, que ni aun el Diluvio alcanzó á esterminarlo ni lavar-lo porque había como penetrado á la naturaleza.

En este sentido se puede permitir lo que dicen ciertos deístas modernos hablando del Diluvio, que era más fácil á Dios negar y destruir la especie humana, que mudar su corazón. (2) Pero no se les puede disimular el vicio de Deísmo que hay en esta expresión y de aquella impiedad de los gigantes *que pensaban del Omnipotente como si na-*

(1) Job. cap. 22. v. 20 Nonne succisa est erectio eorum et reliquias eorum devorabit ignis? Hæc (añade Calmet, præfatio in Job) ad cives Sodomæ et Gomorræ dignos gigantum antediluvianorum successores spectant.

(2) Christianism. dévoil. pag. 40. 3. letr. á Eug. pag. 68.

da pudiera. (1) Para Dios es tan fácil absolutamente un imposible como otro. Nada le resiste. Tan fácil le es decir á un paralítico: *Levántate y anda*, (2) como decir á un pecador, aunque sea como Caín: *Tus pecados te son perdonados*.

Algunos poetas hablaron con tanta precisión de estos dos diluvios ó castigos de agua y de fuego, que no se puede desear más claridad. Virgilio parece que copió el versillo 742 del capítulo 6 de la Eneida, (3) de las palabras citadas de Job, que dicen: *Y el fuego devoró sus reliquias*.

Todos hablan de los gigantes antediluvianos, y los presentan bajo la figura de unos grandes delincuentes que gimen bajo las aguas del abismo. Es cierto que las naciones tomaron estas noticias de los labios de sus fundadores, y que de ellas las recojieron los poetas. Todos estos son más modernos que el libro de Job. Este no pudo imitar á los poetas, porque aun en las opiniones que más rebajan su antigüedad, le queda la bastante para haber antecedido á los poetas que se conocen.

Resulta de lo dicho, que en tiempo de Job era muy conocido el error de los impíos y deístas que admiten el artículo de un Dios sin alguna Provisión del Universo. Algunos (4) creen que Job

(1) Job. cap. 22. v. 17.

(2) Luc. cap. 5. v. 23.

(3)Allis sub gurgite vasto infectum eluitur scelus, aut exuritur igni.

(4) S. Hieron. 99. Hebraic. in Genes.—Beda in Job. cap. 1, vel quisquis fuerit auctòr.

existió y que el libro de su historia fué escrito no mucho después de Abraham descendiente de Nacor. Otros (1) hacen á Job quinto nieto de Abraham por Esaú. Prescindamos de la antigüedad de su libro; porque ya sea que se escribiera antes de Moisés y aun por el mismo Elifaz, uno de los amigos que importunaron á Job, ó ya fuese escrito en los tiempos de David y Salomón, los sentimientos y sentencias que en él se refieren deben ser las mismas que hasta los tiempos de Job eran sabidas. De otro modo se atribuirían á este Patriarca y á sus amigos dichos que no pronunciaron.

En los días de Moisés duraba en las naciones esta impiedad. (2) Si este Patriarca ha sido el que escribió el salmo 93, no queda duda que entonces era conocido é impugnado el Deísmo. Porque todo este salmo es un discurso en el que con razones eficacísimas son combatidos los que negaban la Providencia divina, y daban el gobierno del mundo á una fatal necesidad. Estos se deberían llamar *Deistas fatalistas*. El salmo empieza afirmando la libertad con que Dios hace todas las cosas: *El Dios de las venganzas obró libremente*. Prosigue afirmando los juicios de Dios sobre los hombres, y viene á detenerse sobre los impíos que

(1) August. lib. 8. de civit. cap. 47.—Chrisost. Homíl. 2 de Patientia.

(2) Téngase en cuenta que algunos hacen á Job contemporáneo de Moisés. N. E.

cantaban y hablaban iniquidades y se gloriaban de sus pecados. Refiere las violencias que los impíos cometían contra los fieles, contra las viudas, huérfanos y extranjeros, diciendo al mismo tiempo: *Dios no puede ver ni saber estas cosas*. En seguida los arguye con razones urgentísimas: los trata de necios y de insensatos: les hace ver la Providencia con unos argumentos tan eficaces que debieran desengañar á los deistas y preservar á los israelitas de aquel error á que, según algunos, querían inclinarse. Aunque este salmo no sea de Moisés, hay otros que dan señales de que el error de que hablamos existía en su tiempo. (1)

En el de David duraba y prosperaba la impiedad. Aunque no hubiera otra prueba que los muchos salmos que el Real Profeta compuso (2) contra ella, bastarían para poder juzgar lo poseído que estaba su ánimo contra aquel error. El salmo 13 parece que no tiene otro objeto que disiparlo. San Atanasio lo indica al conde Marcelino como un antídoto contra aquel veneno. En los versos que dicen: *Un sepulcro abierto es su garganta: revolvían su lengua con engaño: corría el veneno de los áspides debajo de sus lábios: su boca aparece llena de maldición y de hiel: sus piés son veloces para correr á los homicidios y á las revoluciones*

(1) Psalm. 77. v. 19.

(2) Psalm. 93 v. 3.—Psalm. 17 et 72. v. 6. 8. 11. 12. et alii.

sangrientas y no conocieron el camino de la paz, hace una descripción, que si bien es más breve, dice contra los deistas cuanto un autor moderno ha expresado para pintarlos bajo el enigma de una nación feroz que llama de los *Cacovacs*.

En tiempo de Salomón los hallamos retratados con colores no menos vivos. El Eclesiastés propone sus impiedades y dudas malignas con tal precisión, que algunos no hacen más que tomarlas de allí para darlas como propias; mas no quieren pasar al interior sentimiento de ese libro donde el Espíritu Santo dispó sus blasfemias. «Yo dije en mi corazón (así habla el Eclesiastés en persona de los deistas y materialistas) esto que me parecía de los hijos de los hombres; conviene á saber: que Dios trata de probarlos y de hacerlos ciertos de que son semejantes á las bestias. Por tanto el mismo fin se vé tener el hombre y los jumentos; y es igual la condición de ambos. Como muere el hombre, así mueren aquellos. De un mismo modo espiran todas las cosas y nada tenemos sobre las bestias. Todo cae y se pierde en la vanidad. Todas las cosas corren hácia un lugar. De la tierra fueron formadas, y van á convertirse en tierra. ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adán asciende á lo alto, y si el espíritu de los jumentos desciende á lo bajo? Y por esto comprendí que ninguna cosa había mejor que alegrarse el hombre en esta vida no teniendo otra cosa que espe-

rar, porque ¿quién le podrá dar noticia de lo que ha de suceder después de él? (1)

No han tenido los deistas modernos que añadir cosa alguna á los que así hablaban en tiempo de Salomón. Este *¿Quién sabe? ¿Quién ha venido de la otra vida á certificarnos de las suertes eternas?* Este aire de negar todas las verdades con un género de incertidumbre y pirronismo, que es hoy de moda, ya había pasado como otros males viejos que nos antecedieron. Aquí se vé también, que nada de nuevo ocurre debajo del Sol; lo cual es debido á que el hombre, por su débil juicio, no puede explicar muchas cosas difíciles (2) Y así ni el ojo penetra lo que vé, ni llena al oído cuanto se oye. Las cosas y los yerros se reproducen. Lo que fué es lo mismo que será; y lo que ahora se hace es lo que se hizo y lo que se hará después.

El mismo Eclesiastés, de quien los incrédulos toman sus dudas ya formadas, les dá también por respuesta la doctrina de la verdad. «No habéis con temeridad, (les dice) ni sea liviano vuestro corazón para pronunciar y dar sentencia delante de Dios. Este se asienta sobre el Cielo y vosotros andáis sobre la tierra. Por lo tanto, son muy poca cosa vuestros juicios. (3) No digáis en secreto

(1) Ecclests. cap. 3, v. 18. 19. 20. 21. 22... S. Greg. Taumturg. et San Greg. Mag. lip. 4.º Dialogor. cap. 4.

(2) Ecclests. cap. 1. v. 8. 9. 10.

(3) Ecclests. cap. 5. v. 1. 5. 6. 7. 8.

delante de vuestro Angel: *No hay Providencia*; no sea que se enoje Dios con vuestras palabras y disipe todas las obras de vuestras manos. Donde se sueña mucho hay muchas vanidades y discursos sin número; más tú, hijo mío, teme á Dios. No te escandalices de ver calumnias contra los pobres, ó juicios violentos; si en tu provincia se trastorna la justicia no te sorprendas; porque sobre un excelso hay otro más excelso, y sobre este otro más excelente y sobre toda la tierra un Rey á cuyo imperio están sujetas todas las cosas». (1) El mismo dogma vuelve á declararse en el fin del libro. (2)

Si descendemos á los tiempos de los profetas posteriores veremos como declaman contra ese error y lo refutan. Isaías lo combate como ya doméstico entre los hebreos. Las transmigraciones de este pueblo por diversas naciones paganas y su perversa inclinación á imitar las teorías y las costumbres de los extranjeros lo contaminaban. El mismo Isaías dá en cara á muchos con esta palabra necia, que solían pronunciar para no sentir su vida relajada: «Dése Dios prisa, y venga pronto para que veamos lo que se nos promete ó amenaza. Acérquese y acabe de llegar esa Providencia ó consejo del Santo de Israel, y lo sabremos. ¡Ay de vosotros (les clama el Profeta) los que de-

(1) Ecclests. cap. 5, v. 7.

(2) Id. cap. 12.

cís estas cosas! ¡Ay de los que llamáis bueno á lo malo y malo á lo bueno! ¡Ay de los que sois sábios en vuestros ojos y pareceis prudentes á vosotros mismos! Los que sois *varones*, ó *espíritus fuertes*, para mezclar la embriaguez!» (1) Este capítulo corresponde al fin del reinado de Osías (2) año del mundo 3246.

No muy distante de estos tiempos floreció entre los griegos la misma impiedad, ó Deísmo, y se daba con el nombre y aparato de filosofía. Leucippo, Demócrito y después Epicuro fundaron una escuela donde se enseñaba con arte esa antigua demencia. Demócrito oyó á Leucippo y murió de 99 años ó de 109 según Diógenes, el 361 antes de Jesucristo. Epicuro fué un riguroso deísta de los que hoy ocupan el tercer grado. En la epístola á Meneseo le dá reglas para que se sirva con cautela de las máximas de este Deísmo. «Poned lo primero (le dice) en vuestro espíritu, que Dios es un sér inmortal y feliz. Esta es la noción que todos tenemos de Él. Guardaos, pues, de atribuirle cosa que no pueda convenir perfectamente á su inmortalidad y á su felicidad; ó de negarle algo de todo aquello que pertenece al bien inalterable que forma su esencia. Sí, *hay dioses*: la evidencia de las ideas lo está demostrando; pero estos *dioses*

(1) Isai cap. 5. v. 19. 20. 21. 22.

(2) San Hieron. in Isai. cap. 6. init.

no son como la multitud los imagina, *con atributos que destruirían su naturaleza*. (1) La impiedad no consiste en negar los dioses del vulgo: consiste en atribuirles lo que el vulgo les atribuye. Y así las ideas que se forman de Dios, son más bien fantasmas que verdaderas ideas. Cree el vulgo que los dioses tienen siempre abiertos los ojos sobre los malos para castigarlos y sobre los hombres de bien para recompensarlos; y, juzgando de las aficiones de la Divinidad por las de los hombres, le niega las cualidades de que no halla en nosotros algún modelo». (2)

Aquí se vé que Epicuro admitía la idea de la Divinidad, aunque, por hacerla feliz, la hace manca de Providencia, y esto es lo que sostienen los que hoy se llaman deístas. Gasendo pretende excusar á Epicuro en este y otros errores á título de ignorancia. (3) Y á la verdad, en comparación de nuestros deístas, cualquiera llamará á Epicuro inocente ó menos culpable; porque estos de hoy,

(1) Así piensa el deísta del atributo de la Providencia. Dice que destruiría el reposo de Dios mientras no turba sino el suyo propio. Es como el ebrio que no conociendo el mareo de su cabeza cree que es la casa, el cielo y todas las cosas, las que andan revueltas.

(2) Apud Laert. de vita philosoph. lib. 10, pág. 785: *Dii nempé sunt ut certa est illorum cognitio: non tamen tales sunt, cujusmodi eos plerique arbitrantur.*

(3) *Videri illum ignorantia, non malitia lapsus fuisse.*—Gassen. Apud Balteux en la nota de la página 186.

desde la luz y desde el don celeste que gustaron, se vuelven al vómito de la gentilidad.

No obsta que S. Agustín, Laercio y otros llamen ateo á Epicuro. Ya he dicho que los deistas del tercer grado apenas se distinguen de los ateos más que en las formas y palabras. «El corazón de un ateo (dice un autor moderno) deja al espíritu creer lo que no le amenace con algún daño; y no le prohíbe decidir las cuestiones que se quedan en una generalidad de la que nada le importa.» (1) Este es el secreto de la diferencia que hay entre los deistas y los ateos. Los deistas dejarán de confesar una Divinidad, si esta ha de tener la censura de sus vidas y el juicio de sus obras para premiarlas ó castigarlas: los ateos no dejarán de creer en una Divinidad mientras se predique muy remota de ellos, muy sublime y hasta muy amable, si se quiere; pero con tal que no se les ponga en relación con ella ni diga cosa alguna respecto al fin último de los hombres. Así se entiende que Epicuro haya podido ser deista y llamarse ateo; pero realmente él afirma, sin alguna ambigüedad, que *hay un Dios inmortal y bienaventurado*.

Desde los años 264 antes del Nacimiento de Jesucristo en que ponen algunos la muerte de Epicuro, no se acabó esta raza de impíos; antes parece que creció, abismándose el mundo en su corrup-

(1) Diction. Antiphil. art. Deist.

ción; y con el auxilio de tales maestros del error se hizo cada día más plausible en Atenas la secta de Epicuro. Fedro supo bien el arte de insinuarla. De él la aprendió Lucrecio. Este poeta filósofo murió el mismo día en que á Virgilio le vistieron la toga de varón, según dice Josefo. (1) Lucrecio escribió con tanta elegancia los seis libros *de la Naturaleza de las cosas*, que oculta con su resplandor los vacíos y oscuridades de la filosofía de Epicuro y Demócrito. Con tales cantores no era mucho que los huertos de Epicuro se llenasen de discípulos. Todo se ordenaba á divertir á los oyentes para hacerles olvidar una Providencia que podía turbar sus placeres. Se oye en Lucrecio aquel antiguo lenguaje que hablaron los gigantes y conservaron el libro de Job y los Salmos: *La Deidad se está en el Cielo, y no vé nuestras cosas.* (2)

Se difundía fuera de allí este contagio. Llegó á penetrar en el pueblo de Dios y eran bien conocidos por él los saduceos. A estos se podrá dar el nombre de deistas, si como dice Josefo (3) negaban pertinazmente la Providencia, referían todas

(1) La toga de varón se daba á los 17 años. Conque es decir, que Lucrecio murió cuando Virgilio tenía 17 años de edad.

(2) Psalm 17. v. 12. Job. cap. 22. v. 14.—Lucrec: Inmortalis œvo summa cum pace fruatur.

(3) Josef. Anti. lib. 3. cap. 9. et de Bello Iudaic. lib. 3. pág. 788.

las cosas al hado, y, sin conceder cosa alguna á la voluntad Divina, juzgaban á Dios insuficiente para hacer bien ó mal á alguien. Aunque los hebreos (1) abominan este error, yerran, sin embargo, al explicar los efectos de la Providencia, pues le niegan el cuidado de las cosas menores, como la generación de los insectos, el movimiento de la hoja del árbol y otros efectos naturales que, según afirmó expresamente Jesucristo, no suceden sin la voluntad del Padre Celestial.

Finalmente: para demostrar Dios al mundo la necesidad que tenía de un Mediador y de un socorro divino, lo dejó ir hasta la muerte. El mundo era como un cadáver que no podía resucitar á la vida sobrenatural ni al conocimiento de la verdad sin una obra de la diestra de Dios: sin un milagro. Sabiamente aguardó el Médico de las almas á que los hombres arrojasen afuera todas las señales de su enfermedad. (2) Como aguardó para resucitar á Lázaro á que el cadáver estuviese resolviéndose en la corrupción para quitar á los incrédulos la ocasión de decir que quizá no habría muerto aún. Así esperó á que la corrupción del mundo llegase á un grado en que no pudiera ex-

(1) Basnage Hist. de los judíos. Tem. 4. lib. 5.

(2) Gregor. Nicen. apud Theofilat. super illud ad hebreos: Nunc autem semel in consummatione sæculorum ait: sapienter expectavit animarum Medicus, donec univèrsa malitiæ ægritudo panderetur.

cusarse la necesidad de un milagro y de un Reparador omnipotente.

San Pablo describe así el estado del mundo en aquel tiempo: «Había Dios encerrado, dice, (1) á todas las cosas y á todas las naciones en las tinieblas de la incredulidad para hacer misericordia con todos.» El universo estaba dividido entre la impiedad y la superstición. Aquel era el imperio de las pasiones y la potestad de las tinieblas. «Sabiamente dispuso la Sabiduría Eterna, observa San Bernardo, (2) que apareciese justificada la necesidad del auxilio antes de darlo, porque los hijos de Adan eran desconocidos é ingratos. Puede asegurarse con toda verdad, que se había ya inclinado el día y era anochecido. El sol estaba en el punto más distante. Apenas algún planeta ó algún astro enviaba á la tierra destellos de su luz. Era una débil centella lo que restaba de las noticias espirituales y divinas; y rebosando la iniquidad, se había resfriado el fervor de la caridad. Ya no aparecía el Angel; no se oía la voz del Profeta. Todos cesaban de clamar cansados de esperar....»

Estos fueron los progresos que hizo la impiedad desde Caín hasta el tiempo de Jesucristo; pero no se acabó todavía su malicia. Aún quedó en el

(1) D. Paul. ad Rom. 11. v.º 32.

(2) Hom. I.º Adventus.

mundo para perseguir hasta el último de los predestinados, como Caín mató al primero. Y así era conveniente para entretener esta lucha en que son probados los que agradan á Dios. Apenas quedó establecida la Iglesia Católica, los Apóstoles avisaron á los fieles este daño, que ya se percibía. «Carísimos (les escribe San Judas) (1) me ha sido necesario escribiros estas cosas para exhortaros á que combatais por la fé.» El motivo de esta *necesidad*, según lo descubre en toda la Epístola, no es otro que dar las señales de unos impíos que se habían introducido en la naciente Iglesia. Declara su dogma, sus costumbres, su estilo y modo de tratar los misterios de la Religión. Para no dejar á otros el trabajo de averiguar su origen é historia, lo hace el mismo Apóstol refiriendo el principio de esos impíos á Caín. Luego los trae por la descendencia de éste, y los compara con los que fueron sumergidos en el Diluvio y con los que más tarde fueron abrasados en Sodoma, y, por último, tiende su mirada al porvenir, y los hace unos con los que San Pedro había protetizado para estos siglos modernísimos.

Su impío dogma (dice el mismo San Judas) era negar al *Dominador*, y á *Nuestro Señor Jesucris-*

(1) D. Judas. Epist. Cathol. v. 3.

to. (1) En el texto griego se distinguen estas dos personas: *Nuestro único Señor Dios*, y *Nuestro Señor Jesucristo*. (2) No niegan á Dios como Dios, sino como á Dominador y Gobernador. Por esto la Vulgata y algunas versiones griegas omiten la palabra *Dios*, *Deum*, ó *Zeos*; porque los deistas, repetimos, no niegan la Divinidad sino la dominación y gobernación de Dios con su hijo Jesucristo.

Esto se confirma por el verso octavo de la misma Epístola que dice: *Desprecian la dominación y blasfeman la Magestad*. Aquí se entiende en primer lugar la dominación Divina y en segundo la dominación humana. (3) Clemente de Alejandría y otros Padres dicen que los

(1) Sub introierunt enim quidam homines.... impii, Dei nostri gratiam in luxuriam transferentes et solum (unicum) Dominatorem et hominum Jesum Christum negantes.—Epíst.—Canon. v. 4.

Algunos quieren entender que todo esto se refiere á Jesucristo. El P. Calmet opina también que ese pasaje en la Vulgata no significa más; pero realmente significa dos personas distintas; una el *Dominador* universal y la otra *Nuestro Señor Jesucristo*. Es muy notable la precisión con que habla el Apóstol, no expresando la Divinidad, sino solamente el cargo de la *dominación*, ó de *dominador*, y así lo explica después en el verso 8.º: *Dominatorum spernunt, Majestatem autem blasphemant*.

(2) Unicum Dominum nostrum, et Dominum Nostrum Jesum Christum.

(3) Calmet hic: credunt plerique ab his hereticis neglectas fuisse temporales et legitimas potestates in terris á Deo constitutas ad pacem rectumque ordinem servandum.

Gnósticos (1) de quienes aquí habla San Lucas, despreciaban á todos los poderes legítimos y blasfemaban de todas las dignidades que son imágenes de Dios sobre la tierra.

Esto es muy propio de los deistas y gnósticos de nuestros días; y así lo haremos ver muchas veces en esta obra. Entre los delitos de que nos acusan á los ministros de la Iglesia Católica, uno es que enseñamos el respeto debido á los príncipes según la tradición de los Apóstoles. El motivo que, según Calmet, obligó á S. Pedro, S. Pablo y S. Judas á predicar la obediencia que se debe á todas las autoridades, fueron los errores de aquellos impíos (2) mayormente porque tomaban el nombre de cristianos y el del Evangelio para enseñar la desobediencia y el desprecio de las autoridades en nombre y bajo pretexto de la libertad que nos ganó Jesucristo; sin entender que esta libertad se refiere al yugo del pecado y del demonio de que fuimos redimidos por Nuestro Señor. Y precisamente aquellos hereges, invocando la libertad en

(1) Los Gnósticos fueron unos hereges sumamente vanidosos que se jactaban de poseer una sabiduría mayor que la del resto de los hombres, y de estar iniciados en ocultos y muy trascendentales misterios. N. E.

(2) Calmet ubi supr. Apostoli Sanctus Petrus et Paulus in epistolis suis nihil magis fidelibus commendarunt quam obedientiam principibus et magistratibus, fortasse quod illi hæretici flagitioso suo vivendi genere locum præbebant, ut subiretur suspicio, omnes Christianos in eadem esse sententia et principibus officia sua detrectare.

tan mal sentido, hacían odioso el nombre de los cristianos para las autoridades civiles que ignoraban lo muy favorable que les era la doctrina del Evangelio.

No es posible referir los hechos abominables y nefandos de los simonianos, nicolaitas y gnósticos. S. Pedro y S. Judas dicen (y baste con eso) que hasta en los convites públicos se manchaban aquellos impíos torpísimamente unos con otros, y se mezclaban con cínica brutalidad. (1) Estos hereges, añade Calmet, eran verdaderos *cínicos* y verdaderos *epicúreos*. (2) Del mismo modo hablan otros escritores de aquel tiempo y los cuentan en la manada de los dichos filósofos.

También S. Judas los llama *murmuradores quejumbrosos*. (3) ¿Y cual era, y aun es, pregunta un intérprete, el motivo de esa murmuración? La *intolerancia*; esto es: que no se les tolera por las leyes y autoridades católicas hacer y decir todo lo que quieren; (4) que los pastores eclesiásticos les niegan la hospitalidad, los excomulgan, les des-

(1) D. Jud. Epist. Cathol. v. 12: Hi sunt in epulis suis maculae convivantes sine timore.—D. Petrus, Epist. 2. cap. 2. v. 13: conquinaciones et maculae delitiis affluentes in conviviiis luxuriantes vobiscum.

(2) Hæritici, de quibus sæpe locuti sumus, erant veri cínici et veri epicurei.—Calmet ubi sup. v. 18.

(3) Murmuratores quærusosi.

(4) At quanam de re quærebantur? De severitate legum et magistratum, qui impudicissimos eorum coetus non ferebant.—Calmet. sup. v. 16.

cubren y condenan sus malas costumbres y máximas perversas.

Además, el estilo mofador con que esos hereges se burlan de lo más sagrado, y de los que creen las verdades reveladas y recibidas, se advierte en el verso 18. No hay cosa más común en los filósofos de nuestros tiempos. Una burla vale para ellos lo mismo que una demostración. Un chiste, ó una media palabra de ironía acompañada de una falsa risa les parece un argumento incontestable y una solución más evidente que todas las razones y principios demostrados.

No se ocultaba al citado Apóstol el cisma y el daño que aquellos impíos iban sembrando por todas partes; y por lo mismo los hace hijos de Coré (1) que quiso erigir otro altar, otro Sacerdocio y otro régimen eclesiástico diverso del de Moisés y Aarón. Los compara con Balaan: porque así como este vino para maldecir al pueblo de Dios y darle consejos con que pudiera corromperse y después ser vencido, del mismo modo estos predicán siempre el placer y la relajación, y proponen escándalos para que el pueblo cristiano tropiece y pierda la Fé después de haber perdido las buenas costumbres. El citado Apóstol amenaza á tales impíos con las mil desgracias ocurridas á Caín, á los sodomi-

(1) Hi sunt, qui segregant semetipsos... in contradiccione Coré abierunt
vv. 19 et 11.

tas y á los sectarios de Coré; y para que en ningún tiempo nos sorprendieran estas iniquidades nos manda que los arguyamos y los impugnemos como juzgados y proscriptos en otro juicio. (1)

He debido detenerme sobre este insigne lugar de San Judas, porque ofrece irrefragables documentos para la historia antigua, media y moderna de los impíos de que hablo. Deben ser muy distinguidos cuando el mismo texto canónico dice que de ellos profetizó Henoch. (2) No es necesario investigar si el Apóstol tomó esto del libro que se titulaba de Henoch y es tenido por apócrifo. La fuente de las Escrituras canónicas es la Revelación divina: no se componen como nuestros libros de testimonios humanos ni se sacan de otros libros. San Judas no dice aquí si Henoch escribió ó dejó de escribir, sino solamente que profetizó contra estos hereges. Si esta verdad se halla también en el fragmento del libro de Henoch, probará que no es todo falso cuanto se halla en un libro apócrifo.

Aquellos impíos fueron en los primeros siglos de la Iglesia el tormento de los fieles, ya con el nombre de gnósticos ó sabios y virtuosos (como ellos se llamaban), ya con el de nicolaitas, valen-

(1) Et hos quidem arguite judicatos.—Epíst. cathol. v. 22.—El v. 4: Quidem proscripti sunt in hoc iudicio.

(2) Prophetavit autem de his Henoch v. 14.

Este Henoch á quien alude San Judas no fué el hijo de Caín, sino el de Jared y padre de Matusalem.—N. E.

tinianos, ó de otra manera. También se llamaron *cainianos* ó *cainistas* porque adoraban á Caín y á sus descendientes antediluvianos. Con este nombre fueron conocidos á la mitad del segundo siglo. Se gloriaban de tener no sé qué origen de Caín; pero sin duda tenían su espíritu. También hacían sus cofrades á los sodomitas, á los rebeldes hijos de Coré y á Judas el traidor. Decían que era éste el génio más sublime que hubo en el Apostolado, y que por esto había vendido á su Maestro. Bajo el nombre de Judas publicaron un Evangelio, y era el que seguían. Divulgaban otros libelos perniciosísimos y llenos de fábulas y de cuentos que cita San Epifanio. (1) Predicaban que nadie puede salvarse sin haber antes cometido todo género de pecados y tenían otros errores nada menos horribles. (2)

Las sectas presentes no nos dejan admirar este ni otros delitos monstruosos que parece no pueden caber en el corazón de criaturas racionales. Mas ¿qué diremos cuando en el progreso de la impiedad veamos que ciertos deístas aprueban la sentencia de muerte que los judíos procuraron á Jesucristo? Desde Calvino y los demás fundadores de la Reforma muchos de sus corifeos han repetido que son de igual mérito la traición de Ju-

(1) S. Epi. hæres. 38. Apud P. Siand. lexic. Polemic. verbo *caiani*.

(2) Sianda ibidem et Van-Rans Hist. Hæret. sæculo 2. pag. 20 et 21.

das y la conversión de San Pablo. (1) En todo esto siempre se vé á los deistas prófugos de un lugar á otro, sin tener morada fija, y hay que decir de ellos lo de la Epístola canónica *Que anduvieron en el camino de Caín.* (2)

En el año 1730 apareció en Holanda una raza de estos impíos con el nombre de sodomitas. Este delito que es el oprobio y la confusión de la humanidad, era para ellos objeto de presunción y de jactancia. No solamente lo cometían, sino que lo hacían fundamento y acto principal de su religión. Los magistrados castigaron severamente á muchos; pero sin corregir los principios que habían adoptado para llegar á este abismo. A esa infame raza pertenecen los filósofos que no consideran como delito la sodomía, y que aun hoy la llaman *Venus Atica* y la justifican y la idolatran.

En la segunda mitad del siglo tercero comenzó Manes á promulgar sus errores; y ved aquí otro de los padres de nuestros deistas. Su primitivo nombre fué *Curbico*. Con este era conocido el bárbaro persa mientras fué esclavo de cierta viuda. Hizolo esta su heredero, y el infeliz recibió entre otras alhajas los libros de un impío llamado *Terebinto*. Con estos se hizo gran disputador, y,

(1) Melanct. super. cap. 8 ad hom.—Lucr. in assertion art. 36.—Según Belarmino estos se retractaron después.

(2) In via Caín abierunt. v. 11.

dejando el nombre antiguo, quiso llamarse *Manes* que significa *Homilia*, pareciéndole que le sentaba mejor; pero sabiendo luego que la palabra *Manes* significa entre los griegos *locura*, pensó que debía buscar otro nombre y se llamó *Maniqueo*, que quiere decir: *el que fluye Maná*. Procuró leer los libros de los cristianos para abusar de muchas cosas, y vender con agradable color sus fantasías. Su fin vino á ser mucho más miserable y vergonzoso que lo habían sido sus principios. El rey de Persia, habiendo conocido, á costa de la vida de un hijo, las patrañas de aquel impostor, ordenó que lo prendieran, y luego mandó que lo desollasen vivo y que sus carnes fuesen echadas á los perros.

Su error más conocido fué el de los dos principios: uno bueno Criador de las almas; y otro malo Criador de los cuerpos. También imaginaba al mundo coeterno é independiente de Dios. Esta es una de las hipótesis absurdas de los deistas y de la que me haré cargo en el libro primero. Allí mismo probaré que los deistas son maniqueos. Gregorio Pauli, á quien Moreri, Genebrardo, Sianda y otros (1) hacen jefe de los deistas modernos, sostuvo también los demás errores de los maniqueos diciendo que el diablo es malo por naturaleza; que Dios es causa de todos los pecados, etcétera.

(1) Sianda, verbo: Gregorio Pauli.

A principios del siglo siguiente se levantó la heregía de Arrio. Sus revueltas y errores son bien sabidos; mas no deben pasarse en silencio en este compendio histórico, porque de allí toman su nombre y origen los socinianos y los nuevos arrianos (1) Arrio, oriundo de Libia y conocido por de Alejandría, se ensayó primero en el cisma para ser después heresiarca. Dejando su comunión con Melecio, se reconcilió con el Patriarca alejandrino quien lo ordenó de diácono. Bien pronto se volvió al cisma pensando que era injusta la excomunión de los melecianos. Aquilas, sucesor de San Pedro, le admitió por segunda vez en la Iglesia de Alejandría y le hizo presbítero. Quiso Arrio sucederle el año 313; y habiendo sido elegido San Alejandro, varón apostólico, se vengó de aquella Iglesia y de toda la Católica publicando el error en que el mundo se lloró alguna vez como anegado. En ocasión de hablar San Alejandro á su clero acerca del misterio de la Santísima Trinidad, confesando la unidad de la Divina esencia en las Tres Personas, Arrio, émulo del Patriarca y en odio de él, negó esta verdad quitando al Verbo de Dios la misma esencia y eternidad que tiene con su Padre.

Arrio sembraba primeramente su falsa opinión en las conversaciones domésticas y familiares, y

(1) Socrat lib. 1. Hist. cap. 5.—Lozom. lib. 1. cap. 5.—Apud Fleuri libro 10 sæcul. 4. edición latina, tomo 3. pág. 99.

probaba los ánimos de muchos. Halló dos coadjutores en dos presbíteros llamados Carpenas y Sarmato. Engañó también á una sencilla turba de vírgenes sagradas, cuyo número algunos lo hacen llegar á 700, á doce diáconos, á otros siete presbíteros y á algunos obispos. La paciencia y dulzura de S. Alejandro que trabajaba en reducirlo como padre, le dieron tiempo para estender el contagio y perder á muchos. Al mismo tiempo el Santo Patriarca escribió su Epístola Sinódica, y la dirigió á todos los obispos católicos, avisándoles el error de Arrio y su proscripción. (1) Principalmente la envió á S. Silvestre, á quien, como Vicario de Jesucristo, tocaba el juicio en las causas de Fé. El Papa delegó á Osio para que entendiese en el asunto por todo el Egipto. Osio congregó otro Concilio en Alejandría. Mas viendo que no bastaba un remedio particular para detener un mal que se iba haciendo común, significó á S. Silvestre que estaba bien indicada la necesidad de un Concilio universal. Congregose este en Nicea bajo la protección del Gran Constantino, y en él fué condenado Arrio con toda su secta por 318 obispos.

No fué esto conmovirse el mundo *por una voz teológica*, como hoy dicen en sentido de blasfemia los deistas, sino para defender la dignidad y eternidad de una *Palabra* por la que el universo no

(1) Athanas. orat. I in Art. pag. 305.

vuelve á caer, á cada instante, en la nada. Arrio fué quien con su dialéctica y con un silogismo turbó la paz del mundo: (1) *Si el Padre engendró al Hijo*, (este era todo el trabajo de su miserable dialéctica) *el que es engendrado tiene comienzo en su existencia. De donde se sigue, que hubo un tiempo en que el Hijo no existía, y que ha sido sacado de la nada.* (2) Su mala lógica fué mandada quemar por el Concilio con su libro intitulado *Thalia* ó *Thaleia* (3) y con cualquiera otro libro que contuviera el mismo error. El Católico Emperador añadió la pena de muerte contra el que los ocultase. Desterró también á Arrio; pero éste, habiendo obtenido después la vuelta á su país, excitó mayores revoluciones, y por fin murió repentinamente con una muerte horrorosísima, semejante á la de Judas el primero que fué traidor contra el Hijo de Dios.

Hizo además sospechoso y aborrecido el nombre *Aristotélico* porque los arrianos eran cono-

(1) S. Epiphani. hæres. 69.—Fleuri libro 10, sæcul. 4. tom. 3.

(2) Si pater genuit Filium, qui génitus est habet suæ existentiæ initium. Ex quo sequitur, fuisse tempus in quo Filius non erat, et esse ex nihilo productum.

(3) *Thalia* ó *Athalia* se interpreta: tempus Domino: la ocasión para Dios. Este fué el nombre de la hija de Amós en quien terminó la descendencia de los reyes de Israel.—Sant. Lexic. Adic. pág. 402.—Es probable que Arrio tituló de esa manera su libro porque el objeto de su heregía era enseñar que la Divinidad terminaba en Dios Padre sin engendrar como engendra eternamente á su Hijo. N. E.

cidos por él. (1) La costumbre que tenían de recurrir á los sofismas y á los porfiados argumentos para demostrar la generación del Hijo, que es inefable, les hacía unos importunos y falsos filósofos. San Epifanio los trata como á tales, y resuelve el mal silogismo de Arrio. (2) San Atanasio añade que Constantino los llamaba filósofos porfirianos (3)

En los siglos medios no dejaron de sentirse en Europa algunas centellas del Arrianismo y Maniqueismo. Eriberto y Lisojo, dos clérigos principales de Orleans, se dejaron engañar y conducir á los errores de los maniqueos por una mujer italiana. Trataron de hacer propaganda, y entonces el Rey Roberto procuró que se reuniese un Concilio en Orleans para impedir los males que se temían. Eriberto y su compañero fueron tan pertinaces que se dejaron quemar. Baronio refiere este suceso en el año 1017. (4) No tardaron Pedro de Bruis y su discípulo Enrique en propagar el

(1) Sianda.—Lexic. Polemic. art. Aristotélici: sunt idem ac arriani, ut constat ex D. Epiphani, qui quatenus sillogizantes de generatione Filii, quam nemo potest enarrare, quia non poterant secundum philosophica principia de eadem discurrere, eadem blasphemabant.

(2) D. Epiphani Ibid.

(3) S. Athan. Epist. ad Solit. pág. 843.

Porfirianos, es decir, tercos, obstinados y duros como el pórfido, mármol que aventaja en esta cualidad á todas las piedras de su especie.—N. E.

(4) Act. Conc. Aurelian. Apud Labb. t. 9.

mismo error por el Delfinado, la Provenza y el Condado de Tolosa. (1)

No mucho después y antes de salir del mismo siglo aparecieron en León de Francia los waldenses. Renier que se convirtió de entre los maniqueos de Italia á la Religión Católica escribió de aquella secta y de sus variaciones. Así éste como Bossuet (2) prueban que no descendían de los maniqueos; pero los protestantes los confunden con los petrobrusianos y albigenes por buscarse á sí mismos una antigüedad tenebrosa. (3)

Debemos advertir que los maniqueos tomaron varios nombres según los varios lugares que ocuparon y los diversos jefes de partido que siguieron; y así, se llamaron *búlgaros* por la provincia donde aquella heregía comenzó en Europa; *picardos*, *albigenes*, *patarenos*, *cataros*, *albanenses*, *lombardos* y otros. Estos nombres se los imponían ellos como refiere la sentencia pronunciada en el Concilio de Letran. (4)

Los albigenes que principiaron con este título

(1) S. Bernar. serm. 65 et 66 in Cont. En el sermón 65 prueba que los maniqueos, ó petrobrusianos, revelaban aquel misterio de iniquidad prevenido por San Pablo 2.^a Thess. 2. 7.

El misterio de apostasía y de toda iniquidad fraguado por el demonio desde el principio del Cristianismo para preparar con errores, cismas, heregias y todo género de iniquidades el camino del Antecristo. N. E.

(2) Bossuet Hist. de las variaciones lib. 11. n. 49, 50, 53, 54. etc.

(3) Beza Hist. lib. J.

(4) Lateran. 2, por Innoc. II. año de 1132.

en el año 1176 y aparecieron con más fuerza al comenzar el siglo trece eran formalmente maniqueos. Su error principal consistía en decir que Dios cría las almas y el diablo los cuerpos. Los protestantes buscando antigüedad para su nueva iglesia han solicitado tener hermandad con estos hereges. De consiguiente, poco nos queda que hacer para probar que los protestantes son maniqueos. En efecto: Lindano dá el nombre de maniqueos novísimos á los calvinistas que se establecieron en Polonia y negaban, como los de todas partes, la libertad humana, enseñando que Dios obliga á observar una ley imposible y otros errores que son comunes á los calvinistas y maniqueos.

Hemos, pues, llegado al principio de la Reforma, que es también la época principal del moderno deísmo. La Reforma es como el abismo grande de donde han brotado y corrido las sectas innumerables que han anegado á la tierra. Se ha hecho ver por Bossuet y aun por los mismos deístas, que el sistema de los protestantes fué establecido sobre unas reglas que necesariamente conducen al deísmo y al socinianismo. En adelante habrá muchas ocasiones en que hablar de esto. La cuestión de hecho no tiene duda. Hemos de ver á los calvinistas enteramente de acuerdo con los deístas á quienes bajo algunos conceptos no pueden tolerar. Desde el principio los jefes de todas las sectas reformadas, conspiraron á un solo fin, que era:

arruinar á la Iglesia Católica, á la que pusieron el nombre de *Babilonia*. Tomaron, al parecer, por título de su empresa, aquellas palabras que dijeron otros impíos: *Anonadad, anonadad hasta el fundamento de ella*.

El más celoso apologista de la Reforma, no ha podido librarla de estas abominaciones que de ella han nacido. Este es Mr. Jurieu que se queja de esos males con las más vehementes expresiones; y los conoció mejor desde que fueron expulsados de Francia los calvinistas y otros protestantes. Al salir de esa nación aquel *torrente impuro*, como el mismo escritor se descuida en llamar á la Reforma, para ir á descargar sobre Holanda y los otros Países Bajos, se descubrieron mejor los gusarapos, renacuajos, sapos y otras pestilenciales sabandijas que habían nacido en el cieno de aquellas lagunas, y que, al esparcirse, inundaron toda la tierra.

«Entonces (dice Jurieu) se quitó el velo, y pudo observarse el fondo de iniquidad; y estos *monsieurres* (los socinianos) casi enteramente han sido descubiertos después que la persecución los ha derramado por diversos lugares donde creyeron que podían exhibirse con toda libertad. (1) Según una carta que varios protestantes franceses, refugiados en Londres, dirigieron al Sínodo de Amster-

(1) Bossuet, *ibid.*

dan que ellos celebraron el año 1699, los mismos ministros de la Reforma han sido los sacerdotes del *Deísmo* y los apóstoles del Socinianismo.

Estas dos heregías fueron las que levantaron el pendón bajo el que se congregaron los malos espíritus de muchas naciones, exhortándose mutuamente á devorar el cuerpo de la Iglesia. Muchos que no podían sufrir en sus países las leyes cristianas ni la Religión antigua, acudieron presurosos á inscribirse en la escuela del libre pensamiento y de la libertad de creencias que los protestantes habían ganado en luchas tan miserables como injustas, encarnizadas y sangrientas. De España salió Miguel Servet, de Italia los dos Socinos, y todos los malos de todas partes esperaban hallar en la nueva iglesia tolerancia para cualquier cosa, porque en ella se profesaba el principio de tomar ó dejar de la Sagrada Escritura lo que á cada uno agradase ó disgustase; lo cual equivale á permitir que cada particular, en uso de su libre albedrío, eligiese la religión que mejor le pareciese hasta concluir por quedarse sin alguna.

Miguel Servet, usando de esta pésima libertad, negó el Misterio de la Santísima Trinidad porque se le antojó que no está muy expreso en la Escritura que él explicaba con su juicio propio. Dió mucho que hablar entonces y después la conducta de Calvino para con Servet. Habiendo Calvino negado los misterios que quiso, dando con estos

ejemplos las reglas para que todos hicieran lo propio, procuró la sentencia de muerte contra uno que no había hecho otra cosa que imitarle. Muchos que estaban á la vista, y querían creer lo mismo que Servet, sintieron avivárseles el deseo con una ejecución tan mal dispuesta. Valentino Gentil, uno de los más fervientes amigos de Servet, se burló de los calvinistas y luteranos porque llenaban todas las cuestiones de confusión al ocuparse de artículos que él llamaba de poca importancia, mientras que podían en virtud de sus principios atreverse á todo si negaban el misterio de la Trinidad, y muy pronto siguió el ejemplo de Servet. Aunque abjuró fingidamente su error, después de haber recorrido la Polonia y la Transilvania predicando contra la Santísima Trinidad, llegó por último al cantón de Verna, donde fué preso y quemado, el año 1566. Cuando lo llevaban al suplicio, se jactaba de que *no moría por Jesucristo, sino por la gloria y eminencia del Eterno Padre.*

Los Socinos prevalecieron más. Estos fueron dos: Selio y Fausto, tío y sobrino. Su origen era muy conocido en Sena. Selio, el tío, mirando á su patria con desconfianza para realizar el ansia de sus perversas inclinaciones, la abandonó el año 1547, teniendo 21 de edad ó á lo sumo 22. Gastó cuatro años en viajar por Inglaterra, Francia, Alemania y Polonia, y al fin vino á establecerse en Zurich. Contrajo allí amistad con Calvino, Melancton,

Beza, Musculo, Pedro mártir y otros. Cuando supo la muerte de Servet procuró disimular que él profesaba el mismo error. Zagacísimo maestro en el arte de fingir lo que le convenía, dejó instrucciones á sus discípulos para que se propagasen por medio del engaño que llamaba *prudencia*, y no por un celo claro que juzgaba *precipitación*, y él se marchó á Venecia llevando recomendaciones de los reyes de Polonia y de Bohemia para que le permitiesen usar de su patrimonio. En todos sus viajes había derramado su veneno en cuantos pudo comunicarlo sin perjuicio propio; mas en Polonia echó más raíces su cáncer funestísimo; y aunque murió en Zurich á los 37 años de edad, el de 1562, no adelantó poco en el arte de corromper á muchos.

Fausto Socino entró en la herencia de los escritos y errores de su tío. Nació en Sena el año de 1536. Las cartas de su tío lo corrompieron desde muy temprano; y para no caer en la Inquisición, dejó su país y se retiró á Francia. Desde León pasó á Zurich; y, habiendo recogido los escritos del tío, se dirigió sucesivamente á muchos países á fin de propagar sus dogmas.

Estos principalmente consistían en dejar á la Divinidad sin persona, y á Jesucristo sin Divinidad, es decir, el mismo error antiguo, la misma impiedad y heregía de Arrio, de Cerinto, de Paulo de Samosata y otros enemigos de la Trinidad, y de la Divinidad del Verbo Eterno.

Doce años estuvo disfrutando en la corte del Duque de Florencia. Desde aquí se retiró á Alemania no deteniéndose tanto tiempo en parte alguna. Jorge Blandrata le invitó á pasar á Transilvania. Este país y la Bolonia fueron los asilos más seguros de los antitrinitarios, socinianos y deistas. Allí se había hecho ya visible Gregorio Pauli, Ministro de Cracovia, á quien, como digimos, se considera jefe y cabeza de estos últimos. Después veremos á Cracovia hecha por mucho tiempo Metrópoli de los socinianos y deistas. En ella publicó Fausto Socino su libro *Del Magistrado* condenando así el uso de las armas en los vasallos contra los príncipes para obtener la libertad de conciencia, como en los príncipes cristianos para hacer la guerra á sus enemigos. Es cierto que tenía razón en la primera de estas dos partes, y que no debió por ello hacerse reo de Estado; mas no así en la segunda. (1)

El autor de la vida de Fausto Socino quiere defenderle del crimen de sedición atribuyendo su desgracia á malas lenguas como estilan disculparse todos los males. Por este escrito cayó Fausto en desgracia del rey de Polonia, y se refugió á los es-

(1) Stephanus tunc regnum Poloniae obtinebat. Ejus aures acusator imbuít seditiosi contra Magistratum scripti criminatione indignum esse, si auctori vago, atque exulutato impune habeat haec audacia, Libellus contra Paleologum resignabatur.

tados particulares de un señor polaco. También perdió, por la misma causa, la amistad de Francisco de Médicis que le había protegido en Florencia, y siempre le había conservado en el goce de su patrimonio. Le cogió la muerte en Luclabia, á diez millas de Cracovia, el año de 1604, á los 75 años de edad.

Sus continuadores fueron Crelio, Tomás Solinchtingio y Juan Luis Wolsogenio. Los escritos de éstos, así como los de Lelio y Fausto, se hallan compilados en una obra de siete tomos en folio, titulada: *Biblioteca de los Hermanos Polacos que se llaman Unitarios*: Allí se encuentran las *Lucubraciones de Fausto ó exposición de la Escritura*; sus tratados de *La Iglesia*; *explicaciones de teología*; el *Libro de la Justificación con la fé y las obras*; *Elencos sofisticos*; *El Establecimiento de la Religión Cristiana* y *Cartas á los amigos*; y también se comprende allí una obra que tiene por objeto sostener que *los hereges no deben ser condenados á pena capital*, (1) y otro escrito de Fausto para persuadir que todos los reformados que se decían *evangélicos* y residían en el Reino y gran Ducado de Polonia debían ser de su partido.

Esto prueba muy bien que los principales fautores de los socinianos y deístas modernos no han

(1) Esta obra es asunto de una larga crítica que hace Bayle Socin. (Lelio) Remarq. 13. sobre si es de Leilo Socino ó de Castalión.

sido otros que los pseudo-reformados ó pseudo-evangélicos. Es decir, que al calor de los protestantes ó de su misma oficina han salido todas las sectas de nuestros días. «Nada era más común, dice Moreri, (1) que ver en aquel tiempo engendrarse á cada paso nuevos mónstruos en materia de Religión. La licencia que en el siglo dieciseis se tomaron Lutero y los demás protestantes para interpretar la Sagrada Escritura según sus luces y privado criterio, dió principio á las innumerables sectas en que se dividieron los *novadores*. Al mismo tiempo se armaban ellos unos contra otros. Carlostadio, Zuinglio y Oecolampadio se levantaron contra Lutero. Después se levantó Calvino: Miguel Servet, aragonés, (2) despertó el error de algunos antiguos heresiarcas enemigos de la Santísima Trinidad, y Calvino que le hizo quemar vivo en Ginebra el 17 de Octubre de 1553; vió nacer de sus cenizas un cierto Ministro de Cracovia llamado Gregorio Pauli: el primero que publicó esta heregía en Bolonia.»

Aquí se vé que el Socinianismo y Deísmo no

(1) Art. Lelió Socino.

(2) El apellido *Servet* ó *Servete* no es natural de Aragón como lo supone aquí Moreri poco exacto cuando trata de genealogías. El Diccionario Antifilosófico habla con sobrada ambigüedad en cuanto al origen de *Servet*; porque dice que nació en *Villanueva*, del reino de Aragón, el año de 1509 ó en Tudela de Navarra año de 1511.

En Aragón hay muchos pueblos con el nombre de *Villanueva*. En Tudela no hay memoria de familia alguna que llevase ese apellido.

son otra cosa que el Protestantismo con diversos nombres y más ó menos desarrollado. Según la idea de Bossuet, el Protestantismo fué la aurora; el Socinianismo ó Deísmo es el mediodía. Puede que sea más justo decir que el Protestantismo fué el último crepúsculo de luz, y el Deísmo el reino de la noche y el imperio de las tinieblas. (1) Moreri explica los progresos de esta impiedad cuando habla de Fausto Socino. No se contentó éste, dice, con repudiar los dogmas de la Iglesia Católica que habían sido ya reprobados por los calvinistas y luteranos, sino que emprendió el examen y negación de los que habían admitido los calvinistas, y aun de los de Lelio. Le pareció que los arrianos habían favorecido demasiado á Jesucristo, y por esto se declaró abiertamente Samosateniano y fociniano afirmando que Jesucristo era puro hombre. Los que leyeron sus escritos saben cuan torcidamente interpretó las Sagradas Escrituras para conciliarlas con las opiniones, y, sobre todo, con los principios del Evangelio de S. Juan. Tampoco dificultó en fingir un viaje de Jesucristo al Cielo después de su Bautismo para explicar aquel pasaje de la Escritura en que el mismo Señor dice que *descendió del Cielo...* (2) El pecado original, la gracia, la predestinación absoluta, todo, todo esto,

(1) Es muy cierto; porque no se puede hablar de luz y claridad cuando se trata de estos hereges.—N. E.

(2) Nemo ascendit in Cælum, nisi qui descendit de Cælo.

lo tuvo por quimeras, y á los Sacramentos por simples ceremonias sin eficacia alguna. Como por otra parte sentía alguna dificultad en admitir la presencia de Dios y la inmensidad del Sér Divino, le pareció bien encerrar á Dios en un rincón del Cielo, y no dejarle aquella presencia más que para los efectos necesarios. Entra también en el número de los errores socinianos el de la muerte y resurrección de las almas; es decir, que aquellos sectarios afirmaban que las almas morían con los cuerpos para resucitar con ellos y recibir la sentencia.

Aun quedaba á la Reforma y al Socinianismo campo donde manifestarse más, porque todavía les restaban verdades que negar. Los progresos que diariamente alcanzaban en Polonia les prometían no dejar una piedra sobre otra. El rey Segismundo concedió libertad de conciencia á cuantos se habían separado de la Iglesia Católica. Al abrigo de esta tolerancia crecían los socinianos. No dejaban de establecer iglesias, (1) y desde el año 1552 fueron bastante numerosos para componer las de Pinzow, Racovia, Lublín, Luclavia, Kiovia, Cracovia, Novogrod, la de Volnia y otras. Fijaron en Cracovia su Metrópoli, y allí establecieron un colegio y una imprenta. Sus juntas eran celebradas en Pinzow, lo que les dió el nombre de

(1) Fleuri, año 1561, lib. 157 n. 73. edit. Paris. 1756.

pinzowianos. Su partido era el que dominaba en los sínodos que los protestantes reunieron en Polonia en tiempos de Segismundo Augusto.

Aun mayor dominación y tiranía ejercitaban sobre los católicos. Oleniski, un señor de Pinzow, ligado con Stancar, desterró del lugar á todos los sacerdotes y religiosos (1) protegiendo manifiestamente á cuantos apostataban. Aprovechándose de esta comodidad Blandrata, Gregorio Pauli, Laska y otros fundaron en Pinzow una Iglesia contra el misterio de la Santísima Trinidad. Se propusieron que no fuera Pinzow menos célebre en Polonia que lo había sido Atenas en Grecia.

En la primera junta que tuvieron en Pinzow en 1555, acordaron, en unión con los protestantes, examinar la doctrina, religión y espíritu de los hermanos de Moravia, llamados waldenses, anabaptistas y husitas. En el siguiente año quisieron los católicos en una Dieta de Varsobia contener esta desenfrenada libertad de los protestantes y socinianos; pero cuando se acude tarde al remedio de los males, apenas se consigue otra cosa que conocer su rebeldía y dejarlos mal consentidos. Así quedaron los hereges. Luego juntaron un conciliábulo en Sciminie, donde Pedro Gones

(1) No serían ignorantes de esto los ministros de Carlos III cuando imitando á los socinianos, acordaron lo propio contra los Jesuitas en nuestra patria, haciéndoles el caldo gordo á los protestantes y enciclopedistas franceses. N. E.

defendió que el Padre Eterno era mayor que el Hijo y que el Espíritu Santo, y que no decía otra cosa el Símbolo de los Apóstoles. Al mismo tiempo sostenían otras impiedades conformes á las de Servet. Los protestantes que extrañaron este discurso, consultaron sobre él á Melancton. Este contestó que aquella doctrina *olía al arrianismo*. Es demasiada esta suavidad de Melancton, porque llama *un cierto sabor* de arrianismo á lo que era un arrianismo más terminante, fuerte y rígido que el antiguo.

Otra carta de Melancton cita Bossuet en la que, tomando el tono de profeta, suponía preveer muy de léjos las cosas, y lloraba la perturbación que producirían las cuestiones sobre el misterio de la Santísima Trinidad. *¿Qué será, decía, cuando se controvierta si el Padre es otra persona distinta del Espíritu Santo?* A la verdad; con las historias de los socinianos que tenía presentes y que se le consultaban, era menester muy poco para ser profeta. Quizás presentiría el progreso de las disputas sin término que la Reforma había sembrado sobre los puntos esenciales de la Religión.

Pedro Gones y los socinianos no hicieron caso alguna de los escrúpulos de Melancton. En el año 1558 tuvieron otra asamblea en Pinzow para afirmar las ideas de Servet. (1) La oposición de varios

(1) Fleuri, ubi supra, 88.

produjo nuevas disputas. Para cortarlas se reunió otro sínodo en el mes de Noviembre del mismo año. Aparecían allí como principales Juan Lasko, Gregorio Pauli, Stanislaw Sarnieki y Andrés Subinieski; pero después de muchas contiendas nada se acordó.

Volvieron á reunir otro sínodo que era el noveno. Habiendo sostenido Gones en él con demasiado calor sus errores, estuvo en riesgo de ser preso por sus contrarios; pero habiéndose estos apaciguado con una arenga muy patética que les dirigió el Sr. Piekerski, abrazaron los errores que poco antes habían condenado con su autor. En este sínodo noto, que Gregorio Pauli aún no era sociniano ó antitrinitario declarado; antes bien figuraba en el partido contrario, y tuvo fuertes disputas con Lismanini compañero de Blandrata. Esto favorece poco á los que le suponen cabeza de los deistas, no habiendo sido sino un ministro protestante, y luego un sectario de los socinianos.

Después de otras juntas en las que siempre ganaban terreno los pinzowianos ó antitrinitarios contra la resistencia de los protestantes, congregaron otro sínodo en Pinzow el 30 de Enero de 1561. El principal objeto de aquella reunión era desterrar la idea del Espíritu Santo y de un Mediador Jesucristo, y concluir de satisfacer los escrúpulos que sobre esto habían manifestado algunos aristócratas polacos. Todo el fundamento de la cuestión estaba reducido á si constaba ó no

en sus Escrituras. Sobre esto se acusaban unos á otros de herejes y de escandalosos. Como los protestantes habían enseñado á despreciar la tradición, el juicio de la Santa Iglesia, y el consentimiento de los Santos Padres que explican el sentido de las Sagradas Escrituras, se hallaban sin otras armas para combatir que su sentido privado. Este no debía valer más que el sentimiento de cada uno de los otros, y se llegó por último á los denuestos é invectivas que se echaban en cara de una y otra parte. (1)

El orador que hablaba en nombre de los socinianos concluyó por decir, que toda vez que no se le refutaba sino con injurias, él debía tener razón; y, tomando un tono más alto, reprendió la conducta de los de Ginebra, y especialmente la de Calvino. Llamó á éste *acusador de sus hermanos*. Esto lo decía refiriéndose á Servet, Blandrata, y Valentino Gentil, contra quienes había pedido la pena de muerte. Defendía también que era una gran contradicción acusar á estos de heregía por hablar sobre las materias controvertidas de la misma manera que se enseñaba á hablar en las iglesias de la Reforma. Este documento prueba con toda claridad que los socinianos ó deistas no son más que unos protestantes más descubiertos. En vista de ello, los presidentes de aquella Junta

(1) Fleuri ubi supr. n. 80. 82.

obligaron á los que habían acusado á Blandrata y á Lismanini de heregía, á que les hiciesen la debida reparación de su honor. También acordaron escribir á Calvino en nombre del Sínodo. Lismanini se encargó de redactar las cartas. En ellas se decía á Calvino que él no podía condenar á Blandrata. Esto sería verdad si no hubieran dado otra razón que la que referí poco antes; y era, que un delincuente como Calvino no debía hacer de Juez ni de Fiscal contra sus mismos cómplices, ó mejor dicho, contra sus mismos secuaces. La respuesta de Calvino se leyó en otra junta de Cracovia, y fué la vigésima. En ella exhortaba aquel *buen Pastor* á las iglesias de Polonia, y especialmente á las de Cracovia y Pinzow á que vigilasen mucho á Blandrata y se guardasen de su doctrina. Este y sus parciales protestaron contra la dureza de Calvino; pero se les obligó por respetos hácia aquel *Oráculo* y nuevo Papa, á que suscribiesen una fórmula de fé contraria á lo que decían y creían.

Esto demuestra lo muy extendido que estaba el socinianismo en Polonia. No lo estaba menos en Transilvania por el favor que le dispensaba el Príncipe Juan Segismundo. En una carta que este escribió á las Universidades de Witemberg y Leipsic el año de 1561, por el mes de Setiembre, demuestra, entre otras cosas, lo que hace más á mi intento; y es, que los socinianos ó deistas no necesitaban de otras cabezas, ni tienen otro apoyo más cono-

cido en estos tiempos que los protestantes. «El celo y la afición que hemos tenido (dice aquel Príncipe) por la pureza de la religión, nos hace tolerar con mucha pena las doctrinas nuevas que ciertos sectarios de Zuinglio y de Calvino han derramado en nuestro Reino de Hungría; y lo que aumenta nuestro pesar, es ver que nuestros buenos súbditos andan tan turbados por la diversidad de opiniones que se vierten entre ellos, que no saben ya qué es lo que se debe creer.» (1)

Aquí no se dá otro nombre á los socinianos que el de sectarios de Calvino y Zuinglio; y de camino se manifiesta la extrema turbación que aquel Príncipe veía en sus estados por las nuevas opiniones de los protestantes y sus sectarios. Por mucho que procuremos apartar los ojos de esas revoluciones que causan los deistas donde quiera que meten el pie (reservando esta materia para el cuerpo de nuestra obra), no dejamos de tropezar á cada paso con tales desasosiegos. Ellos despertaron por fin la torpeza y flojedad del Rey Segismundo, y entonces mandó que salieran de Polonia todos estos perturbadores. Tuvo sin embargo poco efecto su edicto, publicado en 1566; pues no dejaron de establecer todavía algunas iglesias en las ciudades más principales. El año 1638 conservaban sus estudios y colegios públicos.

(1) Véase en Fleuri, ubi supr. n.º 88.

Un sacrilego desacato que cometieron los estudiantes socinianos contra una Santa Cruz, que estaba levantada en un camino real movió á la Dieta de Varsobia en el mismo año, á que se destruyera el colegio, la imprenta, y la iglesia, y á que salieran del Reino sus ministros. Después, en el de 1647 fué desterrado por la Dieta Slinchtingio por haber publicado un libro que se titulaba *La Confesión Cristiana*, y fué quemado por el verdugo. A pesar de tantos decretos públicos conservaron el ejercicio de sus juntas hasta el año 1658. «Se supo entonces, dice Moreri, (1) que estos sectarios mantenían tratos secretos con Ragotski, Príncipe de Transilvania que invadía á Polonia por una parte mientras que los suecos la entraban por otra. Esta noticia determinó á la Dieta de Varsobia á estirpar por entero en todo el Reino tan abominable heregía. Hizo, pues, una ley en la que proscribió el arrianismo y obligó á los arrianos y socinianos, comprendidos bajo un mismo nombre, á que ó abjuraran de sus errores ó salieran del Reino. Dos años de tiempo les fueron concedidos para disponer de sus bienes. En adelante confirmaron esta ley las dietas generales, y fué ejecutada con todo rigor.

Ragotski, aunque favorecido por ellos en Polonia, no lo fué en Transilvania. Cristóbal Ba-

(1) Moreri arte.: *Socinianos*.

thori y Esteban, príncipes del mismo Estado, habían hecho antes sus esfuerzos por desterrarlos de allí. Se tomaron diferentes medidas para restablecer la Religión Católica arrastrada por otros príncipes sus antecesores. Para esto fundaron el Colegio de Clausembourg; pero los socinianos, haciéndose más insolentes, insultaron varias veces á este Colegio, hasta que lo destruyeron en 1603. Aquí nota uno que se dice continuador de Fleuri, (1) que el socinianismo no tuvo otro nacimiento que el luteranismo, y lo mira como una progresión necesaria de sus incesantes variaciones.

¿Por qué nos admiramos ya de ver que la Polonia y la Transilvania hayan sido víctimas de tantas calamidades? ¿No es más admirable que hayan podido sostenerse fomentando en su seno tantas causas de ruina? Estas no son otras que el socinianismo ó deísmo de sus sectarios conocido con el nombre genérico de disidentes. Voltaire ha sido su Hortencio para inducir la mayor parte de aquellos desgraciados á esta filosofía sediciosa y sangrienta. El tomó mil nombres en mil géneros de libelos para incendiar aquella República, y todo ello en odio del nombre de católico que el mismo llevaba, si bien hizo de él escarnio.

Su manifiesto intitulado, *Ensayo histórico y*

(1) Mr. Morenas, Continuat. de l' Hist. de Fleuri, tom. I. pág. 58.

crítico sobre las discusiones de las iglesias de Polonia, por un Profesor de Derecho público (1) fué una trompeta de guerra. Aunque entra en él fingiéndose viejo y frío, muestra al punto la cólera de un Orestes contra el Catolicismo. Viene á decir en suma que la Santa Iglesia Romana no vale cosa alguna comparada con el Cisma griego que introduciría la Rusia; que solamente en Grecia nacieron Santos Padres, y que los nombres de *Iglesia, Bautismo, Paraclete, Liturgia, Letania, Símbolo, Eucaristia, Aggape, Epifanía, Obispo, Presbítero, Diácono y Papa* son voces griegas. Quiere deducir de aquí un derecho fundado para que los católicos, griegos y latinos, se sometan á los cismáticos; blasfema contra los artículos del Espíritu Santo y de la Eucaristía; agota el arsenal de injurias contra la Iglesia Romana y concede en Polonia y Lusitania todos los derechos de ciudadanía al cisma de los griegos y á la tolerancia de los falsos filósofos.

Las mismas ideas vertió, y aun más horribles, en otro discurso (2) que pone en boca del Mayor Kaiserling que pertenecía á la servidumbre del Rey de Prusia. Allí exhorta de nuevo á los polacos á que sacudan el yugo de la Iglesia Romana

(1) Se hallará este *ensayo* en el tomo 45 de las obras de Voltaire de la edición que el mismo publicó en Ginebra el año 1772 y siguiente.

(2) Este discurso puede verse en el tomo 47 de la misma edición.

antes que el de los turcos; allí recrudece la misma cólera contra la Sagrada Eucaristía; contra la inefable Trinidad y contra la devoción á Nuestra Señora la Santísima Virgen. Excita su risa con frías bufonadas contra *Simón Baryona*, ó sea, San Pedro, y acusa á los polacos de tolerar que el Papa exija *Annatas* por los beneficios. Los anima á burlarse de la vida eterna, de la resurrección universal, y les encarece la necesidad de concluir la revolución exhortándolos para ello con un latín tomado de los labios de la pedantería. (1)

De la misma data y lana apareció otro libelo de Voltaire titulado: *Relación del atentado* (2) *contra el Rey de los polacos remitida desde Varsobia*. Su pretensión era persuadir que aquel atentado había sido propuesto y dirigido por el espíritu del catolicismo, y que también se había acordado el regicidio. Para hacer que pasara esta maligna impostura pone en boca del Mariscal general de la Confederación de Lituania el razonamiento siguiente dirigido á los estados cofederados eclesiástico y secular: «Labad el oprobio de la nación en la sangre del tirano *Estanislao Poniatouski*. *Dios ofendido en sus ministros os lo ordena.*»

Supone además que uno de los ejecutores del

(1) Dimidium facti qui bene cœpit habet.—El que empieza bien tiene hecha la mitad. N. E.

(2) Véase este escrito en el tomo 49 de la edición citada.

atentado declaró que él había sido escogido para esto por Poulanski, Regimentario general de la Confederación; y que sobre un Crucifijo que tenía en sus manos le obligó á jurar que cojería al Rey ó le mataría. Pero como Voltaire dicta (1) tantos libelos y tan de prisa es muy natural que no se acuerde en unos de lo que mintió en otros; y así deja muy gruesos cabos con los que fácilmente se pueden desatar sus inícuos é infames nudos.

En cuanto á la declaración que nos ocupa, el infeliz se olvida lastimosamente de lo que tenía dicho en otro libelo sedicioso titulado *Al arma ó rebato tocado contra los reyes*. (2) Dijo en él que el juramento de los conjurados se hizo en las manos de un religioso dominico delante de la imagen de Nuestra Señora de Gentochova.

Si los tiernos amantes de Voltaire gustaren decir que todo cabe en los católicos, yo les diré con su ese mismo Voltaire que el atentado contra el Rey Estanislao y las rebeliones contra aquel reino no se fraguaron sino en el pecho de los disidentes, de los deistas y de los falsos filósofos. Lean otro escrito de su Voltaire: la *Respuesta á un Polaco*, ó cierta carta inserta en el *Diario de Franc-Fort* y que llevaba por título: *Traducción de una carta diri-*

(1) A la fecha en que el P. Ceballos escribía este proemio de su incomparable obra aún vivía y escribía el funestísimo patriarca del Liberalismo y de la Enciclopedia.—N. E.

(2) Se vé también en el mismo tomo 49.

gida al Rey de Polonia por un confederado en 1.º de Noviembre de 1770. (1) En dicha *Respuesta* confiesa Voltaire que los disidentes tan pronto se quejaban en Rusia de que se coartase la libertad del Rey en Polonia, como irritaban á los polacos contra el mismo Rey persuadiéndoles de que era el autor del tratado que favorecía á las sectas. «Siempre inciertos los disidentes en sus pasos (noten bien los lectores estas palabras textuales de Voltaire) no tienen más que un objeto fijo, que es arruinar á su legítimo Soberano. A este fin se dirige el hecho de haber llamado á los turcos y haberlos traído al interior de Polonia é impulsados por la misma venganza han destruido los pueblos y las aldeas y han despedazado á sus habitantes ó los han hecho esclavos de los musulmanes. La peste que acaba de arrebatarse doscientas mil almas á la Polonia es uno de los frutos de la guerra; y, por consiguiente, de las intenciones malhechoras de los disidentes que la han fomentado. Sesenta mil polacos han perecido víctimas de los desórdenes públicos.»

Prosigue luego confesando del mismo modo otras iniquidades é inconsecuencias de los disidentes. Entre ellas, asegura, que habiéndose sometido al Rey, y después de haber sido los que con mayor ahinco votaron por su persona en la elección, lue-

(1) En dicho tomo.

go juraron turbar el reino mientras aquel Monarca viviera.

Ved, pues, ahí á la Polonia hecha el asilo de los socinianos y de los deistas, abrigándolos en su seno desde el principio; y vedla recibir el premio de su tolerancia al ser dividida y cortada en pedazos no tanto por sus enemigos externos, cuanto por las serpientes que nutría en lo más profundo de sus entrañas. ¡Oh pueblos! ¡Oh naciones, cualquiera que seais, y que vivís sin consejo y sin prudencia! ¡Ojalá supiérais entender y apreciar vuestras desgracias por las ajenas! ¿Quién riega la yedra ó la zarza que sube á sofocar los olivos y los almendros? ¿Quién abruga al pequeño lobo entre los corderos? ¿Quién fomenta al áspid para que crezca en la misma cuna del hijo amado? A vosotros, reyes, príncipes y jefes de los estados, á vosotros tocan más de cerca estas verdades. *Entendedlo ahora Reyes, sed instruidos los que juzgais la tierra.* (1) De vuestro interés se trata. La Religión Católica es solamente la que os protege y la única que puede hacer que vuestras generaciones sean duraderas en los solios. Temer á Dios y rendirse á *Él* con humilde servicio; esto, sólo esto es reinar y reinar para siempre. La Polonia no supo qué hacerse ni á quién volverse. Mientras

(1) Et nunc, Reges, intelligite, erudimini qui judicatis terram.—Psalm. 2. v. 10.

más confederaciones particulares se hizo, más se halló dividida. Todos combatían por sus miras particulares y no por el bien común, á pesar de que se le oyera invocar á cada uno. Cuando no podían contar ni con un día de existencia, se les veía perder muchos en disputarse la presidencia en las Juntas nacionales y en tratar otros asuntos de poca importancia. La Caridad cristiana los hubiera unido mucho más que el *famoso y decantado patriotismo* y otras expresiones altisonantes y caballerescas con que hoy se llenan las cabezas de multitud de personas y los excitan á buscar ridículas aventuras, siendo lo más doloroso que la ruina de los estados sea un mal sobremanera contagioso.

La Holanda promulgó diferentes decretos para arrojar de sí á los socinianos conociendo el peligro que eran para el Estado. Desde el año 1585 empezaron á manifestarse allí por un libro de aquellos que siempre son los emisarios ó correos que entran delante de estos males en cualquier país. En él se anunciaba el Deísmo desde su título y portada que decía: *Antitesis de la doctrina de Cristo y del Antecristo del Verdadero Dios.* (1) Figuraba como autor Juan Erasmo, Rector del Colegio de Amberes, doctor de la Reforma. Al año siguiente Zankio refutó esta obra: luego vinieron

(1) Antithesis doctrinæ Christi et Anti-Christi de vero Deo.

ocho libros en socorro de la misma y sembraron el Socinianismo en Utrecht. El año 1598 llegaron de Polonia dos misioneros socinianos, Ostorodo y Waidovo, los cuales tradujeron en lengua flamenca muchos libros del mismo error. Los Estados proscibieron á los libros y á sus autores, y no permitieron que se enseñase el Socinianismo en alguna de las provincias.

Las disputas de los remonstrantes y gomaristas les abrieron después las puertas; pero con todo eso, los Estados generales y los sínodos mantuvieron la proscipción hasta el año 1643. Contra esta *intolerancia* se quejaron mucho los socinianos. El Ministro Jurieu es uno de los que escribieron con más vigor para justificar dicha intolerancia. Se quejaba también de que á pesar de todas las mencionadas providencias, la Holanda se había inundado de estos herejes.

Después de la revocación del Edicto de Nantes por el celo y magnanimidad cristianísima de Luis XIV creció en Holanda el número de los socinianos que iban revueltos en el arroyo de los protestantes que se habían refugiado allí, y de eso resultó un gran número de aquellos en las Provincias Unidas. Pero aparte de esto, (dice Moreri) (1) es bien notable que todavía ningún Príncipe ni Estado hizo pública profesión del Socinia-

(1) Moreri Dic. art. *Socinianism*.

nismo, y ni aun se puede esperar (añade Bayle) que los Príncipes abracen jamás una secta que desapruera la guerra y el ejercicio de la Magistratura. (1) Sin embargo, este mismo autor llegó á confesar que los dichos herejes crecían invisiblemente haciéndose cada día más numerosos.

No debo omitir una observación acerca de este excesivo número de deistas que se suponen en los países protestantes. Comprende tres partes. Primera: los protestantes no subsisten ni parecen porque se resuelven en socinianos. Segunda: los socinianos, como dice Moreri, aunque son tantos no han logrado componer un cuerpo porque se resuelven en deistas del tercer grado. Tercera: de estos deistas se puede decir más; y es, que siendo tan antiguos como Caín y haber tantos hermanos de esa cofradía, apenas se puede hallar algún establecimiento donde se profese su doctrina.

Hemos dicho en primer término, que los protestantes se resuelven en socinianos. Además de las pruebas alegadas añadiremos otra que no se tendrá por sospechosa. Está tomada de Juan Jacobo Rousseau que en sus disputas con los protestantes de Ginebra los convence de que son socinianos; y aun hace ver contra los ministros de aquella secta que no pueden ser otra cosa; que todo hombre consecuente y sincero debe ó ser

(1) Bay. Diction. criti. art. Socn. pag. m. 2609.

católico ó caer en el Deísmo; que no hay más medio entre esos extremos que la hipocresía y la simulación; que el temperamento que los protestantes afectan mantener es contradictorio y ridículo; que es necesario ó quedar sobre una regla fija que decida los dogmas, ó atenerse solamente á la razón: en el primer caso están los católicos: en el segundo los deístas, socinianos, racionalistas, materialistas, etc., etc. (1) Prueba después que los protestantes han llegado ya al Socinianismo, los acusa de la contradicción que hay entre sus creencias y sus prácticas; y afirma que él no ha tenido que responder á los católicos siempre que han hecho este argumento contra los primeros secuaces de la Reforma. (2)

«¿Qué ventajas y qué triunfo, dice, no han dado á los católicos sobre este punto? Es una miserable compasión ver á los reformados desvariar néciamente en cuanto se les llama á discutir sobre ese artículo; y esas contradicciones no prueban otra cosa sino que los protestantes siguen á sus pasiones mas bien que á sus principios». (3)

Prueba lo mismo en un escrito titulado: *Mis reflexiones*, (4) donde cita un discurso hecho por cierto Censor ó Juez del escrito *Pequeña Piedra*.

(1) Rouss. letr. I. *Escrit.* de la Montag. pag. 53. 54.

(2) Juan J. Rouss. ubi supra, pag. 49.

(3) Id, letr. 2. *Escrit.* de la Montag. 50.

(4) *Mes Reflexions, pieces justificatives*, pag. 134.

(1) Parece que un ministro protestante enseñaba que las penas del infierno no serán eternas. Precisamente este fué uno de los errores de Socino (2) y lo es hoy de sus sectarios y de los deistas menos rígidos. Pues bien: sobre esta doctrina caía el discurso referido en aquel escrito. Quédase el dicho Juez de que se enseñen estos y otros errores en la Reforma: «¿Qué triunfo, dice, no damos aquí á nuestros vecinos los de la Iglesia Romana, que sin esto no han dejado de tener muy mala opinión de nuestra Reforma? ¿Qué dirán si toleramos que se enseñe contra el artículo de la eternidad de las penas del infierno?»

Pero, á la verdad, era muy débil freno el respeto al *qué dirán los católicos*, para detener largo tiempo el ímpetu de unas pasiones puestas ya en movimiento hácia todo género de libertad, y así era forzoso que la Reforma cayese en el Socinianismo.

Tampoco este podía quedar mucho tiempo fijo en sus principios. Comenzó por el Arrianismo. Al principio esto le bastaba, y era entonces suficiente para los socinianos llamarse arrianos. Fausto Socino se empeñó en adelantarse á su tío Lelio, y se extendió hasta poner al Socinianismo en el

(1) Petit Pierre.

(2) Natal Alex. Hist. Ecc. tom. 9. P. 134.—El autor de la *Religión esencial al hombre*, etc.

primer grado del Deísmo. No duró así: el Deísmo se mudaba de mal en peor hasta venir á caer en el tercer grado que parecía ser el pésimo. ¿Se dedujo aquí su curso? Nada menos. En nuestros días no tienen estos deístas la forma en que ellos mismos se definen. Vamos á verlo.

El Deísmo en su tercer grado se halla reducido á dos ó tres artículos que son: *adorar á un Dios; ser justos, y amar á la pátria*. Así lo exponen, entre otros autores, Voltaire en su poema *La Ley Natural* y el autor del *Examen Importante*. Este último lo reduce á dos puntos: «La única Religión que se debe profesar, dice, es aquella que manda adorar á un Dios y ser hombre de bien. El gran nombre de teísta, que no se respeta como se debe, es el único que se debe tomar.» Quiere decir, que no debe haber otra Religión que la Natural, ó sea, el Deísmo.

Pero ¿quienes son estos deístas ó donde viven? Quiero decir: ¿Donde se halla esta Religión cuyos secuaces adoran á un Dios, son justos y aman á la patria? Lo primero que se nota en ellos mismos es que se descartan en breve de esas obligaciones; y por lo pronto, pasan á decir que no es necesario adorar á Dios, y que basta, sin eso, con ser justo. Así hablan el autor de *El Cristianismo Descubier-to*, el de las *Cartas á Eugenia* y el del *Contagio Sagrado*.

En segundo lugar, Voltaire llama lisonja in-

digna de la Divinidad el darle culto. Dice que Dios, sentado en su gloria, no tiene necesidad de estas ceremonias, de cualquiera género que sean, y que, no siendo celoso de su grandeza, que no echa de menos estas alabanzas que siempre son unas adulaciones indignas. De igual modo condena al culto verdadero que á los falsos. «Las alabanzas, dice, los votos y las promesas, ¿serán obsequios para el poder de Dios? ¿Es acaso aquel pueblo altivo y conquistador de Bizancio, ó el sosegado chino ó el indómito tártaro los que solamente conocen su esencia y su voluntad? Apartemos la vista de ese cúmulo de impostores aborrecibles; porque todos están engañados con la diversidad de sus ritos, costumbres y acatamientos.»

Según esto, *todos están engañados* acerca de esta primera obligación de la Ley Natural sin embargo de que nadie la puede ignorar, y de que la moral uniforme de todos los tiempos y lugares, hasta los siglos sin fin, nos hablan y nos hablarán de ella en nombre del mismo Dios. ¿Cómo es que estando *todos engañados* acerca de la Ley Natural *todos* nos predicán lo mismo que ignoran y aun lo mismo que contradicen? Nada, lo mejor será que condenemos á los chinos, á los tártaros y á todos como ignorantes de la Ley Natural, y que hagamos caso de aquel impío cuando nos propone á la China, al Japón, etc., como pueblos en que habla y dá

gritos aquella misma Ley diciendo: Adora á un Dios. (1)

Tal vez quiera este deista reprobar solamente el culto exterior, y que no haya alguna ceremonia, ni algún símbolo con que se signifique el respeto á la Divinidad, y exigirá que se reconcentre en el interior toda la devoción de modo que ni aun se puedan cerrar los ojos ni abrirlos como hacía él en sus coloquios con Clark. Así lo dá á entender en sus *Misceláneas*, ó cajón de sastre. (2) «¿Se han acabado, pregunta, los moldes de los que amaban á la virtud por sí misma como un Confucio, un Pitágoras y un Sócrates? ¿Había en los tiempos de estos puros virtuosos tropas de devotos en sus pagodas, que anduviesen de romería en romería y se arruinasen con las ofrendas? ¿Estaban en uso las mace-raciones y las disciplinas ó se hacían castrar los sacerdotes de Cibeles para guardar continencia? ¿De qué proviene de que entre todos esos mártires de la superstición no se cuente en la antigüedad ni un solo grande hombre, ni un solo sabio?

Ved, pues, aquí al deista descargado de la primera obligación de la Ley Natural que es adorar á un Dios, y reducido todo á ser honrado y virtuoso como supone que fueron Sócrates, Confu-

(1) Cette loi souveraine à la Chine, aut Japon inspira *Zoroastre*, illumina *Solon*: D' un bout du Monde á l' autre elle parle, elle crie: *Adore un Dieu, sois juste, et cheris la patrie.*

(2) *Melanges*, cap. 78. verbo Sócrates.

cio, etc. y como dicen los otros deístas que hemos antes citado. Quieren que los hombres sean honrados y virtuosos, no por algún Dios, sino por la virtud pura, como se acaba de explicar. Pero ¿qué virtud puede existir sin la adoración y conocimiento de Dios? ¿Qué virtud ni hombría de bien puede haber en un ateo? Y no se diga que los ateos no niegan á Dios, porque el mismo Voltaire que lo vé predicado por la Naturaleza, todavía dice que no es cierto para él que hay un Dios Criador. (1) Por supuesto que también dice (2) que un ateo ni como particular ni como persona pública puede ser virtuoso, sino que es siempre perjudicial á la sociedad. (3)

Pues bien: estos deístas, que mejor dicho, son ateos, tampoco aman á la patria. El autor del libro de *l' Spirit* tiene por una virtud vana y de capricho el amor á la patria. Ved aquí como una por una se disipan entre ellos mismos las obligaciones de la Ley Natural y toda la religión del Teísmo ó Deísmo. ¿Dónde, vuelvo á preguntar, está el Deísmo? Estoy por decir que es más imposible hallar deístas que ateos.

Resulta, pues, de todo lo dicho, que si se puede formar algún juicio sobre una raza tan obscura y

(1) Voltaire: *Mélang.* Poém. sobre la Ley Natural.

(2) *Diction: Philosophic.* art. *Athees.*

(3) Y esta es la perpétua contradicción de aquel impío y de todos los sectarios. N. E.

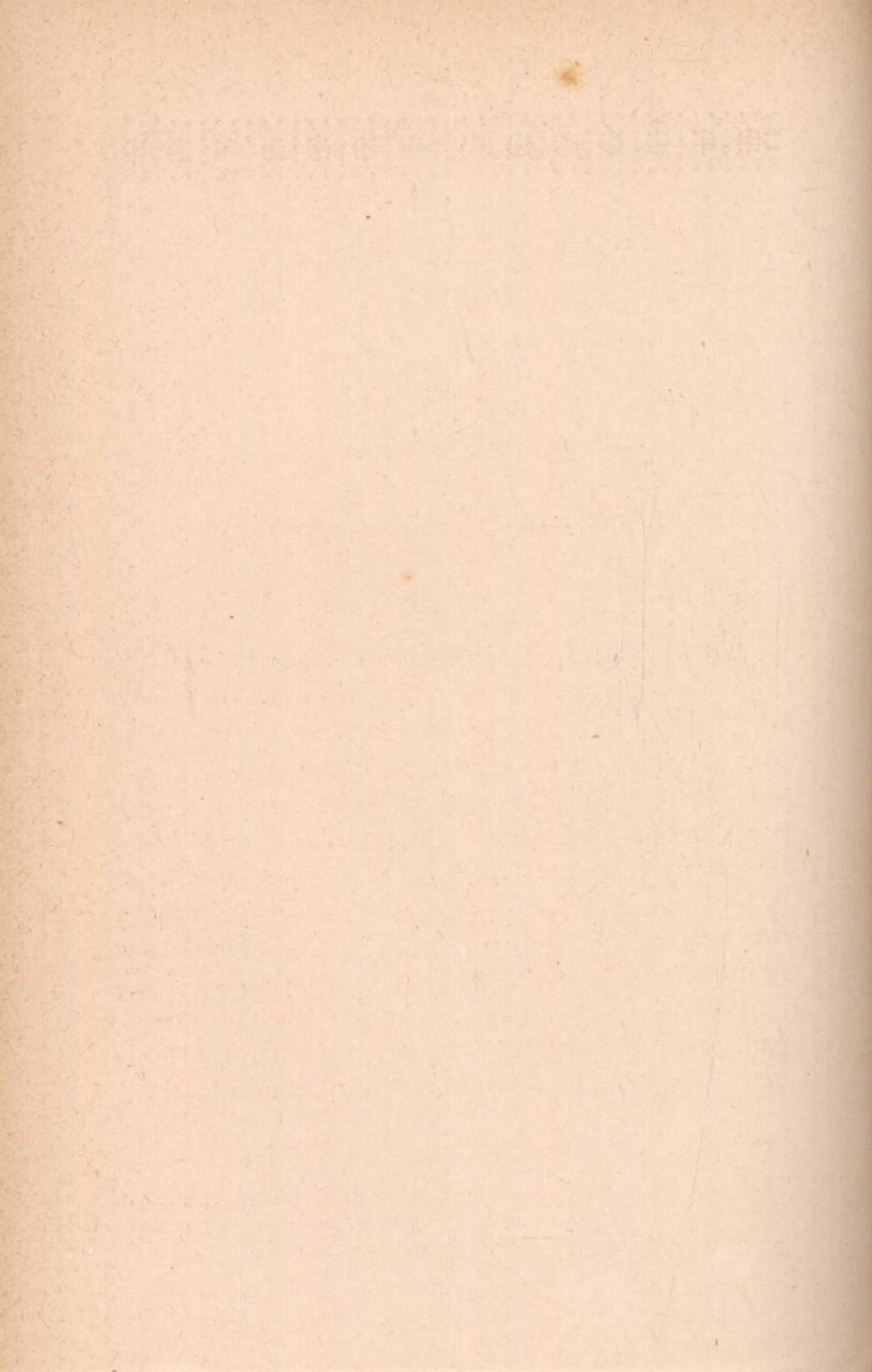
desemejante á sí misma es que los deistas de tercer grado son realmente una multitud de hombres bestiales sin alguna piedad natural ni sobrenatural. Su ciencia consiste en dar por verdades los antojos de sus pasiones, y reducir á método el furor de errar y de pecar. Su política y ley suprema es la independéncia absoluta. Sus congregaciones son los convites ó los *agapes*; las mesas sus altares; su Diós es el vientre, y su último fin la aniquilación. El número de estos ha sido y es casi siempre infinito. Antes del Diluvio se multiplicaron, y apenas se escapó del contagio una familia de ocho personas. Después del Diluvio fueron creciendo; y cuando vino Jesucristo á salvarnos halló poquísimos que no fuesen incrédulos. El misterio de la Redención desterró la impiedad, la incredulidad y la injusticia por medio de una Iglesia Santa que dura hasta hoy, y durará hasta la consumación de los siglos con la misma doctrina, con los mismos dogmas, con los mismos Sacramentos, con el mismo Sacerdocio que tenía en tiempo de los Apóstoles. Mas prevaleciendo ya la corrupción del corazón, y resfriándose sobre manera la caridad es demasíadamente reducido el número de los verdaderos cristianos, y las naciones enteras se inclinan á caer en la antigua barbarie del gentilismo. Quien considere hoy atentamente el teatro del mundo, y lo compare con el de los siglos pasados, verá que hay bastante fundamento para temer, sin

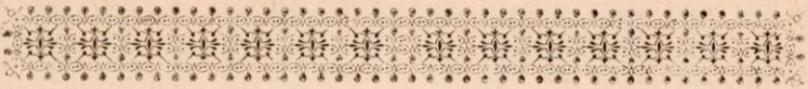
LA FALSA FILOSOFÍA.

adivinar, que está próxima á manifestarse en toda su horrible y espantosa desnudez el hombre pecador. De consiguiente, no es temerario el pensar, que así como los deistas han sido los continuadores del pecado de Caín, serán también los progenitores del Antecristo que cerrará el curso de la malicia humana, y cooperará á que se llene el número de los predestinados que comenzó en Abel.

Ved aquí todo el Deísmo al por mayor, y lo que se puede juzgar de los deistas al por menor.

No se quejarán de que les ocultamos cosa alguna de cuanto se puede saber de su origen y de sus progresos. Hasta ahora nadie escribió su historia en particular; y aun por ellos mismos se ignora lo que dejamos dicho de sus padres y marcha que han tenido á través de los siglos. Los que tuvieren por inciertas las memorias referidas, dueños son de probarles otro origen más conocido. Todo eso me importa menos que atender á que se prevengan sus funestas consecuencias. Este es el objeto principal de toda la obra. De lo que se dirá en los capítulos siguientes, y especialmente en el cuarto, donde se hablará de los filósofos *gentilizantes*, resultará más luz para la historia de los deistas.





CAPÍTULO II.

LOS LIBERTINOS (Ó SEA LIBERALES).

EN el capítulo antecedente quedan dichas para los deistas muchas cosas que son comunes á los libertinos. En este sólo diremos lo que en particular corresponde á su título.

Los libertinos comenzaron á conocerse con este nombre en el año 1525 ó 1522. Aquel tiempo merece lo fijemos porque es la época más funesta en la historia de la Religión. Parece que se rompieron entonces las fuentes del Averno para inundar la mejor parte del mundo con avenidas de corrupción y de tinieblas. Se opina que los jefes y padres de los libertinos fueron Quintino, artesano (1) francés, nacido en la provincia de Picardía,

(1) Está usado con mucha propiedad el vocablo *artesano*, que quiere decir el que ejerce un arte mecánico. *Artista* designa el género; *artesano*, la especie; *albañil*, por ejemplo, la clase ó gremio. N. E.

y Copino. Hay quien dice que Quintino y Antonio Pocquio fueron solamente restauradores de esta abominable secta.

Dicen algunos que el libertinismo ó liberalismo es una de las setenta heregias en que se dividieron los anabaptistas y catabaptistas; si bien otros reducen á catorce el número de aquellas ramas.

Por dos razones comenzaron á llamarse *libertinos*. Primera: porque se predicaban libres de todo vasallaje y sujeción (1) á los magistrados, y de tributo (2) á las autoridades legítimas. La segunda: porque rompiendo el vínculo de toda sociedad despreciaban el matrimonio, y se entregaban á la poligamia y al vago comercio entre los dos sexos. (3)

Brabante y Holanda fueron el teatro de su predicación, Toda su doctrina se reducía á un dogma principal que era: conceder que hay en el Universo un solo Espíritu, y que este es Dios. Esto les basta para dar la mano á los deistas, y llevar

(1) Los vocablos *vasallaje* y *sujeción* parecen aquí sinónimos. Sin embargo el primero es más enfático que el segundo. Este expresa mejor la idea del autor. N. E.

(2) El vocablo *tributo* implica obligación genérica. No es sinónima de *contribución* que es obligación específica. N. E.

(3) Natal Alexand. tom. 9. cap. 2. art. 11. pag. 111. n. 3.—Liberorum et libertinorum contemplatione venerunt, sive quod ab omni magistratu et onere público immunes esse voluerint, sive quod poligamiam et promiscuam libidinem profesi sunt.

su nombre. Los ángeles buenos ó malos y las almas son nada en su estimación: un capricho humano. (1) Todo lo que sucede en el mundo, debajo del sol, aun nuestras buenas y malas acciones, son obra de aquel único Espíritu que hace todas las cosas. Los homicidas, los adúlteros, los ladrones y los autores de otras maldades no deben, según ellos, ser castigados ni siquiera reprendidos, porque todos los delitos son obra de Dios.

Hay, pues, una diferencia entre libertinos y deistas. Los deistas suponen á Dios separado de las cosas humanas, sin Providencia, y dicen que nada le importan los bienes ni los males que ocurren en la tierra. Los libertinos cargan á Dios todos los pecados que se cometen en el mundo y así preparan un refugio altísimo á todos los delitos humanos, y ensanchan los caminos para correr al libertinaje de las costumbres. Esto les mereció el nombre. Al presente se llaman libertinos todos los que se entregan á una desenfrenada libertad en pensar, decir y obrar lo que para ellos es agradable. A esto viene á parar Antonio Collins en su sistema de la *libertad absoluta*.

«Este es (dice otro autor que muy bien los re-

(1) No dirán esto los espiritistas de nuestros días; y sin embargo, como en el curso de la obra se verá, son hijos de la herejía que aquí relaciona el P. Ceballos. N. E.

trata) (1) un género de fanáticos en el que puede creerse que han revivido los gnósticos y los valentinianos. Nada les desagrada tanto como el propio y sincero sentido de la Sagrada Escritura. Para ellos Jesucristo es Satanás: el vicio es virtud y la virtud es vicio. Ninguna cosa es pecado sino lo que juzgan que es pecado. El verdadero temor de Dios y la conciencia que nace de él es el infierno. La conciencia que desprecia los juicios divinos, dormida, insensible, es el paraíso, es la gloria».

«Imaginan que todo, sin excepción alguna, es lícito al hombre, y aprueban toda razón de vivir sin razón. En el casado hacen al *lenocinio* un derecho del que puede disponer. Mandan al codicioso que arrebate lo ajeno con osadía y al que tiene tedio de su mujer que la abandone. Alaban los congresos vagos, y á esto llaman espiritual matrimonio. La Comunión de los Santos es entre ellos la comunidad de los bienes temporales, y exhortan á que cada uno tomé para sí lo que quiera de lo que creen común».

«Dicen que ya se hizo la Resurrección, y que no hay otro juicio que aguardar; y por otro lado afirman que los cristianos resucitarán cuando

(1) Stanisl. Rest. in Centuriis Sect: Fanaticum hominum genus.—Illis Christus est Satanás; vitium est virtus et vitium virtus; nihil enim ex eorum ententia peccatum est nisi eorum opinione qui se peccare putant.

crean que el alma del hombre se ha convertido (1) en el espíritu inmortal de Dios, ó por mejor decir, en la misma esencia de Dios de donde salió y á donde debe volver para ser una sola cosa con ella.» Aquí bulle el Espinosismo.

Para definir á Jesucristo fingen una quimera extravagante: dicen que es un compuesto del espíritu de Dios y de la opinión. Tratan con suma irreverencia á los Apóstoles y Evangelistas. A San Juan le llaman jóven ignorante; á San Mateo usurero y librecambista; á San Pablo vaso roto y á San Pedro negador de Jesús. Se burlan de las Sagradas Escrituras; dicen que son fábulas. Afirman que el engaño y la hipocresía son producto de la destreza, y que como tales merecen mucha estimación.

Estas blasfemias tan insolentes, á las que responde prontamente nuestra naturaleza con el horror sin esperar á que la razón las desvanezca, se vén hoy esparcidas en muchos libros. Es admirable que haya quien todavía los aplauda y tenga á sus autores por hombres sabios. Al mismo Calvino le pareció tan horrenda esta libertad, que escribió dos libros en contra de los libertinos: el uno es la *Epístola á los Rotomagenses* en la que se impugna á cierto sectario de este error; y el

(1) Toda esta cita es un elocuentísimo compendio de todos los errores de nuestros días. N. E.

otro es una impugnación más general titulada: *Instrucción contra los libertinos*. Pero es ciertamente más digno de que se admire, que habiendo estos *reformados* llegado á ver con espanto los abismos en que caían tantas sectas por los caminos que ellos les abrieron, no volviesen hácia atrás, llenos de penitencia, para reunirse con la Iglesia Católica de la que se habían extraviado.

Lindano distingue varias especies de *libertinos*. Describe unos que parecen más moderados ó conservadores, pues admiten en Dios misericordia para los delincuentes; pero yerran extendiendo tanto su uso, que la prometen á penitentes é impenitentes y también á los demonios. Habla de otros que no desechan toda la Sagrada Escritura, sino solamente el Antiguo Testamento. Admiten parte del Nuevo; pero esta parte la reservan á su arbitrio; luego á este arbitrio, y nada más, quedan reducidas entre ellos las Santas Escrituras.

Tienen lugar entre tantas clases de libertinos ciertos *hombres oscuros* que se llaman *masones*. Hé dicho *hombres oscuros* porque así llamó Ecberto á los maniqueos cathares que en su tiempo, ó sea en el siglo XII, se descubrieron al rededor de Colonia; y les dió este nombre porque guardaban el secreto de su secta á costa de toda mentira y perjurio (1) según nota San Agustín con-

(1) Ecbert. Serm. XII. Cath. tom. 4. bibliot. P. P. Pr. 2.

tra los priscilianistas que eran una rama de los maniqueos. (1) Acerca de los masones se han emitido varias conjeturas en diversas obras que se han publicado contra ellos. El título de *franc-mason* no significa más que un *oficial libre* ó *libertino*. (2) Quintino, á quien se hace cabeza de dichos libertinos, y también Coppino fueron unos artesanos mecánicos (3) como queda dicho. Luego aún en el sentido material de la expresión, no falta á los *libertinos* la añadidura de *oficiales* para poder llenar el título de *franc-masones*. Es probable que habiendo comenzado á exhibirse en Francia, de donde era Quintino, (4) tomasen el

(1) Div. August. de Haer. Priscil. Jura, prejura, secretum prodero noli.

(2) La cuna de la masonería no fué la Francia; pero al aclimatarse en esta nación, modificose el título, y empezó á decirse *franc-masones*.—N. E.

(3) La palabra *mecánico*, es una redundancia, si bien la emplea oportunamente el P. Ceballos, para que no quede duda acerca de que Quintino no era un *artista* como Tamberlik, por ejemplo; sino que ejercía un arte no comprendido en las *liberales*, así dichas porque su ejecución no se somete á reglas matemáticas.—N. E.

(4) Quintino había aprendido en otra parte, fuera de su país, la doctrina de los masones; pero hizo en él la presentación de *su dama y señora, la Masonería*.

Debemos también notar que en Inglaterra no suelen llamarse *franc-masones*, sino *masones*, á secas; que la palabra *masón* en inglés significa *oficial de albañil*, ó sea, un hombre que amasa yeso y alarga ripios al maestro; y que en asuntos masónicos los ingleses son los más adelantados: lo acredita los treinta y seis y más grados que dieron en pocos años á la Masonería en Escocia, cuyo sistema es el que está muy en moda.

Según nuestro concepto la Masonería nació en Alemania, pasó á Francia, se refugió en Rusia, fué llamada por Inglaterra, que la endosó también á Fran-

título en su lengua francesa. Después en la lengua italiana se les dió el de *liberi muratores*; y en la lengua latina el de *liberi fratres*, que quiere decir hermanos libres, de quienes más adelante se hablará. Estos hombres oscuros han sido condenados por su mala fama aunque sus personas y residencias sean ignoradas. (1) El Papa Clemente XII los condenó el año 1738 y Benedicto XIV (2) en una Constitución, donde repite y confirma las causas que movieron á su Predecesor. No será importuno indicar aquí las principales, porque prueban el carácter de los libertinos, deistas y socinianos. Tales son, primera; la *tolerancia* que siguen formando sus compañías con gentes de varias profesiones y sectas. Segunda: *su secreto*, propio de los maniqueos, entre quienes se contaban también diferentes grados de *oyentes escogidos*. Tercera: no entregar el *secreto* ni aun á las públicas autoridades, aunque lo exijan previo juramento. Cuarta: porque, como se dice en aquella

cia; y Francia la importó á España. Pero quedando siempre el virus masónico en todos los lugares que le habian servido de cariñoso albergue.

Á Portugal y á los Estados Unidos de América ha sido la Masonería importada directamente de Inglaterra. La América del Sur debe *este obsequio* á Italia. N. E.

(1) Cuando escribía el P. Ceballos se ignoraban. Hoy no se ignoran; porque los masones se jactan de serlo; pero continúan en su *amena* costumbre de tirar las piedras y esconder las manos. N. E.

(2) Clemente XII const. *In eminenti* expressa in Bulla *Próvidas*. Benedicti: t. XIV. 18 Martii, 1751.

Bula, los masones celebran sus juntas sin autoridad pública; y así engendran sospecha, por lo menos, de que conspiran contra la tranquilidad del Estado y de la Religión. Quinta: porque en virtud de esta sospecha muchos príncipes seculares y repúblicas los han proscripto por sus leyes reales. (1) Nada de esto es extraño cuando se trata de falsos filósofos. (2)

El tiempo ha demostrado las justas razones que tuve cuando escribí esto, para contar á los francmasones entre los libertinos y falsos filósofos que son el objeto de esta obra. En ocasión de la muerte de Voltaire se manifestó la hermandad que la Academia de París tenía con esta secta de fanáticos sediciosos. D' Alambert, cansado de no hallar en el mismo París iglesia alguna cristiana que quisiera hacer los funerales de Voltaire, tuvo que recurrir al título de francmasón que llevaba su difunto cofrade. Luis XV, tan tolerante para todas las sectas como era de costumbres corrom-

(1) Tan *reales y llenas de majestad* son las leyes á que alude el P. Ceballos sancionadas por un Rey, como sancionadas por un Presidente de República, según la diversa forma de gobierno que afecten los pueblos.

Adviértase también que una de las causas que indujeron á la Autoridad eclesiástica á prohibir la Masonería, consiste en que esta es enemiga de toda Autoridad civil, según lo prueba admirablemente en su obra el P. Ceballos.

De igual modo prueba que al momento en que las autoridades legislan á gusto masónico, desaparece la Autoridad y hace sus veces la Tiranía. N. E.

(2) El párrafo siguiente no se halla en las dos primeras ediciones de LA FALSA FILOSOFÍA. N. E.

pidas, tenía concedida á los francmasones para sus logias la Gran Sala de las Musas en la casa que había sido Noviciado de los Padres Jesuitas. Allí se congregaron la Academia, los enciclopedistas y los francmasones el día..... del año..... para celebrar las honras fúnebres de su cofrade Voltaire. No se sabe qué grado tendría éste en aquella kábila de fanáticos; mas por el título de Patriarca que le daban desde su último arribo á París, y por las bendiciones que le pedían, y la gravedad con que las daba, se puede calcular que había obtenido el grado de *Oriente* y supremo Patriarca de aquella secta. El modo en que dispensaba su bendición era: hincadas de rodillas las señoras, los jóvenes, los ancianos y demás devotos, levantaba el Patriarca Voltaire sus ojos al cielo, y alargando su brazo los bendecía ó santiguaba con estas dos palabras: *Hijos, Dios y Libertad*. No correspondía menor autoridad á Voltaire en la Masonería que la que se daba bajo el mismo concepto al célebre impostor José Balsamo en París como en otras muchas ciudades de Europa. Por una relación tomada del proceso que se instruyó en Roma contra este trapacero conocido con el título de Conde Calioistro, como Voltaire con el de Conde de Tournay, se sabe que en medio de ser un bárbaro, incapaz de hacer coplas, arrebató con sus juegos de manos y supersticiones á toda Europa tantos divinos y supremos triunfos como jamás pudo conseguir el Conde de

Tournay Voltaire. También se ha sabido por las confesiones del primero de estos condes francmasones que el principal fin de esta secta ha sido derribar los altares y los tronos de los reyes metiendo en revolución á todo el mundo con la promesa de *libertad* como ya se indica en la palabra *francmasones*. Especialmente conspiraron para hacer la revolución en Francia con el especioso fanatismo de vengar la muerte de los templarios que destruyó Felipe el Bello á fin de robarlos. La muerte de Voltaire fué la última señal que se dió á los franceses y particularmente á los francmasones, (1) y á todo el cuerpo filosófico para pegar fuego por todas partes á Francia y á toda Europa bajo el secreto lema de *Dios y Libertad*. De esa horrible revolución que ha inundado en sangre á toda la Francia hasta más allá de sus términos jurídicos, será preciso decir mucho en esta obra. Esa misma Revolución es una prueba demasiado clara que han dado los falsos filósofos á las verdades que yo imprimí en seis tomos hace

(1) Es admirable y por varios títulos oportunísima la distinción que el P. Ceballos establece al hablar de franceses y francmasones.

1.º—La revolución francesa no fué obra exclusiva de los franceses.

2.º—El vulgo de los franceses era entonces tan necio como el de ahora y como el de todas partes.

3.º—Había en Francia muchos franceses necios y egoistas.

4.º—Los católicos franceses se hallaban en pésimas circunstancias.

5.º—La revolución francesa fué obra de la Masonería ayudada por la necedad y egoismo del vulgo francés. N. E.

veinte años. (1) Volvamos ahora á la historia breve ó principios tenebrosos de estos filósofos informales que yo he combatido, bien á despecho de muchos de ellos.

Lindano (2) y Sianda (3) hablan de otros *hermanos libres* que en muy poco se distinguen de los anteriores. También se juzgan libres de toda sujeción á príncipes y magistrados. La mayor parte de las sectas modernas se proponen, como uno de sus fundamentales designios, este falso dogma: hacer todo género de mal sin temor alguno. Sobre esta base asientan todo el resto de su moral que es hacer lícito todo lo que es posible. Esta última clase de libertinos se manifestó en Amsterdam casi al mismo tiempo en que otros aparecieron en Brabante y Holanda.

Ni por la conveniencia del nombre ni por razón otra alguna se puede conceder á estos hereges que tomen origen de aquellos *libertinos* que componían la Sinagoga en Jerusalem, y de quienes trata el capítulo 6 de las Actas Apostólicas. *Se levantaron* dice el Sagrado Texto (4) *algunos de la Sinagoga que se llama de los libertinos*; pero este lugar no favorece á los de hoy, sino con la

(1) Se refiere el autor á la primera edición de esta obra.

(2) Epíst. Enerv. ad D. Bernard. apud Mabill. Anal 3.

(3) P. Siand, Lexic. Polemic. art. *Liberi Fratres*.

(4) Act. Apost. cap. 6. v. 9.

semejanza del nombre, lo cual suele engañarnos con frecuencia.

Lo más bien probado es que aquel nombre convenía á unos judíos que Pompeyo y Sossimo trajeron cautivos de Palestina. Después fueron *manumitidos* por sus señores; pero duraron en Roma hasta la época de Tiberio. Este Emperador quiso expulsar de la ciudad y de Italia á todos los que seguían religión extranjera; entonces fueron desterrados á Cerdeña en número de cuatro mil, y se concedió á los demás libertad para que se retirasen á donde quisieran. Restituídos estos á Judea, se cree, fundaron Sinagoga en Jerusalem (1) donde, según cuentan algunos, había 480 de estas Sinagogas además del Templo.

Un escritor muy erudito, aunque notado ya de alguna extravagancia en sus opiniones (2) ha hecho disertación especial sobre aquellos *libertinos* de que se habla en los Hechos de los Apóstoles. En ella les dá otro origen; dice que eran todos aquellos Judíos venidos á estudiar en Jerusalem, de los países colaterales de Judea y Palestina, especialmente los que habitaban al Norte y al Sur. En este sentido explica la voz *libertino* que, asegura, es compuesta de dos nombres hebreos: *leiber* y *tenos*, que significan colaterales ó costeros. Los de Cili-

(1) Calmet in Act. loc. cit.

(2) P. Harduin. Dissert. sobre este lugar de S. Lucas publicada en el Diario de Trevoux, año 1701.

cia y Asia están al norte de Palestina, y al sur los de Alejandría y Cirene; á todos estos que se expresan en S. Lucas, les aplica el autor aludido el nombre *libertinos*. Pero nunca resulta el menor fundamento á favor de los que piensen tomar de allí el origen de los libertinos impíos de que aquí tratamos.

Con más color se puede hallar el retrato de estos segundos libertinos en un lugar de S. Pedro. El Santo Apóstol habla de ellos, no solo como que existían ya, sino también como que revivirían en los siglos futuros. «Habrà entre vosotros (decía á los primeros cristianos) unos maestros de mentira que introducirán sectas de perdición, y negarán al Señor que los redimió, provocando sobre sí una pronta ruína; y muchos seguirán las lujurias de aquellos por quienes se blasfemarà el camino de la verdad; pero ellos como unas manadas de irracionales, blasfemando por naturaleza en aquellas cosas que ignoran para atraer y dañar á muchos, perecerán en su corrupción. Recibirán el premio de la injusticia que cometen entregándose á los placeres en todos los días de su vida. Hablarán palabras soberbias, hijas de su vanidad; imbuirán los deseos impuros de la carne en las personas que tengan poco cuidado de evitarlos, y conversarán con ellos en el error, *prometiéndoles libertad*, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción.» (1)

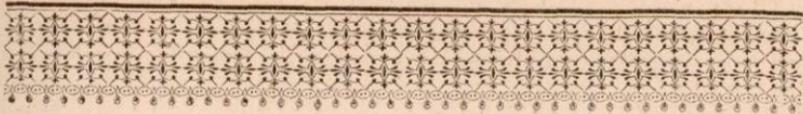
(1) D. Petrus. Epist. 2.^a cap. 2. á v. I.

Este Apóstol nota aquí una paradoja que con muchas otras podemos advertir en los libertinos. Estos se creen sujetos á una necesidad fatal causa de todas sus obras buenas y malas; con todo eso, ellos se arrojan á una libertad de hacer cuanto les agrade. El placer del pecado es para ellos; la culpa del pecado es para Dios. Para la malicia son esclavos de una fatal necesidad; para el deleite son libres.

Son unos miserables esclavos de muchos y prometen hacer libres á muchos. Se sujetan á una tiranía interior, y solo cuidan de una independencia exterior. Desprecian á todos los que dominan, y blasfeman de toda Majestad, mientras sus corazones son dominados por tantos tiranos cuantos son los deseos que no pueden satisfacer como ellos quisieran. No saben lo que es verdadero, é ignoran el camino de la paz y de la libertad. Solamente el sabio puede ser libre, decía Ciceron en una de sus paradojas: (1) habla del sabio práctico y de conducta. De los nacidos en un reino, solamente es libre el que sabe someterse á los decretos de Dios. En cuanto á las leyes humanas tampoco nos hacen esclavos, sino buenos ciudadanos. *Es necesario para ser libres, dice Séneca, estar sometidos á las leyes.* (2)

(1) Quod solum sapiens sit liber. Cicer.

(2) Ideo legum servi sumus ut liberi esse possimus.—Senec.



CAPÍTULO III.

LOS ESPÍRITUS FUERTES, QUE YO LLAMO FEROCES.

LA regla de Fé para un incrédulo es el ejemplo de otros que afectaron no creer. Su ciencia es la ignorancia; su espíritu la materia; su fortaleza consiste en no apoyarse en verdad alguna y en temblar donde no hay que temer. Sobre todo dudan estos *Quákeros*; siempre vacilan y cojean de ambos piés. Se creen más perspicaces que todos los hombres, cuando es lo positivo que no ven cosa alguna cierta; y, extendidas las manos, palpan tinieblas en medio del día.

Son unos genios néutros, incapaces de concebir alguna verdad, y de parir algún concepto formado. Espíritus híbridas, abortos de la noche y de la concupiscencia de sí mismos. Aborrecen á los sabios, como el mulo al caballo porque han degenerado de aquella especie. Su regla de creer son

los ojos, y estos, dicen, siempre se engañan. Así es que murmuran de toda verdad, se mofan de toda demostración, y parecen aquel género de bestias que andan solamente de noche, y no se alegran sino en la obscuridad.

¿Quién nos dirá su origen siendo tan tenebroso? Es lo más verosímil que el abuso del Excepticismo produjo á los *pirronianos* en Filosofía y á los incrédulos en Religión. Estos impíos colocan dos puntos en que apoyarse, y sobre ellos andan siempre en torno. El primero es: la flaqueza del espíritu humano, incapaz, ó casi, de conocer alguna verdad. Segundo: no admitir verdad alguna sino por el exámen del propio espíritu.

Conque es decir, que de la incapacidad que suponen en el espíritu humano para discernir la verdad, nace la incredulidad; y de la flaqueza de ese mismo espíritu, nace la fortaleza de que se jactan esos insensatos. Ya era sospechado este misterio desde el siglo XVII; y un autor anónimo que escribió acerca de las costumbres ó caracteres de aquel tiempo, no atribuye otro principio al nombre de *Espíritus-fuertes* que nació entonces. Los *Espíritus-fuertes*, dice, saben muy bien que no se les ha dado ese título sino por ironía. ¿Qué mayor flaqueza que estar inciertos de su sér, de su vida, de sus sentidos, de sus conocimientos y de cual será su fin? ¿Qué desmayo más grande que dudar si su alma no es más que materia como las piedras ó los reptiles, y si pue-

de corromperse como estas viles criaturas?» (1)

Los que admiten la paradoja que refutamos, ¿por qué no creerán un misterio de la Religión que se le parece en los términos? ¿Por qué no creerán, repito, que *en la flaqueza de nuestra humanidad escondió Jesucristo la fortaleza de su Divinidad?* ¿Qué dificultad hallarán en creer aquello que dice S. Pablo: *Cuando enfermo, entonces soy más fuerte.* (1) Pero estos son misterios muy claros en comparación de aquellos otros de los incrédulos como lo probaremos en un tratado especial; porque el cristiano cuanto más conoce la flaqueza de su espíritu y desconfía de ella, tanto más se muestra confiado en el espíritu de Dios que nos enseña toda verdad; pero los incrédulos anonadan nuestra propia virtud, y no confían en algún espíritu soberano.

Sus principios lo mismo arruinan á la Filosofía que á la Religión. Para ambas cosas es necesario suponer la luces naturales; y servirnos de ellas sin confiar en ellas: este es el punto medio y seguro del Escepticismo. En este concepto puede ser verdad lo que dice el tratado de la flaqueza del espíritu humano; esto es: que no hay mejor disposición que la filosofía escéptica para recibir

(1) Les caracteres de Theophraste avec les mœurs de siecle, pag. mihi, 430.

(1) 2.^a Corint. cap. 12. v. 10.

las luces de la Fé; pero ordinariamente se pierde la senda, y desde el Escepticismo se va á parar al Pirronismo. Este es una insensatez brutal tan enemiga de la Filosofía, como de la Religión revelada. La luz celeste de la Fé viene sobre la luz natural, no para extinguirla, sino para elevarla.

El Padre Valeriano Magni, Capuchino (1) dice que si alguno le propusiera este argumento: «Es necesario cautivar nuestro entendimiento en obsequio de la Fé, hasta el punto de no usar la regla que la Naturaleza nos ha dado para juzgar», respondería: «Eso es trastonar la Fé; porque es absolutamente imposible creer sin usar de la razón que deduce, que Aquel á quien creemos no se engaña ni nos engaña». De aquí resulta que los incrédulos y espíritus-fuertes suponen en sí mismos más flaqueza de lo que es justo; porque en vez de conocerse, y confesar que somos poca cosa, caen en decir que somos absolutamente nada. Su fortaleza es, pues, ilusoria, ridícula, contradictoria, y, como la llama la Escritura, *desemejante*. (2)

No hallo consignado en parte alguna quien ha sido en estos siglos el renovador de ese espíritu: digo renovador, porque la época de *los incrédulos y espíritus-fuertes*, es más antigua. Unos y otros parecen la sombra que siguió á la luz del Evange-

(1) De Catholic. credendi regula.

(2) Jerem. cap. 23: Fortitudo coram dissimilis.

lio desde que nació. El Salvador tuvo que sufrir entre sus Discípulos algunos que eran genialmente incrédulos y espíritus-fuertes para creer. Admito también en esto á la Providencia soberana. En aquellos Discípulos, que eran de carácter incrédulo por naturaleza, confundió á los inmoderados eríticos de los siglos venideros, para que los fieles no fueran sorprendidos. Algunas veces oyóse en boca de los mismos Discípulos el modo de pensar, y aun el estilo, que hoy se usa entre nuestros libre-pensadores y espíritus-fuertes.

¿Quién fué más confiado en su propio exámen y más duramente incrédulo que Santo Tomás? (1) Este solo basta para dar el más perfecto retrato de los libre-pensadores y espíritus fuertes, y para que estos se den por vencidos en él. (2) Bayle, que es uno de los pirronianos más peligrosos, repite varias veces esta máxima temeraria: dice, que los argumentos morales son buenos para persuadir al vulgo; mas no á ellos que sólo se rinden á las pruebas metafísicas, á la demostración, á la evidencia. (3) Pues esto mismo es lo que decía Santo Tomás á los otros Apóstoles. Todos ellos juntos

(1) Joan. cap. 20. v. 24 etc.

(2) Tengo probado en las *Cartas á Sofía*, que estos que se arrojan el título de Espíritus-fuertes no tienen otro nombre más propio que el de *Espíritus feroces*. Véase allí el pasaje de Tito Livio que redujo á este segundo nombre el de *Fuerte* que se daba á Julio Hostilio.

(3) Bayl. Contin. des pensees. etc. P. 23.

habían visto al Señor resucitado, y habían hablado con Él; sólo Tomás no estaba con ellos al tiempo de esta manifestación. Se la anunciaba un número de testigos tan grande, todos de vista, y algunos poco menos duros de creer que él mismo; sin embargo, aquel *Espiritu-fuerte* no se resuelve por una prueba tan concluyente porque despreciaba los argumentos morales, y sólo confiaba en su evidencia propia. *Si yo no viere, y tocare en sus manos y en su costado todas las señales, no creeré.* Los más destemplados críticos modernos admirarían un modo de juzgar tan contrario á todas las reglas de la razón; pero fué providencia altísima de Dios permitir aquella fortaleza ó dureza en el Discípulo para prevenir y sanar en él á los incrédulos de nuestros tiempos. Este fué el pensamiento de cada uno de los Padres de la Iglesia en sus siglos respectivos. (1)

A todos los *espíritus fuertes* y á todos los incrédulos se dirijen estas palabras del Salvador: *No queráis ser incrédulos, sino fieles: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*

En cuanto al estilo, yo no hallo diferencia entre el que ahora es de moda, y el que Jesucristo reprendió é hizo olvidar á sus Apóstoles. Aunque

(1) Greg. Hom. 26, et D. August. Serm. 147 de tempore; Voluit (Dominus) quibusdam dubitantibus exhibere in illa carne cicatrices vulneris, ut sanaret vulnus incredulitatis.

era un Maestro tan benigno, no se detuvo en llamar *necios y tardos para creer* á los que iban hablando así en el camino de Emaus. Allí les oyó tratar como á visiones de mujeres y terrores vanos las primeras alboradas que dieron los ángeles mensajeros de la gloriosa Resurrección: «De Jesús Nazareno que fué *un hombre Profeta*, (ved aquí un bocado del estilo que hoy tienen los incrédulos é indiferentes) poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de todo el pueblo: (1) de este vamos diciendo cómo los sumos Sacerdotes y nuestros Príncipes le entregaron á una sentencia de muerte, y le crucificaron; pero nosotros esperábamos que él había de redimir á Israel; mas al cabo de todo, ya es hoy el tercer día en que aquellas cosas sucedieron. Ciertas mujeres de nuestra compañía quisieron aterrarnos cuando volvían del Sepulcro á donde fueron muy de mañana; y, como no hallaron el cuerpo, vinieron diciendo haber tenido visiones de ángeles que afirman que Él vive».

No aventaja á este coloquio el estilo con que nuestros *espíritus-fuertes* tratan los misterios. Sin llegar á negarlos expresamente, enuncian cuantos modos y motivos puede sugerir la humana malignidad para que se desconfíe, y no se acepten las verdades. «Huid de aquellos (dice uno de

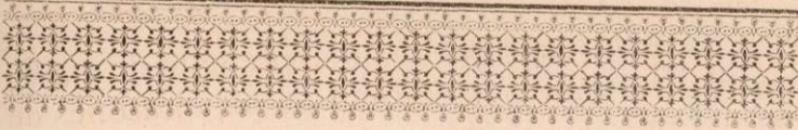
(1) Lucæ cap. 24.

los más peligrosos) que, bajo el pretexto de explicar á la Naturaleza, siembran en los corazones de los hombres doctrinas desoladoras, y cuyo excepcionalismo aparente se declara con un estilo más afirmativo y á un tiempo más dogmático que el terminante y decisivo de sus adversarios». (1)

Aquella clase de estilo indiferente, informe, extremadamente imparcial, frío, que mostraba la helada fé de los Discípulos, y que es precisa y completamente el de la incredulidad moderna, es la que combatió el Señor; y tronó contra ella, y combatió la insensibilidad de aquellos hombres, y los llamó *nechos y tardos de corazón*. Del citado lugar evangélico tomaremos después la regla del tratamiento que debe darse á los incrédulos, espíritus-fuertes, libertinos, deistas, racionalistas y falsos filósofos. Ahora tócanos decir lo que se sabe de la historia de estos últimos.

(1) J. Jac. Rouss. Emil. Tom. 1 pag. 182.





CAPÍTULO IV.

NOTICIA DE LOS FALSAMENTE LLAMADOS FILÓSOFOS.

No mucho después del Renacimiento de las artes y de las letras en Europa, comenzó la Filosofía á manifestarse tan soberbia, importuna y presuntuosa, que primero Agripa y después Rousseau, llevados de igual y pérfido entusiasmo, dieron al demonio todo lo que había sido hallazgo y renovación. Como ya dijimos, la Filosofía, en sí misma, es utilísima y preciosa; pero, sin el temor de Dios, va sin timón ni lastre á romperse contra muchísimos escollos.

Apenas comenzó el siglo XVI se dejó sentir una casta de filósofos como los que hoy se llaman *materiaлистов*. Eran realmente unos medio-sabios, que, empezando á gustar algunas novedades curiosas, se ardieron en el ansia de obtener otras

de más peligro. Fastidiados de la sencillez del Evangelio, se convirtieron á las fábulas del gentilismo, y les era muy grato hablar y enseñar como aquellos filósofos griegos y romanos que no oyeron cosa alguna de Jesucristo. Las costumbres paganas á que se abandonaban les inducían á negar aun aquellas verdades que no negaron los mismos pueblos gentiles. Despreciaban la inmortalidad del alma, la vida futura, los premios y suplicios eternos, el último y terrible Juicio; y, si hubieran podido negar la muerte, hubieran acabado con todos los *Novísimos*.

En el año 1513, por el mes de Diciembre, al celebrarse la octava sesión del Concilio Lateranense, en el primer año del Pontificado de León X, se creyó necesario hacer frente á un mal que pocos desconocían porque se iba esparciendo en muchos libros que, con el gusto y estilo de la filosofía corriente, andaban en manos de todos. En dicha Sesión, habiendo quedado solos todos los Padres que tenían voz definitiva en el Concilio, el Arzobispo de Gnesne, Orador del Rey de Polonia, leyó desde el púlpito el siguiente Decreto:

«No podemos recordar sin mucha pena, que en nuestros días el enemigo del género humano, sembrador de cizaña, no deja de sembrar y fomentar en el campo del Señor perniciosísimos errores, siempre reprobados entre los fieles. Algunos, filosofando temerariamente, en especial acerca de la naturaleza del alma racional, afirman que, al

ménos, según la Filosofía, es mortal y única en todos los hombres; por lo que condenamos y reprobamos (aprobando nuestra sentencia este Santo Concilio) á todos los que afirmen la mortalidad del alma y su unidad en todos los hombres; y también á todos los que pōnen en duda lo que en ese artículo tiene la Fé Católica; porque además de haberse decidido en el Concilio General de Viena, consta manifiestamente en el Evangelio donde dice el Señor: *Y no podrán matar al alma.* (1) Y en otro lugar: *El que aborrece á su alma en este mundo, la reserva para la vida eterna.* (2) Y en las promesas que tiene hechas de premios y suplicios perdurables para los que há de juzgar después de esta vida; y porque de otro modo ni la Encarnación, ni la Resurrección, ni los demás misterios de Jesucristo nos aprovecharían; y los santos y los justos (según el Apóstol) serían más miserables que todos los demás hombres. Y como NUNCA LA VERDAD NATURAL PUEDE CONTRADECIR A LA VERDAD SOBRENATURAL; condenamos como falsa y herética toda aserción contraria á la verdad de la Revelación, y definimos que la doctrina que se opone á esta es falsa; y prohibimos severamente dogmatizar en

(1) Math. cap. 10.

(2) Joann. cap. 12.

contrario. Además de esto, mandamos á todos y á cada uno de los filósofos, que enseñan públicamente en las Universidades, ó en otra parte, combatir las opiniones que se apartan de la Fé, como la mortalidad del alma, su unidad, la eternidad del mundo y otras semejantes; como también que, todos los que deben enseñar, se instruyan en la filosofía más conforme á la Religión Católica; y procuren con el mayor estudio disolver los sofismas de los expresados filósofos impíos.»

Después se manda en el mismo Decreto que todos los ordenados *in Sacris*, concluido el estudio de la Gramática y Dialéctica, no se detengan más de cinco años en el estudio de la Filosofía, sino que se apliquen al de la Teología y Disciplina Eclesiástica, para que con estas profesiones sagradas y útiles, sepan purgar los vicios de la Filosofía; y por último, se ordenó que este Decreto fuese leído é intimado bajo Santa obediencia, cada año, á tiempo en que se abren los estudios.

Todos los eruditos están de acuerdo en que los errores de los filósofos que aquí se condenan, habían sido sacados de los libros de Pedro Pomponacio. (1) Este filósofo nació en Mantua en 16 de Septiembre de 1462. Dicen que era tan pequeño de cuerpo que, según Moreri, podía ser Rey de

(1) Fleuri Hist. Eccl. lib. 123, no. 132.—Sianda, Lexic. Polemic. art. Philosophi Gentilizantes.—El Ilmo. S. José Bibliograf. critic, Verbo; Pomponacius.

los enanos. No obstante, su talento era sobresaliente. Enseñó primero en Pádua filosofía con grande reputación, teniendo por discípulo á Paulo Jovio y por competidor á Alejandro Aquilino. Las guerras de los venecianos le obligaron á retirarse á Bolonia. Allí publicó un libro titulado *De la inmortalidad del alma*, que, en opinión de algunos, más propiamente debió titularlo, *De la mortalidad del alma*; porque en dicha obra pretendía desacreditar nuestra inmortalidad, ya por que, decía, no creyeron en ella los filósofos, ó por que no se halla prueba alguna demostrativa de tal dogma; sino que ese era un artículo solamente recibido por la Sagrada Escritura y definición de la Iglesia. Este libro disgustó á muchos. Contarini lo refutó, y otros muchos sabios dijeron que era una obra realmente impía.

El Cardenal Bembo protegió á Pomponacio, y éste le nombró Juez, ó más bien, *conservador*. Entonces declaró el mismo Cardenal que el libro de Pomponacio debía explicarse en sentido sano. (1) No sé si el Cardenal alegó otra causa, fuera de esa mala protección; pero el caso es que perdió su buen crédito, sin que Pomponacio ganase por esto el que á sí mismo se había quitado; y que algunos autores hacen muy mala memoria de

(1) Theoph. Rein. de bonis et malis libris, lib. 16. n. 43. — Moreri art. *Pomponacio*. — Le Noble: Pintura de Pomponacio.

aquel Cardenal. Naudeo, siempre celoso en defender la opinión de los varones ilustres (1) y enemigo de que se les atribuyan con lijereza sospechas de impiedad, no duda cuando se trata de contar entre los ateos al Cardenal Bembo después de Pomponacio. (2) Otros autores, aun protestantes, colocan á Pedro Pomponacio entre los más conocidos ateos como Vanini, Hobbes y sus colegas. (3)

Dicen algunos que aquel libro *De la Inmortalidad del Alma* fúé quemado por el Senado de Venecia. (4) Fleuri y Moreri, parece, le defienden así de este como de la nota de ateo. La razón que aducen está concebida en unas mismas palabras, y consiste, en que los inquisidores romanos permitieron una segunda edición de él; mas esto no vale; porque bien podía el mismo libro correr una fortuna en Venecia y otra en Roma, como se ha visto en otros muchos; y por otra parte, el permiso de los inquisidores debió ser para que el autor reimprimiese su libro purgado de los errores que en muchos lugares se le habían notado, y que pudieron merecerle desde luego las llamas en Venecia donde no tenía un protector como Bembo.

(1) Naud. Apolog. pro claris viris de Magia accusatis.

(2) Id. in Naudeanis. edic. de Amsterdam, 1702.

(3) Thomas Philpps. Hist. del Ateismo impresa en Londres, 1716.

(4) Silvest. lib. 5.º de Striquinayis. c. 5.º

Pomponacio agravó las sospechas con otro libro titulado: *De los Encantamientos* (1) que publicó después. En él se mostraba materialista ó ateo. Negaba los demonios y toda clase de espíritus, así como toda obra sobrenatural hecha por ministerio de los ángeles ó de los diablos. Todo lo quería explicar por virtudes naturales, y para decir algo más, acudía al influjo de las estrellas. Juan Pico Mirandulano afirma (2) que este libro probaba muy bien que su autor no era filósofo ni tampoco cristiano. Renovó el imperio del Hado en otra obra que particularmente dirigió á este asunto, y así excluyó la concurrencia de Dios á nuestras acciones y la Providencia divina, de la cual nos quiso hacer independientes.

Finalmente, Pomponacio, después de haber ocasionado tantas disputas, y después de haber obscurecido su nombre y él de los que quisieron sostenerle, hizo penitencia, según dicen, de sus escándalos, y murió en Bolonia el año 1525. (3)

Aunque fuese contra su intención, él dió principio á la secta de los *filósofos gentilizantes*, que por esto llevaban también el nombre de *pomponacianos*. Esto debe hacer muy advertidos á los literatos para que eviten que otros yerren por causa de

(1) *De incantationibus.*

(2) Pico. Miran. lib. 6. vers. singul. Bertam.

(3) Pal. Jov. in elog. Doctor. cap. 71.

ellos ó en su nombre. Tenemos bastantes escarmientos de lo dicho en los nicolaitas, luciferianos y jansenistas. El empeño de los filósofos *pomponacianos* ó *gentilizantes*, era, según Sianda (1) hacer solamente caso de la luz natural, y con ella discurrir y definir, elegir y reprobear en todo negocio de Religión. (2)

Este mismo es hoy el sistema de los deistas, llamados *naturalistas*. Puede muy bien dárseles por jefe á Pomponacio en lugar de Gregorio Pauli. El nombre de *filósofos gentilizantes* es el que mejor sienta á los deistas. Todos son unos verdaderos idólatras en las costumbres, en las leyes, en las opiniones y en las ideas filosóficas del paganismo que son las que profesan. Solo allí encuentran héroes sublimes y sabios perfectos, mientras que nada les gusta de los Santos Padres de la Iglesia Católica. Su deseo es dar la última mano á la Reforma de esta, que ha de vivir *more castrense*, para concluir de disipar cuanto pueda oler á la doctrina celestial de Jesucristo, y acabar de convertirnos á las fábulas de los paganos.

El modo que tenía Pomponacio para impugnar la inmortalidad del alma es absolutamente el mismo que hoy tienen los deistas, materialistas y ra-

(1) Sianda art. *Philosophi gentilizantes*.

(2) Exactamente lo mismo que hacen el liberalismo, racionalismo y toda la impiedad de nuestros días. —N. E.

cionalistas. Fingiendo estos una modestia particular, dicen que es temerario pretender la demostración de unas verdades que no pueden caer bajo el dominio de nuestras propias luces. «Esos artículos, dicen, los debemos únicamente recibir por la Revelación, y ser ella para nosotros bastante.» Mas este correctivo que quieren oponer á la humana curiosidad, es lo que más falta les hace á ellos mismos, y lo que más lejano se halla de su aprecio. ¡Que es bastante la Revelación! Pero si no creen en ella ¿por qué la invocan? No tienen respeto alguno para la Sagrada Escritura ni para las verdades reveladas; no reconocen otra cosa que la idolatría de la Razón. «En la Escritura (dicen por otra parte) no se han de buscar verdades físicas ni metafísicas. En la Biblia debemos aprender á ser mejores; pero no á conocer á la naturaleza.» (1) Esto lo dicen después de acusar á la Escritura de tener errores contra la Filosofía, ¡cómo si, antes bien, la Filosofía no debiera corregirse por la Escritura!

El citado Concilio general Lateranense penetró desde luego la malicia de los *filósofos gentilizantes*. La clavó, y la dejó confundida con esta palabra: DE NINGUNA MANERA LA VERDAD PUEDE CONTRADECIR Á LA VERDAD. (1)

(1) Voltair. Elem. de Newt. pag. 104.

(1) *Cumque verum vero minime contradicat.*

¿Cómo pudiera ser que la Escritura, revelada por el Espíritu de verdad, contuviera alguna proposición contraria á la verdad, aun en el orden natural? ¿Es uno el autor de la gracia y otro el de la naturaleza? El Maestro de la Divina Teología ¿es otro que el de la ciencia natural, ó Filosofía, para que puedan seguir diversas y aun contrarias sentencias? Voltaire y los deistas no saben ni una palabra de Filosofía, ni de Escritura cuando pretenden culpar al Texto Sagrado de errores contra los buenos principios filosóficos. Es verdad que la Biblia no es uno de tantos sistemas vanos y caprichudos donde se quiere explicar la naturaleza de las cosas; pero lo que fué preciso decir en ella acerca del principio del mundo, del origen de las naciones, de la doctrina de los tiempos y otros pormenores de la naturaleza universal, estas cosas se han dicho allí por el mismo Autor que las hizo. ¿Las conoce menos el Criador, que estos miserables filósofos que no saben siquiera donde están de pies? Si Él que es Señor de la vida y de los años me los concede, con los demás auxilios, y se sirviere de este trabajo, daré á luz *La Verdadera Filosofía*, sacada de la Escritura y comprobada por la experiencia. (1)

(1) Desgraciadamente para la causa de las letras españolas y de la Religión, el P. Ceballos no pudo realizar su intento de publicar *La Verdadera Filosofía*, por haber fallecido, víctima de las contradicciones y persecución de sus adversarios, al año siguiente de haber concluido en Lisboa la 3.^a edición de LA FALSA FILOSOFÍA que ahora ofrecemos al público ilustrado. N. E.

La maligna é hipócrita modestia de los deistas y filósofos gentilizantes que no quieren reconocer con la luz de la razón la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma, la creación del mundo y otras verdades que son del orden natural, á título de que también se nos ordena creerlas como de Fé, la disipa el mismo Concilio mandando que todos los profesores de Filosofía apliquen su talento á la demostración de la credibilidad de estas verdades. (1)

Uno solo, entre todos los Padres que componían aquel Concilio general, reclamó contra esta parte del Decreto, diciendo no estaba conforme en que se mandase á los filósofos enseñar y persuadir las verdades que son de Fé. (2) Se engañaba, y no entendía el espíritu del Concilio. No daba este á los filósofos la misión de enseñar y predicar la doctrina de la Religión. No quería confundir el orden de los teólogos con el oficio de los filósofos. Sólo mandaba y exhortaba á estos, á que sirviesen con su filosofía á la Religión; y comprobasen, con sus conocimientos humanos,

(1) *Teneantur veritatem Religionis Christianæ omni conatu manifestam facere, et persuadendo pro posse, docere, ac omni studio hujusmodi Philosophorum argumenta, cum omnia solubilia existant, pro viribus excludere at que dissolvere.*

(2) *Apud Labbé tom. 14 collectionis Concillior. á pag. 188.—Pater Dominus Thomas... dixit, quod non placet secunda pars Bullæ præcipiens philosophis, ut publicè persuadendo doceant veritatem fidei.*

aqueilas verdades que parten límites entre una y otra facultad, y no las desmoronasen y las dejasen ir cada una por su lado. Este es el objeto que tendrá la segunda parte de mi Aparato, donde se verá demostrado cuanta obligación y sumo interés tienen los filósofos en servir con su ilustración, y con sus argumentos y razones á la defensa de la Doctrina revelada.

Con lo dicho hasta ahora se prueba que muy enlazadas y estrechamente reunidas se hallan las diferentes sectas de quienes hemos hablado; y se justifica lo que muchos sostienen diciendo que los *impíos, deistas, liberales, indiferentes, naturalistas, protestantes, materialistas, racionalistas y ateos* son nombres *sinónimos*, al menos de parte de los sugetos á quienes convienen y se aplican. (1)

Todos ellos reconocen también la misma antigüedad, el mismo origen, los mismos errores, el mismo carácter y las mismas costumbres. No se arriesgaría demasiado quien pensara que la relación introducida en el Cristianismo y el abuso de la Filosofía han fomentado los gérmenes y la prosperidad de aquellas sectas cuyas semillas se

(1) Nonot, tom. 2.^o de los errores impugnados, cap. 3, N. 6. —P. Sian-da, Lexicæe Polemic. art. *Dista*: Quapropter deiste libertini, indiferentes et philosophi sunt nun cupati.

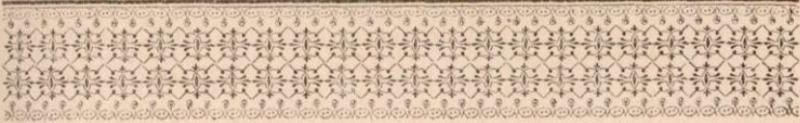
habían arrojado á las entrañas de los pueblos mucho antes; pero casi á un mismo tiempo las de todas. Las perversas disposiciones que el Cardenal Juliano observaba en los ánimos antes de la Revolución, engendro funestísimo de la infernal Reforma, justifican la sospecha. Por todas partes observaba aquel celoso Cardenal, y lo avisaba al Pontífice Eugenio IV, que hervía la disolución, el libertinaje, la curiosidad, la novelería, el ningún respeto á las cosas sagradas, y que daban color y ocasiones á cuadros tan horribles los excesos del clero, especialmente en Alemania. Por todo eso, presentía el dicho Prelado que estaba para nacer alguna cosa muy trágica del espíritu de los hombres. Y por otro lado, como acabamos de ver, la *falsa-filosofía* preparaba y ensayaba y aguzaba sus armas para combatir á la Religión. En tan propicias circunstancias para el Infierno, levantó Lutero su bandera contra la Iglesia de Jesucristo; y, al momento, una infinidad de libertinos, de falsos filósofos y de impíos vieron llegada la ocasión de declararse y vociferar y propagar con el mayor descaro y cínico alarde toda la hediondez de sus sistemas y toda la repugnancia de su malicia.

Allí fué el despertar y el revivir de las semillas del Deísmo, del Arrianismo y del Socinianismo, cuyo carácter es muy poco diverso del de los filósofos gentilizantes que siguieron á Pomponacio.

Hemos notado que los antiguos arrianos se lla-

maron también *filósofos*, especialmente *aristotélicos*; y que así los llamaba San Epifanio por lo argumentador y silogizante que era Arrio, y debemos repetir que los nuevos arrianos, ó sea los socinianos, y los deistas, materialistas, etc., se diferencian solamente en los nombres; pero todos son unos mismos *falsos filósofos*. Todos respiran el mismo espíritu; y para conocer la historia de cada uno, es necesario observar la de todos, y se verá entonces como todos se hallan en una misma impiedad conformes. Baste lo dicho para la *conjetura*, si no puede llamarse *historia*, de estas sectas cuyas perversas máximas pretendo disipar.





CAPÍTULO V.

ES NECESARIO, Y AL MISMO TIEMPO DIFÍCIL, ESCRIBIR
Y HABLAR CONTRA LAS DICHAS SECTAS.

SIN necesidad y utilidad no tiene objeto el escribir muchos libros. El mundo, que fué criado por la palabra, debía siempre ser instruido por la palabra impresa en nuestros corazones. Hasta el tiempo de Moisés no se escribió la Ley en tablas, ni se redujeron á la escritura las tradiciones y verdades fundamentales. Esta fué también la práctica de todos los pueblos que hasta mucho después de aquel Patriarca no tuvieron libros.

Jesucristo, Palabra del Padre, que vino á informar y á reformar al universo, no dejó escritura alguna de su propia mano. «Como Sapientísimo

Eclesiastés (1) enseñó al pueblo, y le expuso las mismas cosas que había hecho, y compuso muchas parábolas. Usó de palabras útiles, y dictó sermones rectísimos, y llenos de verdad. Las palabras de los sabios son como estímulos y clavos profundamente fijados, que por el consejo de los maestros son dadas por un solo Pastor.»

Esta fué la conducta de los apóstoles, poderosos en la obra y en la palabra; pero poco solícitos en componer libros. De siete apóstoles no quedó absolutamente ningún escrito; y los que escribieron, se ciñeron á lo más necesario, cuando pudieron decir tantas cosas de lo que habían visto y oído, que, si estuvieran escritas, el mundo estaría lleno de estos libros. Los primeros cristianos imitaron esta moderación. Clemente de Alejandría en un pasage citado por Fleuri (2) dice: «Los antiguos nada escribieron, ó por no consumir en esto el tiempo que necesitaban para instruir á muchos, ó porque apenas les quedaban momentos libres para pensar en lo que debían predicar. Quizás también porque creían que son muy raros los que poseen la robustez, la penetración y la facundia necesarias para escribir. Las palabras corren fácilmente, y desaparecen de los ánimos de aque-

(1) Ecles. cap. 12. v. 9. 10. 11.

(2) D. Clems. Alex. ex scripto n. 27. En Fleuri al Prefacio de su Historia p. 28. edic. de Agosto, año de 1768, versión latina.

llos que las oyen; pero los escritos quedan sujetos al riguroso examen de los que leen.

Por estos escollos que tienen los escritos, debe suponerse en ellos siempre la necesidad ó la utilidad; y, con más razón, desearse estas condiciones en aquellos libros que contienen apologías de la Religión ó de otras verdades. Si no son necesarios, serán perjudiciales y vanos todos los libros de controversia. Vanos, porque no tiene objeto defender lo que nadie contradice. ¿De qué sirve poner en tela de juicio la posesión de lo que nadie nos disputa? El que combate sin ser provocado, es un loco que se pelea con su sombra. La Fé es tan confiada como sencilla. Supone que debe ser creída por su verdad y por la legitimidad de sus testimonios. No disputa sino cuando se la quiere arrojar de sus propios términos.

No hubo en la Iglesia apologías mientras no hubo hereges é impíos que la impugnaron. Este motivo justificó las obras apologéticas que escribieron en defensa de la Religión Cuadrato, Aristides, Atenagoras, Meliton, Ireneo, Tertuliano y Lactancio. Verdaderas apologías son las que, antes de estos, escribieron San Pablo en su carta á los colosenses contra los falsos apóstoles y vanos filósofos, la Epístola canónica de Santiago, contra los que impugnaban la necesidad de las buenas obras, la segunda carta de San Pedro contra los falsos profetas y doctores que para su perdición y la del pueblo abusaban de las Escrituras, y espe-

cialmente de los puntos difíciles que hay en las epístolas de San Pablo. Una brillantísima apología es el Evangelio de San Juan para defender la Divinidad de Jesucristo, que negaban Evion y Cerinto (1) y ahora niegan los deístas y demás sectarios de nuestro tiempo. Las epístolas de este Apóstol deben considerarse como apologías exigidas por la necesidad de las Iglesias. (2).

Una de las principales calumnias que obligaron á los primeros Padres á escribir en defensa de la Religión, fué el crimen de blasfemia contra Dios y, de lesa Magestad contra los césares, de que los impíos en aquella época acusaban á los primeros cristianos, á fin de provocar contra la inocencia de los fieles la ira de los emperadores y del Senado, que más bien, por cierto, la merecían los mismos calumniadores. Tertuliano ocupa la mayor parte de su Apologético en desvanecer esas falsas acusaciones; y desde el capítulo 28 hasta casi el fin del libro demuestra la sumisión y el respeto de los cristianos para con los césares. En el capítulo 42 rebate otra queja contra los mismos cristianos, á quienes pintaban como inútiles para

(1) S. Irin. lib. 3. Cap. 1.—Epiphan. hæres. 51. n. 12.—Fleuri hist. lib. 2. P. 55: Propositum sibi maxime in Evangelio hæreticos, velut Evionem et Cerinthum Jesu-Christi divinitatem negantes, confutare.

(2) Fleuri ibid: Contra eosdem errores suas etiam scripsit epístolas.

el comercio y para todos los actos de la vida civil. (1)

No fueron, por dichas razones, aquellas apolo-
gías perjudiciales, ni vanas. Si no las hubiese jus-
tificado una necesidad tan manifiesta, hubieran
sido, en efecto, perjudiciales tanto á la Fé como á
los fieles. A la Fé: porque sería hacerla sospecho-
sa el pretender acreditarla de segura para la tran-
quilidad del Imperio, sin que antes hubieran pre-
cedido calumnias de esa especie, toda vez que se
engendran vehementes sospechas de culpabilidad
cuando se dan escusas sin pedir las. A los fieles: por
que á un pueblo sencillo y que cree en paz, le con-
viene no saber que hay incrédulos, y no oír los
sofismas de que estos se valen. Sin embargo, y á
pesar de estos inconvenientes, las apologías son
un remedio necesario cuando se ofende é insulta
á la Religión con escándalo.

Y ¿quién ignora yá cuantos insultos padece la
Fé Católica en nuestros tiempos? ¿Hubo jamás
una plaga tan grande de libros, periódicos y fo-
lletos impíos, que, cual nube de langosta, vuelan
desde un reino á otro, penetrando hasta el nues-
tro, á pesar de las leyes más santas del Estado? (2)

(1) Tert. Apologt. cap. 42: At ecce novam contra nos quærelam. Vitæ humanæ comercio inútiles dicimur; ¿quo argumento?

(2) No se pierda de vista que eso era hace un siglõ, en vida del P. Ceballos. Lo que hoy tengan de santidad nuestras leyes actuales de imprenta, queda al prudente juicio de los lectores. N. E.

Por muchos que prohiba el Santo Oficio todos los días, quedan infinitas publicaciones sin expresarse en las condenas, ó por falta de tiempo para examinarlos ó por no haber noticia de ellos ó por otros inconvenientes que he tocado. La lengua francesa se ha hecho vulgar entre nosotros, y en ella se traducen los libros malos y buenos que se producen en otros idiomas. Este es uno de los medios por donde se ha propagado el contagio de unas partes en otras de Europa y sería ya una insensatez lisonjearnos de ser mejores que los otros. Es muy triste avisar al enfermo su peligro; pero es necesario, para que no perezca sin remedio y sin estar prevenido. Lo contrario sería hacer traición á nuestra patria y á nuestra Fé, principalmente de parte de los que somos ministros del Señor y de su Iglesia. Se podría temer que en este caso se dijera á España por culpa nuestra: «Tus profetas vieron en tí doctrinas falsas y necias, y no hicieron manifestación de tu maldad para provocarte á penitencia. Te aplaudieron con las manos los que miraban de paso, y decían: Esta sí, que es la ciudad de lo bello, y el gozo de toda la tierra.» (1)

La frecuente comunicación con personas extranjeras y al mismo tiempo enemigas de la Iglesia Católica, contagia también esa mala licencia

(1) Jerem. Trenor. cap. 2. v. 14. 15.

de hablar y de leer. Sin temor á las censuras eclesiásticas, y sin mucha ni poca ciencia, leen algunos, y aun algunas, libros que, dulces en la expresión, llevan la amargura y el veneno en sus entrañas. Luego, se eructan en las conversaciones mil frases, burlas y chistes que una desgraciada frecuencia nos las hace menos horribles. El niño, el joven, la mujer y una multitud de gente libertina y en absoluto ignorante del Catecismo, examinan puntos de Religión que sería necesario dejar á los teólogos y á los muy peritos en las leyes y cosas eclesiásticas. Se trata y se decide sobre las obligaciones del Santo Matrimonio; se le compara y prefiere á la virginidad y al casto celibato; pero se le pospone á la vida libre y al celibato filosófico. En cualquiera conversación se habla y se resuelve acerca de la utilidad y mérito del Sacerdocio y de todos los públicos oficios.

En los libros de Derecho se buscan unas fuentes, ó mejor dicho, cisternas, más apropósito para sepultar á la Autoridad humana, que para constituir y consolidar sus fundamentos. Se examina la potestad de los príncipes y magistrados. Se detesta la pena capital; y se miran con malos ojos todas las otras penas legítimas y todo el uso de su alto imperio. En medio de eso, tienen la osadía de acusarnos á los católicos de ser enemigos de la República, de inútiles para el comercio de la vida civil y de perjudiciales para toda sociedad. Esto hace necesario, aunque penoso, reproducir las

demostraciones que hicieron en otro tiempo los Santos Padres consultando á la santidad y utilidad de la Religión. Esto nos obliga á desvanecer los enredos y sofismas con que todos los que nos calumnian diciendo que somos perjudiciales al Estado, quieren turbar y turban la paz de muchos estados, como se hace cada día público en periódicos y folletos. Es sumamente sensible leer tanta relación de conspiraciones y tumultos cuyos ejemplos hacen daño á pueblos que, aunque fieles, tienen en sus pasiones la raiz de toda desobediencia. «Es inutil y casi siempre dañoso (dice un escritor moderno) dar á conocer con toda su asquerosa realidad á un pueblo sumiso, que hay rebeldes; y, al mismo tiempo, exponerle el modo en que pretende justificarse la rebeldía. El número de los espíritus falsos y de los corazones perversos es tan grande en todos los países del mundo, que el mejor medio de contener á los hombres en su deber, es dejarles en la ignorancia de que pueden sustraerse del yugo de la Autoridad legítima». (1)

No está en manos de ningún hombre impedir esos libros y periódicos inmorales y revolucionarios que con inaudita profusión se derraman por los materialistas, racionalistas, deistas y falsos filósofos, bajo el pretexto de instruir é ilustrar á

(1) Mr. L' Abbé Troublat Journal Chretien.

los pueblos. Por lo mismo, no queda otro recurso á los ministros de la Religión, que tomar la pluma y la palabra para contrarrestarlos, desvanecerlos y confundirlos. Esta es la ocasión de responder á sus argumentos, no precisamente para que ellos mismos se convenzan, lo que es cosa árdua, sino para que el pueblo fiel no se escandelize, ni tropiece en sofismas, que son en la apariencia probables.

A una ocasión como la presente, debemos las lecciones de obediencia y de paciencia que nos dieron Jesucristo y los Apóstoles. Cuando la Sinagoga iba á concluir, había entre los hebreos un hombre llamado Judas, y por apodo Galileo ó Gaulionista, que propagaba doctrina revolucionaria diciendo, que no había más Señor ni Rey que Dios; (1) y que debía despreciarse todo otro señoría y reino político. (2) Se discutía esa cuestión entre los judíos, y acordaron estos acudir á Jesucristo para tentarle diciendo: *¿Es lícito pagar el tributo al César?* Para si decía que sí, acusarle de que ofendía á la libertad prometida por Moisés; y si decía que no, hacerlo por esta causa odioso al César, y acusarlo de crimen contra la Magestad del

(1) ¿Quién no vé en esto el modo de hablar que se estila en nuestros días? N. E.

(2) Flav. Joseph. Antiquit. lib. 18. cap. I. et lib. 7. de Bello cap. 29 et 31.—Et D. Hieron. in cap. 2. Epist. ad Titum.

Emperador. Había dicho el Señor que venía á dar á los hombres perfecta libertad (1) refiriéndose únicamente á la libertad del yugo del pecado y tiranía del demonio; pero los judíos que habían oído aquellas palabras, y no las entendieron, confiaban en que podrían confundir á Jesucristo, poniéndole entre los revolucionarios que negaban la obediencia á los reyes y príncipes de la nación; pero Jesús rechazó la calumnia con una palabra que responde á cuantas en la serie de los siglos se han pronunciado contra los cristianos: *Dad al César, les dijo, lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.* Contra los mismos errores escribieron San Pablo su carta á los romanos (2) y San Pedro la suya primera. (3) San Justino en su Apologético (4) y San Clemente de Alejandría en su libro *Stromata* (5) dicen que, como los primeros Apóstoles eran galileos, tomaron ocasión los impíos para confundirlos con el mencionado Júdas Galileo, y acusarlos del mismo crimen; lo que fué cau-

(1) Joan. cap. 8. Si ergo vos Filius liberavit, veré liberi estis.

(2) Véase cap. 13. ad Rom.

(3) Subjecti estote omni humanæ creaturæ propter Deum: sive regi quasi preexcellentis: D. Petr. 1.^a epist. cap. 2. v. 13.

(4) Just. Mart, Apologt. 2.

(5) La palabra *Stroma* es griega. En rigorosa significación quiere decir tapete, alfombra ó paño en que se hallan dibujadas varias figuras. Por metáfora tituló San Clemente *Stromata* un libro en que trata de varias cosas. Equivale ese nombre á lo que nosotros llamamos *Varietades*. N. E.

sa para excitar la persecución contra los cristianos, aplicándoles todo el rigor de las leyes.

Por esto impugnaron vigorosamente ese error y calumnia el mismo San Justino, Tertuliano, San Irineo y otros Padres. Los testimonios que en el curso de esta obra es preciso copiar de los libertinos y demás hereges modernos, justifican lo necesario que es repetir la doctrina de la verdad, y hacer ver todo el empeño que tienen las sectas por sacudir la sujeción legítima á los reyes, príncipes, magistrados y toda clase de gobierno.

La dificultad de combatirlos es tan grande como la necesidad. La Religión verdadera no puede fundarse dignamente más que en las Sagradas Escrituras y en toda palabra de Dios. Pero, como estos impíos, que se llaman filósofos, rechazan los misterios y los dogmas de la Fé, no se les puede contestar con la Escritura, ni con la Tradición, ni con toda la doctrina de los Concilios, ni con la de toda la Iglesia, ni con ninguno de los documentos con que se prueba la palabra de Dios. Los impíos igualmente desprecian los testimonios divinos que al mismo Dios. Son execrables las blasfemias que pronuncian cuando discuten acerca de cualquier principio de Majestad.

Si les aducimos razones poderosas, fundadas en la justicia natural, y en los principios de Derecho universalmente recibidos, les es muy fácil evadirse con unas palabras de ironía ó con unos chistes que agraden á los que leen ú oyen; y la cuestión

concluye en risa. Ni los principios de todo el género humano, ni el consentimiento de todos los hombres, les hacen tampoco fuerza. Desprecian lo que es general porque dicen que es vulgar; y desechan todo lo que es antiguo porque dicen que son preocupaciones añejas. Estudian el arte de divertir á un público completamente demoralizado y liviano; y en esto ya tienen una grande ventaja sobre los más graves teólogos y los más entendidos filósofos, que jamás se ocuparon en lisonjear á una plebe bárbara, ni en alhagar sus inmundas pasiones; así es que ganan entre ella facilmente mucho partido, y se pierde la causa del bien al instante en que queda sometida al número de votos.

¿Pues con qué armas combatiremos á estos nuevos enemigos que para insultar son gigantes, y para recibir los golpes son fantasmas que nada les hace fuerza? Verdaderamente podemos decir ahora que *el Señor eligió un nuevo género de guerra para su Iglesia.* (1)

Entre los medios humanos no quedan otros que tomar sino los que ellos nos dejan. Ellos dicen: «Lo que vale es la luz natural, la razón filosófica, los poetas, los oradores paganos, y, sobre todo, lo que nosotros decimos».

(1) Judic. cap, 5. v. 8.

Así no extrañarán los teólogos que en estos libros no me valga siempre de la Sagrada Escritura, ni de la doctrina de la Iglesia, para probar las verdades de la Religión, especialmente cuando se dirijan á los que las niegan; porque no haríamos otra cosa con proponerles toda la Biblia, sino exponer los testimonios divinos á un desaire, y, como se dice, echar el Santo á los perros. En esta disputa es necesario, como decía Tertuliano, filosofar, retorizar y aun gentilizar para confundirlos con los mismos testimonios de los escritores gentiles.

Aun en estos medios, que son los que ellos nos dejan, son poco constantes para consigo mismos; porque en ninguna máxima, en ningún principio, en ninguna posición se quedan por mucho tiempo. Se mudan con lijereza de una á otra parte, y nos engañan. Si se trata de la espiritualidad del alma, y se ven apretados por la Filosofía, se transforman estos proteos (1) en aparentes cristianos, y dicen que estas verdades sólo se han de creer por la Revelación. Si se alegan las Sagradas Escrituras, las

(1) Protheo era un diós gentilizo á quien suponían hijo de una bestia marina y que tomaba, según la ficción de los paganos, cuantas formas quería. Unas veces andaba en el agua, otras en el fuego. Ya era pez, ó ya pájaro, ó bien león, mosquito, rana, perro, gato, y todo lo que conducía á su comodidad perfecta.

Para la exactitud de esta nota puede consultarse el capítulo 8.º de las *Metamorfosis* de Ovidio. N. E.

sujetan todas á su enferma razón. Sus mismos dichos y opiniones varían continuamente, y niegan en un momento lo que poco antes afirmaban. El argumento que se llama *ad hominem*, no puede emplearse contra estos *filósofos*, porque no creen nada, ni á su misma palabra.

Estas consideraciones me obligan á cambiar de dirección, y hablar más veces de ellos que con ellos. Serían inútiles las razones directas. De nada serviría refutarlos con argumentos apropiados. El remedio es alzarles la careta, y presentarlos, tales como son, ante los reyes, ministros, magistrados, y ante todos los hombres de bien, para que se vean sus tendencias enemigas de toda autoridad legítima, y de toda administración de justicia.

El método que, hasta ahora, han seguido los escritores italianos y franceses para argüir á los nuevos impíos ha sido probarles la verdad de la Religión cristiana, deteniéndose en la Revelación, en los misterios y en el Símbolo. Al propio tiempo se han hecho cargo de los sofismas que los ateos, deistas y falsos filósofos aducen contra la Divinidad de la Escritura y contra la *infalibilidad* de una regla á que todos los racionales deben someterse.

De nada sirve referir sus discursos más peligrosos, ni dejarlos hablar demasiado. La contestación que merecen los impíos no es tan seria, porque son vanos sus argumentos. Se ha dicho en griego, en hebreo, en latín, en francés, en alemán, en

portugués, y en todas las lenguas vivas y muertas, cuanto puede objetarse á los deistas, materialistas, y filósofos herejes y anticristianos. Pero lo malo es, que á ellos no les hacen fuerza alguna esos argumentos; antes bien, se jactan de haber sacudido el yugo del cristianismo, y de parecer gentiles. Por consiguiente, los dichos trabajos quedarán con menos éxito que merecen.

Yo reflexionaba con pena acerca de esos descaminos por donde se adelantan los impíos, y buscaba otro medio que les hiciera más impresión, y pudiera serles más útil, cuando se me ofreció el que abrazo y sigo. Este medio no consiste en el empeño de probar que ellos son impíos, herejes, pecadores y libertinos. Esto debe suponerse desde su propio título; y ellos mismos se honran en llevar esos nombres con un descaro miserable. Tienen por ninguna cosa el *Pecado*; y con un juego de voces, cuya propiedad ignoran, afectan tener horror solamente al *Delito*. No me detengo en demostrar el necio abuso que hacen de esta cavilosa distinción de vocablos, donde su nariz chata no percibe el olor del Escolaticismo. Lo haré en otra ocasión; y ahora me dejaré ir detrás de su extravagancia para demostrarles, que ellos son reos públicos, no de cualquier *delito*, sino del que pueda creerse más horrible de todos, cual es el *crimen de Estado*; porque las constituciones y doctrinas de su secta son enemigas y contrarias á los reyes y á todas las autoridades establecidas por

Dios sobre la tierra; porque los principios de sus sistemas, tienden á disipar las sociedades, y á impedir el régimen y la tranquilidad de las familias; y, en fin, porque son los enemigos acérrimos y comunes de la humanidad, y quieren destruirla desde la cúpula hasta los cimientos.

Este medio de lucha contra ellos les duele más, y es más conducente á evitar sus golpes é impedir que logren sus nefandos propósitos. Cuando me dirija á los príncipes y magistrados, téngase presente que yo hablo en general. Sé muy bien que en el juicio de los magistrados sincera y verdaderamente católicos, no se prefiere ningún interés al de la Santa Religión; pero en el de otros, que no lo son tanto, pesa este menos; y se dejan mover solamente por los intereses de la tierra. Es tal por desgracia la disposición de la mayor parte de los hombres en nuestra época, que, aunque se llaman cristianos, les importan y aprecian y consideran más, muchísimo más, las cosas temporales, que las eternas. Según esto, es necesario y conforme á la conducta de Jesucristo, hablarles primero de cosas terrestres, para llevarlos después á estimar las celestiales. (1)

No hay tampoco medio que haga fuerza á los

(1) Si terrena dixi vobis, et non créditis: quomodo si dixero vobis caelestia credetis? Joan. cap. 3. v. 12.

mismos impíos y libertinos, como este de probarles que son reos de todas las leyes humanas.

Un filósofo, que, bajo el nombre del Abate *Bacin*, se quejaba contra los censores de sus malos libros, confiesa que de ninguno se sintió tan mal herido como de cierto Prelado que le arguyó de ser mal vasallo y sedicioso. «Los otros censores (dice) se habían contentado con pintarme como á un mal cristiano; yo era el primero que me reía de esto. Pero estotro censor ha tomado una senda diferente: me presenta como un ciudadano pernicioso. Prueba que mis libros enseñan á los padres á ser insensibles; á los esposos á ser infieles; á los amos á ser duros, y á los criados á ser insolentes. Este es ya, amigo mío, un cargo muy serio.»

Yo observaba estas y otras parecidas quejas que aducían los falsos filósofos al sólo sentir la punta de la espada; y advertí cual era el arma que debía preparar para herirles, y cual era la parte por donde se muestran sensibles.

El estilo que he adoptado para argüirlos, no lleva la dureza que, á juicio de muchos, merecen los falsos filósofos. «En cuanto á los materialistas, ateos, racionalistas, etc., (dice un escritor muy moderado) (1) es difícil, cuando se les refuta, tra-

(1) Diction. Antiphil, art. *Incredules*.

tarlos de otra manera que como á unos criminales condenados por la justicia.» Hoy, en efecto, muchos tan insolentes y tan atrevidos en sus plumas y en sus lenguas, que se hacen acreedores al ultraje con que ellos tratan todas las cosas sin respetar persona, ni dignidad, ni carácter. Son unos salteadores que salen al camino, y á quienes todo el mundo puede rechazar impunemente con el último rigor. Sin embargo, no he podido dejar de mirarles siempre con lástima y compasión; aun á esos que despedazan con sus dientes y uñas cuanto encuentran, y que me parecen unos frenéticos; pero ya sean criminales ó ya locos, á las autoridades establecidas por Dios corresponde y está reservado imponerles la pena que merecen. Yo sólo expondré sus daños con toda la propiedad que me sea posible. También tendrán á esta propiedad de palabras y de imágenes de que pienso valerme por un estilo atróz, y á mí por cruel. Pero ¿qué hemos de hacerles? Por más que un médico se muestre humano, el herido á quien cure le tendrá por cruel.

Si alguna vez los arguyo como á necios y los llamo así, no se diga que faltó á mi propósito. Tengo presente que cuando Jesucristo manda que no llamemos *fatuos* á nuestros hermanos, parece nos exceptua de esta regla si se trata de incrédulos y espíritus-fuertes; pues el mismo Señor que era suma é infinitamente bondadoso y benigno, llamó necios á algunos de sus Discípulos

al hacerse incrédulos y fuertes contra la verdad.

Como el fin de los pretendidos espíritus-fuertes no es otro que el orgullo y el ansia de adquirir siquiera sea la sombra de un gran nombre, no prohíbe la modestia más delicada que se procure desvanecerles ese humo que les marea las cabezas. Oigamos, acerca de esto, el discurso de Wolfio.

«Los ateos teóricos (dice) que, por un abuso del entendimiento, caen en el error impío, se creen á sí mismos más sabios y perspicaces que todo el mundo. Por esto vulgarmente se llaman con la voz francesa *Esprits forts*, como si gozaran de mayores fuerzas de espíritu que todos los demás hombres. Por lo tanto, se ha de poner el mayor empeño en demostrar lo contrario, y hacer evidente que les falta aun aquel talento de que saben usar los principiantes de Lógica; pues faltan contra los principios de esta en el error que admiten, precipitando las reglas en una cosa sobremanera árdua, y que debieran mirar con suma circunspección». (1).

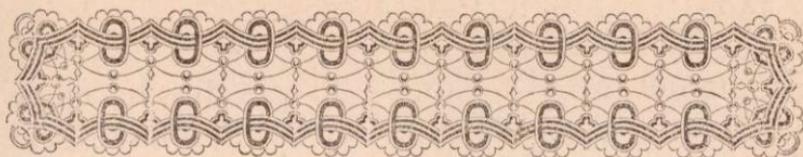
Yo no niego, por otra parte, las luces naturales de los mismos cuyos extravíos lamento y arguyo. No quiero hacer injusticia ni aun á los injustos. Es Dios quien dá los talentos, quien á ellos como á nosotros los ha concedido, y quien nos pedirá

(1) Wolf. Theol. natur. c. 2. sec. 2. cap. I. P. 415: not.

cuenta del uso y del abuso. El que ellos hacen de sus facultades y del nombre de la Filosofía les será muy costoso, así como es perjudicial para innumerables criaturas, y ofensivo á la gloria del Criador. En atención á esto me propuse escribir el capítulo siguiente que es el más importante de este Aparato. Las reflexiones que en aquel hago no son necesarias para ellos; solo conducen á declararles mi intención. Con la misma les ruego y les convido á trabajar en provecho de sus hermanos, y no para escandalizarlos y perderlos. No hay otra verdadera filosofía: *Ved aquí, os trazo con el dedo un camino mucho más excelente.* (1)

(1) I ad Corinth. cap. 12. v. 30.





PARTE SEGUNDA DEL APARATO

CAPÍTULO I.

EL CARÁCTER RELIGIOSO

QUE APARENTAN LOS FALSOS FILÓSOFOS ES ENTERAMENTE
CONTRARIO Á LA VERDADERA FILOSOFÍA.

LA verdadera Filosofía que en todo tiempo compensó con racionales delicias los sudores que se derramaron en su heredad; la que dió dulces y breves ocios á los reyes cansados; la que con una voz secreta aplacó la furia de los vencedores, y alegró la suerte miserable de los vencidos; la que por diferentes medios ya impulsaba hácia la gloria, ó ya servía de consuelo en las varias y aun opuestas condiciones humanas; vedla aquí, viene á ser en nuestros días asunto de nuestro dolor y de nuestros recelos. Nos duele se haya prostituido, y nos dan mucho que temer sus abusos y sus abortos y sus engendros. Cuanto una cosa es mejor, tanto peor es su corrupción. Hoy

nos dolemos de ver una tropa de malas artes que militan bajo las banderas de la Filosofía llevando todas su nombre. Pero lo más infame es, que ella preste sus galas, atavíos y agrados á todos los vicios. ¿Será acaso que la Filosofía se ha dejado corromper, que se ha entregado, que se ha hecho ramera para ganar el derecho de formar en el séquito de torpes pasiones que fueron siempre sus cautivas? ¿O será más bien que estas rivales suyas han penetrado en su santo retiro, y, oprimiéndola, le han arrebatado el cetro y aquellos resplandores hermosos que encendían la ambición de sus contrarias?

Sea lo uno ó lo otro, el cambio de cosas nos hace ver un contraste horrible. La Filosofía que no entraba en las ciudades sino para tener el principado en todos los negocios; para hacer reinar el orden y las leyes; para censurar las novedades profanas, para inclinar sus lucientes hachas á los umbrales de los templos y hacer respetar los misterios divinos; (¡quién me lo dijera!) no se introduce ya sino para volver de arriba abajo las ciudades antiguas, despedazar las tablas de las leyes fundamentales, arrancar los cetros de los reyes, ondear la bandera en las revoluciones, apagar los amores legítimos, soplar la llama de los espúreos, derribar los altares, y, mezcladas así las cosas divinas y las humanas, reducirlas de una vez á pavesas.

Si la Filosofía inspiraba el gusto de la soledad,

era para dedicarse á la contemplación de los misterios divinos y humanos; para estudiar la profundidad de los abismos; para dejarse llevar sobre las olas, y llegar á ver el origen de las corrientes y los tesoros de donde salen los vientos, y admirar los mónstruos que esconde el mar. Era, para penetrar en las selvas y en las sierras; tocar las raíces de los altos montes; ver sus senos y los surtidores de las fuentes; examinar la extructura del globo, su disposición, sus materias, su ruina y la rudeza de estos fatales minerales: el hierro con que se matan los hombres, y el oro por que se desviven. Era, para subir á las eminencias y ver las rocas que han quedado desnudas de los terrenos que poco á poco se han llevado las aguas, trasladándolos á otros países con las fértiles heredades que en algún tiempo rendirían en aquel mismo lugar el trigo y la avena á quienes las cultivaban. ¡Que así arrebatan los vientos y las lluvias estas posesiones que se llaman eternas, y la misma tierra se consume poco á poco con los aluviones! Allí, sentada, veía el curso que llevan las riberas, casi paralelo al de las montañas que han formado desformando la antigua cara de la tierra; y contemplaba la fuerza de esas finísimas limas de agua que roen incesantemente los fundamentos de los montes, y hacen tanto más grandes sus faldas y sus cabezas cuanto más les quitan por sus bases.

Desde el fondo de las arenas gustaba levantar

sus miras á las estrellas. Veíalas nacer por un horizonte á manera de un enjambre luciente que vuela ordenado, y va á descansar sobre el otro horizonte. Notaba sus lugares y sus aspectos. Avisaba á los labradores las sazones y á los sacerdotes los tiempos de las fiestas. Así era las delicias de todos la Filosofía. A los pastores daba avisos para mejorar las lanas y los colores de sus rebaños, y para multiplicarlos; y los enseñaba á cantar su vida inocente estimándola sobre la suerte de los reyes. A los reyes daba lecciones de moderación y de prudencia, haciéndoles preferir la justicia á la gloria y la paz á las victorias. A los capitanes daba armas, máquinas y otros subsidios que debían servirles para conservar los derechos y posesiones legítimas; pero no para los corsos, latrocinios y ruina de sus hermanos. En toda edad, en todo suceso y en cualquier lugar, era un prontuario de bienes y socorros. Su estudio refrenaba la juventud y alegraba á la edad decrepita. Era un adorno en la prosperidad y un asilo en la adversidad. Deleitaba en casa, y no estorbaba fuera. Ido el día, pernoctaba su conversación con nosotros; peregrinaba, acampaba. (1)

(1) Cicero pro Archia Poeta: Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis perfugium ac solatium præbent, delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur.

Por todo esto era la Filosofía el más precioso de los bienes humanos; pero un Genio feroz, que toma su nombre y sus galas, gusta poco del retiro, y se entromete por todas partes. En los cafés, y en las casas de comidas: (1) allí razona, allí discute, allí decide, allí vence. En los teatros: allí canta, allí baila, allí divierte al pueblo. En los paseos y sitios públicos: allí pregunta, allí inquiere, allí se rebulle, y toma, á cambio de otros, los rumores que ha raído del vulgo. En los gabinetes: allí proyecta; ya criando reinos, ó ya aniquilándolos. En las academias: allí reforma los poderes y las condiciones de todo, hasta de los elementos; y todo lo decreta; hasta la fertilidad de los campos y los adelantos de la industria, que quiera el Cielo ó que le pese. Ofrece sin cesar á las mujeres nuevas modas y ridículas bagatelas. Contenta á los jóvenes con alguna nueva comedia, ó con alguna nueva danza, ó con algún Breve de tolerancia absoluta. Desprecia á los hombres graves y virtuosos, y huye de toda conversación seria. Si afecta retirarse, es dejándose al propio tiempo ver; y entonces hace el papel de Misanthropo, ó el de Timon en el monte *Himeto*, ó el de D. Quijote en Sierra Morena, ó el del *Viejo en la Montaña*,

(1) Es decir: en las posadas, bodegones, pupilajes, casinos, fondas y hoteles. N. E.

ó el de *Chartres* (1) enseñando á robar por principios y reglas fijas; porque sus lecciones y sermones no van á parar sino en la licencia é impunidad de todo delito. Nada hay que no se emprenda bajo el nombre de filosofía, especialmente en este siglo filosófico.

¿Se quiere insultar á Dios en su esencia, en sus derechos divinos, en sus sacerdotes, en sus ofrendas y sacrificios, en su gloria y en su culto? Pues en graduándose cada uno, á sí propio, de filósofo, (2) se toma permiso para juzgar con fiera prepotencia las cosas divinas; y ya puede condenar como superstición ó credulidad cuanto no se prueba á su satisfacción; y decretar ideas singulares y nuevas que han de servir irremisiblemente como reglas para pensar de las cosas.

¿Quiere un genio atrevido turbar las máximas antiguas de gobierno; hacer á los pueblos rebeldes, á los súbditos revolucionarios, á los hijos indóciles, á las esposas infieles, á los maridos vagos, á los dependientes libertinos, á los criados díscolos, y á todos los hombres intratables? Pues para todas estas transformaciones se ha descu-

(1) Este fué un famoso maestro de salteadores que murió huyendo en Escocia el año 1751. De él habla Pope en su epístola 4.^a de Homin. v. 184.

No debe confundirse ese *Chartres* con el otro bandido *Cartucho* que enseñaba á robar en los bosques de *Villers Cotterest*, Francia, y que fué ajusticiado en 1721.

(2) O simplemente de escritor público. N. E.

bierto una nueva piedra filosofal que pone en la mano el secreto para destruir los tronos reales *á costa y sueldo de los mismos*, disolver los vínculos más fuertes de la sociedad, y restituir á todos los nacidos el goce de una libertad tan hermosa que no se paga con todo el oro del mundo.

¿Se quiere, por último, enseñar por principios, como he dicho, el arte de robar, de conspirar, de amotinar, de revolucionar, de usurpar y de obrar todo género de males impunemente y hasta con gloria? Pues todo esto lo facilita una nueva filosofía, y lo confirma con las funestas experiencias que se ven en todos los Estados de Europa.

Todo lo protege el augusto palio de esa filosofía; y por esto vemos que jamás se tuvo tanto respeto para ese nombre en las naciones. Bajo el título de un filósofo, sin añadir más, logran salvo conducto unos libros que debieran ser quemados sobre las espaldas de sus autores en cualquier parte donde se hallasen. Estos delincuentes son reos en todas las naciones; y por lo mismo que son dignos de penas en todas, en todas gozan de vida, de libertad y de los derechos de ciudadanos. ¡Qué tolerancia tan mal correspondida por ellos mismos! (1)

Pero á mí no me pesa que vivan ellos; antes bien les deseo una vida feliz y eterna. Lo que me

(1) Y si nó, que lo digan los anarquistas de nuestros días, N. E.

llena de dolor es, que para tanta maldad y para cohonestar tan indecente ignorancia, infamen los nombres de filosofía, virtud, bien público y patriotismo. Jamás se vió un abuso tan insolente de voces que en todo idioma fueron recibidas para significar ideas honestas y amables. Todo es necesario entenderlo al revés en un siglo enemigo de la sinceridad y de la fé pública.

A esto llaman hoy filosofía, (1) á esta fementida arte que levanta contra sí á la humanidad é irrita á cualquier hombre de bien. Esto me obliga ¡oh verdaderos filósofos! á clamar anticipadamente en este Aparato para *preveniros y exhortaros*.

Preveniros; porque pudiera alguno dejarse persuadir de que yo combato á la Filosofía en esta obra, y de que la hago responsable de las funestas consecuencias que descubro y persigo; cuando es la verdad que yo no detesto sino á un fantasma monstruoso que, bajo la máscara y pompa de la Filosofía, oculta una furia que quiere dejar á la patria desierta, y al mundo sin reyes, sin sacerdotes y sin habitantes. Yo hablo de unos impíos,

(1) ¿Sabeis bien (decía un señor inglés al Feld Mariscal Conwy) lo que quiere decir esta palabra *filósofos*? Unos hombres que bajo pretexto de impugnar al Catolicismo tienden á destruir toda Religión; y otros, en mayor número, que se ocupan en derribar á todos los gobiernos. Me preguntais: ¿Dónde aprendí esto? Yo os respondo que de ellos mismos á quienes yo visitaba en París y ellos me visitaban.—Carta de Oracio Walpole, 7 de Octubre de 1758.

ya herejes ó ya apóstatas, á quienes tan mal sienta el nombre de filósofos, como á los salteadores de caminos el hábito de Religiosos. Con idéntica profanación abusan los ladrones y los herejes de los títulos y modos que quieren; los unos para robar el dinero y la vida temporal, los otros la Religión y la vida eterna.

Estamos en el momento de clamar á todos los fieles aquello que advertía San Pablo á los Colosenses: «Ved, no sea que alguno os engañe por medio de la Filosofía ó de una falacia vana, que pasa como tradición entre los hombres, según los elementos del mundo, y no según Jesucristo». (1)

Todo lo más perverso, adornado con las gracias de una filosofía é ilustración prostituidas, se insinua con un singular hechizo en los espíritus. Así como en Esparta era lícito robar á condición de que se robase con destreza, así en nuestro siglo no es crimen hablar impiedades con tal de que se hablen bien.

No creais jamás que yo hablo de otra filosofía que de la *falsa*; y esto me impulsa también á *exhortaros* para que no dejéis entrar en vuestro santo retiro á estos genios infernales. Arrojad ¡oh águilas sublimes! arrojad de vuestros nidos á es-

(1) Videte ne quis vos decipiat per Philosophiam et inanem falaciam, secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi et non secundum Christum.—Ad Colossens. cap. 2. v. 8.

tas horrruras que los ensucian y al mismo tiempo los arruinan. No deis asilo nunca, ni hospitalidad á esos traidores que así violan los más sagrados derechos; que ultrajan vuestro honor, y hacen objeto del ódio público el nombre de filósofo. Esto es lo que deseaba rogaros hace algún tiempo, quejoso de ver que se llaman ilustración y filosofía, la heregía, la apostasía, el Ateísmo, el Deísmo, el Materialismo, la Revolución, la rebelión, la maledicencia, la deshonestidad, la más delincuente holgazanería, la charlatanería más ridícula, la ignorancia más bestial! ¡Oh flojedad de unos gobiernos *sabios!* ¡Oh políticos indolentes y necios, que habeis permitido y permitís que anduvieran y anden llenos de arrogancia unos hombrecillos criminales que podían servir muy bien para componer los caminos públicos, partir piedras, limpiar los pozos y las cloacas, reparar los muros, y contribuir tal cual á la limpieza de las calles y plazas de las ciudades, en vez de ensuciar como ensucian las buenas costumbres y de alterar como alteran el órden social.

Yo desde fuera del bullicio estoy observando en sus escritos y en las públicas experiencias sus máximas y movimientos, y no veo cosa tan contraria á los caracteres de la verdadera Filosofía, como los proyectos de estos pretendidos filósofos; porque la Filosofía verdadera, que es la Cristiana, procura cuatro clases de bienes á los hombres.

Cicerón supo hábilmente distinguirlos, definirlos y dividirlos; pero no ganarlos.

«A la Filosofía (dice) llama Platón un don precioso del Cielo; y yo la llamo invención divina. Ella es la madre de todas las artes; pero además de eso, fué también la primera que nos instruyó en la reverencia que debemos á Dios; la que nos dió á conocer los derechos de los hombres y en qué consiste la sociedad del género humano; la que nos inspira, con las ideas de otras virtudes, la modestia y al mismo tiempo la grandeza del alma.» (1)

Me parecen muy justas estas palabras; y porque son de un filósofo, quizás el más elocuente de su siglo, me pareció oportuno citarlas para hablar á otros que ponen su cuidado en imitarlo, restituyendo á la Filosofía la elocuencia. De ahí quiero tomar el fundamento de todas las prevenções que debo hacer en esta parte del Aparato. La filosofía, quiere decir Cicerón, sirve principalmente para estas tres cosas: primera *para la Religión*; segunda: *para la sociedad*; tercera: *para las virtudes de cada ciudadano*. Mas como de estas virtudes, unas se refieren á perfeccionar el corazón, y otras á ilustrar al entendimiento, por eso dividió el tercer oficio de la Filosofía en dos cuidados:

(1) Cicer. Tuscul. qq. philosophia.

el uno se ocupa de las buenas costumbres; el otro se aplica á promover y adelantar las ciencias y las buenas artes.

Si estos son los caracteres de los verdaderos filósofos, aun de los que fueron paganos, véase atentamente si llevan estas señales unos genios que en este siglo han tomado el fastuoso nombre de *oráculos* de los filósofos. Esta es la cuestión que ahora importa tratemos, para separar los espúreos de los legítimos, y distinguir la *Filosofía* de la *filausia*, ó sea, los amadores de la sabiduría de los amantes de sí mismos.

Supongo que el salirse de la cuestión al instante, será para estos malos genios tan fácil cosa, como afirmar que ellos son los *inventores de la Religión racional*, introduciendo la impiedad; *los bienhechores de la Sociedad*, disipándola; *los cantores de la virtud*, predicando las delicias torpes, la desobediencia y todos los demás vicios; pero eso es burlarse claramente de todo el mundo. También es fácil devolverles una palabra que ha salido de entre ellos mismos, y que dice: *Es bien indecente hacer de charlatán, cuando se habla como filósofo.* (1) Ni aun al vulgo podrá engañarse en cosa tan seria con unas bufonadas tan groseras; y

(1) Je reponds qu' il est bien indecent le faire le plaisant quand on pretend parler en Philosophe.—Volt.—Elemens. de Newt. part. 2. cap. 3 página 175.

es ya confiar demasiado en la credulidad de los hombres, el pensar que todos han de ser persuadidos con chanzas y con bromas. *Es muy importante el examen á que llamo; y no son los reos acusados, los que deben venir á juzgar con cualquiera burla; sino á ser examinados por sus mismos principios y obras serias.* Por eso, en este Aparato, no hablo con ellos, sino de ellos. Dirijo mi palabra á los verdaderos filósofos, no á los fingidos. Los sabios, los hombres honestos y buenos ciudadanos, los que rinden un obsequio racional á las cosas divinas, los que son fieles á las leyes y á las autoridades lejitimas, estos decidirán si los caractéres de la Filosofía pueden ajustarse en realidad de verdad á los que hoy se atreven á todo con el título de filósofos.

En cuanto al primer oficio de la Filosofía es rendir constantemente sus luces al pie de la Religión y de los altares. Este deber fué reconocido no solo por Cicerón, sino también por Séneca y otros filósofos nada prevenidos, por cierto, en favor del cristianismo. *La Filosofía y la Religión son, ó dos hermanas, ó una Señora y una dama de honor, que siempre la sigue y la sirve. La Religión no la separa jamás de sí; y la Filosofía señala con el dedo que deben respetarse las cosas divinas.* (1) Doy

(1) Senec. epist. 72.—Ab hac (Philosophia) nunquam recedit Religio....
Hæc Philosophia docuit colere divina.

literalmente traducido este dicho de Séneca, por el cual no debe entenderse que la Filosofía haya producido ó establecido á la Religión. Esta advertencia es de San Agustín. (1) La Religión, dice, no se ha de buscar en los libros de los filósofos. Estos recibían de los pueblos unos mismos ritos, y luego en sus escuelas disputaban con diversas opiniones acerca de la naturaleza de los dioses y del Sumo bien.

En esta materia veo á los primeros Padres muy circunspectos. Tertuliano pregunta clamando: «¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas? ¿Qué dependencia tiene la Iglesia de la Academia? Nuestra institución no ha nacido en el pórtico de Zenón, sino en el pórtico de Salomón. Aquí predicaba y enseñaba Jesucristo diciendo: *Buscad al Señor en la Simplicidad del corazón.*» (2) Vean esta diferencia los que confunden al estóico, al platónico y al dialéctico con el católico. (3)

No es verdad que nuestra *Divina filosofía*, nacida en un portal y enseñada en el pórtico de Salomón, haya tomado sus razones de ningún otro pórtico. Orígenes, que en su época fué notado de un amor excesivo á los libros de los filósofos, usa-

(1) Non est Religio á philosophis quærenda.—Lib. de Vera Relig.

(2) Tertul. adv. hæretic. lib. de Præscription. cap. 7.

(3) A cada instante, en nuestros días, estamos oyendo esta lastimosa confusión. N. E.

ba de una comparación poco recibida aunque él aseguraba haberla aprendido de su maestro Clemente de Alejandría. Decía, que Dios quiso que la Fé triunfara por medio de la Filosofía, cuando mandó al pueblo de Israel servirse de las riquezas de Egipto para contribuir al adorno del Tabernáculo. (1)

No es verdad que la Fé ha triunfado por medio de la Filosofía; pero sí lo es que ha triunfado de la Filosofía. A la palabra de Dios, salida de Jerusalén y anunciada por unos hombres sencillos y rudos, se rindió la soberbia de Atenas, de Roma, de Corinto y de todos los filósofos no más tarde que las naciones bárbaras. Puede ser cierto que la Filosofía, ya rendida, haya servido á la gloria de la Religión, como los despojos del Egipto sirvieron para el adorno del Tabernáculo. En este caso es justa la comparación de Orígenes, y en ningún otro sentido pudo Clemente de Alejandría hacer necesaria la Filosofía para los cristianos. (2)

Aunque no quisiéramos comenzar tan desde luego el conflicto con los falsos filósofos, se vienen aquí á las manos, y estamos tocando un argumento con el que pretenden echar á tierra nuestra Religión. Dejan correr el veneno de que

(1) Orign. Philocal. 13.

(2) Clement. Alexandr. Stromt. lib. 1.º

están opilados, y, en llegando á la lengua, dicen que el Evangelio es un jergón de ideas desconocidas y sin principios. Otras veces, queriendo hablar con menos rabia, piensan rendir mucho honor á la doctrina evangélica haciéndola un sistema filosófico. Esto les conviene por diferentes designios. El uno es, quedarse en libertad de abrazar el Evangelio ó rechazarlo, y cumplir sus preceptos morales ó descargarse de ellos, según más les conviniere. Quieren hacer de Jesucristo un filósofo sublime y modesto, poco más ó menos, que Confucio, Apolonio ó Pitágoras; y serles así indiferente el ser cristianos, ó académicos, ó pitagóricos ó *literatos*.

El otro designio es aliviarse del peso de los misterios que hacen tan divina y majestuosa á la Religión, dejándola al nivel de una filosofía donde se anda á pie llano, y se quita de enmedio lo que no se prueba por medio de una demostración. Esta es una de las principales pretensiones de los deistas. El que hoy parece más sobresaliente entre ellos, saca de este principio las consecuencias que desea para corromper la educación de la juventud.

«El sistema de la filosofía cristiana (dice) contiene unas tan sublimes cuestiones, que exigen un genio tan metafísico, como el de Locke; y por lo mismo no debe enseñarse á los jóvenes hasta los veinte años.» ¡Cuando si esto probara algo, probaría también que no se debe enseñar ni á los

cuarenta, ni á los cincuenta, ni á otras personas que las que tengan un talento tan grande como el que ponderan que tuvo Locke!

Por otra parte, si no se debe enseñar cosa alguna á los jóvenes mientras que su juicio no llegue á estado de sentir la demostración de la verdad, (1) como quiera que esta demostración filosófica queda siempre inferior á la alteza de la Religión, nunca llegará el caso de que esta pueda ser enseñada. Tendremos ocasión de hablar más de propósito acerca de esto, cuando consideremos las máximas con que los impíos destruyen la sociedad pervirtiendo la educación. Aquí sólo corresponde advertir, que la Religión no se ha de enseñar ni profesar como un sistema de filosofía arbitrario. Si alguna vez diere yo este nombre á nuestra Religión cristiana, será en el mismo sentido que lo han hecho los Padres de la Iglesia de quienes me libre Diós apartarme jamás. Estos no tomaron por filosofía lo que entiende el vulgo; sino la sabiduría y la virtud reunidas, ó sea, una ciencia de salvación que levanta á el hombre sobre las cosas humanas y sobre sus miserias. Me será más preciso dar el nombre de filosofía á la Religión

(1) Rousseau, Emile, tom. I. Pág. 34.—C' est que je veux que la jeunesse ait une Religion, et que je ne lui veux rien apprendre dont son jugement ne soit en etat de sentir la verité.

católica, sin consentir más filósofos verdaderos que los buenos cristianos, cuando los viere á punto de ser hollados por los filósofos impíos que presumen contarnos entre una plebe baja y ajena á todo buen sentido.

En medio de eso, siempre estaré léjos de someter la Religión al estado de una filosofía humana que, bien analizada, queda reducida á una locura; no solamente ante los ojos de Diós, sino ante los de muchos sabios que ven y tocan con dolor la vanidad de todas las teorías filosóficas que prescinden del carácter cristiano y religioso. ¡Infeliz de mí! Si la Religión, esta única roca á que puede asirse mi espíritu cuando no halla pie en el flujo inconstante de los conocimientos humanos, ¡infeliz de mí! repito, si esta roca sobre la que espero descansar y tener la paz de mis creencias, se me convirtiera en nubes de oro y azul, ó sea, en una docta fábula y hueca filosofía!

La Religión, pues, no ha ganado en crédito por medio de la Filosofía, según pensó Orígenes. De consiguiente, no perderá sus posesiones, ni será abatida jamás por ella. En esto se engaña mucho Rousseau. Que la filosofía de este siglo haya hecho todos sus esfuerzos para arrastrar á los misterios y á la Religión santa, bien lo creo, y este es mi pesar; pero que «la Religión haya sido desacreditada en todas partes por la filosofía, y haya perdido por la misma causa su ascendiente hasta

sobre el pueblo,» (1) es una jactancia muy indecente, é impropia de quien lleva el título de filósofo, y pretende también el de circunspecto.

Eso es desacreditar á la Filosofía, y acreditarse á sí mismo no solo de irreligioso, sino de anti-filósofo. ¿Se hubiera sufrido en las escuelas de Platon, de Aristóteles, de Pitágoras, de Parménides y de los dos Zenones el lenguaje sacrílego que hoy se vende por filosofía en la boca de este que se nos vino al camino, y de otros más descomedidos y sin pudor? No se puede referir la afrenta con que vuelven á escarnecer á Jesucristo, ni las comparaciones en que lo ponen, ya con Fó, ya con Apolonio, ya con Barrabás.

Cuando así claman por quitar de enmedio á Jesucristo, Fundador de la Religión única y Santa ¿qué respeto les merecerá la Religión misma? El principal objeto de *la falsa filosofía* es derribarla, sin reparar que al propio tiempo se arruina ella misma. *Nosotros*, dicen, *no podemos ni debemos creer sino lo que nos sea demostrado*. Prescindo ahora de que este principio lleva en Filosofía al más tenebroso pirronismo, porque es la verdad que no hay cosa alguna que pueda demostrarse á gusto de todos, ni ai de uno solo en todas las

(1) Rousseau, letr. 5. Escrit. de la Montag. pág. 201.—La Religión décreditee en tout lieu par la philosophie, avoit perdu son ascendant jusques sur le peuple.

edades y en cualquiera cambio de humores. Pero los que universalmente sientan aquel principio ¿cómo podrán justificarse de que no tiran á destruir toda la Religión? Esta no puede sujetarse á las demostraciones de nuestra débil razón; y, por lo tanto, aun respecto á los artículos más claros, tales como la existencia de Dios, la Providencia y otros, dirán los impíos, epicúreos y ateos que no son verdades suficientemente demostradas. Los materialistas y libertinos dirán que no les ha sido demostrado el Infierno, ni el Paraiso; y que no ha venido de aquellas regiones suficiente número de muertos para probarles que hay otra vida y que será eterna. Los impíos y herejes de otras varias sectas dirán lo mismo respecto á sus particulares errores. Unos dirán, que no les está demostrado si el Verbo es Dios; otros, si hay en la Iglesia una autoridad que es regla infalible de la verdad; y todos concluirán por decir, y dirán bien, que la humana razón no alcanza á demostrar estos misterios soberanos, que creemos fiados en la palabra de Dios que no puede engañar ni ser engañado.

Ved ahí una filosofía falsa y sacrílega, que estudia en sentar principios temerarios para combatir á la Religión, y no dejar con esa máquina piedra sobre piedra. ¿Es así como sirve la Filosofía á el adorno del Santuario? ¿No es esto más bien tender la cuerda mentoria de una geometría que se pierde en sus cálculos para disipar el muro de

Jerusalén? «Pensó el Señor, dice Jeremías, derribar el muro de Sion; y para esto, dejó á sus enemigos tender su cuerda, sin levantar la mano del designio de perderla; por lo que lloró el antemural; y el muro fué igualmente disipado. Sus puertas fueron echadas á tierra. Su Rey y príncipes fueron dados cautivos á las naciones. No duró más la ley, y sus profetas no hallaron revelación en el Señor.» (1)

De Newton se cuenta, aunque por un testigo que se aplaude de saber mentir, que decía: *Los unitarios y deistas razonan más geométricamente que los católicos acerca de la Trinidad.* (2) Esto es querer explicar los misterios celestiales con los cálculos de los agrimensores; y ordinariamente ocurre, que los que quieren medir el Cielo con la palma de la mano, caen de bruces en algún hoyo, y dan mucho que reir al pueblo. ¿Qué dirían de esto Cicerón y Dion que clamaban para que todo Príncipe filósofo adorase siempre y en todo lugar al Numen divino según las leyes pátrias é hiciera que los demás le rindieran culto. (3)

Debemos mirar como á unos mónstruos de in-

(1) Trenor. cap. 2.—Nótese bien como en estas palabras se compendian todos los horrorosos atentados de nuestros deistas y naturalistas géometras.—N. D. A.

(2) Les unitaires raisonnent plus geometriquement que les catholiques.—Diction. philos. Et Melang. chap. des socinian.

(3) Dio. lib. 52. prop. fin.

gratitud á los filósofos enemigos de la Religión. Porque ¿quién debe conocer más al Autor y Gobernador del Universo? ¿Quién debe advertir mejor su Providencia, su Sabiduría, su Omnipotencia...? ¿Quién debe reparar con más asombro y respeto los milagros y obras maravillosas que ocurren sobre las leyes de la naturaleza? ¿Quién tiene tantas pruebas de la debilidad del espíritu humano, y toca tan de cerca la necesidad de una Revelación que venga en socorro de nuestra propia debilidad? ¿Quién, por último, puede conocer más bien los errores de las sectas, los sofismas, los enredos de palabras, las supersticiones y las impiedades? Esta es la carrera por donde anda el filósofo verdadero, y así me parece un astro del Cielo que sigue un camino contrario al del infinito número de necios que hay en el mundo.

Pero un falso filósofo me parece que no toma este título y resplandor sino para ser un cometa que no tiene regularidad, (según se imagina) y que corre sin dependencia de las leyes que siguen los otros orbes celestiales, á través de ellos, amenazando caer sobre alguno, y aumentar las desgracias de los hombres.

Haremos ver en los seis capítulos siguientes respectivos á las obligaciones de los verdaderos filósofos, lo muy perjudiciales que son los falsos para la divina Religión.

Primero: El verdadero filósofo conoce á Dios;

el falso filósofo afecta desconocerle, y de ese modo llega á ser materialista ó ateo.

Segundo: Un filósofo es el más culpable é inexcusable de los hombres, si no confiesa y agradece la Providencia de Dios.

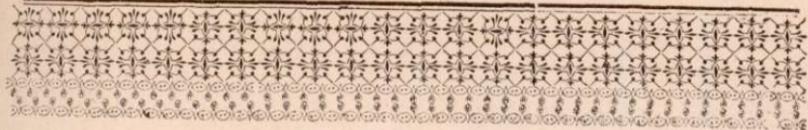
Tercero: Un filósofo no merece este nombre si es incrédulo para los milagros bien circunstanciados.

Cuarto: La ignorancia humana precave al filósofo y le evita ser crédulo; pero no debe llevarle á ser incrédulo ni pirroniano.

Quinto: Despechado en su pirronismo el falso filósofo niega desesperadamente los oídos á la voz de un Oráculo soberano, y á la revelación del Espíritu Santo que nos enseña toda verdad.

Sexto: El falso filósofo dá armas á todas las sectas y bellos coloridos á todos los errores y supersticiones para desacreditar á la Religión.





CAPÍTULO II.

EL VERDADERO FILÓSOFO CONOCE Á DIÓS;
EL FALSO FILÓSOFO AFECTA DESCONOCERLE, Y DE ESE MODO
LLEGA Á SER MATERIALISTA Ó ATEO.

OBSERVANDO yo algunas veces el curso de las cosas, me ocurría una duda que no supe despreciar. ¿Por qué, decía yo, floreciendo tanto en este siglo la ilustración y la Filosofía, crece tan desmedidamente la impiedad? ¿Cómo puede ser que subiendo las luces casi á su medio día, se extiendan las sombras y amenacen cubrir al mundo y arrojarlo á un insondable abismo?

Es parecer común que la Filosofía y las artes han crecido en ilustración; aunque en realidad de verdad hay muchos con lustre de barníz filosófico, y muy pocos ilustrados en conocimientos útiles. Que el progreso humano y aquellas ciencias en que confían demasiado los hombres se hayan adelantado, es una liberal confesión que no me

impiden hacer el miedo ni otro interés de ninguna especie. Léjos vaya de nosotros quedar satisfechos con los sistemas que nos enseñaron cuando éramos muchachos y la presunción por la que algunos se figuran que nada les resta por saber. Vaya más léjos la secreta honrilla por la que algunos dirijen los negocios que hacen despreciando todo lo que ignoran. Y no merece más atención el exajerado é ilegítimo celo por el que otros juzgan que se debe negar todo aquello de que los herejes pueden obtener alguna jactancia.

Lo primero podría decirse que era negligencia en saber cosas indiferentes, lo cual es tolerable; porque verdaderamente, ni este ni aquel sistema de filosofía son necesarios para nuestro interés principal, ó sea, la salvación eterna de nuestra alma. Lo segundo sería envidia; más indigna de un católico, que de cualquier otro filósofo; pues el que sabe á Jesucristo no debe envidiar ni estimar en tanto unas ventajas que ha solido Diós conceder á los paganos y á otros filósofos que apenas le conocen. Lo tercero, más bien que celo, es una pequeñez de ánimo, muy ajena de la equidad que inspira la justicia de Jesucristo.

Este Señor alabó la prudencia con que los hijos de este siglo vencen á los hijos de la luz; (1) pues

(1) Quia filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt
—Luc. 16, v. 8.

entonces, ¿cómo seremos nosotros injustos negando la elocuencia y sagacidad que se hallan en mucho paganos y herejes? Diós ha sido liberal en concederles estos dones; y por ellos vencerá cuando les juzgue. Nosotros debemos reconocer esas ventajas en nuestros contrarios para vencerlos. De otro modo no seríamos semejantes á nuestro Padre que está en los Cielos.

Por otro lado, sería darles más mérito que el que les negamos; pues nos dejaríamos exceder por muchos de ellos en sinceridad, en modestia y en una exactitud que, sea afectada ó verdadera, es la que dá más interés á sus libros y más hechizos á sus razones, aunque sean muchas veces débiles y sin utilidad. Melchor Cano se lamenta de ver escritas mejor las vidas de los doce Césares, que lo están las de muchos de nuestros Santos. (1) Yo sentiría también hallar en algunas ocasiones más elocuentemente retratado el error que la verdad, si al punto no recordara que es un alto designio de Diós permitir que la verdad triunfe, aun por medio de la ignorancia; pero de aquí no se deduce que debemos estimar á la barbarie más que á las ciencias. Esto sería consentir en un cargo pesado que nos hacen los impíos, y que después rebatiremos. La verdad merece ser tratada con toda de-

(1) Can. de loc. lib. 11. cap. 6. pág. 266. edit. Venet. an 1759.

cencia. ¿Qué importa que no lo necesite? Porque ella es rica y no necesita adornos ¿seremos nosotros inicuos, no rindiéndole el tributo que le es debido? Algunos, bajo ese pretexto, afectan despreciar una corta elocuencia, y al mismo tiempo les gusta una locuacidad sin juicio ni peso, y que por el sonido manifiesta su vanidad, y lo poco castigado que está nuestro corazón.

Ea, pues, amigos míos, no temáis conceder que muchos filósofos, así extraños como domésticos de la Iglesia, pues de todo hay, nos aventajan en Filosofía. Y de aquí vuelvo á mi duda primera: ¿Por qué en un siglo de tanta ilustración crece sin medida la impiedad y la ignorancia de Dios? ¿Luego es la Filosofía aquella ciencia funesta, aquel gusto literario, aquel abrimiento de ojos que nos roba la vista de Dios, la inocencia y la felicidad? ¡Qué indicios tan graves! Pero no la condenaré por eso. Te condenarán, sí, desgraciada Filosofía, aun aquellos tus amantes ciegos que te han adulterado. Después que Rousseau se cansó de abusar de ella, llevó una terrible acusación ante la academia de Dijon. Pedida la palabra, *declamó un discurso* cuya tesis era: *La Filosofía y las bellas letras que resucitaron deben ser de nuevo sepultadas como corruptoras de la moral y de la Religión*. Los que se levantaron á contestarle no tenían las fuerzas de espíritu, ni la sagacidad que el sofista acusador; y, por lo tanto, se aumentó la arrogancia y elocuencia de Rousseau contra la

Filosofía. Todo estaba hecho. Fué concedido al antifilósofo para su propia confusión, que las *bellas* letras con las *buenas*, y la Filosofía sin la Religión destruyen y no edifican. ¡Tal es *la falsa filosofía* por confesión de sus mismos profesores!

Pero la que yo llamo verdadera Filosofía, es la que nos lleva á conocer y reverenciar á Dios. Por todas partes nos convida. Desde lo alto del Cielo, en cada una de las estrellas nos predica, con una lengua de luz, la gloria de Aquél que las hizo. Desde las nubes nos truena. De los montes y de entre las piedras salen sus voces y nos inclinan á contemplarle en silencio. También las aguas dieron su voz. Por fin, en las plazas y en los campos; en la ciudad y en la soledad; en el mar y en la tierra, en todo el universo hay abierto un grandioso libro que por todas sus hojas nos da á leer la idea de Dios.

«El fin sumo de la Filosofía, escribía Enrique Moro á un amigo de Descartes, es la Religión; (1) y esta es también á donde deben ir á parar los filósofos; porque si advertimos el orden y relación que hay entre unas y otras cosas del mundo, la estabilidad de este orden, lo complejo de sus movimientos particulares, contrarios entre sí mismos, y combinados perfectamente para la composición

(1) A Monsieur Clerselier. Letres de Descartes tom. I. pág. 313. edic. de 1757.—Summus philosophiæ finis Religio.

del universo, dejará un filósofo de serlo y será un loco, si creyere que en esta casa tan bien gobernada no hay algún Regente; que en esta innumerable flota de tan grandes naves no va ningún capitán ó piloto; que en este grande y organizado cuerpo, que siempre habla himnos admirables, no hay alguna Razón que dicte estas cosas.

Platón pone en boca de uno de sus interlocutores el siguiente discurso: «Vosotros me haceis el honor de concederme un alma inteligente, desde que habeis notado el orden que junta mis palabras, discursos y acciones; y porque todo lo hago con algún fin. ¿Y pensareis, en viendo el orden del mundo, que no hay una mente soberana que lo haya dispuesto?»

Séneca pensaba que había nacido de balde, si no se aplicaba á estudiar la naturaleza, y venir por ella á contemplar las perfecciones de su Autor. «Pues ¿á qué otro fin (dice escribiendo á un amigo suyo) debía yo alegrarme de estar en el número de los vivientes? ¿Por ventura, para comer y beber y mantener un cuerpo que incesantemente se nutre y se corrompe? Quitá léjos de mí ese despreciable bien. No me es tan preciosa la vida, que deba por ella trabajar y anhelarme. ¡Oh! ¡qué miserable es el hombre si no se levanta sobre todas estas cosas! ¿Hacemos mucho cuando luchamos con nuestras pasiones? Después del triunfo, solo tendremos el haber domado unos mónstruos. ¿Estás ya libre de vicios? Pues aún no has ade-

lantado mucho. No consiste la felicidad de los hombres en carecer de vicios: esto solo nos da una buena disposición para contemplar las cosas eternas, y hacernos dignos de la conversación con Diós. Entonces es cuando á el hombre, caminando entre las estrellas, le gusta reirse de todos estos magníficos edificios, y de toda la arquitectura griega y romana, y de todo el oro que se ha desenterrado, y del que se reserva para la codicia de las generaciones venideras.

No podrá el alma despreciar esos soberbios frontispicios, palacios y jardines donde el arrayan y el boj forman mesas cortadas, y á donde los ríos son llevados de léjos para formar las fuentes y las cascadas, si no hubiera rodeado primero todo el mundo, y mirado desde lo alto el globo de la tierra tan pequeño y en gran parte cubierto por el agua. Allí el hombre se pregunta á sí mismo: ¿es aquel puñado de tierra lo que se litiga á fuego y sangre entre las naciones? ¡Oh! ¡Qué dignas de risa son las ansias de los mortales! ¡Un punto y no más es todo eso en que navegais y batallais y estableceis provincias é imperios!

Allí, en esa región soberana, hay vastos espacios donde el espíritu se dilata; pero no suben á ellos sino los que descuidan el cuerpo y arrojan de sí toda inmundicia. Y cuando este espíritu gusta las cosas divinas, entonces se recrea, y crece; y, libre de todos los afectos y lazos de la carne, resurte á su principio y origen; y toma documen-

tos de la Divinidad, al ver que las cosas divinas le deleitan; y entonces se ocupa de ellas como de cosas propias; entonces aprende el hombre lo que es conocer á Dios. ¿Qué cosa es Dios? La Mente y Razón del Universo. ¿Qué cosa es Dios? La Vida de todo lo que vemos; (1) porque cuanto vemos nos anuncia su Sabiduría y su Presencia; y por esto confesamos que su Inmensidad es tan grande que no se puede pensar cosa mayor. ¿Qué diferencia hay entre la naturaleza Divina y la nuestra? Una sola: que la mejor parte de la nuestra es el alma; pero en Él todo es alma, todo es razón, todo inteligencia.»

De esto se deduce que es muy grande y crasísimo el error de los que se atreven á decir que una obra como la de este mundo, tan hermosa, tan constante y tan bien dirigida y arreglada, se ha hecho por el acaso. No quieren notar que ellos se conceden un grande entendimiento y una profunda sabiduría porque saben dirigir sus negocios particulares y los de un Reino; y cuando ven el admirable concierto y armonía con que en el Universo se hacen todas las cosas, niegan que hay en él un entendimiento soberano.

Así, (dice Aristóteles) (2) así es como la Filoso-

(1) Esto se puede entender muy bien sin culpar á Séneca de materialista ó espinosista. N. D. A.

(2) Arist. lib. de Somno et morte: Philosophía docet omnes homines suum cognoscere Creatorem.

fía enseña á pensar á todos; luego no es ella ni los filósofos verdaderos, quienes fomentan la impiedad, sino los falsos; y también son estos los que, llenos de orgullo por algunos conocimientos que han recibido, se prometen decidirlo todo sin necesidad de Diós.

Culpan á Descartes de haberse atrevido á decir: *Dadme la disposición de las leyes del movimiento y de la materia, y os daré hecho al mundo.* La ilustración y el mérito de este filósofo, y el haber sido católico, no permiten se le atribuya más culpa que la de un orgullo semejante al que dijo: *Dadme un punto de apoyo fuera del mundo, y mi mano será bastante para mover á este con una palanca.* Pero no hay duda que el dicho de Descartes con otros de la misma índole que sembró en su filosofía, y el desprecio de las causas finales que estimaba tanto como Newton, han sido unas armas de que después se abusó y abusa demasiado.

El estudio de la naturaleza es el camino legítimo para aprender la Filosofía, y uno de los medios para conocer á Diós. San Pablo nos puso en ese camino. Observando con atención las cosas hechas, podemos subir al que las hizo; y por las visibles de Diós remontarnos á conocer las invisibles. (1)

(1) Ad, Rom. cap. 1.

En este sentido el sabio Padre Granada llama con Santo Tomás á la Filosofía *preámbulo* para la Fé; y Wolfio escribió su teología Natural y su Metafísica en el designio de dar una *manuducción* para la Teología revelada. De tal modo se halla demostrada esta verdad de la existencia de Dios entre los filósofos, que no la tienen por artículo de fe (1) al menos mientras gozan de la claridad de esa demostración; porque, mientras dura, parece que se quita el velo, y se vé sin obscuridad; pero esto no es de mucha duración. Solo queda después la ciencia ó hábito que consiste en una facilidad para reproducir las demostraciones, aunque no permanezca siempre el acto. De aquí resulta, que aun los sabios, la mayor parte de su vida, tienen á esa verdad como de Fé; porque no siempre hacen como filósofos reflexiones y demostraciones; y, al no hacerlas, el Padre Celestial les concede como á párvulos aquella revelación que dura más y les es más útil.

Véase, pues, la manera de usar bien de la Fé y de la Filosofía.

Esta sirve algunas veces para aflojar la venda de aquella; y aquella para llevarnos de la mano cuando la demostración traspone y nos deja ciegos. Dios no se puede ocultar siempre á nuestra

(1) Thom. I. p. q. art. ad Deum esse et alia hujusmodi non sunt articuli fidei; sed præambula ad articulos.

razón; y ha querido hacérsenos siempre presente por la Revelación. Las demostraciones nos dan á gozar la vista de Dios transitoria; la Fé viva nos merece la visión divina y eterna. Aquella tiene cierto gusto; esta nos deja más provecho; porque nos trae un día junto al cual, el otro día, ó sea, el conocimiento humano, parece una noche. Así, en esta vida, el sabio pasa de una noche á otra; de la ciencia á la Fé. Y una noche enseña con la otra la ciencia continúa de Dios. (1) Lo que la una noche tiene de más clara, tiene también de menos durable y menos quieta; y lo que la otra, ó sea, la Fé, tiene de más obscura, lo tiene de más tranquila, de más cierta y de más ilustración para las delicias de la ciencia, como dijo el Profeta regio. (2)

Hay, pues, una diferencia notabilísima entre el filósofo y su antítesis que es el incrédulo. El filósofo unas veces vé aquella verdad, otras veces la cree. El incrédulo ni tiene razón á que renunciar, ni Fé para merecer. El filósofo no tiene dificultad para creer aquel artículo. El incrédulo, ateo y falso filósofo supone trabajo en el precepto de creerlo; su discurso es contrario al de un buen filósofo; porque este dice: «Si veo, no creo.» El falso filósofo dice: «Si no veo, no creo. Quiero ver, para creer lo que habla Dios.» El sabio dice: «Oiré lo que en

(1) Psalm. 18. v. 2.

(2) Et nox illuminatio mea in deliciis meis.—Psalm. 138. v. 11,

mí habla Diós, para creer lo que vieron mis ojos.» Hace un obsequio racional á Diós, y goza las delicias de la ciencia por la infalibilidad de la Fé. El incrédulo necio, se queda sin ver ni creer; sin evidencia y sin Fé. Y para acabar de perderlo todo, concluye por creer lo que no vé ni cree; porque cree á su incredulidad que no se funda en la demostración ni en la Revelación. «La autoridad (dice un autor moderno) es el argumento de la multitud; y la incredulidad es una especie de fé para la mayor parte de los impíos. (1)

En estos se observa la misma diferencia cuando se trata de estudiar la Filosofía. El sabio la estudia para conocer á Dios; el impío para desconocerlo y negarlo. Oigase hablar á Epicuro, y hagamos cuenta de que estamos oyendo á muchos falsos filósofos de nuestro tiempo. «Si nuestro corazón (dice en una de sus máximas que él llama *reveladas*) no estuviera inquieto acerca de las cosas que están sobre nuestras cabezas, y, sobre todo, acerca de la muerte y sus consecuencias, y pudiéramos conocer cual es el límite á donde deben llegar nuestros placeres para que no se conviertan en dolores, no tendríamos necesidad de estudiar la Filosofía.» (2)

Ved aquí los tres objetos á que ese mal filósofo

(1) Mr. d'Alambert, de l'abus de la critique en matiere de Religion.

(2) Maxim. 11. apud. Laert. lib. 10.

dedicaba su estudio. Primero: A desvanecer las ideas de Dios y de las cosas divinas. Segundo: A negar la inmortalidad del alma para no temer á Aqueronte, (1) ni las otras consecuencias de la muerte. Tercero; A procurar el equilibrio de sus placeres, evitando todo abuso que pudiera convertirlos en dolor. «No con otro fin (dice después) debe estudiarse la Naturaleza. Grabad, querido Pitocles, en vuestro pecho esta verdad: los fenómenos celestiales general ó particularmente deben contemplarse sin más objeto que obtener la paz del alma y la tranquilidad del corazón. Este es el único fin que debe proponerse en todas sus partes la Filosofía».

Como ejemplo da en la misma carta á un amigo la explicación de los más terribles meteoros, tales como el relámpago, el trueno, el rayo, los cometas y otros. Y aunque las teorías que expone acerca de ellos, acuse la más grosera ignorancia de la Física, aun mejor evidencian su empeño en arrojar á la Divinidad del Cielo y de la naturaleza. Esta filosofía sonaba muy bien en sus huertos y en los oídos de sus torpes discípulos. Lucrecio, en nombre de todos, da las gracias á este hombre

(1) Aqueronte: diós mitológico al que los gentiles tenían como portero del Infierno. Por antífrasis le llamaron *Charon* ó *Acharron*, es decir, *sin gracia*. Los griegos le llamaban también *Portunco*, que significa *Portero*. —N. E.

griegó por haber sido (según dice) «el primero de los mortales que se atrevió á volar y traspasar los inflamados términos del mundo para conocer el origen de las cosas y la imposibilidad de Diós en darnos qué temer ni qué esperar». (1)

El cáncer de esta filosofía sacrílega se extendió tanto, que Cicerón tuvo que hacer la imagen más horrible de los filósofos de su tiempo. «La impiedad (dice) es tan agradable para ellos, que ha llegado á ser el achaque de todos». Y en otro lugar, explicando las consecuencias probables que un orador puede sacar de los asuntos que trate, exclama: «Si hablare de una madre, inferirá que ama á sus hijos; si de un avaro, supondrá que no es fiel en la observancia de sus juramentos; pero si habla de un filósofo, deducirá que piensa mal de los dioses».

San Pablo les halló en ese deplorable estado en Grecia y en Roma. En Atenas les arguyó *de que adoraban lo que ignoraban*. (2) Precisamente no es otra la contradicción de nuestros espíritus fuertes y epicúreos modernos que anuncian no creerán sino lo que les sea demostrado. Aquellos habían levantado un altar al mismo Diós que suponían desconocido. Jesucristo reprendió esa

(1) Primum Grajus homo mortales tolere contra est oculos ausus. Lucet. lib. 1. v. 66.

(2) Act. Apost. cap. 17.

extravagancia en las personas de unos malvados que erigieron magníficos sepulcros á unos profetas que ellos y sus padres habían desconocido y matado.

En Roma el mismo Apóstol les hace ver que son ingratos, porque conociendo á Dios no le glorificaban como á Dios; sino que se desvanecieron en los extravíos de su inteligencia y en la obscuridad de su corazón. Luego sigue enumerando todos los vicios que hoy son comunes entre los falsos filósofos, y, en primer término, habla de la superstición, que es tan grande en los incrédulos; que, como probaré, son los más viles supersticiosos de todos los hombres. Por esto Dios los entregó á las pasiones más ignominiosas, y permitió que corrompieran todos los caminos de la carne como estipendio digno de aquel error. (1) Los dejó que se colmasen de toda suerte de malicia: de fornicación, de avaricia, de todo género de impureza; que se llenasen de envidias, de homicidios, de engaños y malignidad; que fuesen calumniadores, pendencieros, maldicientes, soberbios, hinchados; inventores de males, rebeldes á los padres, ignorantes, sin humanidad, sin misericordia, sin sociedad. Y, por último, los juzga el Santo Após-

(1) Ad. Rom. cap. 1. v. 25-27.... mercedem quam oportuit erroris sui in semetipsis recipiantas.

tol dignos de muerte; no solo á ellos, sino á quienes los consienten. (1)

No he querido omitir esta prolija enumeración que hace San Pablo de los delitos de estos falsos filósofos; porque es un cuadro completo de los males y errores que impugno en la presente obra; en la que se verán conjurados para derribar á los príncipes y á los magistrados, á las leyes, á los padres de la patria y de las familias; y se verán también infieles á los contratos y á las obligaciones, enemigos de toda fé divina y humana, y amigos de cuanto pueda destruir la sociedad y aun la misma humanidad.

Esto lo confiesan ellos mismos. Volt, de cuyas malas doctrinas se ha dicho tanto, habla algunas veces tan persuadido de la verdad de la existencia de Diós, que llega á decir «le parece hay de ella *una demostración* en toda la naturaleza»; y se queja de los filósofos que, aun siendo tan claro aquel artículo, lo desprecian. (2) Poco antes nos refiere que en su viaje á Inglaterra tuvo muchas conferencias con Clarke; y, dice, observó en él que jamás pronunciaba el nombre de Diós sino con un aire de recogimiento y de respeto maravilloso. «Yo le manifesté, añade, la impresión que

(1) Ad. Rom. cap. i. v. 32.—Quoniam qui talia agunt digni sunt morte; et non solum qui ea faciunt, sed etiam qui consentiunt facientibus.

(2) Element. de Newton pag. 8.

esto había hecho en mí; y me respondió, que Newton le había enseñado aquella costumbre que debía ser la de todos los hombres. Observa también que en aquella escuela no se sabía decir sino *mi Dios* para significar al *Señor y conservador de nuestra vida y objeto de nuestros pensamientos.* (1)

Más adelante explicaré á donde van á parar esos gestos y piadosos afectos que aplaudió Voltaire é imitó alguna vez. Ocasión también llegará en que veamos á este y á los suyos burlarse de los verdaderos devotos llamándolos *cuákeros, pietistas* etc. Ahora solo indico lo muy persuadido que estaba de la existencia de Dios que luego en mil partes se empeña en negar. «¿Hay un Dios Criador?» pregunta; y responde: «Lo que se sabe de cierto es, que todos los antiguos filósofos enseñaron la eternidad del mundo. El argumento de la sucesión de las especies nada prueba para el artículo de la creación, porque los ateos defienden que no hay generación alguna sobre la tierra.» (2) ¡Tan pronto ese miserable hombre se olvidó de sí mismo, y del orden admirable que reina *en el mundo, y habla tan fuertemente á los otros hombres!* ¡Tan pronto perdió de vista aquel versillo: *Los Cielos cantan la Gloria de Dios,* etc., que le

(1) Ibid. pag. 6.

(2) Melang. En el poema sobre la Ley natural.

parecía el más bello argumento que puede haber en el mundo. (1)

Así confiesan y niegan á Diós unos mismos labios en tan corta distancia de tiempos y de lugares. ¡Efecto de una filosofía que les enseña á negar lo que ven! La mayor parte de los impíos que hoy escriben forman el mismo empeño que Epicuro y resucitan sus tres designios. Desmienten la existencia de Diós que la conocen en la naturaleza toda, y quieren probar que esa idea es solo hija de la ignorancia de los pueblos salvajes, ó de la miseria de los desgraciados que fingieron en su impotencia una omnipotencia á quien invocar. Otros abren las fuentes corrompidas en que bebía aquel mal filósofo, y dicen que los dioses nacieron del temor á los terremotos y revoluciones de la tierra.

¡Así corrompe todos sus estudios el impío que ha dicho en el fondo de su corazón: *No hay Diós!* (2) Adviértase muy bien que eso no lo ha dicho un sabio, sino *un necio; insipiens*; no un filósofo, sino un falso filósofo; y por consiguiente, queda siempre demostrado, que los ateos é impíos, son enemigos lo mismo de la Religión, que de toda ciencia y de toda filosofía.

(1) Ibid. pag. 10. preube metaphisique plus srapante et qui parle plus fortement á l' homme que cet ordre admirable qui regne dans le monde; et si jamais il y á eu un plus bel argument que se versat: *Cæli enarrant gloriam Dei.*

(2) Psalm. 13. v. I. — Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.



CAPÍTULO III.

UN FILÓSOFO ES EL MÁS CULPABLE É INEXCUSABLE
DE LOS HOMBRES, SI NO CONFIESA Y AGRADECE
LA PROVIDENCIA DE DIÓS.

No es objeto de este capítulo probar la Providencia de Diós. Daré las pruebas metafísicas de esta verdad cuando trate directamente de los fatalistas y cierta clase de deístas. Ahora la cuestión principal es: ¿cómo siendo la Providencia más conocida de los filósofos que de los hombres rudos, no son estos sino aquellos quienes la niegan? Además: ¿Por qué siendo la Providencia generalmente más benigna y dadivosa para los filósofos que para los otros hombres, no son estos sino aquellos los ingratos que la desprecian y blasfeman?

Aunque el Universo es en verdad el libro de los rudos, no puede negarse que deben leer mejor en él los que apartados del tumulto del pueblo y de los trabajos penosos dedican, los días y las noches

al estudio de la naturaleza. La gente del pueblo llena sus ojos con la vista del Cielo, y se alegra al mirar su extensión, su tersa claridad y las innumerables estrellas que brillan en él. Se asoma á la playa del mar, y queda suspensa al ver su agitación y su dilatación. Mira las llanuras y las montañas, las selvas y los prados, las fuentes y las riberas, y en todo se deleita y se admira; pero su mirada es superficial, y sus conocimientos penetran poco más allá de la corteza. Un niño que ojea un libro que tiene láminas muy preciosas y caracteres muy elegantes, ño comprende la ciencia con que se ha escrito el libro, ni el artificio primoroso con que la máquina se mueve. Así el vulgo se deleita con el espectáculo del cielo y de lo que hay de bello en el órden del mundo; pero no es capaz de concebir la justísima sabiduría y prudencia que preside en esta máquina tan grande y tan hermosa. El filósofo es quien se acerca á ella; le toma las medidas; pesa las fuerzas y las masas; calcula su lentitud y celeridad; observa sus movimientos; explica las leyes á que se sujetan; con tal precisión, que, sin riesgo de equivocarse, anuncia sus revelaciones, y estas ocurren exactamente en el mismo tiempo que se anunció; y, por último, es el filósofo quien, según su mayor ó menor talento, sabe leer el grandioso libro en que la infinita sabiduría de Dios, que crió y ordenó al Universo, ha escrito tantos prodigios y maravillas.

Esto no quiere decir que algún filósofo haya podido ni pueda jactarse nunca de comprender todos los secretos del mundo. Respecto de los niños y del vulgo, los filósofos son sabios: respecto de otros más sabios, son los filósofos una tropa de niños. Los mayores génios que han establecido los más satisfactorios sistemas para explicar el orden del Universo, han hallado límites insuperables en multitud de dudas que impiden el conocimiento exacto de muchísimas cosas. En el sistema, por ejemplo, de la *atracción* y de la *gravidad*, que parece ser uno de los más fáciles, no han podido todavía entender ni explicar los mejores maestros, como es que los cometas que entran en la esfera de la mayor atracción del Sol, y pasan algunas veces inmediatos á él, no caen sin embargo en él. A vista de este y de otros mayores secretos, quedan sorprendidos los más sabios filósofos, como los rudos y los niños se quedan admirados, sí; pero sin entender ni una palabra, cuando abren el libro. Respecto del vulgo y de los niños, los filósofos saben mucho: respecto del sabio Artífice, entienden muy poco; pero esto poco debe bastarles para admirar la infinita sabiduría de Dios. Luego indudablemente para los grandes filósofos es evidente el orden y Providencia que presiden en el mundo.

Loco sería quien tratase de persuadirnos que un ejército de cien mil hombres, bien combinado y disciplinado, se ha reunido, no por las órde-

nes y dirección de un sabio general, sino por el acaso; y que el acaso también es bastante para conducir esa tropa al campo de batalla á batirse con otra igual en número y en fuerzas. ¿Qué juicio formarán los señores jefes militares, instruidos en la disciplina y táctica de la guerra, de los filósofos que sostienen esos disparates?

Pues igual concepto se formaría del que paseándose por entre dos filas de estatuas ejecutadas por los más célebres artistas, no conociera lo que representaban, ni creyera ser obras de hábiles y sabias manos; sino que una nube de piedra las había formado en tan buen orden á impulsos de algún torbellino; ó que muchos pedazos de marmol habían rodado hasta allí casualmente, y, al encontrarse unos con otros, habían formado aquellas masas tan perfectas, y por sí mismas se habían levantado sobre sus diversos pedestales. ¿Y qué se diría si al estar estudiando en ellas algunos hábiles estatuarios, llegara otro de su arte, y quisiera sostener, que para construir aquellas estatuas no se había empleado alguna ciencia, sino que una casualidad las había formado en el seno de alguna cantera como las *stalactites* se congelan gota á gota en los subterráneos de las montañas? Aquellos escultores se mirarían unos á otros, y tanto extrañarían aquella extravagancia cuanto mejor conocieran la dificultad que hay en llevar á cabo tales obras.

Cicerón se burló mucho de estos delirios de los

epicúreos, y se resolvió á creer que antes el acaso pudo componer la Iliada ó los Anales de Ennio, que alguna de las partes del Universo.

Si los libros de filosofía y los sistemas del mundo no se han podido meditar y exponer sino por unos sabios de primer orden, ¿probará menos el mundo mismo la sabiduría del que lo hizo? Esos filósofos dieron sistemas de pura especulación y copiaron sus teorías imperfectas de lo que aprendieron en la obra ya hecha; pero Dios, en su entendimiento soberano, formó originalmente los mundos é hizo con una sola palabra todo lo que eternamente había ideado. Compuso un *sistema magno*, y lo combinó con una infinidad de simplicísimas partes. (1) Algunos llamaron á esta proposición axioma clarísimo; porque cualquier fibra del cuerpo humano es una serie de otras series menores, ó de muchas sustancias simples. De muchas fibras se compone un miembro, de muchos miembros un cuerpo, y de muchos hombres nuestro linage. Lo mismo sucede en las plantas, en los frutos, en los minerales. De todos estos reinos resulta un reino ó sistema mayor. De muchos de estos sistemas como la Tierra, la Luna, Venus, Marte, Saturno, el Sol y otros, se compone un

(1) Genuens. Element. Metaphis. tom. I pag. mihí 183. prop. 45.—Hæc rerum universitas est magnum quoddam systhema ex simplicioribus plurimís coagmentatum. Habeo pro axiomate notissímo.

sistema planetario con diecisiete globos ordenados y relacionados entre sí mismos. Cada estrella fija es un sol y el centro de otro sistema planetario distinto. De innumerables sistemas planetarios, que tienen mutua relación entre sí, resulta el *sistema magno* de todo el universo; de manera, que, siendo tan infinito el número de las partes simples, todas van englobándose en cuerpos, en especies, géneros, clases, mundos, hasta que son reducidas á la unidad del Universo.

Los filósofos antiguos son por esto inexcusables delante de Dios; más que los otros hombres. Su vanidad se condena en el libro de la Sabiduría, (1) porque viendo obras tan excelentes no entendieron cuanta era la ciencia de su Artífice, y creyeron que eran dioses, que gobernaban el orbe de la tierra, unos el fuego, otros el espíritu, otros el aire agitado, otros el giro de las estrellas, otros la abundancia y fuerza de las aguas, otros el Sol, otros la Luna; pero, aunque no se les debe excusar á esos, añade el texto Sagrado, es menor su culpa; *porque, si bien erraron, fué buscando á Dios, y queriéndolo hallar.* Mas ¿qué diremos de unos filósofos, que, teniendo la ciencia de los diferentes caminos que llevan á Dios, se han extraviado hasta perderlo de vista? Estos son los que han dicho: *A pártate de nosotros, no queremos el cono-*

(1) Sap. 13. v. 1. 2.

cimiento de tus caminos. (1) Con este fin estudian la filosofía, y hay entre ellos quien añade, que *el que quitare del mundo la noción funesta de un Dios, rector y gobernador, hará el mayor servicio que se puede hacer al género humano.* (1) ¡A donde llega la ingratitud de un hombre en su miserable corrupción! Jamás se excedió tanto Epicuro, porque á lo menos tenía respeto á la Religión recibida, y un justo miedo de caer en el enojo de los ate-nienses. Esta política le hacía siquiera más modesto; y Cicerón es testigo de que los epicúreos no faltaban á ninguna ceremonia religiosa. (2)

Los filósofos de nuestros días tienen otra ventaja sobre los epicúreos antiguos. Estos eran unos físicos muy rudos. La ignorancia de Epicuro se demuestra en su carta á Pitocles donde le da una explicación de los meteoros. Sostiene que el Sol y los demás astros no son más grandes que nos parecen. Cicerón añade, que aquel daba al Sol dos pies de diámetro, poco más ó menos de lo que á la simple vista representa. (3) El Oriente y el Poniente del Sol y de los demás astros eran para él unos fuegos que se encienden en unos lugares del Cielo y van á extinguirse en otros, por el encuentro de

(1) Recede á nobis scientiam viarum tuarum noluntus.

(2) Sist. de la Natur. tom. 2. pag. 85. 86. 87 y contagion sacree cap. 2. pag. 38.

(3) Cicer. de Nat. Deor. I. 30.

algunas materias propias para producir estos dos fenómenos. Los eclipses del Sol y de la Luna pueden suceder, dice, por la extinción de la luz de estos dos astros, (1) ó por la interposición de algún otro cuerpo tal como el Cielo ó la Tierra. Tan pobre era la idea que tenía de unos fenómenos que explica clarísimamente hoy la ciencia!

Es infeliz la teoría que enseñaba á su discípulo acerca de los cometas. Hay cometas, le dice, cuando unos fuegos nutridos en diferentes lugares del aire, se inflaman durante un cierto tiempo, y el Cielo por determinada disposición de la materia lo tiene suspenso sobre nuestras cabezas; ó cuando movidos por algunas causas se acercan á nosotros, y brillan á nuestra vista. Desaparecen por las causas contrarias».

Aquí se vé como se había olvidado la Física al mismo tiempo que la verdadera Religión, y esto era porque los conocimientos de ambas habían sido enseñados por unos mismos maestros, que fueron los Patriarcas y primeros padres de las naciones. Pitágoras aprendió entre los caldeos lo

(1) Tanta era la ignorancia de los antiguos atenienses acerca de los eclipses, que eran condenados á muerte, ó al destierro, los que explicaban su causa por la interposición del cuerpo de la tierra. La misma pena era decretada contra el que decía que la Luna era iluminada por el Sol.—Plutarco, de Placit Philosophis. lib. 2. cap. 24.

que eran los cometas; pero entre los griegos apenas se entendía aquel sistema, hasta que Alejandro les envió las observaciones de los babilonios á solicitud de Aristóteles. Este les recomendó á Calístenes que siguió en su jornada á Alejandro. Las últimas observaciones remitidas subían hasta el año 115 después del Diluvio. (1)

La brevedad de la vida de los hombres, y el olvido de las primeras tradiciones fueron dos causas de esta ignorancia. La grandeza prodigiosa del orbe que describen los cometas les hace repetir muy tarde su vuelta para dejarse ver de los que pudieron observarlos la vez primera. Dicen algunos que la órbita de la mayor parte de los cometas es diecisiete veces más grande que la de Saturno; y gastando éste treinta años en andarla, deberán aquellos invertir cerca de quinientos porque giran con más rapidez; y así, el que haya visto una vez un cierto cometa, es muy probable que, siendo la vida tan corta, no vuelve á verlo jamás. De aquí derivaban la opinión de que eran unos fuegos fátuos, llevados por el acaso, y sin algún designio. Pero aun este argumento contra la Providencia ha sido arrancado de las manos de los epicúreos y casualistas por la filosofía de los presentes siglos.

(1) Simpl. Comment. in Arist. de Cælo, lib. I.

Con el auxilio de los telescopios se ha llegado á ver que los cometas son un órden de planetas como todos los demás. El Padre Casini determinó el curso del cometa que apareció en 1664, y esto enseñó á Newton á formar su teoría acerca del que se vió en 1680. Después, por los adelantos de la observación y de la ciencia, se ha venido confirmando cada día más, que los cometas son unos orbes que Diós puso en el Firmamento, y que demuestran una sabiduría más magnífica y sublime que muchos otros.

Cuando veo el progreso de los hombres y los adelantos de las ciencias, paréceme que Diós se complace en descubrir cada vez más su obra del Universo, para confundir la presunción y arrogancia de los filósofos que se inclinan al materialismo, y hacen esta pregunta maliciosa é impía, que siglos hace fué desacreditada y sepultada: *¿Hay ciencia en lo alto?*

Al paso que se descubren en el Cielo nuevos astros, se descubren también en la tierra nuevas especies de vivientes y clases de insectos que hasta ahora fueron desconocidos. Entre los vegetales halla la Botánica nuevas plantas: en el mar y más allá de sus límites encuentran los hombres nuevas islas y nuevos continentes, y en ellos nuevas naciones. Estos y otros descubrimientos que ilustran á la Filosofía, no es para que esta presumiera, sino para que los filósofos teman, no sea que la ira de Diós caiga otra vez sobre ellos desde lo

alto, y los deje del todo inexcusables en la impiedad que les ahoga; pues desde todas partes habla Diós más claramente á los sabios que á los que no ven como ellos la magnificencia de las obras del Señor. Los mismos filósofos dan contra sí estas voces en las innumerables teologías que han escrito acerca de la Naturaleza. Fabricio escribió la teología del agua. (1) Lesser la teología de los insectos. (2) Derán la teología de la física. (3) Si de este modo perciben los sabios la razón y noticia de Diós, ¿cómo se puede sufrir que llamen á esta noticia *vana, imposible de creer y repugnante á todas las nociones comunes?* (4) Es clarísimo, por lo tanto, que los falsos filósofos hacen palpable su insensatez y locura cuando pretenden obscurecer el conocimiento de la Providencia divina.

Ningunos hombres hay más insensatos que ellos; pero tampoco otros que sean más ingratos. No se sabe que la divina Providencia haya sido combatida tanto ni con más despecho que lo ha sido y lo es por los falsos filósofos. Unos han querido enmendar la fábrica del hombre y le han deseado un vientre y esófago tan anchos como los

(1) Fabric. Thelog. de l' eatt.

(2) Lesser, Thelog. des insectes.

(3) Thelog. Phisique.

(4) Systhem. de la Natur. tom. 2. pag. 201, 229.

más malos somos ordinariamente los más fieros acusadores del mal. Desde ahora lo digo: los que cometen y enseñan á cometer todos los delitos, acusan á Dios porque los permite. Los impíos son precisamente los que hoy provocan sobre la tierra tantas calamidades. Ellos son los que atraen sobre los pueblos el contagio, las epidemias, los terremotos, la esterilidad y todos los males físicos; y después maldicen á Dios porque castiga ó más bien, porque corrije los pecados tan grandes, tan numerosos y tan manifiestos en ellos.

Así hablan, ó mejor dicho, así rugen el autor del *Sistema de la Naturaleza y el del Contagio sagrado*. (1) «La tierra (dicen) está cubierta de desgraciados que, parece, no han venido á ella sino para sufrir y morir. El contagio, la guerra, las revoluciones físicas y morales; la esterilidad y los venenos; el Cielo y los elementos, los tiranos y sus ministros, se conjuran para atormentar, para desolar, para aniquilar á la raza de los hombres. Luego más bien está Dios lleno de injusticia, de malicia y de imprudencia, que de sabiduría, de bondad, de justicia y de equidad. Ese Dios es un tirano caprichudo, y no un amigo ni un padre. Ese Dios es un verdugo». ¿Quién pensará que estos insolentes y atrevidos blasfemos han vivido

(1) *Systhem de la Natur.* tom. 2. pag. 204. 205. *Cont. sacr.* cap. 7. página 108.

y viven con toda comodidad en países cristianos?

¿Y quién creerá que esas furias, escapadas del Averno, hablan y se quejan así por compasión que dicen tener de los males de los hombres? Esos filósofos son los que al mismo tiempo que de esa satánica manera insultan á la infinita Majestad de Dios, arrancan del corazón del pueblo el dulce consuelo y firme asilo que halla siempre en la Providencia divina. «*Pueblo afligido (le dicen) es en vano que grítes diciendo: «Dejadme que adore á un Padre compasivo y tierno, que me prueba en este mundo». «¡Nó! (le responden esos fieros filósofos) no, la verdad no puede nunca hacer desgraciados. Ella solo sabe consolar».* (1)

Si por otra parte buscamos qué clase de personas sean estos filósofos blasfemos, hallaremos que son unos hombres con quienes la Providencia estuvo muy pródiga al concederles sus dones. Talento natural, agudísimo ingenio, maravillosa fecundidad en concebir ideas bellísimas, particular elocuencia para emitirlas con agrado, temperamento saludable y alegre para dedicarse á continuas y graves meditaciones, fortuna nunca severa, sino cuando se empeñan en irritarla ó despreciarla. En fin, ellos son los hombres más felices del mundo. Si no heredaron riquezas, las adquier-

(1) *System. de la Natur.* tom. pag. 202. 203.

ren con su ingenio ó con sus extravagancias y se hacen poderosos. No tienen nada de tristes, ni de severos, ni de retirados. Son festivos, alegres, entremetidos; y al modo que la yedra crece á favor de los grandes árboles en que se enrosca, ellos se sustentan con la liberalidad de los príncipes, de los magnates y de los gobiernos. Y así como la yedra suele matar á los árboles en que se apoya, así ellos, parásitos de la sociedad, son el mayor y más constante peligro para los gobiernos que los favorecen y los levantan. Mientras que los reyes caen, y los gobiernos concluyen y la autoridad desaparece, ellos viven siempre verdes, y siempre echando sus flores con toda elegancia, con toda lozanía.

No están en el trabajo como los demás hombres; no labran la tierra con sus brazos, ni pastorean ganados, ni experimentan los efectos de la nieve, sino cuando se refrescan deliciosamente en el estío, ni los del calor sino entre las estufas y lujosos abrigo del invierno. Sus manos no saben servir en ningún arte. No se dedican al comercio porque en él se exige más buena fé de la que ellos usan. No se exponen al peligro del mar, sino cuando la vanidad de alguna aventura los embriaga con la promesa de mucha gloria ó con la esperanza de alguna *ínsula*. No pueden sostener el peso que abruma á los magistrados, ni cautivarse bajo el yugo de un amor arreglado, ni ligarse á las funciones del sacerdocio. Sacuden la carga del matri-

monio porque les ocuparían los cuidados de una casa y familia. Eligen ser solteros; pero no castos. En una palabra, ellos casi logran beber unos placeres líquidos, que es el objeto y fin de sus estudios.

En medio de esta felicidad ¿de qué se quejan? ¿Quién tiene más lisonjera á la fortuna? No tienen otra incomodidad que las pasiones indómitas, y los remordimientos de la conciencia que jamás consiguen adormecerla. Sin embargo ¿no podemos decir que la Providencia es bondadosa para ellos, y que únicamente sus propios corazones son los crueles verdugos que los hacen desgraciados? ¿No es la Providencia una madre que los nutre, y ellos unas furias que se devoran? Es, sí, Diós un Padre que los sustenta, y ellos unos verdugos que se azotan y se atormentan. Filósofos, ¿quién os ha metido á quejaros en nombre de los espíritus desgraciados que gimen oprimidos por mil trabajos sobre la tierra? ¿Quién os ha conferido el cargo de síndicos en esta causa? ¿Quién podrá creer que teneis compasión para los pobres? Estos sufren resignados su desdicha; y muchos de ellos se alegran de su mala suerte, y reciben con tranquilidad los golpes de su adversa fortuna. Vosotros no os acordais de los pobres sino para escarnecerlos y exterminarlos. Llamais á la pobreza, *oprobio de la humanidad*. ¿Socorreis á los desgraciados? ¿Los consolais? ¿Partís con ellos vuestros bienes? ¿Acallais su hambre siquiera con un men-

drugo de pan? Nada de esto; y, por el contrario, sois para los infelices el personaje que Moliere y la Lenclos introdujeron en la fábula de Tartuse. ¡Los pobres! ¡los infelices! ¡los desdichados! ¿Cómo os han de preocupar sus necesidades, ni os han de doler sus desventuras, si blasfemais del Padre celestial que cuida de todos? En realidad vuestra ambición impaciente es la que os subleva y pretendéis interesar á todo el mundo en los proyectos de vuestra rebeldía y de vuestras maquinaciones insensatas. Concluyamos, pues, que la Providencia de Diós no es rigurosa con los filósofos; que la mayor parte de los hombres con quienes parece más dura y escasa no se quejan de ella con injurias; y que los filósofos son los más impacientes y los más ingratos de los nacidos para esa misma Providencia Soberana.



CAPÍTULO IV.

UN FILÓSOFO NO MERECE ESTE NOMBRE SI ES INCRÉDULO
PARA LOS MILAGROS BIEN CIRCUNSTANCIADOS.

EL vulgo entiende poco en los milagros. Los admira y los cree; pero el filósofo tiene que entender y creer en ellos. La fé cuesta al hombre entendido menos sacrificio que al pueblo; porque el filósofo tiene motivos para conocer que un suceso no es natural; y si por otra parte le consta que es cierto ¿qué le falta para creer que es sobrenatural?

Sobrenatural es aquello cuya *razón suficiente* no se contiene en la naturaleza del que hace, ni en los medios con que lo hace. (1) Cuando en este mundo sensible ocurren efectos de esa índole deben tenerse por milagros. Nada se hace ni puede hacerse sin causa; lo que llamamos milagros

(1) Wolff Chosm. rect. P. 510, mihi 396.

no la tienen natural; luego habrá intervenido en ellos una causa sobrenatural.

¿Pero quién sabe (objetan los incrédulos) hasta dónde alcanzan las fuerzas de la naturaleza, y, por lo tanto, quién puede juzgar que un determinado efecto es sobrenatural ó milagroso?

Ningunos serían tan excusables en hacer este argumento como los ignorantes y los bárbaros. En ellos estaría justificada esta pregunta: ¿quién sabe? y, sin embargo, los ignorantes perciben la fuerza de los milagros, mientras que los filósofos presumidos jactanciosos que se precian de *saberlo todo*, niegan lo que es sobrenatural, y pronuncian como sentencia decisiva ese necio *quién sabe*. ¿Será más decisiva la ignorancia afectada, que la ciencia fundada y que la autoridad legítima? Por esto deduzco yo que no son filósofos, sino simplemente impíos; porque son rebeldes á los testimonios que deben creer y confiesan que ignoran lo que debieran saber. (1)

El filósofo, ó renuncia este nombre, ó debe conceder que los milagros son posibles. Él conoce por sus estudios que las leyes mecánicas de la naturaleza que rigen al universo son por hipótesis necesarias; (2) pero que respecto de Dios son con-

(1) Son notables las palabras de nuestra sabia ley de *partida*: «Miraglo (dice) es cosa que vemos, mas non sabemos onde viene: é esto se entiende quanto al pueblo comunalmente: mas los sabios é los entendidos bien entienden que la cosa non puede facer natura, nin artificio del home, que del Poder de Dios viene tan solamente é non de otro. Ley 67. lib. 4. part. I.»

(2) Genuans. Element. Metaphi. tom. I. propos. Ontosol. cap. 5. propos. 46.

tingentes y libres porque son un efecto libre suyo; porque Él pudo hacer este Universo, y hacer otros que son posibles. Este Universo ni ninguna de sus partes existen por una necesidad invariable para Dios. Este puede variarlas según su voluntad como los legisladores pueden mudar ó modificar las leyes que antes establecieron, y mucho más las gracias que concedieron. Si Dios usa de esta voluntad por algún designio soberano, y suspende alguna función de la naturaleza, ó suple lo que le falta, tendremos el milagro.

Concedo que los ateos y materialistas niegan la contingencia absoluta de las causas naturales, hacen absolutamente necesarias las leyes del movimiento y del orden de la naturaleza, (1) y, por consiguiente, dicen que los milagros no son posibles. Pero yo dejo á los filósofos esta cuestión: un ateo ¿es en eso filósofo? Por lo menos Wolfio decidió contra Espinosa esta duda expulsándolo del gremio después de haberle convencido de no saber Ontología ni siquiera Lógica, cuando negaba la posibilidad de los milagros. (2)

Juan Jacobo Rousseau hizo antes que yo esta pregunta: «¿Puede Dios hacer milagros? ó sea,

(1) Spin. part. I. Etic. prop. 33. Res nullo alio modo neque alio ordine á Deo produci potuerunt: Y Wolff. Theolog. natur. part. 2. de Atheismo. Páginas 550. 551.

(1) Id. ibid. P. 713 in nota.

¿puede derogar en algo las leyes que ha establecido?» (1) Y se respondió él mismo diciendo: «Esta cuestión tratada con seriedad, sería impía, si no fuese absurda: castigar al que la resuelva negativamente sería concederle demasiado honor; bastante tendremos con encerrarle. Pero ¿qué hombre negó jamás que Dios puede hacer milagros? Es preciso ser hebreo para preguntar: ¿puede Dios preparar la mesa en el desierto?» Espinosa dirá á Rousseau: á mí no me falta ni aun esta circunstancia, pues soy judío.»

No menos que el voto de Rousseau vale el de Mr. Bergier: «Todo esto (dice) (2) que se objeta contra la posibilidad de los milagros, solo se apoya en el falso y absurdo principio de la fatalidad que lleva derechamente al sistema de Espinosa y al Ateismo; pero esto no es sino el oprobio de la filosofía moderna.»

Creo que los sanos filósofos subscribirán á este juicio, y se descartarán de una tropa de incrédulos que deciden la imposibilidad de los milagros. Es por cierto admirable, que apareciendo esos hombres tan detenidos en decidir cuando se trata de lo que puede caber en la esfera de la naturaleza, sean tan arrojados, superficiales y lijeros

(1) Letr. 3. Escrit. de la Montagn. pág. 87.

(2) Berg. Apolog. de la Relig. tom. pag. 292.

para afirmar lo que quieren, cuando se habla de la Omnipotencia de Dios. Para no creer que un suceso es sobrenatural, se detienen, y dicen: *¿Quién sabe á donde llega el poder de la naturaleza?* Y para resolver que no puede ser sobrenatural, se apresuran y atreven á decir: *Un milagro es una cosa imposible.* (1) *Dios no sería inmutable si mudara el orden de la naturaleza.* Y otras veces: *Es imposible que la naturaleza Divina trabaje por algunos hombres en particular. Es imposible que un Sér infinitamente sabio haya hecho leyes para violarlas. Dios no podría desordenar su máquina, sino para hacerla moverse mejor.* (2) Ved aquí un milagro: no saben si hay cosa imposible á la naturaleza limitada, y saben definir cuatro imposibles en la infinita Omnipotencia.

¿Quién pensará que estos son unos escépticos prudentes ó unos filósofos exactos? Esto lo veremos mejor si volvemos á leer los disparates que componen sus proposiciones: *Dios no sería inmutable si mudara el orden de la naturaleza.* ¿Qué principiante de Lógica no conoce el mareo de cabeza que ha dictado esa hipótesis? De que sea mudable el orden de la naturaleza ¿cómo puede inferirse que Dios sea también mudable?

(1) Christian. dévoil. pag. 69. Diction. Philosoph. art. *miraecis*: Un miracle, dit il une chose impossible.

(2) Cont. Sa.r. cap. 2; pag. 30. Lect. 2. á Eugen, pag. 39 et 43.—Lect. 12 sur les mirades pag. 29.

Es imposible, dicen después, que el Sér infinitamente sabio haya hecho leyes para violarlas. Un milagro es la violación de las leyes matemáticas, divinas, inmutables y eternas. (1)

¿Cómo pueden admitirse aquí las expresiones *violación* y *violar*? El súbdito que falta á las leyes que le obligan, es quien *las viola*: esto es *violación*. Mas del Soberano que en ciertos casos y por motivos especiales hace cesar sus leyes ó las derroga, no puede decirse que *las ha violado*; sino que *las ha derogado*. Pero nuestros falsos filósofos no hablan con esta impropiedad por descuido, sino por el desprecio que hacen de toda potestad divina y humana como se verá en el curso de la obra. Al Rey que derroga sus propias leyes, le juzgan tan violador y tan reo como al vasallo que falta á las suyas. Confunden al Soberano con el pueblo, y á Diós con la última criatura del mundo.

Diós no podría, dicen, desordenar su máquina, sino para hacerla moverse mejor. Luego suponen, que esta máquina se puede mover y disponer mejor; luego no es necesaria; porque necesario es lo que no puede dejar de ser, ni mudarse; por esto es necesaria la existencia de Diós porque es imposible que no exista, y es necesario que Diós sea uno, porque es imposible que haya otro. Ved, pues, aquí desvanecidos por ellos mismos los im-

(1) Diction. Philosph. art. *mirades*, let 2 á Eugen. pag. 43,

posibles que oponen contra la posibilidad de los milagros.

No es este el carácter de los verdaderos filósofos. Estos ven y oyen atentamente la relación de los hechos milagrosos. Observan y combinan todas las circunstancias, y se esfuerzan en conocer si exceden al poder de la naturaleza, ó si cabe en lo posible que todavía sean obra de ella. ¿Quién en su sano juicio ha imaginado que para esto sea preciso saber hasta dónde llega por todas partes el poder de la naturaleza? Basta saber hasta dónde no llega ni puede llegar en el género de que se trate. ¿No sé yo bien que la naturaleza no puede ver con el olfato ni oler con los ojos? ¿No saben muy bien todos, que con el solo deseo interior de la voluntad no se puede conseguir que llueva ó nieve ó truene instantáneamente estando el cielo sereno? El incrédulo confiesa que esto no cabe en el poder de la naturaleza; luego sabe hasta donde llega el poder de la misma por esta parte; si dice que aun no sabe si esto es imposible á la voluntad humana; dígame, ¿cómo sabe que es imposible á la voluntad divina?

Aunque un filósofo no sepa todo lo que puede la naturaleza, sabe sin embargo lo que en muchos casos no puede. Un cadáver de cuatro días, corrompido ya entre los muertos, no puede naturalmente resucitar; y mucho menos por la voluntad de algún hombre que se lo mande. Para afirmar esto basta conocer que no hay en la voz

débil ni en la voluntad libre del hombre *razón suficiente* para resucitar á los verdaderamente muertos. Si nuestra voluntad fuera *razón suficiente*, conseguiría á cada instante, y una vez puesta, el efecto de esas resurrecciones. Pues, vaya, júntense todos los incrédulos, griten á sus hijos y á sus amigos, díganles que resuciten, que salgan de las sepulturas. Manden á la enfermedad que los deje; pídanles que hablen todas las lenguas; dén órdenes al Sol y á la Luna para que se detengan; digan al Sol que se eclipse en medio del día, estando la Luna en su diámetro opuesto; y si conocen que les es imposible hacer todo esto, sabrán hasta donde llega por aquí el poder de la naturaleza; luego si ven suceder estos casos en el mundo ó se les prueban con documentos y testigos ciertos é irrecusables, ¿qué dirán? El filósofo verdadero deducirá por un principio de *razón suficiente* que todo eso no es natural, y con acción de gracias abrazará la Revelación que le asegurará ser efectos de una causa sobrenatural.

Ahora es ocasión de probar para satisfacer á Wolfio, y según lo prometí en la primera parte de este Aparato, que los incrédulos y *espíritus fuertes* no tienen siquiera el talento y los conocimientos que se hallan en los que principian á estudiar Filosofía; pues al admitir aquel error contra la posibilidad de los milagros, pecan contra la primera regla de lógica, y tan precipitadamente, que se hacen indignos de perdón.

Pues «¿Contra qué regla de lógica pecamos?» dirán ellos; y yo les respondo, que contra el siguiente axioma que es muy conocido y lo recomiendo [Arnald] en su *Arte de pensar*. Dice así: (1) *No se debe negar lo que es claro y evidente, porque no se puede comprender lo que es obscuro.* ¿Quién dirá que no hay conocimientos claros en la naturaleza, sino algún pirroniano? El Oceano crece y mengua dos veces alternativamente cada día: este es un hecho clarísimamente conocido. Pero ¿cuál es la causa de esos movimientos regulares? Ved aquí de lo que no tenemos sino un conocimiento obscuro. Mas porque esta causa natural sea obscura, ¿negaremos el efecto que es claro? Esto sería una necedad que siendo impropia aun de cualquier persona racional, no se puede sufrir en quien se jacta con el título de filósofo.

Igual es la demencia de los que porque no comprenden todo lo que puede la naturaleza en cualquiera de sus reinos, niegan lo que puede en alguno. Yo, por ejemplo, no conozco los límites del Universo. Unos hielos impenetrables y unas soledades horrendas me hacen inaccesibles las regiones que están en los polos del mundo; mas no por esto me dejan de ser claros los límites de mi país ó de mi pueblo. De este modo sé lo que no puede hacer la naturaleza en tal ó cual orden ó

(1) Log. de Arnald. 4. part. art. 7. axiom. 8.

suceso. Que un hombre sin ojos puede distinguir y separar los colores lo negará cualquiera; y el que dudare de esta verdad no será filósofo, ni persona prudente; será mentecato. Que la naturaleza no tiene poder para hacer que un peñasco pronuncie un discurso, también lo sabe todo el que no tenga por mollera una piedra. Sería molesto si quisiera referir los conocimientos claros que tenemos de lo que no puede la naturaleza en muchos casos. Y ¿dudaremos de estas ideas claras y ciertas, ó las negaremos, porque hay otras oscuras é inciertas que no podemos afirmarlas ni negarlas? Basta el tocar solo un extremo ó ribete de esa gran túnica de la naturaleza para tener certidumbre de que su poder es limitado, de que su extensión no es infinita, de que no es un Dios; que es á lo que tienden la malicia de Espinosa y los afanes de los ateos teóricos modernos.

De aquí podemos dar otro paso seguro afirmando que hay otra virtud que circunscribe al poder de la naturaleza, y puede obrar sobre ella, ó fuera de ella, ó en la nada. Luego son factibles por esa virtud soberana muchas más cosas que las contenidas en la virtud de la naturaleza. A estas cosas el filósofo las llama milagros, y á él corresponden las pruebas de su posibilidad en general. Más adelante veremos á qué facultad pertenece el exámen de los milagros en particular, y por qué reglas se deben distinguir los que son verdaderos de los que son falsos.

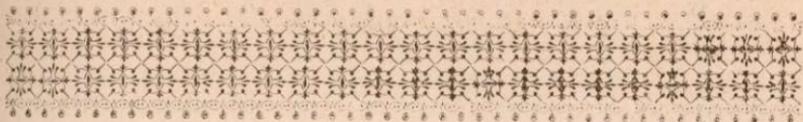
No cabe mayor exámen del que usa la Iglesia en los milagros. Antes de aprobarlos se depuran los argumentos y las dudas de los filósofos y de los críticos hasta el escrúpulo; se consulta á los médicos; se les cita y se les insta para que arguyan y confiesen las maravillas que Diós ha obrado en los muertos. Los milagros que obraron Jesucristo y los Apóstoles, fueron á prueba de toda crítica y de la más severa filosofía. La incredulidad en que Diós había dejado incurrir á todo el mundo, se rindió á ellos. Presumís vosotros, *spiritus fuertes*, que sois más detenidos que algunos discípulos del Señor lo fueron para creer la palabra de Diós anunciada por sus profetas? ¿Presumís que teneis mayor perversidad y más grande malicia que los judíos tuvieron para conculcar los milagros de Jesucristo? ¿Sois críticos más sutiles que lo fueron los sabios de Atenas, los de toda la Grecia y los de toda la Italia? De aquellos filósofos, los que estaban predestinados para la vida eterna, creyeron; y se iban sin tener que decir ni que objetar los que no creyeron. ¿Por qué vosotros á título de una filosofía que no habeis entendido, dejais de creer lo que ya habeis creído? ¿Por qué creyendo los filósofos gentiles, los filósofos cristianos se hacen infieles? (1)

Esta admiración es del Padre San Agustín que

(1) ¿Cur ergo philosophis credentibus, infidelis non credit?

se convirtió del estado de filósofo, académico y excéptico al catolicismo. ¿Qué diría un sabio de tanta experiencia en lo malo y en lo bueno al ver los melindres de nuestros *espíritus fuertes*? En fin, yo veo en esta materia divididos todos los hombres en tres clases. Primera: Los verdaderos filósofos que examinan los milagros y glorifican á Dios por ellos. Segunda: El vulgo que no examina; pero hace humilde confesión de las maravillas del Altísimo. Tercera: Los incrédulos que no saben como los filósofos ni creen como los pueblos.





CAPÍTULO V.

LA IGNORANCIA HUMANA PRECAVE AL FILÓSOFO,
Y LE EVITA SER CRÉDULO; PERO NO DEBE LLEVARLE Á SER
INCRÉDULO NI PIRRONIANO.

TODO es hipocresía en los falsos filósofos. Veo en ellos más ficción que en los oráculos del paganismo. Si creen que saben, es para ser orgullosos y sacrílegos. Un escritor juicioso combinando los modos contrarios de pensar que tienen los epicúreos ha dicho así: «Su alma, siempre dividida entre las inclinaciones de la naturaleza y las leyes de la Religión, es traída y llevada por continuas alternativas. La Religión les pide sin cesar sacrificios; la naturaleza quiere para sí el culto. Estas dos fuerzas contrarias despedazan al corazón cada una por su lado, y lo condenan á unas variaciones crueles.» (1)

(1) Mr. Batteux. La Moral d' Epicur. pag. mihi 170.

Pero ellos invocan en su socorro una estratagemata para engañarse á sí mismos. Los epicúreos modernos se quieren sosegar sobre una pretendida ignorancia. Los antiguos se deslumbraban con una supuesta ciencia de la naturaleza. Epicuro pretendió redimirse de su tiranía interior con el estudio de la filosofía. Pensó haber descubierto los primeros principios de las cosas y poder asegurarse de que no había alguna causa inteligente á que temer. Sobre esta soñada evidencia fundaba su felicidad, y exhortaba su corazón á que reposase. Los modernos toman con menos trabajo que Epicuro las ideas de Demócrito. Dicen con éste: «*La verdad está en el fondo del abismo.* (1) El conocimiento de las causas es inaccesible. Andamos entre profundas tinieblas. Esta fiera razón de que se nos hace tanto cargo, no es más que una centella que nos deslumbra. Antes de sacrificar es necesario conocer á quién». Así habla la filosofía incrédula, tan pronto presuntuosa hasta el más loco orgullo, tan pronto tímida hasta el despecho, y siempre refutada por la misma contradicción de sus pensamientos.

He visto repetir en muchos libros de incrédulos modernos el siguiente discurso: «No puede Diós condenar á un hombre por una duda ó por una

(1) *Veritatem demersam in profundo.*

ignorancia invencible. Apenas se da á la verdad un carácter que no esté sujeto á engañarnos. La ciencia humana se disipa en humos de opiniones. La autoridad está sujeta á intereses ya de la política ó ya de las pasiones. Si hay profecías que creer, hay imposturas que recelar. Los prodigios se confunden muchas veces con los prestigios. Todo nos engaña; y parece que no hemos venido á esta vida sino para ser juguetes del acaso y de los errores. Mejor, pues, será para nosotros no saber cosa alguna, que errar en muchas.» Esta es la suma de los capítulos y argumentos que Sexto Empírico (1) y Pedro Bayle (2) han ordenado con toda la malicia que cabe; aunque uno y otro han sido refutados, el primero por Pedro Villemandi, y el segundo por Crusat, sus sofismas reverdecen todos los días en el corazón de muchos filósofos pirronianos.

A fines del siglo XVII comenzaron á manifestarse, formando un cuerpo de secta, estos *excépticos é investigadores* que San Pablo anunció para los últimos tiempos. (3) No quisieron entender por que querían obrar mal. Son amantes de sí mismos; no son filósofos. Son soberbios, blasfemos, desobedientes á los padres, criminales, traidores,

(1) Sext. Emp. Hypothiseon Pyrronicarum.

(2) En todo su Diccionario Crítico.

(3) 2. ad Thimoth. cap. 3.

insolentes. *Siempre preguntando* y nunca llegando al conocimiento de la verdad.

Por estos caracteres que expresa tan clara y distintamente el Apóstol, se distinguen bien los que se llaman á sí mismos: *cuestionarios ó quierentes, expectantes, excépticos, investigadores*. Se dan la mano con la otra clase de fanáticos que en todo tiemblan con una timidez la más frívola y supersticiosa. Suponen que Jesucristo nos enseñó una Religión verdadera y divina; pero que no sabiendo cual sea esta entre tantas sectas, quieren, más bien que errar la elección, no elegir ninguna. Esta idea es también de Bayle tenido con razón por el pirroniano más peligroso de su tiempo.

Opinan algunos que este excepticismo es solo perjudicial cuando se entra con él en el sagrado dominio de la Religión y de la Teología; pero no cuando se usa en Filosofía y en las cosas humanas. Engañados con esta distinción, parece que hoy muchos renuevan las sectas de los *epecticos ó suspensos*, de los *zeteticos ó cuestionarios*, de los *aporeticos*, que de todo dudan, y de los *acatelépticos*, que pierden la esperanza de que sea posible saber de cierto alguna cosa en el mundo. (1) Todas estas ramas salieron de la escuela de Pirron; y no es necesario mucho estudio para persuadirse de lo muy perjudiciales y funestas que son todas

(1) Gelio. lib. 11. cap. 5.

esas teorías, lo mismo para la Filosofía que para la Religión y para la sociedad, porque cierra todos los caminos que conducen á las verdades naturales y sobrenaturales. La Fé, aunque sea sobrenatural, entra sin embargo por el oído, y, usando de la razón es como puede recibirse la Revelación. Esta no se ha hecho creer sin pruebas; pero unas pruebas tan claras que el mundo no puede negarlas. El que desacredite estas pruebas cuando se trate de hechos humanos ó de conocimientos puramente naturales ¿será posible que no las desacredite también y que no las deseche cuando se trate de verdades sobrenaturales? Por ejemplo: el que niegue un hecho puramente humano, aunque lo certifiquen la luz de la razón y el consentimiento universal de los hombres ¿no negará también habiendo entrado en el mundo por estos medios la predicación y los milagros de Jesucristo y de los Apóstoles?

Las cosas humanas son, aunque remotamente, disposiciones para las divinas. No impide menos el curso del río quien lo corta por lo más alto. «Es verdad que nadie está obligado, bajo pena de condenarse, á creer que Esparta existió; ni por dudar de esto será devorado por las llamas eternas». (1) Pero también es verdad que el que se niegue obstinadamente á creer los testimonios

(1) Rousseau, Letre á l' Archereque de Paris, pág. 101.

que prueban con toda legitimidad la existencia de Esparta, también negará su fé á los mismos cuando prueban la existencia de Jerusalem, la del Templo, la del Sancta Sanctorum, la de los milagros que allí obró Jesucristo y la muerte que allí padeció.

Si es verdad que «Todo hecho de que no somos testigos, no está fundado sino sobre pruebas morales, y que toda prueba moral es capaz de engaño,» (1) aquí teneis destruido por ese principio todo el órden de la vida y de la sociedad. Las pruebas morales son para todo el mundo las más claras, y las únicas sobre que se funda la fé humana y los vínculos de la sociedad; y, por lo tanto, no puede una filosofía cavilosa debilitar estas pruebas, tan grandes como son en sí mismas, sin destruir por su base la sociedad y echar por tierra la Religión. El mismo Jesucristo probó alguna vez su misión celestial y sus verdades eternas usando de esas pruebas morales que sirven para sostener todas las obligaciones y contratos humanos. Así dijo el Redentor: *En el dicho de dos ó tres hay prueba para toda verdad.* (2) Pues esta, esta regla que basta para constituir la fé humana indispensable para los juicios civiles y para la política, es

(1) Ibid.

(2) Joan 8. 17.

la misma que ha servido también para establecer en el mundo la Religión.

No porque esta prueba moral se funde en la autoridad divina, sino porque quitada aquella se quita el primer medio para recibir esta. Es decir: la luz de la razón y la fé humana no bastan para la Religión; pero basta negar ó aniquilar la razón para impedir el establecimiento de la Religión. De manera, que si bien la razón no basta por sí sola para creer la Revelación, basta sin embargo para hacernos inexcusables si no la hemos creído, porque sus testimonios y pruebas son razonables y *demasiadamente creíbles*. Los milagros son unos hechos que convencen á los sentidos. Por eso dijo el Salvador: *Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado; sino hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa porque vieron, y sin embargo aborrecieron para que se cumpla lo que está escrito: Porque me tuvieron odio gratis.* (1) Fíjese muy bien esa palabra: *Porque vieron*.

Es muy notable la controversia que el joven nacido ciego, á quien dió vista Jesucristo, sostuvo con los fariseos. Le preguntaron estos cómo era que veía. El joven les respondió: «Puso lodo sobre mis ojos, y me lavé, y veo. Y tú, le replicaron, ¿que opinas de ese que abrió tus ojos? Que es pro-

(1) Joan. 15. vv. 22. 24. 25

feta, les dijo él.» Entonces no creyeron los judíos que hubiera sido ciego y que ya veía. Llamaron á los padres del joven y le preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo vé ahora?» Respondieron los padres: «Sabemos que este es nuestro hijo y que ha nacido ciego; cómo vé ahora, no lo sabemos. Preguntad á el, que edad tiene y responderá por sí.» No sé si la malicia de nuestros filósofos podrá echar de menos algo en la de aquellos fariseos, ni si cabe mayor prudencia en las respuestas de los testigos que aquí se examinaban para certificar el milagro. Respondían los padres lo preciso, lo que no podían ignorar; esto es: que aquel era su hijo, y que aquel les había nacido ciego. Este contestaba lo mismo. La vecindad y los que antes le habían visto pedir limosna decían que era él. Aunque algunos dudaban, era ó porque lo conocían menos, ó porque hallaban la diferencia de que ahora veía y antes no veía; pero esto no hacía falta para llenar la prueba. Bastaban los padres, la vecindad, la pública fama y la confesión del mismo para hacer innegables la identidad de su persona, la verdad de que había sido ciego desde su nacimiento y el hecho de que ya veía. Vuelven á pesar de ello los fariseos á llamarlo, y le dicen: «Da gloria á Dios: nosotros sabemos que este hombre, llamado

(2) Joan. 9. v. 15.

Jesús, es un pecador.» Como si le dijeran: «Dá gloria á Dios, mintiendo.» El joven se atenía á su hecho, y decía: «Si es pecador, no lo sé: una cosa solamente sé; que siendo yo ciego me dió vista.» Le instan con nuevas preguntas: «¿Qué te hizo? ¿cómo te abrió los ojos?» El joven contesta: Ya os lo dije, y vosotros lo oísteis: ¿quereis oirlo otra vez para haceros sus discípulos?» Los fariseos entonces le maldicen y se llenan de cólera, que es á lo que únicamente puede recurrir el abuso de la crítica: «Tu seas su discípulo (le gritan); no, nosotros no sabemos cual sea el espíritu de este, ni de donde viene.» El joven les objeta diciendo: «Es bien admirable que no sepais de donde sea, ni que me acaba de abrir los ojos.» Al oír esto, los fariseos concluyen la cuestión diciéndole: «¿Tu que has nacido lleno de pecados, quieres enseñarnos?» Y lo echaron fuera de la Sinagoga.

La incredulidad no tenía ya otro medio que tomar sino el de la violencia. Se vé confundida por la misma prueba que hace del caso. Era menester negar la evidencia de los sentidos, desmentir la fé pública, despreciar el testimonio de muchos sabedores del hecho, y, por último, prescindir de todas las pruebas humanas para librarse de la necesidad de confesar á Jesucristo. Pues «¿qué? ¿Hemos de perecer? ¿Hemos de darnos por vencidos?» dicen en tales conflictos Voltaire y los demás *rodamontes* racionalistas. «No, amigos; mintamos mientras haya alientos en nuestros pulmones;

charlemos, perjuremos, apretemos las sienes, cerraremos los ojos, seamos pirronianos». Pero ¡ah! que ya lo advirtió en aquel mismo lugar del Evangelio, el Salvador diciendo: *Yo vengo y juzgo este mundo, para que los que no vén vean, y los que ven se hagan ciegos. Y habiendo los fariseos replicado: ¿Por ventura nosotros somos ciegos? Les dijo Jesús: Ahora decís que veis; luego vuestro pecado consta.*

Esto demuestra el carácter de nuestra Fé, que si bien está sobre la razón y sobre los sentidos no está contra uno ni contra otro, antes bién uno y otro le dan testimonio; y este testimonio es por sí bastante para hacerla creible en sí, aunque por otra parte es cierto que el acto de creer no puede hacerse sin la gracia del Espíritu Santo. No está en nuestra mano adquirir esta gracia; pero está en nuestra culpa el carecer de ella. La razón es, que los que abusan del entendimiento y de las potencias naturales, cierran las puertas á las luces sobrenaturales. Todas las cosas que vienen de Diós son ordenadas. Los dones naturales se ordenan á los sobrenaturales, y estos se consiguen con el recto uso que hagamos de aquellos; luego el que pervierte el órden de los primeros, no puede por su culpa, recibir los segundos; como el que quite la transparencia de un cristal no podrá recibir los rayos de luz, que solo se adaptan á los poros rectos y estrechos. Por eso se ha dicho á otros incrédulos: *¿Hasta cuando resistís vosotros al Espíritu Santo?*

Véase, pues, aquí como el excepticismo inmoderado y el pirronismo en Filosofía echan por tierra la Religión negando el testimonio de los sentidos y de la razón y todas las pruebas humanas. Estos malos filósofos no dejan de ir derechos á su propósito que no es otro sino que no se les pueda argüir de pecado. Y por esto les dijo el Salvador que *si fueran ciegos no tendrían delito*. Si probaran que no han recibido ningún sentido, ó que no tenemos todos los necesarios como lo intentó probar Locke (1); si probaran también que no percibimos las cosas, y que no tenemos memoria, ni entendimiento, ni ser racional, entonces tendrían excusa. Pero ¿á quién harán creer esto, y cómo los pirronianos lo creerán de sí mismos? Y si lo creen, es claro que, por el mismo hecho de creerlo así, creen, conocen, ven; luego *su pecado queda* (2).

La verdadera Filosofía huye de este abismo de la incredulidad, y del otro extremo de la credulidad. Conoce que hay verdades que sabemos y verdades que ignoramos; que hay testimonios infieles y fidedignos; que hay milagros verdaderos é imposturas humanas. Pero al mismo tiempo, el verdadero filósofo conoce la necesidad de humillarse tanto en lo que percibe, como en lo que

(1) Locke, Essai de l'entendement.

(2) Nunc vero dicitis quia videmus, peccatum vestrum manet.

no comprende. En uno y otro caso palpa su pequeñez. Me confunde oír á un filósofo gentil que reduce á este buen uso la filosofía, cuando nosotros, en el día de Jesucristo estamos abusando de ella.

«Cuando mi alma, decía Cicerón, echa sus miradas por el Cielo, por las tierras, por los mares, por todas las naturalezas de las cosas; y contempla de dónde fueron emanadas, hácia dónde corren, cuándo y de qué modo perecerán, qué hay en ellas de caduco, qué de divino; y en medio de esta magnificencia de cosas, en medio de este espectáculo y conocimiento de la naturaleza, me digo: ¡Dios inmortal! ¿Cuándo se conocerá ella así misma? (1).

Si este insigne filósofo pagano se humilla por la ciencia de las cosas que entiende, ¿se exaltará por la ignorancia de las que no entiende? Por lo primero confiesa su pequeñez; por lo segundo confesará su limitación. No halla porqué elevarse sobre las grandes obras que vé, ni por que anonadarse en presencia de las que no comprende. El filósofo no debe considerarse un diós desde que sabe algo, ni debe creerse una bestia ó un autómeta desde que no lo sabe todo (2). Ambos extremos son los de un ebrio que se vá de una pared á otra.

(1) Cicer. de legibus. I.

(2) Lact. de Faes. Sapient. lib. B. C. 6.

(1) Si nuestros estudios tuvieran por objeto no el amor propio, sino el propio conocimiento seríamos filósofos y no filautas.

No culpo yo á la Filosofía. No se ha de culpar á la ciencia, ha dicho un sabio, (2) porque ella es buena considerada en sí misma y ordenada por Diós; más es preferible la recta conciencia y la vida virtuosa, porque muchos estudian, no para vivir bien, sino para saber las cosas que no conocieren; y de aquí nacen tantos errores y tan pocas utilidades.

Nace también una vehemente desconfianza de cuanto ellos nos digan. Yo pensaba que un filósofo era una persona seria sin ser fastidioso para nadie. Elevado en sus pensamientos y no en su corazón. Honesto, moderado y satisfecho con poco. Sincero, dócil, amante de la verdad y no de las fábulas; y que no hacía ostentación de su sabiduría sino de su conducta. (3) Pero me admira la mala fé que advierto en los filósofos más célebres de nuestros tiempos. ¿Qué podré yo fiarme de cuanto me diga Leibnits, cuando le oigo decir que todo lo que ha escrito en su Teodicea es un juego de palabras con la sola intención de engañar

(1) Job. 12. 25. *Palpabunt quasi in tenebris; et errare eos faciet quasi ebrios.*

(2) Kempis, de *Imitacione Christi*: lib. 1 c. 3.

(3) Cicer. lib. 2 *Fuscul.*

á una Reina, (1) y cuando añade que no es condición de un filósofo hablar siempre seriamente; sino que para suponer un sistema y acreditar su valor debe darse licencia al genio? De modo, que ya no queda para nosotros medio de conocer cuándo lo que se dice es una seriedad ó es una chanza: ya no podemos saber si lo que ellos nos ofrecen es una hipótesis, una teoría ó una fábula. Buffón nos dá al principio de su Historia natural una *Teoría de la Tierra*, que es la prueba de cuánto puede un genio poético entregado á sí mismo. Le reconvino la Facultad de Teología de París indicándole algunos de los escollos en que por su licencia se había hundido. Aquel filósofo los reconoció con una sinceridad digna de aplauso; pero se escusó diciendo (2) que aquella parte á que dió el título de *Teoría*, no es en su intención mas que una *hipótesis*. Otros á los productos de sus imaginaciones han puesto por título: *Fábulas escogidas ó Sueños, ó Cuentos*; y sin embargo todos son *filósofos*. Otros se buscan la vida engañando la crédula Europa atribuyéndose inventos que no sirven, remedios universales que no aprovechan á ninguno, (3) y máquinas que tienen la

(1) Leibnits en la Epístola á Mateo Fasco citada poco antes.

(2) Buffón Hist. Nat. T. 7. pag 15 edit en 12 tom. I. pag 185. Prevenir de la theorie de la torre.

(3) Véase la 4.^a plana de los más acreditados periódicos de nuestros días.
—N. E.

mitad de humo y la otra mitad de mentiras. Hoy como nunca se miente sin vergüenza para hartarse de fama y de vana gloria siquiera sea por una semana.

Si para los conocimientos humanos no tuviéramos otros maestros, no sería culpable ser nosotros pirronianos, respecto á aquellos, no creyendo á ninguno; pero lo que precisamente hoy nos conviene hacer es desconfiar mucho. Nunca estuvo más justificado el excepticismo.

Casi toda la Filosofía nos lleva á él. En este sentido S. Agustín la llamaba: *Grande fábula, larga mentira*; (1) y cuéntese, que cuando dijo esto, no era ya maniqueo sino católico. De su misma opinión han sido los más grandes filósofos. Daniel Huert no debe llamarse sino escéptico por su tratado *Flaqueza del entendimiento humano*; y allí dice (2) que del mismo modo de pensar fueron Teresides Siro, Pitágoras Samnio, Empedocles de Anarcasis Escita, Zenón Eleáta, Demócrito, Sócrates, Platón, Varrón y Cicerón. Esta prudencia (que así llamo yo al escepticismo moderado) en no creer pronto á los hombres, ni confiar en todo espíritu, ni precipitar en cosa alguna nuestro juicio es la que nos inspira la Religión en todos los Sagrados libros. Esto mismo nos enseñan todas

(1) *Ingens fábula, longum mendacium.*—August. *Confess.* c. 4.

(2) Dan Huet: *Le foiblesse de l'entendement humam*, lib, I, cap. 14.

las experiencias, toda la Filosofía. Ella desde la más remota antigüedad hasta nuestra época, se ha enredado en infinitas cuestiones que ya caen en el desprecio ó ya se levantan y se hacen de moda. Esto ha hecho que sea un laberinto para la razón, en vez de ser su guía. No promete sino trabajos á quien entra por él; y el que sale de él no saca otra utilidad que el escarmiento. «Mi mente, dice el mejor de los filósofos, (1) contemplaba muchas cosas, y hacía progresos en ella. Daba yo licencia á mi corazón para que supiese prudencia y doctrina, y conociese los errores y la necesidad; pero entendí que en todo eso había trabajo y aflicción de ánimo, porque en la mucha sabiduría hay mucha amargura; y el que añade ciencia añade más necesidad de saber».

La multitud de sistemas que en el mundo han establecido los filósofos desde el principio, es la mayor nube que nos impide la vista del mundo verdadero. Creo que así como ocultó Diós el árbol de la vida en castigo de una gula ilimitada, así ocultó el árbol de la ciencia en castigo del deseo de querer saberlo todo; pero el modo me parece también digno de la eterna sabiduría; porque para frustrar la empresa de nuestra curiosidad, no eligió otro medio que abandonarla á sus mismas empresas y opiniones en todo lo que trata. Me in-

(1) Euclesiastes, cap. I vv. 17. 18.

ducen esta creencia unas palabras muy conocidas del libro del Eclesiastés: *Entregó al mundo, dice, á las disputas humanas para que así no sepa el hombre el verdadero plan que ha seguido Dios en su obra desde el principio hasta el fin: por eso dedujo que no había cosa mejor que alegrarse en la inocencia y hacer buenas obras en esta vida.* (1)

A esta resolución vendrán á parar quien estudie atentamente los sistemas del mundo que hasta ahora nos dieron los filósofos. Si la multitud de opiniones nos arrojó á esta confusión, la simplicidad de doctrina nos reducirá al camino de la verdad. Si el orgullo y la mala fé de los filósofos nos hace inciertos de toda su ciencia, es preciso que deseemos un maestro infalible, y, si puede ser, la verdad misma que no se haya engañado ni nos engañe. Un sabio desengañado (2) lo dijo así: «Es necesario que todos nuestros estudios se descarguen de una composición sospechosa; que nuestras ideas se reduzcan á una simplicidad perfecta; que cuanto más se reunan en un principio nuestras inteligencias más conformes sean entre sí y con el principio; que hallada una regla simple y fiel y que jamás discorde ni se mude, cuanto esta sea más una (3) y nosotros más unidos á ella,

(1) Eclesiast. cap. I. vv. 10. 11. 12.

(2) Kempis de Doctrina verit. cap. 3.

(3) Kempis de Imitatione Christi.

y más sencillos con ella, tanto más conozcamos la verdad inteligible. Pero ¿quién será el principio á quien yo me una? ¿Será mi razón? ¿Será mi sentido propio? Mi razón y mi sentido me han engañado muchas veces; y aunque no me engañaren; tampoco podrían ser las reglas de mi fé. ¿Lo serán las experiencias humanas? Cualquiera experiencia, propia ó agena, está sujeta á los sentidos y aun al capricho, y no pocas veces me engaña; porque cada uno vé en los experimentos lo que imagina, lo que desea. La experiencia, pues, aunque sea útil, no puede asegurarme siempre. ¿Tomaré por regla á los hombres sabios? Estos no son una y simple regla, sino tantas reglas como son sus sentencias y opiniones; luego por más que los respete no pueden ser mi regla simple é invariable. ¡Callen, pues, las opiniones de las escuelas cuyas controversias leo con fastidio! ¡Callen los doctores y los jefes de sistemas! ¡Callen el sentido y el juicio privado! ¡No me hablen las criaturas en tu presencia. Verdad primera, Inteligencia Infinita, y hazte conocer por una regla que no pueda mentir jamás! Ved aquí á la razón (1) naturalmente cristiana, sentada á las puertas de una Revelación.

(1) Esta frase es de Tertuliano.



CAPÍTULO VI.

EL VERDADERO FILÓSOFO CONOCE
LA NECESIDAD DE UNA REVELACIÓN, Y ESTA LE DEBE SER
MÁS SUAVE DE LLEVAR QUE Á LOS OTROS HOMBRES.

PUEDE nuestra alma, cansada de errar y dudar entre mil opiniones, no apetecer un maestro que la dirija? ¿No deseará descansar sobre una roca, después de haber sido llevada y traída por varias olas las más veces en un sentido contradictorio? Uno de nuestros incrédulos, (1) imitando al antiguo Luciano, se siente muy disgustado de la inconstancia de sus colegas: «Yo consulté, dice, á los filósofos; ojeé sus libros; examiné sus diversas opiniones; pero los hallé á todos fieros, afirmativos, dogmáticos. Aun en medio de su escepticismo nada ignoran; pero nada prueban. Se bur-

(1) Rousseau. Em. Tom. I. pag. 25.

lan los unos de los otros; y bajo este punto de vista, común á todos, me parece el único en que combaten; pero al defenderse de ellos, se advertirá que no tienen vigor. Si pesais sus razones, vereis que no las tienen sino para disputar. Escucharlos no era el remedio que yo necesitaba para salir de mi incertidumbre. Yo concibo que la insuficiencia del espíritu humano es la primera causa de esta variedad de sentimientos, y que el orgullo es la segunda.»

¿A quién no parecerá que está oyendo al padre S. Agustín, cuando disgustado de la insubsistencia del maniqueismo y de la Academia ó escepticismo, se disponía, por un instinto de salvación, á entrar en el seno de la Iglesia Católica? ¡Ojalá que Rousseau nos hubiera dado á ver una conversión semejante! Por este medio ha conducido Diós muchas almas grandes desde la incredulidad á la luz de la Revelación. Mejor dicho: Diós cuando envió á su Hijo, tenía encerradas todas las cosas en la incredulidad. (1) El Señor no está muy lejos de manifestar la verdad á quien deja conocer los errores y los engaños. Por esto he dicho que el escepticismo, si es moderado y sincero, es también un movimiento saludable hacia la Religión.

El célebre Arnauld de Antillé, hablando de la

(1) Conclisit enim Deus omnia in incredulitate, ut omnium misereatur. Oh altitudo divitiarum Sapientiæ Dei! Ad Rom II v. 32.

filosofía de Descartes, dice: «En efecto, las meditaciones de Descartes pueden ser miradas como un instrumento de que la Providencia ha querido servirse, para detener la inclinación que muchas personas de estos últimos tiempos muestran tener á la irreligión y al libertinage.»

Por ventura, ¿faltan motivos para creer, que aquel Dios que esconde algunas veces bajo medios puramente humanos la distribución de los bienes sobrenaturales que reparte, ha tenido por fin la curación de estos enfermos, obligándoles á entrar en las justas desconfianzas de sus luces, cuando les ha suscitado un hombre que tuvo tan ventajosas cualidades naturales para fondearlas; una penetración de espíritu del todo extraordinaria para las ciencias más abstractas; una grande aplicación á la filosofía; un hombre, finalmente, que con las propias armas de los incrédulos halló los medios para confundirlos siempre que ellos quisieran abrir los ojos á la luz que se les ofreciera?

Un filósofo de estas condiciones haría siempre mis delicias. Es tan útil por lo que sabe, como por lo que ignora. Su ciencia modesta sigue con paso sereno la verdad; y su ignorancia humilde es luego seguida de la verdadera ciencia, que se complace en semejantes disposiciones de ánimo.

Los filósofos del gentilismo conocieron este vacío de su razón. Cicerón habla en este sentido tanto por sí como por otros que introduce en sus Diálogos, y se queja de esta enfermedad. A Sócrates

tes le hace decir que los más sabios no pueden saber por sí mismos el culto y manera de reverenciar á los dioses; que para esto se debe dirigir el hombre á la Divinidad, y que esta, siendo propicia, enviará alguien que nos instruya. (1) El mismo instinto siguieron todos aquellos que para autorizar sus doctrinas fingían haberlas aprendido del Cielo. Y ¿qué otra cosa nos prueba el frecuente recurso que hacían á sus falsos oráculos para saber lo que suponían que se había negado á la razón? Quién más notable se me hace en este género, no es el común de los filósofos, sino particularmente Epicuro.

Con ser él un jurado religioso y su filosofía un estudio para negar el ser sobrenatural, dió, sin embargo, á sus máximas el color de reveladas y las llamó *reglas venidas del Cielo*. (2) Y no se diga que esto era aprovecharse de la credulidad del pueblo que interiormente despreciaba; pues esas máximas no las hizo sino para sus discípulos, que eran como él, sabedores del secreto de su impía filosofía.

Por este conocimiento que aun los menos sinceros filósofos no podían arrancar de su seno, se hace evidente su culpa en no haberse dirigido á

(1) Cicer. en Alcibiad.

(2) Cœlo delapsas sententias. Cicer. de Fin. núm. 7.

Diós, como debían, para que les instruyese en la doctrina necesaria para la vida eterna. ¿Cuánto más grave es el delito de nuestros incrédulos que conociendo á Jesucristo y el depósito que dejó en la Santa Iglesia con sus oráculos, misterios y sacramentos, lo desprecian todo, y gustan arrojar-se á la variedad de las opiniones y á la incertidumbre de la débil razón?

Muchos ponderan cuán doloroso es para un filósofo sacrificar sus luces y su alta ciencia á una doctrina encerrada en misterios. Es muy estraña esta dificultad. Yo pensaba muy al contrario creyendo que á ningunos hombres costaba menos este sacrificio ni recibían mayor recompensa por él. Empiezo por esto segundo: el que conoce mejor una necesidad recibe mayor consuelo al verla socorrida. Esto no necesita de prueba. Acabamos de ver también que los filósofos son los que por experiencia han conocido mejor la enfermedad y debilidad del espíritu humano, y por consiguiente la necesidad de un socorro soberano. Llegado este, ¿no serán ellos los que más lo agradezcan y los que con más hambre se den á él? Es preciso, si son consecuentes, que lo reciban con el gozo que el náufrago coge la mano del que la estiende para salvarlo. Ya se alegra y canta su libertad; ya la besa con acciones de gracias. Así imaginaba S. Agustín el peligro de que se había evadido entregándose en manos de la Revelación. Una de las utilidades que reconocía en haberla creído, era

verse fuera del inquieto mar de las cuestiones de los académicos, y haber hallado en el creer una paz que supera á todos los sentidos. (1) Uno de los filósofos más peligrosos de nuestra época se siente obligado á dar gracias á Dios por el mismo beneficio: «Oh Dios mío, exclama Montagne, cuán obligado nos tiene vuestra bondad, por haber fijado nuestras creencias en medio de esas vagas é inciertas opiniones, haciéndolas descansar sobre la solidez de vuestra palabra eterna!» El pueblo y el vulgo reciben este don á la manera que los infantes recién-nacidos: apenas conocen la necesidad que tenían de él.

Así como los ignorantes no pueden percibir tanto gusto de ese beneficio, así el sacrificio debe serles más doloroso que á los filósofos. La razón del vulgo no está acostumbrada á llevar tal yugo: es cerril, nada mortificada y dura. Ignora qué cosa es doblarse con reflexiones penosas en obsequio de alguna verdad. Por fin, es un alma por domar. Todo lo contrario se halla en el filósofo. Si se le anuncian misterios sublimes en la Religión, acostumbrada está á sufrir misterios oscuros en la Filosofía. Toda la naturaleza es un misterio. (2) En cada una de sus partes halla más que creer, que lo que sabe.

(1) August. de Utilitate credendi.

(2) *Sacer es mundus.*

Misterio profundísimo es el camino por donde el espíritu nos viene; y con qué orden ó razón se componen los huesos en el vientre de la madre: así se ignoran las obras de Dios. (1) Misterio es como el pan cotidiano se convierte en nuestra carne, y el agua y vino en nuestra sangre y linfa; y como alimentos tan heterogéneos cual son los que nutren al hombre, se reducen en él á una misma sustancia. El filósofo que ya ha consentido en ignorar esto, instruido se halla para saber ignorar el modo de la Sagrada Eucaristía. Un misterio se nos habían hecho siempre las semillas de las cosas. No había menores dificultades en explicar como estuviesen en sí mismas organizadas, ó por qué secreto impulso se organizaban de nuevo. Al pretender explicar esto, se añadían nuevas cuestiones, nuevas dificultades, nuevas tinieblas. Un misterio se nos había hecho en la Filosofía el fuego, su naturaleza y sus propiedades. Si una centella basta para consumir una selva ¿cómo habiendo tanto fuego en los bosques, en todos los árboles y en todas las plantas, dentro y fuera y alrededor de la tierra, en nosotros y en el aire que respiramos, no toma sin embargo vuelo y nos consume juntamente con el mundo? Un misterio

(1) Quomodo ignoras, quæ sit via spiritus, et qua ratione compingantur ossa in ventre prægnantis: sic nescis opera Dei, qui fabricator est omnium.—
Eccles. cap. 11. v. 5.

quedaba hecho siempre el aire; y respecto á sus cualidades, apenas había motivos ni aun para sospechar la existencia de muchas que en él se ocultan. ¿De qué tesoro salen los vientos regulares é irregulares, y donde principian las corrientes del Occéano? Nada de esto penetraba el filósofo. Hecho estaba á humillarse y rendirse bajo el peso de estas tinieblas. Vino al gremio de la Religión. ¿Se le hará tan duro doblar la cabeza y las rodillas delante del Arca de los misterios divinos?

Pero hasta aquí no había yo preguntado (1) sino del fuego, del viento y de la luz que nos cercan, y de quienes no podíamos separarnos. En medio de eso palpábamos tinieblas, y en nuestros estudios nos alimentábamos de sueños ó de meras hipótesis. Si en efecto no podíamos conocer las cosas que nos son internas, sensibles, y que habían crecido con nosotros desde la infancia ¿cómo podíamos aspirar á comprender los caminos del Altísimo?

No necesita el filósofo para humillar su curiosidad preguntarse: «¿Cuántas son las habitaciones que hay en el fondo del mar, ó cuántas son las venas de que nace el abismó, ó cuales son las salidas del Paraiso?» (2) Para estas dificultades podría servirle de excusa y de consuelo el decirse:

(1) Esdræ c. 4. v. 9.

(2) Id. ibi. v. 7.

«Yo no bajé al abismo, no penetré aun por los infiernos, ni subí jamás al cielo.» Pero ¿qué excusa tiene que dar á la ignorancia en que vive de las cosas que le son más familiares y unidas? (1)

Ved aquí, como decía Diós á Job, indicada una mínima parte de los caminos del Eterno; y no habiendo sentido más que una pequeña centella de su sabiduría, ¿quién podrá mirar el relámpago de su claridad. (2) ¿Satisfizo alguna vez la naturaleza á nuestra curiosidad? ¡A cuanta costa de la razón y de los sentidos sabemos algo! Padece- mos tinieblas para creer que el mundo fué criado por un ser sapientísimo, necesario, inmutable y perfecto. Pero ¿seríamos llevados por entre menores tinieblas para creer que existió siempre y sin algún principio; que había sido eterno un globo que antes bien nos admira como ha podido durar por una serie no muy larga de años? Y si iba á creer que lo había hecho el acaso ¿veía delante de mi menor trabajo para entender esto? (3)

Así todo es para el filósofo un misterio en el universo. Por todas partes obscuridades, y combatir unos con otros los primeros maestros. Este

(1) Id. ibi.—Tu quæ tua sunt tecum adolescentia, non potest coquiescere.

(2) Job. 16. 14.—Ecce ex parte dicta sunt viarum ejus: et cum vix parvan scintillam sermonum ejus audierimus, quis poterit tonitruum magnitudinis illius intueri?

(3) Labor est ante me.

veía que era necesario el *lleno*; aquel palpaba la necesidad del *vacio*; otros percibían salir del sol *los rayos espirituales y las atracciones*; otros se entretenían con un *Eter*, ó con una *materia inmaterial*. Y esto me comprueba que los mismos oráculos de la filosofía ignoraban los elementos ó principios del mundo. Nadie, pues, más ejercitado en creer oráculos y en creer misterios que el filósofo; pero unos oráculos y unos misterios inciertos, sin promesas útiles, sin fiadores acreditados, y realmente sin ciencia infalible. Pues yo me gozo, concluirá cualquier filósofo, como concluía S. Agustín, en profesar una Fé católica, y por ella espero llegar á la ciencia estable y perfecta. (1)

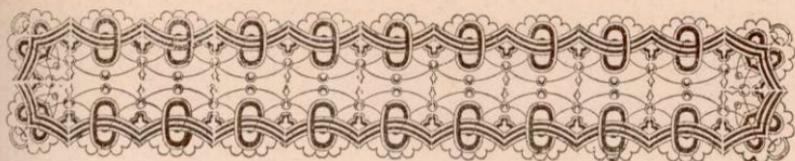
No tiene el pirroniano más angosto campo donde reflexionar y por donde volver contento de las tinieblas á la luz. ¿Quién fué tan *espiritu fuerte* como él muestra serlo? Ha podido muchas veces negarse á sí mismo; ha hecho la mayor violencia á su misma razón; ha sabido no creer lo que esta le representaba más claro; ha desmentido á sus sentidos y pagado por ilusión lo que le evidenciaban sus ojos. Pues ¿no será también *fuerte* para juzgar que en el Sacramento Augusto no permanecen las sustancias del pan y del vino, sin embargo de que las especies evidencien ante sus ojos

(1) August. de Utilit. credendi. c. 14.—Ego catholicam fidem profiteor et per illam me ad certam scientiam perventum profiteor.

lo contrario? Así se sienten dificultades por todas partes. Las hay grandes en la Religión; las hay mayores en la irreligión; pero estas mayores, nacen del vacío y repugnancia de las cosas; aquellas menores dependen de la sublimidad de las verdades reveladas. Las dificultades de la irreligión no se suavizan con ningún aceite ni con ninguna paz; las obscuridades de la Religión son como una noche serena, templada con una luz que consuela ó con un dulce sueño en el espíritu trabajado. Finalmente, filósofos, descended, os ruego, al fondo de vuestro corazón y vereis las diversas fuentes de donde nacen las dificultades del incrédulo y las del fiel. En este pueden nacer de la flaqueza de su entendimiento y de la alteza de los misterios; pero en el incrédulo vereis que nacen de sus intereses presentes y de la violencia de sus pasiones. Por satisfacer á estas perdona él que sus dificultades no se satisfagan. Antes busca medios y colores con que hacerse fácil lo más imposible; pero esto nos lleva á otro capítulo.







CAPÍTULO VII.

EL FALSO FILÓSOFO DA ARMAS
Á TODAS LAS SECTAS Y BELLOS COLORIDOS Á TODOS LOS
ERRORES PARA DESACREDITAR Á LA RELIGIÓN.

HABÍA derecho para esperar que la Filosofía disipase los sofismas que se urden contra la Religión. Este sería un reconocimiento debido á las luces soberanas que de ella recibe y un fruto el más precioso que se puede coger de su estudio. Vano es su trabajo en justificar las leyes, en argüir, en convencer, en interpretar las palabras, en penetrar lo más oculto de los proverbios y en desenvolver el enredo de los vocablos, si nada de eso sirve para la verdad, desvaneciendo los errores y las opiniones que la rodean. No es esto tan necesario para la Religión como honroso para la Filosofía; pero el abuso que se hace frecuentemente de esta, le ha ganado una nota que no la infama poco. Ya vimos la opinión que en tiempos

de Cicerón tenían los filósofos en orden á la Divinidad.

En vista de esto, no debieron los Magdeburgenses haberse admirado de que también Tertuliano hubiese puesto semejante nota á cargo de los filósofos de su siglo. No se podrá atribuir esto á la severidad de Tertuliano, ni á su humor atrabiliario. Con bastante individualidad muestra en las fuentes de una filosofía disipada el origen de todas las heregías conocidas entonces. Culpa á esta de que les prestaba sus atavíos, flores, agradidos y lazos para enredar en su amor á las almas livianas. (1)

Después entra en detalles haciendo ver que las Formas ó *Æones* de Valentino eran forjadas entre los platónicos; que Marción había fingido á su Dios *mejor y más tranquilo* entre los estoicos; que la aniquilación del alma la había sacado de los epicúreos; que la igualdad entre la materia y Dios la había hallado en el Pórtico; que el Dios *igneo* que Apeles alegaba lo había aprendido de Eráclito; y que la resurrección de la carne no se negaba sino por los principios de la Filosofía. Observaba además que los mismos tratados y cuestiones se examinaban entre los herejes que entre los filósofos: conviene á saber, el principio del

(1) Ipsæ denique hæreses á philosophia subornantur.—Tert. lib. de Præscriptione. cap. 7.

mal, ¿y por qué? (1) El principio del hombre ¿y de qué modo? Y aun el origen de Dios según había osado también averiguar Valentino, dándole padres y genealogía por un casamiento entre *Entimesi* y *Ectroma*. Aquí repara en la dialéctica de Aristóteles acomodada lo mismo á probar una cosa que á reprobarla. La pinta como un Proteo que muda de color, de rostro y de piel á gusto de quien lo conduce. La describe en sus sentencias contrahecha, dura en sus cálculos, porfiada en sus argumentos, molesta para sí misma, inculcadora de todas las cosas sin tratar alguna, naciendo de aquí las fábulas y genealogías sin fin, las cuestiones sin fruto y los sofismas que cunden como el cáncer.

Estas genealogías de que habla el Apóstol y que aquí nota Tertuliano, no eran aquellos abolengos que tegén las descendencias y ascendencias de las familias, y conservan los nombres de las casas ilustres y de las naciones. Son las genealogías fabulosas que servían á las teogonías del paganismo, y especialmente á la sucesión y generación de las *Æonas* que tegían Valentino, Marción y los nicolaitas.

Valentino quiso ajustar la Religión Cristiana á números y proporciones. Al conocimiento de estas reducía la suma felicidad del hombre. Antes

(1) Idem, *ibid.*

que él habían dicho los nicolaitas, según los principios de los filósofos, que el origen de todo había sido el caos y el agua; que el espíritu llegó después y la segregó; que por esto el caos y las tinieblas se elevaron á lo alto, y, juntas con el espíritu, concibieron de él una que llamaron *materia general* ó *gran madre*; que esta concibió del mismo espíritu, de quien procedía, cuatro *Æonas* (quiere decir siglos). Estos cuatro procrearon *á la diestra y á la siniestra, la luz y las tinieblas*. Estas concibieron á otro *Æón*, y este engendró de la grande matriz á los dioses, á los ángeles, á los hombres y á los siete espíritus de los demonios.

La *unidad*, ó principio universal de todo, lo entendía según las ideas de Parménides, cuya filosofía daba por necesaria para la salud eterna. A las especies intelectuales llamó *formas*. También metió á Alcibiades en el Evangelio; y daba en el hombre una trinidad de cuerpo, alma y mente ó espíritu. De aquí hacía tres órdenes de hombres: espirituales, animales y carnales. A los espirituales ó *pneumáticos* los exceptuaba de todo trabajo; todo les era lícito, y los creía impecables: muertos, ascendían con sus cuerpos espirituales á lo más sublime del Cielo: él se ponía en esta clase; y no presumían menos todos los gnósticos. La segunda clase, que era de los animales *psíquicos*, no podían salvarse sin gran trabajo; y por premio de este les concedía, cuando más, un Cielo medio. Aquí colocaba á Jesucristo y á los ángeles. A

la tercera clase de hombres, que eran los carnales ó *sarkicos*, los hacía incapaces de toda verdad y de toda virtud: su fin debía ser la aniquilación. (1)

Así como Valentino sacó de Alcibiades tres líneas ó razas de hombres, Marción sacó de los estóicos una dualidad. Una era la genealogía de los sabios y otra la de los necios. A los primeros los llamaba *eutimios* ó *tranquilos*, porque vivían en perpétua tranquilidad de ánimo: esta no hay duda que era la *insensibilidad* estóica: á los necios los hacía autores de todos los males. Con semejante estilo, y en odio á la Iglesia, que le había excomulgado por la violación de una virgen (entre otros delitos), fingió dos dioses: uno sabio, *mejor* y *eutimio* ó *tranquilo*: otro malo, criador del mundo y de todos los males morales y físicos. Por esto dijo Tertuliano que jamás produjo el Ponto Euximo cosa tan bárbara como Marción. Llámale más obscuro y tétrico que un escita; más inhumano que un masageta; más atrevido que una amazona; más tenebroso que un nublado; más frío que la bruma; más fragil que el hielo; más quebrado que el Cáucaso. (2)

Es larga, ó, como dice el Apóstol, interminable

(1) Repárese muy bien en que todos estos sistemas de la filosofía antigua son los mismísimos que hoy se ofrecen con ropaje de moda por los sectarios de la impiedad moderna. N. E.

(2) Tert. lib. I.

la genealogía de Æonas que esos filósofos hereges seguían para explicar el sistema del mundo y el principio de las cosas; pero descendiendo á mil indecencias y torpezas que no pueden referirse sin manchar el papel. Basta lo dicho para excusar á Tertuliano de la censura de los Centuriadores.

Nadie tendrá á S. Justino por enemigo de la Filosofía. La profesó con grande aplauso; y no dejó el nombre de filósofo ni en el bautismo, ni en el martirio. Pues ved aquí cómo se explica en su diálogo con Trifón. «¿Qué provecho sacarás de la Filosofía (le pregunta) si comparas su estudio con la doctrina del supremo Legislador y de los Profetas?—¿Qué? (Le contesta el judío) ¿Por ventura los filósofos no han tratado de Diós, de su unidad y de su Providencia?—¡Ah! (le responde Justino) Son muchos los que piensan que el conocimiento de Diós no es útil para la felicidad de la vida humana. Quisieran persuadirnos de que Diós tiene cuidado de todas las cosas, de los géneros, de las especies y de todo el universo; pero no de tu vida, ni de la mía, ni de los otros particulares. Donde vaya á parar esta doctrina, á nadie se oculta. Sentado este principio, á cada uno de ellos será lícito vivir á su gusto, no esperando de Diós merced alguna, ni teniendo de su parte pena alguna. Ellos creen que ninguna cosa está sujeta á mudanza, y que los hombres no pueden ser mejores ni peores, sino que siempre vivirán de una misma manera, supuesto que las

almas sean inmateriales é inmortales. De aquí deducen que no podrán ser atormentadas por las malas obras, ni porque sigan impasibles á cuanto es incorpóreo. En creyéndose ellos inmortales, juzgan á Diós inútil.» (1)

San Jerónimo en su tiempo acusó á la Filosofía de tener estos mismos abrojos y espinas. Estudiando sobre un lugar de Naún, halló que los dogmas de los hereges se caerían de fríos y no podrían volar ni hallar reposo si no se posaban sobre los espinos de Aristóteles y de Crisipo. Aquí es donde descansan y cobran fuerzas estas langostas para tomar después más alto vuelo. (2)

San Ireneo, (3) S. Cirilo de Alejandría (4) y otros padres de aquellos siglos verdaderamente de luz, experimentaban con igual pena el daño que metía en la Religión una filosofía inquieta y saltona, que solo se preciaba de ser curiosa, y á todo lo insultaba con esta pedantería del *porqué* y del *qué modo*.

Y no era esto porque aquellos padres aborreciesen la Filosofía, como les sucede á muchos que hablan mal de lo que no tienen. Eran ellos los ge-

(1) Justin, Martir. in dialogo cum Tryphone, pag. 218. edi. græcæ latin. an. 1615.

(2) Hieronim. super Nahum cap. ult.

(3) Irenæus, adv. hæc. lib. I. cap. I.

(4) S. Cyril. Alejan. lib. I. Stromt.

nios más sobresalientes de su tiempo. Sus escritos deben ser nuestros modelos si queremos enmendar nuestras costumbres y la grosería de nuestro siglo. La Filosofía secular había hecho las delicias de los Gregorios, Basilio, Jerónimos, Crisóstomos y demás padres en sus mejores años. Un conocimiento profundo de la flaqueza del entendimiento humano y de la filosofía mundana los condujo en parte á la Religión y aun á la soledad, para hallar una filosofía más sublime y más cierta.

El mismo Tertuliano cuando se veía provocado por los hereges y vanos filósofos, no rehusaba manifestar que se hallaba más adornado de filosofía que ellos mismos. (1) Se quejaba solamente de una filosofía contrahecha que era en realidad una secta impía y extravagante. El mismo Laercio llama otras heregías á las sectas que refiere de algunos filósofos; porque el espíritu de partido y las facciones son inseparables del orgullo de unos filósofos mundanos que tienen por ignorancia la Cruz de Jesucristo, y no han tratado jamás de conocerse á sí mismos y menos de renunciarse.

Pero si en todos los siglos se abusó de la Filosofía contra la Religión á la que debe enteramente servir; si cada siglo ha tenido algún Porfirio, algún

(1) Tert. de Resurrection. carnis: Ita nos rhetoricari provocant hæretici, sicut et philosophari.

Celso, algún Juliano, algún Pomponacio, el nuestro sufre aquella plaga de pulgón y langosta con que amenazaba Diós á Nínive. Hoy se verifica en toda su realidad la expresión del Profeta: «El pulgón se extendió y voló. (1) Se ha extendido como en alas el ejército de blasfemias é impiedades que con el frío estaban entumecidas en la cerca del huerto y entre los espinos y arbustos de los sistemas antiguos, áridos ya y marchitos. Salió el Sol, y se levantaron, y no fué hallado el lugar donde ellos estuvieron. Durmiéronse tus pastores, enterrados serán tus príncipes. Tu llaga es maligna».

No se diga que estas aplicaciones son efecto de un espíritu dedicado á una profesión triste.

¿Qué error ó impiedad antigua y propia de paganos no ha sido resucitada y hallada por los modernos racionalistas con el candil de su filosofía? Si quisiéramos tomar la corriente de muy alto, diríamos que han aprendido la palanginesis de resucitar á los gigantes, aquellos impíos famosos que antecedieron al Diluvio, y lo provocaron. Pero viniendo al principio de la Iglesia, estos filósofos de hoy nos dan renovado el Fatalismo de *Simón Mago*; los dos principios de los maniqueos

(1) *Bruchus expansus est et avolavit. Parvuli tui quasi locustæ locustarum quæ considunt in sepibus in die frigoris. Sol ortus est et avolaverunt, et non est cognitus locus earum ubi fuerint. Dormitaverunt pastores tui, sepe lientur príncipes tui, pesima est plaga tua. — Nahum. cap. ult.*

y el Deísmo de *Arrio* añadido por los *socinianos*. Ellos interpretan todas las Escrituras, sujetándolas á la razón de cada uno, como *Apeles*; los Sacramentos, como los *arcónticos*. Atribuyen errores á los Apóstoles, como hacía *Eunomio*. Destruyen la Trinidad, como *Sabelio*. Hacen de la naturaleza de Dios una sustancia común modificada por nuestras almas, como deliró *Vincencio Victor*. Santifican la mentira, y hacen una destreza lícita al perjurio como enseñaba *Prisciliano*. Muchos honran á las bodas más que á la virginidad, como *Joviniano*, á quien S. Jerónimo llamó el Epicuro de su siglo; otros las prohíben como *Taciano* y sus *Encratitas*; pero todos ellos abogan por el vago comercio como los *gnósticos* y *nicolaitas*, á quienes el mártir Ignacio llamó *sicofantas*. Y en fin, los más de estos filósofos hacen volver del Infierno á *Retorio*, para establecer la tolerancia de todas las sectas.

Me costaría poco justificar la proposición que aventuró el autor del *Oráculo de los nuevos filósofos*. «De todas las sectas antiguas, (dice en la advertencia de su obra) ni cada una en particular, ni todas ellas juntas abrazaron jamás tantos objetos como nuestros pretendidos filósofos. Se les hará ver, cuando gusten, con un fiel análisis de sus obras, que ellos solos comprenden los errores de todas las demás sectas; y tienen sobre ellas la funesta ventaja de haber imaginado otros extravíos, que antes nunca se había pensado en ellos.»

Un deseo de distinguirse y un abuso de la Lógica, de la Crítica y de toda la Filosofía ha podido introducir esta guerra en la casa del Dios de la Paz. Los hijos de Israel ejercitados en tender el arco y en enviar la flecha, se volvieron contra el Señor en el mismo día del conflicto. El Dios de las ciencias, y los hombres para quienes se prepararon las meditaciones sabias son el blanco contra el que se apuntan las dolorosas cavilaciones; y de esta impiedad se hace una bárbara gloria. En pareciendo ingenioso y libre, no importa lo demás. Toda esta liviandad podría sufrirse si no fuera á dar la mayor parte de las veces contra los altares y contra el orden de los estados.

Son más perjudiciales estos filósofos que los *cínicos* de quienes también participan bastante. Por eso á Tertuliano le parecía *Marción* peor que *Diógenes*. «Este labrador y murmurador público (dice) encendía una linterna en medio del día para buscar á un hombre en toda la ciudad; pero el otro tira á matar todas las luces para que ninguno halle á Dios que se manifiesta por todas las partes del Universo». (1) En todo esto tiene gran parte la excesiva libertad y la inconsideración.

No es para todos los talentos, ni para toda las edades, ni para todos los humores el usar de la libertad absoluta en la Filosofía y en todas las de-

(1) Fert. lib. I contra Marción. Cap. I.

más artes. Además de un talento sobresaliente, ha de tener un alma buena el que reciba esta licencia. Ha de haber comprado con los años y con otros trabajos, experiencia y desengaño; y ha de haber formado el paso. Una condición dulce, unas pasiones dóciles para dejarse moderar y un temperamento proporcionado le será también necesario, para que ni las pasiones lo arrastren, ni los humores lo preocupen con caprichos que tome por sistemas ó por proyectos. «Hay que desconfiar muchas veces de la Filosofía, y suponerla poco favorable á la Religión, cuando ocupa un lugar en las cabezas mal dispuestas». Esto dice el autor del Compendio Cronológico de la Historia de Francia.

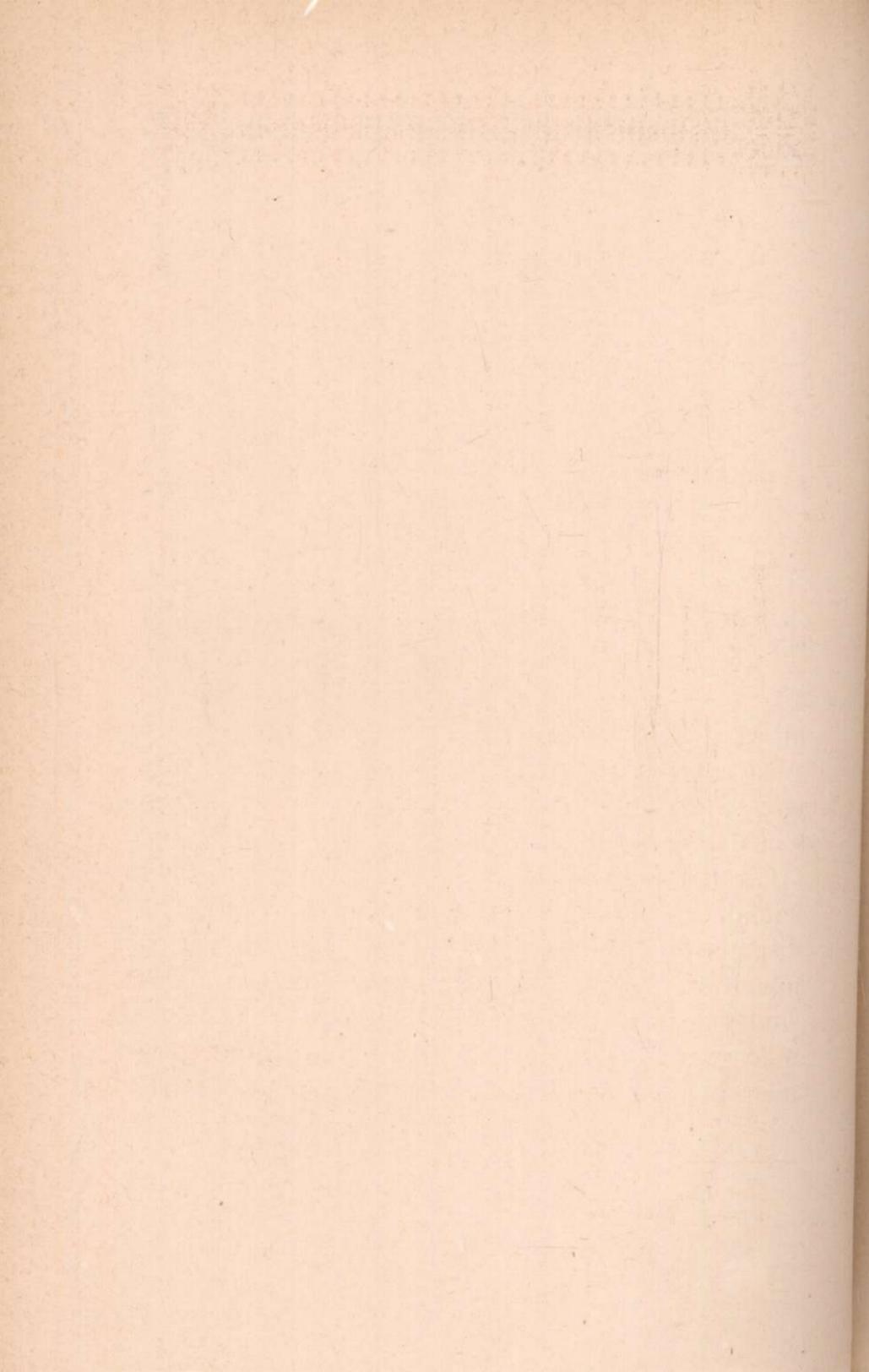
La inconsideración más bien que el estudio es quien hace que haya tantos libertinos y tan pocos filósofos. El errar mucho y con frecuencia en la elección de la facultad para que ha nacido cada uno, es otra causa para que no adelanten la Filosofía ni las demás ciencias y se atrase mucho la Religión. ¿Qué injuria no se hace á la Filosofía, á esta noble ciencia habiéndola infamado y hecho enemiga del culto y de la piedad?

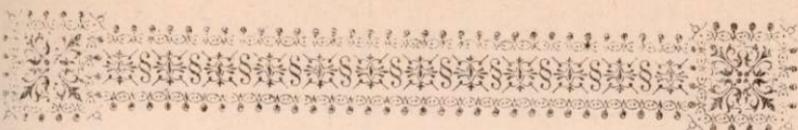
Haced ver, amigos míos, todos los que sois buenos filósofos, que no es la Filosofía, sino un abuso torpísimo que se hace de ella y de su nombre, lo que hoy profana el Santuario, sacrifica á los Sacerdotes, deshonra á las vírgenes, echa por tierra á los ministros de la Religión y constituye la

abominación de la desolación del Templo como lo había previsto Daniel.

Cuanto más crece esta sospecha, tanto más crece en nosotros la obligación de disiparla con acciones contrarias. Los que se hallaren ricos por el fruto de sus trabajos, los que hubieren hecho más útiles invenciones, más gloriosos adelantos y se hallaren cargados de más preciosos conocimientos, vengan y ofrezcan su oro y sus piedras preciosas, sus vasos y todos los despojos de Egipto, para que sirvan al Tabernáculo que han saqueado los falsos filósofos. Esta es la primera obligación que debe enseñar la Filosofía.







CAPÍTULO VIII.

LA FILOSOFÍA DEJA DE SERLO, SI NO CONTRIBUYE
AL BIEN DE LA SOCIEDAD.

LA Filosofía (dice Séneca) no solo enseña á reverenciar las cosas divinas, sino también á saber amar las humanas. Deja á Diós el imperio del Universo y une á los hombres entre sí con un dulce lazo. Este no se hubiera violado jamás, si la avaricia no hubiera desconcertado á la sociedad». (1)

Cicerón solía llenarse de entusiasmo cuando hablaba de las utilidades que en este sentido ha dispensado la Filosofía á la patria. «¡Oh tu (exclama en una de sus Tusculanas)... tú has parido las ciudades; tú á los hombres dispersos los has reunido en una vida sociable; tú los has juntado primero por los domicilios, después por los matri-

(1) Senec. Epist. 72.

monios, después por la comunicación del idioma y de las letras; tú fuiste la inventora de las leyes, tú la maestra de la disciplina y de las costumbres». (1)

Aquí enumera este Orador filosófico los principales artículos que sirven para la constitución de la sociedad, y todos los hace frutos de una santa Filosofía. Ella debe ser la escuela de las buenas leyes y de la sana política. Forma buenos príncipes y autoridades humanas y sabias; cría un pueblo dócil á los padres, así de la patria como de la familia. Introduce la paz, la confianza y una proporcionada igualdad entre los ciudadanos. Aumenta la misma patria con una población honesta y arreglada; y la conserva por medio de un justo precio que inspira la humanidad.

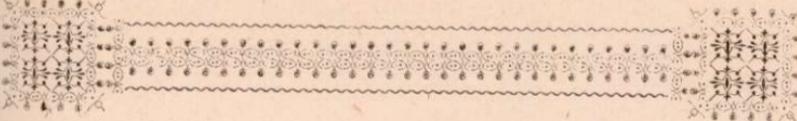
Veremos en los capítulos siguientes como no hay efectos que más regularmente debiera producir la Filosofía; pero al mismo tiempo veremos que la sociedad no recibe de la mala filosofía estos servicios, sino que infelizmente padece todos los contrarios por el furor de los malos filósofos.

Y así, iré demostrando, primero: que la que hoy se llama filosofía no enseña sino principios para transtornar la política y las leyes. Segundo: que la falsa filosofía y sus profesores son fatales para

(1) Cic. Tuscul. lib. ultim.

los príncipes y gobiernos legítimos. Tercero: que esta misma filosofía turba las familias, y enseña á despreciar á los padres, á los maridos y á todas las obligaciones sociales. Cuarto: que pervierte todos los medios legítimos de población humana. Quinto: que inspira un grande menosprecio y un odio terrible para la humanidad. En estos cinco capítulos que siguen se expondrán con algún método los desórdenes de una filosofía que deja de serlo al ser dictada por los apetitos más vehementes, y que se introduce en medio de la sociedad para arruinarla si no se le corta el paso.





CAPÍTULO IX.

LA QUE HOY SE LLAMA FILOSOFÍA NO ENSEÑA SINO
PRINCIPIOS QUE TRANSTORNAN LA POLÍTICA
Y LAS LEYES DE LAS NACIONES.

SADIE puede dudar que uno de los objetos de la Filosofía es conocer los principios de la legislación y sacar de ellos, por modo de consecuencia, reglas ó preceptos que dirijan las acciones y las obligaciones de los hombres. Sin esta parte es manca la Filosofía. Por esto los principales filósofos no han apartado sus miras de este objeto. A él dirigió Cicerón sus libros de las *Leyes*, y los tres de los *Oficios*; Platón su obra de *República*; Aristóteles su *Ética*; y en los *cursos completos de Filosofía*, que nos dan los autores modernos, abrazan esta parte como propia de su esfera. No obsta para saber dar leyes á los pueblos el que los filósofos hayan hecho profesión de vivir retirados de ellos. Las leyes dadas por *Zaleuco* y *Carondas* fueron formadas en los retiros de los pitagóricos. Las

leyes más santas que antes de Jesucristo se anunciaron á los hombres fueron traídas por Moisés desde lo más interior del desierto. Plutarco ha hecho en cuanto á esto tanto honor á los filósofos, que solamente á falta de ellos, ó de sus ejemplos y lecciones, dice que ha podido haber necesidad de leyes. No habría dificultad en admitir esto si los filósofos fueran lo que se dicen; y entonces también sería verdadera la proposición de Voltaire que afirma ser muy útil para la sociedad el haber en ella muchos filósofos; y que nunca un filósofo ha sido perjudicial para el Estado. (1)

Yo digo lo mismo; y de este principio vengo á deducir que ni él ni otros semejantes, que forman el oprobio de nuestro siglo, son filósofos; porque todos ellos en vez de respetar las leyes como deben, ya que no tengan talento para darlas, las desprecia; y abren escuela pública donde se aprende á hacer lo mismo.

Ellos son los inventores de los principios que enseñan á corromper toda legislación; si bien no han tenido más trabajo que haberlos copiado del *Epicurismo* que dejan ver en sí. El *placer sensible* y el *amor propio* que son los únicos motores que conceden al universo moral, fueron hallados por Epicuro. El gran principio que de él recibió Me-

(1) Voltar. Pens. Filos.

tródoro, su discípulo, decía: «Todo lo que el espíritu y la razón han inventado siempre de útil y de bello, se ordena especialmente al cuerpo y á sus placeres; y toda empresa que no se refiera á este fin, no tiene objeto.» Por esto le ocurría siempre hablar con desprecio de las leyes públicas y de los legisladores. Decía este á quien Plutarco llamaba *nuevo Epicuro*, que un hombre libre no puede disimular la risa con solo acordarse de los grandes legisladores como Licurgo, Solon, Minos, Sesostris y otros genios tan serios y melancólicos. Plutarco se impacienta por una burla tan indecente; y añade, que quien se ríe de personajes tan grandes no es un hombre libre, sino un insolente que debe ser herido con el azote de gruesos nudos que servía para castigar á los esclavos de Cibeles. (1)

Mucho tienen que agradecer los que hoy no son tratados con este rigor, y hablan con más atrevimiento é insolencia que Metródoro. «El Criador (dicen) gobierna los hombres con la inclinación á los placeres. El hombre no conoce otro móvil, y Dios nos llama con las voces del gusto y del deleite. El deleite es el único motor de los hombres, y Dios gusta de que nos dejemos llevar por él. Es nada menos que extravagancia y locura

(1) Plutarch. advers. Colot.

el guardarse de sus atractivos.» (1) Aquí está Voltaire pronto á reirse de la locura de esos tristes legisladores que han puesto freno á tales gustos. Pero además: de ellos, como de locos, se toma la osadía de acusarlos como violadores de la ley natural y agresores sacrílegos de la divinidad. ¿Y por qué? Porque «los legisladores han tenido (dicen) la osadía de añadir sus decretos á las leyes invariables de Dios. Pues ¿qué, (exclama Voltaire) toca á los hombres que somos fantasmas de unos instantes y cosas tan tenues, que estamos próximos á la nada, ponernos á la diestra del Arbitro soberano, y en su nombre dar órdenes y mandatos al mundo?» Si Plutarco oyera esta bufonada tan majadera que hoy se repite en muchos libros, en los que se ríen y mofan de todos los soberanos y de todas las potestades legítimas, si esto oyera Plutarco ¿tendría por bastante *el azote de gruesos nudos?*

Si no hubiera en el mundo otros hombres que necesitaran de leyes, estos filósofos bastarían para justificar aquella necesidad. ¿Quién no vé que estos son los más reos de ellas, dice Plutarco? «¿Cuando se verificaría el que los hombres viviesen como las bestias más salvajes é insociables? No será cuando tengan algunas leyes, sino cuan-

(1) Voltaire en el Poema de la Ley natural y en otras partes.—Helvt de l' Sprit.

do pierdan estos grandes principios que son los fundamentos y apoyos de la sociedad. Cuando se convide al hombre al deleite, cuando se niegue la Providencia de los dioses; cuando sean mirados como sabios los que menosprecian la honestidad y no tienen más objeto que el placer; cuando se conviertan en ridículo estas grandes verdades: *Que un Dios, soberano Señor, tiene en sus manos las causas, los progresos y los fines de todo ser. Y esta que sigue: Tú ves en la naturaleza, donde está impreso su vestigio, las leyes que prescribe á los hombres: la Justicia le sigue para vengar sus altares, y restablecer los derechos de su gloria ofendida.*» (1)

»Estos son los hombres que tienen más necesidad de leyes: los que miran estas verdades como fábulas; los que ponen su felicidad en su vientre y en los otros placeres groseros. Por estos han sido necesarias las cadenas, las varas y los reyes armados de autoridad para impedir que unos hombres desenfrenados y sin Dios devoren á sus semejantes; porque así es como viven las bestias. Estas no conocen más bienaventuranza que el deleite; no tienen idea alguna de los dioses, ni respeto alguno para la virtud; toda la destreza y fuerza, que la naturaleza les ha dado, la emplean en satisfacer sus apetitos sensuales, y procurarse los

(1) Plutarco. Ibid.

placeres del cuerpo». ¹Hasta aquí Plutarco, que, aunque gentil, parece que se levanta en el juicio para condenar á estos brutales filósofos que hacen querellas crueles contra los que les llaman anticristianos.

Sus progresos no se sabe donde van á parar. Otras veces concedían al hombre una necesidad civil por la que debían sujetarse á las leyes y á la sociedad por miedo de perder la libertad natural. En este caso hacían á los hombres siquiera el honor de igualarlos con las bestias mansas. Ahora, cuando los exortan á romper todas las leyes, quieren que sean como unas bestias feroces, que no obedezcan freno alguno, ni sufran yugo alguno, ni cedan á la voz de quien les amenace, sujete ó conduzca.

Es cierto que las leyes no se hubieran dado á los hombres si hubiéramos acertado á conservar nuestra felicidad, esto es, la gracia original. Una ley eterna y divina nos bastaría para obrar todo lo bueno. Séneca reconoce (1) que en el siglo de Saturno y en la edad de oro no había necesidad de promulgar leyes; porque los nacidos de aquellos hombres santos sin rebelión y con paz, se ajustarían á la norma de la ley natural y divina. No habría acción que naciese de injuria, ni repetiría el vecino contra el vecino, ni el hermano contra

(1) Senec. Epist. 92.

su prógimo. Ninguna mala codicia, ningún dolo, ninguna violencia exigiría penas ni prohibiciones; sin la protección de un juez armado vivirían todos seguros. (1)

Los filósofos, poetas é historiadores paganos (2) han confesado con expresiones semejantes la caída del padre de todos los nacidos, y la pérdida de nuestra inocencia; y han sentido nacer de aquí las perversas inclinaciones, las torpes codicias, las violencias, las leyes y los males morales. ¿Cómo podrían vivir ya los hombres en sociedad, si no se pusiera modo á estos conatos de una naturaleza viciada? De aquí nace la necesidad de las leyes humanas. Estas toman ocasión del vicio, y lumbre de la luz de la razón, que es la divina luz sellada sobre nosotros. Con ella nos hacen conocer lo torpe y lo honesto que, á veces, equivocamos sin ella; y entonces nos prohíben lo malo, ya con el amor á la virtud, ó ya con el temor del suplicio.

Tanto se habían abismado los hombres en la obscuridad de su ciego, que no acertaban á conocer que era pecado el acto de la concupiscencia ó el amor á lo torpe, si la ley no viniera á alumbrarlos, diciéndoles: *No codiciarás contra tu hermano*. Y no por esto obra la ley mal, sino antes bien nos enseña á que no lo hagamos. Es verdad

(1) Ovid. Metamor. I.

(2) Juvenal, Satir. 3.—Tacit. lib. 6. Annal.

que las leyes dieron con esto ocasión para que se multiplicaran las transgresiones y los delitos. Sin la ley estaba el pecado como muerto, ó nosotros estábamos como muertos en el pecado. Vino el precepto; y con esta ocasión revivió en nosotros el conocimiento del mal de que no por ser ignorantes estábamos inocentes. (1) Nos enseñó lo que debíamos evitar. En esto, ¿qué mal trajo la ley á los hombres? En ella, es verdad que no nos vino todo el bien; pero á nadie indujo á hacer el mal. Y así, la ley no turba la paz de los que le aman, *ni es para ellos escándalo*. (2) Siempre se deduce que la ley es por sí santa y buena, y el precepto justo y bueno.

Esta doctrina, que es de S. Pablo y de las otras Escrituras, pone á salvo la justicia de las leyes y la necesidad de la política santa contra las cavilaciones de los que la impugnan. Aquí vemos que por las leyes han vuelto los hombres á ser racionales, y han restablecido algunos derechos de su perdida dignidad. Cuando los que por amor al bien ó á la virtud que les presentan no las siguen, es necesario que los contenga el miedo de la pena. La

(1) Ibid. v. 8.—Occasione autem accepta peccatum per mandatum operatum est in me omnem concupiscentiam. Sine lege enim peccatum mortuum erat.

(2) Psalm. 118. Pax multa diligentibus legem tuam; et (ipsa lex) non est illis scandalum.—Este sentido me lo hace dar la doctrina del Apostol y parece genuino.

protervia, pues, de los hombres rebeldes ha hecho necesarios los males de los suplicios, que son mucho menores que el mal y desorden de los pecados. De consiguiente, la ley no es pesada sino para los malos. Esto descubre el caracter de nuestros filósofos: si ellos aborrecieran el mal y obraran el bien, no aborrecerían las leyes, ni las temerían. Y eso mismo, dice S. Pablo, ocurre respecto á los magistrados: estos solo imponen miedo á los que obran mal; (1) con los demás se conducen como tutores y como amigos. De aquí nace el empeño de los falsos filósofos en desvanecer las leyes especialmente penales y la autoridad de los legisladores.

Cuando no pueden negar que son justas, procuran á lo menos que sean enteramente inútiles y sin aplicación en caso alguno. ¿Cómo puede ser esto? Ved aquí el medio que descubrió Juan Jacobo Rousseau. «*No se debe, dice, castigar en el mal sino la voluntad.* Solamente la intención se sugeta á la pena.» A un sofista tan hábil no se escaparía que ningún juez humano puede conocer ni juzgar las intenciones: *Los delitos ocultos de la voluntad ¿quien los entiende?* (2) Solamente los castiga ó purga aquel que penetra nuestros corazones y conoce nuestros pensamientos. Si valiera

(1) Ad Rom.

(2) Psalm. II.

la regla de derecho de nuestros filósofos en los juicios humanos, se verificaría lo que ellos quieren; esto es, que no se castigarían los pecados por públicos y atroces que fuesen. El que v. g. mató, dirá que su intención fué salvar á la patria; que con este buen fin cometió el parricidio ó el homicidio. Y ¿quien le probará lo contrario? ¿Quien le convencerá de su crimen? Solo quien pueda entrar en su corazón y hacerle ver en él sus intentos. Esto mismo sucederá en todos los crímenes; luego todas las penas legales no tienen caso ni uso; luego deben suprimirse por injustas, pues castigan los hechos *cuando no deben castigar sino la voluntad*.

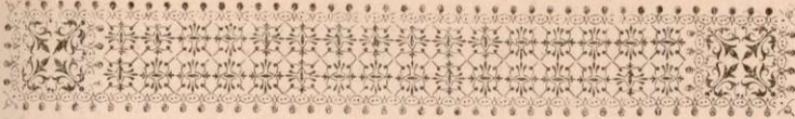
Esta sábana viene corta por otra parte para cubrir las vergüenzas de los filósofos. Me explicaré: ellos quitan el miedo de Diós y del Infierno. Se les dice: ¿qué freno dejais á los hombres para que no obren el mal? Contestan: «Las leyes humanas.» Es así que las leyes no pueden castigar la voluntad que es lo que únicamente dejan punible en los pecados; luego se demuestra por sus principios, primero: que hay necesidad de un Juez Supremo que penetra los corazones y purga las voluntades, sin que basten las leyes civiles. Segundo: que ó las leyes humanas son inícuas, ó deben castigar los hechos y no los pensamientos. Diós juzga y castiga lo oculto, el Magistrado lo público.

«El común de los hombres (así lo confiesa á pesar suyo uno de estos filósofos inconsecuentes) es

muy insensato, y está demasiado pervertido para no tener necesidad de quien le conduzca á la práctica de las acciones virtuosas, ó, lo que es lo mismo, útiles á la sociedad por la esperanza del premio, y que lo aparte de las acciones criminales por el medio de los castigos. Esto es lo que dió principio á las leyes; pero como estas leyes no castiguen ni recompensen las acciones remotas, y, además de esto, en las sociedades más bien arregladas, los culpables, cuando son personas poderosas, tengan el secreto de eludir los juicios, fué necesario crear un Tribunal más respetable que el del Magistrado. Se supone para esto, que por la muerte entraremos en una nueva vida, cuya felicidad ó desgracia dependen de nuestra conducta pasada. Esta será examinada, se nos dice, por un Juez inflexible á quien todas nuestras acciones, aún las más secretas, serán conocidas. Una felicidad eterna, y superior á la idea de cuanto hemos experimentado de más delicioso, será la suerte de los buenos, al paso que los tormentos más espantables van á caer y á castigar los delitos de los malos. *Esta opinión* (que no es sino una gran verdad) *es sin duda el más firme fundamento de las sociedades.* Esta es la que lleva los hombres á la virtud, y los retrae de los vicios.» (1)

(1) El autor de la carta de Thrasibulo á Leucippo, pág. 182.

Yo os juzgo por vuestra misma confesión. Si estas leyes con la doctrina de la eternidad son el más firme fundamento de las sociedades, vosotros, filósofos, que trabajais por arrojar entre las *opiniones* arbitrarias el artículo de los premios y suplicios eternos y todas las leyes humanas con sus penas transitorias, tratais de arruinar á la sociedad en su más *firme fundamento*. Ved vosotros, verdaderos filósofos, si puede existir una sociedad sin leyes y sin suplicios para unos hombres facinerosos como estos que tambien se llaman filósofos. Basta haber indicado aquí lo poco que dejo dicho. En varias partes de la obra se tratará la materia más de propósito. Trataremos del principio, naturaleza, progreso y defectos de la legislación, haciendo ver, especialmente contra los libertinos, cuanta ilustración ha recibido la Jurisprudencia humana de la ley Evangélica. Ahora vamos á esponer los demás artículos por donde los falsos filósofos conspiran á destruir la sociedad.



CAPÍTULO X.

LA FALSA FILOSOFÍA Y SUS SECTARIOS SON FUNESTÍSIMOS
PARA LOS GOBIERNOS.

LA verdadera Filosofía ha sido y se ha creído siempre ventajosa para los príncipes. Llegó á ser proverbio esta proposición: *Florecen las ciudades donde los filósofos imperan, ó donde los emperadores filosofan.* (1) Cicerón se persuadía de lo mismo con esta breve reflexión: *Si es posible hacer algunas cosas sin arte y solo por el instinto natural ¿cuanto mejor se harán por arte, con conocimiento de causa y con estudio? Por lo tanto, donde un filósofo fuese Emperador, allí será feliz la ciudad.* (2) Llevó este discurso hasta decir que

(1) Florent civitates, si philosophi imperant, aut imperatores philosophantur.—Jul. Capit. in M. Philosoph.

(2) Ubi. philosophus fuerit Prases, ibi felix et civitas.—Ci. lib. 2. Rhetoric.

ninguno sin filosofía era idóneo para el Reino. (1)
Pero ¿cual filosofía?

Este juicio mereció á la antigüedad una filosofía que significaba para ellos lo mismo que amor á la justicia, á la virtud, á la honestidad y á la sabiduría; que debía enseñar el conocimiento propio y el de los otros hombres; y por eso viéronse en Grecia filósofos como Arístides, Temístocles y otros que llenos de amor por la República, la administraban en la paz y la defendían en la guerra con una prudencia y fortaleza admirables. Ni las injurias que recibían de su misma patria pudieron desnaturalizarlos y hacerlos infieles siempre que volvía á buscarlos en alguna necesidad.

Estos y otros ejemplos que no cesan de beatificar los que hoy se dicen filósofos, no merecen sin embargo ser imitados por ellos. Yo digo de la Filosofía respecto de los reyes, lo mismo que antes dije de ella respecto de la Religión. La verdadera Filosofía tal como se asomó en raros gentiles hombres de bien, y ha sido y es muy conocida entre los cristianos, no puede menos que ser para un príncipe todo lo que dice Ciceron.

Si hablara de esta Filosofía el autor de los *Pensamientos filosóficos*, hubiera dicho siquiera una

(1) Nubius philosophid experts idoneus est Regno.—Id. Tuscul. 99 lib. 2.

verdad cuando afirma: «Que los filósofos no hablan sino á favor de la razón; que son amantes de la Religión, y destruyen toda vana credulidad; y que se les debe tolerar y respetar como á maestros y bienhechores del género humano.» Si son tan ventajosos á la razón y á la Religión; si son *los bienhechores del género humano*, es muy menguada é impropia la expresión de *que se les debe tolerar*. Lo peor es que aquí no habla sino de unos filósofos que apenas se sufren en alguna parte como Espinosa, Baile, Tolando, Voltaire, Rousseau y otros semejantes. Con mas descaro dijo esto mismo el autor de *El Cristianismo descubierto*. (1) Si se abre la historia, dice, no se hallará que los filósofos hayan turbado jamás los estados; pero apenas hubo alguna revolución en que no atizasen los eclesiásticos. Los matadores de nuestros reyes, del emperador Enrique IV y de Carlos I, no fueron incrédulos. El Ministro Gomar (rígido calvinista), y no Espinosa, es quien puso en combustión á Holanda.»

Se vé que todo este confuso agregado de verdades y de calumnias se ordena á formar la apología de Espinosa y de otros filósofos incrédulos ó ateos. Pero no es constante para estos mismos apologistas el que otros filósofos ateos como Espinosa sean seguros para el trono, ni para estar

(1) Christ. devoile, pag. 280.

junto al trono, ni aún para ciudadanos particulares. Si esto lo niegan ellos mismos, como ahora lo veremos, es claro que de nada les aprovecha calumniar á la profesión eclesiástica, confundiendo á los sacerdotes católicos con los ministros calvinistas, y los que son fieles á su carácter con algunos que han sido traidores como Judas.

Veamos, pues, qué sienten ellos de sus filósofos (de que ahora se trata) y que efectos esperan ellos mismos de la filosofía de Espinosa y demás incrédulos y ateos. Por lo que toca á los príncipes, el mismo Voltaire dice que se guardará muy bien del que fuere filósofo de esa secta. «Estoy bien cierto, añade, que me mandaría majar en un mortero sin algún escrúpulo.» Lo mismo, dice, puede temer el príncipe de sus ministros si son ateos. Le parece que todos los días sería preciso prevenirse con algún contraveneno. De aquí deduce ese genio inconstante la necesidad que hay de alejar de entre los príncipes y sus ministros esa terrible é infernal filosofía y de creer el artículo de un Dios que premiará ó castigará eternamente á los hombres según sean buenos ó malos. (1) Celebro que este variante filósofo confiese una verdad que negaría porfiadamente si la dijera otro que no fuera él. Pues sepa que la misma proposición estaba sentada y probada de intento mucho

(1) Dictionair. philosoph. artic. Athees.

tiempo antes. (1) Celio Rodiginio se propone por argumento de un capítulo entero esta proposición: *Los filósofos que entraron á reinar, administraron las cosas públicas con más crueldad que los no letrados.* Se hace cargo de la sentencia atribuida á Sócrates, á saber: *Mientras que los filósofos no reinen, ó los reyes no filosofen, no habrá tranquilidad en las ciudades, ni tendrán fin los males.* También se hace cargo de otra sentencia igual de Marco Tulio á su hermano Quinto. Sin embargo, él defiende su tesis obligado por los muchos ejemplos que ofrece la historia antigua y moderna. La crueldad, la avaricia, la tiranía y las más sórdidas pasiones sobresalieron en aquellos príncipes que se criaron como filósofos y se contaban entre ellos. Ariston, Epicurio, Cricias, los siete sabios, Ateñion, Lisias, Dionisio, Juliano y otros, son bastantes testigos para probar lo funesta que es para los que gobiernan esta que se llama filosofía no siendo sino presunción, resabio, malignidad y una peste del alma del príncipe.

Cornelio Agripa prueba la misma proposición en su tratado de la vanidad de las ciencias; y alega los ejemplos de Scila, Cesar y otros príncipes eruditos. Pero yo no me fío mucho del juicio de Agripa. El fué un verdadero fanático como los filósofos de nuestro tiempo. Rousseau ha imitado

(1) Cælius Rodig. lect. antg. lib. 22. cap. 21.

su carácter adusto, y lo ha copiado ó seguido en su famoso *Discurso contra las ciencias*, premiado por la Academia de Dijón. Voltaire le ha imitado también aquí culpando á la Filosofía de los vicios de las personas públicas.

Hace ver que es sumamente perniciosa en los príncipes y magistrados aún cuando en las personas privadas pudiera no ser perjudicial. «Elevad, dice, á estos genios que son dulces y tranquilos en su gabinete á los grandes destinos; ponedlos en ocasiones de combatir á un Cesar Borgia, á un Cronwel ó á un Cardenal de Retz, ¿pensais que no serán entonces tan malos como sus adversarios? Ellos andan en esta alternativa: ó ser flacos é inútiles en la vida privada, ó ser perversos en la administración de las cosas públicas. Sus enemigos los atacan por sus delitos, y es necesario que ellos se defiendan con las mismas armas.» (1)

Ved aquí dicha con una sinceridad no acostumbrada por este escritor la causa de las calumnias que los filósofos lanzan contra los católicos cuando estos les recuerdan sus infidelidades y conspiraciones. El mismo autor del Diccionario usa de esta como represalia cuando trata de la *Administración pública*. *No hay ejemplo alguno en el mundo, dice, de que los filósofos se hayan opuesto á las leyes del*

(1) Diction. Philosof. art. Athees.

príncipe. Pero téngase en cuenta que lo mismo es turbar un estado monárquico, que otro que se gobierna por muchos; luego si los filósofos se oponen al establecimiento de una República, no será menos delito que si se oponen á las leyes de un Monarca. Pues nótese que el mismo Voltaire es quien atribuye á los filósofos la ruina de la República romana; él es quien dice que en tiempo de *Cicerón y de César, era el Senado de Roma una peste de filósofos ambiciosos y voluptuosos peligrosísimos, y que perdieron á la República*. (1) Esto le convenía decirlo para probar que *el Ateísmo es un sistema perjudicialísimo en aquellos que gobiernan*.

No piensa mejor de los particulares, y por esto continúa: «Es también perjudicial en los retirados en su gabinete; *pues aunque su vida sea inocente, puede propagarse su mal hasta llegar á aquellos que gobiernan*. Aquí por lo visto, no estaba de humor de alabar al Ateísmo que profesaba en todos sus escritos, y de obra. Pero debió temer que algún ateo le reconviniere con las siguientes palabras que pone en boca de uno de ellos el Señor Bergier (2) para argüir á Rousseau. «¿Emprendéis (le hace decir al ateo) el persuadirnos de que vuestros ministros que son *protestantes* por de-

(1) Diction. Philosoph. art. Athees.

(2) Le Deisme refuté. 2. p. pag. mihi 116. 117. 118.

cencia, *deistas* por principios y *tolerantes* por necesidad son mejores que los sacerdotes católicos? En solo el Condado de Newkastel podría yo hacerlos ver, que muchos de aquellos han sido entredichos y desterrados por sus malas costumbres; mucho más libertinos, aunque casados, que los católicos que no lo son. Es vuestra moral la que inspira el entrarse en los estados católicos para encender los ánimos contra el Clero y contra el Gobierno. En un pueblo menos piadoso como, por ejemplo, en Ginebra, seriais llevados en ceremonia para ser igualados con Servet y con Vanini. Vuestro Evangelio enseña á los hombres á romper las leyes y á turbar los estados. Espinosa, mi maestro, durante su residencia en París no tuvo disgustos con el Parlamento, ni con el Arzobispo, ni se acordó jamás de imprimir libelos en Francia con privilegio de los Estados de Holanda. Epicuro, mi Patrono, fué el más dulce filósofo de su siglo. Contra sus mismos principios se acomodaba á frecuentar los templos, honraba á los dioses de los atenienses, y no esparcía invectivas contra los sacerdotes ni contra los magistrados. Teneis todavía la osadía de llamar á Jesucristo vuestro maestro, y haceis todo lo contrario de lo que ha enseñado y obrado. Él ordenó *pagar el tributo al César*, y obedecer á los escribas y fariseos, (1) sen-

(1) Matth. 21. 22. 23.

tados sobre la Cátedra de Moisés. Pero vosotros no respetais ni al César, ni á Dios, ni á la Cátedra, ni al Trono. Jesucristo, condenado á muerte injustamente, sufrió la sentencia sin decir ni una palabra contra los jueces; y como cordero inocente rogó por sus perseguidores; pero vosotros, á manera de un león furioso, caeis sobre cualquiera que hallais por delante. Para dar gracias al Parlamento de haberos tratado con mucha indulgencia, rugís desde lejos contra él, y lo pintais como á un tribunal sin justicia y sin humanidad».

Véase aquí como no es preciso que *se abra la historia para hallar si los filósofos causaron jamás revoluciones en los estados*. Cada uno de los que hoy se llaman filósofos es una larga historia de revoluciones. Esto pudiera no hacer necesario acudir á la historia antigua. Si por ella se vá con cuidado, se hallarán motivos para creer que así como no hay un ciudadano más útil que un filósofo verdadero, así no hay fiera tan dañina como un falso filósofo; porque estos siempre maquinan y siempre murmuran la conducta de los que mandan, porque estos no se conforman con sus nuevos proyectos de gobierno.

Ya observó Tertuliano que así los hereges como los filósofos, á quienes iguala eran naturalmente rebeldes. Esto mismo lo advirtió S. Jerónimo, especialmente en Helvidio á quien llama hombre *turbulento y faccioso*. Hubo antes de este otro Helvidio filósofo estóico; y así el herege como su pre-

decesor el estóico fueron igualmente *turbulentos*. Helvidio el estóico y Demetrio, filósofo cínico, movieron una conjuración en el pueblo romano contra Vespasiano. Aunque era este un príncipe sumamente benigno, tuvo necesidad de hacer morir á Helvidio y desterrar á Demetrio. Siempre aquel Emperador notó que eran muy molestos los falsos filósofos. De aquí tomó bastante ocasión Muciano para persuadirle que la profesión de la filosofía era muy sospechosa para la tranquilidad de un Estado; y por esto dispuso el Emperador que se desterrasen de Roma á todos los filósofos menos á Musonio Rufo. El mismo Séneca tomó parte en la conjuración de Pinson, y aun se le atribuye que aspiraba al imperio. ¡Qué poca cosa es la filosofía sin el temor de Dios!

Bajo el gobierno de los Cónsules habían sido ya echados de Roma los filósofos por Fannio Estrabon y Valerio Mesala el año 593 de la fundación de la ciudad, mucho antes de la Era Cristiana. Pero después de su proscripción volvieron á merecerla, siendo censores Domicio Enobarbo y Licinio Craso, no solo por revoltosos y perjudiciales al gobierno, sino también por corruptores de las costumbres y de la educación. Domiciano, aunque era tan político, los desterró otra vez no solo de Roma, sino de toda Italia. (1) También hizo morir

(1) Dion. lib. 66,

á algunos romanos sin otro crimen que el de ser filósofos. Apolonio de Lhiane excitó en aquel tiempo, según creen algunos, muchas revoluciones contra el Emperador.

Bajo Marco Aurelio fueron los filósofos los que excitaron al Gobierno para perseguir á los cristianos. Entonces triunfaba la filosofía desterrada antes por Calígula, Nerón y Domiciano. En este reinado fué cuando Crecente hizo perecer á San Faustino. Si subimos á los griegos no veremos solo á Alcibiades; hallaremos también en Calistenes un filósofo primero insolente y después conjurado contra Alejandro; y Hermolao cómplice en esta conjuración, y condenados ambos á una infame pena de muerte. (1) Aristóteles fué poco seguro para el mismo Rey: en pena de ello y para abatir á este filósofo, se cree que elevó á Anaximenes y envió regalos á Xenocrates. (2) Esopo, apenas logró alguna reputación entre los griegos, la empleó en revolverlos contra Creso. (3) De modo, que los filósofos, como nota Mr. de Tillemont, se han gloriado de no respetar á las dignidades más eminentes.

Voltaire quiere librar de esta nota á los pretendidos filósofos que hoy se nos proponen por mo-

(1) Laert. lib. 5. pag. mihí 303.

(2) Idem. lib. 5. pag. 306.

(3) Mericic in vit Æsop.

delos. A su juicio Crisias y Alcibiades fueron unos espíritus buenos y pacíficos; pero Xenofonte, que lo supo mejor y de más cerca, pinta al uno como al genio más violento y avaro, y al otro como al hombre más osado que hubo jamás para cualquier insulto.

Después de haber apuntado algunos de estos hechos el autor del Diccionario Antifilosófico, añade con bastante justicia: «Se haría un grande libro con las bribonerías y violencias de aquellos que en diversos tiempos tomaron el nombre de filósofos, y paliaron sus vicios y su inutilidad bajo el manto de la sabiduría. No habría que olvidar ni á Diógenes que mordía cuanto no tenía interés para él; ni á Séneca que escribió una sátira contra su Príncipe, y quien sin perjuicio de ser un prestamista y un usurero, predicaba siempre el desprecio á las riquezas; ni se pasarían en silencio aquellos filósofos de quienes habla Taciano, que se aborrecían unos á otros, se despedazaban mutuamente, y se arrebataban de las manos los puestos de más favor». (1)

No cabrían en un solo libro los males que han causado y causan los filósofos si se habla de nuestros tiempos. Con la desvergüenza de Diógenes se glorían hoy de escribir y hablar en Inglaterra contra las leyes, contra los príncipes, contra el

(1) Dictionnaire Antiphilos. art. *Philosoph.*

parlamento y mucho más fácilmente contra los corregidores y magistrados particulares. En aquella Isla y en otros estados (1) donde abunda esta filosofía, son filósofos hasta los zapateros y artesanos más humildes porque son atrevidos como Diógenes é impíos como Diágoras.

Los mismos falsos filósofos, que procuran santificar á los otros, no han sabido todavía cumplir la palabra que dieron de que se librarían á sí mismos de esta nota que llevan por toda Europa. Rousseau prometió examinar su conducta y responder á los que han pensado que publicando sus pensamientos impíos y sediciosos ha contribuído á turbar el orden público y á combatir las leyes de Francia; (2) pero toda su justificación se ha reducido á nuevas invectivas contra el magistrado que lo proscribió por el dicho delito. «Si hubiera confundido por medio de su justificación (como le dice Bergier) al Arzobispo de París que le censuró, y al Parlamento que lo desterró, hubiera restablecido su reputación ajada por semejante decreto: hubiera también justificado á sus amigos, y á todos los que le imitan. Más valiera esto, que las declamaciones contra el Clero. «Os habeis de-

(1) Hoy esta calamidad es universal.—N. E.

(2) Letr. á Mr. Archeveq. pag. 60.—Que si j' ai du garder ces sentiments pour moi seul, comme ils ne cessent de le dire: Si lorsque j' ai le courage de les publier, et de me nommer, j' ai attaqué les loix, et troublé l' ordre public, c' est ce que j' examinerai tout á-l heure.

tenido en probar (concluye diciéndole) que no sois hipócrita: esto puede ser; pero el punto capital había de reducirse á demostrar que no sois un sedicioso».

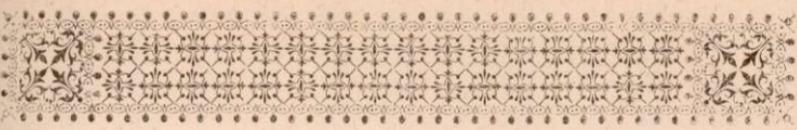
En efecto, se halla una gran confusión de palabras en este sentido. Parece que todo se reduce á mezclar en la lucha á los católicos con los malos filósofos y con toda la turba de los impíos. Estos se embarazan poco en mentir y por falta de testigos no quedarán sin calumnias y sin pruebas. Desde que apercibieron que se les argüía de revolucionarios, y aun antes de que se les digese nada, quisieron prevenir la acusación acriminando á los que tenían jueces y fiscales de sus conspiraciones. Para meter ruido y poner el caso en cuestión, y aun para engañar á muchos que distinguen poquísimo, no les podían faltar títulos de algún color. El modo que eligieron fué confundir á todos los cristianos, y hacer de una misma comunión á los católicos y á todos los protestantes y hereges. Además de esto, desfigurar la historia antigua y moderna de los hechos eclesiásticos; alterar todos los sucesos; presentar á los Mártires, á los Confesores y al mismo Jesucristo como perturbadores y refractarios á las leyes de los césares. El designio es maligno; pero no es nuevo. Es el mismo que tuvieron los que dieron muerte á Jesucristo entre unos reos famosos para confundir á la inocencia con la iniquidad. Hallan más fundado motivo para eso en algunos cristianos, que aunque cató-

licos y aun Ministros del Diós de la paz, han cooperado con la pluma y con las obras á revoluciones y parricidios semejantes á los dispuestos por los ateo-filósofos y hereges. Con uno de estos hechos que sean verdaderos, dan color á otros muchos que fingen; y de todo forman esta nube de polvo en la que tienden á que no nos veamos los unos á los otros. Romper esta nube, y dejar que aparezcan las cosas cuales son cada una, es el objeto principal de esta obra; porque sin este conocimiento mal podrán pedirse los remedios contra estos achaques. Jamás negaré ni disimularé los dichos y hechos de los autores y fautores católicos que han merecido censura. Cuando trate del regicidio expondré las gravísimas censuras que la Iglesia Católica en general, y la de España en particular han pronunciado contra cualquiera opinión notada de esto; especialmente citaré el auto que se acordó en 1768. Yo deberé ser el más sincero en condenar y detestar unas acciones y opiniones que deshonran (si esto puede ser) á la Santa Iglesia del Señor, y á los que han querido hacerla una cueva de ladrones y de malhechores. Es necesario invocar en esta tempestad el celo de Finés, y clavar al mal israelita con la Mohabita para que cese la confusión y el azote de Diós. Esto dejará á los perversos sin parapetos con que taparse; porque no es la cuestión si hubo y hay cristianos y católicos violadores de las leyes divinas y humanas, rebeldes á los príncipes, desobedien-

tes á sus prelados, á sus jueces y á sus padres. ¿Qué necesidad había de preguntar esto? ¿Quién duda que cuanto más sublime y divina es nuestra profesión, otro tanto deben ser naturalmente más los que caigan de su perfección? Si nuestra Ley fuera siguiendo siempre la corriente de nuestras pasiones, nada costaría observarla, y tendría mejores observadores; pero como es una continua contradicción de nuestros apetitos y desarreglos, tienen que ser muchos los malos cristianos. No negaremos, pues, que hubo y hay traidores á la Religión y á las leyes. Pero ¿quién me negará que todos estos han sido infieles á la doctrina y disciplina de la Santa Iglesia Católica? Luego viene á resolverse la cuestión en dos proposiciones igualmente ciertas. Primera: *Que los infieles á los preceptos de nuestra Santa Religión son infieles á las leyes y perjudiciales á la sociedad.* Segunda: *Que los fieles á los principios y máximas de la ateo-filosofía y de todas las sectas son perjudiciales para los estados y para todos los gobiernos.* Todo puede reducirse á un punto, y es: *que los cristianos relajados se acercan á los celosos impíos ó filósofos; de donde se infiere la perfección del Catolicismo.* Sin duda, aquello es mejor, de lo que, cuando uno se aparta, se hace peor; y de igual modo se infiere la maldad de la filosofía de los impíos; porque muy perjudicial y malo debe ser un principio al que cuanto uno más se allega, se hace más perverso. Este es el nudo de la dificultad, del que

huirán siempre los que no tengan buena causa; pero yo me llegaré constantemente á él en toda la obra. Esto hará ver mejor cuan funesta es para todos los reyes, para todos los gobiernos y para todas las sociedades eso que se llama filosofía, y que realmente no es otra cosa que charlatanería y desvergüenza. De modo, que si la verdadera Filosofía juntó á los hombres dispersos con un vínculo de sociedad que duró inviolado hasta que lo rompió la avaricia, ahora veremos que esta nueva filosofía hace á la avaricia y al interés personal el vínculo de la sociedad. ¡Cuanto va de una filosofía á otra; de aquella Niove á esta!





CAPÍTULO XI.

LA FALSA FILOSOFÍA DESTRUYE
LAS FAMILIAS, Y ENSEÑA Á DESPRECIAR LOS PADRES, LOS
MARIDOS Y TODAS LAS OBLIGACIONES SOCIALES.

PARA que se vea cuan enredados van siempre los malos filósofos en la equivocación que al fin del capítulo anterior dejamos prevenida, cuando ahora se trata de un buen ciudadano, nos arguyen á los católicos diciendo: «Todos los días hay entre vosotros desgraciados á quienes sus excesos los arrastran al suplicio: estos no son incrédulos ni espíritus-fuertes.» (1) ¿Qué querrán inferir de aquí? Dos cosas; primera: que los filósofos y espíritus fuertes no hacen malos ciudadanos.

(1) Le Milit. Philosoph. cap. 20. pag. 167: Ces malheureux que leurs exces sont tous les jours conduire au suplice, ne sont ni des incredules, ni des Esprits-forts.

Segunda: que esto es propio de los católicos. ¿No son ambas consecuencias dignas de un lógico exquisito? Yo inferiría otras dos sin duda más verdaderas y de más ley. Primera: que la Religión Católica sufre menos que otra alguna á los malos. Segunda: que los espíritus fuertes y falsos filósofos aman los delitos, y prohíben por sus reglas, que los castiguen los magistrados.

No pondré yo estas infames consecuencias á cargo de la buena filosofía. Esta trabajó siempre aunque con poco éxito para buscar los mejores principios de la moral. Dieron de esto los antiguos filósofos preceptos muy útiles: y hasta algunas veces los acompañaron con sus ejemplos ya de paciencia y de honestidad, ya de verdad y fidelidad á las palabras, y ya de amor á la patria. Confieso que nos confunden á muchos cristianos que nos olvidamos de nuestra profesión. Los que hoy se llaman filósofos no cesan de alabarnos estos ejemplos en Arístides, en Sócrates y en otros; aunque me parece que si aquellos reflexionan sobre la honestidad de Sócrates, cuando rechazó la provocación de Alcibiades, quizás no alabarían lo contrario de lo que enseñan. Puede que por esto acusaran á Sócrates como lo acusó otro filósofo según lo refiere Diógenes. (1) Alcibiades les merece sin

(1) Si Alcibiade uti potuit (Socrates) et abstinuit, inanis fuit: si vero non valuit, nihil magnum fecit.—Bion, apud Diog. Laert. lib. 4.

duda hoy más respeto porque enseñan su desvergüenza *cínica* como una virtud.

En la antigüedad unos filósofos despreciaron las riquezas, otros la ambición, otros la blandura y las delicias, y, en fin, se verá que aunque la filosofía pagana no haya podido enseñar virtudes sólidas, se ha gloriado de dar reglas para hacer hombres buenos y útiles ciudadanos. A lo menos confesaron lo que debían ser para la sociedad.

«Los verdaderos filósofos (dice uno) son hombres casi divinos. No estiman sino á su alma. No tienen otro punto de vista que el Ser supremo del que esperan toda felicidad; distinguen el culto que se ha señalado El mismo, y sometiéndose con docilidad á sus disposiciones, tienen horror á toda opinión sospechosa. Ciudadanos, amigos, padres, cristianos, lejos de turbar los Estados con discursos ni con escritos, solamente practican el silencio, el respeto, la sumisión. Jamás se abre su boca sino para pronunciar una gran verdad; jamás su pluma se emplea contra la Religión, contra las costumbres, ni contra el prógimo. Sublimes en sus pensamientos, simples en sus palabras, consecuentes en sus acciones, observan una conducta que honra á la humanidad. No se les vé entrometerse, ni exhibirse, ni hacer gentes. No se les oye quejarse, ni maldecir, ni altercar. La sabiduría es su gloria, el estudio su tesoro, el cielo su ambición, la buena conciencia su felicidad. Si la injusticia los oprime, creen haberla merecido; si la ca-

lumnia los ultraja, se regocijan en su inocencia; si la enfermedad los aflige, la reciben como un aviso de la vida futura. Temen menos al mundo que á sí mismos; menos al siglo, que á la eternidad. Tampoco temen las revoluciones de los tiempos ni los caprichos de la fortuna. Sin afectación en sus máximas, sin ostentación en sus obras no se singularizan, sino porque muestran su candor en medio de un mundo que no tiene ninguno». (1)

Aquí se habla, sin duda, de un filósofo cristiano. Ninguna otra filosofía ha inspirado virtudes sólidas. Después, en otros capítulos, hablaremos de las que son personales á cada ciudadano: aquí solo pertenece tratar de las virtudes y verdades más necesarias á la sociedad, como el artículo de la Providencia, el de la eternidad y los destinos diferentes que nos esperan en la otra vida. El amor á la pátria, el cuidado y la educación de los hijos, la justicia para con todos por la regla de uno mismo: todas estas verdades y virtudes que hasta ahora fueron tan venerables y recomendadas por nuestra cristiana Religión, las hace despreciables una filosofía feroz que rompe á un tiempo todos los vínculos de la familia y de la sociedad.

La necesidad del dogma de la Providencia es tan evidente que la confiesa el mismo Voltaire, y

(1) Carraciol. Le langage de la raison. Cap. 18. pag. 127. et suivant.

advierte el daño que se causa á los lectores en quienes se altera la fé de esta verdad. «Este dogma, dice, es tan sagrado y tan necesario para el bien del género humano, que ningún hombre de bien debe exponer á los lectores á dudar de una verdad que no puede dañar en caso alguno, y puede ser de mucho provecho en todos. Yo no miré jamás este dogma de la Providencia universal como un sistema, sino como una cosa demostrada á todos los espíritus racionales». (1)

Apesar de eso, se vé otras muchas veces á Voltaire asido á la cadena de los estóicos y forcejando por aprisionar al mundo con ella en una fatal necesidad. (2) Esta es incompatible con la Providencia divina, y por consiguiente él parece uno de esos deistas que más la niegan. A lo mismo conspiran todos los fatalistas, ateos y deistas, y, para decirlo de una vez, todos los falsos filósofos. El arrancar de los hombres la idea de un Diós que lo inspecciona todo, es la felicidad que se proponen, como cantaba Lucrecio. (3)

(1) Volt. præfac. del Diction. Philosoph. pag. 7.

(2) Diction. Philosoph. art. *Deistin.* y art. *Çhaine des evenemenst.*—Philos. de l'Histoir. cap. 33. pag. 159.—Melang. de l'Histoir de Literat et de Philosophic, tom, 2. cap. 60. pag. 406.

(3) Felix qui potuit rerum cognoscere causas;
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avaris
Lucret. lib. 6, vers. 53.

Según esto, ¿quienes son perjudiciales á la sociedad, los filósofos ó los católicos? ¿Cuando se oyó á estos segundos alterar este dogma *tan necesario para el género humano*? Por el contrario, ¿quién piensa tan altamente de la Providencia como los católicos? Nosotros la vemos extenderse desde un extremo al otro del Universo, y disponer con suavidad todas las cosas humanas; nosotros la admiramos porque penetra desde lo más alto del cielo hasta el fondo del abismo, y desde lo más remoto á lo más interior de nuestros pensamientos. La confesamos en las cosas altas é íntimas, grandes y pequeñas, naturales y libres. Decimos que una hoja no cae del árbol, ni un pájaro cae del aire sin la voluntad del Padre que está en los cielos. Todo lo sugetamos á su arbitrio soberano, sin destruir por esto el arbitrio humano. Jamás hombre alguno, por sabio que haya sido, habló también de este artículo como nos enseña á pensar de él el Evangelio. Este respeto á un Dios presente en todo, es uno de los principios que más nos aprovechan para evitar los pecados y dedicarnos á las virtudes, no solo personales, sino las que tienen por objeto el prógimo y la comunidad de los otros hombres; luego no los católicos, sino los filósofos que quitan este respeto á la Providencia de Dios, son las polillas de la sociedad y corroen sus fundamentos.

A este sigue otro artículo igualmente necesario para sostener la sociedad: el de los premios y su-

plicios en la otra vida. Ellos mismos, quiero decir los filósofos, confiesan algunas veces, que sin la idea de un Diós, remunerador de los buenos y que afligirá eternamente á los malos, no puede haber buenos súbditos ni buenos príncipes. Esto lo confiesa claramente Voltaire en un pasaje que hemos citado poco antes. En lo mismo están conformes otros de sus colegas cuando dejan hablar á su corazón. Cuando se ponen á hablar con más cuidado, quieren probar que el artículo de la vida eterna no es necesario para la sociedad. «Si los soberanos (dicen) gobernarán con sabiduría y con equidad, no tendrían necesidad del dogma de las penas y recompensas futuras para contener al pueblo. (1) Por lo que toca á los súbditos, los hombres serán siempre más impresionados por los intereses presentes y por los castigos visibles que por los placeres y suplicios que se les anuncian para la otra vida. El miedo del Infierno no contendrá más á los delincuentes que el miedo del oprobio, de la infamia y de los otros suplicios». Añaden que ningún pueblo ha fundado sus leyes sobre el artículo de la inmortalidad del alma ni de la otra vida. (2)

Con innumerables proposiciones donde se nota

(1) Christian. dévoil. pag. 109.—Letre. 5. á Eug. pag. 129.

(2) Id. pag. 114.—Philosoph. del' Hist. cap. 24, pag. 123.—Diction. Philosoph. art. Ame, pag. 16. Enser, pag. 284.

la misma impía y vana falsedad que en estas, quieren quitar á la sociedad este su apoyo. Si en efecto pudiera quitarse, se verían al instante los hombres caer unos sobre otros como las piedras de un edificio al que se quitó el fundamento ó la clave ó los más fuertes estribos. ¿Qué importa que en medio de las naciones cristianas haya ahora malhechores que se traguen al Infierno de cuya existencia no dudaron jamás? Necios, si ahora hay veinte de estos malhechores en un pueblo, entonces lo serían casi todos los hombres. El mismo Lucrecio, que es su Salmista, convino en esto. Discurriendo con más lógica que ellos, dice que si los hombres entreviesen algún fin de las calamidades eternas, tendrían razón para resistir á las leyes y á las amenazas de los sacerdotes; mas ahora, añade, ninguna razón queda, ningún pretexto, ninguna facultad, porque hay penas eternas que temer después de la muerte. (1) No pudieron los epicuros llegar al fin de su filosofía cual era concluir con estas verdades para calmar sus interiores convulsiones y reposar en sus delicias.

¿Para qué era este empeño, ni para qué lo han seguido los modernos filósofos, si esos artículos

(1) Lucret. lib. 6... Si certum, inquit, finem esse viderent
 Ærumnaum hominis aliqua ratione valerent
 Religionibus, atque minis obsistere vatum
 Nunc ratio nulla est restandi, nulla facultats
 Æternas quoniam pœnas in morte timendum

no detienen á la inclinación perversa en la senda de los delitos? ¿No es esto una evidente contradicción en su filosofía? Este discurso, aunque breve, vale por toda una demostración. Los antiguos y modernos epicúreos, aunque hayan empleado todo su estudio en ver como se podían tragar ese freno de la eternidad y digerirlo, sienten todavía en él, por más dudoso que se lo hagan, un embarazo que les impide hollar todas las leyes de la Religión y del Estado. *¡Ninguna facultad, ninguna razón,* repiten gimiendo, hallamos para resistirlo y entregarnos á nuestros placeres! Pues ¿qué bocado tan duro no sentirán los pueblos, que sin la malignidad de los filósofos, tienen en toda su fuerza y sin alguna duda estas verdades amenazadoras de un fuego que no se apagará, y de un gusano roedor que no morirá? Enhorabuena que los sacerdotes seamos pesados á la sociedad porque le renovamos frecuentemente la memoria de esta y otras verdades. Consiento en que seamos pesados y tristes á los pueblos por esto. Pero los filósofos no pueden negar que ellos son dulces venenos que matan á la sociedad y la destruyen en cuanto le quieren quitar el peso de estas verdades que la conservan y aseguran.

Omito hacer aquí otras reflexiones sobre la necesidad de esta verdad, porque al mismo objeto tengo dirigidos algunos capítulos en el curso de la obra. Allí podrán verse no solamente las pruebas morales, sino también las metafísicas que de-

muestran este artículo, y que son las únicas á que prometen dar oídos los espíritus fuertes. Pasemos al breve examen de otra máxima igualmente necesaria.

La educación: ved aquí un artículo tan necesario á la sociedad, que sin ella no es imaginable como podrá subsistir. No hay viviente que nazca á este mundo tan necesitado como el hombre. Necios filósofos, que para murmurar de la Providencia divina, notais en nuestra naturaleza defectos que no tiene, mirad por un instante el desvalimiento de un hombre recién nacido, á ver si podeis negarle el socorro siquiera de una providencia paterna; no trae el hombre á este mundo auxilio alguno para sí. Helvecio que notó cinco diferencias muy indecentes entre el hombre y la bestia, pudiera haber advertido mejor esta que prueba la especial necesidad que tenemos de la providencia agena. En efecto, considerad el parto de la cierva: se encorva para expeler el feto; y no lo da sin mugidos; pero luego que el cervatillo ha caído del vientre, echa á correr para el pasto, se aparta de la madre y no vuelve á ella. (1) Así los demás animales, aunque no tienen más que una sustancia corporal, nacen ya casi educados.

(1) Job cap. 39. v. 13. Nunquid... parturientes cervas observasti. In curvantur ad fœtum et pariunt et rugitus emittunt. Separantur filii earum et pergunt ad pastum, egrediuntur et non revertuntur ad eas.

El hombre que viene á esta vida compuesto de dos naturalezas, una espiritual y otra corporal, nace desprovisto de fuerzas en el cuerpo y de virtudes en el alma. De dos educaciones necesita, ambas prolijas y de largo tiempo. Apenas á los veinticinco años está criado, y aun no parece que se halla en su propio estado. ¿Qué solicitud no ha costado ese aumento á sus padres? No podría el hombre sobrevivir á las flaquezas y peligros que le rodean en todo ese tiempo, si Diós no hubiera puesto tan grande amor en los que le dieron el ser; y este amor, que es tan necesario para la conservación de la sociedad, se perfecciona por los preceptos de la Ley santa; porque no hay obligación que más se recomiende en la doctrina del Evangelio, que el cuidado de los hijos. La madre que no tiene cuidado de los suyos, dice S. Pablo: *ha negado su fé, y es peor que el infiel.* (1) De modo, que es necesario dejar de ser cristiano para dejar de ser buen padre, buen esposo, buen ciudadano y buen vecino. El mismo Voltaire asiente á un pensamiento de Newton que decía: *La disposición que todos tenemos para vivir en sociedad, es el fundamento de la ley natural que el Cristianismo perfecciona.* (2)

¿Cómo llegarían los hombres á estado de llenar

(1) I ad Thimoth. cap. 5.—Si quis autem suorum maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior.—Similiter ad Tit. cap. 2, v. 5 et alibi.

(2) Element. de Newton pag. 37

la ciudad, si luego que naciesen los abandonasen las madres para poder entregarse á nuevos placeres? ¿Se creará que esta es una máxima de los modernos filósofos, (1) de estos que tanto se precian de ser los bienhechores del género humano? Pues á esto conspiran la mayor parte de los discursos sobre los amores libres. A semejante estado quisieran traer la naturaleza por una idea de reformarla á tenor de la antigua felicidad, que ellos sueñan, haciéndola consistir en una igualdad libre de todo principado ó gobierno, y no sujeta por lazo de alguna especie. Quieren que los hombres al nacer se confíen entonces á solo el cuidado de la naturaleza y á brazos de una Providencia que niegan para todo lo demás. Los brutos son sus modelos; y la felicidad del género humano consistiría, según ellos, en ser los hombres como las bestias que se pierden en las selvas.

Así como enseñan á los padres el desamparo y el olvido de los hijos, enseñan también á los hijos el abandono é independenciam de sus padres. «Un hijo, dicen, no debe amar á sus padres si este le es enemigo ó le sirve de impedimento para sus intereses». (2) Supongo que esta máxima particular se

(1) L' Encyclopede art. *Adultere*.

(2) Tout saint lib. des mœurs: Il n' est pas d' une obligation generale qu' il ne puisse entre susceptible de dispense. On ne peut aimer, q' autant, q' il eat necessaire d' aimer ses ennemis memes, un pere dont on n' eprouve, que des temoignages de haine, Toute la distintion q' on lui doit c' est de le traiter on ennemi respectable.

funda en otra general que, según ellos, constituye la principal obligación de todo hombre, y es: *sacrificarlo todo cada uno á su interés personal*.

Aunque los inhumanos filósofos no inspirasen otras máximas perjudiciales á la sociedad, estas dos bastarían para destruirla. Ellos no miran bien el ejemplo de los brutos, y por esto se hacen más estólidos. Todos los animales tienen acerca de sus hijos todo el cuidado que se necesita para que se formen, crezcan y lleguen á su propio estado. Pues ¿por qué el hombre recién nacido y tierno no ha de tener derecho á todo el socorro que necesita para llegar también á su estado propio? «El género humano, ha dicho muy bien Pope, no tiene un cuerpo tan duro como los brutos; y además de esto exige más tiempo y cuidado en su educación». (1)

Si así descuidan los cuerpos esos filósofos que no estiman otra cosa, ¿qué educación prescribirán para formar el espíritu? Todo su cuidado lo ponen en apartar de los niños y de los jóvenes el conocimiento de la Religión Cristiana. «Hasta los veinte años (dice un célebre maestro de educación, ó, mejor dicho, de corrupción) no se les debe hablar de este asunto». Las razones son como la proposición: una se reduce á *que el quererlos enseñar des-*

(1) Pop, de Homn. Ep. 3. v. 191.

de niños á saber y decir la verdad, no sería otra cosa que enseñarlos á mentir desde temprano. (1) ¡Qué mérito tendrá esta antítesis que despreciaría un muchacho! Pero esta razón se funda en otra, á saber: que él no quiere *que la juventud tenga una Religión que no le enseñe cosa alguna, y donde su juicio no pueda discernir la verdad.* (2) Ningún misterio, ningún Sacramento cuya demostración no puedan el joven ó el niño discernir, ó cuya verdad no puedan conocer por su propio juicio, que para este maestro es una misma cosa, nada de eso se les debe enseñar. Conque es decir, que mientras no hagan demostraciones de la existencia de Dios y de la Encarnación del Verbo eterno, no se les debe enseñar unos misterios á cuya creencia está ligada la promesa de salvación y á cuya no creencia la condenación.

Pero si se aguarda para esto á los veinte años, ¿se logrará entonces el intento? ¿Percibirá entonces el juicio de los jóvenes la verdad secreta ó metafísica de aquellos misterios? Porque si ni entonces ni nunca puede el hombre alcanzar por su propio juicio la verdad de esos arcanos, nunca se

(1) Emil. Tom. I pag. 224. Vouloir les enfans á dire la verité, n'est autre chose que leur apprendre á mentir.

(2) Letre á l' Archeveg, de Paris pag. 34.—C' est que je veux. que la jeunesse ait une Religion, et que je ne lui voux rien apprendre dont sont juvement ne soit en etas de sentir la verité.

deberá enseñarlos. (1) Esta es realmente su intención; y así aleja de los niños y de todos los hombres (que para creer y salvarse deben hacerse párvulos) la noticia de estos altos misterios: *Para que en ningún tiempo se nos enseñe á decir mentiras, queriendo hacernos confesar la verdad.* No adviertan que *mentir* es ir *contra* la mente, no *SOBRE* la mente.

De aquí se infiere, según los principios de este nuevo maestro de escuela, que se deben enseñar esas verdades desde que comienza en los hombres el uso de la razón. Ahora bien: la edad tierna es más dócil para creer y aprender esos misterios, y la edad proveya no es más capaz de comprenderlos. El Señor del cielo y de la tierra escondió estas altas verdades á los soberbios filósofos y las reveló á los párvulos. (2) La Ley de Diós y sus testimonios no quieren prestar su sabiduría sino á los humildes y pequeños. (3) ¿Qué tendrá Rousseau que argüir contra Diós? Y si los hombres han de pasar toda la vida sin que les llegue la hora de conocer estas verdades, ¿no es mejor acudir desde temprano, y enseñar á los jóvenes lo que se puede saber y se debe creer de ellos?

Esta precisamente es la regla misma que Rous-

(1) Véase aquí la base de la enseñanza láica que tanto se pregona en nuestros días.—N. E.

(2) Math. cap. 11.

(3) Psalm 18. v. 9.

seau establece para la instrucción de las niñas: *Por esto, dice, quiero yo hablarlas desde temprano; porque si se debiera aguardar á que estuviesen en estado de examinar metódicamente estas cuestiones profundas, correría riesgo de no hablarles jamás de estas verdades.* (1) Pues el mismo riesgo se corre respecto de los niños, ¿quién sabe si alguno se pondrá en estado de *examinar metódicamente estas cuestiones profundas?* ¿Serán todos teólogos? ¿Serán todos doctores? Los ^m más de los hombres se quedan con igual instrucción y aun menor que las mujeres; *luego se les deberá instruir desde temprano para huir el riesgo de que jamás se les hable de estas verdades.*

Son los modernos filósofos tan depravados, á lo menos, como Epicuro; pero mucho más osados y estúpidos. Aquel filósofo delicioso escribía á Meneseo una carta que contiene toda la censura que merece la bárbara educación de los nuevos filósofos, sus discípulos. «La juventud, Meneseo, no es un motivo suficiente para retardar el estudio de la filosofía; así como no lo es la vejez para dejar de contemplarla. No hay alguna edad en la que sea indiferente procurarse la salud del alma: decir

(1) Rousseau, Emile, tom. 4. pag. 72.—C' est pour cela meme que je voudrois en parler á celles ci de meilleur heure: car s' il falloit attendre, qu' elles susent en etat de discuter methodiquement ces questions profondes on courroit risque de leur en parler jamais.

que aun no es tiempo de dedicarla al conocimiento de la sabiduría, ó que, no es ya tiempo, es lo mismo que decir que es muy temprano ó muy tarde para trabajar en hacerse feliz». (1)

Sea como fuere la felicidad de que aquí habla, las máximas que acabo de referir son dignas de un buen filósofo y hasta de un buen cristiano. Reprenden nuestra omisión en trabajar por la verdadera felicidad, y condenan las corrompidas máximas de Rousseau y otros filósofos que les parece temprano antes de los veinte años enseñar á los jóvenes el Catecismo.

Esto poco que vá dicho como preludeo á lo que se dirá después acerca de la educación, bastará para que todos comprendan cual es la educación que perjudica á la sociedad, si la de los católicos, ó la de los filósofos impíos.

La Santa Iglesia, verdadera Madre, anticipa las vigiliass para observar la primera mañana de nuestra razón. Luego que el alma, que estaba dormida en toda la niñez, comienza á bullir, y despierta, ha de fijar sus ojos en Diós para saludarle con las primicias de una luz nueva. El primer conocimiento lo dirige el Cristianismo al Autor de nuestra vida y de nuestro espíritu. Con este cuidado previene desde temprano á nuestras almas para que se estrenen con un objeto tan soberano.

(1) Apud Socrat. lib. I. pag. mihi 784.

El primer uso de la razón se encarga que sea la noticia de Diós; y el primer paso de la voluntad se nos manda que sea el amor de Diós.

¿Qué obsequio más racional que reconocer al primero que nos dotó de conocimiento? Y ¿qué precepto más suave que el de amar desde que somos capaces á Él que nos amó una eternidad, antes que fuésemos algo? ¿Qué sacrificio matutino más agradable para el que cría continuamente estos nuevos astros para su gloria? Aquí se cumple aquello del Salmo: *Y agradecerá á Diós como la ofrenda de un becerro tierno cuando produce sus cuernos y sus uñas.* (1) Con tales hostias, se merece de Diós que colme de una santa fecundidad á los tálamos, y bendiga las familias que son las fuentes claras de que se engruesan las sociedades felices.

Son hoy por ignorancia ó por negligencia de los padres, muy raras las flores de este género que se ofrecen á Diós. Muchos padres de familia ni siquiera piensan en esta obligación que tienen sus hijos, porque quizá ellos no la cumplieron cuando niños. Los padrinos que en el bautismo se hacen fiadores de la instrucción para el caso en que los padres, primeros obligados, no cumplan, no se descargan mejor de su oficio acerca de sus ahijados. Esto se mira con sumo desprecio porque ni unos ni

(1) Psalm. 68. v. 32.

otros ven ahora la excursión que á falta de uno hará contra ambos el severo Juez cuando les presente los tratados que se juraron sobre la sagrada fuente.

Véase aquí la causa de que no florezcan en nuestras ciudades la virtud, la justicia y la santificación que de sí está inspirando la Religión Católica. Si desde luego se tocaran los corazones tiernos con el conocimiento y amor de Diós, puede ser que el dócil barro oliera siempre al bálsamo, y que supiéramos poseer toda la vida nuestros vasos en santificación y en honor. Pero ¿cómo pueden faltar en la Santa Iglesia tan malos cristianos, y no desertar cada día de su gremio tantos filósofos, espíritus de error, si se concibieron de la concupiscencia, *se hicieron ajenos desde que se formaron, erraron desde el vientre y hablaron siempre falso.* (1)

La educación en nuestros días no es como la Iglesia ordena, sino oscura como la juventud misma; y los que en casa apenas se instruyeron en las verdades católicas, van en sus viajes á hacer las entrañas en todos los vicios y errores. No culpo yo á los viajes, sino á lo desprevenidos que se hallan los que los emprenden sin edad, sin ciencia, sin maestro, ó más bien, sin Angel que preceda y sea el guía del camino; sin necesidad,

(1) Psalm. 53. v. 4.—*Alienati sunt á vulva erraverunt ab utero, locati sunt falsa.*

sin designio formado, sino solamente para disipar su sustancia con ramerías ó *virtuosas* en la vanidad que se ha erigido en uso, y para buscar aventuras, suscitar el orden de la caballería andante y engrosar una caravana que no camina con mejores votos que los que van á la Meca.

Es necesario que nuestra conducta sea en todo más considerada que la de unos filósofos más perjudiciales y extravagantes que D. Quijote. Su educación no es para formar los hombres, sino para arruinar los formados. Sus máximas enseñan que sean *expuestos* los recién nacidos á riesgo de que perezcan sus almas. En su escuela se aprende á sacudir el miedo de un Dios inexorable, el respeto á las leyes y la subordinación á todos los príncipes. Aquí se enseña á reirse de los más graves legisladores, á desobedecer á los padres de la patria y de la familia, á perder los hijos y su cuidado; á que los maridos aburran sus casas y esposas; y se exhorta á estas para que se desquiten de las infidelidades de sus maridos cometiendo otros tantos adulterios. Aquí finalmente se enseña la impunidad de estos y de todos los demás delitos, y solo se deja á los magistrados el poder de castigar la voluntad, si se prueba; pero en la escuela de Jesucristo se aprenden todas las virtudes y máximas contrarias exhortando á la virtud con premios y coronas, y apartando de los vicios con penas eternas.

Pasemos á otra virtud que es formalmente el

vínculo mismo de la sociedad y de todo el género humano; se llama, *el amor á la patria*. No sabemos que idea se puede formar del *patriotismo* que hoy suena tanto en boca de los pueblos dándoles el tono para esa y otras vocecillas vanas los nuevos filósofos. Bien podemos creer que ese fantasma no es lo mismo que *el amor á la patria y á la humanidad*; porque según el carácter que sus inventores le dan, *el patriotismo y la humanidad son incompatibles en su energía, sobre todo en un pueblo entero*. (1) Para no cansarnos, ni estendernos demasiado, debemos advertir que el *patriotismo* que suena en boca de estos filósofos no es otra cosa que el *Fanatismo*; es decir, un furor soplado por el aire de la vanidad, que se atreve á todo y no se para en encender á la patria y destruir á la humanidad. De este monstruo hablaremos después.

El amor á la patria no es otra cosa que el amor á los hombres, especialmente á los padres, amigos, conciudadanos y compatriotas. Este amor exige que el bien particular se posponga al general, como la parte al todo; que un ciudadano dé su vida por libertar á su pueblo; que derrame sus bienes particulares en socorro de sus pobres hermanos. Si es verdad que los falsos filósofos gustan de razonar *geométricamente*, pueden suponer que el amor es un peso. Así lo sentía el que fué tan experimen-

(1) Rousseau. letr. I. de la Montagne, pag. 35 en la nota.

tado en todo género de amor, malo y bueno. (1) Sí; el amor es un peso que tira de la voluntad, y la lleva hácia el objeto por la perfección conveniente que halla en él. Estando la balanza recta y en libertad, ha de inclinarse hácia donde sienta mayor cantidad de bien; luego es claro que amará al Criador sobre todas las criaturas; más al género humano, que á una sola nación; más á una ciudad, que á un solo ciudadano, aunque sea á sí propio: más á su vida, que á un miembro; y entre los miembros, más bien conservará al más necesario, que al que no lo sea tanto.

En los bienes terrenos es igualmente perceptible esta Ley. Los afectos á las cosas materiales cargan el ánimo y lo traen á tierra como una piedra pesada (2) Cuanto más afecta fuese la voluntad á estas cosas con tanta más fuerza será atraída por ellas. Ordinariamente hace más peso afectuoso la vida que las riquezas. En un naufragio todo se tira al mar por salvarse con solo la nave. La naturaleza misma percibe de ese modo la diferencia que hay entre los bienes, y se vé como obligada á preferir el mayor al menor, y el todo á la parte.

Este principio puede dar orden y sitio á los ob-

(1) Alude á S. Agustín.—N. E.

(2) S. Maxim. de Christ. cent. 3... 56. Illi ergo affectus rebus materialibus constringunt animum, eumdemque in terram detrahunt, instar gravissimi lapidis illi incumbentes.

jetos que nos son amables; y también por él nos dirán la naturaleza y la razón que debemos amar primero á Dios, y después á los prójimos; á éstos, primeramente en general, y después á cada uno en particular. De aquí resulta, que el amor á la pátria ocupa el primer lugar después de Dios. Nadie ha sabido ordenar mejor este amor que el espíritu del cristianismo. Los cristianos podemos decir que *Dios nos ha introducido en su escuela y ha ordenado en nosotros la Caridad* (1) *porque todo cuanto se manda en nuestra Religión es amor: Amarás á Dios de corazón, y á tu prójimo como á ti mismo: de estos dos mandamientos pende toda la ley.* Aquí, sobre estos dos ejes se resuelve nuestro universo moral. (2) Aunque solo nos manda amar á los prójimos como á nosotros mismos, nos exhorta además de esto, á que los amemos más que á nosotros; así es, que alaba á los que dan su libertad por redimir al cautivo; á los que dan sus bienes, sin reserva alguna, para socorrer á los necesitados; y corona y tiene por mayor la caridad del que dá su vida por sus amigos. Esta caridad llena toda nuestra ley; esta edifica lo que la ciencia hincha; este espíritu vivifica lo que mata la letra. Aquí, en nuestra Religión, solo sabe lo que está pene-

(1) Cantic. cap. I.

(2) *Universa lex pendet* Math. 22, 37.

trado de esta unción y asado en este fuego. La elocuencia de los hombres y aún la de los ángeles, es sin ella una campana destemplada. (1) El poder trasladar los montes de una á otra parte y otras maravillas, es nada sin la caridad. El fuego que abrasa el cuerpo y el cuchillo que corta el cuello no hacen mártires sin la caridad; y sin ella no es provechosa la mayor generosidad con los pobres. Este amor es el más precioso de todos los dones que tenemos los cristianos. Las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, la ciencia se destruirá: pero la caridad nunca decae, antes bien con la muerte levanta su llama. ¿Qué afecto hay ó qué filosofía, que haga tan admirables ciudadanos? Ella hace á los hombres pacientes en los trabajos, benignos con los desgraciados, sufridos en las adversidades, esperanzados, confidentes y emprendedores de todo lo noble y bueno. Aparta de entre los hombres todos los vicios que los dividen, porque no envidia á nadie, no obra siniestramente, no se hincha, no es ambiciosa, no es codiciosa, no se irrita ligeramente, de nadie piensa mal, ni se goza sobre la iniquidad.

Por cada uno de estos vicios se rompe á cada instante la amistad y perece la sociedad; pero muy especialmente por la codicia. Este es el vicio que en general puede apostarse con la caridad. Por es-

(1) I ad. Coninth. 4.

to, así como toda la ley preceptiva se reduce á esta palabra: *Amarás*, (1) toda la ley prohibitiva se reduce á esta otra: *No codiciarás*. (2) En un precepto general se manda todo por una palabra; y en una prohibición general se condena todo en una palabra. (3) ¿Dónde hubo una legislación tan perfecta? No se prohíbe sino el codiciar; no se manda sino el amar. Estos son los dos grandes motores del Universo católico. ¡Qué hermoso sería el mundo si solo se moviera sobre ellos! Arrebataría entonces nuestra admiración el ver cuán bueno es y cuán feliz habitarlos hombres en uno. ¡Qué ciudad de paz! Esta es la idea de la ciudad que Dios edificó y estableció en este mundo sobre la piedra angular de su Hijo Jesucristo y sobre los fundamentos de los Apóstoles. ¿Cómo no se avergüenzan estos filósofos cuando dicen que el Evangelio no intenta formar ciudadanos? (4) ¿Cómo no callan estos pantomimos que en unos versos tan hinchados y estirados del viento como ellos claman aturdidamente á los cristianos: *Ingratos, os engañais; el amor es un don precioso del mismo Dios: todo amor viene del Cielo?* ¿Han enten-

(1) Diliges.

(2) Non concupisces.

(3) Et forté, generalis est. *Non concupisces*. Et generalis jussio; *Diliges* De perfect. just. cap. ratiocinat. 11 apud D. August.

(4) Rousseau, letr. I de la Montagne, cap. 35.—L' Evangile... tendant á former des hommes plutôt que des Citoyens.

dido ellos jamás la idea de lo que es un ciudadano, ni de lo que es el amor? Un ciudadano es un hombre que no se considera tanto en sí mismo como en orden al común de la ciudad. No merece el nombre de ciudadano, dijo uno que entendió mejor de República que nuestros filósofos, sino el que concurre á la gracia y á la perfección de la ciudad: (1) esto es, el que todo se gasta y el que más arde por el bien común, porque florezca en todas partes la virtud, porque se guarde el orden y porque la sociedad sea perfecta. Pues ¿quién dá estas ideas tan claras y tan perfectas como el Evangelio, ni quien ofrece tantos socorros de gracia soberana para cumplirlas?

Si se habla de formar un ciudadano voluptuoso, soberbio, impaciente, infiel, duro para con sus domésticos y vecinos, inútil para los amigos, rival para todos sus concurrentes, detentor del trabajo de los pobres, avaro de sus cosas y codicioso de las ajenas y que, finalmente, se tenga por el hombre más de bién, y no sea ni lo uno ni lo otro; si se habla, digo, de estos ciudadanos, no vereis que se forman en la escuela de Cristo, aunque por su mucha virtud soporta á muchos de estos fardos. Pero si se trata de unos ciudadanos unidos perfectamente por un amor todo celeste, con fines nobles y jura-

(1) Casiodoro. lib. 8. epist. 36.—Civis non habetur qui urbis suæ gratiam non tuetur.

dos para el bien de la sociedad, ó de los prójimos, que es lo mismo, esos son los que se crían en el taller del cristianismo, en una palabra, no unos ciudadanos disolutos y mundanos, sino unos *ciudadanos de los Santos*, como los llama S. Pablo. (1)

¿Puede esperarse otro tanto del amor que cantan nuestros filósofos? Veo con bastante admiración el tino que han tenido estos malos géneos para transtornar de arriba á abajo los principios de la sociedad. Acabo de decir los dos puntos cardinales sobre que Jesucristo perfeccionó y puso en movimiento al universo moral: *el amor de Dios y el del prójimo*. Además de estos dos puntos, tiene el Cristianismo en su Zenit la caridad que se recomienda, y en su Nadir la concupiscencia que se prohíbe y reprime. Nuestros filósofos reforman toda esta obra, y asientan el mundo sobre una sola base que es el amor propio ó de sí mismo. *El amor de sí mismo, dicen, es la única base sobre que pueden echarse los cimientos de una moral útil.*

(2) ¿Qué movimiento tendrá ese Universo clavado sobre una base? Le aplican para ello dos motores: *El dolor y el placer*, añaden, *son los dos motores del Universo.* (3) Sin embargo, otro de los mismos

(1) Epist. ad Ephes. esp. 1. 2. Non estis hospites et advenæ sed cives Sanctorum.

(2) Helvet de le Sprit. disc. 2. cap. 24 de la morale, pag. 220.

(3) Ibid.

filósofos los reduce á uno solo. *El deleite*, dice, *es el único motor de los hombres; y Dios gusta de que nos rijamos por él. Extravagancia y locura sería guardarnos de sus encantos.* (1) No se avergüenzan de que esta sea la moral de Epicuro, aunque dicha con menos arte; porque, como dicen, *un verdadero Epicuro es un hombre afable, moderado, justo, amable*, en una palabra, *buen ciudadano.* (2)

Para la justicia y la política tienen por únicos fundamentos la *sensibilidad física* (3) y el interés personal. Según esto no son inconsecuentes cuando añaden, que adorar al criador, obedecer al príncipe, servir á la patria y socorrer al miserable son misterios espinosos, desvaríos ingeniosos, ideas del Platonismo que aun están por entender. (4)

Estos son los ventajosos descubrimientos que dichosamente perfecciona una filosofía dedicada á los amores torpes y á las delicias sensuales. Sus secuaces hallan á todo el mundo anegado en un diluvio de caprichos; se exhortan á tener una mano osada para romper el talismán ó encanto de flaqueza á que está ligada la potestad de unos

(1) Volt. Poema de la Ley natural.

(2) Idem.

(3) De l' Sprit, ubi antea disc. 3. cap. 4. pag. 276.

(4) Ibid. pag. 13.

hombres malhechores, como llaman á los sacerdotes católicos, (1) y [descubrir á las naciones los verdaderos principios de moral. «La moral cristiana, añaden, no es sino una ciencia frívola; (2) los fanáticos que se juzgan virtuosos, no sobre lo que son sino sobre lo que creen, son ambiciosos, hipócritas, etc. Todas las fuerzas se han reunido para ocultar la verdad. (3) Quieren decir: el deleite carnal ó la concupiscencia y el interés personal ó la codicia. «Los tiranos detestan estas verdades y las oprimen, porque ellas se atreven á examinar sus títulos injustos y quiméricos. El sacerdocio las desacredita porque aniquilan sus pretensiones fastuosas».

¡Cuanta tolerancia! ¡Cuanta paciencia no tienen hoy unos estados cristianos y honestos (4) disimulando que unos hombres tan sin pudor y tan sin juicio muestren tan impunemente al mundo la locura y la rabia de su corazón. ¡Qué costumbres formaran en la sociedad unos varones tan afeminados, y qué varones se criaran después con tales costumbres! A lo menos no serán estos varo-

(1) De l' Sprit disc. 2. cap. 24.

(2) Id. pag. 154.

(3) Id. pag. 224.

(4) Lo que el P. Ceballos llama aquí tolerancia y paciencia no era sino iniquidad solapada y complicidad de los poderes públicos en el torrente de ideas impías que impetuosamente inundaba ya á las naciones. N. E.

nes, ni estas costumbres las que sostengan á la República como decía Ennio: (1)

Como ellos aborrecen tanto las costumbres cristianas, que, como dicen, todo hombre de bien debe tenerlas horror, (2) enseñan unas máximas contradictorias. El Decálogo y el Evangelio nos lo ordena todo, mandándonos que amemos: *amarás*. Los nuevos filósofos prohíben como un delirio ó desvarío, el que amemos á Diós, á la patria y á los padres. El Decálogo y el Evangelio nos prohíben la concupiscencia ó el amor propio: *No codiciarás*: pero los nuevos filósofos enseñan un resorte ó motor contradictorio que dice: *te amarás solamente á tí mismo*. Y ¿con quién enseñan á tener sociedad? consigo mismos. A su interés personal ordenan el interés de la patria, la magestad del Rey, y la vida y el ser de todo lo criado. A su lujo ó lujuria quieren hacer servir todas las criaturas del Universo, y cada uno de ellos es el fin último de todas las cosas. Lo que no sirve para su contentamiento está por demás. Todas las cosas divinas y humanas deben principalmente atender á complacerles en una vida de cuatro días. ¡Ved si puede

(1) *Moribus antiquis stat res Romana, virisque*—Apud. D. Ang. de Civit. lib. 2.—*Versum hunc vel veritate tamquam ex oraculo quodam affatan esse mihi videtur.*

(2) Chistian devoil, pag. 179 y del *Examen importante*, pag. 215. Tout homme sensé; tout homme de bien doit la secte chretienne en hureur.

haber un amor más loco y más desenfrenado! ¡Qué bien lo dijo Pope, que fué su Apolo! (1)

Se justifica muy bien el juicio funestísimo que forma de esta filosofía uno de sus mismos profesores. «El gusto de la filosofía, dice Rousseau, (2) vá relajando los vínculos de estimación y de decencia que une á todos los hombres en la sociedad, Este es quizás el más peligroso de los males que engendra. Su encanto por el estudio les hace bien pronto insípida toda otra obligación». Además la filosofía enseña á estimar á los hombres según sus efectos á fuerza de reflexionar sobre la humanidad y de observarlos. Es difícil tener buen afecto á lo que se menosprecia. Bien pronto reúne el filósofo en su persona todo el interés que los hombres virtuosos dividen con sus semejantes. Su desprecio para los otros lo convierten todo en provecho de su orgullo. Su amor propio se aumenta en la misma proporción que su indiferencia para con el resto del universo. La familia y la patria vienen á ser para él palabras vacías de sentido; ya no es ni padre, ni hombre, ni filósofo.

Me he estendido demasiado en este capítulo sobre lo mucho que se dice en otros lugares de la

(1) Sic amor, in sese nimium conversus et unum,
per fas perque nefas, et opes et culmina bonorum
Atque voluptates, violento corrípit aestu

Pop. de hom. Ep. 3. v. 401.

(2) Rousseau *Œuvre divers.* tom. I pag. 160.

obra contra estas perniciosas máximas de los deistas, materialistas y demás falsos filósofos respectivas á la educación y á las virtudes sociales. Allí me remito para la demostración de que estas nuevas sectas conspiran de acuerdo á disipar la sociedad del género humano.





CAPITULO XII.

LOS FALSOS FILÓSOFOS CORROMPEN TODOS LOS MEDIOS DE POBLACIÓN HUMANA.

LA moderna filosofía del buen sentido y de la razón, no funda comunmente sus proposiciones, sino sobre sus calumnias y sinrazones. Dice que en la Religión Cristiana se tiene al matrimonio por una imperfección. (1) Que *Jesucristo no ha querido nacer de la Virgen, sino para destruir la generación ordinaria*, que es el fruto de una concupiscencia legítima, (2) *y que el cristianismo quisiera cortar esos lazos dichosos por donde se forman los hombres.*

En oyendo el pueblo estas calumnias, luego creerá que nuestros filósofos, aunque sean blasfe-

(1) Chistian, devoil. pag. 193.

(2) Id. pag. 196. Le fils de Dien á voulu naitre de' une Vierge á fin d' un desir legitime.

mos é impostores en todas sus palabras, serán á lo menos unos casados celosos y unos padres excelentes: pensará que en sus casas todo resplandece con aquella felicidad y aquel orden que David describe en los prudentes del siglo, (1) esto es, que se multiplicarán sus familias y se verán salir de sus casas rebaños de hijos. Pero si se averiguare que no es así; que ningún cuidado les importa la población. y que, antes bien, de hecho y de palabra desacreditan el matrimonio y la clara propagación de los hijos, ¿no se admirará? ¿no creerá que estos filósofos se burlan de sí mismos cuando murmuran de los cristianos? ¿Sospechará alguno que ellos profesan aquella filosofía á la que Cicerón atribuye *haber parido las ciudades*, y congregado á los hombres disipados, en una sociedad de vida, ya por *domicilios*, ya por *matrimonios*. (2)

No se engañará ya tan groseramente. Verá que esta no es filosofía sino filaucia: un amor desordenado de sí mismo; pero no de otra cosa. La filosofía ama para sí al celibato, y para los ciudadanos las bodas. Entre las naciones los filósofos fueron los que arreglaron las mejores leyes nupciales. Platón en el libro 6 de *Leyes* dió las que corresponden á este particular contrato. Entre ellas dió una que desarma el principal objeto de nuestros

(1) Psalm. 127. v. 3 et. 6.

(2) Cic. Tusc. 99. lib. ult. ya citado.

filósofos, que es el placer; pues ordena que ninguno contraiga el matrimonio que le sea más gustoso, sino el que sea más provechoso para la ciudad. (1) A esta ley sí que tendría alguna razón de llamar dura Rousseau mejor que á las cristianas. Cicerón (2) Aristóles (3) y todos los que trataron de república, honraron el matrimonio con leyes honestas; pero nuestros filósofos no hallan en el contrato social sino dificultades, yugos insoportables á la humanidad y muchos vicios de que la culpan. *Los vicios de los seglares, dicen, serían más raros si el matrimonio no fuera indisoluble.* (4) Quiere decir; si el matrimonio fuera el capricho de cada uno, y, por consiguiente, las mujeres fuesen comunes, ó, en una palabra, si no hubiera matrimonio, no habría adulterios. De aquí se infiere, según la lógica de estos filósofos, que deben suprimirse los matrimonios. Por esta misma lógica podría probarse, conforme á su espíritu, que se deberían suprimir los altares, los templos, los sepulcros y todas las cosas santas y sagradas, porque si nada hubiera sagrado no habría sacrilegios; y si no hubiera leyes, no habría transgre-

(1) Plato de Legibus. lib. 6.—Ut quisque non jucundissimum sibi; sed civitati matrimonium contrahat.

(2) Cteer. 4. et. 5. de finibus: Ex hac stirpe orientur cognationum amicitie. Et I officior.

(3) Aristot. Ethic. 8. cap. 12.

(4) Chistian. devoil. pag. 200.

sores; si no hubiera virtudes, no habría pecados; si no hubiera cuerpos y luces no habría sombras. Apáguese, pues, todas las luces, suprimáanse todas las leyes y virtudes, y *entonces los delitos serán mas raros*. Del mismo modo se infiere que haciendo públicas á las mujeres y comunes los bienes de los particulares, no habría adulterios, ni robos. Pero esto ¿es conservar la ciudad ó disiparla? Esta es aquí la cuestión. Si la ciudad no puede estar en su orden, según el estado presente de nuestra naturaleza, sin que las cosas comunes sean de todos y cada ciudadano use privativamente de las que le sean propias, se deduce, que no se pueden hacer comunes todos los bienes de los ciudadanos, y mucho menos las esposas, que les son tan propias, y tan una misma cosa con sus personas.

Hay cosas que no pueden dividirse sin que pezezan. Un hijo no puede pertenecer á dos madres. Por esto cuando Salomón mandó dividir al infante entre las dos mugeres que tenían sobre él sus pretensiones, tendió más bien á cortar el pleito, que á dividir al hijo. El juez y las que se decían ser madres de aquel niño, conocieron en seguida que el hijo dividido, para que por partes fuese de ambas, dejaría de ser absolutamente de alguna. Pues bien: una esposa es tan individua y tan indivisible para su marido, como un hijo para su madre. En no siendo el marido y la mujer una carne, ni el uno será marido, ni la otra será esposa, ni entre ambos habrá matrimonio.

Les parece á los falsos filósofos que si no hubiera esta coartación entre los sexos sería mayor la población. A este objeto parece que dirijen todas sus miras. Por lo mismo parece que hablan con tanta amargura del celibato: *El Celibato*, dicen, *es tan nocivo á la especie humana, que si fuera seguido por todos perecería*. Pero yo pruebo contra estas dos cosas en el tratado del matrimonio, primero: que la especie humana perecería casi enteramente, si la propagación no estuviera arreglada por el orden y las leyes de los matrimonios. Segundo: que si la especie humana se propagara por todos sus individuos perecería consumida por la esterilidad, como el árbol que cargase con todos los frutos que prometen sus flores moriría con ellos antes de madurarlos.

Aunque yo no intento hacer la apología del casto celibato, porque la virginidad y la castidad son causas, que sin algún patrono están siempre defendidas, sin embargo haré ver que estas bellas flores entran en el plan del Criador para la mejor propagación del género humano. El mundo, dicen los buenos filósofos, es un ovillo de semillas de todas especies. El Criador no ha intentado que todas estas semillas se abran y desarrollen. La mayor parte se quedan vírgenes, y así cooperan á la nutrición y vegetación de las que se abren y salen á poblar la tierra. La providencia ordenadísima y sapientísima de Diós puso en todas las virtudes más poder que lo que ordinariamente redu-

cen á acto. Cada individuo de los que propagan ¿cuánto más propagaría si agotara su fecundidad? Conocen muy mal á la naturaleza, y peor á la Providencia los falsos filósofos á quienes todo se les vá en echar cuentas de compañía y de población. Hay quienes cavilan tan locamente sobre esto, que á un sacerdote ó á una virgen de Cristo les ponen á cargo las vidas de tantos que impiden que nazcan, como la de otros tantos que mataran; y los hijos que pudieran nacer de cada nieto; y así aumentan la cuenta y el número en razón de los grados de distancia que haya á la cabeza ó estirpe del árbol que sueñan. Se verá esto después y lo dicho bastará para preludeo ó aparato de esta materia.

Solo debo considerar aquí un particular que ni allí lo tuve presente, ni veo que otro lo haya considerado.

Noto respecto al celibato una de esas cuestiones en que se gasta tiempo y se mete mucho ruido con acriminarse y recriminarse de parte á parte. Los falsos filósofos no cesan de desacreditar y ultrajar, con una indecencia propia de su crianza, al celibato que tienen en tanto honor los católicos. Estos no cesan de admirarse de que ultrajen al celibato los mismos que no quieren dejar de parecerlo; que los que desprecian el ser casados, y opinan mal del matrimonio nos quieran obligar á todos á profesarlo. Los falsos filósofos nos echan en cara la esterilidad y el atraso de la pobla-

ción; pero nosotros debemos preguntarles cuantos hijos tienen para ocupar los puestos de la ciudad, para aumentar la agricultura, el comercio y la marina, ó para llevar las armas. Realmente ellos no tienen con qué responder á este argumento que se les ha presentado por muchos. No hallan otra salida que volver á su maledicencia. Acusan á Jesucristo de los mismos excesos en que están caidos, y dicen: «Nos predicán los sacerdotes el nudo conyugal; mas ¿por qué ellos no se casan? ¡Por qué! Porque un estado tan santo y tan dulce en sí mismo, ha venido á ser por vuestras necias instituciones un estado desgraciado y ridículo, en el que es imposible vivir sin pasar plaza de un bribón ó de un zote. ¡Cetros de hierro! ¡Leyes insensatas! ¡A vosotros culpamos de no poder llenar nuestras obligaciones sobre la tierra! ¡Cuanto apurais las cosas! ¡Nos dais en cara con la miseria misma á que nos habeis reducido!» (1)

No hagamos caso de este delirio con que se dice que es *imposible* cumplir con las obligaciones del matrimonio. Innumerables casados, no solo cristianos sino gentiles se levantarán contra el aturdido que diga eso, y lo convencerán de que el matrimonio les ha sido no solo fácil, sino aun dulce de llevar toda la vida, porque han procurado buscarse consortes dignos de su confianza.

(1) Rousseau. Letr. á Mr. l' Archeveq. pag. 7 en la nota.

Aceptemos ahora solamente esa confesión que afirma por boca de Rousseau *la miseria á que se ven reducidos los falsos filósofos*, esto es, su desenvoltura, y ese celibato de que les acusan no solamente los católicos, sino otros escritores poco piadosos. (1)

Según esto hagamos diferencia en esta materia y concluiremos la cuestión. Admitiendo con mucho disgusto que el estado de los falsos filósofos se llame Celibato, y advirtiendo que en todo rigor se debiera llamar *Cenibato* ó *Cinibato*, porque es un torpe cieno en donde se hallan sumergidos con desvergüenza cínica, sin embargo admitamos el nombre, y vamos á examinar dos clases de celibato. Sus caracteres son tan contrarios como el cieno y el Cielo. Lo mismo se oponen respecto de la población y del bien del estado. El que se profesa entre los católicos prefiere el don de la virginidad y recomienda las bodas: el de los falsos filósofos maldice las bodas y aborrece la virginidad. El celibato de los católicos no produce hijos propios; pero adopta y cría muchos hijos ajenos; el de los filósofos aburre y desconoce los hijos ajenos y los propios. El de los católicos junta en cierto modo la virginidad y la fecundidad: el de los filósofos junta la esterilidad y la prostitución. Final-

(1) Montesquieu, *Sprit des loix*. lib. 23. cap. I Encicloped, art. *Adultere* pag. 112.

mente; el celibato de los filósofos, como no nazca una nación nueva, no puede ser ni ha sido admitido por ninguna de las que hubo hasta ahora; pero el celibato de los católicos fué admirado y venerado en todas y lo será, mientras que no haya una gente ó nación desnuda de toda vergüenza y razón.

Sin mucho examen ni equidad suele culparse á los pueblos antiguos de que castigaban la virginidad ó el celibato. Son reprendidos por esto los espartanos, los romanos, los atenienses, la misma ciudad que descubrió Platón, y, finalmente, el pueblo de los judíos gobernado por unas leyes dadas por Diós. Pero es de advertir que en esto padecemos muchísima equivocación; la que si se aclarase, será vista la ignominia de nuestros filósofos por los ojos de todo el mundo. ¿Qué celibato condenaban los atenienses? El de unos hombres vagos que ni querían estar ligados á mujer, ni querían carecer de ellas, en una palabra, á unos libertinos como nuestros filósofos. A esos los entregaban en manos de las mujeres; ellas los llevaban á ciertas fiestas, y después de traerlos alrededor del ara, los azotaban cruelmente. (1) A estos tales los multaba Platón en cierto tributo que pagaban cada año en pasando de los treinta. (2)

(1) Jul. Scalig. de Re poetica, lib. 4.

(2) Plat. lib. 6, de legibus.

Estos eran los que en Esparta se excomulgaban de los convites públicos y de los juegos, según las leyes de Licurgo; (1) estos á los que publicaban por infames los romanos; (2) estos los que eran tenidos en oprobio por los judíos; (3) y estos son los mismos que la Iglesia Católica ha detestado desde su principio. S. Pablo llama doctrina de demonios á la de estos filósofos que deshonoran las bodas. Este es el celibato de los nicolaitas, agapetos, gnosticos y marcionitas contra quienes escribió Tertuliano. Este es el mismo que ha revivido en estos siglos entre los adamitas, anabaptistas y condormientes, rama de los anabaptistas, que profesaban el íntimo y mutuo amor de unos con otros sin respeto á sexo ni grados, y durmiendo todos juntos.

Que este haya sido el celibato que aborrecieron las naciones antiguas y no la virginidad ni la castidad solitaria, es muy claro, porque al mismo tiempo veneraban esta virtud y la adoraban. Los judíos que por una razón particular estimaban tanto la fecundidad, no dejaban de tener en mucho honor á las vírgenes. Este tesoro lo guardaban entre los otros tesoros del templo. (4) Esta la

(1) Plutarc. in Licurgo.

(2) Plutarc. in Camilo.

(3) Isai. 4. I.

(4) Machab. cap. 3. v. 19.

exigían en los sacerdotes á lo menos mientras que habían de cumplir las funciones de su ministerio (1) cerca del altar del Señor; y los panes santos no se concedían sino á los que por algunos días se habían conservado castos. Cuando Jesucristo explicó á los judíos las diferencias de celibatos, no asignó mérito ni honor alguno al de los espadones, ni al de aquellos que lo sufrían por injuria de sus enemigos, sino solamente al celibato que se guarda por el Reino de los Cielos.

Que los Romanos solo hayan perseguido el celibato de nuestros filósofos, lo dice terminantemente Dion en la oración que hace de Augusto: «Preferían, dice, el libertinage al matrimonio, y en nada se diferenciaban de las bestias salvajes. Queriendo vivir sin mujer, añade, se toman la licencia de ejercitar todo género de lujuria.» (2)

De estos mismos nota el daño que causaban al estado y á la religión recibida. No duda afirmar *que este celibato destruía las aras y los templos de Dios* (3) En lo que muestra aquel gentil no ignorar, como nuestros anticristianos, que el fin del matrimonio es criar hijos para el pueblo.

(1) Luc. cap. I.

(2) Dion, lib. 56. Qui liberam vitam matrimonio præferunt, nihil immatissimis belluis præstant, cum absque mulieribus degunt, sed licentiam quærunt exercendæ libidinis et lasciviæ.

(3) Ibid.

No se quejarán según esto nuestros filósofos de la censura que llevan de mano de uno de los autores de la Enciclopedia. «Nada es tan contrario, dice, á la población y al reposo de la sociedad como la doctrina é infame celibato que se oye en el mundo de estos falsos filósofos, sin dejar de predicar el bien de la sociedad entre tanto que arruinan sus verdaderos fundamentos. De otra parte nada hay tan favorable al estado como la doctrina y el celo de la Iglesia; pues que ella no honra al celibato sino con la intención de ver á los que lo abrazan hechos más perfectos y más útiles para los otros. Ella es la que tambien trabaja con inquietud en recojer, nutrir é instruir á estos infantes que unos filósofos del todo bestiales habian expuesto.»

Que los romanos no castigaban otro celibato que el de esta filosofía, y no el casto ó virginal, lo manifiesta el sumo honor á que levantaron sus vírgenes vestales. S. Jerónimo tan vecino á los siglos más felices de Roma, y nada peregrino en las costumbres de aquella ciudad, dá públicamente en cara á Joviniano (1) con los obsequios que los cónsules y los mismos emperadores rendían á las vírgenes. Toda su pompa real era detenida al pasar alguna de las vestales; y este encuentro servía también de asilo á cualquier reo que era condu-

(1) Hieron. lib. I contra Jovinia.

cido al suplicio. No confundamos con esto las providencias que tenían dadas por otra parte contra un celibato vicioso ó sospechoso. Este era el objeto de la censura de Camilio y Posthumio el año 350 de la fundación de Roma (1) que condenaba á pagar el *Æs-uxorium*, á los que pasaban la vida sin tomar estado, ni hacerse un heredero. La ley Julia de *maritandis uxoribus*, que hizo Augusto el año 736, tuvo otro motivo particular que no debía durar; y era reparar la despoblación que un Senado de filósofos había causado con sus guerras civiles.

Mas no hay que admirarse de que los romanos celasen tanto, ya fuese por dicha ley ó ya por la ley *papia* que hizo también Augusto, siendo más viejo, (2) el que los ciudadanos no viviesen solteros y atendiesen en tiempo á dejar hijos legítimos.

El mismo Apóstol S. Pablo manda que cada cristiano seglar tenga su legítima muger si se sintiere en peligro de incontinencia: de suerte que un celibato expuesto nadie lo aprueba. El mismo Dion que cita la ley *Papia* (3) no deja dudar con las palabras referidas antes, que este era el celibato que perseguían; pero no el que se juzgaba

(1) Valer. Maxim. lib. 2, cap. 9.

(2) Tacit. lib. 3.—Annal Papiam poppeam senior Augustus incitandis cœlibum pœnis et augendo ærario sanxerat.

(3) Dion lib. 54 circa med.

conveniente ó para la milicia ó para sus sacerdotes ó para otro orden de personas.

Los griegos tampoco persiguieron otro celibato que el libertino. Si no, ¿como pudiera ser el adorar á las vírgenes después de muertas? ¿Cómo reverenciarían los Locrienses y los de Beocia la memoria de *Euclida*, sobrina de Patroclo, é hicieran á todos los nuevos esposos que sacrificasen ante su simulacro que estaba en los lugares más públicos? (1) ¿Cómo hubieran dedicado un templo á la *Bona Dea*, donde no entraba hombre alguno, porque decían que ella no los había conocido jamás? (2) ¿Cómo los de Elea hubieran señalado lugar distinguido á las vírgenes en los juegos Olímpicos, no concediéndoselo á las casadas? (3) Finalmente: ¿Cómo los filósofos antiguos se hubieran librado de las penas del celibato, si estas no respetaran al casto, y al que sirve á la contemplación de la sabiduría? De Solon es muy sabido que no se casó; y que respondía á su madre y amigos, cuando se lo acordaban, primero: *que aun no era tiempo*; y en pasando de la mediación de su edad: *que no era ya tiempo*. (4) Las hijas de Diódoro Socrático, dadas á la filosofía y á la virginidad, fue-

(1) Plutarc. in Aristd.

(2) Macrob. lib. I. cap. 12.

(3) Pausan. lib. 6.

(4) Stanley in Solone.

ron más ilustres que si se hubieran casado. (1)

Lo mismo se puede decir de los Druidas y de otros filósofos tenidos en mucha consideración en su tiempo. Los pueblos admiraban en ellos un celibato y un apartamiento de todos los placeres mundanos muy útiles para la contemplación de la Sabiduría, que ordinariamente no se halla en medio del ruido familiar, ni entre la disipación de los sentidos. Además de esto, los hombres muy sabios, dice Aristóteles, aborrecen más que otros el deleite sensual. (2) Y el autor del *Examen de ingenios* dice, que es señal de corto entendimiento la poca honestidad y vergüenza; y lo prueba con una razón bien filosófica. (3) «Con este indicio, añade, conoció Catón que Manilio, varón ilustre, era falto de entendimiento, y le removió del lugar Senatorio, sin que se pudiese recabar de él que lo admitiese en el número de Senadores.

¿Qué pensaría Catón de nuestros modernos filósofos y de sus entendimientos, si viera en sus libros y oyera de sus bocas lo que no tienen vergüenza de reducir á la práctica? ¿Cuántos grados de ingenio ó de espíritu les daría Juan Huarte, y cuántos grados de juicio les hallaría Saavedra? (4)

(1) Diogn Laert.

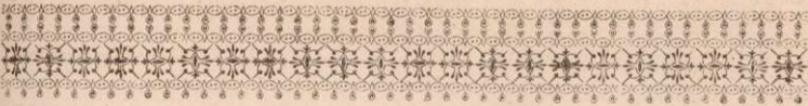
(2) Arist. 3, de Anima.

(3) Cap. 17. pag. 206. edit. de Barcelona de 1607.

(4) Don Diego Saavedra, *República literaria*, pag. m. 28.

Pero sobre todo lo que los admiraría, sería el ver, que unos afeminados que deberían ser azotados por las mujeres en Atenas, condenados á la multa anual en la república de Platon, arrojados de la comunión de todos en Esparta y publicados por unos infames esclavos en Roma, tengan la estu- penda osadía de venirse con el cuello erguido á insultar con insolencia el sagrado celibato de los sabios católicos, y á las bodas honestas de los cristianos casados.

No se controvierta ya más si el celibato tomado confusamente es inútil ó perjudicial al Estado. En distinguiendo á la virginidad cristiana de la deshonestidad cínica de nuestros filósofos, no queda lugar á cuestión alguna entre personas de discreción; porque el precio de la virginidad ó de la continencia que se guarda en el celibato católico nadie lo desconoce. Lo que en esto ocupa más bien la atención de los sabios Prelados y Magistrados es el apartar de esta profesión todo defecto posible é impedir que se entren en este sagrado una tropa confusa de gente que no lo sepa desempeñar. Del mismo modo nadie se detendrá en resolver que el celibato de los falsos filósofos, es injurioso al matrimonio, es el oprobio de la humanidad, es la ruina de la sociedad.



CAPITULO XIII.

LA FALSA FILOSOFÍA TIENE
UN GRANDE MENOSPRECIO Y UN ODIOS TERRIBLE
PARA LA HUMANIDAD.

SE quedó muy corto Rousseau cuando hablando del fanatismo, y comparándolo con la indiferencia filosófica y el ateísmo, dice: (1) «Los principios de estos filósofos no hacen por matar á los hombres; pero hacen porque no nazcan, ni crezcan, destruyendo las costumbres que los multiplican, extinguiendo el amor á su especie, y reduciendo todas sus afecciones á un secreto *egoismo*, tan funesto á la población como á la virtud. La indiferencia filosófica se parece á la tranquilidad del Estado sojuzgado por el *despotismo*. Es la tranquilidad de la muerte aun más destructiva

(1) En el Dictionair. Antiphil. art. *Fanatisme*.

que la misma guerra.» Hasta aquí hemos indicado bastante de la una de estas dos cosas, conviene á saber: de los principios filosóficos que enseñan á que los hombres *no nazcan*, y que impiden *que los nacidos crezcan*, arruinando la educación. Ahora vamos á indicar la otra que niega Rousseau; y es que también enseña esta filosofía á *que los nacidos y criados se maten*. Aquí solo enunciaremos lo que baste para preludeo de los capítulos del *suicidio y regicidio* que irán al fin de los libros segundo y tercero. Allí se verán los furores y raptos de los deistas, materialistas, libertinos, y de todos los hijos de los modernos filósofos. Aquí solamente indicaré la miserable inconstancia con que estos falsos filósofos son continuamente agitados y sacudidos de un lado para otro estrellándose contra los extremos más peligrosos. También intento, así en este como en todos los otros capítulos, rogar á los buenos filósofos se abstengan escrupulosamente de imitar todos estos excesos, tomando el medio que nos prescriben la Religión, la razón y la misma filosofía.

Nada hubo tan lejos del instituto de esta como el suicidio y todo homicidio. No debiera nombrarse el regicidio. No hay necesidad de ponderar cuanto ama la filosofía á la *humanidad*. Esta es en nuestro tiempo una catilena tan vulgar, que ha llegado á ser una palabra de moda, y es mucho que ya no enfade. En todo nos ponen por delante nuestros filósofos la *humanidad* que es lo que anda

más apartado de ellos porque jamás se han enseñado tanto las máximas que la destruyen.

Por otra razón más varonil ha detestado la filosofía el *suicidio* y todo *homicidio* voluntario. Se tuvo esto siempre, y debe ser así, por una baja de ánimo. Nadie tomó estas sangrientas resoluciones que no fuese por una huida vil y miserable de las desgracias que le perseguían, ó por no poder sufrir á un enemigo ó vecino que le era molesto. Si pudieran tolerar los mayores males, ¿quién duda que serían más fuertes? La paciencia es el caracter de la fortaleza y juntamente de la filosofía. Cicerón prueba muy bien este argumento en una de sus Tusculanas. Platón dió también muy buenas lecciones de paciencia; y por alguna cosa que tuvo de filósofo el tirano Dionisio sufrió con igualdad de ánimo unas suertes tan diversas como experimentó. Plutarco refiere que preguntándole uno, después de su caída, de qué le aprovechaban Platón y la Filosofía, respondió: *Para llevar con ánimo igual estas mudanzas de fortuna; y añade Plutarco, que por esto no se mató á sí mismo, como hacían otros.* (1)

Toda la filosofía de Epicteto se reducía á dos palabras, *substine* et *abstine*: privarse de lo que lisongea á los sentidos, y sufrir las cosas duras. Su

(1) Plutarco. in Apophteg.

muerte fué también conforme á estas máximas. Ved aquí el discurso que hizo para sí mismo disponiéndose á morir dignamente, á lo menos respecto de lo que puede informar la razón y la sublime Filosofía.

«Siempre he deseado (decía aquel filósofo semi cristiano) con todo mi corazón, que en mis últimos momentos me halle la muerte con tales disposiciones, que sin turbación, sin embarazo y sin violencia haga yo como hombre libre esta última acción y pueda decirle á Dios: «Señor, ¿hé traspasado vuestros mandamientos? ¿Hé abusado de los presentes que me hicísteis? ¿No hé sometido mis votos, mis sentidos y mis opiniones? ¿Me hé quejado alguna vez de Vos? ¿Acusé vuestra Providencia?»

«Al contrario, yo he estado enfermo porque Vos habeis querido, y yo también lo quería: estuve pobre porque Vos lo ordenásteis, y yo he vivido con mi pobreza: me ví humillado porque Vos lo quisísteis, y yo tampoco procuré levantarme de mi bajeza ¿Me vísteis triste jamás en cualquiera situación? ¿Me habeis encontrado en el abatimiento ó en la murmuración? Yo estoy dispuesto aún á todo lo que os agrade ordenar sobre mí: la menor señal que me deis será una órden inviolable. ¿Quereis que salga de este espectáculo magnífico? Pues voy á salir de él, y á rendiros mil gracias humildísimas de que os habeis dignado admitirme en el que viese todas vuestras obras, para reunir á

mi vista el orden admirable con que gobernais este Universo». (1)

Esta nobleza y elevación de afectos resplandecieron en el alma de un liberto y en el cuerpo de un cojo; pero es que la filosofía y la virtud hacen señores á los siervos y á los débiles fuertes. Indigna cosa parece que Roma lo arrojase de sí en tiempo de Domiciano por lo peligrosos que el Imperio creía á todos los filósofos. Ahora concedo que tenía razón Diógenes en llamar *cojos* y *débiles* solamente á los que carecían de *pera* ó de filosofía.

(2) Bastan estas pocas cosas para hacer á la filosofía el honor que merece por el estudio que ha hecho de la humanidad y de la paciencia. Por esta muestra se deduce cuán lejos está de la verdadera filosofía esa desesperación que hoy se llama heroísmo entre unos falsos filósofos embobados en los de-
leites y abatidos en cualquiera desgracia.

Esto vá haciendo que el suicidio y el fanatismo sean otra vez de moda en los estados más políticos de Europa, como lo fueron otras veces entre los pueblos bárbaros, sin que en esto dejaran de serlo los romanos. Yo no me admiraré de los casos desgraciados que siempre han ocurrido en todos los pueblos por algunos actos de locura ó de furor. De estos no trato yo tanto como de unas muertes

(1) Epictet. Enchirid. lib. 3. sect. 7 versionis lat. Angeli Pelitian.

(2) Laert. lib. 8. cap. I.

que inspira una filosofía deliciosa y juntamente cruel. Los principios de esta disponen á matarse siempre que el órden de las cosas salga contrario; porque enseñan que el fin para que el hombre ha venido á la tierra es para gozar del placer; y que este es el *único resorte* que tiene para obrar. En esto ponen su última felicidad como Epicuro. De consiguiente, cuando se les nubla esta felicidad mundana, que es tan inconstante, y cuando el placer se les convierta en dolor, deben una de dos: ó faltar á sus principios, ó quitarse á sí mismos de este mundo.

Por otra parte enseñan que la muerte es nada; porque ó fué, ó será; luego ningún ser tiene de presente. (1)

Siento que algunos escritores católicos hayan hecho caso de este sofisma tan pueril como puede ser perjudicial. En el tratado del *Suicidio* haré ver que no tiene ninguna verdad, y cuánta es la sensibilidad física que hay en la muerte. Ese principio sirve solamente para suavizar el lazo á los fanáticos. Epicuro que enseñaba este y otros principios semejantes murió conforme á ellos: apretóle el dolor de la vejiga; y hallándose en una vejez que sin eso le prometía pocos años, buscó el modo más blando de matarse, y eligió un baño caliente

(1) Aut fuit, aut veniet; nihil est presentis in illa
Morsque minus pene, quam mora mortis habet.

que bastaba para desatar el nudo de su vida por hallarse en suma debilidad. Así dió un ejemplo contrario al de Epicteto; pero contrario también á sus principios; porque exhortando aquel delicioso filósofo á deleitarse también en el dolor, daba para ello esta regla que se llama el medicamento de Epicuro: *Si el dolor es largo, será leve; y si es fuerte, será breve. Si longus levis, si magnus brevis.* Pues si tu dolor, filósofo inconsecuente, es tal como ponderas que nada se puede añadir á su grandeza, aguarda un instante que no podrá dejar de ser breve su fin. (1)

Pero no aguarda á nada esta filosofía. Es más breve su impaciencia, que lo puede ser la vida, y más leve su ánimo que lo puede ser dolor alguno. De manera que ateniéndose á su objeto principal, que es buscar el placer y huir de todo padecer, eligen salir pronto de este mundo.

Además de esto, como se fingen que después de la muerte no hay suplicios ni dolores eternos que temer, ni un Diós vivo en cuyas manos deben ir á dar, tienen esta fuerte barrera ménos donde detenerse, y prefieren dejar de ser que dejar de holgarse. ¡Suma necedad, indigna de un filósofo! Ved aquí las doctrinas de mala muerte que suministra

(1) Epist ad Idomeneum, apud Laert. pag. 720.—Cum ageremus vitæ beatum et eundem supremum diem, scribebamus hæc. Tanta autem vis morbi urgebat vexicæ et viscerum, ut nihil ad eorum magnitudinem posset accedere.

una filosofía vergonzosa para la humanidad, y desoladora para la sociedad. Ved porque se están hoy viendo tantos suicidios en Europa. Los muchos que anuncian los papeles públicos son unos pocos de los que realmente ocurren; pues el Gobierno ha tomado en algunos reinos la providencia de que se callen para hacer menos horrible y escandalosa esta barbarie. (1) Lo peor es que esta furia hija del ateísmo, no solo arrastra con aquellos infelices, á quienes abisma en la tristeza la conciencia de sus delitos y el temor del suplicio temporal, sino también con los hombres de bien, si es que se puede serlo con este error; pues dicen que «si hay Dios en el mundo, los hombres de bien no deben temer la muerte: pero si no lo hay, ¿qué hacen estos sobre la tierra?» (2)

El Autor del *Sistema de la naturaleza* (3) ha tenido la osadía de defender la atrocidad del *Suicidio*. Tiene á este por una acción más digna de los hombres de bien que de los malos; porque los primeros temen que pueden hacerse delincuentes por cierta combinación de circunstancias inopinadas; pero los malos, dice, no temen esto en su

(1) No se meten por cierto en tal cosa los gobiernos de hoy. La libertad de imprenta y el público gusto moderno exigen la relación detalladísima de los suicidios que á cada instante ocurren. Lo que ni el gobierno ni la libertad podrán hacer nunca es que el suicidio deje de ser lo que dice el P. Ceballos.—N. E.

(2) Marc Antonin.

(3) System. de la Natur. cap. 12.

vida, y se ríen de los remordimientos de su conciencia. (1) Culpa á los moralistas que por ciertas ideas religiosas han creído que nunca es permitido al hombre romper los lazos que lo atan con la sociedad. Reprende también á los que han mirado al suicidio como una acción cobarde y floja. (2) Yo creyera que en la Europa, región tan floreciente y sabia, no se criaran hombres tan feroces que boqueasen errores tan contrarios á la humanidad que se ama tanto; pero esto no es sino por la infelicidad de haberse resfriado, y en muchas partes apagado el espíritu de la Religión Católica. El mismo escritor impío no le puede negar este honor: *La Religión, dice, hace á los hombres menos pródigos de su vida en nuestras regiones.* (3) En efecto, ningún otro espíritu disipa tan de raíz los furores y manías que llevan al suicidio. La gracia del Evangelio no deja en las almas ni sombra de tristeza. Solamente para dar lugar á la penitencia permite y hace que nos contristemos;

(1) Es decir: los buenos se suicidan por no verse en la precisión de faltar á sus deberes; porque tienen conciencia. Los malos, como no la tienen, no se suicidan; luego todos los que se suicidan son hombres de bien; y el suicidio, lejos de ser un crimen horrible, es un acto de virtud. Este es el argumento del autor del Sistema de la Naturaleza.—N. E.

(2) Floja ha de entenderse aquí en el sentido que se aplica á una cosa que no puede resistir el peso encima sin bajarse y hundirse. El suicida no puede resistir el peso del infortunio ó del dolor, y por esto, matándose, se baja y se hunde en la sepultura y en el Infierno.—N. E.

(3) Ibidem pag. 303 et 309.

pero tantos como hay experimentados en esto, pueden decirnos si este dolor santo no está mezclado de una unción que lo hace más dulce y consolador que todo el placer del pecado. Siendo este el mayor mal que teme el cristiano, si á pesar de esto pecare y volviere á pecar, no le permite la Religión que se entristezca hasta desconfiar. Al punto le pone delante las entrañas del Salvador que dijo al primero de todos sus Vicarios: *Si peccare tu hermano innumerables veces, siempre le perdonarás en mi nombre.* Esta puerta no se cierra á persona alguna, en ningún tiempo, ni aun por los mayores delitos. Es, pues, un necio, poseido del Demonio, el que en el seno de la Iglesia se desespera y se mata.

Ningún otro mal puede oprimir á un cristiano. Sabe este, mejor que todos los filósofos, que no hay en el Universo ningún acaso; que es un fantasma de niños ó de insensatos la fuerza del hado; que todo se mueve por el orden de una Providencia buena y sabia; que todo coopera al bien de los que aman á Diós; que en este sentido ningún trabajo ó pena ocurre en una ciudad que no esté dispuesto por Diós; que este es fidelísimo; que jamás nos manda lo que no podemos, ni nos prueba sobre lo que podemos; que si nosotros fuéremos fieles á los bienes que nos envía ó á los males con que nos examina, nos coronará con un honor de que no es digno nuestro trabajo momentáneo. ¡Oh! Si los engañados filósofos quisieran

probar la dulzura de la paz cristiana y volverse de sus pésimos caminos hácia el Señor, al punto hallarían á este convertido hácia ellos; y aunque sus delitos fueren como la grana, sus almas quedarían como la lana limpia; experimentarían la inagotable misericordia que hay en los tesoros de la Iglesia católica, y se apartarían del error en que se hallan atribuyéndole una crueldad que no es de su aprobación.

Es admirable y parece imposible que estos filósofos disipados hayan soñado que cabe tanta inhumanidad en los sacerdotes católicos. Culpan á estos del suicidio que ellos mismos enseñan y defienden como bueno. Dicen que los Ministros de la Iglesia distribuyen los cuchillos por los pueblos crédulos para que se maten á sí mismos. (1) Después de esto, tomando la capa del amor á la humanidad, insultan á los cristianos llamándolos crueles por cuatro títulos: el primero contra los príncipes cristianos; el segundo contra los magistrados; el tercero contra los ciudadanos particulares; el cuarto y todos, contra los Sacerdotes.

¿Quién creyera que estos filósofos sanguinarios pareciesen tan humanos, cuando tratan del derecho soberano que tienen los Príncipes para declarar la guerra? Aquí es donde muestran su amor

(1) De l' Sprit, disc. 2. cap. 24. pag. 252. Contag. Sacréé cap. 4. 5. Essai. Surles prejuges, cap. 5. pag. 120.

fingido á la humanidad defendiendo con Fausto Socino que no es lícito á un Príncipe católico hacer la guerra á sus vecinos, ni á sus enemigos; (1) que la guerra es mala esencialmente y contraria á los preceptos de Cristo. Este perverso error se halla esparcido por los libros de los filósofos como se verá después.

Con el mismo pretexto de humanidad, y ponderando la mansedumbre cristiana, y lo que por otra parte merece de consideración la vida de un hombre, niegan muy tranquilamente á los magistrados cristianos la potestad coactiva. Uno de esos filósofos se adelanta á decir que ni los magistrados cristianos tienen poder alguno para imponer la pena de muerte á los reos, ni el pueblo ha podido conferirles este derecho sobre sí mismo por algún pacto social. (2) ¿No es una paradoja de las más extravagantes que se pueden ver, el que mientras conceden estos á cada uno el derecho de matarse á sí mismos *por no hacerse delincuentes*, le nieguen la potestad de transferir este derecho al magistrado para que lo use contra el que lo es? Aquí no puedo dejar de prevenir otra vez á los buenos filósofos y jurisconsultos católicos, y rogarles que usen toda precaución contra estas doc-

(1) In respons. ad Jacob Paleologum pro Racoviensibus et super Matth. cap. 5. 6.

(2) Ludovicus Walzenius in anotation. ad quæstiones de Magistratu &

trinas del error. Hoy se siente en alguno de los nuestros este cáncer. Uno, cuyos talentos me son singularmente amables, se ha inclinado tanto á esa doctrina por defender á los miserables, que no sé como se pudieran escusar sus proposiciones del error de los socinianos. «Jamás, dice, es lícito á los hombres ensangrentarse en sus cuerpos; nunca tienen potestad para abandonarse á sí mismos á los tormentos; luego tampoco pueden conceder á los magistrados la potestad de atormentarlos, ni de ensangrentarse en ellos; porque nadie puede conceder á otros el derecho que no tiene sobre sí mismo». En verdad le digo, que esta argumentación es *espinosa y peligrosa*; ó mejor dicho, lleva inevitablemente á un error. Pues aunque su intención sea, como luego manifiesta, servirse de ella solamente para los *reos dudosos* ó para los delitos no probados, sin embargo, tomada en general, tiende á persuadir que los hombres no pueden dar á los príncipes el derecho de la vida y de la muerte; porque en ningún caso puede un hombre, por más cierto que esté de su delito, matarse á sí mismo. No cito al Autor, porque sólo es mi ánimo que él me entienda si leyese esto, y acepte mi amigable deseo de que imite modelos más sabios.

La misma hipocresía de humanidad se ha pretextado para negar á los cristianos la precisa defensa contra sus violentos é inevitables agresores. Aquí viene otra causa célebre ú otra paradoja no-

table. El matar á uno por vengarse de la ofensa que ya nos hizo, es entre estos filósofos una venganza justa ó una culpa leve; pero matar á un injusto invasor de nuestra propia vida porque no se puede evitar de otro modo, nos lo dan por culpa grave. (1) Siempre es de reparar que haciendo á los particulares autorizados para vengar sus propios agravios, niegan que pueden transferir este derecho á los magistrados para que los venguen con más sosegada justicia.

Toda esta que llaman los falsos filósofos inhumanidad de las potestades públicas, la van siempre á echar sobre la cabeza de la Religión y de los Sacerdotes. «Estos (dicen) (2) han convertido la política en tiranía. Persuaden á los reyes de que son las imágenes de Diós; y de que, en cualidad de tales, pueden disponer de los bienes, libertad, vidas y personas de los súbditos. Y, los reyes, embriagados con las lisonjas ya de éstos, ya de sus propios ministros, se han erigido en despóticos, tiranos, licenciosos, y han hecho infelices á los

(1) Ludovic Wolsog ubi supra quæst. 3.—Non licere Christianis vitam suam suorumque contra latrones et invassores vi opposita defendere si possint. Ita homicidium aggressoris pro graviore delicto habendum esse quam ipsam vindictam.

(2) System. de la Natur. pag. 241. part. 2.—Contagion Sacréé cap. 7 y 6.—Essai sur les prejuges, cap. 2, pag. 25 et cap. 4, pag. 369.

pueblos». (1) Esta impostura contra la Religión se desmiente por otra con que la acusan diciendo *que en ella no pueden los hombres ser sumisos sino condicionalmente á la autoridad soberana*. (2) Esto no puede ser, á menos que la Religión no enseñe á un mismo tiempo la esclavitud y la independencia. En la Iglesia se enseña *que es primero obedecer á Dios que á los hombres*; pero esto no es una condición que debilite la potestad humana; porque esta jamás es tan absoluta que no dependa de Dios, ó que pueda mandar sobre los preceptos divinos. Todas las potestades legítimas nacen de allí; y no pueden valer más que en cuanto vengan de Dios y sirvan á Dios. Si éstos impíos no negaran á Dios, tampoco negarían las demás potestades que estableció en el Sacerdocio y en el Principado. Pero si aborrecen al Señor, llamándole cruel y austero, ¿qué mucho será que llamen también crueles á cuantos en la tierra son sus vicarios?

De aquí pasan á exagerar la cuarta especie de crueldad que, dicen, se enseña y ejercita entre los católicos. Los doctores del *suicidio* no pueden ver

(1) Como ejemplar novísimo de lo que acarrea tan impía doctrina, ahí está el destronamiento de D.^a Isabel 2.^a y la Revolución del 68, debidos, más que a nada, á la impune é incesante repetición de esta mismísima teoría. *Et nunc reges intelligite; erudimini qui judicatis terram.*—N. E.

(2) *Militair Philosaphe* cap. 20, pag. 117.—*Contagion Sacréé* cap. 5, pag. 82. 87.—*Christianism. dévoilé*, pag. 149.

sin compasión el uso de las mortificaciones y penitencias cristianas: la abstinencia de carnes, la práctica de los ayunos, las disciplinas secretas y públicas, y todo lo que puede refrenar las pasiones, es para ellos un espíritu de crueldad contra el derecho de la humanidad que prohíbe, derramar la sangre etc. No pueden sufrir *el rigor de una ley que fuerza al pueblo, que vive de su trabajo, á contentarse con una comida cara, mal sana y poco apropiado para reparar las fuerzas.* (1) ¡Cómo si el pueblo que vive de su trabajo no usara de esta comida casi todo el año! Pero adviertan nuestros filósofos que esto no es á costa de pescados caros, ni de mesas destempladas poco propias para reparar las fuerzas y muy eficaces para extraerlas como las tienen los dados á la crápula. Estas mesas son las *mál sanas y caras*; pero no es cierto que dañe á la salud la comida de Cuaresma. Esta es una cuestión de la que tomarán lo que les parezca, dejando á cada uno igual libertad de pensar; pero lo cierto es que los nuevos filósofos ignoran lo que pasa en el mundo y entre la mayor parte de los hombres, cuando así tratan de gobernar las mesas de todos. El ayuno, que les parece tan cruel, como la frugalidad de las comidas, lejos de quebrantar la salud, la reducen á un justo temperamento. Por medicina se les debiera mandar

(1) Christianisme dévoilé, pag. 210.

á nuestros filósofos el ayuno y la abstinencia. Esta costumbre hubiera salvado la vida á algunos que quisieron acostumar las indigestiones á la sangría. (1)

Duélome de que entre nosotros haya católicos más llenos de amor á la humanidad, que lo que es justo. Ya se lee que *los hechos de los Santos han sido unos fervores de devoción imprudentes, ó efectos de auxilios singulares y no acostumbrados de Diós*. ¿Cuánta es nuestra prudencia para atrevernos á tachar de *imprudentes* los hechos de los Santos? ¿Cuánta es nuestra ciencia para calcular y tasar las medidas de los auxilios de Diós? ¿Son tan desacostumbrados desde el principio de la Iglesia los ayunos, las vigiliass nocturnas y diurnas y las maceraciones, *aun sangrientas*? ¿Tan raros son entre los católicos esos actos de penitencia que les dicta una detestación de las culpas pasadas, ó el cuidado de reprimir sus pasiones viciosas, ó el celo de vengar discretamente las injurias hechas indiscretamente á la Majestad Soberana ofendida? No sé que prurito se pega hoy de unos á otros, ó por conversación ó por la lectura de los libros envenenados de los falsos filósofos. Si nosotros hablamos como ellos, ¿quién queda para defender la verdad y hablar con juicio? No me

(1) Este fué Julián La-Metrie, materialista, de cuyos errores y muerte habrá ocasión de hablar.

cansaré de rogar esto á los buenos filósofos. Vean con qué liviandad se arrastra la crítica y todo buen sentido para tener el gusto de hallar una nueva cuestión entre las cosas más bien sentadas y ciertas. El desprecio y la indolencia con que algunos quieren hablar de la devoción, apenas los dejan distinguirse de los impíos que nos ponen el nombre de *pietistas*.

La práctica de las disciplinas según la han usado los Santos y se ha recibido en la Iglesia, no tiene censura alguna de aquellas, por las que la misma Iglesia condenó á los *flagelantes*. Los teólogos que escribieron contra éstos herejes, se dolerían al verse citados, como lo són, para reprobar las disciplinas que son piadosas aunque de ellas se siga algún gasto de la propia sangre. Gerson no pensó condenar á éstas; antes por el contrario, condenó á ciertos *abogados de la impenitencia* que dicen: «Oh! ¡Qué necedad es afligirse voluntariamente en esta vida, y no buscar sublimes y brillante honores! ¡Cuánta imprudencia es no buscar gustosísimos deleites, despreciando el saco y la ceniza, el cilicio y el azote!» (1)

Su tratado contra los *flagelantes* nada tiene con-

(1) Joan. Gerson in tract. contra vanam curiositatem super illud Marc I: Pœnitimini et redite Evangelio: Quam stultum est inquiet in hac vita se gravis affligere et non querere sublimes et pulchros honores, contempto sacco et cinere.

tra los cristianos.. Allí condena sólo la propia voluntad, y con ella el error en que se sumergieron aquellos fanáticos haciendo á las disciplinas sangrientas un bautismo necesario para la salvación eterna. (1) Si hubiese condenado las mortificaciones sangrientas de los santos penitentes, hubiera merecido Gerson la misma censura que el Padre Natal Alejandro tuvo que purgar de la primera edición de sus obras. Citó este padre el opúsculo de Gerson acerca de las disciplinas; y, entre las condiciones que añade para ellas, una es que se hagan sin efusión de sangre, al modo que se hacen en las Religiones aprobadas y por algunas personas devotas.

Esta condición *que se hagan sin efusión de sangre*, fué notada por los Censores del Padre Natal. Este respondió, lo primero: «Que dichas palabras eran de Gerson y no suyas; lo segundo: que ni Gerson ni él intentaban reprobar las disciplinas hasta verter la sangre, según lo hacen las personas penitentes, con reserva, sin vana ostentación, sin alguna intención de error, con aprobación del Superior, ó del prudente confesor ó por movimiento del Espíritu Santo». (2) Desde que por las cartas de S. Vicente Ferrer entendió el mismo Gerson

(1) Videatur ejusdem tractatus... Insuper: Sianda Lexic. Polemic vere. *Flagelantes*.

(2) P. Natal Alexandr. tom. 8. edit. Venet. de 1771. pag. 14. Schol. I.

que no por otro espíritu sino por el de verdadera penitencia, de humildad y de sumisión á las determinaciones de la Iglesia, de los Concilios y de los Prelados tomaban estas disciplinas sangrientas muchos de los oyentes de S. Vicente, se consoló y alabó el espíritu de este Santo. «Estas circunstancias (dice) me aseguran ahora, contra los rumores de muchos, de la discreta humildad y de la humilde discreción de tan grande Varón. Esta discreción fué puesta por los Santos padres para regla y conductora de las otras virtudes». (1) Aquí se vélo que sentía Gerson sobre tales penitencias.

Se halla siempre que estas maceraciones merecen la estimación de los que verdaderamente pueden llamarse *espíritus fuertes* y piadosos. S. Pedro Damiano cuando consideraba esta clase de mortificaciones, exclamaba: «Oh! ¡Qué grande é insigne espectáculo, cuando el Supremo Juez observa desde el Cielo, y el hombre se mortifica á sí mismo en secreto por sus delitos; cuando el mismo reo preside á las secretas pasiones de su corazón, y hace tres oficios: se constituye Juez en su espíritu, reo en su corazón y ejecutor de la Justicia en sus manos! Ved aquí la hostia viva que se sacrifica á Dios y es ofrecida por los Ángeles Santos. Así la víctima del cuerpo humano se une invisiblemente al único sacrificio que se ofreció á

(1) Gerson ubi supra col 662.

Diós en la Cruz, y todo entra y se guarda en un tesoro: la cabeza de todos los escogidos que se ofreció primero, y cada uno de los miembros que se ofreció después». (1)

¿Dónde están aquí aquellas crueldades extravagantes á que se entregan los adoradores de Diós según las exclamaciones de nuestros filósofos? (2) «Los que no están en los trabajos de los hombres, ha dicho un Salmo, *no se azotarán jamás con ellos*, porque los poseyó la soberbia, y andan siempre tras las aficiones de su corazón». Estos son los que llaman inhumanidad al ayuno y crueldad á una mortificación de la que resulta el derramamiento de alguna sangre; porque lo que es en cuanto á las otras disciplinas que practica un vulgo bárbaro en algunos días del año, ni se mandan, ni se aprueban; solamente se toleran. Y si á cada uno es permitido romperse una vena por medicina, ó ponerse sanguijuelas, tampoco será contra la salud el que algunos idiotas tomen el papel de disciplinantes; porque éste es un modo de evacuarse. No se oye decir que esta gente haya muerto ni enfermado por esta costumbre que suponemos por otra parte poco ordenada para la salud espiritual.

(1) D. Petrus Damian. opusc. 43. ad Casinenses Monachos cap 6.—
Apud Natal Alex ibid.

(2) Contag. Sacr. cap. 1. pag. 22 cap. 9. pag. 31 y 35—System. de la
Natu. tom. 2. pag. 54.

Es pues un exagerar las cosas, querer que todas estas prácticas aparezcan tan mortales y tan contrarias á la humanidad.

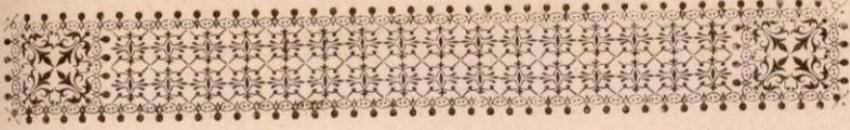
Este es el siglo de la inconsecuencia y en el que domina el espíritu de contradicción. Aun muchos de nuestros teólogos y filósofos católicos gustan de llevar el rigorismo de las costumbres y de las doctrinas hasta el extremo. Les parece que no se sabe cosa alguna si no se alegan tales y cuales escritores de moda que relampaguean y truenan contra todas las costumbres y sentencias comunes, y que todo lo dicen en calidad de oráculos; cuando es lo cierto que muchas veces dejan entrever que no entienden la materia de que se trata, ni han tenido á la vista las reglas esenciales para discutir el caso. Pero al mismo tiempo que reina este predominio y furor en la literatura, reina también el *buen gusto*, como dicen, el amor á la humanidad, la suavidad del Evangelio, la mansedumbre, la tolerancia y, en una palabra, la hipocresía y la vana ostentación filosófica. Esto poco es lo que nos pegan los libros de los nuevos filósofos que se componen de las siguientes contradicciones y antítesis que hemos examinado; es decir, que llaman crueles y tiranos á los príncipes que decretan una guerra justa; crueles y verdugos á los magistrados que administran justicia á los delincuentes; crueles y tiranos á los prelados que no llegan á imitar ni con mucho el celo de Jesucristo cuando á latigazos echó á los que pro-

fanaban el templo, ni á los ejemplos de los apóstoles cuando entregaron á la muerte y á Satanás los cuerpos de algunos pecadores para que sus almas no fuesen infelices; que llaman, en fin, crueles y homicidas á los particulares que no hallan otro medio para huir de su agresor que matarle, ó que castigan á sus cuerpos porque siempre los sienten agresores de sus almas; pero al mismo tiempo llaman virtud y enseñan é inspiran cualquier género de suicidio y muchísimo mejor si se lleva á cabo de un modo brillante, y que pueda pasar por un caso trágico é interesantísimo ante los ojos de toda Europa.

De modo, que en cada materia se puede hacer un largo cuestionario de doctrinas contra doctrinas. Pondré yo aquí unas pocas que puedan servir de modelo. Se preguntará y resolverá por las reglas ordinarias de nuestros falsos filósofos. ¿Puede el Rey ó el Gobierno soberano decretar una guerra justa é inevitable? Responden: *Eso es una tiranía.* ¿Puede un particular atacar á su enemigo porque le ofendió ó porque estorba á su fortuna? *Eso es lícito, dicen, y aun obligatorio á cada ciudadano.* ¿Puede este mismo ciudadano matar á quién le insulta ó quiere matarle sin dejarle huida? *Eso es una atrocidad, dicen, contraria al espíritu de los primeros cristianos que elegían antes dejarse morir que matar.* ¿Puede uno darse una disciplina sangrienta por penitencia? *Ese es un loco fanático.* ¿Puede uno darse de pu-

ñaladas ó ahorcarse? *Ese es santo.* ¿Debe ayunar un cristiano para mortificar sus pasiones? *Eso es una vanidad ó manía de la cabeza.* ¿Puede un Espíritu-fuerte matarse de hambre ó rompiéndose una vena? *Eso es filosofía.* Y como se sepa hacer divirtiendo al mismo tiempo á los amigos, haciendo gracias á los domésticos, y bebiendo vasos de vino puro, será emular á los grandes ejemplos de Sócrates, de Epicuro, de Petronio y otros semejantes.

Ved aquí lo que se traga sin escrúpulo un siglo tan ilustrado y tan exacto en la observancia del método, del buen orden, de la claridad y consecuencia de las ideas, en una palabra: el siglo de la crítica. Pero ved aquí también las atrocidades que gustan en un tiempo en que todo es humanidad, patriotismo y amor á los hombres. Todo esto con lo demás que dejo indicado en los capítulos anteriores hará juzgar á los buenos filósofos y á todo hombre de sano juicio si no van estas cosas derechamente á pervertir la racionalidad y á destruir la sociedad.



CAPÍTULO XIV.

LOS PRINCIPIOS DE LA FALSA FILOSOFÍA
DESTRUYEN LAS VIRTUDES PERSONALES. LA HUMILDAD.
LA SOBRIEDAD. EL AGRADECIMIENTO.
LA ORACIÓN. LA LIBERALIDAD.

EL tercer oficio que según el plan propuesto, debe un filósofo al Estado es ser un maestro de constumbres y de toda buena disciplina. Así como es muy notable la diferencia que hay entre el corazón y el cerebro, así son distintas las virtudes de cada una de estas partes. El espíritu se adorna y fortifica con la sabiduría: la voluntad con el amor á todo lo honesto. La filosofía verdadera es como una fuente que ameniza el corazón y lava las tinieblas del espíritu: ó, como dice Cicerón, arranca las raíces de los vicios y prepara los ánimos para recibir las simientes buenas y escogidas. Ella misma es quien las siembra para que después de criadas y adultas lleven frutos

dulcísimos. El juicio de la verdad y la elección del bien son los únicos ó principales objetos que promueve.

El amor á la verdad vence á todo otro amor terreno y á cualquiera trabajo. Esta es la mejor disposición para la virtud y para toda suerte de literatura. Con esta gracia es luego la piedad sólida, la justicia sincera, la felicidad envidiable, la bondad sin artificio, la liberalidad sin hinchazón, la humildad clara, la paciencia sin abatimiento, la condescendencia con sublimidad de ánimo, y el amor á la patria sin vanidad ni capricho.

¿Qué sabiduría no gusta morar en un alma recta y señora de sus pasiones? ¡Tanto como huye de entrar en un espíritu sujeto á pecados! El juego de una santa filosofía florece en todas las plantaciones y labores de la literatura. Ella enseña á dudar en las cosas obscuras, á penetrar en las remotas y á perfeccionar las descubiertas. Aun las artes más mecánicas reciben de ella unas miras universales y unos principios nobles y fijos. Sin ella la Dialéctica es pueril; la Jurisprudencia, árida é infructuosa; la Moral, limitada y ruda; las Artes liberales, ciegas. Pues á destruir estas dos partes principales con que trabaja por hacerse útil la Filosofía, ayudada con las luces soberanas de la Religión, es á lo que tiende una falsa filosofía que hoy cunde por todas partes. Vamos á verlo también por partes.

Acabo de decir que una de las utilidades de la

buena Filosofía es la sublimidad á que eleva así los conocimientos como las acciones más humildes. Las virtudes, aun las morales, tienen por sí mismas unas tendencias muy altas y grandes. No se necesitaba de la Filosofía, sino, cuando más, para que hiciese percibir mejor la alteza de estos fines. Pues bien: los nuevos filósofos comienzan por aquí á destruir las virtudes. En vez de una Moral Teológica, dicen que no se debe enseñar sino una moral natural. La desenvoltura, los delitos y los vicios quieren, sí, que se prohiban; pero no porque sean desagradables á Dios y á la Religión, sino por fines que nos toquen más de cerca. Se debe decir, según ellos, que todo exceso que daña á la conservación del hombre, y le hace despreciable á los ojos de la sociedad, es reprehensible por la razón que nos guía á conservar el individuo; y es prohibido por la naturaleza que quiere se trabaje por una felicidad estable. Finalmente dicen, que sean las que fueren las voluntades de Dios, y sin respeto á las recompensas ó castigos que la Religión promete para la otra vida, es fácil persuadir al hombre á respetar las costumbres, á ser casto, templado y virtuoso por el solo interés que en esto tiene la salud corporal, y por atraerse la estimación de sus semejantes. (1)

(1) Au lieu d' une Morale Theologique il faut enseigner une morale naturelle-Christian. devoil, pag. 157.—Militair Philosoph. cap. 20 pag. 182. 190.—Lehr 11 á Eng. pag. 116.—Cont. Sacr. cap. I. pag. 20.

¿Quién negará que si se consideráran las resultas que así para el cuerpo como para el alma dejan las virtudes y los vicios en esta vida, aun por sola esta diferencia se debería preferir siempre la vida virtuosa á la viciosa? ¿Quién niega que la sobriedad, la castidad, el perfecto desinterés, y la moderación en todas las cosas hace largos y felices años? ¿Y quién no ve igualmente cuántas saludes robustas, cuántas fortunas risueñas postró en pocos dias el lujo, la destemplanza, la lujuria, la ambición nunca satisfecha y otros excesos? Ni la Teología, ni la Religión desconocen estos efectos del vicio y de la virtud. Se valen también de esta diferencia y la ponderan para inclinar á los hombres á la virtud y hacerlos huir del pecado; pero no se detienen en estos motivos tan bajos y tan poco durables. Dan vuelo al alma, y la hacen desear otros bienes más nobles y que nunca perecen. Nos hacen conocer que las riquezas no son bienes verdaderos; que la gracia natural es engañosa; que la hermosura es una sombra bella, pero vana; que la salud y la juventud son unas flores que marchita y seca una calentura ó un número breve de días. ¿Qué queda de todo ello aunque se haya gozado por entero? ¡Infeliz virtud! exclamaría yo, si ella no tuviera otras recompensas. ¡Infeliz virtud, no eres más que un nombre vano! Pero la Religión promete á la virtud en esta vida la salud, la buena reputación, la plenitud de los días y sobre todo la paz interior; y para una

vida eterna el gozo de un bien que nunca fastidia por la posesión ni se codicia por la privación.

¡Qué pocos trabajarían por hacerse virtuosos si no tuvieran ante la vista otra esperanza que la de estas niñerías que propone una falsa filosofía tirada por los suelos, ratera, y del todo mercenaria! Los que por ser de un temperamento [bien complexionado sienten poco ó nada el ansia de la gula, las empresas de la ambición, la codicia de la fama ó de las riquezas, no verían cosa digna para dejarse llevar á las acciones grandes y trabajos duros en favor de la patria ó de sus hermanos. ¿Quién los haría abrazar una carrera penosa cuyos frutos no goza quien planta, sino la posteridad? Por el contrario, los peligros de la vida presente poco detendrían en la carrera de los vicios á los que son de unas pasiones violentas. Como las moscas se ahogan en la suavidad del aceite, ó se arden en la llama, así caería toda la juventud en el abismo y en la muerte por el deslizadero de los placeres, si no se recordaran continuamente los suplicios eternos. Esta es una verdad demasiado clara para que nos detengamos más en ella. La falsa filosofía por esta razón de quitar á las virtudes sus fines legítimos y sublimes, las derriba y las destruye. Veamos esto demostrado con otra reflexión tomada de parte del principio.

Ellos quieren que la virtud consista en un trato ó codicia de lo que parece agradable á los ojos, suave al gusto y grato á los sentidos. Mostrando

estos filósofos un alma brutal y ruda, dicen que no perciben otro mérito en la virtud. El amor al orden y la propensión al Bello esencial, que es una conformidad con la perfección y bondad de Dios, dicen, que son unas ideas tan finas que se pierden de vista, unas sutilezas metafísicas, *desvarios ingeniosos é imperceptibles del Platonismo*. (1) Es efectivamente muy abstracto todo esto para unos bárbaros que se llaman filósofos, y sólo gustan de los bienes que se mascan y cuentan.

¡Qué diría de ellos Zenon el Cítico! Aun cuando éste se presentaba en el teatro donde cantaba Amelbo á compás de la cítara, sacaba ideas de lo bello que hay en el orden de las cosas; y «Ved, decía á sus discípulos, esta armonía y concierto se percibe en los nervios, en los intestinos, en la lengua, en los huesos, y donde quiera que existe una razón y un cierto número y un cierto orden. Pues si estas cosas valen tanto en unas partes muertas, ¿cuanto más valdrán si se observan en toda la economía de la vida humana?» (2)

Entre los mismos filósofos paganos hallaremos testigos y jueces que puedan confundir y condenar á nuestros filósofos, pretendidos cristianos. «Aun cuando se hubieran perdido (dice Plutarco)

(1) Muchas veces el Sr. D. Emilio Castelar ha dicho esto en sus discursos y escritos. Por este y otros innumerables conceptos, la incomparable obra presente es de suma actualidad é importancia. —N. E.

(2) Laert. lib. 5, cap. 9.

las leyes, los consejos, y los ejemplos, siempre se hubiera temido el delito y la vergüenza; siempre se hubiera amado la justicia; siempre se hubiera respetado á los magistrados y á las divinidades; siempre se hubiera creído que éstas eran guías y testigos invisibles de la conducta de cada mortal; que todo el oro del mundo no puede pagar la menor virtud; en fin, que por sólo el atractivo de la virtud se hubiera hecho lo que hoy no se hace sino por el temor». (1)

Puede disimularse á Plutarco que como filósofo semicristiano usurpase para la filosofía lo que es propio de la Religión. También puede permitírsele que exagere algo las virtudes de los filósofos antiguos; porque con esto argüía á los epicúreos, enemigos de toda virtud.

Por esto se verá que ni yo, ni los demás católicos negamos las virtudes que son loables, aun cuando se hallen en los paganos. Los falsos filósofos nos calumnian cuando dicen que tenemos por pecados sus buenas obras. (2) Nada hay más distante del espíritu de nuestra Religión. El mismo Jesucristo que en todo nos enseñó, admiró la fé de la Cananea, (3) y en otro lugar la de un Cen-

(1) Plutarco. *advers. Coloth.*

(2) Christian dévoilé. pag. 202.—*Letr. 8 á Eugénie.* pag. 1.—*Contag Sacrée*, cap. 11. pag. 9.

(3) *Math.* 15: O mulier! Magna est fides tua.

tarion. (1) El mismo Dios aplaudió á Nabucodonosor por la fidelidad con que le había servido contra los Tirios. (2) Donde nota S. Jerónimo que en la verdadera Religión se estiman las virtudes, aun las de los gentiles.

No son de la Iglesia, sino arrojados de ella los que tuvieron por pecados las buenas obras de los paganos y de los malos cristianos. Los Concilios Generales y los sumos Pontífices, han condenado este error (3) cuando se ha dejado oír en las bocas obscuras de un Juan Hus, de un Lutero y otros que han sido los patriarcas del Deísmo y los factores de esta nueva filosofía. (4)

Muchas veces, sí, dicen los sabios católicos que todas las virtudes filosóficas apenas merecen llamarse sombras ó figuras de las nuestras; y que así como los monos hacen algunas cosas en que imitan de cierta manera las obras de los hombres, así todas esas virtudes de los filósofos se pueden llamar obras de monos si se comparan con las virtudes de los Santos. (5)

(1) Math. 8: Jesús miratus est, et sequentibus se dixit: non inveni tantam fidem in Israel.

(2) Ezech. 29.

(3) Pío V. Gregorio XIII. El Concilio de Constanza y el Tridentino en la sesión 6 canon 7, condenaron esta proposición de Lutero: Omnia opera peccatorum, etiam fidelium, sunt peccata.

(4) Y estas de Juan Hull y de Bayo: Omne quod agit peccator peccatum est. In omnibus suis actionibus peccator servit dominantí cupiditati.

(5) P. Fr. Luis de Granada, Introducción al Símbolo. Part. 2, cap. 10, P. I.

Pero es cierto que si se comparan con las vidas que hacen nuestros falsos filósofos, aquellos antiguos monos parecerán Santos; porque á lo menos aquellos, entre sus tinieblas alcanzaban algunas veces cierta rectitud natural y las ideas de muchas virtudes; pero los de nuestros días, apesar de haber nacido entre *luces*, no alcanzan virtud de ninguna especie. Por esto dicen que entre los hombres no hay bien ni mal moral; (1) ni tampoco justicia é injusticia; que ninguna regla de moral y virtud ha sido recibida unánimemente por los pueblos; (2) y esto lo dice una filosofía que se titula del buen sentido. (3) Lo mismo quiere hacer probable el autor de *las cartas sobre los ciegos y sordos*, donde haciendo la impudencia cínica el último esfuerzo, dice que la compasión y la humanidad no son virtudes, sino flaquezas de ánimo. (4) De este modo, todas las virtudes quedan reducidas á movimientos maquinales y ciegos. Por esto dije que los filósofos paganos parecen muy lince en comparación con estos ciegos, y que me valgo de las palabras y de las obras gentílicas para darles á los nuestros en los ojos. .

(1) Discours sur la vie heureuse, en Postdam en 1748.

(2) Debemos fijar mucho la atención en este sofisma de los impíos que es hoy el que cunde. La verdad no depende del número de los que la acepten ó rechacen. Si todo el mundo le volviese las espaldas, ella no dejaría de ser verdad.—N. E.

(3) Philosophi du bon sens del Marg. D' Argens, tom. 2.

(4) Mr. Didier Letr. sur les avengles, et sur les sourds.

Queriendo alguna vez Rousseau (1) descubrir la miseria del paganismo, dice: «Poned los ojos sobre todas las naciones, discurrid por todas las historias, y entre todos los cultos inhumanos y extravagantes, en medio de esa prodigiosa diversidad de costumbres y caracteres, hallareis siempre las mismas ideas de justicia y de honestidad. El antiguo paganismo concibió unos dioses abominables que habían sido castigados en la tierra como malhechores. Pero en vano el vicio quería armarse de una autoridad sagrada y descender del Cielo. El instinto moral le rechazaba desde el fondo de los corazones humanos. Eran celebradas las deshonestidades de Júpiter; pero se admiraba la continencia de Xenocrates. La casta Lucrecia adoraba á la impúdica Venus. El intrépido Romano ofrecía sacrificios al Miedo, invocaba al Dios que mutiló á su padre y moría sin murmurar asesinado por la mano del suyo. Las más despreciables divinidades fueron servidas por los más grandes hombres, pero la santa voz de la naturaleza, más fuerte que todos sus dioses, se hacía respetar sobre la tierra, y parecía que desterraba hácia el Cielo á los delitos y á los delincuentes».

Todo esto es algo conforme á lo que ha dicho el Apóstol en estas palabras: *Las gentes que carecen de ley obran naturalmente lo que pide esta ley.*

(1) Emil. Tom. 3. pag. 68.

Ellos mismos son para sí la ley, y se les manifiesta la obra que está escrita en sus corazones. (1) Por esto fueron culpables contra lo que sintieron los preadamitas. (2) Lo que dice S. Pablo es el fundamento de algunas buenas obras que hubo entre los paganos, y de las que también se ven en los malos, así como se ven obras malas en los buenos; porque ni el hombre bueno obra siempre por el débito de la justicia, ni el infiel obra siempre por la fuerza de su infidelidad. (3) Esta regla libra á nuestra Religión del argumento que se le quiere hacer con los pecados de los malos cristianos, y no justifica al paganismo; ni á los filósofos porque hayan hecho algunas obras virtuosas.

Los modernos filósofos ponderan tan excesivamente los rasgos de virtud de los filósofos antiguos, que quieren los pongamos en los altares, y de aquí derivan sus héroes que dicen ser los únicos habidos en el mundo. Intentan dar á Confucio en Europa, un culto que había excitado muchas controversias en la China. También decretan nuevas apoteosis para Sócrates, Aristides, y aun para Mahoma. (4) Esto ha obligado á que nues-

(1) Ad. Rom. 2.

(2) Gentiles omnibus vitiis dediti non peccabant, cum lex nen esset. Ita Præadamitæ.

(3) D. Thom. 2. 2, y 10 art. 4.

(4) También se han decretado solemnes honores y centenarios á Lutero, Allan-kardec, Voltaire, Giordano Bruno cæterique ejusdem furfuris.—N. E.

tros escritores estrechen algún tanto su crítica acerca de las virtudes de los gentiles. ¿Qué quedaría en éstos digno de verdadero mérito, si sus vidas y obras se trajeran al examen que sufren en la Iglesia las de los siervos de Dios para ser aprobadas? Todo se resolvería en un espíritu de orgullo secreto; en una ambición de gloria; y se verían de relieve unos hombres miserables y oscuros que se atrevieron á juzgar á sus mismos magistrados, al Gobierno y al Culto que ellos mismos practicaban.

Por último, se dice que los paganos tuvieron alguna moral; pero que el paganismo no tenía ninguna. (1) Esto, dice un autor anónimo, se verifica más evidentemente en nuestros filósofos. (2) A lo menos el paganismo creía en otra vida, y la falsa filosofía la niega. Esta á lo sumo habrá podido presentar buenas reglas y dar buenos preceptos; pero no ha sabido dar *fuertes motivos*; y es necesario convencerse de que, tratándose de virtudes y de costumbres, los motivos son esenciales. Veamos ahora destruidas por la falsa filosofía las virtudes en particular.

(1) El paganismo enseñaba el mal, y los hombres paganos conservaban la idea del bien.—N. E.

(2) Quiere decir que la filosofía tiene alguna moral; pero los modernos filósofos no tienen ninguna.

LA HUMILDAD.

¿Qué sabría de ésta virtud el mundo si de ella no tuviese otros maestros que los filósofos? Algunos antiguos escribieron libros que se titulaban: *Del menosprecio á la gloria*. (1) Pero entre ellos mismos se sabía que este era un trato para ganar más gloria. Ammiano Marcelino no quiso que estos se llamasen filósofos sino *filosofastros ó filogastros*. (2) Séneca hizo en una de sus epístolas una diferencia semejante, diciendo que él no llamaba filosofía sino á la que no conocía más bienes que lo que es honesto y bueno. (3) Otros hicieron esta misma distinción entre los verdaderos filósofos y los falsos. (4) Pero ¿dónde se hallarán éstos verdaderos filósofos fuera de la verdadera Religión? A lo menos en cuanto al apetito de gloria mereció tal concepto la filosofía que Tertuliano dijo que le era una cosa esencial. (5) Pope ha dicho lo mismo, (6) y no les parecerá tan duro como hacen á Tertuliano. Este espíritu y deseo de gloria dió mal nombre á la ciencia humana aun en el juicio inapelable de S. Pablo.

(1) Cic. orat pro Lic. Archi.

(2) Ammian Marc. lib. 22.

(3) Senec, Epist. 91.

(4) Dion. Alicarn, lib. 11.

(5) Tertulian. contr. Marcion.

(6) Pope de Homn.

Pero si en los filósofos antiguos apenas se hallará uno que pueda esceptuarse de esa pasión, ¿se hallará por ventura entre nuestros falsos filósofos? ¡Qué lástima que llamándose cristianos, desprecien tan públicamente la humildad que es el carácter verdadero de los hijos de Dios y de los discípulos de Jesucristo! No dijo éste: «Venid á mí, y aprended á fabricar mundos, ni á fingir hipótesis ó sistemas de mundos, ni á crear las cosas visibles é invisibles; sino *aprended de mí á ser humildes de corazón*». (1)

Con todo eso, los falsos filósofos no miran á la humildad cristiana sino como á una bajeza de ánimo. Es verdad que la mayor parte de los cristianos somos desgraciadamente pocos fieles á esta virtud en la práctica; pero nunca hasta ahora se había visto una plaga de escritores que la desacreditasen también con su doctrina. Dicen que la humildad obliga á los hombres á ser injustos porque *impide que cada uno se haga justicia á sus buenas acciones*. (2) Proposición llena de ignorancia; porque la doctrina del Evangelio no nos prohíbe conocer nuestras buenas obras, y aun sentir complacencia por su bondad. *El que se gloria*, ha dicho el Apóstol, *glórtese en el Señor*; luego no se nos prohíbe una *justa gloria*, sino una *vana glo-*

(1) August. Serm. 10 de verbis Domini.

(2) Letr. á Eugén. pag. 31.—Cont. Sacreé, cap. 11. pag. 94.

ria. ¿Qué cosa más vana que estar el hombre muy satisfecho de sí mismo? Y ¿qué cosa más grande que estar el hombre satisfecho de la virtud de Diós y de su palabra?

La humildad, como todas las virtudes, se reduce á la justicia; y si dejaran de ser partes de ella, dejarían de ser virtudes. El medio que siempre tienen dos extremos es un equilibrio producido por un justo peso que impide la inclinación á ninguno de los dichos extremos. La humildad deja conocer la bondad de las acciones, y sabe hacer la justicia de referir su valor á quien le corresponde. Si se lo atribuyera á otro que á Diós, cometería una rapiña la más injusta. Esto no entristece, ni abate el ánimo de los cristianos; porque gozamos de los bienes que son de Diós con no menos satisfacción que si fueran nuestros propios; como el buen hijo se alegra de la gloria y riquezas de su padre, gozándolas él juntamente como heredero,

También arrastran á la humildad nuestros filósofos diciendo que *pide renunciemos lo racional, ó la razón, en obsequio á la Religión.* (1) Esto es tan mal entendido como lo antecedente. Tan lejos está Diós de pedirnos el parecer irracionales cuando le creemos, que antes bien nos pide ex-

(1) Letr. 8 á Eugenie, ubi supra.

presamente un *obsequio racional*. (1) No quisiera repetir que la fé no viene á extinguir la razón, sino á encenderla é iluminarla. Me parece la razón del hombre respecto de la luz celestial, un tizón humeando y pronto á levantar llama. A este grado puede llegar, si se usa bien de ella, para recibir la luz de la fé. Así entiendo lo que dijo un Profeta refiriéndose á la venida del enviado de Diós: *No quebrará una caña cascada, ni apagará un leño humeando*. (2) Así la razón natural de los filósofos que con sinceridad buscasen á Diós por si pudieran atinarle ó hallarle, (3) humearía ya y como que empezaría á arder. Esto llenaría mejor su nombre de filósofos; y la bondad de Diós que ya hubiese obrado en ellos por las primeras centellas de su espíritu este buen uso de la razón, (4) continuaría la obra y la perfeccionaría: acabaría, sin duda, de bajar la luz soberana y los iluminaría. Por no haber hecho esto los antiguos filósofos son inexcusables. De manera, que no es disposición para recibir la fé arrojar á un lado la razón, sino antes bien ordenarla y excitarla; porque la luz natural se ordena á la sobrenatural, y por este

(1) Ad Philipp. 4. v. I.

(2) Isai. cap. 32. v. 3. lignum fumigantem non extinguet.

(3) Act. Apost. cap. 17. v. 27: Quærere Deum si forté attraherent eum, aut inveniant.

(4) Juliano que ponderaba sobremanera las virtudes de los paganos, las hacía puro don de la naturaleza sin ningún auxilio soberano. y S. Agustín combate este error. Lib. 4. odv. Jul.

orden descende á nosotros el Padre de todas las luces, ó como dice S. Pablo: *Se nos revela de una fé en otra fé.* (1) Así como de nada servirá á un ciego el mejor telescopio, ni el antejo más aventajado; porque estos instrumentos suponen necesariamente el uso de los ojos, así concibo yo que es imposible en el orden regular recibir la luz de la Revelación, que es un divino telescopio que nos acerca las cosas más altas del Cielo, sin tener uso de la razón, por esto un loco no puede hacer actos de fé, ni un niño hasta que no llegue á desplegar el ojo de la razón. (2) ¡Oh, que ordenadas son todas las obras de Diós, y qué suavemente se tocan! Diós no pasa de un orden á otro violentando ni derribando, sino descendiendo ó ascendiendo, como por una escala.

Esto humilla á la razón, (3) no la ensoberbece como piensa mal uno de estos filósofos que sabe tan poco de razón como de Revelación; (4) pero es una humildad gloriosa, porque no abate al entendimiento sino lo eleva. No es así el escepticismo de unos filósofos que aturden á la razón y la cie-

(1) Ad. Rom. cap. I. v. 17.

(2) A la par que sencillas y claras son lindísimas esta teoría y comparación del P. Ceballos, que así expone magistralmente una materia que, por su mucha importancia, viene ocupando, desde el principio de la Iglesia y de una manera particular, á todos los sabios teólogos.—N. E.

(3) Petrarca Dialog. 13: *Hæc antem vera Religio quæ te Deum tibi humilitatem piis mentibus inserit, insolentiam extirpat.*

(4) Emile. tom. 3. pag. 123.

gan dejando á los hombres verdaderamente irracionales. Este es además una brutalidad soberbia, porque de todo desconfía, y no descansa sino sobre su juicio, aunque tan trémulo. Ninguna verdad está para estos escépticos demostrada; ninguna causa pasó para ellos en autoridad de cosa juzgada. Estiman en nada que en otros tiempos se haya excitado la misma cuestión; que se hayan examinado las partes y definido lo cierto. Que todo el mundo, ó el sentimiento universal de todas las naciones, sin citarse, hayan convenido en un punto, es para ellos de poca importancia. Fingiendo humildad dicen que nada saben sino que no saben, y así desprecian preguntar á sus mayores, y traspasan osadamente los términos que fijaron sus padres. Finalmente se determinan en su indeterminación, y menosprecian fundar sobre lo establecido.

Me parece que oigo hablar á estos charlatanes en términos equivalentes á los que siguen: «Sabedlo todos los hombres; hasta ahora habeis vivido sin moral, sin política, sin ciencia alguna y sin idea alguna de la verdad. Sea que el mundo haya existido siempre ó que haya sido criado cincuenta siglos hace, la luz no había rayado aun para vosotros. Quanto vieron los antiguos filósofos y los sabios de todos los tiempos han sido ilusiones, errores y otros desvaríos, que hacen desmayar la flaqueza del entendimiento humano. Aunque los hombres de todas las partes y de to-

dos los extremos del mundo hayan estado conformes en una misma cosa, y aunque hayan durado en ellos estos conocimientos por siglos de siglos, no importa; todavía pueden ser sueños verosímiles y nada más. ¿Parece un prodigio que haya sueños tan regulares, tan conformes y tan constantes? Sin embargo, nosotros os lo decimos: sueños y nada más. Hasta nuestro siglo no ha habido ilustración, no ha habido ciencia, no ha habido verdad sobre la tierra; pero ya están á punto de nacer á fuerza de nuestro cultivo. Vereis que hermosas y nuevas reglas de Metafísica, de Moral, de Política; pero entre tanto debeis suspender el juicio como nosotros; esto es mejor y vale más que creer con todo el mundo á ningunos otros oráculos».

Este es un rasgo del espíritu de humildad de nuestros escépticos. Dan por más creible su *incredulidad* que todos los testimonios divinos y humanos. Rousseau pinta bien este caracter, y su testimonio no será sospechoso porque lo sabía de bien adentro. «Huid de estos, dice, (1) que siembran en los corazones doctrinas desoladoras, y bajo el altivo pretexto de que únicamente ellos son los ilustrados, los veraces, los hombres de buena fé, quieren someternos á sus decisiones tajantes, y pretenden darnos por principios verdaderos

(1) Emile. Tom. 1. Pag. 182.

de las cosas, los sistemas ininteligibles que han forjado en sus acaloradas imaginaciones; y al fin trastornando y destruyendo y hollando bajo los pies todo cuanto los hombres respetan, quitan á los afligidos el único consuelo de su miseria, y á los poderosos y ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo de los corazones los remordimientos del pecado y la esperanza de la virtud; y después de todo, se aplauden de ser los bienhechores del género humano».

Este á quien acabamos de oír que truena contra el orgullo de los escépticos, cuando promueve el escepticismo en su carta al Arzobispo de París, dá uno de los mayores ejemplos del orgullo mismo que acaba de condenar. «Mis enemigos, dice, (1) tendrán bastante que hacer para poder tocarme con sus injurias; pero nunca podrán quitarme el honor de ser un hombre veraz en todo lo que digo, y el único Autor de este siglo, y aun de muchos otros, que ha escrito de buena fé y puramente lo que cree».

Para que nadie lo desmintiera antes, él mismo se apresura á desmentirse en otra carta, diciendo: (2) «Yo percibo en mí mismo un número bastante grande de errores. No dudo que otros me habrán descubierto muchos más; y que habrá otros mu-

(1) Letr. á Mr. l' Archeveq de París.

(2) Premiere Letre ecrite de la Montagne, pag. 8.

chos que ni yo ni otros hayamos notado». Pero ninguna de estas miserias en que se ven caídos á cada paso nuestros filósofos, embriagados de soberbia y vana gloria, será bastante para humillarlos. Morirán creyendo, como dice Job, *que ellos son los únicos en el mundo, y que con ellos debe morir la sabiduría.* (1)

LA SOBRIEDAD.

A la embriaguez de gloria que arrastra el alma y la hincha, sigue la embriaguez de los placeres que, por el contrario, la sumergen y la ahogan. Los filósofos antiguos no sólo se reducían á la primera, y aun para ello se contentaban con los aplausos de unos cuantos hombres, (2) sino que procuraban huir de la segunda; y por esto se mostraban satisfechos con el uso de pocas cosas: con lo necesario para mantener la vida. (3) El mismo Epicuro quiso dejar testimonios de haberle sido amable esta sobriedad. En una de sus cartas (4) dice que le bastaba el agua para satisfacer su sed; y en otra ocasión le dijo á un amigo que con

(1) Job. 12. v. 2. Ergo vos soli homines, et vobiscum morietur sapientia.

(2) Cicer. Fusc. qq, lib. 2. Est autem Philosophia paucis contenta iudicibus.

(3) Arist. lib. I. Metaph.

(4) Laert. lib. 10. pag. 713.

un poco de queso le daría un banquete precioso. Esto le valió una elegante alabanza del Ateneo. (1)

Como fuera este ayuno compatible con sus placeres no es misterio de explicación difícil. Lo primero: porque según nota Cicerón, no había conformidad entre la conducta de Epicuro y muchas de sus máximas. Sobre todo halla esta inconsecuencia en la carta que escribió á Idomeneo antes de matarse. Lo segundo: porque en su plan encargaría muy bien algunas veces el ayuno para excitar la gula; para sentir mejor por medio del apetito el placer de la comida. Lo tercero: porque bien pudo describir con bellos colores una sobriedad que él nunca estaría resuelto á practicar. Esto es fácil después de haber bebido bien. Voltaire, su imitador y discípulo, tiene una carta escrita al Padre Calmet: en ella se le dá por convidado; pero advirtiéndole que se contentará con una moderación religiosa. Quiere meterse por unos días á monje para contentarse por algunos instantes con la frugalidad monástica; es decir, quiso realizar la fabulilla del ratón de Fontenelle.

Aunque es verdad que la sabiduría y el vino no se hallan bien juntos, los filósofos gentiles no desaprobaban la embriaguez. El más grave de los filó-

(1) Apud. Diog. Laert. Ibid.

sofos, dice Bossuet, (1) prohibía beber con exceso á no ser en las fiestas de Baco y en honor de esta pretendida Divinidad. Otro, después de haber reprendido todas las imágenes deshonestas, exceptuaba las de aquellos dioses que se complacen en ser honrados por ellas. Esto no era otra cosa que flaquezas de virtudes que fluctuaban y carecían de fundamentos y de motivos sólidos.

Sin embargo hacían siquiera alguna justicia al mérito de estas virtudes no desconocidas del todo; pero nuestros falsos filósofos son los que se han propuesto con todo ahinco hacerlas desconocer y despreciar en medio de los cristianos. Ellos declaman contra el ayuno, y lo llaman *un suicidio lento*. Lo mismo tratan á las austeridades que se practican en las religiones, á las que dan el nombre de *Fakies*, (2) «Estas austeridades, dicen, en nada contribuyen al bien público». (3) La verdad es que contribuyen en mucho; pues si todos los cristianos ayunasen moderadamente, según el espíritu del Cristianismo, la salud pública sería más igual y más duradera; (4) y por otra parte no se vería el público oprimido bajo una miseria general, á la que en mucho contribuyen el lujo y las destemplanzas de los hombres. La destemplan-

(1) Bossuet, Dis. Sur l' Hist. Universelle, part. 2. cap. 16.

(2) Christianis. Devoil. part. 2. pag. 489

(3) Helvet. de l' Eprit de la morale, pag. 142.

(4) Eccl. 37. v. 84. Abstinentis adjiciet vitam.

za de una hora se ha tenido siempre por bastante para arruinar las fortunas acopiadas en muchos años y á fuerza de muchísimo trabajo. ¡Oh cuantos hoy contribuyen al atraso público y á la miseria social esos banquetes que continuamente en nuestros tiempos se celebran, y que no por cierto están reducidos á una hora, sinó que duran el día y la noche, y esto en los pueblos más cultos de la tierra! Pero lo más indecente es que eso lo autoriza, y lo encomia una que se llama filosofía. ¿Qué diría Diógenes de estos panegiristas de la gula y de la destemplanza? (1)

LA GRATITUD.

La gratitud es un sentimiento que lo experimentan aun los animales más feroces. No ya digo el perro cuyos ejemplos confunden á muchos racionales; sino el león, el gavilán, las fieras más terribles, las aves más rapaces se muestran reconocidas á quien les hace bien. Los falsos filósofos son un prodigio de ingratitud para el Criador y para todas las criaturas. Ya lo advirtió S. Pablo escribiendo á los romanos. (2) «Son inexcusables

(1) Apud. Laert. lib. 6. pag. 401.

(2) Ad. Rom. cap. I. v. 21. Quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, *aut gratias egerunt.*

(dice refiriéndose á los gentiles) porque habiendo conocido á Dios, no lo glorificaron como á Dios, *ni le dieron gracias*. Pero los falsos filósofos de estos tiempos llenan mejor la medida de la ingratitude y la enseñan por principios. Hay quien ha inventado cinco razones para probar que no se deben dar gracias á Dios. Todas ellas son dignas no solamente de un irracional, sino de cualquiera criatura insensible. Primera: porque si Dios, dicen, nos hace algunas mercedes, también atrae sobre nosotros mil calamidades. Segunda: porque estos bienes y mercedes que recibimos son más bien un efecto del Hado ó del Destino. Tercera: porque Dios no tiene necesidad de nuestro agradecimiento. Quien tuviere paciencia para saber las otras necedades lealas en este *bello* filósofo. (1) Por aquí puede calcularse cuanto influirá esa ateo-
logía é impía metafísica en la práctica de las acciones respectivas á la sociedad y á las leyes. Y no se diga que esos dogmas perversos son ineficaces para corromper á los hombres, y que sólo sirven en los libros para demostrar el mal empleo del tiempo y de la vida de sus autores, porque hemos de ver como esa filosofía fatalista se introduce hasta en lo más íntimo y en lo más individual de las costumbres.

Es altamente doloroso y sensible el ver como

(1) System. de la Natur. pag. 314. 315. part. 2.

esas mortíferas necesidades que se contienen en los libros de los filósofos racionalistas, imprimen su huella en toda la economía social, aun en las acciones más familiares de los cristianos. Hay quienes, sin pensar en lo mal que dicen, aseguran que ya no se estila dar gracias á Dios antes y después de la comida; porque esta práctica es sólo propia de gente ordinaria y de los religiosos que viven en los clautros. Véase aquí bien el daño que ocasiona la lectura de obras cuyos autores son hereges ó impíos y el tratar con ellos, y aun el comer frecuentemente con ellos contra la terminante prohibición del Apóstol S. Pablo. (1) A los cristianos se nos pega su gangrena, y es bien seguro que ellos no se edificaran de nuestra conversación, ni se les pegará nuestra salud. Esa y no otra es la causa de la impiedad que nos ocupa y de otras innumerables que, por haberse hecho de moda, han arrastrado á un mundo de cristianos tibios, cobardes, aturcidos é inconsiderados. En cuanto al particular que íbamos advirtiendo, es más frecuente, y al mismo tiempo más notable y censurable en las mesas de los señores acomodados; porque habiendo sido tan liberal la mano de Dios en ellas, que no pueden sostener la carga de los dones y de los manjares, no ven sus dueños sin embargo motivo alguno para dar gracias á

(1) Paul. ad. Corint. I. c. 5. v. 11.—Cum ejusmodi nec cibum sumere.

Diós. Es necesario recordar que esta costumbre de dar gracias antes y después de comer, además de estarla produciendo siempre el sentimiento interior del corazón, es una de aquellas tradiciones que han venido desde los primeros hombres hasta nosotros. Si atendemos á la costumbre de los patriarcas, á la de todo el pueblo antiguo, á las acciones de Jesucristo y á los consejos y prácticas de los Apóstoles; por donde quiera veremos levantar las manos á Diós antes de partir el pan, y santificar de alguna manera con la bendición lo que se había de comer. (1)

No era sino un abuso de esta práctica racional y piadosa la dedicación que hacían los paganos á sus ídolos de las viandas que después comían. De aquí también el no beber sin ofrecer antes el cáliz á su Júpiter libertador (2) y á los génios de los Césares. (3) De aquí viene la costumbre de los brindis que no han podido desterrarse de las mesas (4) por más que se ha demostrado mil veces su mal origen. Pero al fin los paganos, aunque muy mal dirigidos en sus afectos, no obstante en cada trago y en cada bocado hacían memoria de los que ima-

(1) Deuter. cap. 8. v. 10.—I Reg. cap. 9. v. 13.—Isai. cap. 62. v. 9. Matth. cap. 14. v. 19.—Act. cap. 27. v. 35.—Ad Rom. cap. 14. v. 6.

(2) Facit. lib. 5. Ann. Livare se licorem illum Jovi liberatori.

(3) D. Ambr. de Helia et jejunio, cap. 17.

(4) Al contrario, cada día están más en uso. Por supuesto que no se puede esperar otra cosa de una sociedad completamente pagana, y al mismo tiempo racionalista como lo es la nuestra.—N. E.

ginaban sus dioses, y les rogaban que no sólo aprovechase á ellos la comida sino también á sus amigos.

Los falsos filósofos hacen por juntar en nuestros convites las reliquias de la superstición con las tinieblas de la impiedad. Destierran con una ingratitud estupenda la acción de gracias al verdadero Diós que nos alimenta, y enseñan nuevas fórmulas y deprecaciones á Baco al tiempo de apurar las copas. Son impropias de este lugar las ridículas oraciones que compusieron Osiandro, uno de los gefes de la Reforma, y Tolandro uno de los perfeccionadores de aquella obra y fundadores ambos de la moderna filosofía. En otro lugar tendremos ocasión de dar estas fórmulas y preces á la letra.

Al lado de éstas prácticas supersticiosas que se observan mejor que la acción de gracias y bendición de la mesa, hay que lamentar otra costumbre á que hace alusión un pasaje algo obscuro de Tertuliano. Hasta ahora se ignoraba qué significación pudiera tener esta frase en su libro titulado: *A una esposa*, libro 2.º, capítulo 6. *¿De qué mano deseais beber?* Una práctica que es hoy general entre personas de quienes parece que la vergüenza debiera ser inseparable, nos hace admitir el sentido que dió á la dicha frase uno de los anotadores de Tertuliano. (1) Sin duda aquel padre

(1) Albaspin in notis ad citatum locum Tertuliani.

quiso reprender el uso que tenían las matronas de no querer beber sino del vaso que les ofrecían unos amigos como los que hoy se llaman *cortijos*. Tertuliano les preguntaba: *De qué mano deseais beber? ¿De la de vuestro marido ó de la del adúltero?* (1) Echándoles así en cara unas comunicaciones tan indecentes é indignas. Piensen hoy para sí esta pregunta algunas señoras que por una correspondencia semejante, dan á entender en cualquiera reunión quien es el querido y no el esposo. Bien se vé que en un siglo donde se ha despreciado la devoción verdadera, reviven y se fomentan aquellas costumbres y supersticiones que eran vergonzosas aun entre los mismos paganos.

LA ORACIÓN

Esta materia es una continuación de la que antecede. La oración no es una obra privativa de los cristianos. Tan universal como ha sido y es la

(1) Es verdaderamente horrible la seria meditación sobre este pasaje que aduce el P. Ceballos. ¿Qué diría Tertuliano si viera hoy en una sociedad que aun se dice cristiana, á las esposas admitiendo, aun en presencia de sus esposos y autorizándolos estos, toda suerte de obsequios y de galanteos, y enlazando, en el colmo del cinismo, sus brazos y sus cuerpos con hombres extraños en los bailes modernos?—N. E.

creencia de Diós que reparte sus dones á los mortales, ha sido la práctica de invocar á este Supremo Dador para pedírselos, ó para darle gracias después de haberlos recibido. En los oradores, en los poetas y filósofos, y aun en toda la superstición del Paganismo se hallarán tantas pruebas de esto, cuantas eran las aras que levantaban para sacrificar, y cuantos son los himnos que cantaban á sus falsas divinidades. Si las creían airadas, esperaban aplacarlas é inclinarlas con la oración. (1) Si se hacían sordas esforzaban el clamor para ser oídos. (2) Si habían de ir á una expedición, primeramente les sacrificaban víctimas, y escudriñaban las entrañas de estas, y procuraban saber la voluntad del Árbitro de las cosas humanas.

Lo que especialmente ha hecho la Religión verdadera ha sido enseñar á orar como se debe y á quien se debe; ha desviado el incienso que se perdía delante de los ídolos, y nos ha enseñado que solamente aprovecha si se quema al pie de los altares del Diós único y Santo. Además de esto, cuanto más altamente siente de la Divinidad, y cuanto mejor conoce la íntima dependencia en que estamos de su misericordia, otro tanto más confiesa la necesidad de la oración y su eficacia

(1) Marcial. lib. 8. Epigram ad Domit.

(2) Lib. 3. Reg. 18. v. 27.

para todos los sucesos humanos. Jesucristo se dignó darnos la fórmula de orar, y su ejemplo es para nosotros una continuada lección. Los Apóstoles fueron los maestros y predicadores de esta importante virtud. S. Pablo nos aconseja que oremos sin intermisión de tiempo, y sin excepción de personas; especialmente por los Reyes y por todos aquellos hombres que están constituidos en autoridad. (1) La oración ha sido siempre el estudio de los cristianos. Por gozar de la soberana contemplación se apartaban de todas las cosas y hasta se olvidaban de sí mismos. Si nuestros filósofos quisieran aprender el arte de pensar, lo hallarían en el arte de orar y meditar. Apenas se dará una ocupación más razonable y que sea de tanto honor para el hombre. Puede ser hasta uno de los mejores argumentos para probar la espiritualidad de nuestras almas. Pero como nuestros bellos filósofos ponen toda su gloria en compararse con los jumentos y en serles semejantes, no pueden aceptar la oración y meditación que les abrirían los ojos y descompondrían sus empresas.

Ved aquí la fuente de donde traen su origen tantas necedades filosóficas contra la oración. «*La*

(1) Ad Timt. Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus, pro Regibus et hominibus qui in sublimitate sunt constituti.

oración, dicen, es una práctica ridícula. (1) Supone á Diós ignorante de nuestras cosas; supone que nuestros ruegos pueden mudar sus decretos soberanos». A esto añaden que «las oraciones, los sacrificios y las ofrendas religiosas son diestras invenciones de unos Sacerdotes avariciosos para engañar y robar á un pueblo de gente idiota». (2) Igual malicia creo que tiene otra proposición semejante que dice: «Diós no tiene necesidad alguna de nuestros sacrificios y oraciones; pero nosotros tenemos necesidad de hacerlas. Su culto (aquí está el error) no ha sido establecido por Él sino por nosotros». (3) El sentido de estas últimas palabras es equívoco y no debe entenderse aquí en significación piadosa por ser de un escritor completamente impío. Quiere decir que la oración y el culto no son instituciones humanas. De todos modos, este filósofo se burla de la oración. En el Diccionario filosófico zahiere con suma indecencia á las personas que se dedican á la oración y á

(1) *Christianisme Devoilé*, pag. 205.—*Leotr.* 7. á *Eugenie*, pag. 179.—*Cont. Sacréé*, cap. 14. pag. 151.

(2) *Dictionair Philosoph.* *Les prieres, les sacrafices, les offrandes religieuses*, né sont que d' cadroites inventions des prestres avides pour l' eurreur, et deporller un peuple d' imbecilles.

(3) El mismo: *Cathecism, Chinois.* *Entretien.* 4. Dieu n' á nul besoin de nos sacrafices. ni de nos prieres, mais nous avons besoin de lui en faire, son culte n' est pas etabli pour lui, mis pour nous.

la devoción; les dá el título de *pietistas*; y es porque le vino para eso como de molde el recuerdo del *pietismo*, especie de heregía que á principios del siglo XVIII se dejó sentir en muchos puntos de Alemania y Suiza. Era su jefe un cierto *Frank*, profesor de teología en Sajonia. Se llamaron *pietistas* porque fingían una piedad afectada y fingida en las palabras, en el porte exterior y en los movimientos del gesto y de los ojos. (1) De estos fenómenos nacen cada día muchos entre los múltiples engendros de la Reforma. (2)

Con estos fanáticos y entusiastas que *ven visiones*, quiere Voltaire confundir á los verdaderos devotos que hay en la Iglesia Católica; y no quiere ver diferencia alguna entre la piedad verdadera y la piedad hipócrita y simulada. La piedad que el Apóstol llama *útil para todas las cosas*, no consiste en gestos, ni en abrir y cerrar los ojos. (3) Esta segunda es la de los *pietistas*, y también la que Voltaire admiró en Clark cuando notó aquello de no pronunciar el nombre de Dios sin cerrar los ojos y hacer un profundo gesto. En la Iglesia Católica se desprecian esas apariencias ridículas

(1) Sianda Lexic. art. *Frankem* et art. *Pietes*—y Vans Rans Historia hæresum sæcul. 18.

(2) Y si nó que lo digan los flaman'es espiritistas de nuestros días.—N. E.

(3) Ni en las evocaciones, ni en quedarse dormidos, ni en tocar el tambor con los dedos sobre las mesas redondas.—N. E.

que están vacías de todo espíritu y de toda verdadera devoción y piedad. Esta consiste en un afecto íntimo al Sumo Bien: es una unción del Espíritu Santo, que nos hace dóciles, prontos y diligentes para toda buena obra ya sea directamente hecha para Dios, ó ya sea para el prójimo por Dios. Esta unción se manifiesta en la palabra y aparece en lo escrito. Ese fuego que constituye el entusiasmo de los poetas y caldea sus imaginaciones, y les hace cantar sus odas y pronunciar sus patéticos discursos, es un fuego fatuo que huele y sabe á aceite de pecadores, cuya unción penetra y levanta las pasiones que se dejan alhagar por ella. Si nuestros filósofos se prendan tanto de ese fuego pecador que se nota en el mundano y diabólico poetizar, y si tanto alaban los discursos penetrados de ese aceite y dulzura, ¿por qué han de mofarse de la unción del Espíritu Santo que acalora el estilo de los escritores eclesiásticos y los llena de una piedad sólida y verdadera? Pierdan ellos enhorabuena su tiempo, y consagren los sentimientos de sus *derretidos corazones* en postarse devotos á los pies de *sus virtuosas*, entonándoles tiernas cántigas y endechas *sublimes* como lo hizo Voltaire á la memoria de *Mademoiselle le Courreur*; y mientras que son unos idólatras y *pietistas* de la materia, no se burlen de los que hacen consistir la piedad verdadera en dirigir los suspiros del alma en forma de oraciones y plegarias al Dios de las virtudes, y en dedicar las obras

de sus manos á socorrer las necesidades del prógimo.

LA LIBERALIDAD.

Esta virtud inseparable de todas las almas desprendidas y libres, es considerada como un vicio por nuestros falsos filósofos. Los antiguos, aunque paganos, se quedarían atónitos al contemplar esta nueva filosofía. Crates y otros muchos despreciaron las riquezas, sintiendo en ellas un embarazo para dedicarse a los estudios filosóficos; porque verdaderamente, el cuidado de conservarlas, aun cuando no se tenga el de aumentarlas, es una raíz de espinas, que continuamente punzan, distraen la atención é impiden contemplar la sabiduría. Es prueba de que nuestros filósofos no tienen alguna, ni amor á ella, cuando lo que estudian es la avaricia. Tienen mucho cariño á sus cofres, y saben primorosamente guardar en secreto lo que parece que renuncian ante los ojos del público.

En esto se hallan conformes con los principios de su moral. Por ellos se puede juzgar con exactitud el desinterés de los modernos filósofos y de todos los que pertenecen á su impía raza. El *interés personal* es la base de toda su economía filosófica; luego serán vicios detestables el desinterés y la liberalidad. Quitan en el provecho de otros,

cuanto el interés personal reconcentra en las utilidades de cada uno propio.

De aquí resulta, que debiendo ser la filosofía, como dijo Cicerón, el Seminario de las virtudes morales, ha llegado á ser la sepultura y el cementerio de todas ellas. A la buena fé se llama hoy necesidad; á la ambición agudeza de ingenio y sabiduría. *La mortificación de las pasiones es impiedad*, ha dicho un filósofo petimetre. (1) *Arruinar el imperio de las pasiones es locura*, ha dicho otro falso maestro de las costumbres. (2) *Matar la conciencia y sus estímulos es saber el arte de hacerse feliz*, ha dicho otro escritor de la vida beata, que por cierto no tiene mucho de Séneca. Así desacreditan todas las virtudes enmendando la plana á la filosofía de los paganos.

Por eso digimos y ahora como resumen volvemos á decir, que es muy notable la diferencia que hay entre los filósofos antiguos y nuestros racionalistas filosofastros. En medio de la ninguna solidez que se hallaba en las virtudes de los primeros, deben parecer muy honrados en comparación de estos últimos. Aquellos conservaban en cierto modo incorrupta la idea de la virtud en general y en particular; no les merecía el nombre de bue-

(1) Petit-maitre Philosph. Part. 2. pag. 202.

(2) Toustaint ces Moeurs part. I. cap. 2. P. n. 3.

no, sino lo que naturalmente les parecía honesto; predicaban la justicia, aun cuando no la tuviesen; reconocían el mérito de huir la propia gloria, aunque disimuladamente la buscasen; detestaban la avaricia, el amor propio y el desprecio para los otros hombres, aun cuando nada de lo que decían observasen; pero mantenían así las verdaderas ideas de las virtudes y las recomendaban; y las ideas de los vicios contrarios, y los detestaban. Si la gracia del Salvador los hubiese iluminado y penetrado quizás hubieran sido más fieles á ella que nosotros.

Pero ¿qué comparación tiene ninguna malicia con la de nuestro siglo? ¿Qué corrupción no parece tolerable con la de nuestros monstruosos racionalistas? ¿Se contentan estos con ser malos para sí mismos, con no ser sinceros y fieles ejecutores de las virtudes, con rendirse en secreto á la carga de sus pasiones? No señor: estos quieren ganar el crédito de sinceros haciéndose cínicos, esto es, hablando y escribiendo tan pestilencialmente como creen y obran, y no encubriendo al público su torpe ignorancia, porque están seguros de envolver en ella al inmenso número de otros más ignorantes, y corrompidos casi como ellos, que hay en el mundo. Los antiguos filósofos erraban queriendo parecer buenos aun cuando eran malos; pero los de nuestros días esforzándose en aparecer malos quieren captarse el título de virtuosos, de verídicos, de hombres de bien, de honrados é

ilustrados, para que todo el mundo acepte sus necedades, inmoralidades y tonterías.

¶ ¿Pudiera esto imaginarse posible? Sea] como fuere, ellos tienen *la varita de virtud* para obrar estos prodigios, y hacerse creer de un mundo de necios. Para esto corrompen las ideas eternas de las primeras verdades; destierran con una grito y mofa universal, lo más atrevida que puede concebirse, las nociones generales de las cosas más sabidas, y especialmente de cuanto se relaciona con las virtudes. Llaman á lo bueno malo, y malo á lo bueno. Llaman á la sinceridad, estupidez; á la vergüenza, encogimiento; á la deshonestidad, despejo; á la descarado, franqueza; á la perfidia, destreza; á la fidelidad, insensatez; á toda virtud, desvarío; y grandeza de alma al tragarse un abismo de delitos sin turbarse ni perder el gusto y el reposo; y, como los *Antitactas* hacen al vicio y al pecado digno de premio.

La verdadera virtud que desprecia la propia gloria; que renuncia los bienes de la tierra por los del cielo; que se aparta siempre de las delicias; que sufre con paciencia las adversidades; que se somete á los mayores; que se sacrifica por los prójimos y por la patria; que hace bien á todos, aun olvidándose el que la tiene de sí mismo, esta virtud dicen hoy que es buena para un puñado de cristianos esparcidos por el mundo. Veremos mucho de esto en la presente obra en la que es preciso hablar de la virtud y de la justicia como si

acabáramos de venir á este universo, y no se tuviera idea de ellas. En sus lugares respectivos veremos lo muy perjudicial que es la *Falsa filosofía* para la sociedad y para todos los estados según el plan que me he propuesto. Aquí he debido solamente indicar cuanta ignominia, oprobio, infamia y abominación precipitan estos monstruos sobre la verdadera filosofía cuyo nombre usurpan.





CAPÍTULO XV.

LA FALSA FILOSOFÍA DESTRUYE TODAS LAS ARTES Y LAS CIENCIAS

EL adelanto de las artes y de las ciencias es el último deber que tiene un filósofo para la sociedad. La Filosofía no es una sola arte, ni una ciencia única; es el estudio de todas las artes y de todas las ciencias: *es el amor á la sabiduría*. Por la grandeza de este amor y por la belleza de esta Raquel se sufre el calor del día, el frío y las vigili-
as de la noche; los trabajos de muchos años se tienen por poca cosa. Para el verdadero filósofo ningún medio es difícil con tal de que lo lleve al conocimiento de la verdad; inquiere, pregunta, examina, busca, habla consigo mismo y con todas las criaturas; razona con los montes, con los árboles, con los brutos, con las fuentes, y no se desdeña de aprender de todos. Pregunta al mar. «¿Estás en tu

seno?» Y á los abismos «¿Dónde teneis vuestros tesoros?» y luego levanta sus manos al Cielo y lo penetra con sus miradas, y concluye por decir: «La inteligencia y la luz solo están en el seno de Dios».

¡Oh, que admirable es la ciencia en su apogeo! ¡Qué belleza tan sublime, tan luminosa! Pero ¡Qué caos nos separa de ella! ¡Qué nubes tan horrendas nos roban su aspecto! ¡Ah! su luz, ha dicho un orador elocuente reverberó sobre mi rostro, y de paso me dejó herido de un amor insaciable. Por este amor dará mi alma, que ha columbrado una centella de la sabiduría, todas las cosas: el oro, la plala, las piedras preciosas, las despreciará como nada, ó las estimará como la más fina y menuda arena. ¡No os admirais de que los filósofos hayan corrido por todo el orbe persiguiendo á la sabiduría que iba siempre huyendo de ellos; pero siempre iluminándoles y fascinándoles con su bellísima sombra!

«Viajaron, dice S. Jerónimo, algunos filósofos por muchas provincias, y, vadeando los mares, penetraron en remotos pueblos para ver á unos célebres maestros que les eran conocidos por sus libros. Pitágoras visitó á los sacerdotes de Menfis; y Platón, recorriendo el Egipto y la costa de Italia que se llamaba la grande Grecia, aunque en Atenas era maestro y con su doctrina llenaba la Academia, se hizo peregrino y discípulo.

Si es la verdad lo que se ama y lo que se busca

en todas las ciencias, seguramente se harán grandes progresos en ellas; porque ese amor quema y corta todos los vínculos y obstáculos que nos tiene alejados de su posesión.

Si alguno se ama á sí mismo, lo cual es el gran principio de los falsos filósofos, no amará la verdad; al menos que no se imagine que él mismo es la verdad. *Los filósofos* (dice un filogastro) *no tienen interés alguno particular; por lo tanto no pueden hablar sino á favor de la razón y del bien público.* Esto es verdad, Voltaire; pero os corta la cabeza sin entenderlo; porque es así que los filósofos de quienes yo hablo tienen *el amor propio y el interés particular ó personal* por única base de su moral, luego no pueden hablar en favor del bien público y de la razón; más no distraigamos el discurso con estas contradicciones que á cada paso se notan en los impíos.

El que ama la verdad tampoco puede ser esclavo de los placeres sensibles como quieren nuestros *bellos* filósofos. ¿Cuando habitaron juntas la sabiduría y las delicias de los sentidos? No habita la ciencia en el país de aquellos que viven con tanta comodidad. Tampoco puede un filósofo amar las riquezas porque éstas causan insoportable pesadumbre en el alma de quien ha llegado á gustar la dulzura de la filosofía. Los deleites de los sentidos son un muérdago, una liga que pega las alas de la ineligencia é impide sus vuelos. La sabiduría no consiente junto á sí á los placeres

materiales: la comida le abruma; la comida la sumerge y la ahoga; la solicitud de las cosas terrestres la distrae y la despedaza; hasta el sueño mismo es como un ladrón nocturno que la asalta, la rinde y la postra.

Sólo el hombre que se descarga cuanto puede de esta mitad de sí mismo, puede esperar adelantos en las ciencias y ser filósofo; porque si no sacude la carga de las cosas terrenas; los gustos de su propia carne y el amor de sí mismo, le será imposible seguir corriendo y volando hácia la verdad, que habita en región distante de las pasiones.

Esta reflexión bastaría para deducir que los falsos filósofos atrasan las ciencias, las artes y toda la literatura; más como ellos se anticipan y ponen ese atraso á cargo de la Religión cristiana, me ha sido preciso formar una apología en la que hago evidente la prodigiosa ilustración que ha debido el mundo al Cristianismo en toda clase de ciencias y de letras. De las razones que prueban estas verdades, así en general como en particular, apuntaré aquí las indispensables para una preparación de lo que se ha de decir en el curso de la obra.

Dos son las causas generales á que los falsos filósofos atribuyen el atraso de las ciencias entre los católicos. Una es la falta de libertad para pensar; la otra el gusto excesivo en disputar. Yo haré ver, no á fuerza de trabajo ni de ingenio, sino á

favor de la buena parte que desfiendo, que ambas causas están tan lejos del Catolicismo como inmediatas á la *falsa filosofía*, madrastra feroz de todas las ciencias.

No está siquiera iniciado en la doctrina del Cristianismo quien niegue que es enteramente contrario á su espíritu el amor á las propias opiniones. Los mismos enemigos de nuestra Religión nos quieren echar en cara la renuncia que hacemos de nuestro juicio particular para seguir y creer unas verdades reveladas que se nos proponen por medio de una Autoridad infalible. Este obsequio racional es el que admira á nuestros filósofos, y confiesan que son incapaces para hacer este sacrificio. Pues ved aquí uno de los principios que refrena la Religión Católica, y patrocina y fomenta la ciencia libre-pensadora y racionalista. La soberbia en seguir las propias opiniones, el orgullo en no ceder á los juicios de otros, y la necia porfía sacan á la ciencia de su camino verdadero y nos la hacen renunciar para siempre.

Pues no hay cosa más común entre los filósofos mundanos antiguos y modernos. Veamos algo de unos y de otros. Cicerón se avergonzaba de oír en su tiempo las maldiciones y las injurias, las iras y las porfías, la tenacidad en el decir y la inflexibilidad en las opiniones: *Todas estas cosas, añade aquel grave orador, me parecen indignas de la Filosofía* (1)

(1) Cicer. de Fin. lib. 1.

¿Qué diría si oyera en nuestros tiempos las blasfemias contra Dios, las injurias contra las personas más respetables, las burlas de lo más honesto y de lo más sabio, y los insultos y baldones que mutuamente se dirigen los bellos filósofos racionalistas de nuestro siglo? Diría, como yo digo, que esa manera feroz de escribir, hablar y discutir es suficiente para perder todas las ciencias en vez de adelantarlas.

Recomiendo á mis lectores el artículo *Querrelas filosóficas* del Diccionario Antifilosófico. Allí prueba el autor la rabia que domina á los escritores modernos cuando disputan y se atacan unos á otros. Con refinada inconsideración y malicia se echan en cara de parte á parte sus flaquezas, y sus delitos públicos y aun los secretos; con profundo odio excitan á las autoridades para que dispongan la ruina de los contrarios, y se amenazan mutuamente con los procesos criminales, con los presidios y con la infamia eterna.

Estos, estos son los que dicen que «los teólogos son unas almas sumidas en los vicios y en el orgullo; que quisieran turbar toda la tierra por un sofisma, é interesar á todos los reyes en vengar á sangre y fuego un argumento hecho en *Barablipton*». (1) Estos son los que nos daban la dulce paz de su filosofía: estos son los que dicen «que

(1) Volt. Diction. Philosoph.

según ha ido perfeccionándose la razón, se ha destruído la semilla de las guerras religiosas; y que el espíritu filosófico es quien ha desterrado esta peste del mundo». (1)

«Mas este espíritu (añaden otros) ha sido causa de que el Cristianismo declare siempre la guerra á las ciencias y á los conocimientos humanos». (2) A nadie mejor que á estos necios, á quienes Pope fustiga porque mueven continuas é inacabables disputas sobre las formas de gobierno, pertenece el mote de *zelotes hinchados* que todo lo llenan de discusiones y pleitos para alterar las *formas ó confesiones de fé política y religiosa*. «¡Nadie de vida intachable ha caído en el error!» (3) exclama el poeta inglés; y en cambio, muy conocidos son los que por seguir el libertinaje de sus costumbres, han inventado mil confesiones de fé que les salve su libertad de conciencia. Estos *Reformadores* son los que, como ha dicho uno de nuestros buenos filósofos, tomando los nombres de Dios y de la Religión, han encendido las imaginaciones de los hombres, y se han embriagado hasta el extremo de cometer toda clase de atropellos y arrebatos». Este ha sido siempre el carácter de los herejes. Sócrates ya lo notaba entre los mismos arrianos.

(1) Id. reflexiones sobre la administración pública.

(2) *Systhem.* de la natur. part. 2. pag. 285.—*Essai sur les prejuges*, cap. 2 et. 10.

(3) *Nemo Vitæ integer errat.*—*Pop. de Hom. Epist.* 3. v. 447.

Aunque él era uno de ellos, observó que el Arrianismo había entrado por medio de un presbítero en el palacio de Constantino, y se fué propagando primeramente por la hermana de éste, y después por su hijo Constantino y su mujer; en seguida por los palaciegos, y finalmente por la multitud; y concluye diciendo: «Sobre aquella opinión discutían continuamente los camareros del Emperador con las damiselas; en todas las familias de la ciudad se oía una incesante discusión; y el contagio de aquel mal se extendió en breve por todas las ciudades y provincias. De manera que la discusión suscitada por una chispa y por unos principios al parecer tan pequeños, encendió los ánimos de todos en la discordia porque cada uno tenía ocasión favorable para mover tumultos». (1)

No se puede negar que en el seno de la Religión Católica han existido muchos genios inclinados á ponerlo todo en discusión; y aunque jamás pasaron la raya de lo que está definido y declarado, sin embargo la Santa Iglesia tolera de mala gana á sus hijos el espíritu contencioso. Las primeras controversias, ya lo digimos, fueron excitadas y sostenidas por la necesidad de conservar ilesa la verdad del dogma: los herejes fueron quienes las motivaron: los Santos Padres sólo hicieron

(1) Socrat.

la defensiva. (1) En los siglos posteriores, creciendo la paz de la Iglesia y resfriándose la caridad comenzó á encenderse entre los mismos católicos el gusto por disputar. La Teología Escolástica, utilísima por otra parte á la Iglesia, dió lugar á sistemas diferentes en materias indiferentes, y esto produjo variedad de escuelas y una gran frecuencia en disertaciones y disputas.

Pero en guardando la moderación y sobriedad convenientes, es útil y preciso que los ingenios se ejerciten en esos varios conocimientos. Si el espíritu de los hombres, que pocas veces sabe medirse, se ha dejado llevar de excesos, ya multiplicando las cuestiones inútiles, ó ya tratándolas con demasiado calor, esto no lo enseña sino lo prohíbe el Cristianismo,

Es indudable que las discusiones no se permiten entre los católicos con el desenfreno que las usan los anticatólicos y los falsos filósofos. Las disputas de la Teología Escolástica no salían de las universidades, no se hacían comunes al pueblo, no se ocupaban de ellas las familias con detrimento de la paz doméstica y del Estado, como notaba Sócrates que ocurría con los arrianos y se nota hoy mismo entre los herejes é impíos con-

(1) Ocurre hoy lo mismo con nuestros católicos escritores. No hacen más que defender á la Iglesia por los puntos en que se le ataca; ó sea, en toda línea, que es por donde ahora acometen, haciendo un general y extremado esfuerzo, el error y la impiedad.—N. E.

temporáneos (1) Solamente entre ellos se ha visto y se vé discutir y vociferar en los sitios públicos y en las casas, y en los estrados las mujeres sobre unas controversias, no ya de materias indiferentes, sino de los dogmas más esenciales de la fé cristiana; y se dan casos de ser en una familia el marido arriano, la muger anabaptista, y cada uno de los hijos de su opinión ó secta, altercando y gritando cada uno en el deseo de que prevalezca su error.

Aunque no pasen los filósofos á tratar materias que no son de su esfera, se extravían en cuestiones pueriles, y las discuten con un empeño y calor, que parecen ser artículos esenciales para la vida eterna ó para la conservación de la República. En este exceso han caído la mayor parte de los filósofos antiguos y modernos. Aun aquellos que se han presentado más indecisos, afectando no tener partido, estuvieron tan decididos por su indecisión, que querían que todos la abrazasen. Carneades, jefe de la Academia, ó del Escepticismo, disputaba con tantos bríos contra Cenon, maestro de los estóicos, que antes de discutir con él se purgaba con el elévoro para fortificarse la cabeza. (2)

(1) Hoy hasta los más humildes zapateros discuten sin cesar y resuelven categóricamente sobre las materias más árduas; como si poseyeran todas las ciencias, y fuesen no solo maestros de *obra prima*, sino de la más ennumerada teología.—N. E.

(2) Aul. Gel. lib. 17. cap. 15.

Esto prueba lo que ya hemos dicho del orgullo que tienen los incrédulos y escépticos. Nada habrá que añadir al furor con que disputan, en diciendo que, al salir de la discusión, se iban derechos á buscar un árbol para ahorcarse; de donde dice Plinio que viene el proverbio: *No encuentra árbol de que ahorcarse.* (1)

De esas cuestiones pueriles se pudieran referir muchos ejemplos antiguos; basten los siguientes: Identidad de la nave en que Teseo hizo la expedición de Creta contra el Minotauro. ¿Por qué la Luna tiene cara de mujer? (2) ¿Cuántas medidas de vino ofreció Acestes á los compañeros de Eneas? (3) ¿De cuantos metales estaba compuesto el anillo de Giges? Si Diós criara un número infinito, ¿serían pares, ó nones? Pudieran tener aquí lugar distinguido muchas de las treintidos cuestiones que presentó y defendió sobre Homero el célebre Porfirio, digno modelo de nuestros filósofos impíos. Aun más curiosa y entretenida parecerá la disertación que el mismo Porfirio compuso acerca de un lugar del libro 13 de la odisea sobre el importante objeto de la Retirada, ó Cueva de las Ninfas. Y también esta sería y gravísima cues-

(1) Proverbium inde natum: suspendio arborem eligendi... Plin. Nat. Præfat. lib. I.

(2) In Plutarco, de facie in orbe Lunæ.

(3) Quot cados vini Acestes Æneæ donarit.—Bchus Hassenstein tr. de Mis. hum. pag. 31.

ción: ¿Cuántas onzas de amor (1) caben en el hombre, y cuántas en la mujer? Consulta que, dicen, hicieron Júpiter y Juno á Tiresias. Este gran filósofo tomó su cartabón, y halló que cabían justamente nueve onzas en la mujer, y tres en el varón. (2)

Los Arcades, en tiempo de Juvenal, habían de discutir cada año: si Anibal debió seguir el camino de Roma luego que ganó la batalla de Cannas, ó si debió dar algún reposo á sus tropas fatigadas. (3)

A tales impertinencias era consiguiente la burla y el desprecio que por esto hacían de los filósofos otros hombres menos ridículos. El emperador Tiberio para reprimir este prurito de promover cuestiones tontas y ajenas á la filosofía, añadió otras que propuso á los filósofos de su edad, burlándose de ellos y diciéndoles, por ejemplo: «¿De qué familia era la madre de Hecuba? ¿Qué asuntos cantaban las Sirenas?» (4) Epicuro llegó á fastidiarse de los sofistas y gramáticos porque no acababan de saber ni convenirse sobre esta cuestión: ¿Qué significa en Hesiodo la palabra *Caos*? Esto nos recordará cuando tratemos cuestiones impertinentes, así en la Teología como en las demás fa-

(1) Hoy se dice gramos de amor.—N. E.

(2) Rodig. Antig. lection. lib. 14. cap. 14.

(3) Juven. Fat. 7.

(4) Suet. in Tiberio, cap. 70.

cultades que se tratan en nuestro siglo, que el entendimiento humano cae por sí mismo en estas flaquezas cuando no está sostenido y corregido por la virtud; y también esto nos hace ver que esas menudencias y quisquillas son más antiguas que la Escolástica, y, por consiguiente, que esta ha recibido de la Falsa filosofía sus defectos. Siempre que la Filosofía no se modere por la Religión Católica y por una política cristiana, levantará muchas controversias como las de los partidos *Nominales* y *Realistas*, y otras más particulares como la que en tiempos de Juan XXII tomó el nombre de la *cuestión del pan y del vino*, que fué harto molesta para el dicho Pontífice. En la época de Pío II, Filelfo, autor conocido, que compuso una alabanza satírica á dicho Papa, gastó un largo y precioso tiempo en disputar ruidosamente con Timoteo sobre la letra I, y dió con sus mordeduras ocasión á que los Religiosos menores predicasen contra los estudios de algunas letras humanas.

Cuanto atrase todo eso á la verdadera filosofía y á las ciencias lo indica Macrobio: «La Filosofía, dice, es vergonzosa, y no solo aborrece el estrépito de las palabras, sino que aun el de los pensamientos no debe tener acceso en el sagrario de su retiro». (1)

(1) Macrobius. Saturn. lib. 7.º cap. 1.º

Algunas veces he comparado á nuestros falsos filósofos con las arañas. Reaumur observó la ligereza con que estos insectos tejen y forman sus telas. También advirtió lo muy fina que es su seda, y por esto le pareció á aquel sabio naturalista que hacía un gran servicio á la sociedad si cultivase y adelantase tan preciosa labor. Congregó al afecto cuantas arañas pudo en una habitación que les preparó. Esperaba que se reuniesen en pacífica compañía como los gusanos y las abejas, y que de este modo crecería y se aumentaría la obra. No tardó en tocar el desengaño. Cayó á seguida en la cuenta de que las arañas no podían habitar formando comunidad entre sí; que se mordían mutuamente; y que cada una rompía la tela de la que estaba á su lado en vez de ayudarla; finalmente, que eran bastantes para arruinarse á sí mismas. Esto es lo que se advierte en los falsos filósofos desde la antigüedad hasta nuestros días. *Meditaron sus años como las arañas. Tejieron telas de araña. Las telas de ellos no serán para vestidos ni podrán cubrirse con sus obras*, ha dicho la Escritura Sagrada. (1) ¿Qué sistemas no han urdido en sus cabezas? Desentrañaron y devanaron el ovillo de los sesos donde está envuelto el cordón de plata que ata nuestros antojos y mide

(1) Anni nostri sicut aranea meditabuntur.—Psalm 89. v. 9.—Telas araneæ texuerunt. Telæ eorum non erunt in vestimento, neque operientur operibus suis.—Isaiæ, cap. 59. v. 4.

nuestros días, en frase del Eclesiástico; (1) inventaron mil hipótesis que quieren hacer propias, sin dar parte á nadie. Ninguno quiere trabajar de peón ú oficial bajo la dirección de un maestro ó jefe común. Todos anhelan fundar secta, es decir, telas que lleven su nombre. Quererlos conciliar para que tejan una sola tela será un esfuerzo inútil. Luciano, que quiso consultarlos, dijo que se mareó sólo de haberlos oído. (2)

Ya oímos á Rousseau confesar lo mismo cuando quiso consultar á los filósofos: *Sus razones, dice, son hechas solamente para destruir*: esta es la destreza de las arañas. «Sus votos, añade, si se cuentan, se verán que todos son singulares: cada uno vota por sí mismo.» Es una empresa imposible ponerlos acordes como no sea para atacar á la Religión y á la verdad. El Proconsul Gelio intentó con los filósofos de su tiempo lo que Reaumur con las arañas. Juntó aquel buen hombre á todos los diferentes partidos que había en Atenas, y los exhortó á convenirse sobre la variedad de sus opiniones, y á transigir sometiendo sus diferencias á su autoridad; pero tuvo que dejarlos por no marearse ó perder el juicio como Luciano. (3)

Esta razón general es bastante para que no ade-

(1) Cap. 12. v. 6.

(2) Lucian. Dialog. de Necromant. et in Dialog. Icaro Menip.

(3) Cic. de Legib. lib. I.

lanten las ciencias. ¿Cómo se pueden hacer progresos en un asunto, cuando es contrario el fin de las obras y la intención de los que obran? El fin de cualquiera ciencia es la verdad, de este ó de aquel modo conocida para nuestro provecho: el fin de los falsos filósofos es la vanidad. ¿Cómo pueden conformarse, el uno con el otro esos dos fines? ¿Cuándo estuvieron en una misma silla la verdad y la vanidad?

A esta razón se añade otra, tambien general, por la que los falsos filósofos atrasan toda clase de literatura; consiste en una curiosidad viciosa y en una libertad desenfrenada. Todas las cosas criadas tienen su esfera particular y determinada. Los que viven satisfechos con nadar y jugar en el agua no apetecen volar: las aves se alegran en volar por el aire hasta donde quiere, y les sobra espacio; no desean nadar, ni penetrar en el corazón de los mares. El alma racional tiene una esfera incomparablemente mayor que todas las cosas visibles. No anda siempre sujeta á un camino como los astros; pero por grande que sea nuestra esfera es tambien limitada: no todo lo podemos saber. Hay en este género más sobriedad que en las otras cosas. La regla de S. Pablo (1) contiene una economía que si se observara, habría muchos más

(1) D. Paul. ad Rom. cap. 12. v. 3. Non plus sapere quam oportet; sed sapere ad sobrietatem.

sabios y de más provecho. ¿A qué se cansan los vanos filósofos, y juntamente nos cansan con sus pretensiones de libertad para pensar, leer y escribir sin limitación alguna, sin diferencia de bueno ni de malo? ¿Les parece que con esa libertad no quedará verdad alguna por comprender, y que por falta de eso se sabe tan poco? (1) «No se necesita, dicen, un genio como el de Newton (2) para ver que sin una completa libertad para producir los discursos es imposible la indagación de la verdad». «Nada es más sabio, dicen otros, que la conducta de los paganos que dejaban á cada uno la libertad de discurrir, creer y hablar como le gustaba». (3)

¿Pero á qué nos cansan, vuelvo á decir, estos necios con ese empeño furioso en tomarse una libertad ilimitada de pensar y de saber? Ellos que se la tomaron y la han usado toda la vida, ¿han adelantado mucho las facultades? ¿En qué ciencia sobresalen? ¿Qué hay en los libros de particular que no sea licencia deshonestísima, una contradicción y desbarajuste estupendo, una osadía de mentir sin miedo y otros primores semejantes?

(1) Pues ya no falta sino sobra esa libertad absoluta, y sin embargo las artes y ciencias se miran hoy en esqueleto, —N. E.

(2) Hëlvet de l' Sprit c. 2. pag. 48.

(3) Voltair. Diction. Philosoph. Rien de plus sage, que la concluit des payens, qui laissoient á la chacun liberté de penser, de croire et de parler, comme il vouloit.

Aunque no hubiera más ejemplo que el de ellos mismos, sobraría para escarmentar y para que alabásemos la prudencia de la Ley que nos aparte de miserables extravíos por una coartación racional.

Aunque no se tuviera respeto alguno á la autoridad de la Revelación, ni temor de errar en el camino de la vida eterna, solamente consultando al progreso de las ciencias, muchos sabios antiguos y modernos han clamado contra la libertad absoluta de entender en todo, leerlo todo y apurarlo todo. Las artes y las ciencias progresarían si no solamente las personas sino las familias se concretarían cada una á una. Si el hijo insistiera sobre las huellas que le dejó abiertas su padre, no hay duda que tendría adelantado en este camino todo lo que anda para abrirse otro nuevo. De aquí nació la política de muchas naciones que prohibieron á los ciudadanos salir de aquella arte que habían profesado sus mayores. De cualquiera ciencia se suele decir, que *el arte es larga y la vida breve*: la vida se haría más larga si el hijo que sobrevive al padre, comenzará á andar desde donde aquel lo había dejado.

Finalmente, la intemperancia en el leer es una libertad que no solamente se condena por la Iglesia, sino también por el tribunal de la razón que preside á las operaciones de cada hombre. No sólo S. Pablo ha encargado saber con sobriedad, sino que aun los gentiles que habían escarmentado en

sí mismos, decían: *El deseo de saber más de lo que basta, es un género de destemplanza.* (1) La destemplanza en comer y beber no aumenta las carnes, ni nutre, sino extraga. Del mismo modo, la destemplanza en querer saberlo todo y conocerlo todo no fortalece al espíritu, sino lo arruina. «La nutrición, dijo el más célebre de los oradores antiguos, no se hace con lo que se come, sino con lo que se digiere». (2) Lo dijo por la comida del alma que es la ciencia. No se crece en ella tragándose muchas bibliotecas, sino digiriendo bien lo más escogido que se haya de leer.

De lo contrario resultó una plaga inmensa de libros malos; unos que se pensaron después de escritos, y otros que no se meditaron jamás. Soñó cualquiera de esos vanos filósofos algunas fantasías creadas entre los humos de las pasiones, y á la mañana siguiente lo dió todo por realidad, y salió al mercado del mundo para venderlo en las noticias públicas como una invención divina.

De aquí proceden tantos abortos impíos que prueban la prisa, el tumulto de las pasiones y la destemplanza con que se concibieron. De aquí también el desprecio de las más respetables opiniones antiguas, diciendo que son añejas y que se

(1) Plus scire Velle, quam satis est, intemperantiæ genus est. Senec. Epist. 68.

(2) Non ab ingestis sed á digestis fit nutritio.—Cicer.

han gastado por haberse muchos alimentado con ellas. Es incalculable el daño que causa esa malvada libertad tanto á las ciencias como á la Religión.

Las cosas viniéronse disponiendo desde mucho tiempo antes para ese mal y desorden cuyos extremos ahora tocamos. Muchos autores católicos y aun piadosos, no contentos con la órbita en que para el bien se mueve y desarrolla la libertad racional, empezaron á desealarla absoluta para las cuestiones meramente filosóficas. Y esto es lo que nos ha perdido; esto nos ha proporcionado una curiosidad extremada, una costumbre de dudar de todo; un prurito de señalarnos con alguna singularidad, y un orgullo que no cede ni á la autoridad, ni á la antigüedad, ni al testimonio de otros aunque se junte todo el mundo. Los modernos escritores solo se satisfacen con un propio fondo, aunque no hayan tenido más estudio ni más preparación que dar rienda suelta á sus pensamientos y producirlos con algún despejo y agrado. Por último, á una educación que tiene por base la independencia de todo yugo, ya divino ó ya humano, se añade el hastío de toda autoridad aunque sea la más preciosa y la más sagrada, y así se forman almas soberbias, hinchadas, rebeldes, atrevidas é incapaces de dar ni tomar consejos sanos.

Por mi propia experiencia puedo asegurar que nunca faltó entre nosotros libertad para pensar, leer y juzgar con indiferencia entre los sistemas

filosóficos así antiguos como modernos. ¿Qué regla eclesiástica ó qué precepto de Religión prohíbe a ningún cristiano leer y comentar á los filósofos paganos, y mucho menos estudiar á la naturaleza, observarla y seguirla conociendo de ella un poco y de nuestra debilidad y torpeza un mucho? Esta meditación es propia de los filósofos y aun más de los cristianos. La envidia de los progresos que hacían en este género inspiró á Juliano el pensamiento de prohibirles esta clase de estudios.

La Religión Católica no se dió por ofendida de que Descartes, después de haber estudiado la filosofía recibida en su siglo, se retirase á un lugar sosegado, para dedicarse á meditaciones más profundas sobre la metafísica y la física. La Religión Católica no impidió al célebre Gasendo, que en su ministerio eclesiástico hiciera los esfuerzos que hizo para cultivar el sistema de física antiguo, purgándolo de sus errores, como Santo Tomás había purgado á Aristóteles.

Newton no hubiera tenido obstáculos dentro de la Religión Católica Romana, para los vuelos que dió en la esfera de la Naturaleza. Boile, Boerhave, Wolfio y otros ilustres filósofos de nuestra época, no hubieran atrasado un paso por tener la profesión católica. El sublime Malebranch, sirviéndose de sus luces y de sus virtudes religiosas, fundó una Metafísica que hace honor al espíritu humano en unos tiempos en que no amamos ni adornamos sino á los cuerpos. ¿Cuándo, pues, ha sido

la Religión Católica enemiga de la libertad, de las ciencias y de las artes?

Luego el clamar incesantemente *¡libertad! ¡libertad!* es un error del todo inoportuno; pues para muchos no es necesaria, y para infinitos es perjudicial. Yo distingo dos clases de ingenios: los sublimes y los medianos, reduciendo á éstos los ínfimos. Los genios sobresalientes y sublimes son raros. Estos no necesitan de algún pasaporte ó salvo conducto para poder volar sobre los principios comunes de cualquier sistema. Ellos conocen sus fuerzas, y saben tomarse la libertad que la Religión no les niega para pensar de las cosas naturales sobre los conocimientos vulgares.

A muchos de éstos los compara el Sabio Juan Huarte con las cabras «por la semejanza, dice, que tienen con aquel animal en el andar y pacer. La cabra jamás anda con gusto por lo llano, siempre es amiga de brincar á sus solas por los riscos, y de asomarse á grandes profundidades por donde no hay vereda alguna, y no quiere caminar con compañía. Una propiedad como ésta se halla en el animal racional: cuando tiene un cerebro bien organizado y templado, jamás se detiene en ninguna contemplación, todo es andar inquieta buscando cosas nuevas que saber y que entender. Por el contrario, hay otros hombres que jamás salen de una contemplación, ni piensan que hay en el mundo más que descubrir. Estos tienen la propiedad de la oveja, que nunca se desvía de las pisa-

das del manso, ni se atreve á caminar por lugares desiertos y sin carril». (1)

No me conformo con lo que añade: *Que ambas diferencias de ingenio son muy ordinarias entre los hombres de letras*. Nada de eso: los genios inventores no son tan ordinarios, si hemos de hablar de invenciones útiles, como parece que aquí habla. Pero concretándonos á nuestro asunto, la primera de éstas dos clases no necesita que se le convide con mucha libertad; antes bien, necesita que se le pongan trabas, especialmente en la juventud. «Se ha de trabajar (dice el mismo en otro lugar) (2) en el arte del raciocinio cuando comienza á desarrollarse la inteligencia que debe tener con la Dialéctica la misma proporción que las trabas que echamos en las manos y pies de una mula cerril, la que si anda algunos días con ellas, toma después cierta gracia en el paso; lo mismo ocurre con nuestro entendimiento trabado con las reglas y preceptos de la Dialéctica».

Los que fundan los progresos de las artes en la libertad de pensar, juzgan que habituándose cualquiera á seguir los pensamientos de otros que van delante, serán toda la vida unos genios esclavos. No hay tal esclavitud; porque esas ligaduras que detienen al alma en su niñez, son muy débiles

(1) Examen de ingenios, cap. 8, pag. mihi 89 y siguiente.

(2) Juan Huart, ubi. supr. cap. 3. pag. 30.

para tenerla aprisionada cuando llega á ser adulta, especialmente si es de esquisitos fondos. Aquellas son ligaduras que sólo sirven para que no se desgaje el renuevo mientras que crece; más en habiendo crecido, ellas mismas se caen ó rompen como sucede en un árbol ya sólido, engrosado y recto.

Si para esta clase de genios sobresalientes no es conveniente la libertad en un tiempo, ni necesitan que se la den en otro, para los genios medianos é ínfimos es inútil y perjudicial convidarlos con la *libertad absoluta*. Dije *inútil*, porque si no han nacido para volar, sino para andar ó gatear, ¿á qué conduce provocarlos para que se eleven sobre los conocimientos ordinarios que se les enseñan? ¿No es una necedad pedir á éstos otra cosa sino que entiendan bien y usen mejor las reglas que los buenos autores, antiguos ó modernos, han dado sobre la materia? También es *perjudicial*; como si á uno que no puede volar, ni sabe nadar le dijeran que se arrojase al aire desde una alta torre, ó á que corriese sobre las aguas; á nadie se podría persuadir á tales cosas; y sin embargo hoy se trata de persuadir á muchos con nécias exhortaciones á que sean *libres*, á que no se sugeten á los maestros, á que se desprendan del nido en que nacieron, y se arrojen á una esfera en que naufragan ó se estrellan. Es muy fácil conseguir que el más tonto se crea que es un talento superior, que es un águila; y en cuanto un espíritu débil se

forma ésta idea de sí mismo, á todo se aventura, y es tanto más atrevido, cuanto es menos capaz de advertir los escollos.

Así los vanos filósofos insisten en seducir al género humano de quien se llaman los bienhechores. No les basta perecer en los cálculos tenebrosos de su libertad; quieren arrastrar á una multitud de jóvenes y de almas ligeras para que caigan con ellos en el abismo de perdición. Quieren también, á lo que parece, que con ellos muera la sabiduría, según la expresión de Job. Con eso nunca nacerá un sabio que pueda darles celos en el Infierno. Si al menos tuvieran la humanidad del Rico voluptuoso, tendrían más compasión de los hermanos que dejan en este mundo para que no descendiesen al mismo lugar. Pero no me detengo más sobre los daños generales que esa desenfrenada libertad ocasiona á las letras y á los literatos. Pasemos ahora á las razones que prueban la ruína de cada una de las ciencias y de las artes en particular.

LA TEOLOGÍA.

El odio que éstos filósofos tienen á la Teología es semejante al que manifiestan contra los teólogos. Hemos visto ya algunas de sus furiosas declaraciones contra los Padres, Doctores y Concilios que se han dedicado á defender la pureza de ésta ciencia Sagrada.

Lutero, escribiendo contra el rey de Inglaterra, (1) no tiene reparo en decir que para él nada son, ni nada significan, ni nada valen S. Agustín, San Cipriano, S. Basilio, ni todos los padres de la Iglesia juntos. Que se cree con derecho á apoderarse de las Sagradas escrituras, y, á su arbitrio, pervertirlas, aumentarlas y disminuirlas; y como única razón de ello dice: «No queremos ser discípulos de los papistas, sino sus jueces y maestros». (2) Calvino no se detiene en llamar asnos á todos los doctores de la Iglesia Católica; y añade que no los considera dignos de desatarle á él la correa de sus zapatos.

Si el Universo se arreglara por los sistemas de éstos impíos, es bien cierto que ni siquiera se oirían en él los nombres de teólogos, concilios, dogmas, y ni aun el de Dios. Directa ó indirectamente su objetivo es la negación de Dios; y ¿qué teología quedará en este caso? Quitado el objeto principal, ¿dónde irá una ciencia que dirige á Él todo su estudio? Pues si hay ó no un Dios, es para los filósofos racionalistas un problema, ó mejor dicho, una fábula. Lo que á ellos les gusta creer es que la materia ha sido eterna. Esto les contenta mejor.

(1) Este párrafo no se halla en las dos primeras ediciones del P. Ceballos.—N. E.

(2) Surius in coment. pag. 261.

Aun más desprecian á los misterios. La Trinidad, la Encarnación y todos los que creemos en la Iglesia, dicen que son invenciones de los Papas y de los teólogos, ocasionadas por las disputas ocurridas en varios siglos. Los atributos divinos de los que tan sabia y altamente se ocupa la teología, añaden estos blasfemos, que son las ideas de las mismas pasiones humanas atribuídas por nosotros á la Divinidad, á la que de ese modo ultrajamos y ofendemos. Esto lo dicen de la Providencia, de la Misericordia, de la Justicia, de la Clemencia y de todos los demás atributos. La Revelación, las Santas Escrituras, los Sacramentos y el Culto exterior que son partes principales de la Teología son también otros tantos objetos de su maledicencia y de su odio. Y ¿qué diremos de la moral y de las reglas de la conciencia? Ellos niegan la conciencia, el temor de Diós y toda idea de honestidad, y así acaban de desembarazarse de esta última parte de la Teología.

Después de ésto, suprimen las tres virtudes teologales. La Fé es llamada por ellos una cosa imposible (1) que Diós no puede mandarla; que el obligar á creer es obligar á mentir. (2) Y con el mismo estilo, añaden otra porción de necedades

(1) Militair. Philosoph. cap. 14, pag. 116.—Dictionair. Philosoph. Tom. I. art. Foi,

(2) Christianism. dévoilé, pag. 172. Rousseau. Emil.

propias de unos hombres que no siendo ni aun filósofos, quieren dar lecciones á los teólogos. A la Esperanza la hacen vana; primero: porque niegan la vida eterna, y nos hacen semejantes y hasta parientes de las bestias. Segundo: porque no creen en el misterio de la Resurrección del Señor, que es el fundamento de nuestra esperanza. (1) La caridad no es posible en unos monstruos que no conocen otro amor que el carnal, (2) que hacen á Dios más bien aborrecible que amable, suponiéndolo origen de todas las miserias que sufren los mortales, (3) y que no tienen sentimientos de compasión para el prójimo porque no enseñan más que simplemente el amor de sí mismos.

LA METAFÍSICA.

Esta ciencia que es la más sublime después de la Teología es hollada igualmente bajo los pies de nuestros brutales filósofos. Debe haber la misma contradicción entre ellos y la Metafísica, que entre la carne y el espíritu. En su filosofía el hombre es todo carnal, todo materia. Con esto se ahorran componer el tratado *Del Alma*, ó sea, la *Psicolo-*

(1) Dictionair Philosoph. art. *Ascension et Resurrection.*

(2) Toussain. lib. des Mœurs.

(3) Systhem. de la Natur.

gía, ni tienen que entrar en aquellas profundas meditaciones que hicieron los antiguos y modernos filósofos para conocer la naturaleza de este ser vivo, activo é inteligente.

Tampoco en su filosofía abreviada será necesario escribir reglas de *Ontología*. ¿Para qué tratar de ángeles, ni de demonios, ni de algún ser espiritual ó divino, si nuestros filósofos no creen en ellos porque no los pueden tocar? Para explicar cuanto ven en el Universo, les basta una materia movida por sí misma, ó por el acaso ó por el destino.

LA FÍSICA

Se podría, por lo menos, esperar que nuestros filósofos perfeccionaran esta ciencia supuesto que todos sus estudios é inclinaciones se concretan á los cuerpos. Pero ¿qué infelicidad domina á esta nueva filosofía cuando confiesan sus mismos profesores que no conocen á la materia? Ved aquí la ilustración de unos filósofos que se llaman materialistas. Hasta ahora sólo conocen su fuerza de atracción además de lo que tocan con los sentidos, que es á lo que se reduce toda su inteligencia. Por este mal supuesto descubrimiento de la atracción como propiedad de la materia, tienen esperanza de que algún día se descubran nuevas propieda-

des en las piedras y en los demás cuerpos. Esperan que hablan los árboles, y tendrán elocuentes conversaciones las rocas entre sí mismas. Y si este humor corre hácia las estátuas, á las que no hace falta otra cosa, habrá esos hombres más en el mundo, y se aumentará la población. Pero hasta entonces el conocimiento que los falsos filósofos tienen de la materia es muy poco ó ninguno, y otro tanto es lo que saben de Física.

El tratado de causas y efectos nunca tendrá lugar en sus libros, porque entre ellos no cabe ningún orden de seres que puedan hacer cosa cierta ó determinada, obedeciendo á principios que de antemano se hayan establecido. El acaso lo hace todo en su mundo; y de cuanto sucede en los cielos y en la tierra no hay otra razón que dar sino que un choque ó reencuentro fortuito de las moléculas y de los átomos de la materia acordó hacerlo así. Esto les ahorra también el trabajo de meterse en el laberinto de las leyes universales, que, ligadas entre sí, componen el orden del Universo. ¿Para qué, pues, necesitan la *Cosmología*? Poco hay, á la verdad, que decir del mundo y de las leyes sobre que está fundado, si no hay en él otra ley, ni más sabiduría, ni más razón ó *logos* que una ciega casualidad, sin conocimiento ni designios. La Astronomía será para ellos tan casual é inútil como la Astrología judiciaria. Tan temerario debe parecerles anunciar los eclipses y demás revoluciones de los astros, como el pronosti-

car la fortuna de los nacidos, y como todos los caprichos humanos.

LA AGRICULTURA Y LA INDUSTRIA.

Tienen osadía nuestros ilustrados filósofos para calumniar al Cristianismo acusándole de que quita á la sociedad las ventajas de la agricultura y de la industria. «El desinterés, dicen, que inspira el Evangelio, si llega (no es fácil) á prender en todos los hombres, quedará desierto el Comercio y se arruinarán la Agricultura y todas las artes. (1) Aumentan esta calumnia corrompiendo las palabras de Jesucristo que dicen: *El que no renunciaré todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Bayle que abusó de este y de otros muchos lugares, es reprendido por otro filósofo que no pensó defender al Cristianismo. (2) No obstante le hace ver que no se manda todo lo que se contiene en el Evangelio; que lo más arduo y perfecto solo se aconseja; que el estado común del Cristianismo no tiene las reglas á que están sujetos los que siguen la vida del claustro; y le prueba que confunde las órdenes generales con el estado general. Pero aun

(1) Letr. 8 á Eugen. pag. 23.—Christianisme Devoilé pag. 165 y pag. 236.—Examen importante, cap. 222, pag. 121.

(2) Monteschiú. Hem. 28 in Math.

no les faltan en los padres de la Iglesia muchos pasages de que abusan por malicia y por ignorancia. San Juan Crisóstomo dijo en su tiempo que un cristiano podía ser comerciante (1) y lo probó con el Salmo 70 que dice: *Por quanto no conoció las letras*, (2) donde se habla de la negociación, ó sea, de las *letras de cambio*. (3) Mas aquel Santo Padre habló de la negociación tal como la veía en muchos, manchada con la usura y mentira. En este sentido ¿quién no dirá lo mismo que el Crisóstomo? Aun más se puede decir, y es, que ningún hombre de bien puede ejercer semejante negociación.

Otros acusan al Cristianismo diciendo que ese desinterés que predica es ingratitud para con Dios.

(1) Crisostom. in 28 in Math.

(2) Quoniam non cognovi litteraturam.

(3) Para el sentido literal que doy á las palabras del Salmo, es oportuno notar aquí una inscripción antigua que los pueblos Canamenses, Oducienses y Nemenses de la vecindad de Sevilla dedicaron á Cayo Elio Accito, Patrono de los comerciantes, la que decía: *Los literatos á su Patrono*. Algunos han leído *lintraqrior*, que quiere decir marinero: pero no es este el verdadero sentido: y si lo fuera, se referiría á los marineros de las riberas del Guadalquivir, que no eran barqueros miserables sino dueños de embarcaciones que hacian gran tráfico por el Betis. Esto se comprueba con otra dedicatoria que consagraron otros pueblos comerciantes, no barqueros, al mismo Accito, protector del comercio, otros pueblos comerciantes que pueden llamarse *literatos* como los llama David en otro lugar. Respecto al Salmo referido algunos traducen: Puesto que no conoció el *negocio* en vez de *litteratura*. Otros entienden: *Puesto que no conoció los números*. Las tres versiones se refieren á la aritmética, á las cuentas, á las letras de cambio y correspondencia con que los negociantes hacen su comercio.

Porque *renunciar los bienes que la naturaleza nos ofrece es hacer desprecio de los beneficios divinos* (1) ¿Quién no se reirá de estos sofismas tan pueriles y tan majaderos?

Sin embargo, para responder de una manera terminante que haga ver cuan sabio es el desinterés cristiano y cuan atento al bien de la sociedad, y, por otra parte, cuan enemigos le son los principios de los falsos filósofos y sus ejemplos, es conveniente advertir: que Jesucristo no aconsejó el abandono de las cosas humanas, sino su renuncia. No es lo mismo lo uno que lo otro. Esto hará ver una gran diferencia entre los falsos filósofos y los cristianos, de la que se deducirá que los segundos favorecen á la agricultura, al comercio y á toda clase de industrias y los primeros las arruinan.

Á Jesucristo le preguntó un joven, que haría para ser perfecto. El señor le respondió: *Anda, vende lo que tienes, y dalo á los pobres; y después ven y sígueme*. No le dijo el Señor que lo abandonase todo, que lo despreciase todo, sino que hiciese un buen uso de ello en provecho de los pobres. Con este mismo espíritu reprendió S. Juan Crisóstomo la extravagancia de Anaxagoras y de otros filósofos que abandonaron sus campos dejándolos

(1) Militair. Philosoph. cap. 20. pag. 187. Refresher la bienetre que la nature nous presente, n' est ce pas d'odaigher les bienfails de la Divinité.— Y Christian. dévoilé, pag. 163.

incultos y llenos de maleza para entregarse por completo al estudio de la geometría y de la física. «Los primeros fieles (dice aquel Padre (1) haciendo la diferencia que yo propuse arriba) distribuían sus bienes á los pobres según las necesidades en que estos se hallaban. Eso no era una vanidad como la extravagancia de los filósofos, de los que unos dejaban sus tierras, otros echaban su oro al mar; lo cual no era un justo menosprecio de las riquezas, sino una locura y una necedad. Por otra parte el demonio ha procurado siempre calumniar á las criaturas de Diós como si fuera imposible usar bien de ellas».

No supo Bayle entender esta clarísima doctrina de aquel Santo Padre, y por esto se atreve una y otra vez á querer corregirlo, alabando mucho el desasimiento de Anaxagoras y de los otros filósofos. «Me admiro (dice este mal crítico) de que el Crisóstomo haya reprendido este noble desinterés, tratándolo de locura. ¿No equivale eso á dar licencia á los filósofos para que traten de locos y de estúpidos á los cristianos que renuncian á sus patrimonios por retirarse á la soledad? Así se halla el bien y el mal en todas las cosas según las preocupaciones con que las miramos».

Está muy fuera de lugar esa consecuencia; y serían muy lógicos si digieran: *luego así confundi-*

(1) Chrysostom. Hom. 7. sup. Act. Apost.

mos los malos filósofos el bien y el mal en todas las cosas, según las preocupaciones con que las miramos. San Juan Crisóstomo y todos los cristianos con el Salvador, desaprobamos el abandono de las posesiones para que sólo sirvan á las bestias ó queden inútiles cuando pueden con mucha facilidad ponerlas á beneficio de los pobres ó de otro buen destino. Esto segundo hacían los primeros fieles, y por lo mismo sentían que los filósofos hicieran un mal uso de las cosas. No podrían estos replicar cuando aquellos les digesen: «Vosotros sois unos disipadores y dilapidadores de vuestros patrimonios, porque no sabiendo aprovecharos de ellos no dejais tampoco lugar para que otro ciudadano necesitado se socorra con ellos. No sembrais los campos, los dejais incultos, llenos de maleza, los abandonais á las bestias; si hubiera muchos filósofos, la Agricultura llegaría á olvidarse ó á perderse, y los animales feroces ocuparían otra vez las mejores campiñas como antes de que se poblase la tierra». Por cierto que á esto responderían lo que contestó Demócrito á las labradoras y pastoras que le acusaron de su pereza porque andaba midiendo la tierra á palmos mientras que podría hacerla un jardín con su trabajo.

El desinterés que inspira el Evangelio si nos lleva á dejarlo todo, no es sino en beneficio de otros; y para los que no se inclinan á tanto, su enseñanza es utilísima y preciosa para el manejo de las cosas que se reservan. En el comercio será es-

timada, y á los cristianos que con ellã traten sus negocios, los hará íntegros, y darán siempre buena cuenta de ellos. No habría hoy tantas bancarrotas ni tanta infame codicia, si el desinterés cristiano estuviera bien grabado en el corazón de todos. Faltaría la levadura que hace hervir á innumerables cuestiones que se suscitan para justificar la usura, ó para paliarla con nuevas é innumerables formas de contrato. Estos y otros defectos de mala fé que se notan en muchos cristianos, son vicios que condena el Cristianismo. No los habría si fueran todos fieles al Evangelio; pero habría muchos más si las leyes de los falsos filósofos fuesen las únicas para el Comercio. Entonces los comerciantes tendrían reglas para contratar una misma cosa con muchos, tomar el precio de todos y dejarlos engañados á todos; porque la mentira es para ellos una destreza que se celebra con aplauso, y por otra parte hacen materia de burla las promesas y los juramentos.

¿Qué verdad, qué fianza, qué rastro de buena correspondencia quedaría en el Comercio y trato de los hombres, si se admitiera como maestra esta filosofía? De esto se hablará muy detenidamente en el libro tercero, expresando los medios de que se sirven para desbaratar á la sociedad.

LA JURISPRUDENCIA.

La Filosofía tuvo la gloria de haber sido la maes-

tra de muchas leyes. De Zaleuco y Carondas lo dice Séneca, (1) y ya quizá lo habremos indicado; que no aprendieron la ciencia del Derecho en el ruido del Foro, ni en la Tribuna del Senado, sino en aquel secreto y silencioso retiro donde meditaba Pitágoras. Concedo que la buena filosofía enseñe al hombre á conocer y distinguir sus acciones y derechos, sus obligaciones y deudas; pero nuestros modernos filósofos no trabajan á favor de un objeto tan útil, sino al contrario. La Política, la Moral, la Economía, la Jurisprudencia, todas estas ciencias tan ilustres, que han sido el campo donde se han juntado los trabajos y desvelos de los sabios de muchos siglos, son hoy vueltas de arriba abajo con uno ó dos principios que ponen por base de la Jurisprudencia y de la moral. ¿Qué leyes, ni qué preceptos caben donde se halla corrompida la libertad humana y se hace al hombre irresponsable de sus acciones? ¿Qué remedios morales, ni políticos podrán aducirse donde es desconocido por completo el origen del mal, y donde la caída de Adán, su castigo y el pecado original y sus consecuencias no son sino fábulas que se toman á risa? (2)

Además de estas dos brechas que han abierto en la Jurisprudencia, se adelantan por otro tercer

(1) Senec. epist. 90.

(2) Volt. disc. 6. Philosophic.

camino para tirarla por los suelos, enseñando á discurrir acerca de las leyes, sin otro norte que una filosofía ciega y atrevida, y una pobre razón sin conocimientos, sin juicio y sin prudencia. Hay muchos libros dedicados á tratar exclusivamente del Derecho natural, de los oficios de los ciudadanos públicos y privados, de los males y remedios de la República y de las sentencias capitales, en los que sus autores definen, dividen, concluyen y deciden sin dar otro testimonio que el suyo. De manera, que así como antes los jurisconsultos se avergonzaban de hablar sin texto, del mismo modo ahora nuestros filo-juristas se avergüenzan de aducir algún testimonio de sus oráculos. Es verdad que en los axiomas no se admiten citas ni se dan pruebas; y como los nuevos maestros de leyes no hablan sino axiomas y sentencias, sería contra la alta dignidad de estos letrados y de su incorruptible candor, exigir otra prueba que su palabra *honrada*. Todo es original en ellos. Pero ¿á quién han de citar, si todos los hombres que los han precedido, escepto alguno que otro filósofo, eran unos legisladores, ó legisperitos crueles, sanguinarios, supersticiosos é ignorantes? Es necesario criar de nuevo la ciencia del Derecho; y esta se debe buscar en la razón; pero no en la razón de hombres instruídos, sino en la de unos filósofos y jurisconsultos *nafos*, que no estén afectos ni tinturados en los juicios y opiniones de otros.

Hace más de un siglo que presentía ese mal en nuestra España el Señor Crespi-Valdaura; y temía que de él se siguiera la ruina de las ciencias, especialmente del Derecho. «Serían felices las artes, dice, cuando sólo juzgaran de ellas los artífices; pero la humana flaqueza, ó mejor dicho, la soberbia nos ha traído á tal extremo de males, y, acaso, con mayor demencia en nuestros tiempos, en que el sastre no se contenta con juzgar de los vestidos, ni el herrero del manejo de su mazo, sino que presumen entender de todo, y aun el ciego disputa sobre la naturaleza de los colores con los que ven. Esta calamidad que es común á todas las artes, es más común y frecuente en la ciencia del Derecho. Apenas se siente cualquiera con talento algo precoz, aunque no tenga ni ligeras nociones de facultad alguna, cuando ya se persuade que con sólo su razón es capaz de comprender la esfera de las leyes, y hablar de ellas mejor que los más entendidos jurisconsultos. Según esto, bien se puede llamar hoy á cualquier hombre *Sacerdote de la Justicia*». (1)

LA HISTORIA.

El carácter de la Historia es la simplicidad y la

(1) Crespi Vald. part. I, á num. 1.

realidad. No hay en ella lugar para misterios, y la destruye el que quiera entenderla en otro sentido que el que pide la letra. Los que enseñan á tergiversar la significación propia de las palabras, y á convertir las relaciones de los hechos en alegorías y misterios, habrán hallado el arte de corromper toda la Historia antigua y moderna. La Iglesia Católica, maestra de toda sabiduría útil, reprendió en Orígenes el haber querido reducir á inteligencias espirituales y caprichudas los hechos que refiere Moises en la historia del Génesis, relativos al coloquio de Eva con la serpiente y á otras cosas que se escribieron para ser entendidas á la letra. En Saturnerio había condenado antes la perniciosa vanidad con que pretendía convertir en humo la carne, pasión y muerte de Jesucristo. Hoy es una cosa muy célebre el ver á los filósofos incrédulos, quiero decir, á estos genios geómetras, burlarse de todo lo que no tiene evidencia ó demostración; reirse de todos los misterios y considerar como cosa digna de lástima ó de risa cualquier idea espiritual, llamándolas á todas sublimes desvaríos ó desmayos de cabezas débiles; mientras que esos hombres mismos que quieren parecer de cal y canto, precisos, exactos y á la letra, son los que hallan el secreto de espiritualizar todo lo que se habla y escribe sencillamente. No me refiero aquí al partido de aquellos protestantes que inventaron y han seguido el *sentido figurado* disipando una de aquellas sentencias más claras

que habló Jesucristo, cuando dijo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*; palabras que contienen unas proposiciones categóricas, demostrativas y tan ciertas como estas otras con que en nuestro español familiar solemos llamar al *pan, pan*; y al *vino, vino*.

Siguiendo los deistas y falsos filósofos los principios y ejemplos de sus padres, han hallado una mina para destruir y hundir cuanto se refiere en el Evangelio, que es la historia más franca y más sencilla que se ha escrito en el mundo. Historia, digo, que sólo se estimará como merece cuando los hombres lleguen á formarse una idea de lo que quiere decir esa palabra Historia. Sin embargo, Espinosa, el Autor del *Exámen de la Religión* y Woolston, este impío á quien no pudo sufrir su patria Inglaterra, todos estos no ven en los hechos y casos que refieren los Evangelistas, sino significaciones morales y designios alegóricos; pero nada de Historia, nada de verdad literal. Espinosa no quiere entender de otro modo la Resurrección de Jesucristo. (1)

Woolston reduce á esto en uno de sus perversos sermones todas las curaciones y milagros que obraba el Salvador. Si lee que una mujer padecía un flujo de sangre durante doce años; que en ellos

(1) Epist. 25. ad Ensiq. Oldembrug.

había gastado todos sus bienes en médicos y medicinas; y que, por último, llegó un día á tal lugar, delante de tales personas, con otras circunstancias que suelen acompañar la relación de un hecho cierto, y, tocando la vestidura del Salvador quedó perfectamente sana, enseguida aquel predicador se devana los sesos para convertir todo este suceso en una alegoría injuriosa al estado Eclesiástico. Le parece que aquí no se puede hablar de una curación física, tan prodigiosa y que dió tanta gloria á Jesús; sino que se trata de una enfermedad moral ocurrida á la Iglesia. Esta Iglesia es, en la extravagante exposición del citado crítico, la mujer de que se habla en el Evangelio. Los bienes que había gastado aquella desgraciada en los médicos, son las rentas eclesiásticas gastadas y disipadas entre los Ministros del Altar, que no sanan ningunas enfermedades morales, porque sólo se aplican á sus intereses, honores, discusiones, competencias y vanas disputas. Por último, la vestidura de Cristo á que aquella mujer figurada se aplicó, es, según ese intérprete *famoso*, la doctrina y predicaciones del Salvador, á el que la Iglesia, por fin, se ha convertido estimando solamente la pura palabra de Dios.

Si hay licencia para que cada uno, según la mayor ó menor viveza de su imaginación, evapore en semejantes humos y alegorías los hechos históricos y las relaciones que pasan de unos labios á otros, ¡cómo nos llenaremos de polvo en el trato de

la vida humana! No solamente las cosas antiguas serán entendidas muy diferentemente de como ocurrieron; sino aun las que se afirman por unos ú otros todos los días. Diremos entonces que César no fué un hombre verdadero; que no vino á conquistar las Galias, sino que un contagio, una sombra de aquel hombre verdadero, pasó de Italia á Francia, y arrebató con una guerra secreta á muchos de aquella nación. Así deliraron algunos egipcios, y resolvieron que la persona de Moises era el viento Fisón que les era muy fatal.

Así convierten otros á los antiguos personajes que introduce Homero en su Iliada y Odisea, como Aquiles, Agamenon, Héctor, Eneas y los demás. En estós últimos sería ya menos temeraria una semejante licencia de cavilar; pero en otros personajes que no son de los tiempos fabulosos, sino vecinos á los nuestros, y sobre quienes se resuelve lo principal de la Historia y el establecimiento de algunos imperios, no deberían sufrirse impunemente estas licencias. ¡Cuánto se aumentarían las tinieblas de la Historia, y los intereses que fundan en ellos muchos pueblos si se introdujera el arte de convertir á todas las personas en geroglíficos ó en letras del alfabeto! ¡Cuánto más si los sucesos reales y positivos se convirtieran en apólogos ó cuentos para instruir á los hombres acerca de algunas verdades morales! Como si digeran que todas las guerras que se refieren entre cartagineses y romanos, sólo se habían escrito para representar la lucha que hay

siempre dentro del hombre entre sus pasiones y el imperio de la razón.

Todo el fundamento de la Historia estriba sobre la ingenuidad de los libros y autores que la escriben, y en la legitimidad y sinceridad de los hechos que estos refieren. (1) Si se niega ó se duda de la legitimidad de los Comentarios de César que fueron testificados y tenidos como genuinos por todos los escritores de su tiempo, como Cicerón, Hircio, Bruto, Tito Livio, Lucano y otros, y se disputa la verdad y existencia de aquel Capitán que transformó el estado de la República, y fué conocido por todos los autores citados, es necesario negar también la legitimidad y existencia de dichos autores, y apagar de un soplo toda la historia Romana. Ya hubo en tiempos de Isaac Vosio un erudito sobre cuyo tejado nació este capricho, y se secó como el heno antes de madurar y cogerse; porque no se publicó la disertación que se preparaba con este designio. Como en este siglo la Historia, la Cronología, la Jurisprudencia y todas las ciencias más prácticas quieren réfundirse en la Filosofía, ó mejor dicho: como quiera que los filósofos pretenden reducir á hipótesis y vanos sistemas las cosas más acreditadas de ciertas, es indispensable la mayor vigilancia para no dejar

(1) Huet. Demostr. Evang. axiom. 2.

extinguir las centellas de luz que nos han quedado de la Historia antigua.

Por otra parte, muchos de ellos no tienen escrúpulo alguno en inventar cualquiera prueba de documentos ó testigos que les haga falta; si bien es verdad que generalmente acostumbran referirse á los muertos, porque si testificaran con vivos correrían el riesgo de verse á cada paso desmentidos. No hay que admirarse de que corrompan la Fé {divina y hagan nulo el pacto que juraron en el Bautismo. ¿Qué de documentos falsos no aglomeraron Aventino, Hírico y Goldasto para corromper la Historia de los estados de Alemania? Vitriario llama por esto á los libros de Goldasto mercancías de contrabando y de fé sospechosa. (1) Alega constituciones sin fijar la fecha, ni el consulado, ni las personas por quienes fueron redactadas; y sin embargo las alega con el título de *Actas públicas*. Strubio le acusa de haber inventado una capitulación de Maximiliano I; y dice que es falsa en opinión de cuantos saben algo. Se advierte que ni Vitriario ni Strubio eran católicos, sino de la misma grey filosófica que Goldasto. Habrá ocasión de extenderse en otros casos particulares.

En un discurso preliminar y tan reducido como este, no se permite sino indicar las principales fuentes de la historia que aspiran á envenenar, y

(1) Vitriar. lib. 1. tit. 2. et tit. 12. n. 5.

los principales historiadores que de entre ellos han incurrido en este crimen. ¿Quién lo sospechara de Juan Sleidan? Este famoso escritor á quien Conrighio recomienda como uno de los primeros maestros de quien debe aprenderse la Historia de los siglos XVI y XVII y respecto de quien no encuentra uno que se le pueda comparar en toda Alemania, y cuya historia, añade, debía colocarse entre los monumentos públicos de aquella nación, con otros elogios que le tributa, como si se tratara de un Evangelista; sin embargo, y aunque parezca increíble, Sleidan es uno de los escándalos en que los pirronianos fundan su incredulidad para toda la Historia. (1)

Se refiere de Cartovis que leyendo un día á Sleidan, y viendo allí tan alterados los hechos de que tenía un conocimiento propio ó inmediato, concluyó diciendo: *Los escritos de Sleidan acaban de hacer que me pese de haber creído jamás en alguna historia antigua ó moderna.* (2)

Limeo cita á Dressero (ambos autores protestantes) que afirmaba no habersele podido olvidar jamás este dicho de Cartovis; porque este era un varón grave y sincero, que había tomado parte en muchas juntas y aun había sido presidente de algunas en qué se habían tratado los hechos que

(1) Conrighio, tom. 2. fol. 20. et tom. 3. fol. 27. et 28.

(2) Thom. Broivm. cap. 6. et lin. adit. tom. I. cap. 3.

veía tan trocados y desfigurados por Sleidan. A tal descrédito y desconfianza reducen toda la Historia unos hombres que no estiman ninguna fé, porque han perdido la que deben á Diós y á su Santa Palabra.

LA ELOCUENCIA Y DEMÁS BELLAS ARTES.

Se sorprenderán los lectores al ver que yo trato de reos á unos filósofos en un artículo en que están muy satisfechos de su mérito. Ellos se imaginan los hombres más elocuentes de su siglo. Uno de ellos nos dice: «Nuestros autores tienen más cuidado de corregir sus libros que sus costumbres, tomando el ejemplo de Averroes». (1) Adornar, y hacer agradables sus escritos es todo su estudio. No les pesa que no sean buenos con tal de que sean bellos. Hay también quienes condescienden demasiado con la vanidad; y ya sea por bondad ó por ironía dan un excesivo valor á sus obras. No es mi ánimo injuriar á nadie; pero me parece muy poco digno de un hombre lisonjear á otro y á otros tales.

En cuanto á los *espíritus-fuertes* de nuestro tiempo, no negaré que muchos de ellos muestran en sus libros un talento más suficiente para la

(1) De l' Sprit. pag. 82.

elocuencia que para la filosofía. Su estilo es generalmente abierto y fácil; sus periodos muy ligeros y finos; las imágenes que con frecuencia emplean son grandes y á veces nobles. La producción de sus pensamientos es desembarazada y con demasiada libertad; en una palabra: no dificulto que ellos fueron los que digeron: *Magnificaremos nuestra lengua. A nuestro estudio deben su pureza nuestros sabios.* (1) Ni estas, ni otras gracias que no faltan en sus escritos entre las flores de una erudición no vulgar, les negaré yo nunca. Pero ¿está ligado á este punto el mérito de la elocuencia, ni el de las bellas letras? ¿Les llamaremos beneméritos de las mismas si junto á esos agradados introducen en la elocuencia, ó arte de bien hablar, mil sofismas y errores substanciales, si, en una palabra, corrompen la literatura con pecados enormes?

Nadie esperará que en un breve prelude descienda yo á determinar uno por uno estos vicios de que son nuestros *bellos* filósofos maestros; pero á lo menos debo determinar alguno que sirva de muestra para los que he de proponer más extensamente en el libro tercero. Nos ceñiremos, pues, por causa de la brevedad, á aquel punto que llama Cicerón (2) el principal de toda la elocuencia,

(1) Psalm. II. v. 5.

(2) Cicer. de Orat. lib. I. Caput. Artis dicendi.

ó sea, el modo *decente* en el hablar y escribir. Se entiende por *decencia* una consideración y respeto que observa en ciertos casos el que escribe ó habla (1) ¿Guardan nuestros filósofos, cuando escriben, algún respeto á cosa alguna divina ó humana? El defecto *de toda decencia* es precisamente el carácter de la mayor parte de sus escritos. El mismo Cicerón reduce á tres clases esta decencia; (2) la primera es respecto á las personas, la segunda, respecto á los tiempos, la tercera, respecto á las edades. Sería yo interminable si hubiera de llenar esta división con las razones que para cada extremo se pueden aducir con los ejemplos que se pudieran tomar de nuestros falsos filósofos. Respecto á las edades ¿quién no vé que cada una tiene su carácter y pide un diverso estilo? La ancianidad no habla como la juventud. A un anciano no se le puede disimular que hable con el calor de un joven; antes bien en la edad madura se lloran y aborrecen muchos defectos que en la edad primera parecían hechizos. Cicerón se avergonzaba de una descripción muy florida que hizo á la edad de veintisiete años acerca del suplicio de los parricidas. (3) Consideren nuestros filósofos si es decente en sus canas y en sus años el sucio torrente

(1) D. August. de Doctr. Christ. lib. 4. cap. 7.

(2) Cicer. de Orat. lib, I. Decet quod aptum est personis, temporibus et etatibus.

(3) Cicer. in Orat.

de obscenidades y ridiculeces con que inundan sus libros. Pues no tienen más respeto á las personas. Esta es la segunda clase de decencia; y desde luego se viene á la consideración la suma indecencia con que estos *bellos* filósofos se tratan aun á sí mismos; hasta el extremo de que se oye á Voltaire decir á uno cabrón, puto, sodomita; á otro gusano del cu...., á otro pobre diablo, á otro pobre hombre etc. etc.; expresiones que no son por cierto flores muy olorosas ni elegantes para adelantar en la elocuencia. Pues todavía son más insufribles cuando hablan á personas de más elevado carácter, á los príncipes, á los Magistrados, á los Arzobispos, á los Concilios, y á cuanto hay de más soberano y de más sagrado sobre la tierra. No se piense que guardan más respeto ni más consideración á los lugares y tiempos. Notoria es su atrevida manera de decir, y de querer trastornar las formas de gobierno y la religión que profesan los países. No cesan nunca de inventar novedades malignas. En fin, no se busque en sus libros ninguna de aquellas decencias que contribuyen á la perfección de la oratoria. ¿Qué dirán á esto los que presumen que ha renacido el siglo de oro?

¿Qué artes deja, pues, sanas esta furiosa filosofía que á todas les quita sus objetos principales, y hasta el mismo suelo en que se fundan? Le queda únicamente el cuidado de adelantar una ciencia cavilosa y sofisticada, que como un gusano maligno

se ase á todo para roerlo y para destruirlo; un monstruo que despedaza sordamente, aguardando el momento de rebelarse con audacia, y degollar á los que primero acaricia.

Ha llegado en nuestros tiempos un siglo donde parece que se quieren sepultar todas las verdades, todos los conocimientos humanos y divinos, todas las luces, y precipitar sobre nosotros una noche profunda, un silencio horrendo, un mundo envuelto en su caos, á fin de que les quede á estos filósofos un orbe proporcionado á sus ideas; unas tinieblas que encubran sus abominaciones; un silencio que no los turbe, ni los reprenda; y una materia sucia en que se sumerjan y revuelquen para siempre.

Sin embargo, los buenos filósofos que ilustran á nuestro siglo, parece que se disponen á dar la última mano á las ciencias. Si tienen un verdadero amor á la sabiduría, miren por sus intereses; y, depониendo todo celo falso y todo partido, no muestren tener otro que el de vengar á la ciencia tan vilmente ultrajada. Entren todos los sabios en nuestra causa, sean teólogos, ó médicos, ó geómetras, ó jurisconsultos, ó metafísicos, ó políticos. Todos han sido agraviados y turbados en sus posesiones y términos antiguos. Todas las aves deben convocarse para custodiar el Alcazar de Minerva contra estos buhos y murciélagos que lo atacan y lo infestan. Estas sabandijas chupan la sangre y la vida de cuantos duermen, mientras

que con sus plumas y alas les hacen un aire lísonjero.

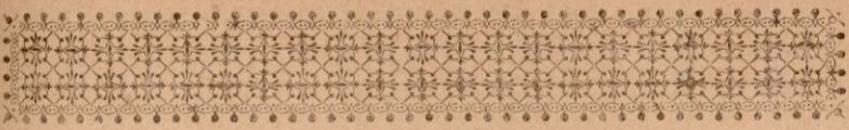
Deben sentirse más obligados á reparar los daños si consideran que de su cuartel han salido las llamas y corren bajo su nombre. Una curiosidad viciosa y una singularidad vana es el aire y el espíritu que ha soplado aquel fuego. Yo no les reconvengo como quien está sano, sino como un enfermo que se conduce con los otros heridos y les consulta acerca del remedio. No acaso como quien puede tirar la primera piedra á la mujer adúltera. Todos somos pecadores porque queremos saberlo todo: lo malo y lo bueno. La soberbia ha sido nuestra impía madre; y de ella han nacido dos malas hijas: la curiosidad y la singularidad. La envidia es su miserable hermana, que acaba de llegar de París; y de aquí nace una generación numerosa: la disputa, la porfía, la defensa del terror, el amor propio, la inconstancia, la revolución, el escándalo, el desprecio para los pobres y el abominar toda doctrina que sea humilde y salvadora. No hay cosa más contraria á la penitencia y á la Fé. No hay un impedimento mayor para el propósito de saber. La curiosidad, ha dicho un autor moderno, es un vicio que hace al hombre descuidado de saber lo útil, para llevarlo á estudiar lo inútil y nocivo.

No puede saberse todo. Debemos elegir entre lo que podemos saber. Es un vicio el desear saber lo bueno y lo malo. Si nos domina, elegiremos saber

lo malo dejando lo bueno. Si lo resistimos, nos dedicaremos á saber lo bueno, dejando lo malo. ¿Cual de estas dos ciencias se debe preferir? No se recomienda la pereza cuando se mortifica la curiosidad. No es el Apóstol envidioso de los sabios, sino solícito de su adelantamiento cuando les dice: *No sepais más de lo que conviene; pero sabed hasta que no os dañe.* Y en otro lugar: *No corrais á cosa incierta, no para azotar al aire; sino corred de tal modo que comprendais: Sic currite...* Excitémonos todos á correr con el mismo propósito. Si en los libros que siguen á esta prevención vienen los lectores que yo me aparto de ese camino, deseo me reduzcan á él. Si hallaren vacíos en mis discursos, espero que los llenen y los suplan. Si notan vicios en las palabras, tengan presente que no ha sido ese mi estudio, y que hay tiempos y circunstancias que no sufren ese cuidado. Durante la hostilidad se le dispensa al soldado el aliño. En otras obras reina el gusto: aquí en su conflicto dá voces la verdad. Esto es ya más serio: defendemos la causa de nuestros altares, de nuestra patria, de nuestras vidas, de nuestras mujeres, de nuestros hijos, de nuestros hogares. Algo es este cuidado para oprimir nuestro espíritu y hacerle gemir como el Héroe de Troya abatido en semejantes casos. (1)

FIN DE LA SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE DEL APARATO

(1) ...curam sub corde premebat: multa gemens.



LIBRO PRIMERO

PRINCIPIOS ATEOLÓGICOS DE LOS DEISTAS, FALSOS
FILÓSOFOS Y DEMÁS IMPÍOS. MODERNOS.

PREFACIO Á ESTE LIBRO.

Siendo tenebrosos los principios aun de las verdades, ¿cuánto lo serán los de los errores? Quisiera por esto poderme entrar desde luego en el objeto principal que me hizo emprender este trabajo y exponer al instante las máximas sediciosas, sanguinarias y perturbadoras de los ateos, deistas y demás sectas aliadas. Cuanto más se funda este asunto en pruebas de hecho, otro tanto será más claro, fácil y de la esfera de todos cuantos leyeren. Pero como los impíos que combatimos no se atrevieron á llegar desde el primer paso al extremo funestísimo de la impiedad, sino que se abrieron camino por algunos principios perversos que les sirven de dogmas, me ha parecido necesario comenzar por el exámen de esos mismos

principios. Sin este método nunca se vería la raíz amarguísima de su infame política y moral que debo combatir después.

El punto principal de la causa que yo defendiendo no consiste en probar que hay deistas, ateos, filósofos y liberales revolucionarios. Esto sería poco y les dejaríamos una evasiva muy fácil para escapar. Al instante me querrían decir que no han faltado estos y otros delitos entre los cristianos. Declamarían, como suelen, contra los excesos y males morales que hay en el gremio de la Iglesia Católica y aun entre sus ministros. Aunque no ponderaran ni fingieran tantas culpas como de las que suelen acusarnos, yo confesaría que somos realmente culpables muchas veces por nuestra conducta. Mas esto solo ocurre en cuanto nos separamos del camino de la Religión santa en que siempre debiéramos andar. No conoceríamos nuestros pecados, ni nos acusaríamos de ellos, si no viésemos la rectitud de las reglas y sanas doctrinas de que nos hemos separado para pecar. Esto mismo prueba la santidad de nuestra Religión, y establece la diferencia que hay entre un pecador cristiano, y un apóstata ó hereje. El cristiano que confiesa el crimen que cometió, reconoce su culpa, y así justifica la ley de donde se apartó, y al propio tiempo dá gloria á Dios; (1) pero el hereje

(1) Josué cap. 7. v. 19: *Confitere et da gloriam Deo.*

é infiel que llama á lo bueno malo y á lo malo bueno, se glorifica en su malicia, y acusa á la ley que le estorba y embaraza. Elevan á la categoría de leyes sus pasiones y apetitos, y consideran como un acto de justicia el satisfacerlas. No debemos hablar de casos singulares. En todos los hombres hemos de suponer las mismas inclinaciones y unos mismos principios de corrupción. Todos pecamos; y quien digere que carece de culpa, aunque sea nacido de un día, miente y no hay en él verdad. (1)

Esta malicia ha sido universalmente conocida por todos los hombres; y es el sugeto ó la materia que han procurado refrenar ó destruir todas las leyes y preceptos morales. No es culpa de estos que no puedan forzar al hombre. Este, abusando de su libertad, los quebranta y obra mal; pero de aquí no puede inferirse otra cosa sino que las leyes son ineficaces; que no bastan; que solo pueden mandar lo bueno y prohibir lo malo; pero sin dar fuerzas ni socorros para cumplir lo mandado.

Esta es precisamente una de las grandes ventajas que tiene la ley de Jesucristo sobre las leyes de todos los demás legisladores y filósofos. Los preceptos de estos solo alcanzaban á señalar los caminos que se habían de seguir y los extravíos que se

(1) Joan. cap. I. v. 8. 9. 10.—3.º Regum 8. 46.—Prov. 20. 9.—Eccle. 7. 21. Non est homo justus qui faciat bonum et non peccat.

habían de evitar; pero sin dar ni otras luces, ni otras fuerzas interiores para el cumplimiento de lo que enseñaban; y por lo mismo no podían reformar las costumbres de los pueblos. En el curso de la presente obra haremos la horrible descripción de la torpeza de las naciones paganas, aun de las más sabias. Pero la ley que nos ordenó Jesucristo, y que tiene en su depósito la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, no solo manda lo que se debe obrar, sino que provee de mil géneros de auxilios; ya de luces exteriores, ya de gracias interiores con las que hace fácil y dulce lo mandado.

Aquí, cerca de nosotros y dentro de cada uno de nosotros, sentimos á Dios que nos lleva sobre sus manos por donde nos ordena ir. Digan los experimentados: ¿para qué acción buena no le hallaron pronto? *Si yo decía* (así se explica uno) (1) *quiero mover este pie, Él me ayudaba, y me daba formado el paso.* Si nos ordena hacer un camino, Él nos ciñe, y nos nutre con un Viático que nos llena de fuerzas y de alientos para correr y aun para volar. Si nos manda combatir, nos unge para la lucha, y nos arma con mil escudos que son impenetrables á todos los golpes.

Esto añaden los Sacramentos á los Misterios y á los Preceptos. Los Preceptos ordenan, sin algún

(1) Psalm. 93. v. 18.

error, lo que se debe obrar; los Misterios corren la cortina á unos motivos magníficos y á unos fines eternos que nos excitan á la práctica de las buenas obras; los Sacramentos derraman en nosotros ríos de gracia y de virtud para acometer con eficacia la obra ordenada. Además de esto, el espíritu de santificación que habita en todos los fieles que no le resisten, inspira siempre mil géneros de gracias extraordinarias que los llevan con alegría y con deleite á las empresas más arduas y penosas. Si el amor lo hace todo fácil, no se admire alguno de que por un amor celestial é invencible guarden los cristianos unos caminos duros, trazados por las palabras que salieron de los labios del Señor. (1)

Está es la razón de que en la Santa Iglesia se hayan visto tantos hombres portentosos y divinos que en número y virtud obscurecen cuanto se ha querido decir y fingir de los héroes formados en otras religiones. Como la malicia de los impíos no quiera desfigurar los hechos ciertos, siempre estará demostrado que ninguna religión, ni todas juntas, tuvieron tantos hombres perfectos y bienhechores como la ley de Jesucristo; y también que en ninguna religión se han conocido tan pocos delitos y tan pocos hombres malos como en el Cristianismo. Después de todo, si entre los cris-

(1) Psalm, 16. v. 4.

tianos hubo ó hay más ó menos defectos, examínese si estos toman sus principios ó sus aumentos de alguna doctrina de la Santa Iglesia Católica; y si de verdad hallaren nuestros adversarios algún principio ó regla cristiana que induzca á delito, ó lo mande, ó lo excuse, han triunfado del Cristianismo. Yo, y cuantos ahora vivimos con inefable satisfacción en su regazo, al instante le dejaremos, y nos tendrán en su partido los falsos filósofos y demás impíos. Pero si es verdad que no lo hay, como bien se sabe por nosotros, pues no figuramos entre los neófitos ni se nos oculta algún capítulo de esta ley, y si por el contrario todas las sectas se fundan en principios erróneos y se adornan con máximas perversas y de funestísimos resultados, ¿por qué son entonces tan tercos é indómitos que no se rinden á la verdad? ¿Por qué si conocen, como deben conocer, la justicia de nuestra causa, no arrojan las armas y cesan de impugnarla, ya que no tengan la felicidad de gozarse en ella y por ella? Para justificar esos impíos su aversión y su odio deben decirnos qué iniquidad encuentran en Dios (1) ó en la doctrina que nos há revelado. Digan por qué se apartan de Él y corren detrás de las vanidades. ¿Qué inconstancia hubo semejante? Pasad á las islas de Cethín, id á Cedar, y ved si hubo caso de que alguna gente mudase tan pronto sus dioses que no eran dioses.

(1) Jerem. 2.

De manera, que debo empezar la controversia exponiendo principios de doctrina. Después iremos á las máximas que en ellos se fundan; y, por último; á las consecuencias que de ellos se deducen. Así se verá que, aun cuando se hallen excesos y faltas en los católicos, la Santa Religión triunfa por ellos mismos, y exige de los Prelados y Autoridades cristianas que se hagan observar sus reglas, cuya transgresión es la única causa de que haya pecados entre nosotros. Esto hará ver también que, en cuanto hay cristianos desobedientes al Evangelio y á los preceptos de la Santa Iglesia, hay cristianos desobedientes á sus mayores, rebeldes á sus jueces, magistrados y reyes, infieles á sus señores, tiranos para los súbditos, é injustos para todos. Esto demostrará, en fin, que según la proporción en que haya buenos católicos, habrá buenos ciudadanos, fieles súbditos, ministros y jueces íntegros, padres de familias perfectos, casados prudentes, sacerdotes santos, y reyes moderados y solícitos de la paz y de la administración de la justicia en sus pueblos.

No pueden sufrir este examen, ni someterse á esta prueba los principios, las máximas, ni las consecuencias necesarias del deísmo, del filosofismo y de todas las sectas sus aliadas. Así como la Religión católica no teme el argumento que se le pueda hacer porque hay algunos ó muchos pecadores singulares en su gremio, tampoco servirá de nada á las sectas el haber en ellas algunos ó mu-

chos filósofos de conducta exteriormente arreglada. Esto no impide que sus partidos, en cuanto son cuerpos coligados por unos mismos principios y reglas, sean detestables y temibles, porque esos principios son malos por naturaleza, y establecen máximas contra el orden público y contra todas las sociedades y gobiernos.

El amor al método me deja sin arbitrio para no comenzar el asunto por los principios ateológicos y metafísicos de los deístas y de cuantos pretenden llamarse filósofos. Porque las materias metafísicas son muy abstractas y superiores al alcance intelectual de la mayor parte de los hombres, pensé todos los medios que pudieran evitarme el empezar por ellas ó resolverme á omitirlas; pero no hallé alguno que dejara incólume el orden esencial que me he propuesto para el desarrollo de mi obra. Expondré aquellos pretendidos sistemas con la posible claridad; sin embargo, debo pedir á mis lectores perdón por la aridez que precisamente ha de notarse en este primer libro. Los siguientes serán más fáciles y amenos. Allí la inteligencia correrá sin cuidado.

A dos clases pueden reducirse todos los escritos en cuanto á la forma de tratar las materias. Unos son del género geométrico ó demostrable; otros son del género aritmético, armonioso ó persuasivo. En los primeros se busca la verdad, ó se demuestra; y por eso todo debe ser luminoso. En los segundos se inspira el alma y se canta á la bon-

dad; por lo mismo, todo debe ir en ellos animado y encendido. En los primeros todo debe ser calma para que no se perciba sino la razón, como cuando vemos á la Luna brillar en medio de una noche serena y clara. En los segundos todo se conmueve con los movimientos del corazón; las pasiones le siguen, y todo arde y todo se agita. En los primeros todo se pone al servicio de la precisión y justicia de las ideas. En los segundos, todo, aun el desorden, se admite para servir al gusto.

A la primera clase pertenecen los argumentos que se tratan en algunas partes de este primer libro. En todo él voy á probar unas verdades relativas á tres objetos ó artículos. El primero, *de Diós*; el segundo, *de Diós Criador y Rector*; el tercero, *de Diós Salvador y Glorificador*. De consiguiente, el género siempre debe ser demostrativo. Mas cuando en este primer libro se trata de la existencia de Diós contra los ateos, ó de su Providencia contra los deistas, ó de su libertad contra los fatalistas y espinosistas, es necesario apretar cuanto posible sea los razonamientos.

Para que estas razones se dejen ver en toda su luz es preciso descarnar los discursos, ahorrar las digresiones, no dar mucha cabida al sentimiento, y escasear todos aquellos adornos que visten con elegancia las ideas, pero no dejan ver su cuerpo y mucho menos su esqueleto. En una palabra: aquí es lo principal hacer una disección más bien que una oración. Y este análisis debe ser tanto

más formal y concreto, cuanto las verdades que se hayan de probar sean más abstractas; pues las ideas sublimes y espirituales exigen para ser vistas, que se las despoje y aparte de cualquiera otra especie, cuya interposición no sea necesaria para percibir el objeto que se contempla.

Vamos á entrar en esta discusión, aunque resulte árida, tratando el asunto bajo un concepto general, ó sea, examinando al Deísmo desde su principio hasta su fin. Cuantos hasta ahora escribieron acerca de esta materia, no se han hecho cargo sino de artículos especiales. Wolfio, demasiado prolijo en fijar y distinguir la etimología y las ideas que corresponden á las palabras, casi no ha descubierto en los deístas otros errores que los que se refieren al artículo de la Providencia.

Los demás escritores más bien han procurado contestar á este ó aquel deísta, que combatir al Deísmo. Unos, haciendo notar los extravíos de algún filósofo impío, han seguido sus pasos, desvaneciéndose concretamente sus calumnias y blasfemias. Otros solo han pensado en los errores que tienen por objeto la Revelación, los Misterios ó determinados lugares de la Sagrada Escritura ó de la Historia de la Iglesia. Unos deducen que aquellos sectarios son irreligiosos; otros que son impostores; otros declaman contra sus costumbres. Todo esto y mucho más, es cierto; pero es aún necesario demostrar, que todos los males públicos y privados, especialmente las revoluciones

en los estados y la rebeldía á todas las autoridades legítimas, la tienen por base y obligación de su secta.

Para señalarme el orden con que debo combatir dichos principios, conviene distinguir las clases de impíos que voy á impugnar en este primer libro.

Unos niegan la existencia de un Diós distinto de este mundo y de la materia. Estos son los ateos, que, bajo mejor careta, se llaman filósofos materialistas.

De ellos, como ya queda dicho, se distinguen, solo en el nombre los deistas; porque estos, si admiten la idea de Diós, es para impugnarla de diversas maneras. De los deistas, unos niegan á Diós como autor natural; otros le niegan como autor sobrenatural.

En el orden natural, unos le niegan absolutamente la creación y la obra del Universo. Otros solamente su conservación y su régimen.

De estos últimos, unos niegan que la Providencia tiene cuidado de las cosas humanas y pequeñas, y también la excluyen de las acciones libres de nuestra voluntad. Otros solamente se embarazan con la distribución de los bienes y males físicos que se nota en esta vida, entre los hombres. Pero todos conspiran á negar ó limitar á Diós el gobierno del mundo.

Wolfio hizo en compendio una relación de las clases de deistas que yerran acerca de Diós como autor natural, y las reduce á solo cuatro hipótesis.

Yo seguiré este resúmen porque ayuda á proceder con método; pero trataré las hipótesis en su orden diferente. La primera (que es en Wolfio la tercera) trata de los que niegan á Diós la creación del Universo y suponen á éste independiente en absoluto de Aquel. La segunda solo niega á Diós la libertad en haber criado al mundo: esta es en Wolfio la cuarta. La tercera se refiere á la independencia que quieren tengan de Diós las fortunas buenas ó malas de los hombres. La cuarta quiere sustraer del régimen Soberano las cosas humanas y pequeñas. Esta es en Wolfio la primera.

Además de estas cuatro hipótesis de los deistas, nos hicimos cargo en las anteriores ediciones, de otra quinta que abraza á los que hacen independientes de la Providencia Soberana y libre nuestras acciones humanas, sujetándolas á la tiranía del hado ó á la extravagancia del acaso.

Los deistas que yerran acerca de Diós como Autor sobrenatural, se dividen en varios errores que son consiguientes á la negación de la Providencia. Porque quitada á Diós la inspección de las cosas humanas en lo que mira al orden natural, estaba abierto el camino para negarle el cuidado de nosotros en cuanto se refiere á una vida sobrenatural. Y así, dejan á Diós convertido para los hombres en un ídolo que ni vé, ni oye, ni anda, ni se mueve en nuestro socorro; ni nos habló jamás en la naturaleza, ni en la voz de las profecías, ni en las otras Santas Escrituras.

De aquí procede el desacreditar los libros sagrados; ya en los personajes de la Historia divina que la escribieron; ya en la inspiracion con que la escribieron, ó ya por algunos pretendidos errores de Física, de Cronología y de Historia que les imputan.

Pensé reducir esta variedad de errores á tres clases. Primera: los que niegan á Diós. Segunda: los que niegan á Diós como Autor y Gobernador. Tercera: los que niegan á Diós como Mediador y Glorificador. Los primeros son los ateos; los segundos, los deistas; los terceros, los filósofos *gentilizantes ó naturalistas*.

Mas como quiero ser muy breve contra los ateos, y estos se refunden en los deistas, y como la impugnación de ambas sectas se hace con una misma doctrina, comprenderé á unos y otros en la primera parte del libro primero; y en la segunda trataré más detenidamente de los naturalistas que niegan á Diós como Mediador y Glorificador.

Así me concreto al orden y plan que se nos traza en la Epístola Católica; porque en dos palabras comprende allí el Apóstol los dos géneros de errores que debemos combatir en estos últimos tiempos. Del primero dice: *Negarán los hombres un Diós Rector y único Gobernador del Universo*. Del segundo: *Negarán al Mediador nuestro Señor Jesucristo*.

Elijo con la más completa satisfacción este or-

den porque lo veo trazado por la boca del Señor y por las santas palabras de su Apóstol.

En esta tercera edición añado y descubro una sexta hipótesis de deistas, que, bajo un hermoso manto de piedad y de sublime contemplación han engañado á muchos, aunque sabios y que parecían ser de los escogidos del Señor. Pero de estos escogidos quiso también hacer su pasto la astuta serpiente. Trataré esta hipótesis bajo el título del *Deísmo Extático*, porque toda su filosofía viene á convertirse en humos, en éxtasis y en pietismo vergonzoso, en que vienen á parar los más severos cofrades de la falsa filosofía. Me ha parecido conveniente añadir ese tratado, no solo para completar las descripciones del Deísmo, sino también para arrojar del templo de la Religión verdadera toda sombra de superstición, demostrando, que la falsa piedad, la superstición, las trampas y la hipócrita virtud, no tienen acogida en el seno de la Santa Iglesia Católica, sino solamente en los cavernosos secretos de los falsos filósofos. ¡Ojalá que el espíritu de verdad y de caridad, quiera inflamar esta obra en estos infelices tiempos para nuestro desengaño y servicio de Dios á quien sean dadas honra, gloria, imperio y bendición, por los siglos de los siglos.—Amén.



LIBRO PRIMERO

DE UN DIÓS, ÚNICO DOMINADOR DEL UNIVERSO, CONTRA
LOS ATEOS, DEISTAS, MATERIALISTAS, ETC.

CAPÍTULO I.

SE PRUEBA CONTRA EL ATEISMO LA EXISTENCIA
DE DIÓS.

So me había propuesto hacer un tratado especial contra el Ateismo. Primero, porque todo cuanto he de decir después contra los deistas é incrédulos, se tendrá por dicho, y de una manera más concluyente contra los ateos; pues demostradas las operaciones de Diós, como su providencia, su sabiduría, su bondad etc., queda por ende demostrada su existencia, ó sea la del *supuesto* á quien pertenecen tales operaciones; y segundo, porque me parecía no era rendir el debido

honor á esta verdad, trayéndola á cuestión. (1) Pensaba en este punto igual que de aquellos derechos y bienes que poseemos de tiempo inmemorial y de una manera pacífica. Si sobre ellos se consiente entrar en controversia, pierden desde luego lo que vá de una posesión tranquila á una cosa litigiosa. Suscitando pleito sobre cosa tan clara é indiscutible, puede suceder que la sutileza de los abogados, la mala fé de la parte litigante, ó la negligencia de la otra, la alteración de los hechos y la infidencia de los testigos, ñagan dudosa la justicia más cierta.

Un detrimento semejante temía que padecieran los fieles, especialmente los sencillos, al ver hecha objeto de voces y disputas una verdad tan admitida y creída por todo el mundo. Jamás estas cuestiones delicadas nos darán tanta ciencia de Dios, como el buscarle en la contemplación, en el silencio y en la simplicidad del corazón. ¡Ah! quizás en ningún tiempo se ha disputado tanto sobre esta verdad, y al paso que se multiplican las demostraciones, aumenta el número de los incrédulos y falsos filósofos, que se acostumbran á tratarla como uno de tantos problemas: parece esto más bien el arte de dudar de Dios, que el

(1) Este pensamiento es de Eusebio el filósofo; quien decía: non querendum an Dii sint, sed prótinus esse credendum. Nam quæstione proposita etiam ille qui impiissimam opinionem defendit, nempe Deum non esse, superare conatur.

modo de conocerle y creerle. Á un ateísta, que siempre habla contra razón, hay que concederle alguna, aunque con dolor, en esto que dice: «Todas las ciencias que tienen por objeto alguna cosa real, se han perfeccionado, en tanto que la ciencia de Dios no se mueve en ninguna parte del mismo punto». (1) Las demás ciencias distan mucho de hallarse tan adelantadas como sueña el citado autor, pero la ciencia de Dios está aun más atrasada de lo que dice. (2) Desde que muchos pierden, como él, el tiempo en disputar de Dios, y no aprovechan una hora siquiera en tratar con Dios, la ciencia de Dios se disipa en vanas cuestiones, y aunque el entendimiento no pueda deshacerse de la idea de Dios, porque la lleva grabada de un modo indeleble en su espíritu, el corazón queda árido, y desierto de la divinidad. Así pudo decir el impío en su corazón: *No hay Dios*.

En ninguna parte del mundo se trabaja tanto, un siglo há, en formar demostraciones por la existencia de Dios, como en Inglaterra. Roberto Boyle dotó una memoria, con el objeto verdaderamente piadoso de premiar los buenos trabajos científicos y demostrativos de la existencia de Dios. Pero ¿qué tenemos con los nuevos discursos sobre esta ver-

(1) *Syslbem. de la natur.* par. 2, pag. 91. Y en el *ensayo sobre las preocupaciones*, cap. 11, pag. 255.

(2) *Ose.* cap. 4, v. I. *Non est scientia Dei in-terra etc.*

dad, que por ganar el premio y por espíritu de emulación, se producen cada año en la nación británica, si ella es al mismo tiempo la que da más pruebas de no tener á Dios en su noticia? (1)

Ojalá que en este pleito temerario se concluyera el término de prueba; pues mientras dura abierto en favor de la verdad, está dando harta ocasión al error, ó cuando menos á la duda. Esto no pide pruebas venidas de los confines del mundo. A nadie se permite decir, ni aun en el corazón: «¿quién ascenderá al cielo para traernos esta lumbré, (2) ó quién descenderá al mar para sacarla de los abismos?» Porque según la Escritura, cerca está de cada uno de nosotros. Poseamos en paz una verdad que nos es tan íntima, y no nos pasemos la vida en inquirir las pruebas de lo que tenemos más cierto. No ha de hacernos más felices el demostrar con mayor sutileza que hay Dios, sino el amarle y contemplarle, y hacer su voluntad.

Pero es pretensión tan antigua como necia de los vanos filósofos buscar de tal modo el conocimiento de Dios, que esperan acaso tocarlo con las manos y percibirlo por los sentidos, como dijo el Apóstol, (3) Si suponemos, ó debemos suponer,

(1) Ad Rom. 1. Cum cognovissent Deum... non probaverunt Deum habere in notitia.

(2) Ad Roman. 10.

(3) Act. cap. 18, v. 27. Si forte atrectent eum, aut exquirant.

que Dios no tiene cuerpo ni forma alguna que le haga perceptible por los sentidos, ¿á qué aspira la filosofía? ¿Por ventura á obligarle á fuerza de disertaciones y discursos á que resulte visible á nuestros ojos, sonoro á nuestros oídos, fragante al olfato, gustoso al paladar y al alcance de las manos? ¡Oh necios filósofos y rudos pensadores! No es de tan menguada condición el Dios que buskais y pretendéis probar. Es un sér inteligible, creible; pero no visible ni sensible.

Si fuera palpable, corpóreo, material, sería imposible probar que era Dios. Por condescender á nuestra flaqueza tomó cuerpo humano como nosotros, fué visto en la tierra y conversó con los hombres. Notad, sin embargo, que para creer que Jesucristo es Dios, no basta la razón humana; cuando sin haber encarnado, puede la razón por sí sola conocer á Dios. La Divinidad, por consiguiente, es más perceptible sin los sentidos; debiendo por lo mismo los hombres descansar tranquilos en el conocimiento que de esta verdad se nos ha dado, y no empeñarse temerariamente en sacarla de su esfera, y acabarla de oscurecer con sus razonamientos.

Yo no puedo, en manera alguna, lisonjearme de dar en este capítulo idea tan clara de Dios como la luz que nos alumbra; porque ninguna demostración puede llegar á esto, al menos mientras nuestro espíritu está unido á la carne. Que hay Dios es una verdad impresa naturalmente en noso-

tros; (1) pero con alguna confusión y oscuridad. Esta niebla se adelgaza ó se espesa más ó menos, según la mayor ó menor penetración natural de nuestra alma, y á medida también de la inocencia ó malicia del corazón; pues está escrito que los limpios de corazón verán á Diós; (2) y últimamente, por disposición del mismo Diós, que algunas veces resplandece en el alma por un conocimiento maravilloso, y otras se esconde y parece que pone una nube entre él y nosotros.

Entre los justos produce esta especie de noche efecto bien diferente, y sírveles como para poner á prueba su fidelidad. Ellos temen haber perdido á Diós mientras andan á tientas por todas partes, y les parece que no le ven; nada los turba tanto ni los inquieta más; pero por lo mismo llenos de ansiedad y solicitud le buscan, ya en su interior, ya en todas las criaturas que les rodean. «Yo quería saber, dice S. Agustín, (3) qué Sér era este que amaba: pregunté á la tierra, y me respondió: no soy yo tu Diós, y cuantas cosas había en ella hicieron la misma confesión; pregunté al mar, y á los abismos, y á los varios géneros de monstruos que andan por sus caminos tenebrosos, y me res-

(1) D. Thom. 1, p. q. 1, art. 1... dicendum, quod cognoscere Deum esse... sub quadam confusione est nobis naturaliter insertum etc.

(2) Math. cap. 5.

(3) Confes, lib. 10, cap. 6.

pondieron: no somos tu Diós, búscalo sobre nosotros; pregunté á los vientos, y todos los aires con sus pobladores me dijeron: se engañó Anaximenes, tampoco somos tu Diós. Preguntaba luego á los cielos, hablaba con el sol, con la luna y con las estrellas, y me decían: no, no somos el que buscas; y entonces clamé á todas las cosas que cercan mis sentidos: ¿decís que no sois mi Diós? Dadme de Él, al menos, alguna idea, y con voz acorde exclamaron: *Él mismo nos hizo, y nosotras no nos hicimos.*

No buscan á Diós con este amor los incrédulos ni los vanos filósofos; sino llevados de una curiosidad insultante, y queriendo descorrer con mano sacrílega el velo de lo más sagrado; y esto les merece mayor repulsa, y el ser heridos con más terrible ceguedad. No se entristecen con ella ni la sienten, antes se gozan en sns tinieblas, y toman ocasión de aquí para afligir á todos los hombres, y muy especialmente á los católicos y á los justos. En tal situación se pinta David en uno de sus Salmos. (1) Muestra la sed con que deseaba ver á Diós, y no logrando descubrir su rostro, se vuelve á sí mismo y se apacienta con sus lágrimas y con su dolor; pero nada le duele y contrista tanto como el oír á ciertos espíritus de tinieblas que

(1) Psalm. 41, v. 4, 13 y 15... dum dicunt mihi per singulos dies: ¿Ubi est Deus tuus?

queriendo sacar partido de su misma aflicción y arrastrarle á la incredulidad, le arguyen: *¿dónde está ese tu Diós?*

Todos los hombres han sentido que se les turbe lá posesión de esta verdad. Por más que las naciones hayan errado en punto á determinar quién es Diós, ninguna de ellas ha podido sufrir en paz á tales ó cuales ateistas, que de tiempo en tiempo aparecieron pretendiendo quitarles totalmente la idea de la divinidad. Y no puede suceder de otra manera, deseando como desean todos los hombres descansar en la verdad, conocida naturalmente, y naturalmente amada, por cuanto Diós es el sumo bien á que todo racional propende, y por quien late el corazón, aun de los infieles, inclinado siempre al centro de su felicidad. (1) El alma *naturalmente cristiana*, en frase de un antiguo apolo-gista, (2) se siente atraída hacia ese centro de gravedad, y en él presiente el derecho que debe tener á poseerle. Otro tanto ha sido repulsiva y odiosa para las naciones la voz destemplada del ateista. El ateismo, sin embargo, no comprendien-do la razón de su odiosidad, y de la antipatía natu-ral con que se vé tratado por los racionales, se

(1) D. Thom. ubi supra. Homo enim naturaliter desiderat beatitudinem: et quod naturaliter desideratur ab homine, naturaliter cognoscitur ab eodem.

(2) Tertul. Apol. cap. 17. O 1. Testimonium animæ naturaliter Christianæ.

queja de ellos y de su suerte en estos términos: «El discípulo de la naturaleza, dice uno de sus doctores, es comunmente recibido entre sus conciudadanos en la misma forma que el ave lúgubre de la noche, á quien todas las otras aves persiguen con un odio general y con clamores diversos desde que la ven fuera de su guarida.» (1)

He aquí un ateísta que hace su propio retrato; él mismo se compara al murciélago, al buho y á otras aves de mal agüero, que no salen de sus escondrijos sino para turbar con chillidos importunos el reposo de las que descansan y duermen en la esperanza de otro día. Dichas aves nocturnas y feroces se condenan al hedor y á las tinieblas, mientras que todas las otras andan y cantan en la luz; solo cuando anochece salen para robar, ó al menos para molestar con su presencia repugnante. Así sucede, según los mismos ateístas, que todos los hombres, no solo estiman por un instinto racional la noticia de Dios, sino que se arman de concierto contra los genios de tinieblas, que salen en tiempos de oscuridad á gritar contra ella. Tal confesión en boca de esos mónstruos es un documento que vale mucho para hacer aborrecibles sus sistemas, y para que todos los miren con horror.

El hombre, aunque por su flaqueza, y en parte

(1) Sistema de la naturaleza. p. 2, pag. 199.

también por su desgracia, no conoce en su presente estado la existencia de Diós con la claridad que desea, está de ella naturalmente cierto, y gusta de que le hablen en favor de lo que ama. Siente en sí aquella dificultad que exponía á Cristo una humilde mujer en materia de fé. *Yo creo, Señor,* le decía; (1) *pero ayudad vos mi incredulidad.* Esta mujer estaba bastante cierta de la verdad, pero codiciaba afirmarse más en ella para no perderla otra vez de vista, y para no dejar nunca de creerla. Todo racional percibe naturalmente la idea de Diós; y la misma oscuridad que le sirve de embarazo, le hace codiciarla con más claridad y firmeza, según esta frase del Profeta: *mi alma te deseó en la noche.*

El medio que mejor y más rectamente conduce á este fin último del hombre, es su humilde recurso al mismo Diós, solicitándole continuamente con santas meditaciones y con el tenor de una vida virtuosa. Mas deseando yo por mi parte contribuir de algún modo á la satisfacción de un tan noble como racional deseo de conocer á Diós, he aquí el método que me propongo seguir en la demostración de su existencia.

(1) Mar. cap. 9, v. 23.



CAPÍTULO II.

SE PRUEBA LA EXISTENCIA
DE DIOS POR EL MISMO HECHO DE LOS QUE
LA NIEGAN.

PUDIERA desde luego comenzar á probar esta verdad por el consentimiento de todos los pueblos, que unánimemente la afirman y conservan. Este orden han seguido muchos autores antiguos y modernos hasta nuestros días. Si echamos una ojeada por todos los siglos que nos precedieron no hallaremos tiempo alguno anterior á la noticia de este Sér Supremo. En los versos que llevan el nombre de Orfeo, y es la más antigua de todas las obras poéticas entre las profanas, se dan ideas sublimes de la Divinidad. (1) Allí su eternidad sin principio, y su inmortalidad sin

(1) Principium solus mediumque est, sequé supremum.
Non aliter fas est et dicere.
Exitii expertem, imortalem dicere solum

fin; allí su inmensidad sin término, y su omnipotencia sin límites; allí la razón y el orden perpetuo del universo; allí el árbitro soberano, que dá los destinos diferentes á los mortales, que reparte los bienes y las calamidades, los trabajos y las guerras; allí, en fin, pueden notar los increídulos las distintas nociones del *Padre*, ó principio; del *Verbo*, por quien duran todas las cosas; y del *Espiritu* por quien todo vive y alienta. Conocimientos admirables que el autor supone venidos de un Sabio, de origen Caldéo, que poseía la ciencia del Cielo, y dado continuamente al estudio de la Astronomía, comprendía el orden y la razón en que se mueven todas las esferas. Parece que este sabio era Abrahan, y aquí encontramos una nueva razón de por qué es llamado Padre

Quem possunt, quibus innatum morte carere.
 Oceani ad fines expers est, et manus illi
 Undique dextera, sub pedibus sublactaque certa est.
 Ætheri atque Herchi, ponti, terræque tyrannus,
 Terribili tonitu quassas hasta atria Cœli.
 Dæmones et quem horrent; timet et quem turba Deorum
 Cui parent Parcæ etc.

Ipse bonumque malumque infert mortalibus, atque
 Ærumnas tristes deinde et lacrimabile bellum.
 Exitii expers Matri *Pater*. volvuntur ab ira
 Cujus cuncta etc.
 At *Verbum* aspiciens Divinum totus in illo
 Persiste, at tua præcordia corrige mentis
Spiritus, et regat hanc, et in aere et in æquore fusus
 Unus præterquam, cui derivatur origo
 Chædeum ex genere, is noscebat fidem Cœli,
 Illorumque vias, et qui moveatur in Orbem
 Sphæra et tellurem circum vertatur in axe.

de los creyentes; pues aun las naciones paganas, y sus teólogos, que eran los poetas, tomaban de aquel maestro las verdades que conservaban y cantaban en sus versos.

Hesiodo, Homero y todos los poetas griegos y latinos, como igualmente los filósofos, oradores é historiadores de la edad pagana, no pudieron escribir sin hacer muchas veces memoria de Diós. En cuanto á esta verdad, no hablaban ni podían pensar de diferente modo, por bárbaros que pareciesen. Pudieron expresar esta idea con diversidad de voces, según que se multiplicaron los idiomas; pero en medio de la confusión de las lenguas, no se pudo confundir jamás la noticia de Diós, principio y fin de todos los séres. Nuestros antiguos Españoles le llamaron *Pan*, que significa *todo*; porque Diós es todas las cosas, como le llamaba S. Francisco, aunque no todas las cosas son Diós, como trocando las ideas pretenden erróneamente Espinosa y demás *panteistas*. Nuestros vecinos los Drúidas le llamaban *Thau*, nombre que también le dieron los Egipcios, para significar principio de todo sér, ingénito, y causa del universo. Poco ó nada difiere el título que le daban los Theutones por la voz *Theuth* ó *Thoth*, y del mismo nombre sacaba el suyo toda la nación. No es tampoco muy diverso el nombre que daban á Diós los Americanos, llamándole (1) *Theul*, ni del que le apropia-

(1) Solís, Conquista de Nueva España, lib. 4, cap. 11.

ron los Alemanes apellidándole *Guth* ó *Goet*. Aun la voz *Theos*, con que los Griegos significan á Diós, no disuena mucho con el *Theut* ó *Thau* de los Egipcios, Drúidas y teutones. Los Esclavones le invocaban *Buch*, los Polacos *Boug*, los de Pannonia *Istu* ó *Istub*, que para ellos significaba lo mismo que *todo bien*. Los Persas le decían *Zuri*, *Sur*, ó Señor; los Magos *Orfi*, ó sublime. Los Arabes, Caldeos, y muchos pueblos orientales, *Allah*, ó *Allaha*, ó *Eloha*, como los Hebreos. Los Asirios *Adad*, y los Sirios y Fenicios *Adod*, Rey de los Dioses, según canta Oracio. (1)

Otros se han detenido con un justo respeto, no osando definir con una voz especial á este Sér tan inefable como inmenso, á quien no puede contener toda la extensión del Orbe. Los Chinos, con usar un idioma verboso, no habían designado nombre alguno para Diós, (2) y solo le explicaban por el oficio de Supremo Rector del cielo y de la tierra, que es á lo que equivale la voz *Xanti*. Esta misma confesión hacían los Egipcios por el enfático silencio de su Arpócrates; los Griegos con su Sigolian; los Romanos con Agenor; los Ate-

(1) Qui terram inertem, qui mare temperat.
 Ventosum, et Urbes Regnaque tristia,
 Divosque, mortalesque turbas
 Imperio regit unus æquo.

(2) Martín. Lib. 1, Sinic, Hist. Apud Sínas mirum est silentium quippe in am copiosa lingua ne nomen quidem Deus habet: sæpe tamen utuntur voce *Xanti*, qua summum cœli terræque indigitant.

nienses y los Druidas con su Diós *ignoto*. Para los Hebreos era igualmente anónimo. Jacob trabajaba por saber su nombre, (1) y no se lo indicó Diós, como Él mismo dijo después á Moisés. (2) Por esto Lucano pudo llamar incierto (3) ó desconocido al Númen de Judea; no porque los Judíos no tuviesen más sublimes conocimientos de Diós que todos los demás pueblos, cuando en Israel (4) solamente era grande su nombre; sino porque el nombre que conviene al Sér Divino era inaccesible á todos los mortales. En Samaria tenían erigido un Templo en el monte Garizin al *Diós anónimo*, según una epístola de los Samaritanos á Antioco que refiere Josefo. (5) Y los Megicanos no tenían voz para nombrar á la Divinidad Suprema. (6)

Por esta inducción, seguida paso á paso, viene á sacarse en claro que todos los pueblos antiguos, y cuantos hasta el día se han conocido y descubierto, han tenido idea expresa de Diós, en unas partes con este nombre, en otras con aquél, en esta nación con muchos, en aquella con ninguno, sin que, como veremos en otro lugar, haya existido gente ni tribu, ni lengua, sin religión, y

(1) Gene. cap. 12.

(2) Exod. 6. Nomen meum non indicavit eis.

(3) Lucan. lib 2. Incerti Judea Dei.

(4) Psalm. 71, v. I.

(5) Joseph. Antiquit. lib. 12, cap. 7.

(6) Solis, lib. 3, cap. 17.

sin noticia de un Númen soberano. Y tanto es así, que aun los filósofos Académicos ó escépticos, que todo lo ponían en duda ó en mera opinión, eran en este punto tan afirmativos y decisivos como los Estóicos. Cicerón, que fué uno de aquellos, como hace notar Lactancio, (1) confirmaba los argumentos de los discípulos de Zenon, añadiendo de propio criterio otros en todos sus libros, y especialmente en los que escribió sobre la naturaleza de los dioses. Ni era difícil, añade el mismo Lactancio, (2) redargüir las mentiras de unos pocos depravados, como Diágoras, que eran de mal sentir, con el testimonio reunido de todos los pueblos, que en esta parte no disentían de la verdad.

Cicerón, que, en efecto, no era menos sistemático y escéptico que los pretendidos filósofos de hoy, daba tanto valor á esta prueba, que la tenía por demostrativa é invencible; pues, como él decía, las fábulas y opiniones de los hombres duran apenas lo que el día; pero los siglos no alteran, sino que confirman siempre el juicio de la naturaleza. Pero este juicio de la naturaleza racional, esta prueba de la existencia de Diós, sacada del consentimiento unánime de todas las gentes y de todos los pueblos, es para los filósofos de nuestro

(1) Lactant. de Falsis Religión, cap. 2.

(2) Ibid. Nec difficile sane fuit paucorum hominum prave sententium redargüere mendacia testimonio populorum atque gentium in ha: re non dissidentium.

tiempo un argumento despreciable; y yo no he de insistir en él, ni aun para hacerle prevalecer en toda su fuerza moral y metafísica contra la debilidad mental de los *Espiritus fuertes*, tratados por Cicerón de locos en los ateos de su época. (1) Pero debo detenerme á concluir de aquí lo que hace al objeto principal de esta obra, y es que los tales falsos filósofos son desde este primer principio y punto de vista menospreciadores de todos los hombres, de cuyo juicio universal se burlan; enemigos de todos los pueblos, disintiendo de la primera verdad que estos con unánime voz confiesan; y destructores de la sociedad, á la cual no pertenecen los individuos, ni la constituyen, sino en cuanto son capaces del conocimiento de Dios, como haré ver más adelante. Ya que los incrédulos se llaman así porque no admiten la razón de todos los hombres que creen, admitirán por lo menos la de los pocos que no han creído; y éntro desde luego á probar esta gran verdad por el testimonio particular de los mismos que la niegan.

Los ateistas no hablan menos de Dios que los Teólogos. En pocos años multiplicaron los primeros tanto sus libros y discursos contra la Divinidad, como en su honor escribieron los suyos los segundos. Es ciertamente un misterio imposible

(1) Cic. de Nat. Deor. lib. 2. Esse igitur Deos perspicuum est: ut id qui neget, vix cum sance mentis existimem.

de comprender cómo estos impíos gigantes (1) pueden estar blasfemando y peleando, no solo por cuarenta y más años contra el Dios de Israel, no creyendo ellos que haya tál Dios. Más consecuente en este punto se mostró el mordacísimo Pedro Aretino. A nadie respetó su maledicencia; pero si fué ateísta como lo juzgan muchos, no fué por lo menos tan aturdido como los de nuestros tiempos; pues acerca de Dios guardó más silencio. En esto se fundó el epigrama que se le dedicó en tiempo de Epifanio. (2) La sátira de los deístas de hoy viene toda á ser contra lo que dicen que no es. Luégo se pasan la vida y gastan todas sus fuerzas en luchar con una sombra vana. Luégo son unos Quijotes que se baten con sus propios fantasmas y acometen lanza en ristre á un sueño más vano que un molino de viento. ¡Tanta es la demencia de unos filósofos que se tienen por graves y circunspectos, y por nada menos quieren pasar que por los héroes de su siglo, los árbitros de la sabiduría y de la prudencia, las delicias, en una palabra, de nuestra edad de oro!

Por lo que á mí hace, no los creeré tan locos; pero los compadezco como los más infelices de los hombres. Bien los ha conocido y calificado un

(1) Proverb. 21. v. 16. *Vae qui erraverit in via doctrinæ coetæ Gigantum commorabitur.*

(2) *Qui giace l' Aretin Poeta estóico Che d' ognun dise malo chedi Dió escusandosi col dir' yo no lo conozco.*

vecino de ellos con este dicho tan agudo como justo. Nótese, dice Montesquieu, que el impío y el hombre piadoso hablan siempre de Diós; este, de lo que ama; aquel, de lo que teme y aborrece. Aquí encuentro yo resuelto el problema, desatado el nudo, y hecha la demostración que me había propuesto contra el Ateismo. Oí el clamor de los combatientes y el ruido de las armas, me levanté á presenciar la contienda, y todo lo que mis ojos alcanzaron á divisar fué el blanco de los tiros, el objeto impugnado. Los mismos ateistas, si quieren estar atentos á esta reflexión, no podrán menos de *ver también á Aquel á quien traspasaron.* (1)

Al efecto, discurro de esta manera: De Diós trata, y á Diós se refiere, lo mismo el ateaista que el teólogo; este porque le ama; aquel porque le aborrece. Luégo, lo mismo que el teólogo, conoce á Diós el ateaista. El amor y el odio son dos pasiones igualmente vivas y vehementes, igualmente reales: luégo no se ordenan sino á objetos reales, ó al menos posibles. Amar ardientemente aquello que no és, ni jamás tendrá sér ni perfección, es un absurdo; y no lo es menor que alguien se entretenga en aborrecer con odio implacable á lo que no existe, ni tiene realidad; luégo el ateaista, aborreciendo á Diós, muestra el objeto de su aborrecimiento, que es Diós. Luégo los que dicen que *Diós es una idea aborrecible, y que hará un gran*

(1) Joan. cap. 19. v. 37. Videbunt in quem transfixerunt.

servicio á los hombres el que la destierre de la naturaleza, suponen creer la existencia de una tal idea. ¿Cómo, si nó, puede ser odioso lo que no es? ¿Cómo puede desterrarse de la naturaleza, lo que jamás estuvo ni habitó en medio de ella? ¿Ni qué *servicio mayor ó menor puede prestar á los hombres*, quien logre apartarles de un mal que no existe ni puede existir? O el ateista no se entiende á sí mismo, ó sus ojos por todas partes descubren al Dios de quien huye, y á quien su corazón aborrece.

Aun adquiere mayor fuerza este razonamiento, discurrendo sobre el acto de conocer. El ateista reniega de Dios: luégo supone al sujeto de su negación, que es ese mismo Dios: luégo confiesa lo que niega. Este argumento, que no concluiría la existencia de las cosas criadas cuando se niegan, es concluyente respecto á la existencia de Dios, la cual es una misma cosa con su posibilidad.

Para que el ateista pueda negar que hay Dios, *debe percibir la idea significada por la palabra Dios*. (1) Dice Wolfio, cuya es la proposición anterior, que el que niega una cosa no hace sino apartar del sujeto algún predicado, ó significar que tal predicado no conviene al tal sujeto; luégo el ateista no hace sino apartar de Dios la existencia, ó negar que la existencia conviene á Dios:

(1) Wolf. Theolog. natur. part. 2 tom. 2 parag. 412. Atheus intelligere debét quid vocabulo Dei denotetur; seu ipsi aliqua notio Dei esse debet.

luégo es necesario que por el vocablo *Diós* entienda algún sujeto, de quien negar ó afirmar lo que intenta. (1) Añade el mismo autor que no se puede afirmar ó negar cosa alguna de la voz *blictri* ó *blictiri*, porque no se tiene noción ó idea significada por ella, ni nadie sabe lo que con ella se quiere dar á entender. Lo que entiende cualquier estudiante de Lógica, es que de las voces que nada significan, nada puede afirmarse ni negarse; porque á lo que no se le supone sér ó idea de sér, nada le conviene ni le repugna. Así, pues, nadie puede afirmar ó negar nada de la palabra *Diós*, mientras por ella no entienda significar algún sér ó alguna idea, á que se vea si conviene ó no conviene la existencia. El ateaista, por consiguiente, supone la idea de *Diós* en el mismo acto de negar que *Diós* existe; que es como si yo me dirigiera á otra persona para decirle: «Usted, quien quiera que sea, ha de convenir conmigo en que no es nadie ni nada; en que no tiene sér alguno ni alguna realidad; en que es

(1) Wolfius ubi supra. Quamobrem cum negans prædicatum, aliquid removeat á subjecto vel significet prædicatum non convenit subjecto: Atheus á Deo removeere debet existentiam: seu quod perinde est, significare debet Deo existentiam non convenire. Necesse igitur est ut ipsi innotuerit aliquod vocabulum quo auctor Universi indigitatur, quale est vocabulum *Deus* in lingua latina, et perspectum esse debet quod illo vocabulo denotetur Auctor Universi. Atque adeo patet atheum intelligere debere quid vocabulo Dei denotetur, seu ipsi aliquam Dei notiouem esse debere. Sané vocabulo *blictri* nobis nulla notio est, eoque audito nemo intelligit quid eodem denotetur.

únicamente una ilusión de mis sentidos, una sombra vana; esto lo pruebo yo con mi filosofía.»

Un discurso semejante pone en boca de Espinosa el autor de un libraco impío, escrito en francés y esparcido por nuestra España con el título *Les Systhemes*. A fin de mofarse con una chanzanecia de la doctrina universal sobre la existencia de Diós, reúne á los Doctores que más se han señalado escribiendo sobre la naturaleza del Sér Supremo en una especie de asamblea, en la que el filósofo Judío ocupa asiento distinguido; y después de hacer decir á Santo Tomás, á Escoto, á San Buenaventura, á Descartes, y á Gasendo las ideas que han tenido de Diós, y aun las que no tuvieron, como el que *Diós no está en lugar alguno*, y otras necedades propias de un bárbaro que ignora el catecismo de los Cristianos; después de otras muchas é insulsas ridiculeces presenta á dicho Espinosa levantándose, y paso entre paso dirigiéndose al mismo Soberano Sér, hablando con él en voz baja, y de pronto concluyendo su plática con los términos siguientes: *Perdonadme, Señor, y dignaos estar conmigo de acuerdo en que no existis, ni habeis existido jamás de ningún modo. Esto me parece que lo tengo ya probado por mis matemáticas.* (1)

(1) *Les Systhemes*, v. 53..... Pardonnez moi dit il, en lui parlant tout bas, convenez entre nous, que vous ni existez pas: je proit l'avoit prouvé par mes mathematiques.

¿Habrás visto un más miserable modo de filosofar? ¿Puede darse desvarío más necio y más risible? Habla un ateaista con Diós, y le ruega con mucha humildad, nó que renuncie alguna de sus perfecciones, sino la propia existencia. Tal proposición repugnaría, aun hecha á séres contingentes; porque de una parte supone que son, y de otra pretende que no sean. Desde el momento que á un sér cualquiera se le supone existiendo, no se puede pretender que no exista, y establecido el supuesto, existe necesariamente. No se puede decir, por ejemplo que *Pedro no es Pedro*, porque son dos ideas contradictorias en un mismo tiempo y en un mismo sujeto. Pues igual y aun mayor contradicción comete el ateaista cuando dice: *Diós no es*; por donde es fácil comprender con cuánta justicia David llamó necio al que dijo en su corazón: *no es Diós*; porque niega lo mismo que supone, é incurre en la más grosera implicación de términos. Porque es como si dijera: *el Sér, que se significa por esta voz Diós, no es; ó más breve: lo que es, no es, ó el Sér necesario no existe*. Porque la idea, ó término mental que se significa por la palabra Diós, Theos, Thau, ó su equivalente, según la variedad de las lenguas, es el Sér absoluto, sustancial, lo que es; y *lo que es*, no puede decirse *que no es*.

De aquí resulta otra diferencia entre los séres particulares contingentes, y el Sér absoluto, infinito, necesario. De aquellos se puede concebir

y afirmar la idea ó la esencia, y negar la existencia; pero del Ente necesario, del que es por necesidad, no se puede concebir la esencia sin la existencia; porque en su idea de Sér tiene su última determinación, y toda su perfección, y hasta su nombre, sin que su naturaleza necesite de ningún otro sér distinto, ni de ningún nombre. Esta es la razón por qué no daban ninguno á Diós los Judíos, ni los Atenienses, ni los Druídas, ni los Chinos, ni los Mejicanos; porque al Sér necesario, sustancial, absoluto, no le hace falta otra determinación, ni otra noción, ni otro nombre que este: EL QUE ES. *Yo soy el que soy*, dijo á Moisés; y enviándole á Faraón, *dile: EL QUE ES, me envió á tí*. Más de esto hablaremos con la debida extensión en lugar y tiempo oportuno.

Ciñéndonos ahora á la voz *Diós*, ó *Theos*, ó *Thau*, que admiten los ateistas, es indudable que la hacen término lógico vocal, ó voz significativa de alguna idea; porque de otro modo no pudieran hablar de ella afirmando ó negando. No puede la palabra *Diós* hacerse término vocal sin suponer de ella alguna noción, alguna idea, algún término mental; y sin que este término mental ó ideal sea imagen, representación ó signo de alguna cosa real, de algún sér distinto de los otros séres. Luégo el ateista al advertir y pronunciar el nombre *Diós*, supone la idea de Diós, y la concibe como de un sér existente. Dirá que concibe esta idea solo para negarla; pero entónces no

dicen un absurdo, sino dos. El primero consiste en concebir de una manera simple y obvia la idea del Sér necesario y absoluto, ó del que és, para negar que és; como si uno dijera: *niego que existe lo que concibo que no puede dejar de existir*; proposición que equivale en nuestro caso á esta otra: *yo miento, ó voy contra mi mente, cuando niego á Diós*. Así deben entenderse los discursos de todos los ateistas, y con esto no engañarían á nadie. Su segundo absurdo, que confirma el anterior, está en que para negar la existencia de un sér cualquiera, es necesario darle ó suponerle una idea, al menos posible, de quien afirmar ó negar la tal existencia; y esto con más rigor siguiendo, como sigue Espinosa los principios filosóficos de Descartes, según los cuales no se puede afirmar ó negar de una cosa sino aquellas ideas que claramente le convienen ó repugnan. La idea de Diós no es clara, pero es cierta; su falta de claridad se suple por la necesidad de su existencia; y así como *el que es* no puede dejar de existir, así ningún racional puede dejar de conocerle, siendo el principio de todo conocimiento, como después demostraré. La idea de Diós es, por lo menos posible é inteligible para el ateista. Luégo no habiendo otra idea cierta de Diós que la expresada por las palabras *EL QUE ES por sí mismo*, en la posibilidad tiene la razón suficiente de su existencia. Diós es posible, luégo existe; conclusión que no vale respecto de las cosas contingentes, las cuales no tienen ra-

zón bastante para ser, con que puedan ser; pero en el Sér por sí mismo é independiente de los demás séres, infiérese necesariamente su existencia de su posibilidad. Luégo es absurdo concebir la idea de Diós como posible, y negar su existencia necesaria.

No faltará quizás algún ateista que, aprovechando la sutileza aparente del anterior raciocinio, crea poder retorcerle, y al efecto me replique de esta manera: «yo no tengo necesidad de formar idea acerca de lo que significa la palabra *Diós*, para negar desde luego su significado y su posibilidad; como vos no necesitais formar idea ó concepto de lo que negais posible ó de lo que decís que es repugnante. Y si no, cuando negais que es posible otro Diós, tendreis de él idea, y la concebireis como posible: luégo tendreis idea posible de un Diós á que llamais imposible, y siendo la idea posible, ese segundo Diós será existente por cuanto es necesario, y ahí teneis devueltas todas las consecuencias del absurdo que poneis á mi cargo.» Concedo al sofista el antecedente, ó sea, que cuando niego la posibilidad de otro Diós, formo idea de lo que significa la palabra *Diós*; pero no refiriéndome al Diós que niego como repugnante é imposible, sino á la forma del Diós único que creo necesario y existente.

Porque como en la idea que formo del Diós en que creo, conozco un ser infinitamente perfecto, conozco también en ella la repugnancia y la im-

posibilidad de otro sér infinitamente perfecto; porque la existencia de dos seres infinitamente perfectos es imposible y repugnante, por la razón tan obvia de que entonces serían infinitamente perfectos, y no serían infinitamente perfectos. Y así, la idea verdadera de Diós me basta para negar la posibilidad de otro Diós.

Pero el ateista, que no supone ningún Diós existente ni posible, ¿por dónde forma la idea del Diós que niega como repugnante? Los repugnantes y los negativos no tienen idea propia por donde conocerse, y si lo conocen es por la idea de sus contrarios los seres positivos. Sin la existencia de la luz, por ejemplo, no pudiera yo tener idea de las tinieblas; porque estas no son sino la privación de la luz, y sin previa noticia de la luz, no podría conocer que estaba privado de ella.

Así se discurre, y se ha discurrecido siempre en sana filosofía, de los *privativos* ó *negativos*. Jamás vinieran á la mente, ni tuviéramos de ellos idea que negar ó conceder, sino por la que formamos y concebimos de sus contrarios los positivos. Esta razón me lleva á negar un segundo Diós; porque conozco su repugnancia en la idea que tengo del primero y único verdadero Diós. Pero el ateista no me dirá jamás por dónde forma la idea de la repugnancia de todo Diós. No puede ser por el Diós que dice repugnarle; por que los repugnantes imposibles y negativos no tienen idea propia por donde percibirse. No supone, como yo, un

Diós necesario, existente por sí, é infinitamente perfecto, donde pudiera conocer la repugnancia de otro Diós igualmente perfecto é infinito; luégo no tiene en absoluto de donde formar la idea del Diós que dice concebir imposible y repugnante. Esa idea no es propiamente tal, es un sentimiento vil y rastrero del corazón materializado; no es pensamiento racional, es un deseo monstruoso, es el apetito de la bestia.





CAPITULO III.

SEGUNDA DEMOSTRACIÓN
DE LA EXISTENCIA DE DIÓS, SACADA DE UN EFUGIO QUE
PUEDEN IDEAR LOS ATEISTAS
CONTRA LA DEMOSTRACIÓN ANTERIOR.

A sí como los ateistas, con el simple hecho de negar á Diós nos han suministrado una buena prueba de su existencia, tal como queda expuesta en el capítulo precedente, de igual modo nos llevan ahora á una segunda demostración por el único camino que pueden echar, para huir de la primera.

Todos los buenos Metafísicos y Teólogos, que han tratado esta materia, convienen en un punto algo favorable á los ateistas. Asientan que el ateismo de que se habla, consiste en excluir tan solo

la idea de un Diós, que sea distinto del Universo. En este sentido son llamados ateistas los espino-sistas, y todos aquellos panteistas y deistas, que fingen eterna y necesaria la materia, y de ella ó del universo hacen su Diós.

Si en efecto asignan al universo ó á la materia todas las perfecciones propias del sér necesario, entonces está terminada y es ya del todo ociosa con ellos la cuestión de si hay ó no hay Diós; porque equivaldría á preguntarles si existe lo mismo que suponen existente; y los Metafísicos que les han admitido á prueba semejante después de una tal suposición, hánse mostrado harto generosos con unos necios que osan llamarse filósofos, y cuya filosofía tiene por principio negar lo que supone. Del mismo modo y con la misma generosidad se les ha tolerado que pasen de la cuestión *au sit Deus*, á esta otra *quid sit*, ó *qualis sit*; transición muy cómoda para los ateistas, que les permite abandonar y dejar desierto el terreno de la primera tesis, refugiándose en la segunda. No pueden resistir á la fuerza de la verdad que encierra la proposición: *hay Diós*; y se consuelan con distraer el discurso á esta otra: *quién deberá ser ese Diós*; punto de controversia muy diferente, y que no cabe plantear sino partiendo del consentimiento ó la confesión de una Divinidad.

Tan fácil cambio de postura no se les concedió sino para seguirles el alcance, y para probarles, como se les ha venido á probar, que el Diós que

existe, no es el mundo, ni el universo, ni *la substancia extensa, ni la materia pensante* de Espinosa; sino que Dios es una cosa muy distinta. Más esta condescendencia puede servir á los ateistas para esquivar un poco la fuerza de nuestra pesada demostración, y dirán ellos por vía de réplica: «Negamos la idea de Dios, por la idea del Universo, que es una idea positiva, como la que os sirve á vosotros para negar otro Dios».

Pero este Universo, se les puede responder, no ofrece una idea adecuada de Dios, ni él puede ser Dios. La mejor definición de la Divinidad es la que ella dió de sí misma á Moisés. *Yo, le dijo Dios, soy el que soy; y poco más adelante: EL QUE ES, oh Faraón, me envía á tí.* (1) Esta es la diferencia más precisa que distingue á Dios de todas las otras cosas que no son Dios. El Universo no es el que es; porque no tiene en sí mismo la necesidad de su sér, ó no se puede llamar un sér necesario.

Decimos Sér necesario, aquel cuya no existencia envuelve contradicción, ó cuyo contrario es absurdo y repugnante. De modo que si no aparece contradicción, ni repugnancia, ni absurdo en que este mundo no exista ó deje de existir, tendremos que la existencia no es absolutamente

(1) Exod. 3. 25.

necesaria. ¿Qué repugnancia percibe la razón en que el mundo no existiera, ó en que no hubiera sido criado? ¿Ni qué contradicción hallamos en que dejara de existir? A cada momento sucede esto mismo. Como la duración del mundo se mide por una serie de instantes sucesivos que llamamos tiempo, á cada instante que transcurre el mundo deja de ser, para ser en el instante que sigue. Nadie vé repugnancia en que el Universo no exista, ó en que le sustituyera otro distinto, ó en que no hubiera ninguno, y sí solo aquél espacio infinito é incorpóreo que precedió á todos los tiempos. Mientras los adoradores del Diós-Mundo, del Diós-Universo, ó del Sér material y corpóreo que llaman necesario, no prueben la contradicción ó repugnancia que suponen en que dejara de existir, y no señalen dónde está el absurdo de su no existencia, deberemos tener á esta por posible solamente; pero nunca por necesaria, ni por imposible. Si fuera lo segundo no podría existir; y si lo primero, no pudiera dejar de existir.

Estamos bien seguros de que los ateistas no intentarán siquiera probar esto que tenemos derecho á exigirles, y mientras no lo prueben segura está también nuestra verdad, y muy por cima de sus lucubraciones. El error y la mentira jamás se podrán probar; más fácilmente se prueba la verdad, como lo hacemos aquí nosotros, aunque sin obligación. Según lo que cada uno experimenta en sí mismo, y en las otras partes del universo,

¿creerá alguien de sí propio que existe necesariamente? Lejos de hallar nadie repugnante la idea de su no existencia, todos tocamos la posibilidad, y aun la proximidad de no existir; y lo mismo acontece con respecto á las demás partes visibles del mundo. Nada hace falta para nada: ni algunos de los otros, ni todos ellos; ni esta parte de la materia, ni la otra, ni todas, ni el conjunto de ellas que llamamos mundo. Del solo defecto de las dichas partes se seguiría el desórden del universo, su ruina, su dejar de ser; y mejor percibimos la idea de tal aniquilación que la repugnancia á no ser. ¿Cómo percibimos tan fácilmente los medios por dónde el Universo puede dejar de existir, si es repugnante é imposible que no sea?

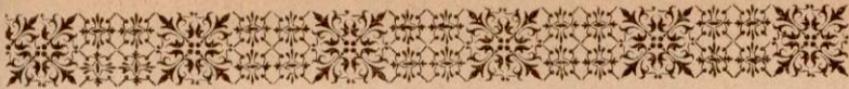
Ya me considere en mí mismo, ó ya como parte del Universo, de ningún modo hallo la necesidad absoluta de mi existencia. No en mí mismo, (1) porque no hay en mí sino una realidad limitada. Esta realidad no es necesaria; porque su contrario no es imposible ni envuelve repugnancia. Decir limitación, es decir fin, término, posibilidad á dejar de ser. Si me considero como parte del Universo, y por la conexión que tengo con las otras par-

(1) Cant. Meditatio Philosoph., disciplin. 2, cap. 2 para graph. 567. Po-
nam me existere necessario, ita, ut meæ existentie oppositum, sen non exis-
tentia involvat contradictionem. Contradictio non admititur, nisi idearum
repugnantia demonstretur.

tes que lo componen, tampoco hallo ninguna necesidad absoluta de existir; pues esta conexión que tengo con las demás partes del Universo no es absolutamente necesaria. Mañana se mudará mi forma, mi figura, mi sitio, y con esta serie de variaciones en mí, variarán otras muchas diferentes cosas que se relacionan conmigo, y serán también otros los oficios de ellas hácia mí y los míos para con ellas. Continuamente tenemos á la vista ejemplos de nuestra propia caducidad y contingencia, ora en nosotros mismos, ora en otros séres que nos són más ó ménos semejantes. Gran torpeza sería no conocer que estamos siempre próximos á no existir, cuando vemos tantos hechos de cosas que dejan continuamente la existencia. Léjos de presentar el mundo señal alguna de fundamento para la idea de su necesidad, todas las partes que le componen son á la vez sujetos y testigos de una vida cadúca, precaria y contingente. Luégo si el todo es igual al conjunto de sus partes, y en él no puede concebirse lo que no hay en aquellas, ó en su conexión, siendo evidente la defectibilidad de las partes del mundo, y no pudiendo mediar entre ellas una relación que no sea como ellas defectible, lo será también el Universo, y por consiguiente en su esencia no se halla la necesidad de su existencia. Luégo la idea del universo no es la de un Diós, ni de un sér, que és el que és; luégo no podremos, por esta idea positiva, negar la idea de otro Diós; luégo queda en pie y asentada

sobre terreno firme nuestra primera demostración, á saber: que el ateaista no tiene por dónde negar á Diós, sino por la idea que tiene de su existencia; luégo el hecho del ateismo es una prueba buena y concluyente de la existencia de Diós.





CAPÍTULO IV.

DEMOSTRACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIÓS, TOMADA DE LA NOCIÓN DE LA VERDAD.

HASTA aquí hemos probado la existencia de Diós por la misma negación de los maestros de la mentira: tócanos ahora probarla por el simple y clarísimo testimonio de la verdad en general. Para ello convendrá que fijemos la significación de la palabra *Diós*, abstrayéndola de su materialidad, la cual es arbitraria y dependiente de nosotros. Por *Diós*, pues, entendemos *un Sér, que és por sí mismo, y no puede dejar de ser*. Sea que le concedamos, sea que le neguemos, de todos modos, en todos sentidos y siempre habremos de inferir que és. Que se dá un Sér, cuya existencia se infiere necesariamente de su misma negación, probado queda en los capítulos anteriores, donde

se ha visto que no se puede negar este Sér, sino concibiendo su posibilidad, y de aquí la idea de su existencia necesaria. La demostración en que vamos á entrar ahora es ya positiva y directa. He aquí sus fundamentos:

Se dá una Verdad eterna, inmutable y simple: luégo se dá un Sér eterno que no puede dejar de ser. No sé de ningún hombre que, en el uso de la razón, haya negado tal proposición. El entendimiento no puede percibir, que no exista una Verdad. (1) Para esto era menester que negase en sí mismo la operación, y aun la facultad de pensar. Ningún racional ha negado que piensa, y por ser tan claro este principio, *yo pienso*, lo tomó Descartes para probar que existimos. Luégo si no podemos negar que pensamos, tampoco podemos dejar de percibir que hay una Verdad; porque esta es la razón formal con que pensamos, así como la luz es la razón formal con que vemos. El que afirma que vé, no puede negar la existencia de la luz; y esta idea de la luz es simple, primaria, sentida por sí misma de la virtud que vé. La luz dá testimonio de sí al ojo sano; y la verdad en general dá testimonio de sí misma al entendimiento que piensa. Los mismos Pirronianos, con ser unos entendimientos enfermos, no negaron que hubiera una

(1) Div. Thom. de Veritat., art. 5, ad 5. Dicendum quod non potest intelligi simpliciter veritatem non esse.

Verdad universal: solo quisieron negar la capacidad del entendimiento para percibir las verdades particulares de las cosas, diferenciándolas de las opiniones y de los errores.

Pero si el ateista, más nécio que el pirroniano, osare negar que hay una Verdad eterna, he aquí el argumento que yo le presentaría: «Una de dos: ó dices que hay Diós, ó que no le hay: si lo primero; luégo le confiesas: si lo segundo; luégo crees que no hay tal Diós. Luégo así cuando le niegas que cuando le afirmas, tienes por verdad tu afirmación ó tu negación; luégo reconoces que hay una verdad. Si niegas la existencia de Diós, será verdad para tí que no le hay; si afirmas la existencia de Diós, será también verdad que le hay; en ambos casos, aunque contradictorios, das testimonio de la existencia de la verdad. Luégo hay *una verdad que siempre és, y no puede dejar de ser*».

Nada, pues, aprovecha á los ateistas toda la obstinación y toda la inconsecuencia con que niegan á Diós su nombre, teniendo al fin que confesarle bajo el nombre de *Verdad eterna*, nombre que tampoco le es á Diós impropio, extraño ó desconocido. Así, en efecto, se llamó Diós á sí mismo: *Yo soy la Verdad*, (1) dijo, después de haber dicho: *Yo soy el que soy*. Por esta expresión nos dió la idea

(1) Joan. cap. 14. v. 6.

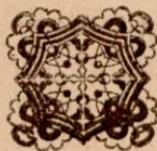
de su sér necesario; y por aquella, la noción y el testimonio de dicho sér. Porque, nótese bien; Diós no es un sér conocido á primera vista por nosotros, aunque lo sea por sí, y para sí mismo. Necesitamos conocerle por vía de demostración, y entre los principios por donde podemos demostrar á este sér necesario, es el más claro y simple la noción de la verdad. Por esto es inseparable, aun por el entendimiento, la verdad de la entidad; y de aquí que para conocer de un modo infalible y sin sombra de duda la existencia de un Sér eterno, debo colocarme en el punto de vista de una verdad necesaria. ¿Se dá en todo caso, ya sea que se afirme ó que se niegue, la necesidad de una verdad? Pues se dá precisamente la necesidad de un Sér, que no puede dejar de ser, y que permanece el mismo cuando se niega que cuando se afirma su existencia.

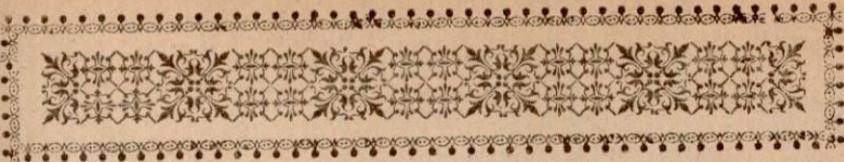
No puedo menos de notar aquí, haciendo justicia á Descartes, que tuvo una elección muy acertada en punto al principio, por él establecido, para convencer á los pirronianos de nuestra existencia. La idea de ésta, ni de nuestro sér, no nos es conocida por sí misma. ¿Qué hizo, pues? Se apartó un momento de la idea de la existencia, y se colocó en el punto de vista de nuestra inteligencia. De esta no podemos dudar, como tampoco de la verdad, que es su razón formal; y desde allí conoció, y pudo concluir de una manera invencible el filósofo su propia existencia. *Yo pien-*

so, dijo; de esto me dá testimonio una verdad simple, general, absoluta: *luego yo existo*, ó yo soy; porque ninguno piensa que no séa, ninguno percibe la verdad, sino en cuanto tiene y porque tiene una entidad real.

Hay entre nuestro sér, y el Sér necesario, esta diferencia: que el nuestro, ó nuestra existencia, no se infiere en todo caso, afirmativo ó negativo; porque es un sér particular, limitado, contingente, y así es también la verdad de nuestra existencia. Pero el Sér necesario y eterno, como concebimos á Diós, es un Sér purísimo, universal, subsistente, ilimitable, indefectible, y no circunscrito á idea alguna que signifique diferencia de tiempo, de espacio ó de lugar: *es el que és*; y como no hay caso particular alguno en que pueda dejar de ser, ni está sujeto á nada que pueda limitarle ó circunscribirle, permanece siempre subsistente en sí mismo. Y así sucede con la verdad en general: siempre es la misma, y siempre alumbrá á nuestro entendimiento, neguemos ó concedamos las verdades limitadas y particulares; y aun la misma negación de una verdad particular, es afirmación de la verdad en general. Porque si digo que tal ó cual cosa no es verdad, tengo esto mismo que digo por verdad. Diós no ha dicho que es verdad de esta línea, ó de aquella, de este ó del otro particular; sino simplemente y en absoluto que *es la verdad*: *ego sum veritas*; verdad purísima, universal, ilimitable, subsistente, ya se niegue ó afirme la ver-

dad de este ó de aquel particular, y aun de todos los particulares; pues decir que estos no són, vale tanto como afirmar la verdad de que no són. *La verdad siempre vence.*





CAPÍTULO V.

SE DEMUESTRA LA EXISTENCIA DE DIÓS, POR LA IDEA
DE LA PERFECCIÓN.

LA perfección de un gran todo consiste en la conformidad que tienen entre sí las varias partes que le componen. Considerado bajo tal aspecto el Universo, no podemos menos de reconocer y admirar su perfección. Se pierde de vista el número de sus piezas, figuras, sitios, movimientos, combinaciones particulares y modos de ser diversos; pero de esta misma variedad tan innumerable, deduzco la idea de su general conformidad, á que nada contradice, y donde todo sirve.

Consiste la *perfección* de un particular, en la conformidad de sus predicados, atributos y modos de ser. Lo que falta de conformidad entre estas

cosas, falta de su perfección. De donde se infiere, que la oposición y contrariedad en orden al fin, destruye la perfección. El sér, por consiguiente, que más conformidad admita en sí, y excluya de sí más contradicción, será el más perfecto.

Ahora bien: ¿podremos concebir como posible un Sér que tenga todos los predicados que digan perfección, y se unan entre sí con tal conformidad, que excluyan toda contradicción? Nada es más perfectamente posible, si por posible entendemos lo que no envuelve repugnancia; pues en un sér donde haya toda perfección imaginable, habrá toda *conformidad*, por cuanto en esto consiste la *perfección*.

Si hay toda conformidad, ya excluimos toda *repugnancia*, toda oposición; pues todo esto lo excluye la conformidad. Si falta toda repugnancia, ya tenemos aquí la más cabal *posibilidad*, y por ende queda demostrado que es *posible un Sér plenamente perfecto*. Que es como si dijéramos: *es posible un sér que no envuelve repugnancia*; ó de otro modo: *es posible un sér posible*. Así se convierten estas proposiciones, y se demuestra la posibilidad de *un Diós absolutamente perfecto ó lleno de todas las perfecciones*. (1)

(1) Esta demostración es de Kant en su libro *De Exist. Dei*, pag. 265, parraf. 366, que concluye así literalmente: *Itaque ens, omnibus perfectionibus ornatum, eo ipso quia tale est, existit, et... nuncupatur Deus. Ergo Deus existit,*

Demostrada la posibilidad de un Diós, ó de un Sér que reúne toda perfección, toda conformidad, toda posibilidad, y ninguna repugnancia, se demuestra fácilmente que éste Sér existe. Primero, porque repugnaría que tuviera toda perfección, y no tuviera existencia; y no solo existencia posible, sino también actual; pues faltándole ésta, faltaría á su esencia una gran perfección contra el supuesto de que fuese un sér con todas las perfecciones imaginables. Segundo, porque dicho Sér tendría la última diferencia que lo distinguiese de todo otro sér, y por ello estaría perfectamente determinado; porque la misma razón de reunir todas las perfecciones que cabe imaginar, le distingue de todo otro sér; pues ningún otro sér distinto puede reunir todas las dichas perfecciones y ser á la vez distinto, lo cual envuelve repugnancia. Luégo el Sér donde entendemos hallarse reunidas todas las perfecciones, no solo es *posible*, porque excluye toda contrariedad, sino también *existente*, porque está perfectamente determinado.

Cualquiera advertirá que esta demostración es muy diferente, y aun contraria á la que hizo Descartes discurriendo equivocadamente sobre la existencia de Diós por la idea de la *imperfección*. «La idea de lo *negativo*, dice aquel filósofo, (1) nace de la idea de lo *positivo*; luégo la noción que yo ten-

(1) Descart. Medit. 3.

go de la imperfección, debe provenir de la noción que hay en mí de la *perfección*.» «Yo consideré, añade, todas las cosas del Universo, y en cada una veía imperfección, y en todas ellas juntas. De aqui vine á inferir que hay en mí la idea de una perfección mayor que cuanto se vé, y puede verse; y esta es la noción de Dios que hay en nosotros.»

Pero este modo de discurrir tiene también mucho de defectuoso é imperfecto; y para que llegase á demostrar, había que llevar más lejos el principio de consideración. Tal como discurre, solo puede probar que hay una perfección mayor que la del Universo, ó que el Universo no es Dios; porque sentimos y vemos en él cosas que no son las más perfectas que imaginamos. Pero tampoco estas mayores perfecciones imaginadas deben ser precisamente infinitas. Hay en ellas relación de menor á mayor, pero nó de lo finito á lo infinito. Ya el Ilustrísimo Huet y otros notaron este defecto de la pretendida demostración cartesiana. (1)

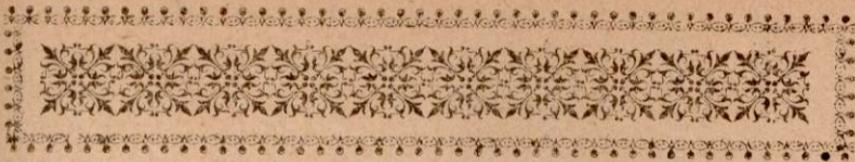
Aquí no se trata ahora de probar la existencia de la perfección infinita, por la idea de la imperfección de las cosas limitadas, que debiera ser también infinita; sino que de la idea posible que tenemos de un Sér, donde nada sea repugnante, nada disconforme, y sí todo perfección, y perfección in-

(1) [Huet, Censur. Philosophi. Carth. Buddeus, cap. 5 paragraph. 1, pag. 374.

finita, inferimos la existencia actual de este Sér, siendo como es su existencia una de sus perfecciones. Nótese bien que esta es una de las demostraciones que más obligan al entendimiento, y le fuerzan á ver la *necesidad* (1) de la posibilidad de esto que llamamos *Diós*.



(1) Llamo *necesidad de posibilidad*, á la que se distingue de una posibilidad contingente, como la de todos los seres criados y que puedan criarse, y por consiguiente, á la que excluye toda repugnancia, toda contradicción y toda dificultad; idea simplicísima y digna del Sér que llamamos Diós, el cual existe por sí mismo sin ninguna operación y sin ningún esfuerzo ni trabajo.



CAPÍTULO VI.

SE DEMUESTRÁ LA EXISTENCIA DE UN SÉR NECESARIO;
POR LA REPUGNANCIA DE UN PROCESO
HASTA LO INFINITO.

DIFÍCIL y laboriosa es de suyo la demostración de esta verdad; pero se hace ineludible. Todos los filósofos parece que se han contentado con suponerla, fundando sobre ella muchas pruebas ó demostraciones, así de la existencia de Diós como de otras verdades metafísicas: con sólo pronunciar la frase *proceso hasta lo infinito*, se ha dado la última razón de las cosas, ó se ha amenazado con un inconveniente temible á todo criterio racional.

Tratando con verdaderos filósofos nada temeríamos nosotros de tal género de prueba, que es

moneda conocida, usual y corriente aun entre los modernos. La han admitido Newton y Buffon, diciendo éste en su *Historia Natural*, página 38: «El infinito geométrico no existe tampoco en el proceso hasta lo infinito, que solamente es una idea abstracta, ó una abstracción y prescindimiento de lo finito, al cual se quitan los límites que deben necesariamente terminar toda grandeza. Debe, en consecuencia, ser también arrojada de la filosofía toda opinión que conduzca á la idea de la existencia actual del infinito geométrico ó aritmético».

Punto es este sobre el cual no hubo ni cabe discusión entre verdaderos sabios; pero los filósofos con que tratamos ahora, no son gente tan comedida y racional, que habiendo negado verdades aun más evidentes y sacrosantas, sólo por afán de singularizarse, dejen en su petulante osadía y nécia temeridad, de desechar un principio, admitido hasta hoy entre los Metafísicos. Espinosa, en efecto, como veremos en otro lugar, adopta el *proceso hasta lo infinito*, y funda sobre él su panteísmo ó ateísmo, diciendo que un cuerpo se mueve por otro cuerpo, y este otro por esotro, y así sucesivamente, sin llegar nunca al último motor, y sin partir de ninguno que sea el primero, se comunica y se conserva entre todos el movimiento.

Por aquí puede verse cuán justificada se halla la necesidad de trabajar en la ilustración y demostración del indicado principio, ó sea, de la tesis re-

cibida generalmente como principio axiomático, á saber: *no se dá proceso hasta lo infinito*. Mientras esto no se demuestre plenamente á los incrédulos, yo no aventuraré á su crítica muchas de las pruebas generales que han corrido y corren bajo la estimación de demostraciones sobre la existencia de Diós. Buenas són, sin duda, las pruebas que pone Sto. Tomás en el principio de la Suma Teológica, y que desde entonces acá no han hecho sino reproducir los mejores pensadores, tales como Descartes, Blas Pascal, Samuel Clarke y otros muchos, aunque presentadas de manera más ó ménos artificiosa. Dada la terquedad sistemática de los *Espíritus Fuertes* con que nos las habémos al presente, se necesita algo más que eso; hay que demostrarles que no viven sino del absurdo.

Para entrar de lleno en esta demostración, por lo que hace al punto concreto que nos ocupa, empiezo por echarme á buscar una *razón suficiente* de la existencia de cada una de las cosas que existen. A ningún racional puede asaltar la duda sobre la verdad de que hay una naturaleza ó un sér que piensa, entiende y reflexiona. Esto lo vé cada uno en sí mismo, y con más claridad los filósofos, quienes no pueden dudar, aunque quieran algunos á fuer de pirronianos, si realmente piensan; pues esta misma duda, ó modo de discurrir, les demostraría la realidad de su pensamiento, y les haría ciertos de lo mismo que dudaban. Ninguna cosa nos es tan sensible, tan experimentada y tan

constante como el acto de entender y de pensar que se realiza evidentemente en cada uno de nosotros; luégo hay en nosotros un sér inteligente y pensador. Ya hemos indicado cuán feliz anduvo Descartes en elegir este punto cierto é inaccesible á toda sombra de duda, para demostrar nuestra existencia; porque dada la certeza de un hecho ó de una acción, debe darse un agente que existe.

Tenemos, pues, con esto una prueba infalible de la existencia de algunos séres, y dado el primer paso sobre terreno firme para buscar la razón suficiente de dicha existencia, toda vez que nada existe en el Universo *sin razón suficiente* para existir. Ahora bien: estos séres que existen sin duda alguna, ¿tienen en sí mismos la razón suficiente de su existencia, ó la tienen en un sér diferente? Si lo primero, luégo su existencia será necesaria; luégo yo no podré dejar de existir; luégo es repugnante la idea de que yo no exista. Pero esta consecuencia me es evidentemente falsa; porque ayer no existía yo, y dejaré de existir mañana, como sucede á todos mis semejantes; mi defectibilidad y caducidad me es tan conocida como mi existencia misma. Luégo esta no es necesaria; por otra causa soy, y ésta no está en mí, sino que es distinta de mí.

Tengo que saltar fuera de mí mismo para saber por quién vivo, por quién pienso, por quién existo, y cuál es la *razón suficiente* de mi existencia. ¿Se hallará en la materia, ó en esos cuerpos que

miro y toco en el Universo? ¡Ah! pues si ellos no tienen la *razón suficiente* de su propia existencia, ¿cómo van á tener la de la mía?; antes parecería más natural que yo creyese estar en mí la razón suficiente de todos ellos, que nó en ellos la de existir yo mismo; porque si yo entiendo que ellos existen, y que existe mi cuerpo, es porque yo mismo pienso, es porque los conozco. De mi inteligencia doy un paso seguro hacia mi existencia, y de mi inteligencia y existencia procedo á afirmar la existencia de los demás séres que forman ese Universo, que conozco y veo; de modo que más razón hallo en mí mismo de la existencia del Universo, que no en este de mi propia existencia. Luégo el imaginar yo que existo por la virtud de la materia ó del Universo, sería proceder sin ninguna razón y sin ningún orden, y aun contra todo orden y toda apariencia de razón, cosa indigna de un filósofo, como es indigno de llamarse tal el ateo, el panteísta ó el materialista que se pasan la vida afirmando, negando y dudando en todo sin razón suficiente para afirmar, ni para negar ni para dudar. No merecen, no, el título de filósofos semejantes genios de cabilosidad, caprichudos, oscuros, informes, monstruosos, mezcla abigarrada de racional y de bestia, con tendencia á racionar y hablar, pero sin acabar nunca de romper á lo uno ni á lo otro.

Y no siendo la materia ni el Universo donde se halla la *razón suficiente* de mi misma existen-

cia, ¿iré á buscarla en la nada? ¿Diremos que por virtud de la nada comencé á existir, á pensar, á á vivir, á ser? La absurdidad de este error se descubre á primera vista; porque cualquiera vé fácilmente que en la nada, en lo que no és, no puede estar la razón suficiente de lo que és. En este sentido es verdad, y así se debe tomar aquel principio filosófico, donde tantos falsos filósofos han errado, que *de la nada, nada se hace; ex nihilo nihil fit*; lo cual es absolutamente cierto, porque ni aun en la creación sacó Diós á los séres de la nada, como de una virtud ó razón suficiente, según lo haré ver cuando exponga más de propósito este mismo principio.

Si, por último, no encuentro en mí mismo, ni en el Universo, ni en la nada, la razón suficiente de mi sér y de mi entender, todavía he de buscarla en otra virtud inteligente, distinta de mí mismo. Mas de cualquiera que se me señale con tal carácter, tendré derecho á preguntar; esta virtud ¿es un Sér necesario, ó contingente como yo? Si lo primero, ya hemos logrado el intento; es decir, ya tenemos una virtud inteligente, necesaria, que és por sí misma, y por quien soy yo y todos los demás séres; y habremos también terminado el *proceso hasta lo infinito*, pudiendo descansar sobre un primer principio fijo y ciertamente conocido.

Pero si en vez de esto se me dice que aquella virtud es un sér contingente, y cuya razón suficiente está en otro sér de la misma naturaleza;

entonces desfallezco á la vista del camino incierto y sin término que se me obliga á recorrer, y mi mente horrorizada se niega á penetrar en los laberintos de un proceso sin fin. De mi sér contingente, en quien se me dice hallarse la razón suficiente de mí mismo, se me remite á otro sér contingente, y de este *otro* á otro *otro*, que es siempre eslabón de una cadena interminable, y que nunca se acaba; y antes que lanzarme en ese *mare magnum* de séres inteligentes, ninguno de los cuales es el último, ni menos aquel en que reside la *razón suficiente* de su propia existencia ni de la mía, concluyo desde luego diciendo que esto es entretenerme y llevarme engañado de una á otra parte, sin encontrar en ninguna la *razón suficiente* que yo pido para explicar mi existencia.

En ningún sér contingente está la razón suficiente de otro sér contingente. Yo no puedo estar ni consentir suficientemente por otra cosa, que no es suficiente para consistir ni estar ella misma; porque pudiendo ella faltar, también podré faltar yo, faltando con ello la razón suficiente de mi sér. De aquí se infiere que mientras no se dé un Sér necesario en el Universo, no se podrá dar razón suficiente de ninguno de los séres que la componen, ni habrá tampoco séres contingentes, por cuanto no siendo cada uno razón suficiente de sí mismo, menos podrá serlo de otro. Si la *razón suficiente* que yo busco, no logro dar con ella en un sér que se baste á sí mismo y exista por sí mismo, jamás

hallaré suficientemente fundada mi propia existencia, y tendré que volver atrás, y negar que existo, y que pienso, y que niego, por no haber hallado una razón verdaderamente suficiente de mi sér.

Esta prueba metafísica que debe hacerse de los séres, es semejante á la prueba moral que se hace de la verdad de los hechos humanos en cualquier juicio ordinario. Preséntase un testigo, que sólo sabe de oídas lo que se le pregunta: lo que dice es con referencia á otro de quien lo oyó, y precisa citar á ese otro: viene el segundo á quien se refirió el primer testigo, y se refiere á un tercero, de quien sabe lo que dice; si este tercero habló también por referencia, hay que consultar á un cuarto, y por este orden tendrían que comparecer, no ya cinco, diez ó hasta cien testigos, sino millares de millares que sólo lo fuesen de haber oído á otros lo que declaran, hasta llegar á uno que hable de ciencia propia, y dé razón más sólida y suficiente de su propia declaración y de la de los demás; y mientras un tal testigo no se presente, la prueba estará siempre por hacer, y jamás podrá juzgarse del hecho. Y es porque ninguno de los testigos lleva en sí mismo la *razón suficiente* de su atestado, sino que cada uno lo funda en el dicho de otro, no pudiendo causar certeza el de ninguno, por carecer todos de ciencia propia y de documentos fehacientes, y resultando en consecuencia nulo y vano todo lo hablado y declarado.

Tal sucede en metafísica con el proceso hasta lo infinito, ó con la prueba y razón suficiente de los seres que busca la filosofía. Si yo pregunto por la razón suficiente de mi sér particular, y se me remite á otro sér particular; si hallo á este tan falto como yo de prueba y *razón suficiente* de su propia existencia y menos aún de la existencia agena; si después se me envía á un tercero, y del tercero al cuarto, y así sin acabar, acabaré pronto por desesperarme de poder hallar nunca la razón suficiente y prueba metafísica de ningún sér; porque ningún testigo particular, aun cuando fuese un Quinto Scévola, (1) ó un Scipión, ó un Caton, (2) hizo jamás prueba por solo su dicho; y vendré á concluir por no creer cosa alguna, por negarlo todo, por no entender ni juzgar que yo juzgo ni entiendo, y, en una palabra, por hacer cuenta de que no existo, pues que no hallo en mí ni fuera de mí la *razón suficiente* de mi existencia.

Todo esto que somos, dice Tertuliano, (3) es un testimonio de que Diós es. Tengo, según esto, por más irracional el delirio de los ateistas negando ó dudando de la existencia del Sumo Sér, que

(1) Valer. Max., lib. 4. c. 1.

(2) Quintil. Declam. 338. Succurrant vobis Catónes et Scipiones... quorum único testimonio fides nunquam esse habita.

(3) Contra Marcion. lib. 1. Habet Deus testimonia totum hoc quod sumus; et in quo sumus.

la opinión insensata de Gorgias, (1) que negaba la existencia ó el sér á todo lo que parece que es. Este ateniense, el único á quien sus compatriotas levantaron en Delfos una estatua de oro puro, (2) formaba con todo eso un discurso que lleva á persuadir una de dos cosas: ó que no existía nada en el Universo, ó que existía un Sér inmenso, no contenido en lugar alguno, y que todo lo penetraba y soportaba.

A esto diré yo con S. Agustín, que primero negaré mi propia existencia que no la existencia de Diós; en lo cual no hago á la fé ni á la verdad dogmática obsequio alguno, sino simplemente un acto de justicia en todo rigor metafísico. Porque si Diós no existe, ninguna razón ni prueba tengo para decir que existo yo. Todo en un instante se desvanece á mi vista, y yo mismo me pierdo y desaparezco, no ya en los abismos de un *proceso hasta lo infinito*, sino en el vacío de la insuficiencia, en el caos de la vanidad y de la nada, en la negación absoluta del ser y del existir. Las razones físicas é inmediatas de unas cosas se hallarán bien en otras; pero la razón metafísica suficiente de todas ellas y de cada una, no se hallará jamás, ni podrá fundarse, sino en el Sér necesario, que tiene en sí

(1) Sext. Empiric. Pyrrhon. hipor lib. 2, cap. 6.

(2) Cicer. lib. 3 de Orator. Gorgiæ tantus honos hábitus est á tota Græcia soli ut ex omnibus, Delphis, non inaurata statua, sed aurea statuereetur.

mismo la razón metafísica de su existencia; y este principio que es en Dios *razón de su existencia necesaria*, es también razón suficiente para la existencia de los otros séres llamados contingentes.

De aquí resulta cuán ignorantes se han mostrado con Lucrecio (1) otros seudofilósofos modernos, al decir que la idea de Dios no ha nacido en los hombres sino de la ignorancia de las causas de las cosas. «Si queremos, dicen algunos (2), tomarnos cuenta de nuestras ideas sobre la Divinidad deberemos convenir en que por la palabra *Dios*, no han podido los hombres significar otra cosa que la causa más escondida, más apartada, y más desconocida de los efectos que ven. No han hecho con esto sino dar un nombre vago á una causa ignorada, y donde su pereza ó los límites de sus conocimientos les obligan á detenerse».

En tan pocas palabras pueden observarse muchas impropiedades de lenguaje, y nada más que dos proposiciones concretas, pero contradicto-

(1) Lucret. Lib. 1. v. 150.

Quippe ista formído mortales continet omnes
 Quod nulla in terris fieri cæloque tuentur,
 Quorum óperum causas nulla ratione videre
 Possunt, ac fieri divino nûmine rentur.

(2) Contagión Sacrée, cap. 1. p. 1. et 21. Si nous voulons, nous rendre compte de nos idées sur la Divinité, nous ferons obligués de convenir que par le mut Dieu les hommes n' ont jamais pû designer que la cause la plus cachée, la plus éloigné, la plus inconnue des effect qu' ils voyoient.

rias. Es la primera, que *nuestra pereza y nuestra limitación nos obligan á detenernos en Diós como causa de todas las cosas*; y la segunda está, en que no obstante tener á Diós tan cerca de nosotros, y reconocerle como causa próxima de todos los efectos que vemos, es á la *causa más remota y oculta* de esos mismos efectos á lo que damos el nombre de Diós. No nos detengamos nosotros en tales contradicciones de los *Espiritus fuertes*, porque entonces jamás acabaríamos de entenderlos, y nos distraeríamos mucho de nuestro asunto.

La verdadera filosofía, ó el sublime porqué de las cosas visibles, que así se esconde á los príncipes del saber y á los orgullosos falsos pensadores, he aquí como se revelaba á la humildad y mansedumbre de S. Francisco. «¿Quién, Señor, sois Vos, y quién soy yo? Redúzcase á estos dos puntos toda mi ciencia, *noverim te, uverim me*. Si paro mi atención en mí y en las otras cosas que existen como yo, ninguna razón suficiente hallo para existir; antes la descubro mejor y con más facilidad para no ser, porque á vueltas de este casinada que soy, veo infinitas realidades y cosas que no soy». Antes había dicho Platon que el hombre tiene más de no ser que de ser; y esto poco que somos viene del que nos hizo, del que es por sí mismo, ó *el mismo*, ó *el que és porque és*. En estos términos tradujo Vatablo las palabras originales del nombre que reveló Diós á Moisés: *EIE ASER EIE, ero quia ero*, soy porque soy, ó seré porque seré.

Esto es ser necesariamente, ó tener en sí la razón de ser, á diferencia de nosotros que la tenemos en otro como los efectos en su causa; y así no somos porque somos, sino porque quiso que fuésemos EL QUE ÉS.

De aquí procede esta noción de Diós que encontramos en el antiguo Egipto, donde según Plutarco, Isis, que era Minerva, á la Sabiduría, se distinguía por esta inscripción: *Yo soy totalmente lo que fué, lo que és, y lo que ha de ser.* (1) Semejante á esta era la que se leía sobre la puerta de Delfos, para enseñar á los que entraban una fórmula la más breve y expresiva de saludar á Diós, diciendo: ES. Antes de esta los concurrentes encontraban otra en que se leía: *Conócete á tí mismo.* ¡Sublime metafísica del hombre, la que por el conocimiento de que nada es por sí, le elevara á conocer al que és! En este sér originario es donde únicamente está la causa ó *razón suficiente* de nuestra existencia. Diríase que la misma falta de documentos que echamos de ver en las cosas humanas para justificar lo que somos, aviva nuestro empeño y nos impele á trabajar con más solicitud por descubrir un archivo donde se hallen las fundaciones de las cosas, y los títulos justificativos de nuestra existencia y de cuanto somos.

Por aquí aparece bien claro, que no fué la pe-

(1) Plutarco. de Iside.

reza ni es la ignorancia de los seres contingentes quien nos llevó á conocer la existencia de un Sér necesario; sino más bien el conocimiento de la insuficiencia metafísica que tocamos en nosotros mismos y en todos los seres que vemos. La necesidad, pues, de hallar un *principio suficiente metafísico* de las cosas que existen, nos hace sentir la falsedad de un *proceso hasta lo infinito*, ó de una serie infinita *á priori* de causas segundas. Y así probada la repugnancia metafísica de un *proceso hasta lo infinito*, es como proceden en sana lógica las pruebas que sobre un tal inconveniente se han dado por diferentes autores de la necesaria existencia de Diós. Tales son las que se fundan sobre la razón y orden de las causas, sobre el principio y progresos del movimiento, y otras que se reducen á estas.

Vemos, en efecto, que se mueven muchos cuerpos en el Universo, y en ninguno de ellos hallamos la *razón suficiente* de su movimiento. Las observaciones de los filósofos antiguos, reproducidas por los más sobresalientes entre los modernos, están contestes en esta afirmación: *cuanto se mueve, es movido por otro*. (1) Este es un axioma de hecho que se observa universalmente en los cuerpos. Ninguno de ellos, ni parte alguna de la materia,

(1) Véase al Doctor Amando Art. de paus, part. 4, c. 7, donde hace de este axioma otros dos, que son el sexto y el séptimo,

por liviana y móvil que sea, pasaría de la quietud al movimiento si alguna virtud ó fuerza extraña no la meneara. No incurriremos en la ligereza de decir que Dios es el motor inmediato de todo lo que se mueve; esto parecería apelar á Dios antes de tiempo, por no poder entender cómo se propagan y comunican de unos en otros el movimiento los cuerpos intermedios. El hecho cierto y evidente es que unos impelen á otros, ó tiran de ellos, y de este ó de aquel modo los mueven. Póngase si se quiere en el Sol, ó en el primer cielo, la fuerza móvil de los demás cuerpos movibles: sea la materia etérea, ó la luz, ú otro fluido imperceptible ó *innominado*, quien atrayendo ó impulsando á cada orbe sobre su centro, y á todos los orbes sobre un punto del Universo, los lleve y los mantenga en sus respectivos movimientos; siempre se verá que cuanto se mueve es por virtud de una causa motora, y no hallaremos en el Sol, ni en otro primer motor cualquiera material que se suponga, la razón suficiente de estos movimientos causados en otros cuerpos; porque esta virtud con que los mueve ha de ir aminorándose en él á medida que se comunica del cuerpo motor á los movidos; siendo como es cosa tan averiguada y de tan fácil demostración, que cuanto un cuerpo movido comunica de su fuerza motora á otro cuerpo que se hallaba en quietud, otro tanto pierde de dicha fuerza en sí mismo.

En esta ley física fundó Newton la necesidad

que hay de una virtud motriz, que rehaga continuamente en el Sol la fuerza que este gran cuerpo comunica sin cesar en toda la materia que se mueve á su impulso. De no existir esta virtud distinta del Sol que á cada instante lo reforzase, su velocidad iría siendo de continuo y progresivamente más lenta hasta llegar á agotarse y quedar inerte con todos los otros cuerpos que se movían por medio de él. Y si de los cuerpos conocidos pasamos á otros que no conocemos, ó á los seres incorpóreos, jamás hallaremos la *razón suficiente* metafísica de lo que llamamos acción ó movimiento, hasta llegar á un principio que mueve todas las cosas, sin que él sea movido por sí, ni por otro.

Es bien de notar el abuso que hacen en este punto de la Metafísica los seudofilósofos. Léjos de temer el *proceso hasta lo infinito*, ni la falta de un principio ó de una razón suficiente que explique el movimiento, llegan á persuadirse que cuanto hay en el Universo debe moverse sin que haya ningún sér estable y sempiterno. Cicerón se admira de ver un error tan grave en Demócrito, y de aquí infería que negaba enteramente á Dios. (1) Hobbes, para cohonestar su ateísmo, sigue el

(1) Cic. de Natur. Dei, lib. 1, cap. 12. ¿Democritus non in gravissimo errore versatur?... Cum idem omnibus, quia nihil semper in suo statu maneat, negat quidquam esse in sempiternum: ¿nonne ita Deum omnibus ita tollit, ut nullam ejus opinionem reliquam faciat?

error de Demócrito. (1) «Cualquiera cosa, dice, que se mueve, es movida por otra. Luégo parece que se dá un primer motor; pero este primer motor no puede estar inmóvil, ni moverse. No está inmóvil; porque ¿cómo puede mover todas las otras cosas el que no se mueve á sí mismo?» ¿Y quién, pregunto yo ahora, no se admirará con Cicerón, de que hombres tan aturridos y que discurren tan hacia atrás, se atrevan á llamarse filósofos? De aquí infieren otros, que aun pretenden pasar por cristianos, que la existencia de Diós sólo podría demostrarse por el movimiento eterno de la naturaleza; porque únicamente un movimiento eterno puede probar la existencia de un eterno motor; y replicando á los que arguyan que esto está prohibido creerlo por la Religión, dicen, que solamente por precepto de la fé puede creerse que hay Diós. Jacobo Zabarella en su libro de *primo motore*, inculcó tan nécia como impía metafísica en Pádua al fin del siglo XVI, siendo estos los primeros frutos que allí produjeron los gérmenes de ateísmo y materialismo sembrados por Pomponacio, según tengo dicho en mi Aparato. ¡Tanto es lo que puede abusarse de la argumentación por dialécticos nécios y poco prevenidos, que se ven-

(1) Thom. Hobbes Elem. Philosoph., pag. 4. Quidquid movetur ab alio. Datur, ergo, ut videtur, primus motor. Sed primus motor et ipse nec immobilis esse potest, nec móbilis. Non est immobilis: ¿quómmodo enim alia omnia movére possit, qui ipse non movetur?

ga á inferir un error de allí mismo donde se deduce la verdad!

Santo Tomás, honor de la verdadera y profunda Metafísica, prueba con lógica irrefragable que el primer motor no puede ni debe moverse. «Porque nada se mueve, dice, sino en cuanto está en potencia y como privado de aquello hacia que se mueve; más todo motor no mueve sino en cuanto está en acto; porque mover no es otra cosa que sacar á lo que estaba en potencia para ponerlo en acto. Ninguna cosa puede reducirse de potencia en acto, sino por algún sér que estaba ya en acto; así el fuego, porque arde ya actualmente, calienta y enciende al leño, que estaba en posibilidad de arder. Pero es imposible que uno mismo esté juntamente en acto y en potencia respecto de una propia cosa; luégo es imposible que de un mismo modo y según un sólo respecto, sea alguno motor y movido, ó que se mueva á sí mismo». (1) De aquí concluye finalmente que nada puede ser movido sino por otro, y si esotro ha de moverse, también será por otro, hasta llegar á un principio que sin necesidad de ser movido produzca el movimiento de todo.

Este discurso se reduce á señalar un Sér, que estando en acto, ó en actual posesión de cuanto se puede tener y de cuanto se puede ocupar, no esté

(1) D. Thom. p. 1. q. 2. art. 3. in corp.

en potencia para nada, ó privado de nada. Hallándose este Sér ocupándolo todo por su inmensidad, y poseyéndolo todo por su perfección infinita, ¿hacia donde ha de moverse? No puede dejar un lugar para ir á otro, ni carecer de nada, ni tener necesidad de adquirir cosa alguna. ¿Hacia qué bien ó perfección ha de ponerse en camino el que tiene toda perfección y goza de todo bien? Por aquí se vé claro que este Sér felicísimo, inmenso é inmutable, es el que debe mover á todos los otros séres, que no son infinitamente perfectos é inmensos; porque todos estos pueden ir á estar en otra parte donde ahora no están, y pueden dejar de hallarse donde se hallan ahora; así como también pueden moverse para entrar en posesión de algún bien ó perfección que les falta, y hasta tienen la triste facultad de dejar el bien que poseen y salir de la perfección en que se hallan. Y así como el Sér absolutamente perfecto, no puede moverse, porque no hay cosa que le mueva ni á que se pueda mover, así todos los otros séres son movibles hacia todo lo que pueden tener, y de todo aquello que tienen.

Resulta, pues, convicta de manca y ciega la metafísica de Hobbes y de otros filósofos impíos, á quienes parece que Dios no puede mover á nadie sin moverse á sí mismo. No aciertan á discurrir de los movimientos metafísicos, ni quizás tienen idea de ellos, y por eso no tratan sino de los cuerpos movidos unos por otros. Estos, efectivamente,

no comunican su fuerza á cuerpos extraños ó distintos permaneciendo ellos en estado de quietud, sino yéndose hacia ellos, ó cayendo sobre ellos; y como no pueden penetrarlos, los impelen, en razón de la celeridad con que van, y según la gravedad de sus masas. Pero los espíritus no mueven así, sino por una actividad, que aunque no halle resistencia ni impenetrabilidad en la materia, la hace con todo eso ceder, y la agita con un poder incomparable á la fuerza motora de los cuerpos. Este poder ó virtud de los espíritus, especie de acción vital, es la que empieza á dar movimiento á la materia del Universo, y cuanto más perfecto es el que mueve, y el modo con que mueve, ménos se agita y mueve él á sí mismo. El Sol, en la hipótesis de Copérnico, es un buen ejemplo de esta verdad; pues estándose quieto en su centro, envía una virtud *innominada* con que mueve á todos los otros cuerpos que están en la esfera de su actividad.

Procediendo de aquí, á la luz de los buenos principios metafísicos, cualquiera que de filósofo se precie no podrá ménos de asentir, como asintió Clarke, á la verdad de esta proposición: *Un Sér independiente é inmutable ha existido desde toda la eternidad*. Así lo convence aun más y lo confirma la prueba suministrada por la razón y el orden de las causas; porque al modo que nadie se mueve á sí mismo, repugna igualmente que alguno á sí mismo se haga, ó que uno sea al mis-

mo tiempo y respecto de sí anterior y posterior. Si alguien se produjera á sí propio, en razón de causa efectiva, se precedería, y á la vez se sucedería en razón de efecto, lo cual es inconcebible de todo punto y monstruosamente contradictorio, bastando el sentido común para comprender que lo hecho debe ser distinto del que lo hace. Este orden de prioridad y sucesión lo vemos necesariamente guardado en las causas y efectos del Universo. En el orden y encadenamiento de las causas eficientes, lo primero es causa de lo intermedio, y este, uno ó múltiple, lo es de lo último. Quitado lo primero, se quita la causa de lo segundo ó intermedio; luégo no habrá intermedio, ni último, ni primero; y si se quiere proceder hasta lo infinito por una sucesión de causas, ninguna de estas será primera, ni efectiva, y ménos las habrá intermedias ni últimas, ni hallaremos jamás una razón suficiente de los efectos que vemos, ó de las cosas que se hacen. De aquí deduce Santo Tomás (1) que es necesario suponer una causa primera eficiente á que llamamos *Díos*.

A esta misma conclusión conduce otro racionio que se funda en los grados de bondad, de perfección y de belleza que hay en las cosas visibles é invisibles: unas son mejores que otras, y más

(1) Divus Thom. 1, p. q. 2, art. 3, in corp... ergo es necesse aliquam causam efficientem primam, quam omnes *Deum* nómiant.

perfectas que otras, y más bellas que otras; de suerte, dice Cicerón, (1) que nada es más pulcro ó bello en ningún género, sobre que no haya algún grado mayor de belleza ó pulcritud. Sócrates discurre también así para buscar el origen de lo *hermoso*. Por lo que es preciso concluir que hay un *Bello* absoluto, esencial, independiente, increado, por cuyo respecto se regulan y ordenan todos los diversos grados que conocemos de belleza; porque lo más y lo ménos no puede verificarse en este ó aquel sugeto, sino en cuanto se compara á un tipo de belleza y de bondad que sea sumo y absoluto. Luégo debe haber, concluye Santo Tomás, (2) algo que sea óptimo, bellísimo y perfectísimo, y por consiguiente un Sér supremo y omnímodamente perfecto en sí mismo; y esto que concebimos sumamente bueno, sumamente perfecto y sumamente bello, es el sumo Sér que llamamos Dios.

Lo mismo se concluye de la idea de las virtudes, así naturales como sobrenaturales y morales. Todas las acciones buenas y todas las virtudes, participan más ó ménos de la idea de la justicia. Si no hay un *Justo* esencial, falta todo principio y toda regla por donde medir los grados de justicia que

(1) Cicer. in orator. Sed ego sic statuo, nihil esse in illo genere tam pulchrum, quo non pulchrius id sit.

(2) D. Thom. ubi supr.

hay en diversas acciones buenas y en los hábitos virtuosos. Si no hay otra *razón suficiente* de ser una acción mala ó buena, justa ó injusta, que el hallarse prohibida ó mandada, tendremos necesidad de saber por qué razón es buena ó mala, justa ó injusta, la ley que tal manda ó prohíbe. Si buscamos dicha razón en otra ley, aunque sea más antigua, esta no podrá darnos el porqué suficiente ó metafísico de su honestidad. Luégo es necesario que, dejado como insuficiente el *proceso hasta lo infinito*, acabemos, ó mejor dicho, empecemos por reconocer un Sér *justo*, bueno, absoluto, esencial, que no sea tal por otro, sino por sí mismo, en quien esté el origen necesario de su justicia, y el principio ó razón suficiente de todas las acciones, virtudes y leyes justas.

Así como hay una Verdad eterna, á la cual han de conformarse las verdades que existen en las cosas humanas y en nuestro mismo espíritu, y esto de tal suerte que no somos árbitros todos los hombres juntos para borrar la línea diferencial que percibimos entre el *sí* y el *no*; de igual modo sentimos un principio ó punto de justicia y de honestidad sobre todas las cosas, que ninguna fuerza ni autoridad humana lo puede alterar, haciendo malo lo bueno, ni bueno lo malo; y este principio inmutable es en último resultado lo que llamamos Diós. Principio de justicia y de bondad, que sirve de punto de partida á todas las virtudes, cuyas gracias y encantos atraen dulcemente encadena-

dos á los hombres que las contemplan, así cultos como salvajes. De esta verdad, ó de este atractivo de la virtud, rinde el tributo, que ella exige aun de los malvados, el mismo Bayle por el siguiente testimonio escapado á su pluma en uno de sus intervalos lúcidos. «Hay, dice, reglas de pensar independientemente de la voluntad humana: no procede esto de que los hombres hayan establecido reglas de hacer silogismos, que parecen justas y verdaderas: lo eran ellas por sí mismas, y todos los esfuerzos del entendimiento humano serán vanos y ridículos contra su esencia y atributos. Después de trabajar un sofista por embrollarlas y violarlas, se le reduce bajo el yugo de las leyes del razonamiento. No sabrá jamás substraerse á la autoridad de este tribunal y si sus pruebas no se hallaren conformes á las leyes del silogismo, será condenado sin apelación, y se le cubrirá de vergüenza.»

«Y así como hay reglas ciertas é inmutables para las operaciones del entendimiento, las hay también para los actos de la voluntad. Todas las reglas de estas acciones no son arbitrarias: hay unas que nacen de la necesidad de la misma naturaleza, é imponen una obligación ineludible; y así como es un defecto razonar contra las reglas del silogismo, lo es también querer alguna cosa, sin conformar nuestros actos con las reglas á que está sujeta la voluntad. La principal de estas reglas es, que el hombre debe querer lo que es con-

forme á la recta razón, y que siempre que quiere lo que no es conforme, se extravía de su obligación. No hay verdad más evidente que decir, que es digno de la criatura racional conformarse á la razón, y que otro tanto le es indigno no conformarse. Así todo el que conociese ser conforme á la razón honrar á su padre, observar las convenciones de un contrato, asistir á los pobres, ser agradecido á los beneficios etc., conocerá igualmente que los que practican estas cosas merecen alabanza, y vituperio los que no las practican; y asimismo conocerá que hay desarreglo en los actos de este, y órden en los de aquel, y que es necesario juzgar de esta manera, pues que la conformidad con la razón no es un deber menos indispensable en las operaciones de la voluntad que en las del entendimiento. Verá, pues, que hay en la virtud una honestidad esencial é interior, y en el vicio una deshonestidad de la misma especie; y por lo tanto, que la virtud y el vicio son dos cualidades natural y moralmente diferentes». (1) Después que este Proteo deja hablar así tan justamente á la razón que Dios puso en él, vuelve á caer en el delirio, á perderse en sus dudas, y en cabeza de un pirroniano, dice: «Ignoramos si el azúcar es dulce en sí misma, ó si es amarga; solamente nos parece dulce al tocarla con la lengua. No sabemos si esta acción es honesta en sí misma

(1) Cettuer. de Bayl. tom. 3, p. 406.

ó por su naturaleza; creemos solamente que bajo tal respecto, y en órden á ciertas circunstancias, tiene el exterior de honestidad. No es lo mismo mirada de otro lado y desde otro punto de vista». (1)

Hé aquí ya un filósofo mareado y perdido en la alta mar de sus cavilaciones, sin acertar á descubrir aquel punto de bondad, de honestidad y de justicia esencial que distingue de un modo infalible las acciones torpes de las honestas, por cuyo órden se forman las virtudes, así como los vicios por su desórden. Ya según su misma comparación, y más terriblemente según la de la Santa Escritura, lo dulce puede decirse amargo, y viceversa; á lo malo podemos llamar bueno, y á lo que es bueno, malo; ya el honrar á los padres, puede ser tenido por tan honesto como el deshonorarlos, y aun el matarlos, ó inquirir el fin de sus años, como habla el poeta, para entrar á sucederles. Estas y otras horribles consecuencias contra la sociedad, contra el órden público y doméstico, contra los Estados, contra sus Príncipes y todos sus miembros, (2) pueden nacer inmediatamente de este principio de los ateistas, que niegan ó ponen en duda la existencia de un Diós, y quitan el punto invariable de una Bondad esencial, por

(1) Dictionair. Critiq. art. Pyrrhon. Remarg. B.

(2) El autor hablaba el lenguaje de su tiempo: hoy diría, ateniéndose á juicio de la Iglesia, contra sus Jefes, sean Reyes ó Presidentes de República y contra sus Ministros.—N. E.

donde se distingán las acciones buenas de las malas.

Advierto desde luégo que la monstruosidad de tales consecuencias no son argumento que asusta ni convence á los ateo-filósofos, antes cuadran bien á sus fines, que no son sino arruinar la justicia de las virtudes y la honestidad de las acciones, para luégo cargar en cuenta á las leyes todos los males que se cometen. Porque estas resultan odiosas y causadoras de todos los delitos que prohíben, con afirmar muy seriamente que nada es malo sino en cuanto está prohibido; pintan como á unos monstruos aborrecibles á los autores de dichas leyes, y á los magistrados que velan por su cumplimiento, como á unos enemigos feroces de la humanidad. Conocen bien las ventajas funestísimas que en tal concepto les proporciona su ateísmo, y no pierden ocasión de aprovecharlas y de poner en práctica su independendencia desenfrenada. Cuando lleguemos al libro tercero y al cuarto, donde toca combatir estas y otras máximas subversivas de la sociedad, haremos ver cuántos son los que hoy restablecen la vieja secta de los *Theodorianos*, y engruesan sus filas. Baste aquí señalar con el dedo las fuentes y principios ú orígenes del ateísmo, y notar desde luégo cuán criminales y funestos son para el Estado los dichos filósofos ateístas.

Los autores de la *Religión Vindicada*, (1) aun-

(1) La Religión vengée, lettr. 10, tom. 1, pag. 153.

que fuera de su propósito, no han podido dejar de reconocer cuán dignos son de la justa severidad de los Príncipes los propaladores de tales máximas. «Si se establece en el público, dicen, la moral que procede evidentemente del Pirronismo, no hay Soberano que no tenga derecho para juzgar á sus doctores dignos del último suplicio. *Porque, ¿no es un mismo crimen enseñar esta moral, que establecer los principios de que necesariamente se sigue? Creedme, si Bayle tiene muchos admiradores, es porque Diós, el Rey y la sociedad tienen muchos enemigos*».

Con lo dicho basta para conocer la necesidad de la existencia de Diós; noticia tan fundamental que sin ella no puede haber piedad, ni santidad, ni Religión, (1) ni Estado. Así hemos debido comenzar por la demostración de esta verdad, según la regla del Apóstol, (2) que dice: «El que se pone á tratar con Diós, ó acerca de Diós, conviene que crea primero que le hay, y que es Remunerador de los que le buscan». Hemos visto contra los ateistas que hay Diós: veremos en los tratados siguientes contra los deistas que es Remunerador de los buenos, y tiene providencia de todos.

FIN DEL LIBRO PRIMERO Y DEL PRIMER TOMO

(1) Cic. de Nat. Deor. cap. 1. Nisi constet Deum esse ejusque vi ac nómíne omnia facta esse, et servari, ¿quæ potest esse pietas, quæ sanctitas, quæ Religio?

(2) Paul. ad Hebr. cap. 11, v. 6. Accedentem ad Deum oportet credere quia est, et quia inquirentibus se remunerator sit.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Pag.
PRÓLOGO y apéndice al mismo	III
PARTE PRIMERA DEL APARATO	
PREÁMBULO.	5
CAP. I. Los Deistas	11
CAP. II. Los libertinos (ó sea liberales) . .	93
CAP. III. Los Espíritus Fuertes, que yo lla- mo feroces.	109
CAP. IV. Noticia de los falsamente llamados filósofos.	117
CAP. V. Es necesario, y al mismo tiempo difícil, escribir y hablar contra las dichas sectas	131
PARTE SEGUNDA DEL APARATO	
CAP. I. El carácter religioso que aparen- tan los falsos filósofos, es entera- mente contrario á la verdadera filosofía	151
CAP. II. El verdadero filósofo conoce á Dios; el falso filósofo afecta desconocer- le, y de ese modo llega á ser ma- terialista ó ateo	175
CAP. III. El filósofo es el más culpable é inexcusable, si no confiesa y agra- dece la Providencia de Dios . .	193

CAP. IV.	Un filósofo no merece este nombre si es incrédulo para los milagros bien circunstanciados	211
CAP. V.	La ignorancia humana precave al filósofo, y le evita ser crédulo; pero no debe llevarle á ser incrédulo ni pirroniano	223
CAP. VI.	El verdadero filósofo conoce la necesidad de una Revelación, y esta le debe ser más suave de llevar que á los otros hombres	241
CAP. VII.	El falso filósofo dá armas á todas las sectas y bellos coloridos á todos los errores para desacreditar á la Religión	253
CAP. VIII.	La Filosofía deja de serlo, si no contribuye al bien de la sociedad	267
CAP. IX.	La que hoy se llama filosofía, no enseña sino principios que trastornan la política y las leyes de las naciones	271
CAP. X.	La falsa filosofía y sus sectarios son funestos para los gobiernos	283
CAP. XI.	La falsa filosofía destruye las familias, y enseña á despreciar los padres, los maridos y todas las obligaciones sociales	301
CAP. XII.	Los falsos filósofos corrompen todos los medios de población humana	333
CAP. XIII.	La falsa filosofía tiene un grande menoscupio y un odio terrible á la humanidad	349

CAP. XIV.	Los principios de la falsa filosofía destruyen las virtudes personales. La Humildad.—La Sobriedad.—El Agradecimiento.—La Oración.—La Liberalidad.	373
CAP. XV.	La falsa filosofía destruye todas las artes y las ciencias	413

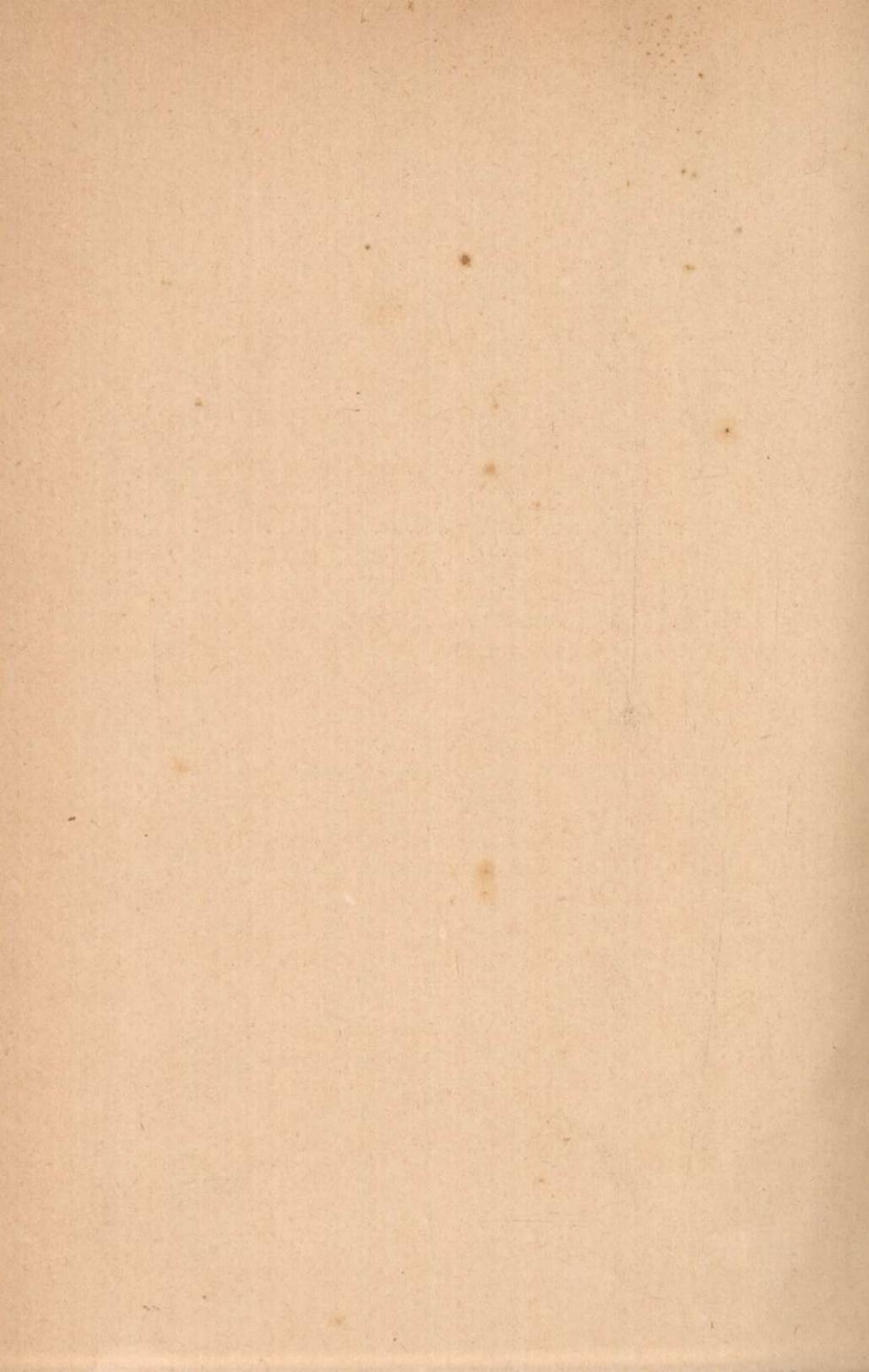
LIBRO PRIMERO

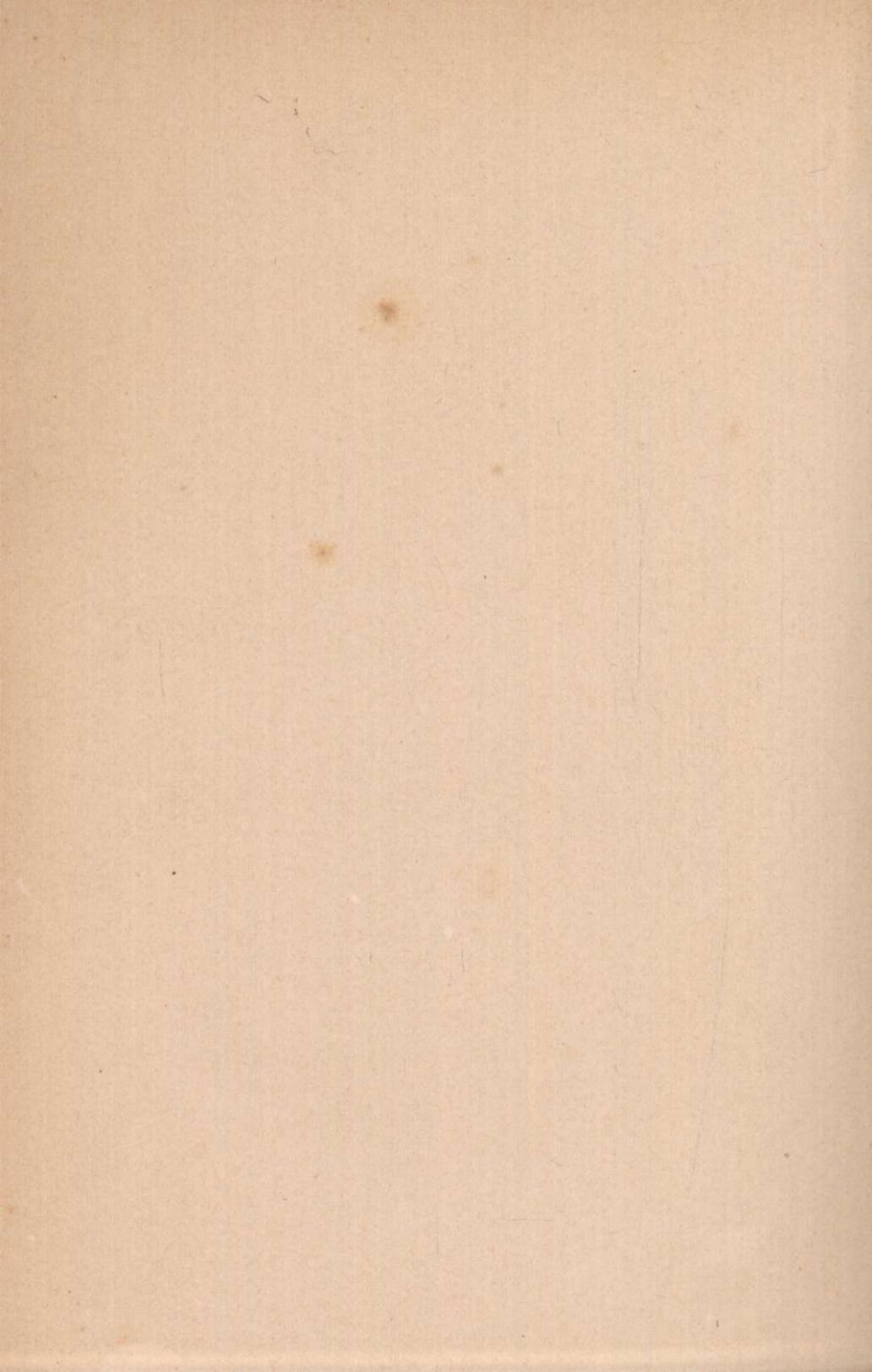
PRINCIPIOS ATEOLÓGICOS DE LOS DEISTAS, FALSOS FILOSOFOS Y DEMÁS IMPÍOS MODERNOS.	467
--	-----

PREFACIO Á ESTE LIBRO

CAP. I.	Se prueba contra el ateismo la existencia de Diós.	481
CAP. II.	Se prueba la existencia de Diós por el mismo hecho de los que la niegan	491
CAP. III.	Segunda demostración de la existencia de Diós, sacada de un eflujo que pueden idear los ateistas contra la demostración anterior.	509
CAP. IV.	Demostración de la existencia de Diós, tomada de la noción de la verdad	517
CAP. V.	Se demuestra la existencia de Diós por la idea de la perfección	523
CAP. VI.	Se demuestra la existencia de un Sér necesario, por la repugnancia de un proceso hasta lo infinito.	529

FIN DEL ÍNDICE







Facultad de Teología de Granada
Compañía de Jesús



1045651



